

LOS

JESUITA

1845

Y

1850

LC493
I4

005760



1080018554

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPORTANCIA

DEL

RESTABLECIMIENTO

DE LOS

JESUITAS

PARA LA PÚBLICA EDUCACION,

obra traducida del Ytaliano, y que dedica á los ilustrados representantes de la nacion mexicana.

***



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO: 1845.

IMPRESA POR LUIS ABADIANO Y VALDES,
CALLE DE LAS ESCALERILLAS NUM. 13.

FONDO ENRIQUE C. VALVERDE TELLEZ

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42804

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LC 493
I4

IMPRENTA
DEL
GOBIERNO
DE
GUANAJUATO

Ego contra hoc quoque laboris praemium petam, uti à conspectu malorum quae nostra tot per annos vidit aetas tantisper certe, dum prisca illa totâ mente repeto, avertam, omnis expers curae quae scribentis animum, etsi non flectere à vero, sollicitum tamen efficere possit.—TITUS LIVIUS.

FONDO ANTIGUO
VALVERDE TELLEZ

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

NOTA
DEL
TRADUCTOR.

ENTRE las innumerables obras escritas en apología de los Jesuitas despues de su destruccion, apénas se encontrará, en nuestro juicio, otra que presente mayor interés que este apreciable opúsculo, compuesto en francés á fines del siglo pasado, y publicado en Emmerick el año de 1800 *en italiano, de cuyo idioma lo hemos traducido al nuestro, creyendo hacer en esto un servicio á la religion y á la sociedad. En efecto, de tal suerte se demuestra en él la inocencia de los Jesuitas, y el vacío inmenso que produjo su falta en la educacion de la juventud; que tal vez sus razones, unidas á la experiencia del sensible atraso de la instruccion pública en Europa, movieron á solicitar su restablecimiento á las muchas autoridades eclesiásticas y civiles, de que habla el venerable pontífice Pio VII en su bula* Solicitudo omnium Ecclesiarum, *que devolvió al mundo católico la Compañía de Jesus, abolida en otro tiempo con general sentimiento de todas las personas piadosas é ilustradas.*

Esta obra además es muy notable, porque casi contiene una profecía del gran fenómeno que hoy admira todo el universo. Cuando ella se escribió, la Compañía de Jesus se hallaba como sepultada en un rincon del mundo, y no podia esperarse ni remotamente, atendida la tenáz oposicion de sus prepotentes enemigos, que volviese á recobrar su antiguo lustre y pasada grandeza. Así lo aseguraban los pretendidos filósofos, los jansenistas é iluminados; pero se engañaron miserablemente y salieron fallidas todas sus esperanzas. En 1804 *los Je-*

005.69

suitas fueron restablecidos en Nápoles, y en 1814 en Roma, quedando además autorizados para establecerse en cuantos reinos y provincias se solicitasen sus servicios; y desde esa época la Compañia de Jesus, cual arbol frondosisimo, ha extendido sus fructíferas ramas en todas las principales naciones del globo. Ciertamente si el juicioso autor del escrito que vamos á traducir, hubiera sobrevivido hasta nuestros dias, se llenaria de asombro, viendo verificado su vaticinio. Veria hoy cerca de cuatro mil Jesuitas residiendo tranquilamente y disfrutando del mayor aprecio en Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Italia, Suiza, Irlanda y Galicia Austriaca: los veria en la India, en la federacion Norte-Americana, en Nueva Grânada, Buenos Aires y otras repúblicas del Sur: los veria en fin, en la Grecia, la Siria y Palestina. Admiraria sus trabajos apostólicos en todas esas diversas naciones; y mas que todo creceria su sorpresa, al mirar realizados sus ardientes votos, en el acierto y sabiduria con que han sistemado la pública educacion, en un siglo que tanto blasona de culto y amante del progreso.

Así lo confiesan aun los mas encarnizados enemigos de los Jesuitas: tal es el imperio y fuerza de la verdad. La multitud de colegios y seminarios, en que actualmente se ocupan estos padres en instruir á la juventud de todas las naciones, llena de asombro á cuantos los visitan. En ellos se enseña con el mayor órden y el mejor método las lenguas sábias, al par que las nativas de cada pueblo, desde sus primeros rudimentos hasta lo mas primoroso de la elocuencia y el estilo, y se dan lecciones de geografia é historia, de matemáticas, fisica, química, astronomia, lógica, metafisica y ética en todos sus ramos. Los que se dedican al elevado ministerio de los altares, no solo aprenden la teología y cánones, sino la lengua hebrea, la escritura santa, oratoria sagrada, ritos, historia eclesiástica, y lo que acaso es mas importante en las actuales circunstancias, la filosofia de la religion, para defenderla de los ataques de los incrédulos. Aun los ramos de puro adorno, como el dibujo, la música y otros, no están escluidos de esos ilustrados establecimientos. Pero lo que mas admira en ellos es la calidad de los maestros y la de los discípulos: aquellos son unos profesores profundos, que componen las mismas obras que les sirven de testo: estos, unos jóvenes religiosos, morigerados, corte-

ses, adheridos de corazon á sus gobiernos, y estrictos observadores de las leyes divinas y humanas.

Tal es sin la menor exageracion la enseñanza que dá la Compañia de Jesus; y hacerla conocer bien el motivo de la publicacion de esta preciosa obrita que tanto la recomienda. Cuando en 1841 se solicitó su reposicion, sus preocupados y gratuitos enemigos, á los evidentes raciocinios, á los hechos y testimonios mas decisivos alegados en su favor, solo opusieron injurias y diatribas; reproduciendo añejas acusaciones y desacreditadas calumnias. Contestóseles vigorosamente; y los cinco voluminosos tomos, que con el título de Defensa de la Compañia de Jesus *se publicaron entónces, y á que nada directamente se ha replicado, bastaron para desvanecer todos los argumentos de los contrarios, y servirán siempre para conjurar cualquiera otra nube, que en lo sucesivo se inflame y truene contra los Jesuitas; porque ya es general el desengaño entre las personas de buen sentido, y casi solo reina la preocupacion entre los hombres impios y superficiales, que limitan sus estudios á las novelas y periódicos. La cuestion del restablecimiento de los Jesuitas no debe tratarse en el siglo XIX, como en el pasado la de su destruccion. En esa época no se oyó sino la grita de un infame partido, no se atendió mas que á los tumultuosos clamores del ódio, de la envidia y de la irreligion, se desconocieron los derechos de la humanidad, y se sacrificaron los mas caros intereses de los pueblos; pero ahora que se busca el bien de éstos, en la calma de las pasiones y siguiendo las lecciones de la experiencia, lo que tiene que examinarse es, si conviene devolver á la juventud unos maestros, cuya inocencia ha sido con tanta gloria vindicada, y su mérito y utilidad tan generalmente reconocidos; ó si por prevenciones desnudas de todo fundamento, ha de continuar careciéndose de unos trabajos, cuyos frutos admira y reconoce todo el universo.*

Para que México logre tambien de estos beneficios, hemos traducido la presente obra, que expondrá á nuestros ilustrados legisladores la importancia y aun necesidad del restablecimiento de los Jesuitas, bajo el aspecto de la educacion pública, que con tanta utilidad de los pueblos como gloria suya, supieron desempeñar cumplidamente en los pasados tiempos, y el dia de hoy lo practican en todos los paises; para que ya que el gobierno,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

provisional al dar su decreto de 21 de Julio de 1843, los autorizó para establecer misiones entre las tribus salvajes que confinan con nuestros departamentos, convencido de la dedicacion que la Compañia de Jesus ha tenido siempre laudablemente en la reduccion de los indios bárbaros; *amplíen este decreto, restableciendo sin trabas de ninguna clase y en toda la extension necesaria para el buen éxito de sus ministerios, á esta religion, objeto del amor y la veneracion de toda la república, por sus virtudes y antiguos servicios, de que aun permanecen monumentos indelebles entre los mexicanos. ¡Ojalá nuestros débiles trabajos influyan, para que nuestra amada pátria logre ver en su seno esa corporacion, por la que anhelan todos los hombres de bien, y que tanto se aprecia en todas las naciones libres y cultas!*



HACE muchos años que ya no existen los Jesuitas, sino en una pequeña porcion de los estados sometidos al vasto dominio de la Rusia: ¿Es esto un bien? ¿Debe tenerse por un mal? Algunos que no los conocen sino por las atroces calumnias esparcidas con profusion en contra de ellos, y se hallan dominados por un espíritu de partido, han dicho, y todavía dirán que es un bien. Los otros, fieles á los antiguos principios, y que están persuadidos que la existencia de los Jesuitas era, no solo ventajosa, sino necesaria para mantener la religion y la buena moral, para la seguridad de los tronos (1)*, para la tranquilidad de los estados, y la verdadera felicidad de los pueblos, no temerán el afirmar y proclamar altamente que es un mal, y un mal gravisimo.

Sin embargo, es una verdad muy constante y averiguada, que tanto los amigos como los enemigos, convienen en asegurar, que despues de la supresion de los Jesuitas, la pública educacion ha llegado á la mas deplorable decadencia. He viajado por la mayor parte de la Europa; por todas partes he escuchado los mismos lamentos sobre el vacío inmenso que ellos dejaron en este ramo. Por todas partes se oyen quejas de la ignorancia y de la incapacidad del mayor número de los maestros que les fueron sustituidos, de sus costumbres, tal vez escandalosas, de sus principios, ¿me atreveré á decirlo? filosóficos, ó lo que es casi lo mismo, irreligiosos. De aquí se sigue que los buenos estudios han decaido; se han descuidado los antiguos, y al fin abandonádolos, para introducir no sé qué máximas ó gerga de algunos modernos, se han alterado, y echado en olvido las reglas del buen gusto. La juventud, sin guia segura, se ha arrojado á los principios mas perniciosos en todo género. Juntamente con la ignorancia, se ha vuelto intratable, indisciplinada, arrogante, corrompida y viciosa; ni conoce ya freno alguno por parte de la moral ó de la religion. Muchísimos padres y madres no saben qué hacer con sus hijos. Asustados con razon,

[*] *Veanse las notas del fin.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

provisional al dar su decreto de 21 de Julio de 1843, los autorizó para establecer misiones entre las tribus salvajes que confinan con nuestros departamentos, convencido de la dedicacion que la Compañia de Jesus ha tenido siempre laudablemente en la reduccion de los indios bárbaros; *amplíen este decreto, restableciendo sin trabas de ninguna clase y en toda la extension necesaria para el buen éxito de sus ministerios, á esta religion, objeto del amor y la veneracion de toda la república, por sus virtudes y antiguos servicios, de que aun permanecen monumentos indelebles entre los mexicanos. ¡Ojalá nuestros débiles trabajos influyan, para que nuestra amada pátria logre ver en su seno esa corporacion, por la que anhelan todos los hombres de bien, y que tanto se aprecia en todas las naciones libres y cultas!*



HACE muchos años que ya no existen los Jesuitas, sino en una pequeña porcion de los estados sometidos al vasto dominio de la Rusia: ¿Es esto un bien? ¿Debe tenerse por un mal? Algunos que no los conocen sino por las atroces calumnias esparcidas con profusion en contra de ellos, y se hallan dominados por un espíritu de partido, han dicho, y todavía dirán que es un bien. Los otros, fieles á los antiguos principios, y que están persuadidos que la existencia de los Jesuitas era, no solo ventajosa, sino necesaria para mantener la religion y la buena moral, para la seguridad de los tronos (1)*, para la tranquilidad de los estados, y la verdadera felicidad de los pueblos, no temerán el afirmar y proclamar altamente que es un mal, y un mal gravisimo.

Sin embargo, es una verdad muy constante y averiguada, que tanto los amigos como los enemigos, convienen en asegurar, que despues de la supresion de los Jesuitas, la pública educacion ha llegado á la mas deplorable decadencia. He viajado por la mayor parte de la Europa; por todas partes he escuchado los mismos lamentos sobre el vacío inmenso que ellos dejaron en este ramo. Por todas partes se oyen quejas de la ignorancia y de la incapacidad del mayor número de los maestros que les fueron sustituidos, de sus costumbres, tal vez escandalosas, de sus principios, ¿me atreveré á decirlo? filosóficos, ó lo que es casi lo mismo, irreligiosos. De aquí se sigue que los buenos estudios han decaido; se han descuidado los antiguos, y al fin abandonádolos, para introducir no sé qué máximas ó gerga de algunos modernos, se han alterado, y echado en olvido las reglas del buen gusto. La juventud, sin guia segura, se ha arrojado á los principios mas perniciosos en todo género. Juntamente con la ignorancia, se ha vuelto intratable, indisciplinada, arrogante, corrompida y viciosa; ni conoce ya freno alguno por parte de la moral ó de la religion. Muchísimos padres y madres no saben qué hacer con sus hijos. Asustados con razon,

[*] *Veanse las notas del fin.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por la multitud de peligros que se encuentran en las escuelas públicas, no tienen valor de mandarlos á ellas. ¿Toman el partido de confiarlos á algun ayo ó preceptor? Sus esperanzas quedan igualmente burladas. Por lo comun estos mercenarios no valen mas que los maestros públicos, y nada se consigue con ellos; ántes frecuentemente es necesario despedirlos con ignominia, porque sirven de escándalo con sus vicios á la familia entera. Las mismas universidades protestantes se han resentido del vacio dejado por los Jesuitas, aunque los principios de unos y otros fuesen muy diversos; pero la rivalidad mantenia la emulacion. El deseo de dar el mayor lustre posible á su creencia, era motivo de que por ambas partes se procurase formar con muy gran cuidado buenos discípulos, instruirlos en las ciencias y bellas letras, y componer obras excelentes, que son una prueba incontestable del mérito de los profesores. Estamos muy distantes de pretender criticar á esas universidades. Sabemos que hay en ellas algunos hombres de una ciencia profunda; pero deponiendo toda suerte de prevencion, se reconocerá, que el dia de hoy no son mas que la sombra de lo que eran en otros tiempos.

Esta unánime confesion de todos los pueblos de Europa sobre la buena educacion que daban los Jesuitas, es el mas honorífico elogio que se les pueda hacer. Bien se puede asegurar ser este el lenguaje de la posteridad que comienza á explicarse en favor suyo, de aquella posteridad imparcial, que no se deja seducir, ni por los gritos de la envidia, ni por las adulaciones de una ciega amistad, sino que pesa las acciones de los hombres en una fiel balanza, y los juzga segun su verdadero mérito. Esto solo deberia bastar para hacer abrir los ojos á los enemigos de los Jesuitas, y abandonar ya sus preocupaciones.

Algunos gobiernos conceden ya su proteccion á estos religiosos. Las gacetas han publicado que se trata de restablecerlos en los estados de S. M. I. ¡Pueda un tal ejemplo ser seguido de todos los demás gobiernos católicos! Atrévome á decir, que este será uno de los mas señalados servicios que se pueda hacer á la Europa, y por la necesaria consecuencia que produciria un tal acaecimiento, á toda la humanidad entera. La buena y sólida educacion, aquella que forma á los hombres verdaderamente instruidos, tornará á su vigor, se regenerarán las costumbres, los derechos del santuario y del trono serán respetados, y los que pertenecen al pueblo quedarán mas asegurados; y la union, la concordia, la paz, aquella dulce paz que forma hoy el objeto de los deseos generales, despues de los terribles sacudimientos de

que hemos sido testigos, todo se verá consolidado sobre bases estables y permanentes. ¿Ha habido jamás objeto alguno que mas haya merecido fijar la atencion de los hombres de estado, de los ministros, de los soberanos? Sobre este reposa la felicidad de la generacion presente, y todavia mas la de la futura. ¿Podrán ellos dejar de hacer todos los esfuerzos posibles para procurarlo y coronarse á sí mismos de una gloria, que se perpetuará en todos los tiempos?

He creido que las circunstancias actuales fuesen las mas favorables para publicar esta obra compuesta por mí hace algunos años. Ha llegado ya el tiempo de hacer ver á los Jesuitas tales cuales eran, y de vindicarlos de las calumniosas imputaciones con que la envidia, el ódio y la animosidad se complacieron en difamarlos; ya es tiempo de correr el velo, que ha encubierto las mas odiosas maquinaciones, las tramas mas malignamente dispuestas, las perfidias mas atroces, y los mas perversos medios que se han empleado para arruinarlos y destruirlos. No ignoro las leyes severas de la historia, que imponen la necesidad de decir lo cierto. Hablaré pues sin pasion; pero sin miedo. Quitaré la máscara á muchas personas que han tenido gran parte en este negociado, y que han llegado hasta adquirir una especie de celebridad, por la facilidad que tiene el público de dejarse seducir, cuando para obtener su sufragio se emplea la astucia, la mentira y la calumnia. Pintaré á estos con los colores que les son propios. ¿Y será acaso culpa mia, que su nombre pase á la posteridad con toda aquella ignominia que se han merecido? ¿No sería yo mismo culpable si por hacerles favor, traicionase á la verdad? Apréndase de su ejemplo, que aunque tarde el delito recibe su pena, y que la sola virtud es acreedora á nuestros homenages.

Se encontrarán en esta obra anécdotas poco conocidas: puede el lector fiar en su autenticidad. He tenido la fortuna de procurarme memorias exactas compiladas por personas, que tuvieron parte en los negocios públicos del tiempo en que se trabajaba para la destruccion de los Jesuitas. He tenido además de esto relaciones muy estrechas con alguna de ellas, que me há informado muy menudamente de cuanto he deseado saber. Me han servido tambien de grande auxilio las obras que se han publicado en pró y contra en aquel tiempo. Me he dedicado á separar lo verdadero de lo falso, rechazando cuanto tenia el carácter de un ódio ciego, ó de una parcialidad acaso igualmente ciega.

Antes de entrar en los pormenores históricos sobre la destruccion de los Jesuitas, es indispensable examinar cual era el estado de la Francia, que fué la principal motora, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que con su influencia la aceleró en lo restante de la Europa. Ella llevaba ya en su seno el gérmen de los males, que hemos visto estallar con tanta furia, y tenia ya notablemente perdida una parte considerable de su antiguo lustre.

El principio de la decadencia de este reino debe contarse desde el fin del último siglo [*el XVII*]. Basta leer las memorias del mariscal de Villars para convencerse que los primeros rasgos de su vejez ya se hacian conocer. La mayor parte de los hombres grandes que habian hecho la gloria del siglo de Luis XIV ya habian muerto. Sus sucesores no poseían ni su génio, ni sus talentos. Este mismo príncipe ya no regía con mano tan firme las riendas del gobierno.

Todo comenzaba á declinar desde aquel tiempo. Las costumbres públicas sufrieron un sacudimiento funesto. Las riquezas llegaron á dominar en el aprecio; el lujo, limitado hasta entónces á los grandes, se fué ya propagando á las otras clases de la sociedad. Veíanse degenerar aquellos sentimientos elevados, que eran germen de bellas acciones. Comenzaban los ánimos á bastardear, si me es permitido usar de semejante término: los hijos, educados con principios menos severos que sus padres, se entregaron á gustos mas frívolos, y á conocer los encantos del placer. Los teatros no servian á otra cosa, que á fomentar pasiones peligrosas.

Los buenos es tudios, es cierto que se sostenian aun en las escuelas públicas, y especialmente los Jesuitas los mantenian con honor en sus colegios; pero algunos escritores, que no podian elevarse á la altura del génio de los grandes maestros sus predecesores, creyendo descubrir nuevos caminos para distinguirse, corrian en pos del bello espíritu, que no es otra cosa sino un fantasma de lo bueno, de lo verdadero y de lo sólido, y corrompian ya los principios del buen gusto. Otros, aun mas culpables, convertian la galanteria, noble, que hasta entónces habia sido uno de los caractéres distintivos de la nacion francesa, en pinturas licenciosas, ó con trabajo mal cubiertas, y preparaban en alguna manera aquella inundacion de libertinaje, el cual es una de las principales causas de los males presentes. Hubo finalmente algunos, que osaron impugnar á la misma religion.

En Holanda principalmente fué donde se fabricaron las primeras armas contra ella. Los franceses refugiados, llevando á aquella region, como á una gran parte de Europa, su ódio contra Luis XIV, que habia revocado el edicto de Nantes, hallaron allí una gran libertad para dispensarse de toda consideracion ácia su antigua patria, y procurarle todo

aquel mal, de que eran capaces. No podian imaginar otro mas terrible que el de conmover la religion, la cual es el mas firme apoyo de los tronos y de la felicidad de las naciones. Entre estos refugiados se hallaban hombres dotados de grandísimos talentos, y cultivados con la mas constante aplicacion. Los Basnage, los Le-Clerc, los Beauval, ciertamente honraron á las ciencias bajo muchos aspectos, pero aparentando defender los principios de su creencia, procuraron destruir los fundamentos de toda religion. Entre todos estos, uno merece ser distinguido; este es Bayle.

Pocos escritores han reunido como él tantas cualidades buenas y perversas. Dotado de una sagacidad singular, de una fantasía viva y brillante, y enriquecido de vastos conocimientos, no los hizo servir sino para hacer su doctrina versátil y enredarse en todos los escondrijos del scepticismo; pero posee el arte de cubrir sus dudas con todas las apariencias de la razon, todos los subterfugios de la dialéctica, y los mas seductores sufragios recogidos entre los antiguos y modernos. Embellece sus ideas con un estilo claro, fácil, natural y animado. Lo sagrado como lo profano, lo verdadero igualmente que lo falso, todo se convierte en objeto de sus razonamientos capciosos, de sus jocosidades, de sus burlas. La religion no ha tenido tal vez hasta ahora un enemigo mas peligroso y mas fiero. Así es que puntualmente en sus obras es donde los incrédulos, multiplicados tanto en lo succesivo, han tomado los rasgos mas ácres contra ella, y Bayle tiene el horrible honor de ser considerado como su patriarca.

El gobierno de Francia no tomó medidas bastante severas para impedir la divulgacion de las obras que vomitaba la Holanda profusamente. Dejáronse circular con libertad. Se creyó que ó su lectura fastidiaria los ánimos, ó que la refutacion hecha por personas capaces podria ser suficiente para servir de antídoto: mas se engañaron. El veneno se esparcia con igual rapidéz que peligro. El gusto de la literatura era mas general que el que jamás habia habido ántes. La novedad de los principios era un atractivo ulterior para devorar estos libros, y hacia adoptar los rasgos que parecian propios á inspirar dudas, á conmover la religion, ó aun á zanjar las bases de la incredulidad.

No obstante el ejemplo del monarca, y la piedad verdadera y sólida, de que hacia altamente profesion, en ese tiempo, oponian un fuerte dique al torrente, que amenazaba dentro de poco desbordarse. Pero ni sus esfuerzos, ni su poder sirvieron para contener una terrible faccion, peligrosa igualmente que la impiedad, y que es no menos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que esta enemiga del altar y del trono. Los últimos años de su reinado fueron turbados, y á su muerte tuvo el dolor de ver que todo su reino iba á convertirse en el teatro de las mas funestas disensiones.

Se entiende lo bastante que quiero hablar aquí del jansenismo. Débil en sus principios y arrastrándose á pasos lentos, adquirió muy pronto considerables fuerzas bajo el reinado de Luis XIII por la actividad y cuidados de un cierto abate de San-Cirán. Este era un especie de hipócrita fanático, que el cardenal de Richelieu hizo encerrar en una estrecha prision, diciendo, que si se hubiese hecho lo mismo con Lutero y Calvino, no habria sido inundada la Europa de aquellos torrentes de sangre que sus nuevos dógmas han hecho derramar. De este San-Cirán tenemos algunas obras de devocion, que nada tienen de notable sino la rudeza del estilo; pero hay una que prueba incontestablemente la perversidad de sus principios. Es la intitulada *Cuestion real*, en la que el autor decide positivamente ser permitido el asesinar á los soberanos (2). Pero Jansenio fué quien dió el nombre á esta secta, y debe vérsele como á su padre y autor. Educado en la universidad de Lovaina, en que Bayo habia sido profesor, y habia enseñado errores condenados por la santa sede, los puso en boga, y les dió además un mayor desarrollo en un grueso volúmen sobre la gracia, y tuvo la impudencia de querer hacerlos pasar como doctrina de San Agustin. Fué sin embargo bastante prudente para no hacerlos imprimir en sus dias, lo que seguramente le habria impedido llegar á ser obispo de Ipre. Este libro no fué publicado sino despues de su muerte. Aunque condenado y proscrito por los sumos pontífices, encontró innumerables partidarios, y puede decirse haber sido como una centella encendida arrojada en el pueblo, para ocasionar el incendio mas funesto.

Todo el veneno destilado de las heregias de los siglos anteriores, fué acogido en el seno del jansenismo. Una doctrina perversa, injuriosa igualmente á la bondad y clemencia divina, que cruel hacia á los hombres, una severa moral, máximas y prácticas tan solo propias á inspirar el disgusto y hasta el ódio á la religion, una hipocresia refinada, equívocos, engañadas astucias, bellaquerias, maniobras combinadas con la mayor destreza para escapar de la autoridad, calumnias atroces para perder á sus enemigos; he aquí lo que forma decididamente su carácter, y los medios empleados por él para sostener y darse á temer, para propagarse, para obtener finalmente un absoluto dominio.

Las personas poco instruidas habian creido al principio que las cuestiones promovidas por el jansenismo no eran sino cuestiones de palabras; cuestiones ininteligibles é indiferentes, que en nada tocaban á la esencia de la religion, y que no servian sino á excitar la bilis de los teólogos en los bancos de las escuelas. Los hombres mundanos reian, ó no atendian á ellas, y los literatos se divertian en ridiculizar el calor, con que, en su juicio, se sostenian simples opiniones. En cuanto al pueblo, nada entendia él ciertamente de estas materias; pero muchos se dejaban seducir de un esterior de reforma, de gravedad, de severidad; y ya se sabe que un tal artificio lo impone y lo engaña en todo tiempo.

La grande arte de los jansenistas, y es el punto en que su secta se distingue esencialmente de todas las demás, ha sido siempre el querer conservar la apariencia de estár unidos á la iglesia. Han conservado las mismas formas esternas, los mismos ritos en la administracion de los sacramentos, sus mismas ceremonias públicas. De aquí resulta, que cubriéndose con la máscara de católicos, ganan mas fácilmente la confianza de los que quieren atraer á su partido, y hacerles adoptar sus propios sentimientos. Cual tortuosas serpientes se repliegan en mil maneras, y todos los medios para ellos son buenos, con tal que les sean fructuosos.

Es cosa muy ordinaria que todas las sectas tengan hombres de talento para sostenerlas y defenderlas. La secta jansenística que ha caido hoy en la mas completa penuria de tales hombres, tuvo con oportunidad un considerable número de ellos que le dieron gran boga y le ganaron muchos partidarios. Pascal, Arnaldo, Nicolé, Quesnel, los solitários de Puerto-Real, todos emplearon la finura del ridículo, todo el imperio de la elocuencia, toda la fuerza del raciocínio, todo el aparato de la erudicion, y sobre todo los mas virulentos sarcásmos, las imputaciones mas fuertes y mas exageradas, contra aquellos que se oponian á sus errores y los desenmascaraban á presencia del público.

Tales errores habian sido muchas veces solemnemente condenados por las bulas de los papas. La autoridad del soberano las habia apoyado; y habia puesto en práctica la severidad de las leyes, la privacion de las gracias y de los beneficios, la pena de las cárceles y del destierro para castigar á esos rebeldes á ambas potestades. Triunfaron de todo con su obstinacion, con su tortuosa conducta, y con el gran número de partidarios que pervirtieron. Vióse á la cabeza de su secta á personas de la corte; y alguna dama de primer rango, que bajo el velo de afectadas austeridades y de una reforma luminosa, cubria, ó creia borrar las manchas de una juventud pasada en los placeres, se de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

claró su proctectora. Penetró ella hasta en los asilos de la piedad, donde religiosas fieles á su estado y á sus deberes, vivian en la feliz ignorancia de las cuestiones sobre el dogma; pero imbuidas en estos nuevos errores, no les quedó otra cosa que un orgullo indomable, una terquedad de loco. y una abierta rebelion contra las órdenes de la autoridad soberana. Ella llevó su seduccion entre cenobitas quietos hasta entónces, y subordinados á las leyes de la iglesia; entre religiosos edificantes por su virtud y pureza de su doctrina heredadas de sus predecesores; entre congregaciones enteras, que por una inmoderada rivalidad, ó por un zelo bajo entre gentes de la misma profesion, pero firmes é inmutables en la defensa de la religion, adoptaron las nuevas opiniones con un ciego entusiasmo, que pronto las hizo decaer de su antigua gloria. ¿Lo diré todo? no solo una multitud de eclesiásticos de todo rango, pero aun obispos se dejaron arrastrar de esta secta, é hicieron gemir á los verdaderos fieles con su obstinada resistencia á los decretos de la iglesia. Ella se insinuó en algunas célebres universidades, donde la juventud inesperta recibia lecciones corrompidas y preocupaciones obstinadas, que no se borraron ya jamás de su espíritu. Finalmente, para colmo de la desgracia llegó á sentarse en los tribunales y parlamentos, principalmente en el de Paris, con magistrados, que ensoberbecidos con los derechos que su empleo les concedia sobre el poder eclesiástico, parecia que no vibraban la espada de la justicia de que estaban armados, sino para degradar á ese poder, oprimirlo, aniquilarlo, y privarlo de sus mas sólidas columnas.

Pero contra los Jesuitas dirigieron principalmente los jansenistas todo su ódio; pasion fogosa en ellos, y que parece constituye su carácter distintivo. Veian en ellos hombres que habian esplorado todas sus sendas, que habian sido los primeros en manifestar sus errores y denuncirlos al público. Estos hombres estaban acostumbrados á combatir, y las multiplicadas victorias alcanzadas por ellos sobre los protestantes, cuyos principios acerca de la libertad y la gracia eran los mismos que los de los jansenistas, los hacian enemigos muy temibles. Era pues peligroso entrar en lid con ellos; y se sabia que firmes é inmutables en la defensa de la fé católica, nada podia detener su zelo, y que mientras mas obstáculos se les presentaban, mas redoblaban su energia. Se creyó por lo tanto deberse emplear con ellos otras armas. Se juró su pérdida para desembarazarse de tales enemigos, y semejante conjuracion principia desde el nacimiento del jansenismo.

Pero mientras se podia llegar al deseado suceso, no se

omitieron los medios propios para disponerlo, quiero decir, la calumnia y los libelos. Estos libelos, caidos hoy en olvido, eran sin fin. Se empleaban todas las formas para denigrar á los Jesuitas, escárnios, injurias, historietas fabricadas al antojo, anécdotas inventadas, todo era bueno con tal que pudiese hacerles mal (3). ¿Quien lo creería? ¿y á que grado de ceguedad no es siempre capáz de llegar el ódio? El doctor Arnaldo, uno de los corifeos del partido, que no carecia de erudicion ni elocuencia, cuando escribia con serenidad sobre todas las demás materias, ha querido probar geométricamente ser lícito injuriar á los Jesuitas. Esta obra no merece sino el desprecio; pero hay otra llena de buen humor, de un fino ridículo, y agradable, aunque se vean en cada página las contraseñas de la calumnia. Estas son las *Cartas Provinciales* de Pascál, las cuales ciertamente el dia de hoy han perdido muchisimo de su interés, mas todavia se leen con gusto. No hay, en efecto, obra que haya hecho mayor perjuicio á los Jesuitas, y aun se puede llegar á asegurar que ellos no han podido jamás rehacerse todavia por las huellas profundas y terribles preocupaciones, que ellas dejaron en su contra en el espíritu de cualquiera lector (4).

La bula *Unigenitus* acabó de enfurecer á los jansenistas. Ella fué publicada por Clemente XI para condenar las ciento y una proposiciones estraidas de las *Reflexiones morales sobre el nuevo Testamento* de que era autor el padre Quesnél del oratorio. Esta obra habia excitado los elógios, la admiracion, y hasta el entusiasmo de toda la secta. Esta acusó á los Jesuitas de haber provocado la bula, y aun de ser los autores. El padre Le-Tellier, confesor de Luis XIV, fué sobre todos el blanco de sus mas venenosos tiros. Sin embargo, este monarca la hizo registrar en los parlamentos como una ley del estado. Fué necesario todo el hábito del respeto á sus mandatos, para que se procediese á registrarla, especialmente en el parlamento de París, en que ya muchos miembros se habian declarado partidarios zelosisimos del jansenismo. Pero toda la Francia fué incendiada. Por todas partes saltaban disensiones y lamentos. Se habria dicho que esta bula era una calamidad pública; tanto así se la presentaba bajo todos los coloridos mas odiosos, y como el compendio de todos los males reunidos.

En tales circunstancias ocurrió la muerte de Luis XIV. El duque de Orleans regente en la minoría de Luis XV, dió al principio de su administracion un gran pábulo al jansenismo con la proteccion que le dispensó. Conociendo que tenia necesidad del parlamento de Paris, primero para anular el testamento del rey difunto, á fin de asegurarse la regen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, y despues para otros muchos actos gubernativos, su gratitud y complacencia no tuvieron límites. Convino en cuanto se quería. El padre Le-Tellier fué desterrado, y los Jesuitas arrojados de la corte. Los jansenistas levantaron entónces la cabeza altaneramente. Tuvieron la libertad de esparcir su doctrina sin ser molestados de ninguna suerte. Algunos prelados, á cuya frente estaba el cardenal de Noailles arzobispo de Paris, se declararon apelantes al futuro concilio como de abuso de la bula *Unigenitus*. Tuvieron un inmenso número de secuaces. Algunos curas ignorantes, algunos religiosos que vejetaban en la inmundicia de su saco, creyeron llegada la ocasion de salir de la obscuridad á que estaban reducidos. No hubo clase, aun entre los artesanos mas sencillos, que no siguiese semejante ejemplo. Lo que fué mas deplorable fué, que la universidad de Paris participó de esta deshonra. ¿Qué suerte, pues, de lecciones podian recibir sus discípulos, bajo unos maestros que predicaban abiertamente la rebelion á los decretos de los sumos pontífices? Pero esto era lo que menos interesaba á los jansenistas. Uno de los puntos principales de su heregía es reducir á los mas estrechos límites, ó mas bien de destruir la autoridad de los papas, y hasta la de los obispos, poniendo todo á un nivel en la gerarquía eclesiástica.

El regente tuvo pronto ocasion de conocer sus maniobras. Vió que eran otros tantos embrolladores y facciosos. Volvió sobre sus pasos y repuso á los Jesuitas en la corte, donde permanecieron hasta su destruccion en calidad de confesores del rey y de la real familia. Convirtiéronse los jansenistas en objeto de su desprecio. Se engañó en no pasar de ahí: debió obrar severamente contra ellos, y no dejarles la libertad, como lo hizo, de esparcir siempre mas su perniciosa doctrina. Pero no es esta la única falta que se puede reprochar á aquel príncipe.

No podrá negarse, que tuviese mucho espíritu y muy cultivado: poseía él muchas luces. La magnífica galería de cuadros formada en el palacio real que era suya, prueban su buen gusto por las artes. La Francia se encuentra hoy privada de uno y otro (5) por la venta hecha por su sucesor el duque de Orleans, cuyo nombre se ha convertido en infamia. Su avaricia y bajeza de ánimo le han hecho preferir el dinero á la posesion de tales obras maestras. Pero es forzoso decir tambien, que los principios del regente en materia de religion y de moral, eran muy reprehensibles. Hemos visto ya que los espíritus estaban dispuestos á una impulsion para romper las leyes de una y otra, y él fué el que desgraciadamente la dió.

Desde mucho tiempo ántes era él muy sospechoso en lo que concierne á la religion; y aunque no osase, durante la vida de Luis XIV, su tio, que era un hombre zelosisimo sobre este punto, manifestar sus propios sentimientos, sin embargo no dejó de inspirarle una justisima desconfianza. Hízole frecuentemente severas reconvenciones en el particular. Cuando llegó á ser depositário de la suprema autoridad, dió un libre curso á sus propias opiniones. El palacio real vino á ser el centro de union de los bellos espíritus. Se disertaba con aquella ligereza de burla que muchas veces para los franceses equivale á convincentisima razon, sobre graves materias que se escapan á las débiles luces de los hombres, y que la sabiduría de los siglos anteriores habia cubierto bajo el velo de una respetuosa fé. Permitíase decir chistes y bufonadas, que circulaban en seguida entre los camaradas, y cuyo efecto seguro era hacer ridículos ó despreciables los objetos mas sagrados, y las personas que mas necesitaban de la pública estimacion. En esta época fué cuando la impiedad, hasta entónces tímida y oculta, osó mostrarse descaradamente y jactarse de sus máximas, razonamientos y sistemas, los cuales no se dirigian á menos que á destruir todas las esperanzas de los hombres por un porvenir mucho mas importante que la vida presente; y aun á trastornar toda la sociedad entera.

Si merece el regente la desaprobacion de todos los hombres virtuosos por el impulso dado por él mismo á la impiedad, no lo merece menos por la terrible inmoralidad que introdujo en la Francia. Es verdad que en todos tiempos tuvo que llorar muchos desórdenes de esta especie; pero se ruborizaban de ellos, no se hacia ostentacion, y se respetaba la esterior decencia. Todas las reglas del decoro fueron entónces violadas. El pudor me prohibe trazar el cuadro de las orgías que se tenian en el palacio real. No, las bacanales de los antiguos no sobrepujaban á las de esta reunion impura, en que se hallaban algunas personas corrompidas, en una corte que se corrompia cada dia mas. Basta saber, que cuanto la molicie tiene de mas sensual, la voluptuosidad de mas refinado, y el mismo libertinaje de mas grosero y repugnante, todo se hallaba allí reunido.

¡Felices no obstante los franceses si esta inmoralidad no hubiese traspasado los límites de este palacio real! Pero ella traspasó todo límite, se esparció por todas partes con la impetuosidad de un torrente desbordado, llevó su veneno á todas las clases de la sociedad. Desde aquellos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempos, pues, es necesario datar, no digo ya aquel tono frívolo y ligero, que parece ser el carácter distintivo francés; sino aquellas atrevidas maneras desprovistas de todo freno, que muestran la transgresion de los deberes; aquel olvido en las mugeres de la modestia, que constituye por otra parte su mas bello ornato; aquella infidelidad en el matrimonio, que aun en la opinion de los paganos arrastra en pós de si la ruina de los estados. Entónces fué cuando las rameras, azote el mas destructor de la moral pública, salieron de aquella condicion vil y abatida, á que su infame profesion las condenaba. No se tuvo vergüenza de mantenerlas públicamente, y de prodigarles tesoros, con que ministrarles un alimento contínuo de su fausto insolente y su insaciable ambicion. ¿Qué deberé decir por último? El afecto al lujo, el amor desenfrenado de los placeres, difundieron inmensamente sus estragos. Para satisfacerlos se requerian riquezas; y el sistema de Law crió al principio, con los billetes de banco, una cantidad increible. Es verdad que ellas no eran sino imaginárias; y no se puede comprender, si no se tuviese un reciente ejemplo en los asignados, como alguna vez puede una nacion entera adoptar por un signo efectivo del oro y de la plata algunas hojas ligeras de papel. Pero estos billetes de banco encendieron la ambicion á un punto, que ni la Francia, ni acaso algun pais del mundo, habian visto jamás ejemplo semejante. Una gran multitud de particulares nacidos en las clases mas ínfimas de la sociedad, hicieron á favor del agiotage fortunas inmensas, mientras que otros poseedores de riquezas reales, pero que habian cometido la imprudencia de cambiarlas por billetes, decayeron con descrédito suyo en la indigencia. Se hizo con esto tal mezcla en toda la nacion, que en poco tiempo ya no se conocia ella misma. Nacieron de aquí nuevos gústos y nuevas costumbres; pero los hombres grandes de todos los siglos precedentes ciertamente no los habrian adoptado.

El ministerio del duque de Borbón, que reemplazó al regente despues de su muerte, fué de muy corta duracion para presentar un memorable acaecimiento, fuera del matrimonio que trató este príncipe de Luis XV con la hija de Estanislao, rey destronado de Polonia. El del cardenal de Fleury su succesor, hizo generalmente la felicidad de la Francia. La gobernó con acierto, y con aquella moderacion que formaba su carácter. No dejó escapar ninguna ocasion de contribuir á la gloria del jóven rey su discípulo. Pero á pesar de todas las precaucio-

nes que pudo tomar, inspiradas de su prudente zelo, tuvo el dolor de ver al jansenismo agitarse cada dia con mayor violencia, y llegar á un exceso de fanatismo, que hace la vergüenza de esta heregía.

Un diácono de París, llamado Paricio, ó sea París, partidario igualmente exaltado que imbécil de los nuevos errores, habia muerto poco tiempo ántes, y sido sepultado en el cementerio de San Medardo, parróquia de uno de los suburbios de la capital. Los jansenistas pensaron hacer de él un santo, y quisieron darle el crédito de obrador de milagros. Algunos bribones pagados, no teniendo sino males fingidos, se hacen conducir á su sepulcro. Allí se convelen, y hacen contorsiones y gestos de obcesos, y entran en convulsiones propias para mover la risa, ó el espanto de los espectadores. Oprimidos de la fatiga se levantan, atestiguan ser curados, y cantan alabanzas al santo París. La multitud inmensa del pueblo atraida de la novedad las repite, y sale con aquella necia credulidad, que forma el carácter de los parisienses, de haber sido realmente testigo de algunos milagros. Pero estos pretendidos prodigios no pudieron sufrir el exámen de los observadores ilustrados. No eran mas que rasgos de desenvoltura, de que la física y la medicina dan razon sin ocurrir á nada de sobrenatural (6). Esto no obstante, resultó de tales juegos de manos, si me es lícito usar de esta espresion, imaginados por los jansenistas para dar un lustre á su secta, que los incrédulos cubiertos bajo el nombre de filósofos, nombre que comenzó desde esa época á hacerse de moda, sacaron ventaja de ellos para desacreditar los verdaderos milagros y la misma religion. Todo se combinaba de esta suerte para hacerla despreciable, odiosa, y para aniquilarla. El cardenal de Fleury hizo tapiar el cementerio de San Medardo. El habria debido, no hay duda, procesar y someter á los ojos vigilantes de la policía á los convulsionarios, los cuales continuaron sus indecentes y escandalosas farsas en las tabernas, donde se reunian los devotos de la secta y una multitud de curiosos; los unos para admirar los prodigios del santo París y confirmarse en sus infelices preocupaciones; y los otros, para hacerlos el objeto de sus burlas; habria debido emplear todos los medios posibles para contener sobre todo la circulacion clandestina de la gaceta eclesiástica, comenzada casi en aquel tiempo; periódico, en que el autor oscuro, pero animado de toda la rabia del infierno, insultaba una vez á la semana á los talentos y vir-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

tud, y vomitaba las mas soeces injurias y mas odiosas calumnias, contra los que atacaban al jansenismo, ó que no adoptaban su doctrina. Tambien en aquel tiempo apareció aquella famosa consulta suscrita por treinta y tres abogados de Paris, en que establecieron las máximas mas atrevidas contra la autoridad eclesiástica y la real, y que el parlamento de la capital, imbuido ya en estas mismas máximas, la tomó por un experimento de sus fuerzas contra estas autoridades. Todo paró en un momentáneo destierro, y fué repuesto á sus funciones, so pretesto de ser necesarias á la conservacion de la justicia.

A estos males se unieron los que preparaba la irreligion. Ella desde entónces ya se manifestaba atrevidamente. Voltaire que ha dado á su siglo un impulso tan fuerte por la perversion de los buenos principios, estaba en ese tiempo en la flor de su genio, ó al menos para conformarnos al lenguaje de sus severos jueces, de lo que tenia la apariencia.

No hablaré de sus obras literarias, que cualquiera conoce; pero diré que nacido irreligioso, si es permitido el espresarse así, acabó de pervertir su espíritu y corazon con la lectura de los libros impios, y singularmente de Bayle, que le enseñó á volver problemáticas las verdades las mas incontrastables. Hizo aun mas, las atacó directamente con osadía; esparció sobre ellas un barniz de ridículo, arte que poseía con perfeccion, hermeseó sus raciocinios con un estílo natural, fácil, elegante, que lo ponia al alcance de toda clase de lectores; y la impiedad, concentrada hasta allí entre los que se llamaban espíritus fuertes, adquirió un número infinito de prosélitos con los escritos de Voltaire, que fueron leidos con entusiasmo.

Otros escritores aparecidos en el mismo tiempo propagaron singularmente la corrupcion de costumbres. con un género de obras propias para producir este efecto, y que tienen una influencia mucho mayor de lo que se cree sobre la sociedad.

Quiero decir las novelas, leidas y devoradas por las mugeres y los jóvenes, porque allí encuentran la expresion de los sentimientos que les sirven de regla de conducta. Estas obras pintan siempre las costumbres del tiempo en que fueron compuestas. Versáronse al principio y por algun tiempo sobre objetos de caballeria. Estaba entónces en boga la caballería; y todos preciaban de tener aquellos sentimientos que inspira. Una galante-

ría noble y apasionada es su consecuencia. Bajo el reinado de Luis XIII, y mucho mas bajo el de Luis XIV, los romances, como los de la princesa de Cléves y de Zuida, presentaron las imágenes mas semejantes á las costumbres que reinaban entónces. En el tiempo de que hablamos, las novelas no han tenido por fin sino un libertinaje desenfrenado de corazon y de espíritu. Pintan imágenes licenciosas, en que las mugeres prueban siempre las mas vergonzosas derrotas, y no tienen los hombres sino el detestable orgullo de la seduccion. Se deja la pintura de las grandes pasiones para descender á un bajo pormenor de los usos de los tocadores y gabinetes, y para recargar sobre las pequeñas intrigas que revelan la torpeza de los personajes que se ponen en accion. Se ha dicho que estos nuevos romances son preferibles á los antiguos, por cuanto estos no pintan sino costumbres ideales, á la vez que aquellos representan á los hombres tales cuales son, y los hacen conocer; pero si estos hombres no son dotados sino de vicios, ¿que ventaja se encuentra en saber hasta qué grado de corrupcion puedan ellos llegar?

Las agitaciones contínuas del jansenismo y las empresas del parlamento que se combinaban entre sí, fueron la fuente de los mas graves embarazos para Luis XV despues de la muerte del cardenal de Fleury acaecida en 1743. Es á propósito dar aquí una relacion mas circunstanciada, porque los acaecimientos de aquel tiempo se ligan casi inmediatamente con las desgracias actuales.

Un prelado de un gran carácter, de una firmeza digna de los obispos de la primitiva iglesia, Monseñor de Beaumont, primero obispo de Bayona, arzobispo despues de Viena, habia sido colocado cerca del año de 1746 sobre la silla de la capital. No habia él aceptado esta dignidad eminente, sino en virtud de las repetidas órdenes del rey, como si hubiese previsto las penas y disgustos, que debia experimentar en seguida. Luego que se presentó en París, se ganó la pública estimacion, y un gran respeto, inspirado por la regularidad de sus costumbres, (que sus mismos enemigos mas ardientes no han osado atacar jamás) por todas las virtudes de su estado, y especialmente por sus inmensas limosnas. Zelocisimo por la fé ortodoxa y por la disciplina eclesiástica, no inventó, como se ha pretendido, las cédulas de confesion; pero mantuvo con firmeza los sábios reglamentos de sus predecesores y del mismo cardenal de Noailles, aunque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partidario estremoso del jansenismo. Estas cédulas, que se exigian de los moribundos, ántes de recibir el sagrado viático, no podian ser distribuidas sino por sacerdotes aprobados, y cuya doctrina se hubiese juzgado ser conforme á los decretos de la iglesia, y sobre todo á la bula *Unigenitus*. Esta precaucion se habia creido necesaria en un tiempo en que eclesiásticos sospechosos por su doctrina, obstinados en sus errores, y justamente suspensos de sus funciones, tenian el sacrílego atrevimiento de escuchar las confesiones de los partidarios fanáticos de su secta, y de prestarse de esta manera á la profanacion de los sacramentos. Aun habia entre estos, algunos expulsados de sus diócesis, por tales motivos, que venian á ocultarse á París, y con el auxilio de disfrazarse en hábito secular estaban mas aptos para ejercitar un ministerio tan culpable.

La vigilancia de Monseñor de Beaumont excitó el furor de los jansenistas hasta el último grado. Creyeron entónces deber tomar todos los medios que maquinaban hacía tiempo, pero que no habian aun podido poner en práctica, porque no habian creido las circunstancias bastante favorables. Estas lo fueron en esa vez. El espíritu del público habia experimentado un sensible sacudimiento. El gobierno era débil é incierto. Pusieron en accion al parlamento.

Este cuerpo, únicamente establecido para administrar la justicia, y que en nada se asemejaba ya á aquellos parlamentos antiguos, que recuerda la historia de Francia, se habia arrogado muchos derechos que no tenia, ni debia tener. En diversas ocasiones habian querido mezclarse en los negocios de estado, y habia llegado hasta excitar turbaciones peligrosas, como se vió en la guerra de la hoja. Reprimido por los soberanos absolutos, no entraba en los límites que le estaban prescritos, sino por el temor; pero conservaba siempre la ambicion secreta de engrandecer su poder. Se enorgullecia con la denominacion que le habian dado, por abuso de términos, los estados de Blois, en 1576, llamandolo *Estados generales en pequeño*.

Los jansenistas despertaron todas sus pretensiones, y les hicieron concebir mayores. Anatematizados por la iglesia que aborrecia sus máximas, pensaron ellos en hacer del parlamento su único juez supremo en las materias eclesiásticas. Los miembros que lo componian, no satisfechos de calificarse con el título de *Tutores de los reyes*, que afectaban darse á sí mismos, aceptaron con placer el nuevo honor que se les concedia. A favor de las atribu-

ciones que habian obtenido so pretesto de conservar las libertades de la iglesia galicana, que ellos miraban como el antemural de la Francia, habian seguido constantemente de mucho tiempo atrás el camino de disminuir la jurisdiccion eclesiástica; pero hicieron mucho mas en 1749, época en que comenzaron á manifestarse como los fautores mas ardientes del jansenismo. Acogieron con ansia las apelaciones, como de abuso que se hacia de las cédulas de confesion. Prohibieron, en fin, en 1751 el exigirlas, y pronto llegaron al punto de ordenar, se administrase el viático á aquellos enfermos, que rehusando exhibir tales cédulas, insistian hasta la muerte en no reconocer la bula *Unigenitus*, y apelar al futuro concilio.

El escándalo y el sacrilegio llegaron entonces á su colmo. Algunos curas y vicarios de París, que fieles á su deber y á la voz de su primer pastor, no quisieron someterse á una autoridad tan incompetente, fueron intimados de arresto y obligados á substraerse con una fuga violenta á penas rigorosas é infamantes. Los otros sacerdotes, de que hemos hablado, mas complacientes é infectados de todos los errores del jansenismo, no tuvieron horror de llevar al Santo de los Santos á todos estos refractarios de las leyes eclesiásticas. ¡Ah! ¿Puede contarse esto sin lágrimas? Algunos viles agentes del parlamento, viendo el santuario abandonado de sus fieles ministros, tuvieron la sacrílega osadia de romper las puertas del tabernáculo, y de poner el cuerpo del Dios vivo en las manos de estos sacerdotes impios á la par, para llevarlo á los que no lo pedian, sino para poner el sello á su eterna reprobacion.

En vano Monseñor de Beaumont se levantó con toda la energia de su zelo contra los atentados del parlamento de París, que tuvo pronto por imitadores á los parlamentos de provincia. Publicó pastorales, fulminó excomuniones. Se hizo befa de estas armas, que ya se miraban como anticuadas é inútiles. Se dieron maña de hacerlo odioso al pueblo, y de pasar por un fanático, por un hombre obstinado en sus cortas ideas, y que nada era capaz de hacerle cambiar. Tenian razon respecto de este punto; pero él fué el que le concilió el aprecio, la veneracion y el respeto de aquellos que saben conocer el valor de los hombres. La corte pareció al principio que queria tomar partido. Prohibió al parlamento el ingerirse en negocios, en que no tenia mision ni competencia. No se la hizo caso. Continuó el parlamento sus procedimientos, contra los eclesiásticos, á quienes su conciencia intimaba el deber de no sujetarse á los decretos, y sostu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vo siempre el escándalo de las mas horribles profanaciones. Entonces fué cuando se avanzó á hacer exposiciones al soberano, en las que estableció nuevas máximas contrarias á su autoridad y al derecho público de la monarquia; exposiciones que fueron la señal no solo de la indiferencia, mas tambien del desprecio y de la aversion que concebian por la autoridad real.

En virtud de sus reglamentos establecidos, estas representaciones no podian ser comunicadas sino al rey, y no debian publicarse. Se hicieron imprimir: leidas y devoradas con avidez exaltaron todas las cabezas. Se comenzó á persuadirse que el poder del soberano debia ser limitado: que era necesario poner un término á sus vejaciones, despotismo y tirania, palabras de que se hizo uso entonces por la primera vez para hacer odiosa la lejitima autoridad; que los derechos del parlamento eran mucho mas extensos, y mas grandes que lo que hasta allí se habia creido, que él era el defensor del pueblo, y el custodio de los pocos privilegios que le quedaban.

Esparcidas en el pueblo estas novedades tan peligrosas, sostenidas por el interés, vanidad, entusiasmo y fanatismo de los jansenistas y de todo el partido del parlamento, hicieron en él toda la impresion que se esperaba, y este cuerpo se convirtió en el ídolo de la nacion, especialmente de París, que ha sido en todo tiempo el centro de la rebelion. Por esto la corte, alarmada con tan audaces pretensiones, y avances tan atentatorios á la verdadera y legítima constitucion del reino de Francia, creyó deber refrenarlo. Luis XV, el cual en ciertas ocasiones parecia zelosisimo de su propia autoridad, se determinó á dar un gran golpe, capaz de atemorizar y de calmar las agitaciones de los espiritus. Desterró al parlamento, y dispersó á sus miembros por algunas ciudades de provincia. Pero fué conveniente llamarlo muy en breve. Las murmuraciónes y las quejas resonaban por todas partes. Se creía que sin él nada se podia hacer para la administracion de justicia. Devolviéronse á sus funciones en 1754.

El buen sentido y la política sin duda habrian querido que se les impusiesen leyes, y se les hiciese comprar su retorno con una entera sumision á las órdenes del soberano, y una absoluta prohibicion de suscitar cuestiones propias á alterar la tranquilidad del estado. Pero no: la pérdida de la Francia estaba yá fijada en los decretos del Eterno. La ceguedad del ministerio fué tal, que hizo precisamente lo que se necesitaba para aumentar las

públicas calamidades. El rey publicó un edicto, en que impuso silencio á ambos partidos, esto es al del arzobispo de París y al del parlamento.

Esta *ley del silencio*, como se llamó entónces, y de que tanto se habló por algun tiempo, dió lugar á una persecucion aun mas desecha contra este prelado y contra los eclesiásticos sus adheridos. Si se huviera leido la historia, se habria sabido que esta suerte de leyes no sirven sino á dar pasto y ventajas al error, dejándole la libertad de hacer progresos sin temer ser inquietado, y que al contrario la verdad es ultrajada, envilecida y perseguida; como cabalmente sucedió. El arzobispo, á quien ningun temor, ni humano respeto podia poner obstáculo para hacer escuchar su voz, se vió insultado por algunos decretos satíricos y calumniantes; fueron secuestrados sus bienes, y sus cooperadores fieles en el ministerio, obligados á abandonar su rebaño, fugitivos y errantes, fueron mas que antes espuestos á todo el ódio de los fanáticos sectarios. ¿Qué no se obró contra él? Se intentó hacerlo pasar por reo de lesa-magestad y como refractario á la ley del silencio, cuando sus enemigos la violaban de una manera tan atrevida. ¿De qué delito era él culpable? ¿Acaso de sostener los derechos del episcopado, de la iglesia y del altar, y de oponerse á que los profanos pusiesen en ellos sus manos sacrílegas? ¡Ah! Era ciertamente un hermoso espectáculo verlo solo hacer frente, como otro Atanasio, al universo conjurado en su contra, ofrecer con dignidad su cabeza á los golpes de sus perseguidores; apreciado interiormente por el soberano; amado y venerado de la reyna, modelo de todas las virtudes; del delfin, que habria hecho la felicidad de la Francia, sin una muerte inmatura, procurada tal vez por la mano de los malvados; del resto de la familia real, de todos los hombres honrados y de bien, y cubierto él mismo de toda la gloria que la religion concede á sus defensores y á sus héroes.

Las cosas llegaron á tal extremidad en su contra, que el gobierno, movido de una falsa y cruel piedad, creyó deber sustraerlo á todo el rigor de las penas que le amenazaban. Fué desterrado por diversas ocasiones. Pero ved un nuevo rasgo que pone el colmo á su gloria: En la última órden que sobre esto le fué intimada, se le dejaba la libertad de escoger el lugar de su destierro. Se decidió sin vacilar á retirarse á la Trapa. Marcha y vá á participar con los religiosos de aquella célebre abadia de todos los ejercicios de piedad y de todas las asperezas de su penitencia. Si sus enemigos hubiesen sido capaces de algun sentimiento de honor y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtud, sin otra diligencia se habria calmado su ódio y se huviera convertido en admiracion; ¿pero unos ciegos fanáticos como los jansenistas, son de eso capaces? No aspiran mas que sacrificar sus opositores á su propia venganza.

El parlamento de París triunfaba. Los parlamentos de provincia quisieron tener parte en su triunfo. Persiguieron á los eclesiásticos y se permitieron igualmente hacer atrevidas representaciones. No se creeria esto, tratándose de personas, que habian recibido sus empleos del soberano, que administraban la justicia á su nombre, y muchos de los cuales habian sido colmados por él de beneficios. ¿Pero de qué otra manera obra el espíritu de cuerpo cuando es mal dirigido? No solicita sino elevarse y engrandecerse, y la ambicion jamás ha reconocido justos límites.

Otras desgracias vinieron igualmente á caer sobre la Francia, y estallaron con la mayor violencia. He hablado ya de las primeras tentativas de los filósofos, hombres que han tenido la impudencia de tomar tal título, siendo enemigos tan fogosos de la religion y del gobierno. Trataron entónces de unir todas sus fuerzas, y no guardar ya miramiento alguno. Es digno de observarse, que cuando el jansenismo se mostró con tanto orgullo, apareció la irreligion á cara descubierta con sus horribles formas, y todo la emponzoñó con su veneno infernal precisamente en el mismo tiempo, esto es, á la época en que fué promulgada la ley del silencio. ¡Están hechas ambas, por ventura, para marchar á paso igual? ¡Será acaso cierto, que el jansenismo arrastra al deismo, al ateismo y á la impiedad por sendas oblicuas é indirectas, y la moderna filosofia por caminos derechos y directos? Esta observacion no se ha escapado á tres muy grandes ingénios, que conocen á fondo el sistema jansenístico. Espero que los lectores me permitirán entrar todavia en algunos detalles sobre estos pretendidos filósofos. Servirá esto para hacer conocer mejor todas las fuentes de las desventuras, de que iba á ser teatro la Francia.

Voltaire espelido de Prusia por Federico, su mismo protector y admirador de sus talentos, á causa de su caracter inquieto y turbulento, se habia refugiado en el tiempo de que hablamos, á las inmediaciones de Ginebra. Allí dió un libre vuelo á sus opiniones, y publicó todas aquellas obras; en que no se sabe lo que debe sorprender mas, si su inagotable fecundidad, ó el exceso de su impiedad. Hasta aquel momento el nombre que se habia adquirido por muchos títulos, estaba contrapesado por las justisimas críticas y argumentos, que se habian hecho á sus escritos. Mirábasele, no hay duda, como

un bello talento, mas no se le habia calificado todavia de hombre de génio. Entónces fué cuando se le prodigó este título. La nacion francesa no habia producido jamás un escritor de su mérito. Se le antepuso á Corneille y á Racine. Crebillon era un rival poco digno de él. Se abandonó la representacion de las obras maestras de estos, y se corria agolpadamente á la de las tragedias de aquel. Las voluminosas obras que publicaba en sus tierras de Ferney, sus mas pequeños libríllos eran solicitados con una ansia y entusiasmo increibles. Todos querian leerlos, y todos los aplaudian; agradaban los principios, y estos corrompian todas las cabezas y corazones.

Juan Jacobo Rousseau se habia dado á conocer últimamente con dos discursos llenos de vigor y elocuencia, pero en que los sofismas y las máximas atrevidas preludiaban otras mayores obras que publicó pasados algunos años. Montesquieu vivia todavia. Sus Cartas persianas habian lastimado los ojos castos con las pinturas licenciosas que contienen, y algunas frases burlescas y sarcasmos contra la religion, habian escandalizado justamente á las personas piadosas; pero esta obra probaba que él era un pensador, para valerme de una espresion que entónces se hizo de moda, y que tenia miras profundas en política y legislacion. Sus consideraciones sobre la causa de la grandeza y de la decadencia de los romanos son la mejor prueba; participaba él del génio de los antiguos; que tenian el arte de fundir las materias para hacer cuadros en grande, de decir mucho en pocas palabras, y de excitar las reflexiones en quien leé. Su *Espiritu de las leyes* dió el lleno á su reputacion. Se creyó que los mas célebres autores en materia de legislacion, no habian profundizado tan bien este punto. Sin embargo no está esa obra libre de todo reproche, ni por el lado de los principios de gobierno, ni del de los de la religion. Feliz tal escritor, si se hubiera arreglado en toda su vida á lo que dijo á la hora de morir: *Que la revelacion es el mayor beneficio que Dios habia concedido á los mortales.*

Poco despues Buffon se habia abierto con los primeros volúmenes de su *Historia natural* una carrera, en que habria adquiridose una gloria sin mancha; pero el prurito de los sistemas habia seducido su brillante fantasia. Habia inventado uno para esplicar la formacion del mundo, pero que no se convenia en gran parte con la buena fisica, y mucho menos con la historia de Moises.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con una espresion burlesca, y que no podia engañar sino á los necios, declaraba hacer abstraccion del sagrado testo, al que decia respetaba, cuando lo aniquilaba en el fondo, y no quedaba por él el que se viese como un tejido de errores y de absurdos. Toda su teoria sobre la tierra, tomada de un filósofo inglés, trae consigo el sello de los sentimientos antireligiosos. De aquí es, que con tanta razon fué censurado por la Sorbona. Los filósofos temian todavia semejantes censuras; pero á proporcion que vieron sus obras vindicadas de esta nota de infamia con los votos del público pervertido, se burlaron de ellas y las convirtieron en ridículo; y dijeron que el bonete cuadrado de un doctor de la Sorbona era el sepulcro del buen sentido.

Sin embargo esta misma Sorbona, tan zelosa entónces contra los filósofos, y aun contra los jansenistas, á quienes en pena de la pureza de la doctrina enseñada por ellos á sus discípulos, habia hecho cerrar las aulas por algun tiempo, aquella misma Sorbona vió levantarse en su seno un escándalo, de que jamàs se habia dado ejemplo, y que prueba cuantos progresos habia hecho yà la irreligion. Un licenciado en teologia, llamado el abate de Prades, tuvo el atrevimiento de sostener un acto, en que, entre otras impiedades avanzaba, que los milagros de Jesucristo, en la curacion de los enfermos, nada tenian de mas extraordinario que las curas hechas por Esculapio. La indignacion que suscitó esta tésis, y los procesos que se hicieron contra el autor, le obligaron á abandonar la Francia y refugiarse á Prusia. El abate de Brienne, hecho despues famoso bajo el nembre del cardenal de Lomenie, sostuvo otra, por el mismo tiempo, la que era aun mas impia. Ella debia causar su ruina, ó por lo menos privarlo para siempre de todo favor y de todo puesto eclesiástico; pero sus protectores y amigos lo sustrajeron al justo castigo que merecia. Desde entónces anunciò lo que debia ser en lo porvenir, este es, un prelado y cardenal degradado por su versátil moral, por sus perjuros y vil complacencia á las voluntades de la asamblea nacional, prestando el juramento constitucional.

Aparecieron, en fin, los enciclopedistas, teniendo á su cabeza á D' Alembert y á Diderot. El primero tenia la vanidad de querer unir la sequedad de los cálculos algebraicos y de la geometria á las gracias de la literatura, en lo que obtuvo mucho menores sucesos. El era un intrigante diestro, astuto é infinitamente peligroso, que nada omitia por esparcir los perniciosos principios de que

estaba infecto, aun mas bajo las sombras del misterio y con sus correspondencias, que con sus escritos, aunque en ellos se ven siempre rastros muy sensibles de ellos. El segundo era un impio mas franco, si así puedo expresarme; declaraba sus sentimientos abiertamente, y se dejaba arrastrar sin medida de la vivacidad de su imaginacion fuerte, viva é impetuosa. El fué uno de los primeros que publicó obras totalmente decididas. Habia, así se espresaba, descorrido el velo á los errores, y se creia llamado para desengañar á los hombres. Concibieron entrambos el proyecto de ordenar por alfabeto todas las ciencias humanas. Asociáronse diversos cooperadores, y amontonando volúmenes sobre volúmenes levantaron la enorme masa del Diccionario enciclopédico, que se puede llamar un depósito de muchos mas errores que verdades. El mismo Diderot lo reconoció, y en una memoria qne hizo imprimir algunos años despues, confiesa que este Diccionario es la compilacion mas mal digerida y acaso la mas deshonrosa que jamàs se haya hecho. Hace de ella una crítica amarga, pero al mismo tiempo justisima.

No es, sin embargo, nada menos cierto que el público se encaprichó de tal suerte de esta obra por lo que oia decir sobre ella á sus panegiristas, que la mirò como el mas bello monumento que el espíritu humano habia sabido formar. Es igualmente cierto, que el nombre de enciclopedista, y el de impio se hicieron casi sinónomos; tantos eran los artículos llenos de malignidad, de sarcasmos, y de rasgos mordaces contra la religion, y de máximas sediciosas contra el mismo gobierno.

Los hombres virtuosos que quedaban en Francia, lamentaban los excesos á que ya se dejaba arrastrar la filosofia. El padre Berthier Jesuita, uno de los sábios mas distinguidos de este siglo, que se hallaba al frente del Diario de Trevoux, el mejor sin duda y el mas instructivo de todas las obras periódicas literarias, en todo el tiempo que estuvo bajo su direccion, habia hecho al principio grandes elógios del *Prospecto* del Diccionario enciclopédico, escrito por D' Alembert, que se habia manifestado en él muy superior á cuanto habia salido de su pluma. El habia animado con todas sus fuerzas esta empresa, creyendo se seguiria con aquel decoro que conviene en las obras de importancia, y que corresponderia á los esmeros que se anunciaban en el Prospecto. ¡Pero cual fué su sorpresa leyendo el primer tomo, descubriendo en él una multitud de artículos que ultrajaban

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas las consideraciones religiosas y sociales! Se pronunciò fuertemente contra los autores, y aun los cubrió de confusion, probándoles que eran viles plagiarios, por ciertos trozos que habian exaltado como producidos por su ingenio, y que habian copiado palabra por palabra del Curso de las ciencias del padre Buffier Jesuita: finalmente prometió seguir paso á paso todos los articulos peligrosos, ó aun solo sospechosos para precaver al lector. El era un gigante que amenazaba destrozar á los enciclopedistas; los que quedaron espantados y no sabian que responder. Recurrieron á una maniobra, que despues pusieron en planta muchos. Se dirigieron al magistrado encargado entónces de la inspeccion de los libros, para que prohibiese al padre Berthier continuar la censura prometida; y el complaciente juez, obsequió sin tardanza su pedido (7). De esta suerte, los que tanto han gritado contra el despotismo, han sido ellos mismos los primeros en dar un odioso ejemplo. He referido esta anécdota poco sabida, pero cierta, porque en esa época los filósofos se levantaron contra los Jesuitas. y favorecieron con todos sus esfuerzos á los maquinadores de su destruccion.

La gran sensacion producida por las obras de que he hablado antes, excitó la emulacion de una multitud de escritores subalternos, los cuales parecia se huviesen convenido á quien vomitaba mas blasfemias contra la religion, mas torpezas contra las costumbres, mas injurias contra el gobierno, y las mayores extravagancias que jamás pudieron venir á las mientes á los filósofos; porque segun observa Ciceron, no hay ninguna que no hayan soñado y dado á conocer al público. Las miserables producciones de tales autorcillos han caido en olvido el dia de hoy; pero entónces eran acogidas con aplauso. Habia llegado el tiempo de sacudir todas las añejas preocupaciones, quiere decir en el lenguaje filosófico, de no creer mas en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas de la otra vida, en la distincion de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio.

Todas estas máximas se insinuaron en el pueblo. Se hizo en poco tiempo un cambio de los mas notables. Las iglesias fueron menos frecuentadas, menos observadas las prácticas de la religion. Se perdiò el respeto que se tenia hasta entónces á los ministros del altar. Permitianse contra ellos las burlas mas ultrajantes y los mas amargos tiros de la sátira. Los cuerpos religiosos se convirtieron en objeto de público desprecio. Los Jesuitas particularmente, que eran los mas zelosos defensores de la religion, fueron presa de un ódio, que llegaba á cierta especie de furor y de rabia. Finalmente, la impiedad hizo progresos tan rápidos, y el jansenismo combinado con ella originó tan grandes agitaciones, que el cristianismo jamás fué amenazado de una mas violenta tempestad. Todo la anunciaba. Ya resonaba el trueno, y el rayo estaba próximo á caer con estruendo.

Las atrevidas empresas del parlamento continuamente renovadas y llevadas hasta los mas graves excesos, habian en fin determinado á Luis XV á tomar medios para contener su curso, y restablecer el órden en un cuerpo, que ya no reconocia mas freno que su voluntad, y la de sus tumultuosas asambleas. Acia el fin de 1756 tuvo el rey una secion de justicia en Paris, en la que entre el aparato de la magestad real habia hecho publicar algunos reglamentos, los principales de los cuales consistian en la disolucion de algunas de las cámaras del parlamento, y en la asignacion de edad para tener derecho á deliberar y á dar voto. El objeto de estos reglamentos era disminuir el número de los votantes, reconocidos por otra parte como inutilisimos para el despacho de los negocios, y separar á los jóvenes, abandonados á lo fogoso de la edad y al ímpetu de las pasiones, de las asambleas de las cámaras. Además no se permitia el representar sino en los casos fijados por la ley.

Estos reglamentos eran muy sábios; y si hubieran sido observados, habrian puesto remedio á muchos males; pero ya habia un fermento muy grande en los ánimos, para creer que quisieran someterse. Fueron mirados como atentatorios á los derechos, á los privilegios y dignidad de un cuerpo, que se creia responsable á la nacion de los límites que convenia poner á la autoridad real, para contener el despotismo. Se rehusó obedecerlos para dar así un luminoso ejemplo de sustraerse á semejante despotismo: y todos los miembros de las cámaras de las peticiones y de las súplicas, hicieron dimision de sus cargos, haciendo resonar altamente el sacrificio á que se resolvian, por seguir la voz imperiosa de su conciencia. La mayoria de la gran cámara, hombres maduros por los años y la experiencia, fieles á su soberano y á sus deberes, continuaron en desempeñar sus funciones. No habia pesádoles, seguramente que se hubiese reprimido la licencia de sus fogosos compañeros.

Todo París y las provincias mismas miraron la dimision

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que el mayor número de los miembros del parlamento habia hecho de sus cargos, como un acto del mas sublime heroismo, y al mismo tiempo como la mas terrible desgracia que pudiera suceder. Creiase haber perdido á sus defensores y protectores, y no se dudaba de que se iba á ser la víctima de una tirania odiosa. No se guardaba medida alguna en los discursos que se hacian. Exaltaron estos la cabeza á un malvado, nacido con una fantasia ardiente y pasiones mucho mas vivas. Era natural de Arras y se llamaba Roberto Francisco Damiens, que servia entónces á un consejero del parlamento. Este monstruo, persuadido á que hacia un señalado servicio á la que él llamaba su religion y á la Francia entera, librandola de su rey, concibió el proyecto de asesinarlo, delito horrible, delito abominable, capaz él solo de deshonrar á una nacion, y que no ha podido ser sobrepujado sino por el cometido en la persona del virtuoso Luis XVI.

Agitado de todas las furias infernales, Damiens se dirige á Versailles el 5 de enero de 1757, como á las cinco y tres cuartos de la tarde, y aprovechando la oscuridad de la noche y habiendo hallado facilidad de acercarse al rey en el momento que subia en una carroza para ir á cenar á Trianon, le dió una puñalada en el lado derecho del cuerpo. El rey, sintiendose herido, reconoció á su asesino. Fué arrestado al instante, y sus primeras palabras fueron: *cuidado con el delfin;* lo que prueba en primer lugar que allí habia un complot, aunque se hayan hecho todos los esfuerzos posibles para persuadir lo contrario; en segundo, que este complót era estenso, y que se atentaba á las vidas mas preciosas de la familia real.

No se descuidaron los jansenistas en acusar á los Jesuitas de tal asesinato. Por esta vez no hallaron crédito sino en algunos de sus partidarios imbéciles, ó del vil populacho. Es cosa muy usada entre los culpables hacer recaer sobre los inocentes los delitos, de que ellos mismos son los autores. No despertaré aquí sospechas terribles, pero lease el proceso verbal de Damiens, documento auténtico é irrecusable. En él se verá á los Jesuitas plenamente justificados, á pesar de todo el deseo que se tenia de implicarlos en este asesinato, y á sus enemigos casi convencidos de haber tenido parte. Es un bien para los primeros, que en todos los capitulos de acusacion con que han sido oprimidos, existan monumentos que manifiesten su inocencia (8).

La gran cámara del parlamento juzgó á Damiens, el cual en el siguiente mes de marzo sufrió el suplicio re-

servado á los regicidas. Por fortuna la herida del rey no fué peligrosa, y en pocos dias quedó restablecido. En el primer momento habia dado órden de separar de la corte á la marquesa de Pompadour, que hacia algunos años que era su amante favorita. Como esta muger tuvo mucha influencia sobre los acaecimientos que debo contar, es muy del caso hablar acerca de ella dos palabras. Ella fué hija menor del comediante Poisson, y habiendo agradado por su hermosura á un asentista del reino llamado Mr. de Etioles, la tomó por esposa. Llevó á la corte los sentimientos de una aldeana, ó mas bien los que eran conformes á la bajeza de su cuna. Acabó ella de apagar entre los franceses el honor, que siempre habian considerado y con razon, como la mas bella y noble recompensa que pudiesen obtener; y sustituyó en su lugar el amor del dinero, que de ahí en adelante vino á ser su principal móvil. Tenia poco talento, pero una grande ambicion de gobernar, y por desgracia el ascendiente que adquirió sobre el corazon del rey, le facilitó demasiadamente los medios de elevar á los mas altos puestos, á hombres que le eran enteramente adictos; y que careciendo de luces, de talentos y virtudes, no eran propios sino para causar el infortunio de la nacion.

Madama de Pompadour no se apresuró á cumplir la órden que se le habia intimado de abandonar la corte; y el mismo rey fué el primero en revocarla, tan luego como vió no haber ya ningun peligro de su vida. Pero la venganza de esta muger fué terrible contra el conde de Argensón, ministro de la guerra, y contra Mr. de Machault, ministro de la marina, que segun creyó ella habian obtenido tal órden en su contra. Fueron ambos desterrados. Puede decirse, que estos dos ministros de Francia fueron los últimos que hubiesen conservado los elementos del arte de gobernar. Era entonces cuando mas importaba conservarlos en sus puestos estando la guerra declarada ya contra los ingleses, y preparándose otra contra el rey de Prusia. Esta guerra, llamada de los siete años, fué de las mas desgraciadas. Los franceses esperimentaron los mas humillantes reveces así por tierra como por mar. Ellos deben en gran parte atribuirse á madama de Pompadour, que hacia llamar á los buenos generales, empleando á otros, cuya incapacidad era conocida.

Hallábase entretanto la corte en un grave embarazo, con motivo del atraso en las causas judiciales, para cuya espedicion no era suficiente la gran cámara, con respecto á la estension del parlamento de París, que abrazaba casi la mitad del reino. El pueblo pedia altamente la reposicion de los miembros que habian hecho renuncia de sus cargos. Fué

necesario llegar á un acomodamiento. Mis memorias me ministran en el particular algunas anécdotas conocidas de pocos; pero en favor de cuya verdad invoco el testimonio de aquellos (si alguno ha sobrevivido) que tuvieron parte en el secreto de los negocios.

El señor abate de Bernis, sugeto distinguido por las gracias de su talento, y por algunas poesías ligeras que se leen con interés, aun despues de las de Chaulieu, de Voltaire y de Gresset, habia tenido el arte de agradar á la marquesa de Pompadour, cuando ella era todavia madama de Etioles. Ella quiso elevarlo á todos los grados de la fortuna de que fuese capaz su estado, cuando gozaba la misma del alto favor á que habia llegado. Volvia el abate de una embajada, en que habia desplegado su habilidad; porque debe confesarse que su espíritu sabia acomodarse á todo. Madama de Pompadour lo creyó capaz de tratar con el parlamento, de calmar los espíritus irritados, y de negociar con ellos las condiciones de su reposicion. Ella consiguió del rey que le encargase la tal comision.

Estoy muy distante de querer hacerle un delito del modo con que la desempeñó. Acaso no tuvo toda la libertad necesaria para sostener los intereses de la corte, y tal vez fué estrechado por algunas reflexiones superiores. Sea como fuere, toda la ventaja quedó por parte del parlamento. Se determinó en las conferencias secretas que se tuvieron, que la mayor parte de los reglamentos ordenados en la última sesion de justicia serian condenados como de ningun valor. Pero lo que mas agradó al parlamento, ó mas bien á los jansenistas que trabajaban por su medio, fué el que obtuvo y quedó decidido, que se le abandonasen los Jesuitas; y desde este momento se tomaron todos los medios que convenian para consumar su destruccion. Finalmente exigió el parlamento que algunos obispos, que habian mostrado mas zelo por sostener la fé ortodóxa con ocasion de la negativa de los sacramentos, ó firmasen la dimision de sus obispados, ó fuesen transferidos á otras sillas, y fuera de su juridiccion: lo que en efecto se verificó.

Monseñor de Beaumont, arzobispo de París, era de aquellos de quienes mas ardientemente se quería la separacion. Aun se habia persuadido á la corte, que si él hacia su renuncia, renacería en el reino la paz y la tranquilidad. Mr. de S. Florentin, duque despues de la Urilliere, ministro que no fué conocido en Francia sino por su larga administracion, en que hizo un abuso tan enorme de las cédulas de prision, fué encargado por parte del rey á proponerle en vez del arzobispado de París, la abadía de San German, cuyas rentas eran

inmensas, el capelo de cardenal y la investidura de duque y par para su familia; dignidad que hacia sobre todas el objeto de la ambicion de las casas grandes de Francia. *Señor*, le respondió el arzobispo con aquel su aire noble é imponente, *vos mismo habeis sido el órgano de las órdenes reiteradas de S. M. para obligarme á aceptar el arzobispado de París. Si yo hiciese la dimision, no pediria otra cosa, que ser vicario en Arcueil* (*): y despidió á este ministro mezquino, oprimido de todo el peso de la elevacion de sus sentimientos.

En cuanto al abate de Bernis, él fué ampliamente recompensado de aquellos servicios que él creia haber hecho al estado, con su promocion al ministerio de los negocios estrangeros; y poco despues con el capelo de cardenal, que la emperatriz reina Maria Teresa le hizo obtener en testimonio de su reconocimiento, por el tratado de alianza concluido por él entre la casa de Austria y la de Borbon. El parlamento entró triunfante ácia el fin del año de 1757. Siguióse una persecucion continua contra el arzobispo y contra los eclesiásticos sus adictos; y se suscitaron turbaciones mas violentas por los jansenistas, que incesantemente se ocuparon ya del grande objeto que los animaba; es decir, de la entera destruccion de los Jesuitas.

Antes de entrar en la narracion de un acaecimiento, que forma una época tan memorable en la historia del siglo XVIII, parece conveniente dar una ojeada sobre el instituto de esos religiosos. Ellos habian sido fundados por San Ignacio de Loyola ácia la mitad del siglo XVI; esto es, en 1540. Este zeloso fundador se habia asociado algunos años antes en París nueve compañeros, que fueron los primeros miembros de su órden á la que dió el nombre de *Compañia de Jesus*, y que fué solemnemente aprobada por una bula del papa Paulo III. Se distinguia entre ellos San Francisco Xavier, á quien su zelo y maravillosos trabajos merecieron el título glorioso de apóstol de las Indias y del Japon. San Ignacio estaba dotado de un juicio esquisito, de una razon luminosa, y de una consumada prudencia. Se puede aún decir, que él era un grande hombre. Conocia todas las relaciones que tienen entre sí la religion, la moral, la elevacion de los sentimientos, la ciencia y la esperiencia de lo pasado. Combinólas de suerte que formó unas leyes, obras maestras de la humana sabiduría.

Los Jesuitas eran clérigos regulares. No se obligaban

(*) *Arcueil es un pequeño pueblo, distante cerca de una legua de París.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

definitivamente por la solemne profesion de los votos, sino despues de varios años de pruebas. No estaban obligados al coro, ni á otras muchas prácticas monásticas; pero bajo un hábito simple y modesto como el que llevaban todos los demás eclesiásticos cuando fueron instituidos, y observando una vida que no anunciaba en lo esterior grandes austeridades, estaban obligados á renunciar á sí mismos para ocuparse contínuamente de los otros, y á inclinar su cabeza bajo el yugo de una regla inflexible, pero sábiamente ordenada, y que lo habia previsto todo. Los trabajos, los sufrimientos, nada los espantaba. Animados del zelo mas puro y activo, atravesaban los mares y recorrian paises inmensos, para llevar la luz de la fé á los bárbaros, á quienes era necesario primero hacer hombres que cristianos. Toda la Europa era el principal teatro de este zelo ardiente, y ofrecia por todas partes sus marcas. Misiones, predicacion, contínua administracion de los sacramentos, visitas de las cárceles y hospitales, socorros de toda clase ministrados á los infelices, todos los medios capaces de hacer amar, respetar y practicar la religion, ponian ellos por obra con un suceso que les dejaba pocos rivales.

Sobre todo, se habian aplicado á la educacion de la juventud, para formar desde sus primeros años ciudadanos virtuosos y capaces de ser útiles á su pátria. La necesidad de instruir á los demás los habia puesto en la de instruirse á sí mismos, de formarse al buen gusto que se perpetuaba en sus escuelas, de abrazar toda clase de ciencias, y de producir obras, de las cuales la mas falsa envidia y negra malignidad no podrán disputar el mérito. Es una observacion bien gloriosa para ellos, que casi no es posible citar algun género de ciencia ó de literatura, en que no se encuentre algun Jesuita que no se haya adquirido un gran nombre. Finalmente, no hay temor en decir, que su Compañia es una de las que han hecho mas honor á la especie humana, y han realizado en alguna manera los planes que algunos filósofos antiguos habian concebido, de formar una reunion de hombres que llegase á toda la perfeccion de que fuesen capaces.

Apénas los Jesuitas se presentaron en los principales lugares de Europa con toda la brillantez del crédito que los rodeaba, cuando tuvieron la desgracia, ó para hablar de un modo mas conforme á lo que siempre fué la herencia de la virtud, tuvieron el honor de ser perseguidos. Aparecieron en el tiempo en que los nuevos dogmas de Calvino y Lutero hacian el mayor progreso, y escitaban el mas vivo entusiasmo entre sus partidarios. Los atacaron vigorosamente con valor y suceso. Devolvieron al seno de la iglesia católica millares de personas que la habian abandonado. Se enfurecieron los hereges, el ódio, la calumnia, no tuvieron ya término ni moderacion respecto de ellos. Se les dispararon todas las invectivas é injurias posibles. Se les pintó con los mas negros colores para hacerlos odiosos; pero ellos no respondian sino con nuevos triunfos, con doctas obras, que confundiendo á sus adversarios, arrancaban hasta su estimacion, y con multiplicados servicios que prestaban al público.

No fueron únicamente los protestantes quienes hicieron á los Jesuitas el honor de odiarlos. Tuvieron en seguida por sucesores de sus sentimientos á los jansenistas que llegaron á escederlos: porque el ódio que inspira su secta fué mas maligno, mas inveterado, mas sostenido.

Los Jesuitas de Portugal fueron los primeros en probar sus terribles efectos (9). La corte de Lisboa habia negociado en 1754 ó 1755 con la de Madrid el cámbio de algunas provincias de la parte del Marañon y del Paraguay en la América meridional. En vano se habia intentado hacer á los Jesuitas sospechosos sobre la fidelidad que debian á sus soberanos. Siempre han dado pruebas reales de ella á los que los han recibido en sus estados; y estos sentimientos les eran inspirados igualmente por la religion que por el espíritu de su instituto, que tiene por base principal una estrema subordinacion á toda legítima autoridad. Los Jesuitas españoles misioneros en aquellos paises, y adictos á los intereses de su pátria, no pudieron ver este cámbio, cuya ventaja toda era en favor de Portugal, sin hacer representaciones al ministerio de Madrid. Ellas fueron atendidas: el cámbio no se llevó á efecto. Tal fué el orígen del ódio que el ministro de Lisboa concibió contra los Jesuitas.

Reinaba en aquel tiempo en España Fernando VI, que habia casado con una princesa portuguesa, de la que no tuvo hijos. La inclinacion de la reina la llevaba ácia su pátria, cuyos intereses le eran mucho mas caros que los de una nacion rival, que aun habia tenido á la suya bajo sus leyes en el siglo pasado, y que por su poder está siempre en el caso de hacerse temer. No costó trabajo ganar á esta princesa, que muy pronto llegó á inspirar en el ánimo crédulo de Fernando sospechas funestas en contra de los Jesuitas.

Entónces fué cuando se hicieron correr en toda la Europa aquellas absurdas consejas sobre un cierto Nicolás, laico Jesuita, hecho rey en el Paraguay, sobre su ejército, batallas, victorias, sobre los inmensos tesoros que poseían los Jesuitas, y que sobrepujaban á los de todos los soberanos juntos, sobre su comercio en todo el mundo. Estas fábulas fueron acogidas con aquella ansia que inspira la curiosi-

dad maligna, sobre todo en Francia, donde los jansenistas que las habian acaso inventado, emplearon todas las bocas de la fama, libros, gacetas, diarios, para esparcirlas y acreditarlas.

El rey de España, engañado por sugestiones y consejos perversos, comenzó por separar de la corte á los Jesuitas que ejercitaban en ella las funciones de confesores, y envolvió en la misma desgracia al marqués de la Ensenada, ministro habilísimo, que trabajaba con suceso en volver á la España su energía, y procurarla verdaderas riquezas sacadas de la industria de sus habitantes, y del cultivo de sus campos. Este ministro se habia opuesto igualmente al cámbio propuesto por Portugal, así como el conde de Aranda, que favorecia entónces á los Jesuitas, pero que despues se declaró tanto en su contra. Fueron ambos desterrados. El destierro del conde de Aranda fué disimulado con la apariencia de un viage á todos los paises de Europa. El del marqués de la Ensenada tuvo todas las señales de una desgracia decidida. Fué confinado al fondo de una provincia, de donde no se le sacó sino mucho tiempo despues por Carlos III sucesor de Fernando. Este príncipe, mejor instruido de la verdad, creyó deberle hacer la justicia que merecia.

El la habia hecho ántes á los Jesuitas. Cuando estaba al punto de partir de Nápoles en 1759, para ir á tomar posesion del trono de España, el general de estos religiosos, aquel mismo padre Ricci que tanto ha sido difamado despues, se presentó á ofrecerle sus respetuosos homenages, y á implorar su proteccion en favor de los que estaban esparcidos en sus nuevos dominios. Hízole Carlos III el mas honroso acogimiento, y le respondió en presencia de toda la corte, que no olvidaria jamás el importante servicio que le habian prestado, oponiéndose á la cesion de algunas de sus provincias de América. Aseguróle que los tomaría bajo su especial proteccion, y que nunca esperimentarían los tratamientos que se les hacian sufrir en Portugal. No fué siempre fiel á su real palabra, y él mismo despues no trató mejor á los Jesuitas que vivian en sus estados.

En el mismo tiempo, en que la corte de Madrid castigaba á los Jesuitas por su fidelidad, en la de Lisboa un ministro que habia propuesto el cámbio referido, viendo que sus representaciones le habian impedido conseguirlo, era el instigador de cuanto se hacia en contra de ellos. El maquinaba una venganza mas terrible. Este ministro era José Carvallo, conde de Oyeras, marqués de Pombal, tan famoso por su ambicion, tiranía, crueldad y delitos. El rey Juan V habia concebido una especie de aversion ácia él, y acaso un

mayor desprecio á sus talentos diplomáticos. Habia sido enviado á Viena en 1746 para negociar un asunto secreto, pero simple y fácil. No lo consiguio. Fué mas afortunado para con la jóven condesa de Daun, parienta del célebre mariscal de este nombre, con quien se desposó, á pesar de las oposiciones de su familia. Encargado de otra comision á Lóndres, la concluyó no menos mal, y volvió á Lisboa donde el rey no queria ya emplear sus servicios, á pesar de las urgentes recomendaciones de la reina Mariana de Austria, con quien la jóven esposa de Carvallo habia sabido introducirse. En la muerte de este príncipe, sucedida en 1750, la reina madre lo recomendó á su hijo José I, que le acordó luego su confianza, y lo nombró secretario de negocios estrangeros. He leído en algunos escritos, que Carvallo, bajo adulador de los Jesuitas, poderosos entónces en la corte, les debió en gran parte su elevacion; pero él habia nacido muy vil para no ser ingrato. No solo les declaró un ódio implacable: juró además perderlos.

Un tal proyecto, sin embargo, presentaba gravisimas dificultades. Los Jesuitas conservaban todavia en Portugal con su conducta edificante, con su zelo y fatigas, el título de *apóstoles*, que S. Francisco Xavier con algunos de sus compañeros llegados á aquel pais dos siglos ántes, se habian merecido. Gozaban todavia de un grandísimo crédito, y aun últimamente, cuando el terremoto de 1755 arruinó una gran parte de la ciudad de Lisboa, habian dado pruebas del mas activo zelo, mas caritativo y heroico, por salvar un gran número de aquellos infelices habitantes.

Pero, ¿qué puede la débil y tímida inocencia contra la autoridad armada de todo el aparato de la fuerza y de la tiranía? Carvallo disponia de todo en el reino. El era el dueño despótico. El rey habia depositado enteramente en sus manos las riendas del gobierno. El primer cuidado de este ministro fué rodearse de personas á propósito para secundarle en sus designios, y ayudarle á conseguirlos. Hizo venir de París algunos hombres perversos en estremo, hipócritas, bajos, y en un todo decididos en su aversion á los Jesuitas.

En este número se distinguia un capuchino apóstata, conocido al principio bajo el nombre del padre Norberto, y despues con el del abate Platél: escritor fanático que habia compuesto contra ellos algunas obras; á las que la prevencion mas injusta habia podido dar alguna tal cual boga; hombre desacreditado por sus costumbres, por sus delitos y bribonadas. A un tal hombre, sin embargo, fué á quien el ministro portugués concedió toda su confianza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como la fé católica era, y es aún respetadísima en Portugal entre el pueblo, habria sido peligroso emplear contra los Jesuitas unas armas, que hubiesen parecido contrarias á su doctrina. La impiedad sola, la cual queria aniquilar toda idea religiosa, ha podido hacerles un delito de esta adhesion á la fé católica; y rogamos al lector quiera observar el singular contraste que se encuentra entre el género de ataques hechos contra los Jesuitas en Francia y en Portugal. Nada es, quizá mas propio para justificarlos, como la manifiesta contradicion que se halla entre uno y otro procedimiento. En Portugal, el concilio de Trento estaba recibido, venerado, y se miraban como oráculos divinos sus decisiones, Allí se sabia que este concilio habia declarado que el instituto de los Jesuitas era *santo y piadoso*, que habia sido además aprobado por muchos papas, haciendo de él grandes elogios. No se podia, por tanto, decir allí nada contra este instituto. En Francia se habia llegado á tal punto, que ya no se hacia caso ni del concilio de Trento, ni de sus decisiones, ni de la aprobacion de los sumos pontífices. Los Jesuitas eran aquí mirados como culpables, y precisamente porque seguian este instituto *santo y piadoso*. ¿Cómo puede ser que los mismos hombres sean alabados en una parte, y condenados en otra arreglándose á las mismas leyes? Viene aquí muy al caso el decir, que *la iniquidad, se ha desmentido á sí misma.*

Se comprendió en Portugal, que para llegar á perder á los Jesuitas, debia comenzarse por desacreditarlos en el espíritu del pueblo, para que viese en seguida sin oposicion, y aun antes con aplauso, los últimos golpes que se les dieran. En consecuencia todas las bocas de la mentira y de la calumnia se abrieron para decir, que ellos habian degenerado de su santo y piadoso instituto, que su conducta ya no se conformaba con él, y que necesitaban ser devueltos á su observancia por una severa reforma. Con estas miras se tomaron las correspondientes medidas. El rey escribió á Roma para solicitar un breve de reforma, á fin de probar, que se querian observar todavía todas las formas eclesiásticas. Esto ocurrió á principios de 1758, y Benedicto XIV, aquel papa que ha ilustrado tanto á la iglesia con sus escritos, vivia aún. No podia él negarse á las urgentes instancias que se le hacian, y que parecian cubiertas del pretesto de buenas intenciones. Sus últimos momentos fueron empleados en espedir el Breve que se le demandaba: murió en el mes de mayo del mismo año.

Su sucesor Clemente XIII, cuyo pontificado fué turbado por tantos acaecimientos, que no pudieron jamás doblegar su firmeza en sostener los derechos de su silla, mejor instruido del verdadero estado de las cosas en Portugal, se creyó en obligacion de tomar mano en los intereses de los Jesuitas, dió órden á su nuncio en aquella corte, de no omitir nada para defender su oprimida inocencia. Se procedia ya contra ellos con todo el rigor que los cánones eclesiásticos prescriben contra los religiosos relajados. Se querian reducir no á la observancia de su regla, sino á prácticas estrañas, que habrian sembrado entre ellos la discordia, y precipitado violentamente su destruccion, obrada en aquel caso por ellos mismos.

Carvallo irritado de ver desconcertadas todas sus medidas y arrebatado por el trasporte de su carácter, comenzó por lanzar de Lisboa con ignominia al nuncio del papa, y retiró de Roma al embajador de Portugal, prohibió tener toda especie de relacion con esta última corte; y todo hizo temer entónces, que se siguiese un abierto rompimiento entre Portugal y la santa sede. Los Jesuitas se convirtieron en el objeto de su furor altamente decidido. Ya no guardó mas consideraciones con ellos. Fuera por vengarse de la proteccion que les concedia el papa, ó acaso porque veia, que las formalidades que era necesario guardar en su reforma demandaban mucha dilacion, tomó el partido de desembarazarse de ellos prontamente, con un golpe estrepitoso, de que no se habia visto jamás ejemplo.

En el tiempo que estas víctimas infelices de su barbárie lo aguardaban menos, hizo cercar todos sus colegios y casas en Portugal con satélites armados, que añadian á sus ultrajantes burlas los mas reprobados tratamientos. Se les prohibió tener alguna relacion esterior. Sus parientes y amigos ya no fueron nada para ellos. Se les intimó estuviesen prontos á la salida, y partieron sin otra cosa mas que su hábito. Algunos, y de los mas respetables, fueron arrojados en oscuras é infectas prisiones, donde tuvieron que sufrir todos los horrores de la miseria. El mayor número de ellos fué conducido en medio de muchos trabajos á los puertos, donde se embarcaron en bajeles, que los trasportaron á las costas del estado eclesiástico ácia el fin del año de 1759. Abandonáronse estos infelices peregrinos en un pais desconocido, desprovistos de dinero y de toda especie de auxilios, á la providencia de personas caritativas que quisiesen sostener su miserable existencia.

El ódio de Carvallo aun no quedó satisfecho. Despues de haberlos espulsado de Portugal, los hizo perseguir en los estados que esta corona posee en las Indias orientales, en las Américas y en todos los paises sujetos á su dominio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se les hizo esperimentar el mismo tratamiento, se embistieron sus casas, se hicieron venir á los que estaban en las misiones, donde eran tan útiles para la civilizacion de los salvages, se amontonaron en los barcos unos sobre otros. Era un espectáculo bien digno de compasion el ver ancianos y enfermos, que aguardaban terminar tranquilamente su carrera, despues de largos y penosos trabajos; el ver igualmente á hombres respetables por sus virtudes y talentos, ocupados continuamente en los servicios que su profesion les obligaba prestar al público; el verlos, repito, errantes, por largo tiempo, sobre vastos mares, sufriendo todos los peligros de una penosa navegacion, convertidos en objeto de los insultos y grosería de los marineros, que los creian culpables porque los veian castigados, y perecer en el fondo de las quillas de hambre, de sed y de enfermedades contagiosas que se encendian entre ellos. ¡Pero cuán bello espectáculo era ver á estos mismos hombres sufrir sus males con una inalterable paciencia, bendecir en alguna manera la mano que los heria, no dejar escapar jamás algun lamento ó queja, y conservar siempre la calma de la inocencia! Se transportaron estos Jesuitas, lo mismo que sus otros hermanos, de Portugal á los estados del papa. Era ciertamente una violacion del derecho de gentes, é insultar todos los respetos que se deben á un soberano. Carvallo no lo habria hecho impunemente con cualquiera otro.

Bien se entiende que no dejó de apoderarse de todos los bienes de los Jesuitas. De la parte que le tocó, así como de las demás rapiñas suyas, se formó una inmensa fortuna, porque era igualmente aváro que cruel déspota. No obstante, convicne él mismo en una memoria que hizo en su justificacion, algunos años despues, haber gastado para obtener la destruccion de los Jesuitas mas de ochocientos ochenta mil zequines, otros dicen un millon y doscientos mil. No sacó ciertamente tal suma de sus propios fondos, siendo hijo como era de un pobrísimo hidalgo del territorio de Coimbra. La sacó del tesoro del estado y de sus multiplicados ladronicios. ¡Qué execrable política la de empobrecer un pais, para satisfacer su ódio y su venganza, con la que lo priva de sus mejores súbditos, cuyos trabajos contribuian á su gloria y á su felicidad!

¿Pero de qué delito eran culpables los Jesuitas de Portugal? ¿Cuáles eran las acusaciones? ¡Ay de mí! no lo sabian ellos mismos, y á ninguno hasta entónces se le habia hecho el menor cargo. No fué sino algun tiempo despues del descubrimiento de una supuesta conjuracion contra la vida del rey, y de haber conducido al suplicio á los que se decia ser

los principales autores y cómplices, cuando se pensó en innodar á los Jesuitas que ya no podian ser careados con ellos; lo que por otra parte, en todas las causas graves, especialmente cuando se trata de la vida de un soberano, debe practicarse en los procedimientos criminales, en toda nacion. Los hombres, sean los que fueren, en cualquiera estado y profesion que se encuentren, deben ser muy respetados, para que se hayan de condenar ligeramente á penas rigorosas. El grito de la humanidad se eleva en su favor; ¿y en qué estado se hallaria la sociedad civil, si fuese permitida la arbitrariedad y el despotismo bajo este respecto? Véase, no obstante, el pretesto de que se hizo uso para la espulsion de los Jesuitas de todos los dominios de Portugal.

Mis memorias me ministran anécdotas muy curiosas sobre esta conjuracion: no las referiré, porque esto me alejaria mucho de mi objeto. Por otra parte, aun no es llegado el tiempo de decirlo todo. Citaré solamente el pasage de un autor imparcial. »Curiosa conspiracion (dice él), única ciertamente en la história de los siglos, dirigida toda juntamente por capuchinos, mercaderes, nobles, militares, obispos, Jesuitas existentes en Goa, en el Brasil y en Lisboa, por tudescos, úngaros, polacos, italianos, portugueses.... Si no ha habido jamás mentira mas atróz y mas sangrienta, tampoco hubo otra mas grosera y mas ridícula.»

Añadiré, que las mas ilustres familias de Portugal acusadas de haber tramado esta conjuracion, vinieron á ser las víctimas de la horrible venganza de Carvallo, que no intentaba sino elevarse sobre sus ruinas. El duque de Aveiro, la vieja marquesa de Tavóra, el marqués su hijo, el conde de Atouja y otros varios, fueron arrestados y conducidos á la prision. La jóven marquesa de Tavóra fué exceptuada: se contentaron con meterla en un convento. Las personas instruidas saben el por qué. Ella habia ganado el corazon de alguno de muy elevado rango para ser envuelta en esta desgracia. Todos estos reos consignados á jueces inicuos, adheridos enteramente á Carvallo, fueron condenados por una sentencia pronunciada contra ellos el 12 de enero de 1759, á perecer de una manera ignominiosa y cruel por mano del verdugo, y fueron ajusticiados en una plaza pública. De esta manera los habitantes de Lisboa vieron con horror derramarse la sangre de estos grandes del reino, cuyo nacimiento, rango y empleos, los hacian respetables de siglos atrás.

Una infinidad de otras personas fueron desterradas ó reducidas á prision. Se pretende que el número de estos in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

felices, arrancados de sus familias ya en esta ocasion, ya por efecto de esta sentencia que Carvallo mantuvo siempre en su vigor en todo lo restante de su ministerio, ascendió á muy cerca de nueve mil. Sucumbieron la mayor parte bajo el peso del dolor y de la miseria. Cuando despues de la muerte del rey fueron abiertas estas cárceles tenebrosas, no salieron sino ochocientos; espéctros ambulantes que inspiraban igualmente compasion y el mas justo horror ácia el tirano que los habia hecho víctimas, ó de su venganza, ó aun de sus mas ligeras sospechas.

Entre estos prisioneros habia uno sobre quien Carvallo puso los ojos para dar mayor lustre á su imaginaria conspiracion, y para poner el colmo á su aversion contra los Jesuitas. Este era el padre Malagrida, de quien se ha hablado tanto en aquel tiempo, y que ha sido el objeto de tantos libelos, sátiras y calumnias. Nacido en Italia este anciano venerable, habia sido llevado otras veces por su zelo á las misiones portuguesas en la América; pero obligado á volver á Europa, habia sido detenido en Lisboa por razon de sus virtudes y de sus trabajos verdaderamente apostólicos, que le merecieron la estimacion y el respeto de todo el público. Cuando los Jesuitas de la capital fueron arrestados, fué uno de los que se encerraron en las cárceles secretas. Allí quedó olvidado por algun tiempo: pero recordando que podia hacer un gran papel en la conjuracion, se publicó que habia sido el principal instigador de ella, que la habia dirigido, y animado con sus consejos al duque de Aveiro y la familia de Tavóra á llevar su mano sacrílega sobre la persona del rey. Debe observarse que éstos ya eran muertos, y que por consiguiente su confesion ó negativa venia ya á ser imposible, cuando se imaginó una tal acusacion contra el padre Malagrida. Pero bastó para hacer decir que los Jesuitas eran otros tantos regicidas, y repetir todas las absurdas fábulas fabricadas contra ellos en ese particular. Pero ¿quién lo creeria por otra parte? ¿No es esta por ventura una prueba mas, de que el error siempre se ha desmentido á sí mismo? El padre Malagrida fué condenado mas de dos años despues al suplicio del fuego, no por haber sido el autor de la conjuracion, sino por haber tenido visiones y conversaciones con Santa Ana, y por haberse contaminado con culpas que avergüenzan el pudor; delitos, aun sin esto, muy incompatibles con su edad avanzadisima. El valor con que caminó al suplicio, y la tranquilidad de alma conservada por él, bastan para hacer su apología.

El cielo, protector de la inocencia, ha permitido, que la de todos estos infelices fuese reconocida por un auto auténtico y solemne despues de la muerte de José I, acaecida en 1777. La reina su hija, que ocupa todavia el trono de Portugal, hizo revisar el proceso de los ajusticiados y de los prisioneros. Despues del mas maduro y rigoroso exámen, los jueces decidieron unánimemente á 7 de abril de 1781: »Que las personas, tanto vivas como difuntas que „fueron ajusticiadas, desterradas, ó encarceladas en virtud „de la sentencia del 12 de enero de 1759, eran todas ino„centes del delito de que habian sido acusadas.»

Cuanto he dicho tocante á Carvallo, parecerá seguramente estrañisimo á algunos, que engañados de la especie de fama que se habia adquirido en su ministerio, se habian formado otra idea muy diversa. Para desengañarlos enteramente, referiré un documento auténtico que lo hace conocer tal cual él era. Este es el discurso dirigido por las órdenes del estado á la reina en 1777, que esta soberana despachó á Pio VI. »La providencia (dicen) habia destina„do á V. M. para ser la redentora de este reino, adornándo„la de todas las virtudes necesarias para llenar los deberes „de un rango tan elevado. Aun chorrean sangre aquellas „heridas profundas, hechas por un despotismo ciego é ili„mitado, al corazon de Portugal. Lo que nos consuela es „vernos ya libres de él. Era este atróz despotismo de aquel „que era por sistéma el enemigo de la humanidad, de la „religion, de la libertad, del mérito y de la virtud. Pobló „las prisiones, llenándolas de lo mas florido del reino, llevó „á la desesperacion al pueblo reduciéndolo con sus vejaciones „á la miseria. El fué quien hizo perder de vista el respe„to á la autoridad del sumo pontífice y á la de los obispos. „Oprimió á la nobleza, corrompió las costumbres, trastornó „la legislacion, y gobernó el estado con un cetro de fierro. „Jamás se vió en el mundo una manera de gobernar tan pe„sada y tan cruel. ¡Ah! ¿qué ha hecho la providencia? Hi„zo desaparecer la ilusion que engañó la piedad del rey „difunto, y opuso al gran número de estos desórdenes exe„crables las virtudes de V. M.... De esta fuente derivan „las sérias disposiciones del actual gobierno, la libertad de „los aprisionados, la justificacion de los inocentes, la rein„tegracion de los repuestos y de los desterrados etc.»

Puede sorprender que Carvallo tal cual lo he presentado segun hechos incontestables, no haya sufrido la pena debida á todos sus delitos, y se le haya dejado la vida. El no la debió sino á la bondad de la reina, como se vé en el decreto definitivo fallado en su contra el 16 de agosto de 1781, en el que declara, que despues de haber usado de clemencia para con su persona, no se habia podido aguardar que tuvie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se la osadía de producir en público una defensa de su conducta (*) durante su ministerio en un proceso civil en su contra; que habiéndolo hecho interrogar y oídole sobre varios artículos de acusacion, lejos de purgarse, los habia agravado de tal manera, que despues de un maduro exámen decidieron los jueces, que era reo y merecia un ejemplar castigo; que teniendo no obstante consideracion á su edad muy avanzada, era su intencion exceptuarlo de la pena corporal que le debia ser inferida, y de ordenarle mantenerse distante veinte leguas de la corte, dejando sin embargo á salvo todas las solicitudes legales y justas contra la casa del dicho Carvallo, marqués de Pombal, sea durante su vida, ó despues de su muerte.

Carvallo murió en sus tierras adonde habia sido desterrado, el 8 de mayo de 1782, á los ochenta y tres años de su edad, despedazado sin duda por las agitaciones y remordimientos que el exceso de sus delitos debia nutrir en su seno, y convencido de dejar despues de sus dias un nombre consignado para siempre á la execracion.

Entretanto que se hacia sufrir á los Jesuitas de Portugal una tan cruda persecucion, se preparaba otra no menos terrible á los de Francia. Se ha visto ya que su destruccion habia sido una de las condiciones puestas por el parlamento, cuando recobró sus funciones en 1757. Se ocuparon de ella sin pérdida de tiempo, y se tomaron todas las medidas posibles para conseguirla.

He oído contar algunos años despues, que esta destruccion tuvo lugar por el padre de Montigny, Jesuita y procurador general de las misiones esteriores en París, hombre respetable por la sencillez de sus costumbres y por el candor de su carácter, á quien en uno de los primeros dias del mes de enero de 1758, despues de haber dicho misa al rayar el dia, se le acercó un jóven en la sacristía, y le dijo en voz baja, que teniendo un negocio de grandísima importancia que comunicarle, le rogaba le asignase un sitio en que le pudiese hablar en lo privado. Este religioso lo condujo á su aposento. Allí, despues de haberse asegurado que no podia ser oído por ninguno, le dijo con aquel embarazo que se esperimenta á la presencia de un incógnito, cuando se tiene un secreto que comunicarle, que hallándose sin recursos en París se habia visto en la necesidad de aceptar un trabajo, que le habia sido propuesto y le producia cien libras al mes, y que consistia en hacer con otros colaboradores algunos estractos del instituto de los Jesuitas. Ellos se recogian en el monasterio de los *Mantos-Blancos* de París, benedictinos de la congregacion de San Mauro, jansenistas desenfrenados, que les trazaban la marcha que debian seguir. Añadió el jóven, que habiendo estudiado con los Jesuitas, y conociendo sus buenos principios en todo género, no concurria á semejante trabajo sino con el mas vivo remordimiento; que si el padre de Montigny queria darle cien luises por una sola vez, lo dejaria del todo, ó lo continuaria, si lo creyese mas útil, para instruirle de cuanto se conspiraba contra la Compañía.

Este Jesuita le respondió no poder él disponer de una suma tan exhorbitante; pero que hablaria á sus superiores, y que si queria volver dentro de ocho dias, le daria parte de su resolucion. Esta fué que no se le debia dar nada, porque parecia ser un aventurero y un petardista, de los que abundan en París. Creíanse entónces los Jesuitas seguros de su existencia, y con una confianza acaso muy presuntuosa, no podian figurarse que jamás se pensara en destruir un cuerpo tan útil á la religion y al estado. No conocian el carácter de sus enemigos.

Al dia citado volvió el jóven. Cuando oyó la negativa que se le hacia, dió muestras del mas vivo dolor. *Vosotros os arrepentireis*, dijo al padre Montigny, *pero será muy tarde*. Los Jesuitas tuvieron en efecto bien presto ocasion de deberse arrepentir. El padre De-Neuville célebre predicador, habiendo ido poco despues á Versailles para hacer la corte al delfin, que lo honraba bondadosamente, le habló de la demanda de ese jóven, y de los medios, que segun decia, se tomaban para trabajar en su pérdida. *Hace ya algunos meses que lo sé*, le contestó el príncipe, *tomad vuestras medidas para evitar el golpe que os amenaza; pero dudo bastante que llegueis á impedirlo.*

El suceso probó demasiado la verdad de estas últimas palabras. Pero ¿qué podian hacer los Jesuitas de Francia para ponerse á cubierto de las terribles maquinaciones que se preparaban en su contra? No tenian á favor suyo sino la propia inocencia, los servicios hechos, y los que hacian diariamente. Pero tales servicios se disimulaban y ya no se querian; aun eran odiosos. Aquella política, de que tanto se ha hablado, por la que se decia que conocian todos los resortes, los artificios y rodeos, ¿de qué les habria servido, aun cuando la hubieran poseido en aquel grado sublime, que gratuitamente se les atribuia? Se sabe muy bien, que donde

(*) *Habia escrito una memoria, que al momento le fué sorprendida, en que pretendia justificarse de las crueldades de que le reconvenian, haciendo recaer todo sobre la persona del rey, cuyas órdenes habia seguido simplemente.*

ella no está sostenida de la fuerza, queda siempre vencida por la injusticia y la violencia.

En el tiempo que todas estas tramas se urdian contra los Jesuitas, el duque de Choisseul llegó de Viena donde habia estado de embajador, para ser ministro de negocios esteriores. Su fatal destino lo arrastraba á odiarlos, á perseguirlos y á secundar con todo su poder los esfuerzos que se hacian para destruirlos. Mucho tendria que decir respecto de su persona, que aturdiria á sus admiradores; porque aun los tiene. Tan solamente diré, que reunia muchos medios para captarse el concepto público, rasgos de ingenio, modales libres y espeditos; en una palabra, el tono francés, mucha penetracion y facilidad para despachar prontamente los negocios, mas no bastante reflexion para profundizarlos; riquezas grandisimas, una magnificencia sin límites, el fausto de un sátrapa; algunas dignidades eminentes, duque y par, caballero de las órdenes de Francia, coronel general de los suizos y de los pardos; el que jamás habia sido mas que un coronel obscuro de un regimiento de infanteria, principal ministro, y pasando alternativamente como mas le agradaba del departamento de los negocios estrangeros al de la guerra, y de éste al de marina, y tal vez creyéndose capaz de bastar él solo á dos reunidos. Despreciaba á los jansenistas, demasiado viles para que se dignase fijar sobre ellos una sola mirada; pero favorecia estremadamente á los filósofos, y éstos lo llenaban de elogios, lo exaltaban como un Richelieu y un Louvois. No les faltaba para poner el colmo á todas estas necedades mas que el compararlo á Colbert; pero se sabe en qué estado tan deplorable estuvieron las rentas públicas en su ministerio; ¿y no fué él quien dió lugar á aquella espresion convenida y adoptada aun por sus mayores partidarios, que él era un *verdugo del dinero*? Por lo demás basta leer las cartas de Voltaire, para ver cuan querido y precioso era á la secta filosófica.

Es imposible adivinar cual fuese el motivo del ódio profundo, que el duque de Choisseul nutria contra los Jesuitas, á menos que no se dé crédito á una anécdota que corrió por aquel tiempo. Se pretende que siendo embajador en Roma, tuvo ocasion en una visita que le hizo el general de los Jesuitas, de hablar con él de uno de sus religiosos que él habia conocido en Francia, y que entiendo habia sido su prefecto en el colegio de Luis el grande, donde recibió su educacion. El general le dijo con toda inocencia, que si lo deseaba, él estaba en estado de hacerle conocer el carácter, el espíritu, los talentos de este individuo, y para qué suerte de empleos fuese propio. Cumplió su palabra.

Vuelto á casa hizo buscar en las tablas dispuestas por órden, que notaban todos los paises y colegios en que se hallaban Jesuitas, el nombre de este religioso con una anotacion que lo caracterizaba perfectamente. Algunos dias despues se la remitió al embajador, el que quedó aturdido al estremo viéndola: se le puso en la cabeza que el poder del general de los Jesuitas era de los mas formidables, que cual déspota absoluto podia en una ojeada disponer de todos sus súbditos, ó con mas propiedad esclavos, que semejante al viejo de la montaña, no tenia sino que mandarles las acciones mas dificiles, la muerte de sus enemigos, los delitos mas execrables, para ver sus voluntades cumplidas al instante y sin réplica.

Suponiendo que esta anécdota sea cierta, se sigue de ella que el duque de Choiseul no tenia ninguna idea del órden y armonía que debe reinar en toda asociacion de personas. Si este órden y esta armonía eran mucho mejor establecidas entre los Jesuitas que en cualquiera otra comunidad, ellos merecian mas elogio; y por cuanto esto le habia hecho una tan grande impresion, estamos muy seguros que lanzado él en la carrera diplomática fuese del parecer del cardenal de Richelieu, que decia, que con su instituto deseaba gobernar á todo el mundo. Pero sea cual fuere el motivo que lo animase en contra de ellos, en lo que no cabe duda es, en que les ha hecho sentir mucho los terribles efectos de su animosidad.

Subiendo al ministerio encontró en la marquesa de Pompadour un apoyo bien favorable á sus sentimientos, ó mas claro, se comunicaron mútuamente los que ya fomentaban uno y otro para obrar de concierto, y secundar en secreto con todo su poder, á los que dirigian los ataques manifiestos.

Esta muger habia tenido por mucho tiempo una fria indiferencia para con los Jesuitas. Creese haber tenido despues algun motivo de queja contra el padre de Sacy que habia sido en el colegio de Luis el grande prefecto del príncipe de Soubice, y que éste le indicó para su confesor cuando ella en 1756 hizo la gata muerta, si me es permitido usar de este término, de querer convertirse para ocupar cerca de la reina el puesto de una de sus damas de corte; lo que, para decirlo de paso, no podria ser mirado sino como el escese del atrevimiento y del ultraje. El P. Sacy tuvo con ella diversas conferencias. Todos tenian los ojos sobre él. Los jansenistas rechinaban; y sus mismos cohermanos condenaban que no le hubiese en el mismo instante declarado no poder emplear su ministerio para con ella, á menos que no dejase la corte, y se fuese á reparar en el retiro con una rigo-

rosa penitencia el escándalo que habia dado á toda la Francia. Se determinó en fin á hacerle esta declaracion. Picada de una tan tardía negativa, ella hizo recaer sobre los Jesuitas en general el yerro de un particular, y concibió sentimientos muy desfavorables en su contra. Ellos adquirieron un grado mucho mayor de descontento, cuando un año despues fué herido Luis XV.

No ya porque ella creyese á los rumores populares, que hacian á los Jesuitas culpables de este horrible atentado. Sabia muy bien de donde habia partido el golpe; pero se persuadió, que mientras ellos existiesen, la vida del rey no podia ya jamás estár segura. Ella habia visto hasta qué estremo se habian precipitado sus enemigos, y comprendió de cuanto eran capaces todavia. Sacrificándoles á los Jesuitas, contra los cuales principalmente se dirigian las convulsiones de su rábia, esperó que se mantendrian tranquilos: que no teniendo ya tales enemigos que combatir, no escitarian mas cabalas ni formarian mas complots, y que la paz y la calma renacerian en el estado. Falsa y detestable política, que en todos los tiempos y paises en que ha sido adoptada no hizo otra cosa que aumentar los males; como si el error, sobre todo en materia de religion, cuando ha adquirido alguna ventaja, no fuese siempre en avance, y no pusiera un término á sus estragos, sino cuando todo ha desaparecido bajo sus devastadores ataques. Llegó finalmente el momento tan deseado de dirigir los primeros golpes á los Jesuitas. Las circunstancias eran las mas favorables. El público estaba inundado de libélos y de sátiras infames contra ellos. La mayor parte de tales producciones salian del antro de los *Mantos Blancos*, compuestos y dirigidos por D. Clemente y D. Clemenceau, dos monjes muy doctos por otra parte, y á quienes se debe la grande obra del *Arte de verificar las fechas*, pero tan fanáticos y sumergidos en las heces del jansenismo, que el nombre de Jesuitas los enfurecia. Representábanse en estos libélos de una manera tan horrible, se acumulaban sobre ellos tantas calumnias, se les imputaban tantos delitos, especialmente aquellos de que se habia acusado á sus hermanos de Portugal, que los lectores debian necesariamente mirarlos como á enemigos del género humano, y desear que fuesen esterminados lo mas pronto. No les parecia esto bastante. Buscáronse autores distintos para que escribiesen en su contra. Juan Jacobo Rousseau refiere en sus confesiones, que los jansenistas se dirigieron á él para que emplease su elocuento pluma en difamarlos. Respondióles, que si bien no amaba á los Jesuitas de ningun modo, sin embargo, como no lo habian hecho ningun mal, él no se prestaria á derramar

sobre ellos la hiel de la calumnia. Se vé que los jansenistas no omitian medio alguno para perderlos. Ellos estaban asegurados de las intenciones del gobierno, y únicamente trataban de saber de qué medio deberian usar al principio para obtener un suceso infalible.

Se resolvió comenzar el ataque denigrando su honor, para quitarles de esta manera el resto de confianza de que todavia gozaban, de disminuir el número de sus partidarios, y de excitar contra ellos las voces públicas (10). Habian sido acusados algun tiempo antes, de que comerciaban. Esta era una calumnia inventada por los hereges del siglo XVI, que los jansenistas sus sucesores no habian dejado de adoptar, ni cesado de repetir en sus discursos y libélos. Se pensó deberle dar mas voga y hacer uso de ella en las actuales circunstancias. Se pasó á desenterrar el nombre de un cierto Ámbrosio Guis, el cual se decia haber tenido grandes relaciones de comercio con ellos, y cuyos herederos ó interesados les demandaban sumas muy considerables de que les eran deudores. Se produjo en 1759 un decreto del consejo de estado del rey que los condenaba á pagar.

Por lo que mira á esta primera tentativa, la cabala fué presa en sus mismas redes. Se probó auténticamente, que este decreto habia sido supuesto y fabricado por un abogado, que habia tenido la osadía de intercalarlo entre los registros del consejo de estado, y que fué reducido á prision, y no tuvo otro medio de escapar del suplicio que le esperaba como falsario, que cortarse la garganta con una nabaja de barba. No pudieron impedir se publicase un segundo decreto del consejo con todas las formalidades necesarias, que descubria y declaraba en términos positivos la impostura del primero. Los jansenistas deberian haberse cubierto de confusion y sonrojado de vergüenza, ¡pero tienen ellos algun pudor? ¿saben conservar algun miramiento? No, esto solo sirvió para estimularlos mas á proseguir sus proyectos, y pronto hallaron una ocasion favorable para llevarlos al cabo.

Un Jesuita llamado el padre Lavalette, era misionero en la Martinica y superior de las misiones que los padres tenian en las Antillas. Este hombre, (conviene confesarlo) tenia mas espíritu del mundo que de su propio estado. Era un intrigante, ocupado de ciertas especulaciones para cultivar algunas islas aun desiertas en gran parte, como la Dominica y Santa Lucía. Juzgaba con esto hacer un distinguido servicio á su pátria y merecer su reconocimiento. Vino á Francia en 1754, y propuso sus planes al ministerio, quien los acogió favorablemente, muy contento de que se aumentasen las riquezas nacionales sin que le costase un sueldo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto que el padre Lavalette quería darlas en valor y cultivarlas á sus espensas.

No obstante, otro ministro, Mr. de Machaut, si no me equivoco, que tuvo conferencias particulares con él, advirtió á algunos Jesuitas de Paris que no se fiasen de él, y aun le quitasen toda especie de administracion en los negocios, porque podia originarles grandes embrollos. El padre Lavalette consiguió engañarlos y seducirlos; y autorizado con todos los poderes que le eran necesarios, se ligó en intereses con algunas casas de comercio, particularmente con la de los hermanos Lioncy de Marsella; tomó de ellos en empréstito algunos capitales considerables, vuelve á la Martinica, compra negros, y forma los establecimientos proyectados. El suceso corresponde á los primeros trabajos. Las cosechas de todos los productos coloniales son abundantes; las embarca en algunos bajeles para sus corresponsales de Francia: pero los ingleses que desde 1755 habian comenzado las primeras hostilidades, apresan sucesivamente todos aquellos que iba despachando. Hállase en la imposibilidad de dar cumplimiento á las letras de cámbio giradas en su contra por gruesísimas sumas. Los hermanos Lioncy lo estrechan, y sobre su negativa de pagar, atacan en 1760 á todos los Jesuitas de Francia. Habrian atacado á los de todo el mundo si hubiesen podido, mirándolos á todos como solidarios los unos por los otros. No se habria dado jamás un crédito mas sólido.

¿Debian los Jesuitas pagar, como lo pretendian algunos de entre ellos, y como les aconsejaban muchos de sus amigos? Así habrian ellos mismos confesado un principio que es falso y de toda injustícia; porque ¿cual es el cuerpo, cual en fin la familia que pueda ser responsable de las deudas contraidas por uno de sus miembros, á menos que no exista una convencion espresa y formal? Si así fuese, ¿en qué vendrian á parar la tranquilidad y seguridad de todas las sociedades? Veríanse espuestas á cada momento á ser inquietadas, y hasta arruinadas por la mala conducta de un individuo. ¿Pero acaso habia una escepcion contra los Jesuitas? Su suerte en tal caso era bien desgraciada. Deberian arrepentirse de haber abrazado un estado, que los debia hacer temer de contínuo por su existencia. Decimos, antes bien, que ellos tenian una escepcion, pero que enteramente se convertia en su ventaja.

Todos los bienes, de que disfrutaban los Jesuitas, les habian sido dados para establecimientos locales distintos y separados, para la dotacion de un tal colegio, de un tal seminario, para el sostenimiento de tal mision. Ellos estaban especialmente afectos á esto por el mismo acto de fundacion. El venderlos, el enagenarlos era no solamente contra la mente de los fundadores; sino anular las mismas fundaciones, que estaban todas dirigidas á un objeto de pública utilidad. En consecuencia los Jesuitas no podian ni debian, sin violar las leyes de la justicia y de la religion, ceder estos bienes. Mas aun cuando la hubiesen hecho, ¿qué habrian ganado? No habrian por esto impedido su ruina; ella estaba muy bien tranzada; habrian tenido solo el dolor de entregar una gran parte de sus bienes á sus enemigos, que los deseaban con una avidéz insaciable. Apenas hubieran hecho ellos un tal sacrificio, cuando se habrian visto obligados bajo otros diversos pretestos á abandonarles el resto, como en efecto sucedió á muy poco tiempo.

La gran falta que cometieron los Jesuitas fué haber dado oído á pérfidos consejeros, y fiádose de falsos amigos. Ellos tenian el privilegio, como otros varios cuerpos religiosos, de llevar sus causas al gran consejo. Se les persuadió que la suya era de una justicia tan evidente, que debian llevarla al parlamento; tribunal que les era á la verdad poco favorable, pero donde ellos deberian triunfar con mas esplendor, y de una manera capaz de imponer silencio perpetuo á la calumnia, y rechazar los dardos de sus enemigos. Lo hicieron; y este era puntualmente el paso en que se les esperaba.

Se escogieron por ambas partes abogados distinguidos en el foro, para tratar esta causa, que fijaba la atencion general, y atraía multitud inmensa de curiosos á la audiencia. Estos abogados citaron el instituto de los Jesuitas. Los que arengaban en su contra exhibieron pasages que parecian probar, que por la cadena de subordinacion establecida entre ellos, no podia un individuo hacer nada, mucho menos un contrato, un empréstito, sin el permiso de sus superiores; que estos remontaban de los unos á los otros hasta el general, verdadero déspota, dueño de todo; que por consecuencia las obligaciones contraidas por el padre Lavalette, que no podia satisfacer, tocaba cumplirlas al general, supuesto que habia dado su consentimiento, pero que residiendo en pais estrangero, donde el parlamento no tenia ninguna jurisdiccion, los bienes de sus súbditos, ó mas bien de sus esclavos en Francia, eran responsables en su lugar, y debian ser destinados á pagar á los acreedores. Estos razonamientos que partian de un falso principio, y que no estaban apoyados sino sobre sofismas, aunque proferidos con mucho aparato y gran fausto de palabras, excitaban los aplausos universales; y era fácil desde entónces preveer cual deberia ser la suerte de los Jesuitas.

Los abogados que sostenian su causa, no tuvieron el mismo favor del público, y apenas fueron escuchados. Refirieron otros pasages del instituto, que probaban que esta cadena de subordinacion era una obra maéstra de sabiduría para establecer y conservar la union y la armonía en el cuerpo; que las relaciones entre los superiores y los inferiores no eran las de un amo imperioso para con sus súbditos, sino ántes bien las de un padre con sus hijos; que la obediencia que se exigia de éstos, no era otra que la recomendada por todos los fundadores de las órdenes así antiguas como modernas; que el general no era un déspota absoluto, que pudiese disponer de todo, sino una cabeza investida de una autoridad muy grande para hacer observar y practicar la regla en todo su rigor; que debia sin duda castigar los excesos de los particulares, pero que si alguno entre ellos, á pesar de su vigilancia, delinquia contra la sociedad civil, no era él responsable; y que si el padre Lavalette estaba en este caso, tocaba á los hombres puestos por ella hacerle sufrir el castigo que merecia, sin hacerlo estensivo á sus hermanos que eran inocentes.

Estas razones, por verdaderas y justas que fuesen, no hicieron impresion ninguna: pero al solo nombre de instituto, de general, de *obediencia ciega* atribuida á los Jesuitas, parece que todos se espantaban. Se creyó ver en medio del estado hombres que le eran estraños; por decirlo así, que tenian un régimen particular opuesto á sus intereses, enemigos, en una palabra, que no buscaban sino sus propias ventajas, zelosos de toda especie de dominacion, y que querian establecer la propia sobre la ruina de las demás. Se quiso ver un tal instituto, que se aparentaba no conocer, aunque no habia sido admitido en Francia sino despues del mas severo exámen, aun cuando habia sido revestido de todas las formas legales, y que el estado de los que lo abrazaban era reconocido por todos los tribunales. Los magistrados del parlamento ordenaron á los superiores de los Jesuitas de París el presentar una copia de su instituto en la cancilleria del tribunal. Condenaron además al padre Lavalette á pagar las letras de cambio giradas por él contra los hermanos Lioncy, y en su falta obligaron á exhibir esas cantidades á todos los Jesuitas existentes en la jurisdiccion del parlamento. Semejante decreto habria igualmente envuelto á todos los Jesuitas de Francia por el *exequatur* que habria obtenido de todos los otros parlamentos.

No se quiere ciertamente justificar al padre Lavalette, pero no puede dudarse que el negocio á que dió lugar, no sea un misterio de iniquidad por parte de los enemigos de

los Jesuitas. Se querian sus bienes; y de hecho los hermanos Leoncy y compañia llegaron al término de engullirlos casi todos; lo restante vino á ser el objeto del fraude, del latronicio y de la rapacidad.

Todo estaba dispuesto para hacer á las cámaras unidas del parlamento la denuncia del instituto de los Jesuitas. El abate Chawelin, consejero eclesiástico en la gran cámara, se encargó de tal comision en el mes de julio de 1761. El era de una familia muy respetable en la toga, é hijo del Señor Chawelin que habia sido guarda-sellos en el ministerio del cardenal de Fleury; pero llevaba sobre su persona la marca de todas las desgracias de la naturaleza. Corcovado y contrahecho tenia el aspecto de un ximio, como se decia en un epigráma hecho ántes en su contra. Su carácter era aun mas deforme. Maligno, cáustico, violento, no tenia mayor gusto que hacer mal, y su espíritu falso no le dejaba jamás reconocer un objeto bajo sus verdaderos puntos de vista. No era un simple ódio el que tenia contra los Jesuitas, era un furor, una manía rabiosa, por lo cual quedó contentisimo al hallar una ocasion de dar pruebas evidentes de ello.

Cualquiera imaginará que en su denuncia, el instituto de los Jesuitas fué presentado bajo los colores mas odiosos. Por todas partes encontró en él errores y aun delitos. Cuantas máximas y prácticas habian sido copiadas de los personages mas santos, allí fueron tratadas sin respeto y de un modo burlesco. Las reglas, los medios aconsejados ó prevenidos para conducir á la virtud, fueron mirados como inútiles, ó de una supersticion condenable. Los diversos empleos que ejercitaban los Jesuitas, no eran mas que otras tantas combinaciones diestramente manejadas para arribar por medio de una sostenida hipocrecía, pero bajo una cierta apariencia de pública utilidad, al grande objeto que jamás perdian de vista, esto es, á la dominacion universal. Pero lo que mas exageraba el denunciante, lo que le parecia digno de todo el rigor de las leyes, y lo que debia excitar á lo sumo la alarma y el terror en el público, era la obediencia que se exigia de todos los individuos á las órdenes de los superiores.

Es cierto que la obediencia era la que distinguia á los Jesuitas, y el voto que de ella hacian era exactamente cumplido. No se habia oído jamás que alguno de ellos se negase á cumplir las órdenes de los propios superiores; y esto es lo que ha mantenido su Compañia en la fuerza y vigor conservado por ella hasta su estincion. Su fundador recomendándoles sobre todo la práctica de la obediencia, habia dicho que debia ser ciega. Pero no habia él inventado tal espresion, porque frecuentemente se encuentra empleada en todas las

reglas de las órdenes monásticas, y en cualquiera libro espiritual. El habia tomado tambien de la misma fuente la comparacion que hace de un religioso obediente al bastón de un viejo, de que se sirve á su antojo. Hé aquí, sin embargo, lo que dió lugar al abate Chawelin para exaltarse en violentísimas declamaciones contra los Jesuitas. Dijo que ellos estaban obligados por aquel género de obediencia que se les exigia, hasta á cometer toda suerte de delitos siempre que les fuesen ordenados por los superiores. Me avergüenzo de referir semejantes imputaciones, las cuales no dejaron de hacer una grande impresion sobre el público. ¿Pero qué resultó? Lo que todos los espíritus sábios y reflexivos previeron desde aquel tiempo; esto es, que condenando tanto la obediencia, llegaron á romper todos los lazos de la subordinacion, sin la cual es imposible que subsista un estado. La revolucion es una prueba sensible. Véase el gran servicio que el abate Chawelin ha hecho á la Francia, haberla preparado las terribles calamidades, que se trabajará muchos años en reparar.

Otro gran motivo de espanto que presentó á los espíritus crédulos fué el cuarto voto que los Jesuitas hacian al papa, porque era muy necesario, que los jansenistas, cuyo órgano era, se mostrasen tales como siempre han sido, es decir, refractarios decididos de todos los decretos emanados contra ellos de la autoridad pontificia, y no debian dejar escapar ninguna ocasion para hacerla odiosa. Este cuarto voto que hacian los Jesuitas cuando se obligaban irrevocablemente al cuerpo, consistia únicamente en prometer partir, aun sin viático, para las misiones que el papa les ordenase. Este voto fué presentado bajo un aspecto muy diverso. Se afirmaba que segun las constituciones de los Jesuitas, siendo el papa, en último análisis su primer superior, se obligaban con semejante voto á obedecerle en todo; que no trabajaban, que no atravesaban los mares; que no desafiaban toda clase de peligros, sino para dilatar su poder y autoridad sobre todo el mundo, segun el plan político designado hace muchos siglos por la corte de Roma.

Es necesario que el ódio sea muy ciego para amontonar así calumnias que ofrecen incoherencias tan manifiestas. A veces es el general de los Jesuitas, que armado de un cetro de fierro ejercita un poder mas terrible que el de cualquiera déspota asiático, y á veces es el papa. Me sorprende que supuesto le querian hacer pasar por su primer superior, no hayan pensado hacerlo responsable de las deudas del padre Lavalette, y en secuestrarle el condado de Aviñon que le pertenece. Se hubieran podido imaginar razones equivalentes para colorear esta injusticia, á las que se han hallado para todo lo que se ha hecho en el negocio de los Jesuitas. ¿Habia, al fin, necesidad de ser tan delicados sobre los medios, verosímiles ó inverosímiles, con tal que se consiguiese hacerlos mirar como á hombres peligrosos, y su instituto como estremamente noscivo á la tranquilidad del estado, á la felicidad de los pueblos, y á la autoridad misma del soberano? Hablaré mas abajo con ocasion del libro de las Aserciones, de las obras compuestas por los Jesuitas, que fueron tambien denunciados. Este fué un gran pretesto de que se valieron para perderlos, porque se pretendió que tales obras contenian su doctrina subversiva de todos los buenos principios; pero á la que estaban ellos siempre obstinadamente adictos, á pesar de sus declaraciones y retractaciones.

El mismo parlamento estaba tan prevenido de todas estas ideas, que acogió con precipitacion la denuncia del abate Chawelin. Se nombró comision para examinar el instituto de los Jesuitas, y dar cuenta á las cámaras unidas. Su dictámen fué en todo conforme á la denuncia. En consecuencia, el procurador general del parlamento, Mr. Joly de Fleury, fué encargado de tomar informaciones sobre este instituto. Este era hombre mucho mas moderado que el abate Chawelin. No se permitió en su informe las mismas injurias, diatribas y atrocidades contra los Jesuitas; pero las conclusiones que dedujo no les fueron favorables. Ellas se dirigian claramente á su destruccion, bien que un tal vocablo aun no se pronunciaba. Apeló, como abuso, de muchas bulas y breves concedidos á los Jesuitas, igualmente que de sus constituciones (11).

Durante ese tiempo habia grandes intrigas en la corte, relativamente á este asunto, que ocupaba todos los ánimos, y que fijaba mucho mas la atencion del público que los desgraciados sucesos de la guerra de siete años. Debe saberse que los pareceres de las personas mas considerables de la corte cerca de los Jesuitas, estaban muy divididos. La marquesa de Pompadour, el duque de Choiseul y el señor Berryer, guarda-sellos, eran particularmente sus contrarios, y obraban de concierto con el parlamento para efectuar su destruccion. La reina, el delfin, todo el resto de la familia real, es decir todas las virtudes reunidas, y el señor Lamoignon, canciller de Francia, estaban por los Jesuitas, y deseaban ardientemente conservarlos. Seguíase de esto, que el rey, por complacer alguna vez á su familia, daba órdenes que le eran favorables; pero por el ascendiente que tenia el duque de Choiseul, hallaba medios para hacerlas inútiles. Así, mientras el canciller escribia á los parlamentos que los defendiesen en

nombre del rey, que diesen tal ó cual paso, el duque de Choiseul les hacia decir secretamente que no desistiesen de sus empresas, y que serían sostenidos; lo que nunca dejó de suceder.

Es difícil de adivinar, si fuese por un rasgo de política astuta, con el fin de que los Jesuitas pareciesen menos sospechosos al gobierno, ó por un resto de compasion ácia ellos, para substraerlos de este modo á los procedimientos del parlamento que se hizo publicar por el rey una declaracion, que ordenaba á los superiores de las diversas casas de Jesuitas el presentar dentro de seis meses á la cancillería del consejo los títulos de su establecimiento en Francia. Esta declaracion fué registrada por el parlamento de París el 6 de agosto de 1761. Pero al dia siguiente, y como para hacer ver que no hacia ningun caso de esta declaracion, dió un primer edicto, conforme al juicio del procurador general, que apelaba como de abuso de muchas bulas, breves y constituciones de los Jesuitas; y un segundo edicto sobre la denuncia que le habia sido hecha el 8 de julio anterior, de muchas obras de los dichos Jesuitas, condenándolas á ser quemadas por mano del verdugo: y para sentenciar definitivamente sobre cuanto resulta de los dichos libros, de la enseñanza constante y no interrumpida de la doctrina de la Compañía, y de la inutilidad de las protestas y retractaciones de los mencionados Jesuitas, añade la deliberacion á la apelacion, como de abuso, interpuesta del precedente decreto; y además provisionalmente prohibe á todos los súbditos del rey el entrar en la referida Compañía, á los individuos de ella, el recibirlos y continuar sus lecciones públicas despues del 1.° de abril del siguiente año de 1762, bajo pena de confiscacion de sus temporalidades; y á todos los súbditos del rey el entrar en sus escuelas, pensiones, seminarios y congregaciones, bajo la pena de ser declarados incapaces de obtener grados de cualquiera clase en las universidades, y de poseer cargos y oficios civiles y municipales.

En los primeros momentos, todos creyeron que este decreto sería anulado por el rey; tan estraordinario así pareció en el fondo y en la forma, cualesquiera que fuesen las prevenciones que se tenian contra los Jesuitas. Sus mismos enemigos los mas ardientes lo temian; pero bien pronto quedaron asegurados. Semejante decreto tuvo su pleno y entero cumplimiento. Algunos, no obstante, se persuadieron á que el gobierno manifestaba querer tomar la defensa de los Jesuitas, cuando se vió á la comision del consejo, establecida para examinar sus constituciones, pedir el parecer de los obispos de Francia, que se hallaban en París, sobre los cuatro puntos siguientes: 1.° De qué utilidad fuesen los Jesuitas en

Francia relativamente á las diversas funciones en que eran empleados: 2.° Cuál era su enseñanza sobre los puntos de doctrina contestados, el regicidio, las opiniones ultramontanas, la libertad de la iglesia galicana y los cuatro artículos del clero: 3.° Cuál era su conducta en lo interior de sus casas, y qué uso hacian de sus privilegios con respecto á los obispos y á los curas: 4.° Cómo se podia ocurrir á los inconvenientes de la autoridad escesiva, que su general ejerce sobre los que componen la Compañía.

Los prelados se unieron en el mes de diciembre de 1761. Despues de muchas conferencias y sério exámen, produjeron un juicio muy favorable á los Jesuitas. Decidieron, que su instituto era bueno, laudable, piadoso; que su manera de enseñar en Francia era opuesta á las máximas ultramontanas, y sobre todo, sobre el regicidio; que su conservacion era útil á la iglesia y al estado; que su conducta era edificante, tanto en lo interior de sus casas, como en lo público (12). Solo hubo uno, que fué el obispo de Soissons Mr. de Fitz-James, partidario zelosísimo de los jansenistas, que fuese de sentir contrario, y se declarase por la abolicion de los Jesuitas: otros dos ó tres obispos opinaron por poner alguna restriccion á sus privilegios, pero conservaban lo esencial de su instituto.

Si alguna vez los Jesuitas tuvieron que bendecir á la Providencia vigilante por su honor, fué ciertamente en esta circunstancia. Mientras eran presa de la calumnia, cuando eran perseguidos con tanto furor, y entretanto un tribunal laico, y en consecuencia incompetente los juzga y los condena, el único tribunal legítimo toma su defensa y los justifica. Un tal juicio episcopal es la mejor apología que puede hacerse á su favor. Ella sola bastará para probar su inocencia á los ojos de la posteridad.

Con todo esto se habia logrado inspirar un terror tan grande sobre el pretendido poder escesivo de su general, que muchos, aun de sus mismos amigos, eran de parecer que era necesario moderarla. La comision del consejo formó un plan con ese intento. Consistía en establecer en Francia un vicario general, cuyo nombramiento fuese únicamente confirmado por el general, pero que fuera de esto no tendría ninguna relacion con este déspota romano; que ejercitaría una autoridad restringida á límites justos y racionales; lo que habría hecho esta porcion de la Compañía verdaderamente nacional, esenta por consiguiente de todos los reproches que hasta entónces se le habian hecho, y en la imposibilidad de inspirar alarma alguna bajo este respecto. Esperábase así cortar la raiz á la perniciosa doctrina que se les atribuía; porque no teniendo ya relaciones con los Jesuitas estrangeros,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habrian sido enteramente franceses, y su enseñanza conforme á las máximas del reino. Ante todas cosas, se habria podido preguntar á los que proponian tal medida, si en los cien colegios que los Jesuitas ocupaban en Francia, si en las universidades en que servian cátedras, hubiesen oido decir que alguno de ellos enseñara una doctrina contraria á las leyes del estado. No ciertamente, porque si hubiesen dado lugar á alguna queja real y fundada, bien se puede creer que todo el reino habria resonado con los mas violentos clamores en contra de ellos. ¿Por qué, pues, dar tan fácilmente crédito á las vagas acusaciones que se referian á épocas muy anteriores al tiempo presente, en que los mas ardientes enemigos de los Jesuitas no podian hacerles reconvencion alguna sobre este particular? Esta era sin duda la mejor justificacion, y ella debia abrir los ojos á los comisarios del consejo, á quienes no se puede alabar de imparcialidad.

Por fortuna esta reforma propuesta no tuvo lugar, y se puede muy bien decir que fué igualmente un rasgo de la Providencia, que velaba sobre los Jesuitas. Su pérdida no habria sido por esto menos segura, aunque hubiese acaecido un poco mas tarde: pero ella les habria atraido el deshonor y la vergüenza. El mas deplorable cisma se habria establecido entre ellos. En vez de la union y de la concordia que reinaba en su comunidad, y que era considerada aun por los mundanos como un carácter particular que la distinguia de todos los demás cuerpos religiosos, habria sido presa de quejas é interiores disenciones. Estas habrian comunicádose al público, y ocasionado un escándalo inevitable. Los unos, ligados por votos solemnes, se habrian visto en la dura necesidad de soportar sus cadenas, maldiciendo los cambios que habrian sido obligados á aceptar, y que los habrian hecho totalmente diversos de lo que habian sido hasta entónces. Los otros, que aun no habian emitido sino los votos simples, y que formaban poco mas de la mitad del número de los Jesuitas de Francia, habrian, en su mayor parte, roto aquellos compromisos, que no habrian sido los mismos que los que habian tenido intencion de contraer. ¿Qué hubiera llegado á ser en tal estado esta Compañia, compuesta en su mayor parte de ancianos, de enfermos, y sobre todo de descontentos? Suponiendo todavia que la exicion no hubiese sido tan considerable como se ha dicho; ¿se podrá creer que el espíritu que reinaba en aquel cuerpo habria sido el mismo? No, no habria sido el de la Compañia de Jesus, de aquella Compañia que habia producido hombres tan célebres en todo género, tan zelosos por los intereses de la religion, y por el sostenimiento de la doctrina ortodóxa, ó mas bien aquellos mismos hombres habrian adoptado muy en breve principios diversos en un todo, ¿y quién sabe aun si el error no se habria introducido en poco tiempo entre ellos, y si por una estraña metamórfosis, un Jesuita no se habria convertido en un jansenista?

Se habló mucho en aquel tiempo, y todavia se habla alguna vez de una respuesta dada por el general de los Jesuitas cuando se le propuso la reforma de que aquí se trata: *Sint ut sunt*, dijo, *aut non sint*. Sean como son, ó dejen totalmente de ser. Es muy dudoso que haya dado una respuesta semejante; mas cuando lo hubiese hecho, esto manifestaria en el general un gran juicio, y no un rasgo de fiereza, ó el despecho de un despotismo espirante, que quiere sepultarse bajo sus ruinas, como la malignidad queria interpretarlo.

Por fortuna se libró á los Jesuitas del embarazo y la ansiedad, que les habria causado la reforma que se proponia. Ellos perecieron, pero perecieron con gloria. Salvóse su honor, y su nombre pasará sin mancilla á la mas remota posteridad. Los enemigos que tenian, estaban muy obstinados en su pérdida para no proseguirla con todo ardor; y en su impaciencia no podian sufrir largas dilaciones.

Ya el parlamento de Roan habia ordenado bruscamente la destruccion de los Jesuitas. Desde febrero de 1762, sin decreto provisorio, habia proscrito y disuelto en los términos de su jurisdiccion, con un decreto definitivo, el régimen de la *llamada Compañia de los Jesuitas* (espresion adoptada, y consagrada en seguida por todos los curiales) obligado á los miembros á dejar sus casas dentro de ocho dias, confiscado sus bienes, etc. Si la revolucion no nos hubiese ministrado pruebas, por desgracia tan multiplicadas, del esceso de inhumanidad, á que puede precipitarse un hombre, se tendria dificultad en creer, que magistrados á quienes la pátria habia confiado el cuidado de administrar la justicia, habian podido violar tan abiertamente las reglas, arrojar de sus casas, reducir á la mendicidad á hombres, que no habian sido interrogados sobre las acusaciones que se les imputaban, á quienes no se habian oido las razones que pudiesen alegar en su defensa; á hombres, que aun la víspera de este decreto gozaban de un grandisimo aprecio, y sobre todo de la confianza de todas las personas virtuosas; que tenian aun entre sus discípulos á los hijos de muchos de aquellos jueces tan empeñados en condenarlos á penas tan rigorosas. ¿Cómo era posible que estos hombres se hubiesen convertido en un momento de virtuosos que eran en la tarde, en tan malvados á la mañana siguiente? ¡Ah! ¡Cuan capaces no son las pasiones de ofuscar aun las mas simples luces de la razon, de perver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
005760

tirla, de degradarla, y de hacerla cometer las mas odiosas prevaricaciones?

El efecto de este decreto precipitado fué, que en Normandia los colegios ocupados por los Jesuitas, quedaron privados de maestros por muchos meses, y que el curso de los estudios de la juventud quedó interrumpido. Esta precipitacion era poco digna de magistrados previsores, los cuales no debian perder de vista un momento el bien público. Lo mismo sucedió en Perpiñan, donde el pequeño consejo soberano del Rosellon quiso señalarse con un decreto brusco de destruccion. A lo menos el parlamento de París habia previsto un poco mas. Habia declarado por su decreto provisorio del 6 de agosto de 1761, que los Jesuitas continuarian enseñando hasta el 1.° de abril de 1762, para tener el tiempo de encontrar otros maestros con que reemplazarlos. Se puede observar aquí de paso una contradiccion muy singular. El parlamento habia ya dictado decretos, para declarar su doctrina escandalosa, abominable, y aun impia, y con todo esto deja que todavia la enseñen. Ellos la enseñaron hasta la época determinada: mas entónces fueron obligados á ceder á otros el puesto.

¡Ay de mí! ¡qué desgraciada época conviene recordar! Entónces fué cerrado aquel colegio de Luis el Grande, tan célebre en toda la Europa, donde la nobleza mas floreciente del reino y aun de los paises estrangeros recibia una educacion digna de ella y de los hábiles maestros que la dirigian. En este colegio fué donde habian vivido los Maldonados, los Petávios, los Sirmond, los Labbé, los Cossart, los Arduinos, los Commiri, los Juvénci, los Porée, los Brumoi, los Bougeant, los Berthier, los Brotier y tantos otros sábios y literatos que habian formado allí una especie de académia, que duró siempre desde su establecimiento hasta el tiempo de que hablo; académia capáz de rivalizar con las mas célebres de Europa, y aun tal vez de superarlas.

Finalmente, el abandono del ministerio, ó mas bien su connivencia, permitió al parlamento de Paris, el publicar á 6 de agosto de 1762 el decreto definitivo, que juzga la apelacion como de abuso de las bulas, breves, constituciones y reglamentos de la Compañia llamada de Jesus; declara *que en ella hay abuso:* disuelve la Compañia, prohibe á los Jesuitas llevar el hábito, vivir bajo la obediencia del general y de los otros superiores de la dicha Compañia, y mantener ninguna correspondencia con ellos directa ni indirectamente; les ordena abandonar las casas que dependen de ellos, y les veda vivir en comunidad, reservando conceder á cada uno de los que habian hecho la profesion solemne de votos ó

que tuviesen mas de treinta y tres años, las pensiones alimenticias indispensables, y prohibiéndoles poseer canonicatos, beneficios, cátedras y otros empleos con cura de almas, ó municipales, antes de haber prestado el juramento ordenado por el referido decreto.

Hé aquí la obligacion del juramento introducida por la primera vez. Es cierto que la iglesia lo habia ordenado frecuentemente para conocer á los que fuesen rebeldes á sus leyes, y para contener los progresos del error. Ella tiene todo el derecho sobre esto, como juez de las materias que tocan á la religion; pero jamás se habia visto en Francia, que jueces legos exigiesen de propia autoridad un juramento sobre estas materias. Creyeron los jansenistas tomar con esto una venganza ruidosa de los Jesuitas, á quienes acusaban de autores del formulario, por el que era necesario declarar, suscribiéndolo y tomando á Dios por testigo, que se condenaban las cinco proposiciones de Jansenio. ¡Desgraciados!.... ¡ah! si hubiesen previsto el horrible abuso que algunos años despues se habia de hacer de semejantes juramentos, habrian acaso titubeado en proponer lo que se exigia de los Jesuitas, cualquiera que fuese el ódio que les tenian. ¿Pero qué digo? ¿Por ventura no son ellos los que han inventado todos estos juramentos para su iglesia constitucional, los que son los mas ardientes promovedores de las atroces persecuciones suscitadas contra tantos millares de sacerdotes, á quienes la religion, conciencia y honor han impuesto el deber de sacrificarlo todo y esponerse á todos los males posibles, antes que contaminarse prestando juramentos tan infames? No lo dudemos, los jansenistas son y serán lo que siempre han sido, esto es, los mas fieros y rabiosos enemigos de la religion católica. Apréndase una vez á conocerlos por la constitucion civil del clero; ella es el puro y neto jansenismo con todas las sutilezas y malicias que lo caracterizan.

Pero ¿qué importaba este juramento exigido á los Jesuitas con tanto rigor? Nada menos que declarar ante el Ser Supremo, que su instituto era abusivo, culpable, abominable, impio, en fin, cuando el concilio de Trento lo habia declarado por *santo y piadoso.* Compárese la decision de un concilio ecuménico, cuyo sufragio es de tan gran peso, con la de los jueces legos, absolutamente estraños en tales materias, y se verá, sin necesidad de entrar en discusiones, á cuál de los dos debian atenerse los Jesuitas. Es, en verdad, una desgracia para los jansenistas, que sus pasos siempre estén en oposicion con la iglesia. Los Jesuitas rehusaron con razon prestar un juramento semejante.

Este decreto sujetó á las mismas penas á los miembros

de la Compañia que no estaban aun ligados con la solemne profesion de los votos. Segun sus constituciones, reasumian la posesion de sus bienes, siempre que rompiesen los votos simples hechos por ellos; pero estaba establecido en Francia por un edicto de Luis XIV, registrado en todos los parlamentos, que cuando todavia no hubiesen emitido los últimos votos á la edad de treinta y tres años cumplidos, quedarian destituidos de toda especie de derechos para volver á poseer sus bienes. El decreto provisorio de 6 de agosto de 1761 habia conducido á la mayor parte de aquellos, que aun no habian contraido las últimas obligaciones, á romperlas, para sustraerse á los daños de que estaban amenazados; pero quedaron burladas sus esperanzas. El decreto definitivo los hizo participar de la misma suerte de los profesos; y por una jurisprudencia del todo nueva se dió un efecto retroactivo á este decreto, para privarlos de todos los derechos de ciudadanos. Se puede avanzar, que fueron tratados mas rigorosamente que los profesos, porque á éstos se concedieron pensiones alimentícias, en vez que á aquellos no se asignó socorro alguno bajo el pretesto que volvian á entrar á la posesion de sus bienes: pero una tal facultad se hizo ilusoria para muchos de ellos, que eran hijos segundos de familia ó de escasisimas proporciones. De esta manera se hallaron sin recursos, y aun sin esperanza de poder procurárselos, lo que es la peor de todas las desgracias.

Cuanto á las pensiones alimenticias que el parlamento habia prometido á los Jesuitas profesos, no fueron realizadas sino al cabo de diez y ocho meses, en que el gobierno asignó á cada uno la pension de cuatrocientas libras. Se tuvo la inhumanidad en todo aquel tiempo de no establecer nada sobre la suerte de personas á quienes se despojaba de todo, y se las privaba de una subsistencia frugal, con la que estaban contentos, para arrojarlos al mundo sin clase alguna de socorro. Algunos sucumbieron bajo el peso de sus desgracias, y perecieron de miseria. Los otros no escaparon á ella sino por la compasiva generosidad de personas caritativas. Se dan hoy quejas, y con razon, sobre el bárbaro tratamiento hecho esperimentar á los emigrados, sobre la ocupacion de sus bienes, y el estado infeliz á que en su mayor parte fueron reducidos. Se puede conocer por esto el distintivo siempre uniforme del ódio, de la venganza y de la persecucion. Pero en la abundancia y molicie en que se pasaba entónces el curso de la vida, poco interés y cuidado se tomaba por los Jesuitas; ¿y quién sabe aún si no se aplaudia al triunfo de sus enemigos? Y con todo, ellos tenian derecho, como todos los que sufren y padecen, á los sentimientos que inspira la humanidad. Si ahora

se dijese que no fué esta menos violada respecto de los Jesuitas, que lo que lo fué por la asamblea nacional y el directorio respecto de los emigrados, un tal discurso seria en verdad muy concluyente.

Sería inútil proseguir detallando la destruccion de los Jesuitas obrada sucesivamente por los otros parlamentos de Francia, despues de verificada por el de París. Sería repetir con fastidio la misma conducta, y los mismos medios adoptados para su opresion. Agregaré solamente, que en algunos de esos tribunales, como en el parlamento de Tolosa, donde tenian mas partidarios que enemigos, se emplearon la astucia, el fraude, y las mas odiosas intrigas para escluir á los primeros y ganarse la pluralidad de los votos. Se tomó por pretesto que algunos de ellos tenian parientes Jesuitas, ó que estaban inscritos á sus congregaciones, representadas por ellos, como impíos conciliábulos, pero que no eran sino reuniones en capillas particulares en que se practicaban los ejercicios de la piedad mas sólida. De esta manera se apoderaban de las deliberaciones, y se dictaban los decretos al placer de los que querian la pérdida de los Jesuitas (13).

Parece que su destruccion ejecutada tan fácilmente deberia haber aquietado á sus enemigos. Habia salido del monasterio de los *Mantos Blancos* una obra que tenia por título: *Aserciones de los Jesuitas*. Era esta una compilacion de muchos pasages de libros compuestos por teólogos, casuistas, y algunos otros escritores de la Compañia, sobre cuestiones teológicas, de que algunas son muy delicadas y espinosas. Las principales que escitaron los mayores clamores contra los Jesuitas tienen por objeto la pureza de las costumbres, el regicidio y el tiranicidio.

¡Ah! ¿Cual fué la imprudencia, ó mas cierto, la mas profunda malicia de los compiladores en haber sacado á luz los estractos de obras del todo olvidadas y cubiertas de polvo en los rincones oscuros de las bibliotecas? ¿No debian ellos temer el escándalo público, y la impresion que tales estractos no podian dejar de hacer sobre lectores ligeros, frívolos, poco instruidos, muy dispuestos á ridiculizar y burlar las materias mas graves, no menos que á los autores que las habian tratado, y aun muy dispuestos á reducir á la práctica ciertas máximas y ciertas decisiones que se les ponian á la vista? Estos hombres cegados por el ódio hicieron todavia mucho mas. Tradujeron en francés, para ponerlos al alcance de toda suerte de lectores, los estractos de estas obras escritas en latin, y que no convienen sino á hombres acostumbrados en las escuelas á ocuparse de toda clase de cuestiones, ó á dar las soluciones de los casuistas.

¿Pero se podia hacer un delito á los Jesuitas de la doctrina, que los acusadores decian haber ellos enseñado y esparcido los primeros en el mundo? No: su apologia se demuestra en todas las páginas de sus libros. Ellos citan allí, con una escrupulosa exactitud, los autores que les son muy anteriores; y estos son de todas las órdenes, de todas las universidades, sobre todo de la Sorbóna, de los domínicos, franciscanos y agustinos, de todos aquellos, en una palabra, que en el reino de la teología escolástica habian empleado todas las sutilezas de la metafísica, para desembrollar, ó embrollar si se quiere, todo género de materias. Segun todas las reglas de la justicia habria sido necesario, mas bien, condenar á aquellos autores, que no á los Jesuitas; los cuales no habian sido, sino sus copistas y sus écos. Agreguemos, que entre éstos, habia pocos que fuesen franceses. Luego ¿por qué hacer recaer sobre los de Francia los errores de los forasteros, con quienes no tenian relacion alguna y que estaban obligados á adoptar las opiniones de su país? ¿Cómo? ¿Por qué un Manuel Sá, un Sanchez, un Vazquez, un Bussembaum ó tal otro teólogo de Coimbra, de Alcalá, de Colonia, haya avanzado una proposicion que se mira como errónea en Francia, será preciso que tres ó cuatro mil individuos nacidos en este reino, y que existieron uno ó dos siglos despues de aquellos, sean responsables sin otro fundamento de acusacion, sino el de vestir el mismo trage que esos llevaban? ¿Deberán calumniarlos á la fáz del universo, tratarlos como culpables, y hacerles sufrir rigorosísimas penas?

¿Si hubiese quedado algun rastro de pudor á los compiladores de las Aserciones, no deberian haber cubierto con un velo impenetrable, y esconder á los ojos de una juventud licenciosa, el cuadro de los delitos que ofenden el pudor? ¿Pretendian ellos hacer culpables á los Jesuitas? Mas no se temió apelar al testimonio de su propia conciencia, la que se verá aquí forzada á rendir homenage á la verdad. ¿La conducta de los Jesuitas no ha sido siempre irreprensible sobre este punto? ¿Han dado ellos jamás algun escándalo público? ¿Ha habido nunca comunidad de hombres, en que la decencia fuese mas respetada, la regularidad de costumbres mas exacta, y las precauciones para hacerla observar mas bien guardadas? ¿En medio de los clamores que el ódio vomitaba en su contra, no ha sido obligada la calumnia á enmudecer sobre este particular? ¿Y en todos los paises, en los mismos climas en que aun la virtud mas pura cae con la mayor frecuencia por los atractivos del placer, no se les ha hecho la justicia, de que ellos solos sabian guardarse inmaculados?

¿Cual es la otra imputacion que se les ha hecho en aquel

libro de las *Aserciones*? ¿Se han producido algunos pasages de los libros de que son autores, por los que se pretende convencerlos de haber esparcido una doctrina, que enseña á levantarse contra los soberanos, á precipitarlos de sus tronos, á clavarles un puñal en el pecho, bajo un pretesto verdadero ó falso? ¿Y qué? Los discípulos de San Cirán los cuales deciden, como lo he hecho observar en la *Cuestion Real*, sin ninguna reserva ni restriccion, ser permitido asesinar á los reyes, son los mismos que tienen el valor de hacer recaer sobre los otros su propia confusion. Yo tambien apelo aquí al testimonio de los que han visto de cerca á los Jesuitas, han tenido relaciones con ellos, y han hecho sus estudios en sus colegios. ¿Han oido jamás decir á alguno de esos padres la menor cosa, que pudiese contrariar la autoridad de los soberanos? ¿No la predicaban continuamente á sus discípulos? ¿No eran sus zelosos defensores? ¿Y no se podia aun decir que eran en alguna manera sus adoradores? ¿Acaecía en la familia real algun suceso un poco notable? Inmediatamente era inundado el reino de prosas y de versos que salian de sus colegios. En todas sus obras escritas en francés no hablan sino con entusiasmo de la familia real y de la sumision que le era debida.

¿Cuanto, pues, los compiladores de las *Aserciones* no se han manifestado profundamente malignos, sabiendo que estas obras eran tan decisivas en favor de los Jesuitas, por no haber hecho mencion alguna de ellas; y para conseguir denigrarlos, haber desenterrado otras sumergidas en la mas remota oscuridad? ¡Ah! no hay duda. Se han destruido, porque se sabia que eran muy buenos realistas, y porque se querian preparar los caminos para la ruina del trono. Recuerdo haber leido al principio de la revolucion en un papel muy patriótico, haberse advertido que los principios revolucionarios se dificultaba prendiesen en las ciudades, donde los Jesuitas habian tenido establecimientos. Esta es una prueba sin réplica, de que sus sentimientos eran muy diversos, y que estos eran los que enseñaban, pues cerca de treinta años despues de su destruccion, se veian aun vestígios tan sensibles.

El libro de las *Aserciones* hacia mucho ruido en el mundo, para que el parlamento no se informase de él, ó mas claro, la publicacion de esta obra habia sido concertada entre el parlamento y los compiladores. Se nombraron comisarios para examinarlos. En este intermedio Monseñor de Beaumont, arzobispo de París, publicó ácia el fin del año de 1769 una instruccion pastoral en favor de los Jesuitas, acaso un poco tarde, pero llena de razon y fuerza, y que contenia una apología victoriosa sobre todos los puntos. Ella manifestaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al mismo tiempo la incompetencia de los tribunales láicos para juzgarlos, y condenaba todos los decretos publicados contra ellos.

Esta instruccion pastoral, y una bula de Clemente XIII, publicada casi al mismo tiempo, la cual confirmaba de nuevo el instituto de los Jesuitas con grandísimos elógios, escitaron el furor de toda la cabala jansenística. El sufragio del primer pastor de la capital, de un prelado que á pesar de todas las persecuciones que se le hacian esperimentar, gozaba de una grandísima consideracion, era muy imponente para que no se procurase el impedir su efecto. Se comenzó por hacer meter en la Bastilla, ó en otras prisiones, y condenar á destierro á personas acusadas de haberlas llevado á vender, estendido, ó aun solo prestado. No se intentó por entónces cosa alguna contra el arzobispo; pero se hizo recaer todo el peso de la venganza sobre los Jesuitas, cuyo poder é intrigas aun se afectaba temer, no obstante ser ya desgraciados y envueltos en la mas dura adversidad.

Los comisarios nombrados por el parlamento dieron su informe, y este á los 22 de Febrero de 1764 publicó un edicto, en que ordenó que todos los ex-Jesuitas existentes en la jurisdiccion del tribunal, prestasen dentro de ocho dias un juramento, de no vivir de allí en adelante en comunidad, ni separadamente, bajo el imperio del instituto y de las constituciones de su Compañia; de no mantener ninguna correspondencia directa, ni indirecta, de cualesquiera forma ó manera que fuese, con el general, con el gobierno ó con los superiores de ella, ó con otras personas destinadas por él, ni con cualquiera miembro de la misma residente en pais estrangero; y de tener por impía la doctrina contenida en la coleccion de las *Aserciones* dirigida á comprometer la seguridad de la sagrada persona del rey.

Véase otra vez un singular juramento que se exigia de los Jesuitas. ¡Que jurasen no vivir mas bajo el imperio del instituto! ¿Pero podian ellos responder de los acaecimientos futuros? ¿Y puesto que el concilio de Trento y diez y seis papas consecutivos lo habian aprobado, que los reyes de Francia lo habian admitido en sus estados, y habia sido registrado en los tribunales, no podia muy bien suceder que tornase de nuevo á su vigor? Ahora bien: es contra todos los principios recibidos, y contra las mismas luces de la simple razon, el tomar en testimonio el nombre de Dios para una cosa incierta. Es preciso decir, que entónces lo mismo que ahora se han formado ideas muy falsas sobre el juramento, para prodigarlo de esta suerte en toda ocasion. Por otra parte, él es aun en sentir de los mismos paganos, el acto mas solemne y

religioso que pueda hacerse, y no debe prestarse sino con un santo terror. Es tambien fácil de concebir que semejante juramento culpable no podia hacerse. Asi es que fueron poquisimos entre los Jesuitas los que tuvieron la infamia de prestarlo, y esos mismos no pudieron huir del desprecio y de la indignacion del público; tanta era la persuasion de ser un tal juramento malo en sí mismo. Entónces el parlamento, continuando siempre su marcha, dictó á 9 del siguiente marzo, otro decreto, en que ordenó que atendida la perseverancia de los ex-Jesuitas en no renunciar un instituto pernicioso, contrario á la seguridad de los reyes y tranquilidad del estado, aquellos que no habian cumplido con el decreto de 22 del pasado febrero, ó el de 6 de agosto de 1762, y en consecuencia prestado el juramento que allí se espresa, no serian admitidos ya á prestarlo; declárase no poder ellos morar en el reino, y por lo tanto se les previene salir dentro de un mes, desde el dia de la publicacion del decreto, só pena de ser procesados estraordinariamente.

Hé aquí al fin el ódio de los enemigos de los Jesuitas llegado al término de sus deseos. Ya se habia logrado despojarlos de sus bienes y reducirlos á la miseria; ahora se consiguió arrojarlos del reino, no todos es verdad, porque algunos parlamentos no dictaron contra ellos decretos de proscricion; pero la mayor parte de los que estaban en Francia fueron obligados á salir de ella. Era sin duda un espectáculo muy doloroso para las personas sensibles, el ver á hombres venerables por su edad, por sus talentos y por los servicios que habian prestado, compelidos á huir de una pátria ingrata. Ni las enfermedades, ni una avanzada vejez fueron bastantes títulos para poder terminar en ella dentro de poco su infeliz carrera. Rechazó el parlamento todas las solicitudes que se le presentaron; y todos sin distincion fueron sometidos á los rigores de un decreto que los desterraba. No obstante esto, el gobierno dió entónces pruebas de un cierto interés por ellos: hizo distribuir á cada uno ciento cincuenta libras para el viage. Esta es acaso la primera vez, que el tesoro real haya dado dinero á personas que sufrian la pena de destierro, habria. se dicho que tenia vergüenza de la debilidad que habia mostrado en abandonarlos.

Este destierro no fué sin embargo de larga duracion. Luis XV lo levantó con un edicto del mes de noviembre del mismo año de 1764, pero pronunciando su total destruccion en sus estados, y sancionando así los decretos de los parlamentos.

Se ordenaba en el tal edicto, que la Compañia de los Jesuitas no tendria mas lugar en Francia, permitiendo por otra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parte á los que la componian, el vivir como particulares en los estados del rey bajo la autoridad espiritual de los ordinarios de los lugares, conformándose á las leyes del reino. Los parlamentos, registrando un tal edicto, sometieron siempre á los Jesuitas al juramento propuesto, de modo que siendo reconocidos ciudadanos por el rey, estos tribunales continuaron tratándolos como si estuviesen privados de los derechos anexos á un tal título. No bastó esto; se les acibaró cuanto se pudo la suerte, de que podian gozar en los asilos que la caridad habia procurado á muchos de ellos. Fueron arrojados de nuevo de la Francia algun tiempo despues; pero esto resultó de sucesos que ocurrieron en otra parte, y me falta que referir.

Empleábanse ya hacia tiempo todas las maniobras de la intriga en España para destruir tambien á los Jesuitas. No era ya respecto de ellos Carlos III, aquel mismo soberano que les habia prometido, á su partida de Nápoles para ir á tomar posesion de sus nuevos estados, el protegerlos y ponerlos á cubierto de toda suerte de injusticia. La reina su esposa, hija del rey de Polonia, elector de Sajonia, princesa de un gran carácter, que tenia la principal parte en la administracion de los negocios, habia muerto poco despues de su llegada á España. Carlos dió su confianza á ministros pérfidos que no tuvieron mucho trabajo en apoderarse de su espíritu. El era religioso y devoto, y desgraciadamente escogió por su confesor á un franciscano astuto, flexible, intrigante, dado á la secta de los jansenistas, que le inspiró preocupaciones horribles contra los Jesuitas. Se juró su pérdida, y no se trató ya sino de encontrar una ocasion favorable para llevarlos al cabo.

Desde el año de 1764 algunos Jesuitas franceses, arrojados de su pátria, habian ido á buscar un asílo mas allá de los Pirineos. El obispo de Gerona, que habia sido domínico, y que no amaba á la Compañia, consultó á la corte de qué modo debia tratar á los que se habian refugiado á su diócesis. Apesár de su destruccion pronunciada en Francia por los parlamentos, los miraba siempre como religiosos. Si pues eran tales, debian vivir en las casas de su órden, y no en el mundo, donde no podian ser tenidos sino como religiosos vagamundos, los cuales segun los cánones están sujetos á la pena de la reclusion. Mas como el ministerio habia prohibido á los Jesuitas españoles recibir á sus hermanos franceses, se hallaba, decia este prelado, en un grande embarazo, y pedia instrucciones para arreglar su conducta. No le habria sido difícil el saber por sí mismo la que debia observar, tanto mas, cuanto que á ningun otro obispo de España habia ocurrido semejante escrúpulo. Hay pues lugar de creer,

que esta fuese una trama, urdida entre él y los enemigos de los Jesuitas. Sea lo que fuere, esto sirvió de pretesto para reunir en Madrid un consejo estraordinario.

El fiscál de Castilla comenzó á hablar. Dijo este, que era necesario no solo arrojar á los Jesuitas franceses de los estados del rey de España, sino tambien á los que habian nacido sus súbditos. Pintólos de una manera muy desfavorable, y aprovechó todos los rasgos esparcidos contra ellos en los libelos de los jansenistas, y en los informes de los procuradores generales de los parlamentos. El fiscal de Aragon fué de parecer contrario, hizo la apología de los Jesuitas, manifestó los grandes servicios que habian prestado, y todavia prestaban á la monarquía española, y concluyó que debian ser conservados.

Segun todas las apariencias, este negocio debió haber tomado un giro que les habria sido desfavorable, sin la reina viuda de España, Isabel Farnesio, madre de Carlos III. Esta princesa que lo habia colocado sobre el trono de Nápoles, y que habia hecho un gran papel en España durante la vida de Felipe V su marido, percibió desde el palacio de San Ildefonso, donde se habia retirado, las turbulencias que se suscitaban contra los Jesuitas, estimados y protegidos por ella. Dirigióse á Madrid, habló con energia á su hijo, aun le hizo amargas reconvenciones, y obtuvo de él que se les dejase aquella existencia que los reyes sus predecesores les habian asegurado desde su establecimiento en España. Desgraciadamente para ellos, la reina murió poco despues: y por aquel tiempo hubo en Madrid una insurreccion, que los enemigos de los Jesuitas no dejaron de atribuirles.

El verdadero motivo de este motín fué el zelo de los españoles contra los italianos, á quienes el rey habia entregado su confianza, y que ocupaban los primeros puestos en el ministerio, entre otros, el marqués de Esquilache y el marqués Grimaldi, que habia sido embajador de España en Francia, y estaba muy ligado con el duque de Choiseul. Algunas personas interesadas en la caida de estos dos ministros y de sus criaturas, pusieron en movimiento al pueblo de la capital, el cual por otra parte no habia visto con agrado un reglamento publicado poco ántes, con el que se querian quitar los grandes sombreros y las capas largas. En el estremo temor que concibió el rey, no se contentó con retirar á los dos ministros, sino que se apresuró á nombrar presidente del consejo de Castilla al conde de Aranda, á quien se miró como salvador del estado por haber calmado una sedicion, que en el fondo no era sino un juguete. El habia creido que para esto necesitaba, nada menos que investirlo de una autoridad ca-

si igual á la suya y concederle la administracion principal de todos los negocios.

Se presentó ocasion en París de juzgar de los talentos del conde de Aranda, cuando despues de algunos años, habiendo hecho dimision de su empleo, fué de embajador á Francia. El era uno de los mas grandes y ricos señores de España. Habíase adquirido en su pátria un grandísimo crédito, no se sabe cómo. Sin duda su aire, mas grave aún y reservado que el que naturalmente tienen los españoles, sus palabras sentenciosas pronunciadas con peso y medida, el fausto imponente de que estaba rodeado, facinaban los ojos, y le daban un mérito que en el fondo era muy vulgar. Envuelto, como se ha dicho, bajo el reinado de Fernando VI, en la desgracia del marqués de la Ensenada, con ocasion del cámbio de las provincias de América propuesto por Portugal, cámbio á que se habia opuesto justamente con aquel ministro y los Jesuitas, habia adquirido un gran favor para con Cárlos III. Despues que este príncipe declaró la guerra á Portugal en 1762, el conde de Aranda pasó á reemplazar en el mando del ejército al marqués de Soria, y continuó la campaña de un modo tan poco glorioso, como la habia comenzado.

El eminente puesto de presidente del consejo de Castilla, le proporcionaba la ocasion de conseguir fácilmente cuanto queria. Puede decirse que no lo hizo valer en alguna manera, sino para oprimir á los Jesuitas con todo el peso de su autoridad. No podré decir cual pueda haber sido el motivo de su variacion respecto de ellos: lo cierto es, que él se prestó por entónces á los proyectos de sus enemigos, y secundó todos sus esfuerzos para perderlos. Es igualmente cierto que tenia relaciones íntimas con el duque de Choiseul, y con los emisarios que éste habia mandado á España para tal objeto (14).

Llegó el momento de la ejecucion. En el mes de abril de 1767 estalló el rayo contra los Jesuitas de un modo terrible. En el mismo dia y á la misma hora, á media noche, algunas compañías de soldados armados embistieron á sus casas en toda España. Se les notificaron las órdenes del rey, que disponian fuesen arrojados del reino, donde les estaba prohibido volver bajo pena de muerte, que debian dirigirse á los puertos indicados, para embarcarse en algunos bajeles, que no podian trasportar consigo, sino lo poco que se les queria conceder (15).

Ninguno fué esceptuado de tal proscricion. Ancianos, jóvenes, enfermos, profesos y no profesos, todos fueron comprendidos en ella. Mientras se preparaban las cosas para

su partida, se tomaron las mayores precauciones á fin de que no tuviesen ninguna comunicacion con las personas de fuera, ni aun con sus mas próximos parientes.

Se quiso hacer entónces al conde de Aranda un honor inmortal por esta ejecucion militar. Se miraba como un político de primer órden, y se le prodigaban elógios desmedidos. En verdad, no sabré lo que deba causar mayor sorpresa, si el estúpido fanatismo de sus encomiastas, ó la severidad de una semejante ejecucion: ¿pues qué? ¿será un título para grandes elógios, el que cuando se hallaba revestido de una autoridad suprema, diese en secreto las órdenes al modo militar, para hacer marchar la fuerza armada á embestir en el silencio de la noche las casas pacíficas de religiosos entregados al sueño, que nada sospechaban, ni podian oponer resistencia alguna, y que no tenian para su defensa sino sus propias virtudes?

¿Pero qué digo? A ellos únicamente es debida la gloria, por la paciencia y resignacion con que soportaron los males, que parecia, en cierto modo, se tenia placer de derramar sobre ellos. Se hacinaron en los barcos como se hubiera podido hacer con los animales mas viles. Se ordenó arrojarlos sobre las costas del estado eclesiástico. El papa Clemente XIII, que veía este nuevo insulto añadido al de Portugal, se rehusó al principio á recibirlos. Se les hizo viajar por algun tiempo en el Mediterráneo; y allí esperimentaron todas las penalidades de una navegacion, en que frecuentemente se les dejaba carecer de lo necesario. Finalmente, los córcegos les concedieron hospitalidad. Paoli, que estaba entónces á su frente para defender su libertad contra los genoveses, hizo promulgar el decreto mas honorífico á la Compañía de Jesus, de la que no habla, sino con veneracion; y fué permitido á los Jesuitas españoles fijarse en la isla de Córcega. ¡Y toca á un pueblo pobre dar este ejemplo de generosidad! Pero aquel pueblo aun conservaba un noble orgullo por la moral y por la religion. El era todavia digno de la constitucion que Juan Jacobo Rousseau queria darle.

No se dejó mucho tiempo á estos infelices en Córcega. Fueron arrojados de allí por los franceses, que poco despues hicieron su conquista, en virtud de la adquisicion que el duque de Choiseul habia conseguido de los genoveses, por sumas inmensas que sobrepujaban ciertamente el valor real de aquella isla. Entónces el papa se vió obligado por un principio de humanidad y de religion, á darles el asilo, que todos les negaban. No le fué, por otra parte, tan oneroso, cuanto él concedido á los Jesuitas de Portugal. El rey de España tuvo, á lo menos, la generosidad de hacer pagar exactamen-

te cada año, á todos los que habian nacido sus súbditos, una pension moderada, pero que podia bastar á las necesidades de la vida. El pago de tales pensiones acumuladas, que hacia salir del estado sumas considerables, no era muy conforme á los principios de una buena administracion de rentas; ¿pero qué importaban estos, con tal de libertarse de Jesuitas? Con esta mira se pasaba sobre otras consideraciones mucho mas importantes, que podian interesar á la conservacion de muchas posesiones españolas en el nuevo mundo.

La misma proscricion se estendió á los Jesuitas, que habian establecido misiones con tanto suceso y aun ventaja de la corona de España, en las vastas regiones de la América sometidas á su domínio. ¡Mision famosa del Paraguay, tú eres la que excitas singularmente mi dolor, tú que has merecido los elogios y la admiracion de los políticos modernos mas hábiles, de los mismos filósofos mas encarnizados contra la religion, (16) tú que presentabas la imágen mas perfecta de la paz, de la concórdia, de la felicidad, de todas las virtudes que honraban la primitiva iglesia! ¡Pueblos sencillos y buenos, vosotros perdisteis entónces á vuestros protectores y á vuestros padres! Su zelo infatigable habia venido á buscaros entre los espesos bosques, entre las cavernas horribles, y ningun peligro los habia intimidado. Ellos habian comenzado dandoos las primeras nociones de humanidad; ellos os habian hecho conocer las ventajas de la vida social; ellos os habian reunido en poblaciones que cada dia se hacian mas numerosas y florecientes. ¡Ah! ¿qué habeis venido á ser? ¿Habreis vuelto á vuestros bosques á disputar á las bestias feroces vuestra subsistencia, y á embrutecer otra vez la razon humana? ¿Si el gobierno español queria sacrificar á los Jesuitas á sus prevenciones, no debia él conservar á lo menos aquellos misioneros para contener á esos pueblos en la fidelidad al soberano que les habian hecho adoptar, y para sofocar los sentimientos de rebelion prontos á estallar entre los otros habitantes de aquellas comarcas, que la violencia y la fuerza han sometido á su dominio? Estos misioneros infelices fueron arrancados de sus asilos, adonde habian hecho descender del cielo la inocencia. Fueron á acrecentar el número de sus hermanos trasportados á Itália, á mostrar á la Europa las virtudes del nuevo mundo, y su constante resignacion en los males que se les habian hecho sufrir (17).

Se tendrá sin duda curiosidad de saber, cuales pudieron ser los motivos de un tratamiento tan rigoroso ácia los Jesuitas españoles. Carlos III en la cédula, ó declaracion que publicó, alega algunas razones, que no reposan sino sobre acusaciones vagas y no probadas. Añade tener otras mas graves

é importantes, que él reserva *en su real pecho.* No haré reflecciones sobre estas palabras. Cualquiera lectór equitativo, juicioso é imparcial, las hará por sí mismo. Me contento con observar, que si se debe estar á una anécdota que se esparció entónces, y se ha insertado en algunas obras, el secreto de aquel pecho real ha salido ya á luz.

Un falsario habia llegado á imitar tambien la letra de un Jesuita, que habia gozado una grande estimacion en España y ocupado los primeros cargos de su órden, que habria sido muy difícil el distinguir la copia del original. Habiase fabricado bajo el nombre de este Jesuita una carta, en la que habia rasgos muy picantes contra Carlos III, y en que se suponia que sus hermanos tuviesen los mismos sentimientos que él. Diéronse prisa en hacer llegar á manos del rey esta carta, que lo irritó, como era justo, contra todos los Jesuitas, y le inspiró contra ellos las preocupaciones mas funestas, fomentadas por su confesor y por algunas otras personas indignas de su confianza. ¡Triste destino de los príncipes, de venir á ser, sin que frecuentemente puedan ellos mismos advertirlo, las víctimas de la bellaquería y de la maldad!

La falsedad de esta carta fué, por otra parte, reconocida posteriormente. Ella fué presentada en Roma, como un documento de prueba contra los Jesuitas, cuando el rey de España procuraba con mucho calor su destruccion ánte el papa Ganganelli. Se dice que á Pio VI, aquel sumo pontífice cuyo nombre inmortal será consagrado en los fastos de la religion por sus virtudes y heróica constancia en soportar todos los males de la adversidad, siendo entónces cardenal y miembro de la congregacion establecida para los negocios de los Jesuitas, chocaron algunos rasgos que le hacian sospechosa la tal carta. La examinó mas detenidamente, y reconoció que la marca, distintiva que todo fabricante pone al papel que sale de su propia fábrica, no era la que se acostumbra en España, sino la de que se hace uso en Itália, donde habia sido escrita esa carta. Esta prueba de hecho destruyó hasta la evidencia la impostura, y habria sido de desear, que Carlos III hubiese podido ser informado de ella (18).

Este monarca no se contentó con arrojar á los Jesuitas de sus propios estados. Los persiguió en el reino de Nápoles donde habia establecido sobre el trono á uno de sus hijos, y en el ducado de Parma en que su sobrino habia sucedido al infante D. Felipe. Estos dos príncipes, á causa de su minoridad, estaban entónces bajo su tutela, y nada se hacia en sus estados sino por su mandato. Las órdenes que dió contra los Jesuitas del reino de Nápoles y de Sicilia, fueron no menos rigorosas, que las que habian sido ejecutadas en España.

*

Todos sin escepcion fueron arrestados en sus casas, y conducidos en seguida unos á pie y otros en barcos al estado eclesiástico, donde fueron abandonados, en el rigor del invierno de 1767, y principios de 1768, á la caridad de los que quisieran acogerlos.

Estos desventurados tenian un formidable enemigo en la persona de un cierto marqués Tanucci que Carlos III, al partir de Nápoles, habia dejado allí, como primer ministro de su hijo. El es hoy casi enteramente ignorado; pero entónces sus estrechas relaciones con Carvallo en Portugal, con el conde de Aranda en España, con el duque de Choiseul en Francia, y su ódio decidido contra los Jesuitas, le daban cierta especie de importancia. Como antiguo abogado introducia en los negocios diplomáticos las bajas astucias y las cavilaciones del foro. Jamás pareció á proposito para el eminente puesto que ocupaba.

En Parma habia otro marqués llamado Felino, natural de Bayona en Francia, que gobernaba tambien este pais en calidad de primer ministro en la minoridad del infante. El no tenia mas voluntad que la que le venia ordenada de las córtes de Madrid y Versailles, y creia ilustrarse, atormentando y vejando á cosa de cien Jesuitas, que moraban en los ducados de Parma y de Plasenza. Debe decirse en honor del infante duque de Parma, que despues que él ha tomado las riendas del gobierno, y ha lanzado de su corte á todos aquellos filósofos, que el marqués de Felino habia hecho venir de Francia para dirigir su educacion, ha suavizado singularmente la suerte de los Jesuitas de sus estados; ha reconocido su inocencia, les ha devuelto la direccion de los colegios que tenian ántes: y hay fundamento para creer que cuando la Itália gozare de una entera quietud, cooperará con todo su poder á su restablecimiento. No debe esperarse menos de un príncipe digno descendiente de S. Luis, que ha hecho revivir sus virtudes, especialmente su ejemplar piedad, y que no omite medio alguno para hacer florecer la religion en sus propios estados. En el reino de Nápoles se han suavizado mucho las cosas con respecto á los Jesuitas: aun quizá no está muy distante su restablecimiento. En España igualmente se ha relajado la severidad de las penas pronunciadas contra ellos.

¡Pero quien lo creeria? Esta terrible persecucion suscitada en estos paises, fué para el parlamento de París un pretesto para renovarla en Francia. ¿Que relacion encontraba él entre los Jesuitas españoles y los franceses, que divididos y aislados, gemian en el dolor y en la miseria? ¿No se conoce con esto el ódio perseguidor del espíritu de partido, y de la heregía jansenística, que no se sacia jamás en sus venganzas, á menos que no haya devorado enteramente á los objetos de su furor? El parlamento de París ordenó, que todos los Jesuitas comprendidos en los anteriores decretos, se presentasen á prestar el juramento prevenido, só pena de ser nuevamente desterrados del reino, y estableció además un nuevo juramento para los que habian sido miembros de la Compañia con anterioridad á los destructores decretos. Debian abjurar, con un tal juramento, el instituto y el régimen: y en el caso de rehusarse á prestarlo, quedaban sometidos á las mismas penas que los otros. Se habria dicho que la sombra sola de Jesuita causaba pavor; pero la verdadera causa de tal proceder, era que querian arrojarlos á todos á los estados del papa, y esta era una de las bellas ideas del duque de Choiseul, que se divertia frecuentemente entre sus familiares y amigos, diciendo que puesto que no reconocian otro señor que al papa, era necesario enviarselos á todos. Sin embargo, un tal proyecto no fué consumado enteramente. No hubo sino dos ó tres parlamentos, que siguiesen el ejemplo del de París en este nuevo decreto de proscripcion; pero los Jesuitas franceses, á quienes aun quedaba un establecimiento en el condado de Aviñon y en Lorena, participaron pronto de la suerte de sus hermanos. El duque de Choiseul, en consecuencia de las disputas suscitadas al papa, hizo tomar posesion del primero de estos paises, y arrojó de allí á esos religiosos. Lo mismo ejecutó en Lorena despues de la muerte del rey Estanislao acaecida al principio de 1767, aunque este príncipe y la reina de Francia su hija habian pedido con las mayores instancias, que se conservasen en esta provincia.

Faltaba todavia por dar el gran golpe, esto es, obtener de la misma santa sede la supresion de los Jesuitas. No se podia esperarlo de Clemente XIII, que ocupaba entónces la cátedra de San Pedro, porque se habia declarado protector de los Jesuitas, y á ejemplo de quince ó diez y seis de sus predecesores, habia publicado una bula para confirmar y colmar de elógios su instituto; pero se lisongearon que su sucesor se mostraria mas fácil. Al menos es seguro, que desde fines de 1764 se habian tomado medidas para darle uno que llenase las miras que se habian propuesto. Así lo dijo entónces un consejero de la gran cámara del parlamento de París á un Jesuita, exhortándolo á prestar el juramento prescrito en aquella época.

Clemente XIII murió en 1769, y tuvo por sucesor á Ganganelli que tomó el nombre de Clemente XIV. Este era un hombre de una estraccion casi tan baja, como la de Sixto V; pero estaba muy distante de tener sus talentos. Uno y otro habian abrazado la regla de S. Francisco; ambos habian en-

señado la teología en su órden, y desempeñado en ella cargos importantes; uno y otro habian sido promovidos al cardenalato; finalmente ambos llevaron la tiara; pero Sixto habia desarrollado todos los talentos de un hombre grande, merecido la estimacion de todos los príncipes de su tiempo, y aun arrancado la de Isabel reina de Inglaterra y de Enrique IV, que no era todavia sino rey de Navarra, aunque los hubiese herido con todos los rayos de la iglesia católica. Clemente XIV no tuvo mas que una vil complacencia á las voluntades de los príncipes sus contemporáneos.

Mientras vivió en la oscuridad del claustro, se declaró el partidario y el amigo de los Jesuitas, que entónces veia en crédito, y que esperaba pudiesen serle útiles. Se conserva de él un acto de teología que hizo sostener á uno de sus discípulos franciscanos, y que dedicó á San Ignacio, en el que colma de elógios al Santo y á la Compañía de que fué fundador. Algunos Jesuitas, que gozaban del aprecio y benevolencia del papa y de varios cardenales, creyeron deber testificar á Ganganelli su gratitud por los sentimientos que tenia ácia ellos, procurándole un puesto de consultor en alguna de las congregaciones establecidas por la corte de Roma. Los religiosos podian aspirar á tales puestos; y ponian tanto mas empeño en obtenerlos, cuanto que por ellos se ascendia algunas veces á la púrpura. Ganganelli tuvo pues la desenvoltura de engañar á los Jesuitas; y aunque algunas personas que le conocian bien, les hubiesen advertido frecuentemente que desconfiasen de él, le procuraron el capelo de cardenal. Mas apenas lo tuvo, se declaró abiertamente tan enemigo de ellos cuanto primeramente se habia manifestado su amigo. Veía que su crédito iba disminuyendo por todas partes, que se desterraban de muchos estados, y que los sentimientos cambiaban respecto de ellos. Creyó tambien él deber cambiar, y no guardar en su gratitud una constancia que habria dañado á sus intereses.

Se puso la vista sobre su persona para hacerle papa, y consumar la destruccion de los Jesuitas; porque estaban mas distantes, á pesar de cuanto habian hecho en su contra, de aflojar en lo que restaba por hacer, y que parecia lo muy esencial. El poder secular habia obrado por sí; y no era difícil demostrar su incompetencia é ilegalidad. Pronto ó tarde se podian alegar argumentos muy plausibles para demandar su restablecimiento. Esto era lo que ocasionaba el mayor espanto, y lo que principalmente se temia. Por otra parte, aun existian Jesuitas en muchos estados católicos. Su régimen subsistia enteramente en Roma, que era el centro de union, y donde residia el general. Era, pues, necesario que

el poder eclesiástico interviniese para ratificar cuanto se habia hecho, y para pronunciar la abolicion entera del instituto de los Jesuitas.

Estoy muy distante de dar ascenso á la voz que se esparció entónces, de que la eleccion de Ganganelli al papado habia sido el precio de la promesa que hizo de obrar esta abolicion. Estoy persuadido que es una atróz calumnia, porque no es posible imaginar, que ningun hombre sea tan infame para prestarse á una simonía, que por sí sola sería capáz, cuando fuese probada, de hacer borrar su nombre del catálogo de los sumos pontífices. Otro tal se imputó á Clemente V, diciendo, que Felipe el hermoso no lo hizo colocar sobre la cátedra de San Pedro, sino con la condicion, de que cooperaria á la abolicion de los templarios. Se necesitan pruebas mas claras que el sol para creer semejantes imputaciones, y no conviene referirse ligeramente, á voces populares. Lo que si puedo asegurar es, que fué bastante fácil reconocer las desfavorables intenciones del papa ácia los Jesuitas, desde los primeros dias de su pontificado. Lejos de tener por ellos los sentimientos de caridad y de benevolencia, que el padre comun de los fieles, debe á todos sin distincion, afectaba para con ellos un aire severo, mas propio á inspirar el terror que la confianza. Se observó que cuando salia de su palacio de Monte-Caballo y pasaba por delante del noviciado de los Jesuitas que está enfrente, volvia la cabeza con cierto aire de enfado é indignacion. Si veia á alguno en las calles, manifestaba no distinguirlo de los demás transeuntes obligados á ponerse de rodillas para recibir su bendicion, sino para hacerle conocer, que le daba la de Esau, y no la de Jacob.

Fué ya fácil preveer, que las solicitaciones de los ministros de Francia, de España, de Nápoles y de Portugal, que trabajaban con Clemente XIV, para obtener la destruccion de los Jesuitas, conseguirían el efecto que deseaban sus córtes. Veíase con disgusto al cardenal de Bernis ministro de Francia, que habia contribuido mucho á la eleccion de Ganganelli, agitar este negocio, teniendo tan estimables cualidades como tenia, y siendole tan caros los intereses de la religion. Pero el ministro de España era el que tenia órden, por parte del rey su amo, de emplear en ello la mayor actividad. Se habria dicho que este príncipe lo habia hecho un asunto suyo personal, y que fincaba toda la gloria de su reino en hacer proscribir el régimen de los Jesuitas. Sin hablar de los motivos particulares, que le animaban contra ellos, y que le hicieron presentar en el curso de sus instancias la supuesta carta, de que se ha hecho mencion, se habia llegado á persuadirle, que no podia ser cosa mas útil para el bien de la re-

ligion y la ventaja de sus súbditos. ¡Cuan culpables son los que así han abusado de la confianza de un príncipe, que, por otra parte, profesaba una piedad verdaderamente ejemplar, y que creia no obrar sino con buenas intenciones!

El motivo mas capáz de hacer impresion sobre el papa, era la promesa que se le hacia de restituirle todos los dominios, de que se habian aposesionado en tiempo de su predecesor, precisamente por motivo de la firmeza mostrada por él en sostener á los Jesuitas. El duque de Choiseul en Francia habia invadido el condado de Aviñon, el marqués Tanucci en Nápoles el ducado de Castro y el de Benevento, y el pequeño marqués de Felino en Parma habia suscitado á la santa sede los mas incómodos litígios, con ocasion de los derechos que pretende tener sobre este ducado. Prometíasele restituirlo todo, y devolver las cosas al estado en que estaban ántes. El rey de Nápoles se obligaba, además, á rendir cada año, como en lo pasado, la fidelidad y el homenage que debe al papa, en calidad de feudatário, con la presentacion de la hacanea la vigília de S. Pedro. Finalmente Carvallo en Portugal ofrecia restablecer la nunciatura, y todas las relaciones, que existian ántes entre la corte de Roma y la de Lisboa. Apesár de todas las ventajas que anunciaban estas promesas, Clemente XIV quiso á lo menos observar algunas formalidades, y no aparecer muy precipitado en un negocio, decia él, de la mayor importancia, y que exigia por parte suya la mas escrupulosa atencion: demandó tiempo: se simuló negociar en este intervalo. Era curioso ver en Roma las intrígas y facciones, agitarse en todo sentido. Un autor de mucha instruccion ha hecho saber, que aquellos trastuelos que aspiran á toda costa labrar su fortuna; que aquellos frailes, cuyos deseos ambiciosos están continuamente excitados por la esperanza de obtener empleos que puedan sustraerlos del disgusto de sus monasterios; que todas aquellas gentes llenas de artificios y de cabalas, que se querian elevar de su natural abyeccion, animados con los despojos de los Jesuitas que se presentaban á su ávida rapacidad, se los disputaban ántes de tiempo, se agitaban y se replegaban de mil maneras para que su pérdida fuera al fin totalmente decidida. Agréguese que el jansenismo estaba entónces concentrado en algun modo en Roma, que contaba un gran número de prosélitos entre los prelados y los mismos cardenales; pero sobre todo entre los religiosos que abrigaban contra los Jesuitas aquel ódio profundo, que los zelos de cuerpo habian ya hecho nacer. Se podría preguntar á todos estos, hoy que ellos mismos han venido á ser un objeto de aversion, y experimentado tratamientos que han debido sumergirlos en el dolor

y en la afliccion, si los sentimientos que tenian entónces fuesen conformes, no digo á los que inspira la religion, pero siquiera á los que dicta la humanidad.

Llegó finalmente para los Jesuitas el momento fatal que todo anunciaba; y que era tan fácil de preveer. En el mes de agosto de 1773, Clemente XIV publicó un breve, con el que abolió *la Compañia de Jesus*, su instituto y su régimen. Se conoce bastante su embarazo en este breve: no echa en cara ningun delito á los Jesuitas; no puede ocultar los servicios prestados por ellos; no alega alguna razon valiosa que pueda justificar una tal abolicion: se contenta con decir, que cuando hay union para pedir la supresion de un cuerpo religioso, no solamente cesa entonces de ser útil, pero puede aun convertirse en perjudicial y dañoso; y tal es el caso, dice él, en que se encuentra la Compañia de los Jesuitas. Si esta manera de discurrir fuese admisible, seguiríase que en el siglo XVI, en que muchos estados pidieron la abolicion del papado, lo que equivalía segun sus ideas, á la abolicion de la religion católica, los papas deberian haber renunciado á sus derechos, y reformar la iglesia al modo de los protestantes, que miraban estos derechos como perjudiciales y dañosos. ¿Se quiere hacer otra suposicion, que haga el vicio de semejante raciocínio aun mas sensible, pues que todos hemos sido testigos de lo que ha ocurrido? Cuando la asamblea nacional de Francia ha querido establecer la constitucion civil del clero, no lo ha hecho sino á causa de los abusos que se habian introducido (así hablaba) en la gerarquía eclesiástica. Ella exigía que esta constitucion fuese recibida, y llegase á ser una regla uniforme y general para la Francia. Con que habria sido necesario, por la misma razón y por una culpable condescendencia, que Pio VI cediese á las urgentes instancias que se le hacian; pero se sabe con qué vigor y con cuanta indignacion, rechazó una constitucion, que era una mezcla monstruosa del deismo y del jansenismo, que ha dado un golpe tan fatal á la verdadera religion en Francia, que ha causado acaso todas las persecuciones que este gran papa mártir ha sufrido, y que en fin le ha originado su muerte en una tierra estrangera y en medio de sus enemigos (19).

Dejemos al lector imparcial y juicioso hacer otras muchas reflexiones, que se presentan en grupos con ocasion de este breve, y limitémonos á decir que uno de los últimos papas del siglo XVIII, mientras la religion era atacada por todas partes, y amenazada de los vastos estragos que algunos años despues se han debido llorar, no ha temido ponerse en contradiccion con el concilio de Trento, que habia aprobado el instituto de la Compañia de Jesus como santo y piadoso,

con veinte de sus predecesores, que le habian igualmente dado una aprobacion honorífica en algunas bulas solemnes, y especialmente con su inmediato antecesor Clemente XIII, que siete ú ocho años antes le habia prodigado los mayores elógios. No se puede decir que despues de esta época tan reciente los Jesuitas hubiesen degenerado de sus principios, ni que se hubieran relajado en la observancia de sus reglas. Puede asegurarse al contrario, que sus virtudes se habian purificado por las persecuciones suscitadas contra ellos. Hay bastante razon para convencerse el dia de hoy de la justicia y verdad de la observacion que se hizo, cuando se publicó el breve de abolicion, que el papa habia hecho fuego sobre sus propias tropas.

Los soberanos de la Europa, en los estados en que aun existian Jesuitas, y que habian visto con la mayor indiferencia todos los pasos que se daban para destruirlos, se apresuraron á conformarse con tal breve. Si hubiesen sabido preveer desde entónces, (lo que por otra parte no era muy dificil) los efectos que debia producir, y que debian recaer sobre ellos mismos, habrian ciertamente conservado con un sumo empeño en sus estados las mas firmes columnas de su autoridad. Deberian haberse persuadido, que no es únicamente con los cañones y bayonetas con lo que ella se conserva; sino y mucho mas, con la opinion y con los principios inculcados en el espíritu de los pueblos. *Si haceis desaparecer á los hombres capaces de esparcir tales principios, estad seguros que vuestro poder será sacudido hasta en sus cimientos, y que vosotros mismos sereis arrastrados en la caida.* La ceguedad entónces era tal, que los Jesuitas, privados de su estado y espulsos de sus casas, fueron tratados por sus respectivos soberanos con mas ó menos humanidad, segun los sentimientos que estos tenian ácia ellos.

Por un contraste bien singular, dos soberanos, de quienes los Jesuitas no debian esperar ninguna proteccion, fueron los únicos que se la otorgaron. Ni uno ni otro profesában la religion católica; pero eran casi los solos en Europa, que tuviesen gran vista y principios fijos en el arte de gobernar. Cualquiera estará de acuerdo conmigo, cuando sepa que eran el gran Federico rey de Prusia y la inmortal Catarina II emperatriz de las Rusias.

El primero, fiel al tratado hecho con la emperatriz Maria Teresa que le habia cedido la Silecia, estipulando con él la conservacion de la religion católica y de todos los establecimientos que le eran dependientes, los mantuvo con una exactitud capaz de servir de ejemplo á los príncipes educados en esta religion. Protegia particularmente á Jesuitas

esparcidos en las principales ciudades de aquella provincia. Aun habia hecho venir algunos de Francia para introducir allí el buen gusto de la buena literatura, que cultivaba él mismo con tanto suceso, y para hacer los estudios mas florecientes. El autor de este escrito ha tenido ocasion de ver algunas cartas que este monarca escribia á uno de estos Jesuitas franceses: ellas llevan impreso el carácter de su espíritu y de su gusto, formado en la lectura de obras escogidas, y de las frecuentes conversaciones que tenia con los bellos ingenios de que se habia rodeado. Voltaire, educado por los Jesuitas, y recordando todavia la buena educacion que le habian dado, le dió el consejo de hacer venir allí algunos de Francia; pero el mismo Voltaire, convertido en su enemigo, despues de haber ellos atacado con fuerza aquellas obras suyas en que habia destilado el veneno de la impiedad, quiso probarle en sus cartas, luego que salió el breve de Ganganelli, que debia conformarse con él, y tratar á los Jesuitas de sus estados como lo eran en los otros. Se vé por las respuestas de Federico, que habia de observar siempre las condiciones del tratado, que no tenia ningun motivo de quejarse de ellos, y que estaba satisfecho de los servicios que prestaban á los católicos dela Silecia, y de la fidelidad que eran zelosísimos de guardar á su persona.

Animado de tales sentimientos, pero poco al alcance de las máximas de la iglesia católica, y no conociendo toda la fuerza obligatoria del breve de que se trata, ordenó á los Jesuitas á permanecer en sus casas, continuar con el mismo hábito y seguir sus mismas reglas acostumbradas. Halláronse ellos en un gran embarazo. Por una parte temian desagradar á un soberano absoluto, y cuyas órdenes eran una prueba de la bondad que les dispensaba; pero obedeciéndolas tenian mucho mas que temer, el ser mirados como cismáticos, como realmente lo hubieran sido. Se tomaron la libertad de hacerle representaciones respetuosas, en que le esponian, que habiendo el sumo pontifice disuelto su instituto y régimen, no podian, sin violar las leyes de su creencia, obrar contra las disposiciones publicadas en el breve. El rey al principio no se rindió á estas razones. Los Jesuitas hicieron nuevas instancias. Finalmente, este monarca les dijo: "Puesto que no "quereis aprovecharos de mi bondad, no pretendo comprome-"ter vuestras conciencias; sed envueltos en la destruccion de "vuestra órden que hubiera querido conservar". Pero este príncipe, condecendiendo con sus súplicas, les dió al mismo tiempo pruebas del interés que tomaba en su suerte. Tratólos con una humanidad que hará avergonzar á muchos soberanos católicos. Lejos de hacerles esperimentar las veja-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones que tuvieron que sufrir en otras partes, dejó á unos en los colegios para continuar instruyendo á la juventud, y dió á otros empleos, beneficios, ó pensiones que bastasen á su subsistencia.

Obtuvieron aun mayor favor de Catarina II, y ellos debian esperarlo tanto menos, cuanto su suerte no podia ser sino muy indiferente á esta princesa, haciendo ella profesion de la religion griega, que es además la de su imperio, y que aun en vigor de las antiguas leyes, les estaba prohibido penetrar allí bajo pena de la vida: mas ella concibió sentimientos favorables á ellos con la ocasion que vamos á decir.

Un Jesuita francés, misionero en Constantinopla, se habia particularmente consagrado á la instruccion de los cautivos cristianos condenados á galeras. Se sabe que esta es una prision, la mas horrible de cuantas existen, donde los infelices que están adentro esperimentan el trato mas duro, y amontonados unos sobre otros respiran un aire infecto, que hace perecer un gran número. Durante la primera guerra que la emperatriz de las Rusias tuvo que sostener contra los turcos, no pocos de sus súbditos tuvieron la desgracia de caer prisioneros, y de ser encerrados en el baño. El misionero Jesuita no los diferenció de los otros. Prodigóles todos los auxilios que su activo é industrioso zelo podia proporcionarle; los animó en sus aflicciones, y empleó todos los medios que estaban á su alcance para endulzar su desgraciada suerte. Habiendo adquirido la libertad algunos de ellos y vuelto á su pátria, no cesaban en el transporte de su reconocimiento, de hacer el elógio del misionero Jesuita y de mirarle como su ángel tutelar. La emperatriz oyó hablar sobre esto: hizo que le diesen relacion exacta de los servicios prestados por él á sus súbditos, y sorprendida de un zelo tan perfecto, desinteresado y tierno, comprendió que hombres capaces de semejantes rasgos de heroísmo, no eran tales como la calumnia y la malicia los habia representado; que al contrario debian ser de la mayor utilidad en los estados en que eran admitidos (20). Ella además recordó por sí misma, que algunos misioneros Jesuitas en Peckin, encargados al principio de este siglo, de acompañar á los ministros plenipotenciarios para terminar las cuestiones que se habian suscitado entre la Rusia y la China, las habian terminado en ventaja de esta primera potencia. Por otra parte, varios de estos misioneros residentes en Peckin, y muy distinguidos por sus talentos, habian sido admitidos en la academia de las ciencias de Petersburg. Sus nombres aparecian con honor igual al de los miembros mas ilústres; y además se miraban como muy oportunos para mantener relaciones ventajosas entre los dos imperios.

Catarina II, que concebia ideas muy grandiosas, formó el designio de atraerse á unos hombres, de quienes ella podia sacar un útil partido para sus estados. La primera division de la Polónia hecha entre ella, la emperatriz Maria Teresa y Federico rey de Prusia, le proporcionó la ocasion. Los Jesuitas tenian muchos establecimientos en los países que le fueron cedidos. Ella tomó todas las medidas necesarias para conservarlos. El papa Ganganelli acababa de destruirlos con un breve fulminante; y lo que parecerá muy estraordinario y sorprendente, pero que no es menos seguro, es, que este mismo papa, á ruegos é instancias de esa princesa, dió otro breve para mantener en su instituto y régimen á los Jesuitas, que habian pasado bajo su dominio. No se podian mirar por lo tanto, como cismáticos, segun se apresuró la calumnia, á presentarlos al público. Esta los persiguió hasta en Roma, donde despues de la muerte de Ganganelli se les promovieron muchas vejaciones con ocasion de este breve que se creia supuesto: mas la emperatriz lo produjo; él estaba revestido de todas las formas legales. Esta princesa mandó agentes á Pio VI, que dió otro breve de los mas honoríficos y confirmatorio del de su antecesor. Hé aquí ya á los Jesuitas á cubierto de todo reproche, y de toda sospecha de cisma.

Este negocio fué terminado en 1777. Entónces se eligió un vicario general, revestido de los mismos poderes y autoridad que el mismo general. El ha establecido su residencia en Mohilow en la Rusia blanca. El noviciado está en la misma ciudad; y se presentan á él tantos sugetos, que no hay otro embarazo que en su eleccion (21). A los colegios que ya existian en esta parte de Polónia, ó en los paises adyacentes, la emperatriz agregó algunos otros que fundó ella misma. En todo el discurso de su vida, no cesó esta princesa de honrar á los Jesuitas con su bondad y beneficios. Ella les dió las mayores pruebas, sobre todo en un viage que hizo á Mohilow; y algunos años antes de su muerte llamó cuatro á Petersburg, donde ellos ejercitan con toda libertad, las funciones de su ministerio con los católicos que existen en esa capital.

Montesquieu dice en cierta parte, que el norte ha hecho diez y nueve ocasiones la conquista del mediodia. ¡Ah! no se trate mas de conquistas compradas con la efusion de la sangre humana. Bastante se ha derramado ya. No son á lo menos estos los proyectos de Pablo I. hijo y sucesor de Catarina II. Por un rasgo de grandeza de alma, de que la historia presenta poquísimos ejemplos, no ha tomado las armas sino para restablecer el órden en los paises que son presa de los horrores de la anarquía. ¡Cuanto mas bella, y aun mas gloriosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sería la vigésima conquista del norte sobre el mediodia, si ella fuese obrada por la religion! El espíritu se detiene deliciosamente sobre las consecuencias que serian su resultado. Esta religion divina, tan propia para hacer la verdadera felicidad de los hombres, reapareceria con todo el cortejo de las virtudes que la acompañan. La simplicidad de costumbres, el candór, la buena fé, la provedad, la paz, la tranquilidad, estos bienes tan esenciales para la seguridad de todo individuo, reinarian otra vez sobre la tierra. ¿Y quien sabe si los Jesuitas de la Rusia estarán destinados á producir un tal cámbio tan necesario y tan ventajoso? Ciertamente no es permitido á nosotros, débiles mortales, leer en los decretos del Eterno; ¡pero si su providencia hubiese dispuesto que en un ángulo del mundo se conservasen estos religiosos, qué gratitud no deberémos prestarle por los beneficios de que serian autores, por los succesivos progresos que harian en el mediodia de la Europa? No ignoro que el deseo que estoy formando, será mirado con desden, indignacion y horror por un pretendido filósofo, un jansenista, un iluminado; todos estos no son sino la escória de las mas viles pasiones; yo no me dirijo sino á los que creen en la virtud.

Cuando el vicario general de los Jesuitas fué electo en Rusia, su general habia ya fallecido en Roma. Este era, como se ha dicho arriba, el padre Ricci, sobre quien la calumnia habia derramado los sarcasmos mas repugnantes, tanto por la malicia, cuanto por lo absurdo que contenian. En el momento mismo, en que Clemente XIV pronunció la destruccion de la Compañia, lo hizo arrestar y conducir al castillo del Santo-Angel. Este anciano infelíz permaneció allí por dos años, hasta que terminó sus dias bajo el pontificado siguiente. ¿Qué habia hecho él para merecer un tratamiento tan rigoroso? No se sabe nada. ¿Le imputaban acaso algun delito particular? La impostura no se ha atrevido jamás á tacharlo en nada. El era al contrario un hombre dulce, sencillo y modesto: no sabia otra cosa que orar y sufrir. Parecia tambien, que su nacimiento, (pues pertenecia á una distinguida familia de Florencia) la dignidad de cabeza de un cuerpo célebre, poseida por él por muchos años, y su edad avanzada, debian ser bastantes títulos para obtener de un sumo pontífice (que no debe estár animado sino de los sentimientos de la caridad universal) mas consideraciones, y una suerte mas afortunada. ¿Temiase, acaso, que levantáse algun ejército, ó excitase alguna sedicion para vengar la injusticia hecha á su órden? ¿Han de estar siempre las pasiones humanas en contradiccion consigo mismas, y escluir hasta las luces del sentido comun? ¿Y qué? ¿se espera que la órden esté disuelta, que los miembros sean dispersados, que el general, en consecuencia, no pueda ejercitar sobre ellos una autoridad plena y absoluta, como la tenia primero, para afectar esos temores imaginarios? Parece á lo menos, que si estos hubiesen hecho cierta impresion, se habria debido, por medida de seguridad, arrestarle y tenerle bajo segura custodia mientras tenia en su mano aquella autoridad que se temia tanto, y de la que podia hacer el uso que se suponia. ¿Se dirá por ventura que algunas razones políticas exigian, que se quitase de la vista del público un personage de aquella importancia? ¿Pero qué política tan bárbara es la que condena á un hombre inocente á la pena de una prision perpétua, precisamente porque ha hecho un gran papel en el mundo? (22). Algunos otros Jesuitas de Roma sufrieron la misma pena por órden de Ganganelli, por solo la sospecha de haber compuesto apologías de su instituto; como si justificarse fuese un delito.

Pero conviene obrar de buena fé, y tener el valor de decirlo al presente, cuando la verdad puede hacerse escuchar. Los Jesuitas han sido por todas partes las víctimas de la mas odiosa parcialidad. Por todas partes se ha envilecido su honor, se han arrojado con ignominia de sus casas; en muchos lugares hasta de su pátria; se han despojado de sus bienes y de su estado; se han acrisolado en el dolor, en la miseria y en todas las tribulaciones de la adversidad; y en ningun lugar han sido interrogados sobre los delitos que habrian podido merecerles una suerte tan deplorable. No solamente no se han querido oir las razones que no hubieran dejado de alegar para disculparse de esos pretendidos delitos; sino que se ha procurado sofocar hasta sus lamentos con las amenazas mas rigorosas. Para condenarlos se han contentado con vagas acusaciones, producidas por la malignidad, por el ódio y la calumnia. ¡Desgraciados! no tuvieron ni aun la deplorable facultad que se concedió á los templarios de ser oidos jurídicamente. Pero si la posteridad ha reprobado el juicio fallado contra ellos, aunque pronunciado por el concilio general de Viena, ¿qué deberá ser del que ha proscrito á los Jesuitas? No lo dudamos. A medida que el tiempo fuere avanzando en el porvenir, su inocencia adquirirá mayor lustre, y serán vindicados altamente de las calumniosas imputaciones, de que fueron cubiertos.

Aquí se presenta una refleccion, que sorprenderá ciertamente al lector juicioso. Esta es la exacta y perfecta semejanza, que se halla entre la persecucion excitada contra los Jesuitas, y la que fué puestá en práctica contra el clero católico en todos los paises que tuvieron la desgracia de ser presa de la revolucion francesa. Allí se reconoce la misma

marcha, el mismo espíritu destructor, y los mismos medios para llegar al fin propuesto; calumnias atroces, alegatos sin fundamento, injusticias manifiestas, juramentos contrarios á las leyes de la religion y de la moral, penas pronunciadas contra los que rehusasen someterse á las órdenes dictadas por la tiranía; destierros severos, y sobre todo el despojo de los bienes; porque no se puede disimular que este no fuese el principal motivo de todas las vejaciones cometidas. Estos bienes han encendido la avaricia de todos los bribones.

Habiase imaginado, segun las vagas aserciones de los enemigos de los Jesuitas, que estos eran riquísimos. Los cuentos absurdos que se habian esparcido sobre el gran comercio que hacian, habia inducido al error á muchas personas, haciéndolas creer que debian poseer tesoros inmensos. En realidad eran mas bien pobres que ricos. Por un colegio bien fundado se contaban otros diez que lo estaban medianamente, y aun en alguno las rentas bastaban apénas para las necesidades mas indispensables. Por otra parte los Jesuitas eran poco inteligentes por lo comun, en la administracion de los bienes temporales, y así debia ser. Los hombres ocupados en las ciencias y la literatura, no son muy propios para las menudencias que exige una semejante administracion. Ella era confiada de ordinario á personas que no tenian talentos suficientes para empleos de mayor importancia. Sucedia aun con mucha frecuencia, que sus bienes se atrasaban, y sus casas eran arruinadas por empréstitos multiplicados y ruinosos.

De aquí es, que cuando se sacaron de sus establecimientos para emplearlos en otros usos, los beneficios eclesiásticos que habian servido á su fundacion: cuando las ciudades en que tenian sus colegios, recobraron las pensiones que necesitaban para la instruccion de la juventud; finalmente, cuando se vió la masa enórme de sus acreedores, quedaron muy sorprendidos de lo poco que se avanzaba. Se dijo entónces que habian mandado fuera los tesoros que tuvieron la precaucion de ocultar. En verdad que eran muy simplonasos, pues no hacian uso de ellos. Carecian casi de todo; y sin el auxilio de algunos bienhechores, muchos habrian sucumbido bajo el peso de sus infortunios. Y despues de esto, se pretende que quisiesen mejor desfallecer en la miseria, que procurarse las cosas necesarias para sustraerse de ella. Hablarémos mas claro, se apoderaron sus enemigos de todo, y no les dejaron la libre disposicion de ninguna propiedad, ni aun de los miserables muebles de sus aposentos. Todo cayó en el golfo del ladronicio; y se tomaron las mas seguras medidas para que nada se escapase. En muchos paises se obligó á los superiores

de los Jesuitas á prestar juramento de no haber sustraido cosa alguna; y en los paises bajos austriacos se exigió hasta juramento sobre juramento de cada individuo por el mas pequeño objeto, lo que ciertamente habria sido el colmo del ridículo, si el ridículo pudiera mezclarse con una cosa tan sagrada como un juramento.

No diré nada del despojo y de la profanacion de las iglesias que los Jesuitas en todas partes adornaban con decencia, y en muchos lugares con la mayor magnificencia. Este era, si se puede usar de este término, su lujo, aunque el ministerio que allí ejercitaban fuese gratuito, y les estuviese prohibido por su instituto el recibir alguna merced. La revolucion nos ha acostumbrado en alguna manera á semejantes sacrilégios; pero hasta entónces no se habian oido entre los católicos, y no se vieron sino con horror algunas iglesias destinadas á usos profanos. ¿Qué digo? No faltaron, como en Mastricht, algunas que se convirtieron en teatros; y un magistrado católico de aquella ciudad fué el autor de semejante proyecto, y quien lo llevó al cabo. Los mismos pagános habrían temido la justa venganza de sus dioses, si hubiesen sido testigos de escándalos tan abominables. (23) ¿Qué idéa puede formarse del siglo XVIII, en que se ven, se sufren, y aun se aplauden por muchas personas?

Fué tambien una pérdida muy deplorable la dilapidacion de las bibliotecas de los Jesuitas. Como ellos formaban especialmente un cuerpo de gente de letras que enseñaban, y eran obligados á sacar la instruccion de los libros para enseñar á los otros, habian provisto á todos sus colegios en mayor ó menor cantidad, segun las rentas de que gozaban. En los colegios ricos, sus bibliotecas merecian la atencion y los elógios, de los literatos y curiosos. Ellos no habian economisado nada para adornarlas de los libros mas preciosos en toda clase de ciencias humanas; y puede decirse que eran monumentos honoríficos para las ciudades en que se hallaban. Distinguiase sobre todo la biblioteca del colegio de Luis el Grande en París, la mas numerosa despues de la del rey, y la mas habilitada de libros impresos y manuscritos. ¡O desgracia! la mayor parte de tales bibliotecas se convitieron en presa de la rapacidad, de la mala fé y de la ambicion. Los libros, los manuscritos, los gabinetes de medallas, las máquinas de física, las colecciones de historia natural, fueron dispersadas, robadas, vendidas frecuentemente á vil precio: todo ha desaparecido.

Algunos particulares sin duda han sacado utilidad de estas depredaciones; ¿pero á las naciones les ha venido algun provecho? ¿se han enriquecido ellas con los despojos de los

Jesuitas? No; y aun se puede decir que su destruccion recayó sobre ellas. En algunos paises, como en Francia, se vió obligado el gobierno á sacar del tesoro público el dinero necesario para pagar las pensiones; y aunque estas fuesen tenuisimas, porque se tenia por bastante para un individuo proscrito, cual era un Jesuita, la suma de cuatrocientas libras que se le ministraba cada año para proveer á la propia subsistencia, y á las necesidades de la ancianidad y de los males que les son consiguientes, siempre todas estas cantidades reunidas no dejaban de formar una masa considerable, y de aumentar los gastos, cuando todo imponia una ley de disminuirlos. Débese añadir, que no solo no eran reembolsados los acreedores de los Jesuitas, sino que pasaban años enteros sin que ni aun recibiesen los réditos del dinero que habia sido hipotecado sobre sus colegios. El negocio del padre Lavalette era siempre lo que se les ponia delante, para justificar la negativa de pagos de rigorosa justicia. Presentábase continuamente un estado mas cuantioso de las deudas contraidas por ellos, sin que jamás fuese posible penetrar en este misterio de iniquidad; y no obstante, tres ó cuatro consejeros del parlamento de París, nombrados comisarios para los asuntos jesuíticos, recibian dos luises de oro por cada vez que se reunian; que era dos veces á la semana. Habia además otros tantos abogados, procuradores, notarios y otras sanguijuelas, que formaban la corte de la administracion de curiales del dólo y del fraude, que recibian sueldos proporcionados á sus profesiones. Esta comision todavia subsistia cuando la revolucion sobrevino, y habria subsistido hasta tanto que los bienes no hubiesen sido absorvidos todos.

No me estenderé mas sobre todos los otros males resultantes de la destruccion de los Jesuitas. Me seria muy fácil presentar un cuadro tan fiel, como capáz de hacer gemir sobre su enormidad. Podria mostrar cuan rápidos progresos ha hecho la impiedad enmascarada bajo el nombre de filosofia desde esa infelíz época; como el tolerantismo empezó á introducirse, y haya inspirado la mas grande indiferencia por la religion, y el mayor desprecio á sus ministros, los atrevidos esfuerzos que esta impiedad ha hecho en seguida para atacar todos los buenos principios con obras que solo el infierno podia dictar; el número inmenso de prosélitos que hizo lisongeando todas las pasiones. De aquí el abandono casi total de las prácticas religiosas, la desercion de las iglesias, las instrucciones abandonadas, la insubordinacion públicamente manifiesta, el espíritu de rebelion y de revolucion esparcido por todas partes; las reuniones y asociaciones, donde no solo se enseñaba el deismo, sino el ateismo mas desenfrenado, co-

mo regla de conducta; el libertinage de las costumbres, de que el mismo paganismo mas disoluto se habria avergonzado. Y no se crea que estos males hayan sido particulares á un pais: ellos han infectado á toda la Europa, han invadido como gangrena todas las creencias, las sectas, las edades, los séxos, las condiciones. No se ven por todas partes sino las ruinas de los antiguos principios y el establecimiento de los nuevos, que preságian desgracias mayores tal vez que las que hemos visto hasta aquí.

Pero lo que hace honor infinitamente á los Jesuitas, y sirve tambien á su apologia mas que toda otra cosa, y hace preciosa su memoria, es lo que generalmente se confiesa. Si ellos hubiesen subsistido, se dice, este torrente de iniquidad habria sido reprimido, la revolucion francesa no se habria efectuado; el desventurado Luis XVI todavia estaria sobre el trono, y aun haria la felicidad de su pueblo. Esta revolucion no habría estendido sus estragos á los infelices paises que han sido sus víctimas. Las propiedades habrian sido respetadas, la verdadera libertad, la seguridad de todo individuo mantenidas bajo la proteccion de las leyes; y los torrentes de sangre no habrian inundado la tierra. Hay sin duda, otras causas de estas desgracias; pero no se teme asegurar, que la destruccion de los Jesuitas ha sido la primária.

Aquí se presenta una observacion que no parecerá inoportuna. Precisamente en el mismo tiempo y en el mismo año, que el parlamento de París pronunció la destruccion de los Jesuitas, apareció la obra de Rousseau intitulada: *Emilio, ó de la educacion.* Dejémos á un lado los talentos del autor, bastante conocidos y alabados, ni atendámos á la infinidad de errores, paradojas y sofismas, de que esta obra está llena. No hablémos sino del principio, en algun modo, fundamental que en ella se establece. Consiste en dar una libertad total á los niños, en no inquietarlos ni contrariarlos, en dejarles hacer lo que apetezcan, para no impedir el desarrollo de sus órganos, y no ocuparse de su moral, sino cuando su razon esté formada.

Solo el génio mas maléfico ha podido publicar esta máxima, cuyas consecuencias fueron incalculables por sus malas resultas. Ella lisongeaba mucho la pereza y abandono de los padres, de los preceptores y los ayos, para no ser adoptada con transporte, y mirada como una de aquellas verdades desconocidas hasta entónces, aprendidas acaso de los solos salvages que se tomaban por modelo. Ellos se hallaron con esto desembarazados de todo el cuidado de vigilancia que exige la niñez y creyeron haber cumplido todos sus deberes, siempre que un niño ya no estaba oprimido por fajas ó cotillas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las cuales podian deformar la estructura; cuando se le metia en baños de agua helada para endurecerle; cuando se violaban las mismas reglas del pudor no cubriéndole sino de ropas trasparentes, y tal vez no del todo; cuando estaba en libertad de correr, de saltar, de encaramarse sobre los árboles, á riesgo frecuentemente de romperse el pescuezo; cuando podia ser impunemente caprichoso, maligno, perverso, atrevido, desvergonzado y contraer los hábitos mas detestables; cuando se celebraban sus impertinencias que se tenia la bondad de tomar por rasgos de talento; finalmente, cuando se le dejaba en una ignorancia profunda de las máximas de la moral y de la religion.

¿Y qué? ¿vos quereis que vuestro hijo viva en lo sucesivo bajo el imperio de las leyes, que viva en la sociedad, que respete los usos, y no lo disponeis para los deberes que se verá obligado á cumplir? Estos deberes, (lo sé muy bien) son onerosos, incómodos, severos; son contrarios á las pasiones; pero tambien su observancia es de necesidad rigorosa. Quereis esperar que su razon se forme para hablarle de Dios y de religion, para hacer germinar en su corazon las virtudes que deben constituir la felicidad real de su vida; pero ya no será entónces tiempo, cuando haya contraido habitudes viciosas, y cuando su espíritu rebelde resistirá á cualquiera leccion que se le pueda dar. *Quisierais igualmente* dice un autor muy sensato, hablando de esta paradoja de Rousseau, *quisierais sostener, repito, que para aprender á tocar un instrumento convenga esperar á que los dedos estén rígidos.*

Decis, que quereis seguir la marcha de la naturaleza en vuestro plan de educacion ¡pero sabeis bien lo que es la naturaleza abandonada á sí misma? Escuchad lo que dice Bayle, cuyo testimonio no puede pareceros sospechoso; él vale tanto por lo menos, cuanto el de Rousseau. "¿Qué cosa es, os "ruego me digais, la voz de la naturaleza? ¿cuales son sus ser"mones? Que es necesario comer bien y beber bien, gozar "bien de todos los placeres de los sentidos; preferir el propio "interés al de los demás; acomodarse á cuanto se encuentre "que nos convenga; hacer antes una injuria que sufrirla; ven"garse bien. No es necesario esperar á que el comercio con "los hombres malos inspire estas pasiones: ellas aparecen no "solo en las bestias que no hacen mas que seguir el instinto "de la naturaleza, sino tambien en los niños; ellas son ante"riores á la mala educacion; y si el arte no corrigiese á la "naturaleza, nada habria mas corrompido que el espíritu del "hombre, nada en que todos estuvieran mas de acuerdo por "consentimiento unánime, que es deber concederse al cuerpo "todo lo que quiere, y satisfacer la ambicion, la envidia y el "deseo de la venganza cuanto se pueda".

Si deseais una prueba de la verdad de tales asertos, voy á citaros un singular ejemplo. Yo he conocido, dice un hombre á quien se puede creer, un muchacho al que sus imprudentes padres habian educado conforme á los perniciosos principios del filósofo de Ginébra. A los ocho años era un mónstruo de lubricidad y bellaqueria; á los once habia asesinado al criado mas fiel de la casa. Fué necesario hacerle desaparecer de la compañia de los vivos, é impedir con violencia al padre que no le matáse. ¿Pero qué necesidad hay de referir hechos particulares, cuando nosotros mismos somos testigos de los efectos de esta educacion trazada por Rousseau, ó mas bien de esta total falta de educacion? Diríjase la vista sobre todos aquellos individuos, en quienes desde su infancia se ha seguido este detestable sistéma. Su número es muy considerable, y nosotros estamos rodeados de ellos. ¿Y será posible encontrar seres mas llenos de una altivéz insolente, mas penetrados de un bárbaro egoismo, mas insensibles á los males agenos, mas desmoralizados, mas rebeldes á toda especie de autoridad, mas horriblemente impios, no respetando ni lo sagrado ni lo profano, y engolfándose sin temor ni remordimiento en los vicios mas infames?

No era este el sistema de educacion seguido por los Jesuitas; y si se quiere juzgar, por una prueba de hecho sensible, y al alcance hasta de los espíritus mas vulgares, de la diferencia que se halla entre uno y otro, basta ponerlos en comparacion. Por dos siglos y algo mas que los Jesuitas han existido, y que han estado encargados de la educacion en la mayor parte de Europa, la religion fué honrada, respetada, practicada; y ninguno negará, sin duda, que inculcándola con infinito cuidado en el espíritu y en el corazon de sus discípulos, fué como ella reapareció con lustre, oscurecido en algun siglo. De esta primera fuente se habia seguido por una consecuencia necesaria la regeneracion de las costumbres, la consolidacion de los buenos principios, la sumision á las legítimas autoridades, la buena fé en el comercio de la vida, la práctica, en fin, de las virtudes religiosas y civiles, que se hacian muy generalmente observar entre los educados por los Jesuitas; porque tal es el objeto principal de la educacion propiamente dicha. De aquí es que San Ignacio, su fundador, no habia querido servirse del segundo, que consiste en la instruccion, sino para llegar al primero. Pretendia que los que hubiesen abrazado su instituto, no se encargasen de los colegios, ni enseñasen en las universidades, sino con el fin de inspirar á la juventud el amor y la práctica de la religion. Sabia que cuando ella ha sido imbuida en los buenos principios, no solo los conserva en el curso de su vida, mas los propaga in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sensiblemente en todas las clases de la sociedad. De esto nace que nada recomienda tanto á los maestros y á los profesores, cuanto el adherirse á esta parte esencial, no perderla jamás de vista en sus lecciones, dirigir á ella aun los pasages de los autores profanos que tengan alguna relacion, y tener sobre la conducta de sus discípulos la mayor vigilancia, sea durante todo el tiempo que están á su vista, sea en sus casas particulares, y hasta en sus recreos y diversiones. Los que han estudiado con los Jesuitas, saben con cuanto empeño observaban los deberes que les eran impuestos sobre este punto, los establecimientos que habian formado para inspirar los sentimientos de religion, las congregaciones, los retiros, los ejercicios diversos de piedad, los sermones, la obligacion de frecuentar los sacramentos. Es verdad que no todos sus discípulos se aprovecharon de estos multiplicados auxilios; pero muchos sacaron de ellos las mayores ventajas, y el mayor número conservaba, á lo menos, un fondo de buenos principios, que se dispertaban, despues que la edad habia amortiguado la efervescencia de las pasiones. No tememos avanzar que, bajo este aspecto, los Jesuitas no tenian iguales entre todos los otros que se ocupaban de la educacion (24).

Por lo que mira al segundo objeto de esta, que es la instruccion, su gloria es incontestable. Ella está escrita sobre monumentos eternos, si me es permitido espresarme así. ¿No son ellos los que han formado la mayor parte de los hombres doctos, cuyas fatigas y producciones han sido tan útiles á la sociedad? ¿No son los que con sus lecciones, al par que con sus obras, han disipado las tinieblas de la ignorancia, han restablecido las ciencias, y devuelto al espíritu humano aquellas luces y lustre que tenia en los siglos de Alejandro y de Augusto? ¿No son ellos, los que depositarios del buen gusto, lo han transmitido á sus discípulos, los que versados en el griego y en el latin, han hecho conocer con sus esplicaciones y comentos, las bellezas de los autores que han escrito en estos idiómas, y se los han puesto delante como los únicos modelos que se deben seguir, para distinguirse en la carrera de las letras? ¿Finalmente, no son ellos los que han excitado en todos los otros cuerpos, encargados igualmente de la instruccion de la juventud, aquella noble emulacion, tan ventajosa para el público, por los mútuos esfuerzos con que se empeñan en sobrepujarse los unos á los otros? ¿Y desde que ya no existen, no se vé cuanto el vacio dejado por ellos haya producido los mas funestos efectos, no solo por la falta de sus lecciones, sino además por la decadencia sensible de la educacion confiada á los otros? Yo no exceptúo ni aun á las universidades protestantes, como ya lo he hecho observar. Ello

es cierto, que si no se pone en esto un pronto remedio, se va á recaer en la ignorancia; y de esta á la barbarie no hay mas que un paso. Ya la lengua latina, que es por otra parte la llave de todas las ciencias, ha esperimentado un terrible atrazo; y se dirá de ella de aquí á veinte años lo que se decia antes del griego: *Græcum est, non legitur:* está en griego, no se lee. Me seria fácil continuar presentando un cuadro desgraciadamente muy fiel del deplorable estado, en que han caido las otras ciencias humanas; pero no hay ninguno que no lo vea, y no suspire por un cámbio feliz.

Este cámbio puede hacerse, restableciendo á los Jesuitas. Estos tenian un excelente método de enseñar, de que no eran en verdad los autores. Ellos habian adoptado lo que se practicaba en la universidad de París, aquella escuela de todas las ciencias, tan famosa y floreciente por muchos siglos, y que sirvió de modelo á las que fueron establecidas en los otros estados de la Europa. Este método tenia mucho del que habia sido seguido por los antiguos, y los Jesuitas lo habian perfeccionado mas. El no se apoyaba sobre principios falsos y erróneos, como el propuesto por Rousseau, y como el de los otros compiladores de planes, que de treinta ó cuarenta años á esta parte han inundado al público de libros sobre la educacion, por lo menos inútiles, cuando no peligrosos; pero el método de que se trata, era verdaderamente conforme al curso de la naturaleza, y dirigido segun el progresivo desarrollo del espíritu humano.

Entremos en algunos detalles sobre este punto, para hacer mas sensible la cosa, para convencer á los lectores de la verdad de nuestro aserto, y para hacer volver á no pocos de sus preocupaciones, sobre una materia que no podria ser bastante profundizada para los primeros años. ¿Cual es la facultad del alma que domina en un niño? Ninguna otra fuera de la memoria: ella es la única. Su talento y su razon no están aún formados. Luego no se puede cultivar otra cosa sino su memoria, introducir en ella palabras, y hacérselas aprender. No os precipiteis en querer forzar su pequeño entendimiento. Persuadíos, que dándole tiempo, el significado de estas palabras se irá desarrollando insensiblemente en su alma, y vosotros mismos quedareis sorprendidos en verlo, cuando las ideas que le habreis inculcado, por decirlo así, maquinalmente, habrán germinado con ventaja en su cabeza, al verlo, repito, desarrollarlas con facilidad, dar razon de todas las dificultades que habian sido enigmas para él, y correr despues á pasos de gigante en el curso de sus estudios.

Este era el motivo porque los Jesuitas aplicaban largo tiempo sus discípulos á la gramática; y no se debe creer que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuese un tiempo perdido, como muchos se lo figuran. Sabian que la gramática es la base de todos los conocimientos humanos; que sin ella no se tienen sino conocimientos vagos, inciertos y aun incoherentes, porque está fundada sobre una lógica natural, pero bastante razonada. Sabian tambien que ella es espinosa, disgustante, que presenta grandísimas dificultades, que fuera de la primera edad no se pueden devorar. Para convencerse de ello basta dar una ojeada á las personas, que en edad mas avanzada quieren aplicarse á aprenderla. Son pocos los que logran sus esfuerzos. Ellos no pueden abrazar una infinidad de detalles que les parecen menudencias, y se enfadan; quedándoles el disgusto de no poderse poner al nivél de aquellos, á quienes las dificultades gramaticales han ocasionado alguna poca pena, y aun acaso alguna lágrima, pero pasagera, en su primera edad. Este estudio de la gramática no impide por otra parte, que se ejerciten los niños en adquirir otros conocimientos que dependen de la memoria, como la geografia, la historia, la obligacion de aprender de memoria y de recitar los mejores trozos de los autores mas propios para hacer impresion en ellos. Los Jesuitas lo practicaban así generalmente en sus colegios; y si no los practicaban todos, hacian mal; debería en su restablecimiento hacérseles de esto una ley particular.

Sigámoslos en el curso que recorrian con sus discípulos, cuando ya salidos de la oscuridad ó del crepúsculo ligero de la infancia: esto comunmente sobreviene ácia la edad de doce ó trece años. Entónces la imaginacion comienza á desenvolverse, y con ella la sensibilidad. Ayos, y maestros prudentes y hábiles, ¡ah! velad sobre esta edad: ella es peligrosa y llena de escollos. Las pasiones se manifiestan. Ya mugen ellas, y amenazan, rompen todo dique, si no se tiene el árte de enderezarlas ácia útiles objetos. Los Jesuitas tenian este árte. Yo no hablo solamente de la elevacion de los sentimientos que inspiraban, y que parecian en lo general distinguir á sus discípulos, y hacerles en seguida conocer en el mundo. Sabian tambien enriquecer su imaginacion, y nutrir su sensibilidad con ideas grandes y magnificas pinturas. Ellos los habian hecho capaces en sus primeras clases de esplicar y entender los autores, y en el curso de humanidades y de retórica les ponian en las manos los poetas, los oradores, los históricos; hacianles sentir las bellezas, enseñábanles á evitar los defectos, los formaban en el buen gusto, los ejercitaban con algunas composiciones, ya en verso ya en prosa, sobre objetos propios para interesarlos con el encanto, la ficcion, y los mas hermosos rasgos oratorios; abrianles, en fin, de una vez todas las fuentes de la literatura.

Tal vez seria este el lugar de referir los públicos ejercicios que los Jesuitas hacian sostener á sus discípulos; pero no sé en qué consistian, ni si los hubiese en otros colegios fuera de Francia. Lo que sé es, que allí eran dirigidos de manera, que fijando su atencion sobre objetos, que segun el precepto de Horacio unian lo útil á lo agradable, los formaban para hablar en público, espresarse con facilidad y con gracia, y sobre todo para vencer la natural timidéz, cuyos efectos son con tanta frecuencia, perjudiciales en el trato que es forzoso tener con los hombres. Recuerdo haber leido no sé en qué libro, que el difunto príncipe de Conti, padre del que existe hoy en algun lugar de España, fué encargado por Luis XV de examinar al delfin su hijo, que hacia entónces sus estudios bajo sus preceptores. Este príncipe de Conti tenia mucho talento, y lo habia cultivado con provecho en el colegio de Luis el grande, en Paris, donde habia sido educado. El quedó contentísimo de todas las respuestas que dió el delfin á sus muchas y diversas preguntas; y dando cuenta al rey de la satisfaccion que habia esperimentado: *Señor*, le dijo, *no le falta sino un aire de colegio.* Esta reflexion es profunda: ella demuestra en primer lugar la superioridad de la educacion pública sobre la privada: ella prueba además, que la primera dá un tono fácil y de libertad, que es infinitamente raro que se adquiera en la segunda.

Yo pido aquí mil perdones á los jansenistas, que hacian resonar tan alto su moral severa, pero no tomarse parte con ellos en las diatribas que se permitian contra los Jesuitas franceses, con motivo de las obras teatrales que estos hacian representar. Sin entrar en discusiones que podrian hacerme demasiado largo, prefiero referirme á Montaigne, cuyo sufragio es un poco mas imponente que el suyo, y los remito al capitulo en que hace el elógio del rector del colegio de Guyenna, que habia tenido grandísimo cuidado de hacer representar obras teatrales por sus discípulos, entre los cuales se contaba él mismo. Sé bien que tales obras no presentaban, ni podian presentar un grande interés, porque se alejaba cualquiera cosa capáz de inflamar las pasiones, aunque algunas rijan aun en la lectura; pero ellas formaban á los jóvenes en la declamacion, y les procuraban las ventajas de que he hablado mas arriba.

Finalmente, llegaba la edad en que se desenvuelve la razon; y entónces era cuando los Jesuitas conducian insensiblemente á sus discípulos á cuanto es de su resorte y dominio. La lógica, la metafisica, la moral, la fisica, las mismas matemáticas, eran por dos años el objeto de sus lecciones, y lo que se llamaba curso de filosofia. Despues de esta época, los es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tudios clásicos se tenian por terminados, y los jóvenes que querian adquirir otras luces, pasaban á la direccion de otros diversos maestros, esceptuándose la teologia que era enseñada en muchos lugares por los Jesuitas.

Se convendrá sin duda, por la esposicion hecha hasta aquí, que el método de enseñar ques eguian era excelente, y perfectamente graduado segun el curso de la naturaleza. ¿Se quiere una prueba de hecho que no tenga réplica? En todo el tiempo que él fué practicado y que existieron tales maestros, salieron de sus escuelas hombres instruidos, que llevaron las ciencias y la literatura al mas alto punto de gloria á que pudiesen subir, y todos han confesado deber á sus lecciones los sucesos obtenidos por ellos. Es cierto que el número de escritores se ha multiplicado, pero es fácil reconocer sus malos estudios; y que los verdaderos doctos y buenos literatos han venido á ser muy raros, y lo serán cada dia mas.

Ninguno se figure por esto, que los jóvenes educados por los Jesuitas hubiesen adquirido luces capaces de dispensarse en seguida de todo trabajo para aumentarlas. No se les habian dado sino los primeros elementos: á ellos tocaba el proseguir la carrera que se les habia abierto. No se aprende en los colegios sino á aprender, si puedo valerme de tal espresion; y esta ventaja es de un precio infinito, porque las mas grandes dificultades están vencidas, y ya no resta sino recoger los abundantes frutos por aquellos que quieren cultivar sus propios talentos. Es necesario vivir en un siglo como el nuestro, para ver esos charlatanes de educacion abusar de la necia credulidad de los padres, y hacerse pagar pensiones muy crecidas, prometiendo con pomposos anuncios enseñar á sus hijos en pocos años el latin, el ingles, el aleman, el italiano, la historia, la geografia, la historia natural, la fisica, la geometria, la álgebra; ¿y qué se yo que mas? la equitacion, la esgrima, el dibujo, el baile, á tocar instrumentos &c. Se podria preguntar primero á estos desvergonzados enseñadores, si en esa edad habrian estado ellos mismos en el caso de aprender una décima parte de todo esto; ciertamente que no: ¿pero qué resultaba en todos estos jóvenes salidos de sus manos? que salian verdaderos ignorantes con la cabeza llena de nociones confusas. La mayor parte no sabian mas que repetir algunas palabras, á que no aplicaban ninguna idea reflexa; quedando en consecuencia sus padres totalmente sorprendidos, de que despues de haber gastado tanto dinero en su educacion, fuesen unos mentecatos por el resto de su vida. Así debia suceder.

Los vicios de la educacion moderna demuestran de una manera innegable la necesidad de volver al antiguo método, y

de restablecer por consecuencia á los Jesuitas, que siguiéndolo han procurado tan constantes ventajas. ¿Pero su restablecimiento es fácil? ¿No presenta grandes dificultades? Hé aquí lo que dice un autor, cuyas ideas son además muy justas y espresadas frecuentemente con energía, en una obra intitulada *Consideraciones sobre la Francia*. "En medio del gene-"ral trastorno de que somos testigos, la falta de educacion fija "particularmente la vista de los amigos del órden. Mas de "una vez se ha oido decir ser necesario restablecer á los Je-"suitas. Yo no examino aquí el mérito de la órden; ¿pero "un deseo semejante no supone reflexiones muy profundas? "¿No se diria que San Ignacio está dispuesto y pronto á ob-"sequiar nuestras miras? Si la órden está destruida, cualquier "hermano lego de cocina podria acaso restablecerla con el "mismo espíritu que la crió; pero todos los soberanos del "mundo no lo conseguirian."

Paréceme que las reflexiones de este autor no son en esto muy profundas en sí mismas, ó que no habia conocido á los Jesuitas. Ellos no están en el caso de aquellos religiosos que han degenerado de su regla, y tienen necesidad para ser devueltos á ella de un reformador animado del mismo espíritu del fundador. Los Jesuitas han sido todos destruidos por entero, si así puedo espresarme. Ellos habian conservado los mismos principios y los mismos sentimientos, que San Ignacio habia comunicado á sus primeros discípulos; ellos eran aun lo que habrian sido siempre. Sus leyes entre los que todavia existen, están mejor escritas en sus corazones, que en los libros. No tienen pues, necesidad de hermano cocinero, ni de cualquiera otro para volverles el espíritu de su estado, basta solo decirles; unios, volved á vuestros colegios, recobrad todas vuestras funciones, sobre todo poneos con nuevo ardor á educar la juventud, y esto es cuanto los soberanos puedan decirles, y ó mejor deberian hacer. Aun es tiempo para los que fueron destruidos los últimos, por Clemente XIV. Debe existir un número considerable de ellos en Italia, en Alemania y en Polónia. Confieso que la cosa es mas difícil para Portugal, para España y la Francia: mas déjenlos obrar, dirá algun jansenista obstinado en sus preocupaciones, ó algun impío filósofo, ellos sabrán el modo de propagarse muy pronto. Y yo que soy en esta parte simplemente el éco de todas las personas, esclamaré con ellas: ¡felices tiempos, si se viere pronto el restablecimiento de los Jesuitas! Se podrá muy bien asegurar entónces que la religion, la virtud, la moral, las ciencias recobrarán su antiguo esplendor é imperio.

O vosotros, ministros de los altares, especialmente er-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cargados de guiar las almas, ilustres confesores de la fé; vosotros que habeis preferido abandonar generosamente vuestros bienes, ántes que mancharos con un impio juramento; vosotros, á quienes la persecucion ha elevado sobre vosotros mismos, y que haceis la gloria de la iglesia galicana, si Dios se deja al fin mover por vuestras oraciones y vuestros sufrimientos; si os devuelve al seno de las ovejas confiadas otro tiempo á vuestros cuidados, vosotros las edificareis con vuestras virtudes, vosotros las iluminareis de nuevo con las luces de la fé que se hallan casi estinguidas del todo, vosotros les volvereis el mayor beneficio, la religion, fuente de la paz, de la concordia, de la dulce humanidad, por tan dilatado tiempo apartadas de aquel suelo infeliz; y recibireis la mas gloriosa de todas las recompensas por vuestros trabajos, viendo la conversion sincéra de aquellos pueblos, y su empeño en aprovecharse de vuestras persuasivas instrucciones, despues de la larga privacion que de ellas han sufrido.

Lisongeras esperanzas; ¿os realizareis pronto ó tarde para el bien de la Francia? Debe así esperarse de la divina clemencia; pero puedan ellas á lo menos realizarse presto respecto á los Jesuitas de todos los otros estados católicos de la Europa. Los soberanos no tienen que hacer sino solicitar del pontífice una bula para su restablecimiento; y ciertamente no les será rehusada. La corte de Roma debe ser hoy la primera en reconocer la necesidad, y aun la primera en dar ejemplo. La única cosa que desearia se evitase con todo cuidado, seria que se turbase á los Jesuitas en sus funciones de la pública educacion, y sobre todo que se nombrasen comisiones para vigilar su instruccion. Porque es muy probable que en ellas se mezclase algun individuo corrompido por las ideas modernas, cistemáticas y acaso aun filosóficas. Seria embarazarlos en su carrera, desempeñarian mal sus compromisos, y en vez de sacar de ellos todas las ventajas que se deben esperar, se puede estár cierto que de ello resultarian gravisimos inconvenientes. Déjeseles una entera libertad. Tienen superiores que velan atentamente sobre los maestros, y su modo de enseñar. Tienen escelentes libros, y sapientísimos documentos para su direccion. La esperiencia de lo pasado debe servir de regla para lo porvenir. Si otras veces se han hallado todos bien con su enseñanza y sus estudios, han sido muy florecientes mientras se ha seguido su método; déjese que lo vuelvan á emprender.

No los condenaré á enredarse en las añejas ideas escolásticas. Se han hecho despues de algunos años varios descubrimientos en las ciencias. Se ha enriquecido la fisica con muchos fenómenos y nuevas esperiencias. La historia natural ha presentado, y todavia presenta diariamente á sus aficionados y curiosos, riquezas infinitas desconocidas á nuestros antepasados. Los Jesuitas deben adquirir estos conocimientos para enseñarlos á sus discípulos. Sobre todo, los exhorto á estudiar el griego, muy descuidado por ellos en cierto tiempo, y hacerlo caminar á igual paso en sus clases, como se practicaba ántes con el latin: deben saber que sin aquel idioma no se puede jamás llegar á ser un verdadero literato. Finalmente, les aconsejo á obligar á todos los jóvenes Jesuitas sin escepcion, á estudiar despues de su curso de filosofia, de nuevo la retórica, bajo un hábil profesor. No crean que este sea un año perdido. No hay otro mas provechoso. Entónces es cuando desarrollándose su talento y su imaginacion, estarán en el caso de percibir las verdaderas bellezas de los autores antiguos, de formarse por esos modelos, de adquirir todas las reglas del buen gusto, y de instruirse al mismo tiempo del modo con que deben proceder en la enseñanza, á que están destinados por muchos años, haciéndola la mas provechosa que sea posible á sus discípulos. Esta es la única advertencia que debo hacerles. Me refiero en lo restante, y cualquiera puede hacerlo igualmente, al zelo, aplicacion, y á su excelente espíritu de cuerpo, que los hace zelosos de su gloria y que nada omitan por conseguirla (25).

No ignoro que sus enemigos les han echado muchísimo en cara este espíritu de cuerpo, y que han pretendido que esto puntualmente los hacia peligrosos: pero sé tambien, que eso es lo que ha hecho desesperar mas á sus enemigos y vomitar tantas injurias y calumnias, porque han conocido que los Jesuitas unidos entre sí, serán invencibles y formidables. Si me fuese permitido usar de una comparacion, diria que eran como aquellos hermanos de armas en la antigua caballeria, á quienes los lazos de la mas estrecha amistad imponian el deber de caminar con un paso igual al combate, de atacar y defenderse recíprocamente. Así los Jesuitas, en quienes los vínculos de la religion ennoblecian los de la amistad haciéndolos aun mas insolubles, se sostenian, se animaban, se daban esfuerzo para pulverizar el error, y defender la verdad. Sin mencionar todo lo que era el objeto de su zelo y de sus trabajos, me limitaré á lo que mira á la educacion. ¿No era este espíritu de cuerpo el que los hacia vencer todos los disgustos que trae consigo esta funcion penosa, de la que los antiguos decian como por proverbio, que los dioses hacen de aquel que ódian un pedagógo. *Quem dii oderunt, pædagogum fecerunt?* ¿No era este espíritu el que les hacian honoríficos y preciosos los cuidados que se tomaban, el que los excitaba á adquirir todas las luces necesarias para comunicarlas en se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guida á sus discípulos, y el que les hacia no descuidar medio alguno posible para desempeñar dignamente sus deberes? Si alguna vez han resultado grandes ventajas de un espíritu de cuerpo, puede muy bien asegurarse, que ese era particularmente el que animaba á los Jesuitas.

Hé aquí lo que me parece, que los distinguia y hacia superiores bajo un punto de vista, á los profesores que no estaban unidos entre si con los mismos vínculos. Mi intencion no es ciertamente querer por esto hacer su crítica, y lo declaro en términos formales. No estoy tan poco versado en la historia literaria, para no saber que ha habido en todos los paises, en todas las escuelas, en todas las universidades habilísimos profesores, antes y en el tiempo en que existian los Jesuitas, que con sus lecciones han adquirido un justo título á una grande celebridad. Los hay todavia y tributo gustosisimamente homenage á sus talentos. Pero haciendo á un lado toda especie de prevencion; ¿no debe confesarse, que en igual demérito, personas que viven bajo una ley comun, obligadas por los mas fuertes motivos á desempeñar sus deberes, deben por necesidad aventajar á aquellas, que no tienen otra regla sino su voluntad, y frecuentemente se pierden en los caprichos que les vienen á la cabeza? Los primeros están de continuo vigilados por los superiores é inspectores de los estudios, que obligan á todos á obedecer á los reglamentos prescritos que corrigen y reducen á aquellos, cuya negligencia daria ocasion á quejas justas y fundadas. Los segundos, usando de su libertad, que conservan enteramente, no escuchan los avisos que puedan dárseles, sino en cuanto se conforman con sus ideas particulares. De aqui necesariamente se sigue, que los discípulos de los unos deben ser vigilados mas de cerca, que sus progresos deben ser mas sensibles, y que su misma conducta debe ser en general mas exacta y mas arreglada; entretanto que los discípulos de los segundos escuchan, si quieren, algunas lecciones fijadas á una cierta hora, y despues dueños de sus acciones, no tienen que responder sino á si mismos de su conducta, muy frecuentemente reprehensible.

Tal era la grande ventaja que tenian los Jesuitas en la educacion que daban á la juventud. Puede asegurarse, que la economia de los gastos estaba tambien unida á ella. Este objeto es de una grande importancia en los tiempos presentes, en que todos los estados y aun todas las ciudades están abrumadas de deudas que van siempre creciendo. Esto era lo que hacia decir al gran Federico rey de Prusia, el único soberano de su tiempo, cuyas rentas estuviesen en órden, que él preveia que en la estrema pobreza en que se hallaban todos los príncipes católicos, se verian obligados á invadir los bienes

del clero. Esto es cuanto hemos visto suceder, y que sucederá infaliblemente todavia si no sobreviene otro órden de cosas. Los bienes de los Jesuitas fueron todos presa de la avaricia. Restableciéndolos habria sin duda embarazos para volverles una gran parte de esos bienes (*); pero se ganaria siempre muchisimo sobre las espensas que se hacen actualmente en la pública educacion. Ha sido necesario casi en todas partes triplicar y aun cuatriplicar los emolumentos que han debido asignarse á los profesores que los han reemplazado, lo que era indispensable que sucediese. La mayor parte de tales profesores no viven en comunidad: muchos aun son casados. Necesitan pues, de gruesos estipendios anuales en dinero, para poder mantenerse y ser indemnizados de las tareas que emprenden; y todos estos multiplicados gastos han recaido sobre el público. Los Jesuitas al contrario, acostumbrados á una regla comun, y á un voto de pobreza que les prohibe toda suerte de comodidades y de lujo, vivian con mucha frugalidad. Ellos se contentaban con lo puro necesario, lisongeados únicamente de poder hacerse útiles con el mas noble desinterés. En muchos paises, sobre todo en Francia, las ciudades no pagaban por cada maestro mas que trescientos francos al año; y si tenian otras entradas, estas provenian ó de la union de algunos beneficios eclesiásticos, ó de alguna fundacion particular. Si se comparan las espensas actuales de la pública educacion con las de otras veces, y con las que serian tan moderadas, si se restableciesen los Jesuitas, se verá que seria aun de mucha ventaja bajo este aspecto el proceder á su restablecimiento.

Creo haber demostrado bastante esta necesidad en todas maneras. Todos están interesados en ella, el clero, los pueblos, los gobiernos: el clero para tener defensores zelosos de sus derechos y legítimos privilegios; los pueblos para ser reducidos dentro de los límites de una justa subordinacion, base fija y puesta por las manos del Ser Supremo, para que sea la fuente de su tranquilidad y de su bien. Pero los que tienen el mayor interés en este restablecimiento, son los gobiernos de toda clase. Ellos no pueden desconocer ya, que su autoridad es manifiestamente atacada. Todos se encuentran sobre un volcán, y están amenazados de la mas horrible y espantosa esplocion que jamás haya habido. Luego no se pueden tomar demasiadas precauciones y demasiados medios para evitar los peligros á que se hallan espuestos.

(*) *Para restablecer en México á los Jesuitas, no hay el menor embarazo sobre este punto. Ellos han renunciado espresa y terminantemente sus antiguos bienes.*—T.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si me fuese permitido dirigir la palabra á los soberanos de Europa y á los gobiernos todos, les diria: Unios, haced un nuevo género de coalicion para restablecer á la COMPAÑIA DE JESUS. Vosotros encontrareis en ella el apoyo mas poderoso para defender vuestros intereses, sostener vuestros derechos, y restablecer ó mantener el órden en vuestros territorios. Si otras ocasiones ella se ha señalado por sus victorias sobre el error, ella sabrá aun señalarse con las que obtendrá sobre el grande y muy pernicioso del tiempo presente, quiero decir el ateismo y la impiedad. Estos monstruos, salidos de los mas profundos abismos del infierno, se dejan ver atrevidamente, todo lo trastornan, y lo devoran todo en su furia. Son vuestros enemigos, es cierto, terribles por su número, acuerdo y sentimientos detestables de que están animados; pero oponedles hombres todavia mas terribles por los sentimientos de la virtud, cuyos derechos son imprescriptibles, unidos entre sí por los vínculos de la verdad. Ciertamente que despues que su Compañia ya no existe, el mal ha producido raices muy estendidas: pero si no pueden al principio destruirlo enteramente, impedirán á lo menos que haga progresos ulteriores. La generacion actual, aunque pervertida á lo sumo, no resistirá totalmente á sus persuasivas instrucciones: arrancarán cada dia algunas víctimas á sus funestas preocupaciones. Pero sobre todo; ¡cuán dulces y risueñas esperanzas no pueden concebirse con respecto á la generacion siguiente, si os rendis por fin á los deseos de aquellos, que todavia aman de corazon los intereses de la religion, de la pública felicidad y tambien los vuestros?

Los Jesuitas abrirán de nuevo sus escuelas cerradas por una fatalidad tanto tiempo há. Los niños fiados á sus cuidados, serán educados en el amor y en la práctica de las virtudes. Los principios que se les inculcarán, insensiblemente se irán dilatando. Las ciencias, las bellas letras recobrarán su antiguo estado, renacerá un nuevo órden de cosas, y en vez de las escenas de horrores y de estragos, y de todos los delitos reunidos que han deshonrado tanto el fin del siglo XVIII, verá el diez y nueve respetadas las leyes de la religion, de la moral y de la humanidad, habitar de nuevo sobre la tierra, la paz, esta hija del cielo, y la tranquilidad de los pueblos, igualmente que la de todos los gobiernos, reposar sobre bases fijas é inmutables.

FIN.

NOTAS.

(1). Pág. 1. Cuando los escritores monarquistas para recomendar á los soberanos á los Jesuitas, se valen de las espresiones de que ellos son la salvaguardia de los tronos, velan por la seguridad de los reyes, sostienen esa forma de gobierno, &c. lo hacen con el objeto de desmentir las calumnias de sus adversarios, que inconsecuentes consigo mismos, los acusan ante los monarcas de republicanos, asi como en las repúblicas los denuncian como fautores del despotismo, y enemigos de la libertad de los pueblos. No; el espíritu de su instituto no es otro, sino *obedecer á las autoridades legítimamente constituidas;* así lo han practicado siempre en todos los paises donde han residido, y no hay un solo hecho que desmienta este aserto. El dia de hoy, si en Alemania pasan de cuarenta los colegios de los Jesuitas y en Londres actualmente levantan una iglesia, tambien existen en varios cantones suizos y son llamados á otros; si el príncipe de Metternich los auxilia y aprecia, O-Connell, libertador y padre de su pátria, el mayor tribuno de los tiempos modernos, que ha anatematizado á los tiranos que persiguieron y espulsaron á los Jesuitas en el siglo pasado, colma de elógios á estos sábios y beneméritos religiosos, y aun los honra con su mesa; si residen tranquilamente en varias monarquias europeas, igualmente *esa institucion ha sido admitida en los Estados-Unidos y en otras repúblicas de Amèrica, sin mengua ni perjuicio de la forma de gobierno republicana, ni de las libertades que tanta sangre ha costado establecer en ellas,* como lo ha confesado el gobierno provisional de México en 1843. Creo que esto bastará para evitar malignas interpretaciones.

(2). Pág. 6. No es únicamente la abominable opinion que se ha visto, la que pueda echarse en cara á los perversos jansenistas, á esa hipócrita secta, que bajo la máscara de moral severa, y antigua pureza y rigor de la disciplina de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si me fuese permitido dirigir la palabra á los soberanos de Europa y á los gobiernos todos, les diria: Unios, haced un nuevo género de coalicion para restablecer á la COMPAÑIA DE JESUS. Vosotros encontrareis en ella el apoyo mas poderoso para defender vuestros intereses, sostener vuestros derechos, y restablecer ó mantener el órden en vuestros territorios. Si otras ocasiones ella se ha señalado por sus victorias sobre el error, ella sabrá aun señalarse con las que obtendrá sobre el grande y muy pernicioso del tiempo presente, quiero decir el ateismo y la impiedad. Estos monstruos, salidos de los mas profundos abismos del infierno, se dejan ver atrevidamente, todo lo trastornan, y lo devoran todo en su furia. Son vuestros enemigos, es cierto, terribles por su número, acuerdo y sentimientos detestables de que están animados; pero oponedles hombres todavia mas terribles por los sentimientos de la virtud, cuyos derechos son imprescriptibles, unidos entre sí por los vínculos de la verdad. Ciertamente que despues que su Compañia ya no existe, el mal ha producido raices muy estendidas: pero si no pueden al principio destruirlo enteramente, impedirán á lo menos que haga progresos ulteriores. La generacion actual, aunque pervertida á lo sumo, no resistirá totalmente á sus persuasivas instrucciones: arrancarán cada dia algunas víctimas á sus funestas preocupaciones. Pero sobre todo; ¡cuán dulces y risueñas esperanzas no pueden concebirse con respecto á la generacion siguiente, si os rendis por fin á los deseos de aquellos, que todavia aman de corazon los intereses de la religion, de la pública felicidad y tambien los vuestros?

Los Jesuitas abrirán de nuevo sus escuelas cerradas por una fatalidad tanto tiempo há. Los niños fiados á sus cuidados, serán educados en el amor y en la práctica de las virtudes. Los principios que se les inculcarán, insensiblemente se irán dilatando. Las ciencias, las bellas letras recobrarán su antiguo estado, renacerá un nuevo órden de cosas, y en vez de las escenas de horrores y de estragos, y de todos los delitos reunidos que han deshonrado tanto el fin del siglo XVIII, verá el diez y nueve respetadas las leyes de la religion, de la moral y de la humanidad, habitar de nuevo sobre la tierra, la paz, esta hija del cielo, y la tranquilidad de los pueblos, igualmente que la de todos los gobiernos, reposar sobre bases fijas é inmutables.

FIN.

NOTAS.

(1). Pág. 1. Cuando los escritores monarquistas para recomendar á los soberanos á los Jesuitas, se valen de las espresiones de que ellos son la salvaguardia de los tronos, velan por la seguridad de los reyes, sostienen esa forma de gobierno, &c. lo hacen con el objeto de desmentir las calumnias de sus adversarios, que inconsecuentes consigo mismos, los acusan ante los monarcas de republicanos, asi como en las repúblicas los denuncian como fautores del despotismo, y enemigos de la libertad de los pueblos. No; el espíritu de su instituto no es otro, sino *obedecer á las autoridades legítimamente constituidas;* así lo han practicado siempre en todos los paises donde han residido, y no hay un solo hecho que desmienta este aserto. El dia de hoy, si en Alemania pasan de cuarenta los colegios de los Jesuitas y en Londres actualmente levantan una iglesia, tambien existen en varios cantones suizos y son llamados á otros; si el príncipe de Metternich los auxilia y aprecia, O-Connell, libertador y padre de su pátria, el mayor tribuno de los tiempos modernos, que ha anatematizado á los tiranos que persiguieron y espulsaron á los Jesuitas en el siglo pasado, colma de elógios á estos sábios y beneméritos religiosos, y aun los honra con su mesa; si residen tranquilamente en varias monarquias europeas, igualmente *esa institucion ha sido admitida en los Estados-Unidos y en otras repúblicas de Amèrica, sin mengua ni perjuicio de la forma de gobierno republicana, ni de las libertades que tanta sangre ha costado establecer en ellas,* como lo ha confesado el gobierno provisional de México en 1843. Creo que esto bastará para evitar malignas interpretaciones.

(2). Pág. 6. No es únicamente la abominable opinion que se ha visto, la que pueda echarse en cara á los perversos jansenistas, á esa hipócrita secta, que bajo la máscara de moral severa, y antigua pureza y rigor de la disciplina de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

iglesia, ha ocasionado tantas turbaciones en la religion y en los estados. Las escuelas de Puerto-Real y Utrech enseñaban: *que el pecado mortal no destruye siempre la gracia, sino solo cuando la perversa concupiscencia comienza á dominar;* el abate de San-Cirán exoneraba de *la obligacion de confesar el número y las circunstancias que mudan la especie de los pecados graves;* De Withe escribia á Arnaldo: *que en otros tiempos era muy reducido el número de los pecados mortales que se borraban con la penitencia, y que para borrar los otros bastaban las obras buenas;* De Cluny sostenia que: *el peso de los pecados es un peso feliz, del que no debe del todo descargarse el pecador, y debe llevarse por algun tiempo;* Hamon, que *pueden perdonarse los pecados con solo pensarlos, y este era el remedio mas perfecto del mundo, y que nada se pierde con privarse del bien de la Eucaristia;* De Ligny....; pero basta, ¿y hombres tan corrompidos pudieron tachar de relajada la doctrina moral de los Jesuitas? Ni aun con las muchas falsificaciones de que se valieron para denigrarla, jamás encontraron en ella tanta relajacion y horror. Véanse las *Provinciales á la italiana* de B. Crescimbeni, tom. 1.° pág. 128 á 134, edicion de 1829.

(3). Pág. 9. No ha habido libelo en contra de los Jesuitas, especialmente en los que puede alegarse alguna especie de autoridad, que no lo hayan adoptado con el mayor empeño los jansenistas. De aquí la algazara con que siempre invocan la *Inocenciana* del Sr. Palafox, las *Enfermedades de la Compañia* del P. Mariana, *Teatro jesuítico* atribuido á un respetable prelado y otros testimonios semejantes, como el de Cano, Arias Montano, Gerveto, &c. elevando hasta las nubes la pretendida Santidad, y el mérito literario de esos escritores. Véase lo que se ha dicho sobre estos folletos en la *Defensa de la Compañia de Jesus:* tom. 1. cuad. 1.° 3.° y 5.° y su apéndice: tom. III. Introduccion al cuad. 1.° y cuad. 4.° y sobre todo tom. IV. cuad. 1.° Impugnacion á Ducreux y Suplemento al mismo tomo, cuad. 7.° Refutacion á las Memorias para la historia de los Jesuitas.

(4). Pág. 9. Véase la refutacion de las *Cartas provinciales* tom. II. de la *Defensa* citada, cuad. 1.° 2.° y 3.°

(5). Pág. 10. El público puede quedar resarcido en alguna manera *de la pérdida de la galeria de pintura del duque de Orleans*, por los grabados que se han hecho. El autor de esta obra ha redactado las noticias que se hallan bajo de cada grabado, representando un cuadro de la galería. Su trabajo abraza los 24 ó 25 cuadernos publicados, y no abandonó la empresa, sino obligado á salir de París. El abate de Lachaux, bibliotecario del dicho duque, ha publicado las estampas de las piedras grabadas, con algunas esplicaciones.

(6). Pág. 13. Puede consultarse el *Diccionario de ciencias médicas* publicado en francés en 60 tomos, acerca de los pretendidos milagros del diácono Paris y demás maniobras de los convulsionarios: art. *Convulsionaire.* Igualmente si se registran otros artículos, como los de *Enthousiasme, Exaltation, Imagination, Magnetisme animal &c.*, se verá el motivo que se dió á los impíos á sacrílegas sátiras con esos embustes fanáticos de los jansenistas.

(7). Pág. 24. La *Enciclopedia* pasa entre las personas ignorantes y superficiales por una obra de las mas sábias que se han escrito. Nada hay mas falso: los Jesuitas descubrieron en esa mole de impías proposiciones *mas de dos mil errores literarios;* y la hubieran pulverizado totalmente sin la intriga que impidió sus trabajos posteriores. Esta ha sido siempre la marcha de sus enemigos; oponerse á la publicacion de sus apologias, ó enmudecer cuando se les convida á la discusion. Véase el tomo III. cuad. 5.° de la *Defensa* y se verá palpablemente esta última conducta en la reciente polémica promovida en 1841 en esta capital.

(8). Pág. 26. Pocas ó ningunas acusaciones se han hecho á los Jesuitas, sobre la que no existan abundantísimos testimonios para aniquilarlas. Véase el tom. II. cuadernos 4.° y 5.° de la *Defensa* acerca de una de las mas ruidosas la del R. Cárdenas, obispo del Paraguay.

(9). Pág. 31. El autor, aunque con suma exactitud, refiere ligeramente sin embargo, las intrigas jugadas en las cortes de Lisboa, París y Madrid para espulsar y destruir despues á los Jesuitas. Pueden verse estos sucesos espresados con mas minuciosidad en la *Defensa*, especialmente tom. IV. cuad. 2.° y Suplemento al mismo tom. cuad. 1.° 2.° y 3.°

(10). Pág. 45. «El fanático Arnaldo, dice el presidente de Eguillés en su *Memoria justificativa*, sugeto aislado sin carácter y sin autoridad, no dejó de despedazar mientras vivió en innumerables obras, á una Compañia que Luis XIV amaba y honraba, y jamás se pudo esforzar á retractar una sola proposicion, tan peligrosa en lo político como impía en religion, aunque condenada por su propio cuerpo (la Sorbóna), por el clero, la santa sede y el soberano; y finalmente, á pesar de la oposicion la mas fuerte de la pública autoridad, consiguió levantar la mitad del reino contra la otra, y de infamar, si así me atrevo á decirlo, una parte de la iglesia de Francia, con la importancia que supo dar por algun tiempo al sistema terrible, que tiene por base la proposicion que nunca quiso retractar, y que pretende que *Dios reluse á un justo tal vez la gracia, sin la cual nada se puede, y no obstante esto, no lo escusa de pecado;* de modo que Dios castigaria con pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nas infinitas al justo, á quien habria mandado lo imposible; y seria en consecuencia tan injusto y maligno cuanto pudiera serlo siempre el diablo. ¡Cuántos edictos fueron dados allí en el discurso de mas de un siglo; cuántos decretos, sentencias, órdenes de toda especie, emanados de la autoridad real, contra esta horrible doctrina, sin que hayan producido otros efectos que el redoblar la osadia y la prosecucion de una desobediencia sistemática, acompañada de los actos mas ilegales, y defendida con la mayor publicidad en algunos libelos periódicos, que hasta el dia de hoy continúan!"—El presidente de Eguillés quiere sin duda hablar de la *Gaceta eclesiástica*, de ese infame libelo, que aparecía una vez á la semana, y en que la ciencia, la virtud, los principios ortodóxos de la iglesia católica eran atacados con una impudencia y un furor, que no podian ser inspirados sino por el infierno. El autor de esta obra ha tenido el honor de ser maltratado en ella algunas veces, honor que ha compartido con los mas respetables prelados de la iglesia de Francia, y con las personas que se habian hecho dignas de todas maneras de la estimacion del público: pero en verdad muy gratuitamente era honrado con injurias en esta produccion periódica, porque en todas sus obras, que no tenian por objeto sino la literatura y las bellas artes, no se mezclaba en nada de cuestiones teológicas, y despreciaba mucho á los jansenistas de los ultimos tiempos, para dignarse ni aun de tomarlos en boca. —Estaban ellos muy distantes de haber heredado los talentos de sus predecesores. No eran ya, por decirlo así, sino la escória y las heces del jansenismo. Quedábales solamente el deseo de dañar y de proseguir la ejecucion de sus detestables proyectos; y despues de haber satisfecho su venganza sobre los Jesuitas, que los embarazaban en su carrera, prosiguieron ejerciendo su ódio y su furia destructora sobre la religion católica. Esto es cuanto han pretendido hacer con su abominable constitucion civil del clero, de la que fueron autores. Allí se han manifestado tales cuales son, y cuando hubiesen sido solamente la causa del destierro de aquel gran número de eclesiásticos, que honraban la iglesia galicana con sus virtudes, y que han rehusado con tanto heroismo prestar el juramento que se exigia de ellos para mantener dicha constitucion, seria bastante para hacerlos odiosos en todas las edades futuras. Sus esfuerzos por otra parte no han tenido todo el suceso que se aguardaban. Acaso solo querian hacer á la Francia cismática y herege, y que se adoptasen sus principios en lugar de los profesados siempre por la iglesia católica; pero su secta, como algunos grandes hombres lo habian previsto y anunciado apénas nacida, se

ha ido á perder en el deismo, en el ateismo y en todo el fango de la impiedad, porque allí era cabalmente donde por necesidad debia terminar. La sola proposicion del doctor Arnaldo, de que ha hecho mencion el presidente Eguillés, bastaba para conducirla á ese término. Aunque es verosímil, que el jansenismo no cuente ahora en Francia sino con algunos viejos y obstinados partidarios; pero aun existe un gran número en otras muchas poblaciones de Europa. Que los gobiernos se guarden de ellos. Estos son enemigos peligrosísimos, y tanto mas, cuanto se cubren con la máscara de la hipocresia mas refinada.—Conviene advertir sin embargo de esto, que no todos los jansenistas han tenido parte en las desgracias ocasionadas por la constitucion civil del clero. Uno de ellos ha llegado hasta á publicar una obra muy buena, en la que ha demostrado todos sus peligros y errores. Siguióse un cisma entre ellos. Véase á este propósito una anécdota positiva. Acia el fin del año de 1790 ó á principios de 1791 un abogado del parlamento de Paris, jansenista exaltado, fué á visitar al abate de *Fontenay*, autor de un diario que llevaba su nombre, y que tenia una grandísima aceptacion. Le dijo ser diputado por algunos de los que tenian con él los mismos sentimientos, para proponerle insertase en su diario algunos artículos que le serian enviados, dirigidos contra esta constitucion. El abate de *Fontenay* convino en ello, con la condicion que no contuviesen nada que tuviera la menor relacion con la doctrina de los jansenistas. Se le remitieron en efecto muchos de estos artículos, que él no tuvo dificultad de insertar en su diario, porque eran muy bien escritos, interesantísimos y picantes á lo sumo contra los autores de esta constitucion. Como él no estaba iniciado en los misterios de la secta, le habria sido imposible hacerlos iguales. Allí se revelaban muchos de estos misterios, que hacian conocer muy bien el espíritu de la secta. Era cosa curiosa verlos despedazarse entre sí, y hacerse á sí mismos la justicia que merecian.

(11) Pág. 51. Todas las calumniosas imputaciones que se hicieron al instituto de los Jesuitas y á sus ministerios, fueron victoriosamente refutadas por la apología del P. Cerutti que se ha insertado en el tom. III cuad. 1.° de la *Defensa;* lo han sido tambien por una série no interrumpida de aprobaciones pontificias desde 1540, hasta el de 1839, como puede verse en el cuad. 2.° del tomo y obra citados; y además por el dictámen contrario de hombres muy distinguidos por su saber, y aun algunos nada adictos á los Jesuitas, de los que igualmente se han presentado allí mas de sesenta testimonios.—No hay duda que todavia se repiten esas falsedades, y no faltan paises en que se quiera juzgar, ó se haya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perseguido á los Jesuitas, de la manera brutal con que los juzgaron en el siglo anterior los parlamentos de Francia; pero tampoco deja de haber quienes los defiendan hoy con tanto zelo y gloria como en esa época. Véase, como prueba, lo que se ha escrito hace pocos años por una sociedad de mas de sesenta literatos en Europa; y lo que ha publicado un periodista protestante en 1844 en el Norte-América; y por aquí se formará idea de la ilustracion, ó buena fé de ciertos escritores.—«El instituto de los Jesuitas, dice el Cardenal de Beausset, habia sido criado para abrazar en el vasto empleo de sus atributos y funciones todas las clases, todas las condiciones, todos los elementos, que entran en la armonia y la conservacion de los poderes políticos y religiosos....su fin era defender á la iglesia católica contra los luteranos y calvinistas, y su objeto político proteger el órden social contra el torrente de las opiniones anárquicas, que marchan siempre de frente con las innovaciones religiosas. Este cuerpo estaba tan perfectamente constituido, que no tuvo ni infancia ni vejéz. Desde los primeros dias de su nacimiento se le vió formar establecimientos en todos los estados católicos, y combatir con intrepidéz todos los errores, fundar misiones en el Levante y en los desiertos de la América y mostrarse en los mares de la China y de las Indias.—Esta Compañia ha proporcionado en efecto y sin cesar obreros laboriosos, en todo lo concerniente al estado eclesiástico, así como en el campo de la literatura. Ella ha tenido hombres distinguidos en la teologia, en la controversia, en el púlpito, en la historia, en las ciencias, en las letras.—Los cardenales Belarmino, Toledo, Lugo, Palla-vicini, y para no hablar sino de la Francia los padres Sirmond, Petau, Labbe, Cossart, Bourdaloue, Cheminais, La-Rue, Griffet, Daniel, Ducerceau, Berthier, &c. &c. son nombres bastante honrosos para el cuerpo que los ha producido. La obra de las misiones es en la que los Jesuitas se han hecho mas ilustres: ellos han abrazado en su zelo todos los paises desde el Canadá hasta Chile, y el Japon hasta la Asia menor; y además de los servicios hechos por los misioneros á la religion á costa de su vida, han sido allí útiles al progreso de los conocimientos humanos. En Europa ellos tenian numerosos colegios, y tenian tambien misiones. En la muerte de S. Ignacio, la Compañia tenia ya doce provincias, que contaban ya lo menos cien colegios sin las casas profesas; y este número se habia aumentado despues. Habia en todo hácia mediados del siglo XVIII veinte mil Jesuitas, de los cuales cerca de cuatro mil estaban en Francia. Ellos abrieron sus clases en París en 1564, y gozaron de bastante tranquilidad hasta el proceso que les suscitó Jaques de Am-

broire rector de la universidad. Los protestantes tuvieron parte en este asunto, como se vé por una carta del calvinista Bougars; *estamos aquí ocupados en hacer echar á los Jesuitas.* Pero el proceso no llegó á juzgarse. El crimen de un malvado que habia estudiado con los Jesuitas (Chatel), excitó contra ellos una tormenta furiosa: y el parlamento de París los expulsó en 1594, como si ellos hubieran provocado este atentado con sus doctrinas; pero el príncipe mismo, objeto de este atentado, los restableció en 1603, y el edicto fué registrado en el parlamento de París despues de algunas dificultades. En 1618 ellos entraron en su colegio de Clermont; y ocuparon succesivamente sus colegios en casi todas las ciudades del reino.—La confianza de todos los gobiernos católicos, dice otra vez Mr. de Beausset, y el suceso de su método, hicieron pasar casi exclusivamente á sus manos el depósito de la instruccion pública. Tuvieron el mérito de honrar su carácter religioso y moral, por una rigidez de costumbres, una templanza y un desinterés personal, que sus enemigos mismos no han podido disputarles. Es la mas bella respuesta á todas las sátiras que los han acusado de profesar principios relajados.—Las cuestiones del jansenismo atrajeron sobre los Jesuitas nuevos enemigos; y su zelo en este asunto puede considerarse como una de las primeras causas de su destruccion. *Las provinciales, la moral práctica,* y muchos otros escritos sirvieron á desacreditar poco á poco á los Jesuitas, y prepararon su caida. *Las noticias eclesiásticas,* sobre todo, fué uno de los medios mas eficaces que se empleó contra ellos; y esta gaceta hoy dia tan despreciada, les dió por treinta años golpes con un ardor infatigable. La primer tormenta reventó en Portugal, de donde un ministro poderoso los hizo expulsar en 1759, bajo pretestos cuya falsedad ha sido despues comprobada. En Francia el proceso del padre Lavalette dió una ocasion de que se aprovecharon ávidamente. No solamente se condenó á los Jesuitas á pagar las deudas de este religioso; sino que denunciaron sus constituciones, y un decreto de 6 de agosto de 1762 dado en el parlamento de Paris, declaró su instituto inadmisible en todo estado civilizado, y les mandó salir de sus casas y dejar el hábito. No fué bastante el haber anonadado el cuerpo: se desterró á todos sus miembros en 1764, y habiéndoles permitido el rey volver poco despues, se les desterró de nuevo en 1767. Fué en vano que el papa y los obispos de Francia tomaron el partido de la Compañia, y ensayaron defenderla. Su pérdida estaba resuelta. En 1767 el rey de España y el rey de Nápoles su hijo desterraron á los Jesuitas, y en 1768 el duque de Parma y el gran maestre de Malta siguieron este ejemplo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clemente XIV, habiendo subido al trono pontifical, las cortes de España y de Portugal lo estrecharon con las mas vivas instancias, para que suprimiese á los Jesuitas; este papa, cediendo al fin á sus instancias, dió para este efecto un breve en 21 de julio de 1773. La Compañia de Jesus llevaba de subsistir 233 años. Los establecimientos que ella habia formado desaparecieron en Europa y en las otras partes del mundo. Sin embargo algunas casas subsistieron en Rusia. En 1801 Pio VII autorizó por un breve de 7 de marzo á los Jesuitas de Rusia á vivir en comunidad; y en 1804 estendió esta concesion á peticion del rey de Nápoles, á aquellos que se encontraban en sus estados. En fin, el 7 de agosto de 1814 restableció la Compañia y autorizó á los Jesuitas á vivir bajo la regla de S. Ignacio, y á volver á tomar las funciones de su instituto *en todos los lugares donde ellos fuesen llamados*. Despues el rey de España les ha vuelto sus bienes no vendidos, sus casas y sus colegios. El rey de Cerdeña y el duque de Módena los han recibido tambien en sus estados. Los Jesuitas tienen además establecimientos en Inglaterra y los Estados-Unidos. BIOGRAFIA UNIVERSAL, Tom. 21 pág. 190.

«La historia de los Jesuitas es la de una lucha perpetua contra la idolatría y el ateismo, la infidelidad jamás ha encontrado adversarios tan completos é infatigables. El arma mas bien templada, con que el ministro protestante ataca al escepticismo, es prestada de la armeria de los Jesuitas. Ellos fueron los primeros, que sin que los conturbase el miedo de una muerte cierta y horrorosa, plantaron la cruz en la China. Ellos han caido allí á millares, bajo de la espada de la persecucion; pero luchan todavia sin desmayar, sin desalentarse, sin dejarse vencer.—Perseguidos desde el principio de su existencia, ellos jamás han perdido ni por un momento el valor ni la esperanza.—Ellos siempre se mantuvieron entre los nobles y el pueblo; de aquí el ódio que les profesaron las monarquías aristocráticamente gobernadas de Europa, las cuales compelieron á Clemente XIV á que, aunque á su pesar, suprimiese su órden. Ellos fueron espulsados la primera vez de Francia, por la influencia de maestros rivales, y la segunda porque no quisieron aprobar el concubinato de madama de Pompadour con el rey. Si ellos hubieran sido mas complacientes, las intrigas de Choisseul, tanto en Paris como en Madrid, hubieran sido inútiles para ellos.—Aun el escéptico Lalande lamentó su caida, y Voltaire confiesa que ellos habian merecido bien de la pátria. Cualesquiera que sean los crímenes que les imputaron las coronas y los cortesanos, *ellos fueron siempre amigos de la multitud trabajadora*. Jamás la mano trémula de la pobreza, llamó en vano á la celda de los

Jesuitas; jamás el niño huérfano invocó sin fruto su caridad. —Su fortuna ha sido abundantemente variada. Mártires en un reino, y consejeros respetados en otro. De algunos paises ellos fueron lanzados por disolutos imperiales ó reales prostitutas. Allá ellos han sido heridos por una plaga de Egipto; acá atacados y momentaneamente vencidos, por insectos y cosas que se arrastran."—JERSEY CHRONICLE 20 *th. October* 1842.

(12) Pág. 53. Puede verse el famoso informe dado por los 46 obispos y los dos agentes del clero de Francia á favor de los Jesuitas en 1761, y por toda la asamblea del mismo clero en 1762, en el tom. I. Cuad. 4.° de la *Defensa*.

(13) Pág. 59. Todas estas noticias son estraidas de la *Memoria justificativa* ya citada del Señor presidente de Eguillés, hermano del marqués de Argéns, que vivió mucho tiempo en la corte de Federico rey de Prusia. Estos dos hermanos tenian sentimientos muy opuestos en materia de religion. El marqués de Argéns la ha atacado abiertamente, y puede decirse con furor, en obras por desgracia muy esparcidas, como *las Cartas Judias, la Filosofia de los Bonzos etc.* El Señor de Eguillés se ha mostrado un zelosisimo defensor de los Jesuitas. El era presidente en Mortier en el parlamento de Aix en Provenza, donde su padre habia ejercido por mucho tiempo el cargo de procurador general. Cuando se trató en ese parlamento de dictar un decreto para disolver la Compañia de los Jesuitas, el presidente de Eguillés se opuso á él con la mayor firmeza. Como era un magistrado íntegro, igualmente que ilustrado, sostuvo su causa con elocuencia, y trajo á su partido á todos aquellos entre sus compañeros, que aun se hallaban apegados á los antiguos principios. El número de éstos era muy considerable. Formóse un cisma en el parlamento, se exasperaron los ánimos. Los enemigos de los Jesuitas, que se habian convertido en los del presidente de Eguillés, al fin vencieron. El decreto de proscricion fué dado contra los primeros; y al mismo tiempo se dió otro contra el segundo, y contra otros tres ó cuatro miembros de este cuerpo, que se habian mostrado tan zelosos como él; en virtud del cual fueron arrojados ignominiosamente del número de los magistrados, y se les confiscaron sus empleos. El presidente de Eguillés apeló al consejo de estado del rey, pero inútilmente á su favor ante los ministros; no fué atendido. Las cosas llegaron á tal punto, que se vió obligado á abandonar la Francia, y escogió por lugar de su retiro la ciudad de Liega, donde vivió como diez y ocho meses. Allí fué donde ácia el año de 1767, ó 1768, compuso y dió á la prensa una *Memoria Justificativa*, ella es un volúmen en cuarto bastante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grueso, de la que no hizo tirar sino doce ejemplares para dirigir uno á cada miembro del consejo de estado. Las pruebas mas convincentes, los raciocínios mas sólidos, la elocuencia, la erudicion en fin, todo lo reunió para hacer su propia apología y la de los Jesuitas; ella ha sido llevada hasta la demostracion. Se hizo finalmente justicia al presidente de Eguillés: fué repuesto á su cargo, que él ya no quiso ejercer, y volvió á su pátria, donde algunos años despues murió. La casualidad ha hecho venir á mis manos uno de estos ejemplares. He estractado muchos pasages; pero me contento con referir los siguientes.—„Todos los escritores luteranos y calvinistas convienen ellos mismos de buena fé, en que los Jesuitas fueron principalmente los que contuvieron los progresos de su pretendida reforma. *La ignorancia del clero,* dice Puffendorf, *fué muy desventajosa desde los tiempos de Lutero á los de la religion católica. Los de esta comunion, singularmente los Jesuitas, remediaron despues este desórden.* Repite lo mismo en otros varios lugares, con especialidad á las páginas 619, 647 y 648 del capítulo 12 de su introduccion á la história: Bayle, que no es ciertamente sospechoso sobre este artículo, pretende que solo Bellarmino ha servido mas al catolicismo contra los hereges de los últimos siglos, que todos los otros escritores juntos de controversias. *No hay autor,* dice él, *que haya sostenido mejor que este Jesuita la causa de la iglesia romana. Los protestantes,* añade, *lo han conocido bien, porque no ha habido hábil teólogo entre ellos, que no haya escogido á Bellarmino por blanco de sus obras de controversia. Las lecciones y las tésis de sus profesores hacen resonar por todas partes un tal nombre: ut litus Hyla, Hyla omne sonaret.* Ninguno ignora haberse establecido en Inglaterra una cátedra en Cambridge y otra en Oxford únicamente para combatirlo. Finalmente, pregúntese todavia el dia de hoy á los católicos de Alemania, si otros que los Jesuitas entre su clero estén en estado de hacer frente á los ministros, y responder á las obras de controversia que no cesan de publicar.—Estos padres no habian servido menos á la religion entre nosotros, que en otras partes. El hombre mas docto del siglo pasado llamaba con razon á los Jesuitas Petavio y Sirmond *las dos mayores lumbreras que habia tenido la iglesia de Francia: Duo magna Ecclesiæ Gallicanæ lumina.* No es fuera del caso observar, que al padre Petavio es á quien debe la iglesia católica el homenage, tributádole al fin de sus dias por el mas grande génio, por el mas docto crítico, por el mas profundo teólogo, por el hombre mas honrado entre los calvinistas, el incomparable Grocio, que despues de haber escrito tanto contra los dogmas y los principios constitutivos de nuestra religion, acabó defendiendo generalmente todos sus artí-

culos en obras publicadas, cuyo provecho durará tanto tiempo, cuanto su nombre. El fruto de sus largas disputas con el padre Petavio, fué una tan gran deferencia á los sentimientos de este Jesuita, que remitiéndole sus obras teológicas contra el protestante Rivet, le rogaba no dejase de tachar cuanto le pareciese contrario á la verdad, ó al amor de la paz: *aut veritati dissentaneum, aut ad pacem minus idoneum.* (Carta datada á 12 de abril de 1642). Le asegura que su docilidad nacía tanto de su admiracion á sus virtudes, como del aprecio de su profunda erudicion: *virtutum tuarum,* le escribia, *summus admirator.* (Véanse las cartas de Grocio 1450, 1526, 1571, 1634, 1669). En conclusion, jamás terminaria si quisiese nombrar á todos los Jesuitas, que en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en los Paises bajos y en otras partes, han escrito contra los hereges. Las obras de Valencia, de Becano, de Maldonado, &c. &c. andan en las manos de todos. Pero yo no debo omitir que la misma iglesia atestigua en su rezo público, que la opinion general y constante de los católicos y de la santa sede es, que Dios suscitó á los Jesuitas en estos últimos tiempos, para combatir contra los luteranos y demás novadores, como habia suscitado otros grandes hombres en otros tiempos: *Ignatius haeresi bellum indixit eo successu continuatum, ut constans fuerit omnium consensus, etiam Pontificis confirmatus Oráculo, Deum sicut alios aliis temporibus Sanctos viros, ita Luthero, aliisque hujus temporis haereticis, Ignatium, et institutam ab eo Societatem objecisse.* (Véase en el breviario romano el oficio del dia de S. Ignacio). Observemos de paso, que esto sería querer hacer cantar á la iglesia una muy singular y escandalosa palinodia, con exigir de ella la condenacion de un instituto tan alabado.—Los Jesuitas perseguidos en Portugal por no haber vivido segun su instituto, destruidos en Francia por haber seguido mucho su impío espíritu, proscritos en todos los estados de la corona de España por motivos que la ley del soberano prohibe querer penetrar, amenazados acaso en otros estados católicos, (*). tranquilos al mismo tiempo en todos los de los príncipes protestantes, donde tienen establecimientos, honrados con mas lustre que nunca del aprecio de la santa sede y del episcopado, aquí los hombres mas venerables, allá los mas grandes malvados del mundo, ofrecen los Jesuitas al universo un espectáculo que dá el mayor golpe, y forma un contraste el mas singular....Pero en esta variedad de opiniones yo no puedo

(*) *Se infiere de estas palabras, que el presidente de Eguillés habia compuesto su* Memoria justificativa *antes de la abolicion de los Jesuitas decretada por el señor Clemente XIV.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos que reflexionar cuatro cosas, las cuales no me han dejado duda alguna sobre la personal idea que debo tener de ellos. 1.ª Ningun género de ciencia, en que no hayan producido hombres eminentes. 2.ª Ningun cuerpo religioso, en que por confesion de sus mismos enemigos, las costumbres hayan sido jamás tan puras. 3.ª Ninguno de los que yo he frecuentado, que no me haya parecido que amase sinceramente el bien, y tuviese un espíritu de paz. 4.ª Ningun rey desde su establecimiento en Francia, que no les haya acordado, no menos que toda su familia, la confianza mas entera y mas pública. Hé aquí mas aun de lo que se necesita, para que yo pueda desear sin delito su conservacion, y porque deba en estas circunstancias hacerme un deber y hasta una gloria de confesarlo. Si esto es ser *ultramontano enemigo de los reyes, fautór secreto del poder indirecto*, yo lo soy con Grocio, á quien no puedo dejar de citar. Se le hacian, aun siendo protestante, los mismos reproches que se me hacen á mí. Respondia él con las mismas palabras. Yo no he hecho sino traducirlas. He admirado é imitado su buena fé. *Jesuitarum Societas intra hos annos centum et quod excurrit, plures prótulit viros in omni género scientiarum eruditos, et eosdem vitae inculpatae quam ulla alia. Scio ego multos esse eorum qui serio teneantur studio, et vitia tollendi, et pristinam unitatem restituendi. Neque me piget eorum uti consiliis, quibus Rex Christianisimus, id quod praeclosissimum est, credit.* [*Votum pro pace Eccles. art.* 5, *in fine, pág.* 628, *Col.* 2]".—El presidente de Eguillés no fué el único magistrado, que emprendiese la defensa de los Jesuitas. Un gran número de otros, de los mas respetables por sus luces y por su integridad, la emprendieron tambien en la mayor parte de los otros parlamentos. Es por lo tanto verosímil, que si no se hubiese empleado la intriga para ganarse la pluralidad de los votos, habrian sido conservados, como lo fueron principalmente por el parlamento de Tolosa y por el de Burdeos, cuando el de París los desterró de su jurisdiccion en 1594. Débese además observar, que sus enemigos, que han procurado su destruccion en los parlamentos en 1762, no han podido menos que hacerles justicia bajo muchos aspectos. Me conformaré con referir un pasage del informe de Mr. Charles, consejero en el parlamento de Ruan, á quien se habia encargado examinar el instituto de los Jesuitas. «Cualquiera que sea (dice él) esta Compañia contra la que nos vemos obligados á invocar la autoridad de las leyes, no debemos callarlo, ella ha nutrido en su seno y todavia mantiene en él corazones rectos, hombres capaces de servir á la religion, al soberano y á la pátria; ciudadanos virtuosos, súbditos fieles, y cristianos llenos de

una adhesion sincéra á las verdaderas máximas. De aquí es que *condenando el cuerpo*, no ha sido nuestro designio dirigir las reconvenciones que le hacemos á alguno de sus miembros en particular.» Parecerá singular á primera vista, que el señor Charles, despues de semejante confesion, no haya concluido conforme á las primeras nociones de la justicia en hacer una distincion de los miembros de que habla, y de los que merecian sus elógios. ¿El parlamento de Ruan podia envolverlos á todos en un decreto de proscricion general, y sujetarlos á penas tan rigorosas? ¿Cuál es, segun esto, la exactitud de un tal raciocinio, en que *condenándose el cuerpo* se alaba á los miembros, como si estos no constituyesen á aquel, ó si creyéndose estos buenos, el cuerpo no debiese serlo tambien por necesidad?

(14) Pág. 66. Oígase sobre esta conspiracion un testimonio inatachable bajo todos aspectos, Mr. Willemain, ex-ministro de la instruccion pública en Francia y famoso por su ódio á la Compañia de Jesus, quien en una obra de bastante mérito publicada en nuestros dias, se ha espresado así: «No puede uno figurarse facilmente, que bajo ciertos aspectos, la accion de las ideas de Voltaire era, á mediados del siglo XVIII, mas poderosa, mas pronta en Madrid y en Lisboa, que en París, y sin embargo la historia lo atestigua.... El conde de Aranda habia vencido en España á la Compañia de Jesus.... él recibia en París los elógios encarecidos de los filósofos....El mismo espectáculo, el mismo contraste se nos presenta en Portugal.»—*Curso de literatura francesa*, cuadro de literatura en el siglo XVIII, leccion 37 tom 3.—París 1841. —Esto conviene admirablemente con lo que dijo De-Alembert en su obra *sobre la destruccion de los Jesuitas en Francia* pág. 191, entre otras importantísimas confesiones: «Lo que debe completar el asombro, es, *que dos ó tres hombres solos*.... hayan imaginado y llevado al cabo este gran proyecto.... de una semejante revolucion.» ¿Y se nos vendrá todavia alguno objetando la espulsion de los Jesuitas en el siglo anterior de varios reinos católicos?

(15) Pág. 66. Para esclarecer la verdad y justicia, es indispensable hacer una observacion muy obvia é importante sobre la pragmática de Carlos III, de 2 de abril de 1767, la cual analizada con un exacto criterio no fué mas que una ley *ex post facto*, y con *fuerza retroactiva*, en cuya virtud se pretendió trasformar en crímen la profesion de un instituto religioso aprobado por leyes civiles y disposiciones eclesiásticas vigentes, para descargar sobre miles de eclesiásticos inocentes, sin prévia forma de juicio, y privándolos del derecho sagrado de defensa, la pena de espatriacion, que por su gra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vedad es considerada la segunda despues de la muerte.... ¿Y semejante ley, *ipso jure*, nula, podrá aun invocarse en algun pais en que se hayan proclamado á la faz de todo el mundo solemnemente las garantias sociales? Es esto tan cierto, que hasta los mismos legisladores en España, cuando suprimieron á la Compañia en 1820, solo ocurrieron á la ley que mandaba observar el breve de Clemente XIV de 21 de julio de 1773, avergonzándose sin duda de ocurrir á aquella arbitrarísima pragmática. Nueva inconsecuencia al saber, á no poder dudarlo, que habia sido derogado espresamente por Pio VII, desde 7 de agosto de 1814, así como la repetida pragmática lo estaba por Fernando VII por tres diversos decretos, el de 29 de mayo de 1815, (en que los tales motivos *reservados* fueron llamados calumnias, ridiculeces y chismes), el de 3 de mayo de 816 y la real cédula de 20 de agosto de 1818; pero ¡cuán útil es á ciertos hombres poder citar cuando les viene á cuento, leyes reales y disposiciones pontificias, aunque espresamente derogadas, revocadas y anuladas!

(16) Pág. 68. En la *Defensa* tom. II cuad. 5.° se hallan algunos testimonios muy notables, como los de Robertson Chateaubriand, Raynal, Montesquieu, Buffon y Muratori, que escribió una obra muy filosófica sobre el particular, en recomendacion de las famosas misiones del Paraguay. A estos debemos agregar el que se ha tomado de una obra moderna, cuyo autor se espresa así: «En la parte meridional del nuevo mundo estaba reservado á una sociedad religiosa el establecer el gobierno mas singular, paternal y feliz que jamás ha existido. Mientras los españoles se conducian como conquistadores en México y el Perú, los Jesuitas eligieron el Paraguay como su mision predilecta. Hablando á sus habitantes, todavia salvages, el idioma de la dulzura, la sabiduria y la razon, se hicieron amables á aquellos hombres buenos y simples. Disponiéndolos de este modo al trabajo, los gobernaron con justicia, y no les dejaron carecer de cosa alguna. Aquellas familias errantes y malhadadas, que por tanto tiempo solo habian visto reinar en torno de ellas el estrago y desolacion, encontraron en los ilustrados misioneros la certidumbre de una vida feliz y quieta, y mientras corrian por todas partes lágrimas y sangre, adquirieron ellos á la sociedad inmensas riquezas que no costaron á la humanidad un solo lamento. —Cuando despues de haber leido los anales sangrientos de la América, se pasa á la historia del Paraguay, se figura el lector como elevado á una region superior, en que respira un aire puro y vital. ¿Y qué seria de los desgraciados indios de toda la América del Sur si hubiesen sido tratados como en aquella region privilegiada? La historia de este gobierno religio-

so es única en los anales del mundo. Pronto esta prodigiosa obra de concordia y de felicidad produjo zelos, rivalidades y ambicion entre dos potencias limítrofes de Europa [*España y Portugal*]. Aquel pais antes inculto, se habia llenado en menos de cincuenta años de aldeas y villas con los rápidos progresos de la religion. Cada departamento era una familia gobernada por un Jesuita.—Pero fué asaltado aquel infortunado pais; y no pudiendo resistir los infelices indios á las fuerzas militares con que se les acometió, se internaron por regiones apartadas con sus hijos y aperos de labranza, siguiendo á aquellos, á quienes miraban como á númenes tutelares; mas no pudiendo restablecerse del golpe mortal dado á la existencia civil de sus bienhechores, volvieron á caer sus familias abandonadas en el estado salvage, del que las habian sacado los padres, civilizándolas. Poblaciones enteras renunciaron al matrimonio, y por no multiplicar víctimas á sus opresores, tuvieron la energia de sofocar en sí propios la inclinacion poderosa de la naturaleza que renueva las generaciones. De este modo el suelo que los vió nacer, y en donde habian cultivado las virtudes domésticas y sociales, vió perecer con ellos todas las esperanzas de su posteridad.» [*Ferrand, Espíritu de la Historia.*]

(17) Pág. 68. La nacion española se ha distinguido en todos tiempos por la viveza de su espíritu; pero esta viveza no ha sido siempre moderada por las reglas del buen gusto. Los dos Sénecas y el poeta Lucano sirven de prueba entre los antiguos. Lo mismo pasa con frecuencia entre los modernos; aunque la justicia nos obliga á decir, que hay algunos esceptuados de semejante reproche bajo este aspecto, como el inmortal Cervantes autor del Quijote, Mariana en su historia de España, Antonio de Solís en la de la conquista de México &c. Estos escritores pueden compararse con los mas famosos de cualquiera nacion donde todavia se aprecian las letras. Los Jesuitas españoles participaban en sus obras de los defectos de sus compatriotas. Pero su detencion en Italia sirvió para depurar y perfeccionar su gusto. He leido algunos libros que han compuesto en italiano, escritos con una elegancia de que los mismos nativos de allí pueden estár zelosos. Citaré entre ellos la historia de la literatura superior á la de Tiraboschi, tragedias, de que todos los periódicos italianos han hecho los mayores elógios, un tratado sobre la música &c.

(18) Pág. 69. El descubrimiento de la falsificacion de la carta que refiere nuestro autor, aunque en el fondo es la misma que la que se halla escrita por el baron de Henrion, en su *Continuacion á la historia eclesiástica de Bercastel*, tomo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI, pág. 185, aun es mas evidente la impostura, segun la relacion de este último; porque la marca del papel, aunque española, y no italiana, contenia el año de su fabricacion, y este era dos años posterior á la fecha de la carta. Debe tambien advertirse otra equivocacion en honor del señor Pio VI. Cuando hizo este descubrimiento de la falsificacion de la carta, no era mas que simple prelado, y jamás perteneció á aquella congregacion diputada por el señor Ganganelli para los negocios de los Jesuitas, que cometió tantos excesos.

(19) Pág. 75. Véase el cuad. 3.° tom. 4.° de la *Defensa;* „Reflexiones al Breve *Dominus ac Redemptor noster*, dado por Clemente XIV, en 1773."

(20) Pág. 78. „Un ministerio que ocupaba mucho á los misioneros en Constantinopla era el cuidado de los esclavos del baño del Gran Señor. El baño, llamado así de la palabra italiana *bagno*, con motivo del que tenian allí los turcos, es un amplio recinto, rodeado de altas y fuertes murallas, que solo tiene una entrada con dobles puertas, en que hay siempre una guardia numerosa. En medio de este gran recinto ó primer patio, se levantan dos habitaciones de figura casi cuadrada, aunque de desigual tamaño. El mayor se llama el gran baño, y el mas pequeño el baño chico. Estos dos baños ó prisiones no reciben luz sino por la puerta y por algunas ventanas muy altas atravesadas de gruesas verjas de hierro. Aquí es donde se encierra á los cristianos prisioneros en la guerra, ó sobre los buques enemigos de la Puerta. Los oficiales tienen pequeños pabellones para dos ó tres. Los simples soldados están al descubierto sobre las calles, ó estacadas, que se hallan á lo largo de las murallas, y en cada uno no tiene mas lugar que el que puede ocupar su cuerpo. En una division de cada baño, se han edificado dos capillas, una para los esclavos del rito latino, y otra para los del griego y moscovita. Cada una de ellas tiene su altar y sus pobres ornamentos aparte. Ambas tenian en comun muy buenas campanas; pero se les han quitado, porque decian los turcos dispertaban á los ángeles que venian á dormir de noche encima del techo de una mezquita recientemente edificada en su inmediacion. Muy cerca del baño chico, se ha fabricado y adornado con las limosnas de los fieles, una pequeña iglesia, con el título de S. Antonio, que está bien provista del servicio necesario de altar, y tambien de alguna plata: esta es la capilla de los oficiales y enfermos. Los esclavos eligen anualmente un escribano ó prefecto del baño, y un sacristan sujeto á él, á quien todo se entrega por cuenta, para entregarlo de la misma manera á los que entran en su lugar. Cada esclavo, aun en el baño, tiene siempre una ó dos cadenas

sobre el cuerpo. Todos los dias del año, excepto las cuatro fiestas solemnes, se les saca muy á la madrugada á trabajar al arsenal ó á las otras obras públicas. Ellos van al trabajo en cuadrillas de treinta ó cuarenta, atados con cadenas dos á dos. Su alimento consiste en dos malos panes negros por racion de cada hombre. En la tarde, al ponerse el sol, se les encierra. Aquellos, de cuyo trabajo están satisfechos los guardas turcos, quedan separados unos de otros; los que quieren castigar son dejados juntos con las cadenas; poco despues, se dá la voz para entrar en los baños. Allí apénas son amontonados y contados, cuando se encierran con doble cerradura hasta el dia siguiente. Cuando caen enfermos, no es permitido trasladarlos á otra parte; es necesario que permanezcan en el baño y siempre con la cadena, la que no se les quita hasta que han muerto; y ni aun entónces se fian los guardas turcos. Los cadáveres, antes de ser conducidos á los cementerios públicos, son detenidos en la puerta principal, donde son atravesados varias veces de parte á parte con largos estiletes de hierro, para asegurarse que ellos están verdaderamente inanimados.—Los servicios que los Jesuitas prestaban á estas pobres gentes consistian en conservarlos en el temor de Dios y en la fé, en procurarles los alivios de la caridad de los fieles, asistirlos en sus enfermedades y ayudarlos á bien morir. Ademas de las visitas que les hacian en el discurso de la semana, dos Jesuitas iban todo el año las fiestas y los domingos á ambos baños. Entraban las vigilias y se encerraban allí con los esclavos. El padre de cada baño tenia una pequeña estancia aparte, donde se retiraba cuando no habia enfermos que visitar. Despues que estos infelices habian descansado un poco y tomado algun alimento, se daba la señal para la oracion. Concluida esta, el religioso hacia una plática como de media hora sobre alguna materia edificante, y que tenia mas relacion con las disposiciones actuales de los prisioneros; despues se sentaba en el confesonario por algunas horas. Terminadas las confesiones, se iba á reposar un poco, si no es que hubiese que velar á algun moribundo. A las cuatro de la mañana, en invierno, y á las tres en estío, se levantaba todo el mundo á oir misa, en la cual hacia el padre una breve esplicacion del evangelio. Así que acababa la misa, despues que los que habian comulgado concluian de dar gracias, se ponia en la puerta de la capilla con las limosnas que habia podido reunir, y las repartia á todos conforme pasaban; despues de lo cual las puertas se abrian de nuevo con gran ruido, y cada cual iba á hacerse encadenar con su compañero, para volver al trabajo.—En los tiempos de peste, como era indispensable prestar socorros violen-

tos á los que eran invadidos, y los Jesuitas no tenian en Constantinopla sino cuatro ó cinco misioneros, su costumbre era que un solo padre entrase en el baño, y permaneciese en él durante todo el tiempo de la enfermedad. El que obtenia el permiso del superior (el que no se alcanzaba sin fuertes representaciones por parte de los otros y aun del mismo superior), se disponia con algunos dias de retiro, despidiéndose de sus hermanos como si fuese á morir. Algunas veces en efecto consumaba allí su sacrificio, y otras escapaba del peligro.—El padre Diego Cached, que ademas del nombre de *padre de los armenios*, tenia aun en Constantinopla y Malta, el de *padre de los esclavos*, este religioso casi incansablemente ocupado en las obras de caridad en que habia mayor peligro, ya en el baño, ya en los bajeles y galeras del gran-señor, escribia así en 1707, año en que la peste fué tan furiosa, que arrebató cerca de una tercera parte de Constantinopla: «Sin embargo, yo me he sobrepuesto á todos los temores que causan las enfermedades contagiosas, y si Dios quiere, no creo ya morir de este mal despues de los riesgos que acabo de correr. Yo salí del baño, donde he dado los últimos sacramentos y cerrado los ojos á noventa personas, las únicas que han muerto en tres semanas en este lugar tan desacreditado, mientras que en la ciudad, y al aire libre, las gentes morian á millares. Durante el dia, no estaba á mi parecer, asustado de nada; y solamente de noche, durante el poco espacio de sueño que se me dejaba tomar, sentia mi espíritu lleno todo de ideas espantosas. El mayor peligro que he corrido, y tal vez correré en lo que me resta de vida, ha sido en el fondo de la bodega de una sultana de ochenta y dos cañones. Los esclavos, de acuerdo con los guardas, me habian hecho entrar al anochecer para confesarlos toda la noche y decirles la misa antes de la madrugada. Nosotros fuimos encerrados con dobles candados segun costumbre. De cincuenta y dos esclavos á quienes confesé y dí la comunion, doce estaban enfermos, y tres murieron antes de que yo hubiese salido. ¡Juzgad que aire podría respirar en este lugar cerrado y sin la menor abertura! Dios que por su bondad me ha libertado de este peligro tan inminente, me sacará con bien de otros.» *Historia eclesiástica de Berault-Bercastel, continuada por Henrion: tom. XI. pág 9 á 12, 1840.*

(21) Pág. 79. Véanse el suplemento al tom. IV, cuad. 4.° part. 2.ª de la *Defensa* todos los pasos que se dieron para la apertura del primer Noviciado de los Jesuitas en la Rusia.

(22) Pág. 81. El proceso íntegro formado al padre Lorenzo Ricci, último general de los Jesuitas, junto con la protesta que hizo este á la hora de la muerte, y otras importantes piezas sobre el mismo asunto, se han insertado en el tom. I. cuad. 2.° de la *Defensa*.

(23) Pág. 83. La sacrílega metamórfosis de la iglesia de los Jesuitas de Mastriche en teatro, no dejó de excitar los clamores públicos y aun las declamaciones desde el púlpito de los ministros reformados, que han mirado esta empresa como una violacion manifiesta de un culto religioso cualquiera. El cielo volvió por su causa con ejemplares castigos. Apenas se habia puesto mano á la obra, cuando el primero que habia tomado acciones sobre este maldito teatro, ha sido arrebatado por una muerte súbita é imprevista; y el gran promovedor de esta odiosa profanacion, tuvo un fin trágico; habiendo caido de su balcon á la calle pública y fracturádose la cabeza, despues de un mes de síncopes y deméncia, ha pasado á dar cuenta á Dios de su obra, algunos dias antes de la abertura de este lugar, que se puede llamar la abominacion de la desolacion. Con estos manifiestos castigos, el público no puede dispensarse de adorar los resortes admirables de la Providencia, y los mas apasionados partidarios del teatro no osan dirigir sus pasos á éste, por la aprension de ver estallar allí la venganza celestial.—Un poeta latino ha propuesto poner en él por inscripcion.

Abstulit hinc Jesum, Veneri ut delubra dicaret
Luxuriosa cohors: hanc colit illa Deam.
Sicque favent sceleri, qui Religionis avitae
Se dicunt; Templa his et Deus ipse joco est.

Esta escandalosa profanacion nos da motivo á observar con el abate Feller, que la religion, decreciendo en la medida exacta en que se eleva el histrionismo (su barómetro en razon inversa), nosotros verémos mas generalmente y mucho mas de lo que me atrevo á decirlo, á los *Fígaro* y los *Pigmaleon* recibir los homenages de los pretendidos cristianos en los muros de los santuarios profanados. «Los sátiros danzarán allí (segun la espresion del profeta); las sirenas darán el espectáculo del placer, los mónstruos del desierto harán su morada.» *Habitabunt ibi struthiones, et pilosi saltabunt ibi, et respondebunt ibi ululae in aedibus ejus, et sirenes in delubris voluptatis.* Isai. Cap. XIII.

(24) Pág. 88 El sistéma de la enseñanza jesuítica se hizo admirar desde su cuna.—Hablando de los colegios de España, dirigidos por la Compañia muy á los principios de su fundacion, así se espresaba el inmortal autor del Quijote. «No sé que tiene la virtud, que con alcanzárseme á mí tan poco ó nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el tér-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mino, la solicitud, y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba como los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura: y finalmente, como les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos, y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados;" *y mas abajo continúa*: «Yo he oido decir de esta bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza." —CERVANTES DE SAAVEDRA: *Novelas ejemplares*, tom. III. pág. 233, y 234. edicion de 1803.

(25) Pág. 95. El nuevo plan de estudios adoptado por los Jesuitas, con arreglo á los progresos de las ciencias, pues siempre han pretendido tener á sus discípulos al nivel de su siglo, ha llenado la espectacion pública, y solo es criticado por los que no lo conocen, ó tienen empeño por sus miras particulares en desacreditarlo, como se vió en México, donde un folletista tuvo la osadia de llamarlo *anticuado y de rutina*. —Para proceder siempre con documentos auténticos, copiaremos el sistema de enseñanza establecido en el colegio romano, y probablemente en todos los demas seminarios puestos hoy á su cuidado, en las diversas naciones en que prestan este interesante servicio. Este es en compendio, segun el calendario escolar para el año de 1843.—Los estudios están divididos en clases inferiores y superiores. Las primeras constan de seis cursos, en que se enseña desde los elementos, rudimentos, y preceptos, hasta el arte epistolar, y lo mas sublime del estilo y poesia, las lenguas nativa, latina, y griega; la geografia é historia universal; y en los dos últimos ademas, retórica, humanidades, elocuencia del idioma pátrio, historia de la literatura y geografia antigua. Los autores en estas aulas son los mas clásicos en su linea: Ciceron, Cornelio Nepote, Virgilio, Ovidio, Cátulo, Tibulo, Propercio, Tito Livio, Julio Cesar, Horacio, Homero, Isócrates, Luciano, Xenofonte, Demóstenes, &c. Para el idioma español se hacia leer en España, *La perfecta casada* de Fr. Luis de Leon, y en Italia *La Divina Commedia* de Dante Alighieri. —Las clases superiores comunes son de ocho cursos. El

primero se ocupa en perfeccionarse en la lengua griega, con los dialectos, códigos manuscritos, y la lectura de Demóstenes y Pindaro. El segundo abraza la aritmética, álgebra, geometria, trigonometria rectilinea, nociones de secciones cónicas. El tercero, los principios de química y elementos de fisica esperimental. El cuarto, la estática, dinámica, hidrostática, hidrodinámica, acústica, óptica. El quinto, nociones prévias de trigonometria esférica, teoría del movimiento de los cuerpos celestes, esposicion del sistema del mundo. El sesto comprende la introduccion al cálculo sublime, el diferencial é integral. El séptimo, la lógica, ontologia, teologia natural, psicologia, cosmologia. El último, la filosofia de las costumbres, derecho natural y principios del derecho público. Las obras que se enseñan en estas cátedras son casi en su totalidad compuestas por los mismos profesores que las presiden. Nosotros hemos visto el curso completo de filosofia de Dmowski, un tratado de matemáticas sublimes de Caraffa, y otro de fisico-química de Panciani. Jesuitas todos del nuevo restablecimiento.—Si los Jesuitas educan con tanto esmero y tan cumplidamente á los jóvenes que vuelven al mundo, y que con unos fundamentos tan sólidos, pueden ya dedicarse sin necesidad de otros estudios preliminares á la abogacia, á la medicina, á la naútica, á la carrera militar, &c. &c.; es claro que no deben poner menor dedicacion y afán en formar dignos ministros del santuario, instruyéndolos no solo en los ramos mas precisos de las ciencias eclesiásticas, sino en lo que mas interesa en el dia, que es proveerlos de armas contra los incrédulos é impios. Así es, en efecto, y para llenar debidamente este cargo han establecido diez cursos, en que se enseñan los principios de la religion natural y revelada (*filosofia de la religion*), y se examinan á sus luces las obras mas famosas de los deistas, materialistas &c.: preceptos y ejemplos de los santos padres de la iglesia de elocuencia sagrada, y ejercicios de estilo y declamacion: las rúbricas del misal y del ritual romano (*ritos sagrados*). La historia eclesiástica, la teologia moral, escolástica y dogmástica, y sagrados cánones, son comprendidos en esta enseñanza, la que se completa en fin con el estudio de la lengua hebrea y de las letras sagradas, leyéndose en su original los libros bíblicos, y tratándose interesantísimas cuestiones sobre el antiguo y nuevo testamento; materias todas sobre las que escriben hoy con igual acierto que los pasados, los recientes Jesuitas.—Aun los ramos de puro adorno, como el dibujo, solfeo y piano, no están escluidos de los ilustrados establecimientos de la Compañia de Jesus, como se vió en el famoso exámen, en que presentaron á sus discípulos en Buenos-Aires los dias 4, 5, 6, 7 y 8

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de diciembre de 1839, en el que se hicieron muestra de bellísimos dibujos trabajados en el año por algunos alumnos, manifestaron otros sus nociones de música, se cantaron duos, se ejercitaron escalas segun el método de Clementi, y se tocaron diversas piezas de óperas modernas.—Otra invencion muy útil para ejercitar á la juventud, especialmente á la declamacion oratoria, ha sido el establecimiento de la *Academia de bellas-letras*, que se forma en todos los colegios de Jesuitas, de los alumnos mas aplicados é instruidos de las facultades mayores. El objeto de estas academias es perfeccionarse en la retórica y poética, y para que puedan progresar en el estudio de la elocuencia latina y pátria; á cuyo fin se estudian profundamente y se analizan los autores clásicos, así en prosa como en verso, para imitar sus bellezas y evitar sus defectos. Los ejercicios de estas academias se tienen los dias feriados, ó de asueto, y son públicos para la comun utilidad; pero no todos obtienen la honorífica distincion de académicos, sino mediante la calificacion de piezas que presentan y merecen el premio. El presidente, conciliarios y secretario son nombrados entre los mismos académicos, y solo asiste á ellas un maestro para dirigir los trabajos y hacer las oportunas observaciones. Las materias se señalan de una sesion á otra, y á tiempos hay sus ejercicios de oposicion y se distribuyen premios entre los que presentan las mejores piezas.

La educacion religiosa es todavia mas perfecta entre los Jesuitas. La oracion, las preces comunes, la lectura espiritual tienen su tiempo fijado cada dia: hay diversas congregaciones en que se ejercitan semanaria y mensalmente varias prácticas religiosas, adaptadas á la edad de los alumnos: anualmente se hace una romería devota á algun célebre santuario de la Virgen por una comision, que forman individuos de cada clase: los socorros á los necesitados se solicitan con mil piadosos ardides, que tambien tienen por objeto hacer á los niños piadosos y aplicados: la castidad, la obediencia, el respeto á las autoridades y á sus mayores, son las virtudes que mas se les inculcan. Siempre á la vista de los superiores ó de los maestros, aun durante sus recreos, son vigilados hasta en sus mas mínimas acciones. ¡Y qué superiores y maestros! Oigamos en compendio los preceptos que se les han impuesto, ademas de la piedad que se les exige en sus conversaciones privadas y exhortaciones públicas.—«Enseñando la esperiencia que mas obra en los ánimos el ejemplo que las palabras, lo primero que se les encarga es una conducta intachable ante una juventud que observa hasta los menores gestos de los que los educan, y al efecto se les manda que nada

omitan de todos los medios de alcanzar la perfeccion de su estado, só pretesto de dedicarse mas á los estudios. Les está ordenado encomienden con el mayor empeño á sus discípulos á Dios, á la Santísima Virgen y á los Santos, y que jamás se presenten en sus aulas, sin que haya precedido alguna aunque breve oracion, si fuere posible en el templo: que ofrezcan por ellos el augusto sacrificio de la misa, y ejerciten en su enseñanza actos heroicos de caridad, obediencia, humildad, deseo de la divina gloria y de la salvacion de las almas.—¡Qué multitud de ocasiones no pueden presentarse á un maestro para mover á sus discípulos á la virtud! A los Jesuitas les está prevenido no las dejen pasar por alto, y sus sapientísimas instrucciones descienden sobre esto á las menores menudencias. Ya si en la lectura de los autores, aun profanos, ocurre alguna sentencia moral, digna de llamar la atencion de los jóvenes: ya cuando se acerca el dia festivo en que se suspende la leccion: ya si uno de sus alumnos ha enfermado ó muerto: ya en fin, si algun soceso desgraciado ha acontecido en la ciudad ó nacion. Ya se les previene, que aunque huyendo de la peligrosa familiaridad, hablen en particular á veces á uno y á veces á otro de los que están á su cargo: ya usando de ejemplos que los muevan á la imitacion de personas de su edad: ya como por acaso dejándose ver con algun libro espiritual: ya valiéndose de las mismas faltas que reprendan, haciendo ver toda la deformidad de la culpa, ó inculcándoles por un motivo ó por otro las verdades eternas. Empero, se les ordena, que en todas ocasiones no causen fastidio, se amolden á los diversos génios de sus cursantes, y no los distraigan de sus trabajos literarios.—Los sábados ó las vigilias de las grandes festividades, están dispuestas exhortaciones públicas y enseñanza de la doctrina cristiana, y aquí es donde se habla á la juventud en discursos apropiados á su edad, instruyéndolos en sus respectivos deberes, y formándolos buenos cristianos, obedientes hijos, jóvenes recatados, caritativos, humanos y piadosos, para que con el tiempo sean escelentes ciudadanos, apoyos de sus gobiernos, modelos de sus estados y profesiones, y objetos del aprecio y consideracion de todas las clases de la sociedad.—En fin, ademas del establecimiento de las congregaciones de que se ha hablado arriba, de los retiros y de las ingeniosas industrias para socorrer á los pobres, hay en los colegios de los Jesuitas otros loables artificios para inspirar á los jóvenes el amor á la virtud y el ódio á los vicios. Los asuntos de sus composiciones generalmente son de materias piadosas; los libros que reciben por premio de sus tareas literarias ó buenas acciones, tienen por objeto la práctica de las virtudes propias de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estado, unos en que al mismo tiempo adelantan en la elocuencia, retórica y otros ramos de humanidades; otros mas sencillos pero no de menor solidéz en las máximas que contienen: aun las comedias ó tragedias que en algunos de sus seminarios se representan, respiran piedad, y mas bien son tomados los asuntos de la historia sagrada que de las profanas. Asi es como los alumnos de los Jesuitas son educados, *juntando con las letras unas costumbres dignas de cristiano.*—Juvencio: *De ratione discendi et doscendi.*

Concluyamos esta materia con la siguiente relacion que ha hecho un sugeto distinguido de Centro-América de los establecimientos jesuíticos de los Estados-Unidos del Norte: «Entre las cosas, dice, que mecausaron mayor y mas agradable impresion fueron los colegios de Jesuitas que visité, y con especialidad el de Georgetown situado en los suburvios de la capital de Washington, en el cual habia un numero muy grande de niños de todos los estados educándose. No me cansaba yo de admirar el arreglo y disciplina que reinaban en todo el establecimiento, pues hasta los juegos que se permitian á los niños en las horas de recreo, estaban sabiamente ordenados, unos para mejorar gradualmente su constitucion fisica, y otros para ejercitar su ingénio. Notando el grande respeto y distinguido aprecio conque allí son mirados los padres de la compañia de Jesus, no solo por los católicos, sino aun por los que pertenecen á las muchas sectas que allí hay; me decia á mi mismo.... ¿Conque en este pais clásico de la libertad hay *Jesuitas?* ¿Conque en el siglo XIX, que se llama de las luces, y en la tierra feliz donde son mas conocidos y prácticamente respetados los derechos naturales del hombre, se hace justicia á los religiosos de la Compañia de Jesus, que en el siglo pasado fueron perseguidos con tanto furor y encono por la impiedad de los incrédulos, y la arbitrariedad de los monarcas absolutos, conjuradas de consuno para acabar con ellos? Lo que hay aún que notar con respecto á los PP. Jesuitas en los Estados-Unidos es, que su comportamiento ha sido y es tan recomendable, que nunca ha sido censurado por la prensa, la cual allí no perdona á nadie, que con su conducta dé mérito, aunque no sea mas que para una amonestacion de los jueces de policia. Con excepcion de la medicina, no hay una sola ciencia útil al hombre que no se enseñe en el colegio de Georgetown por profesores consumados en ellas. Yo no he visto un zelo que pueda compararse al que tienen aquellos venerables misioneros para difundir por todas partes la luz divina del Evangelio, y para emplearse en la educacion religiosa y literaria de la juventud".... *Impreso de Guatemala de* 1845.

FIN DE LAS NOTAS.

LOS JESUITAS

Y

LA CONSTITUCION,

Ó SEA

COLECCION DE LOS FUNDAMENTOS LEGALES

QUE OBRAN EN FAVOR DEL RESTABLECIMIENTO

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

EN LA

REPÚBLICA MEXICANA.

OPÚSCULO ESCRITO

POR EL

LIC. TRANQUILINO DE LA VEGA.

MÉXICO.

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDÉS,

CALLE DE SANTO DOMINGO NUMERO 12.

1850.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estado, unos en que al mismo tiempo adelantan en la elocuencia, retórica y otros ramos de humanidades; otros mas sencillos pero no de menor solidéz en las máximas que contienen: aun las comedias ó tragedias que en algunos de sus seminarios se representan, respiran piedad, y mas bien son tomados los asuntos de la historia sagrada que de las profanas. Asi es como los alumnos de los Jesuitas son educados, *juntando con las letras unas costumbres dignas de cristiano.*—Juvencio: *De ratione discendi et doscendi.*

Concluyamos esta materia con la siguiente relacion que ha hecho un sugeto distinguido de Centro-América de los establecimientos jesuíticos de los Estados-Unidos del Norte: «Entre las cosas, dice, que mecausaron mayor y mas agradable impresion fueron los colegios de Jesuitas que visité, y con especialidad el de Georgetown situado en los suburvios de la capital de Washington, en el cual habia un numero muy grande de niños de todos los estados educándose. No me cansaba yo de admirar el arreglo y disciplina que reinaban en todo el establecimiento, pues hasta los juegos que se permitian á los niños en las horas de recreo, estaban sabiamente ordenados, unos para mejorar gradualmente su constitucion fisica, y otros para ejercitar su ingénio. Notando el grande respeto y distinguido aprecio conque allí son mirados los padres de la compañia de Jesus, no solo por los católicos, sino aun por los que pertenecen á las muchas sectas que allí hay; me decia á mi mismo.... ¿Conque en este pais clásico de la libertad hay *Jesuitas?* ¿Conque en el siglo XIX, que se llama de las luces, y en la tierra feliz donde son mas conocidos y prácticamente respetados los derechos naturales del hombre, se hace justicia á los religiosos de la Compañia de Jesus, que en el siglo pasado fueron perseguidos con tanto furor y encono por la impiedad de los incrédulos, y la arbitrariedad de los monarcas absolutos, conjuradas de consuno para acabar con ellos? Lo que hay aún que notar con respecto á los PP. Jesuitas en los Estados-Unidos es, que su comportamiento ha sido y es tan recomendable, que nunca ha sido censurado por la prensa, la cual allí no perdona á nadie, que con su conducta dé mérito, aunque no sea mas que para una amonestacion de los jueces de policia. Con excepcion de la medicina, no hay una sola ciencia útil al hombre que no se enseñe en el colegio de Georgetown por profesores consumados en ellas. Yo no he visto un zelo que pueda compararse al que tienen aquellos venerables misioneros para difundir por todas partes la luz divina del Evangelio, y para emplearse en la educacion religiosa y literaria de la juventud".... *Impreso de Guatemala de* 1845.

FIN DE LAS NOTAS.

LOS JESUITAS

Y

LA CONSTITUCION,

Ó SEA

COLECCION DE LOS FUNDAMENTOS LEGALES

QUE OBRAN EN FAVOR DEL RESTABLECIMIENTO

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

EN LA

REPÚBLICA MEXICANA.

OPÚSCULO ESCRITO

POR EL

LIC. TRANQUILINO DE LA VEGA.

MÉXICO.

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDÉS,

CALLE DE SANTO DOMINGO NUMERO 12.

1850.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Prólogo.

Cuando el escritor presenta á la censura pública cualquiera obra que haya trabajado, regularmente pone á su frente un prefacio que habla de la excelencia de la materia de que trata, procurando demostrar su superioridad respecto de las demás. Seguramente se ha hecho en extremo vulgar semejante método, que huele á rutina, y nosotros, al redactar el presente prólogo, queremos apartarnos absolutamente de esa costumbre ridícula, y de ese camino tan trillado y tan fastidioso. Hemos escrito un discurso que tiende ciertamente á la defensa de la Sagrada Compañía de Jesus; pero sin embargo, nos hallamos bien distantes de ocuparnos exclusivamente de su bondad; nos repugna, hablando con sinceridad, dar á conocer el mérito de la institucion que hemos defendido porque es notoriamente conocido, y por consecuencia, no sería una tarea que alhagase por su novedad á los lectores; así es que, solo nos hemos propuesto destruir ciertas preocupaciones que han criado profundas raices, y que parece que van perpetuándose, en razon de que no hay una mano poderosa que las destruya con firmeza y energía. Somos francos, por naturaleza por convencimiento y por gusto; bajo este concepto, no nos acomoda cubrir de una infame hipocresía el deseo que tenemos de escribir y de dar á conocer al público nuestras producciones. Muchos escritores suelen decir, que componen una obra, porque no han podido resistir á las instancias de innumerables amigos, que los han comprometido para empeñar-

se en un trabajo literario [1]. Nosotros podemos asegurar con toda verdad, que jamás habiamos pensado en escribir sobre el instituto de la Compañia de Jesus, ni en hacer la apología de ese cuerpo religioso, *representante en todas épocas del Catolicismo*, porque confesamos sin ruborizarnos que nos era absolutamente desconocido este asunto, y aborreciamos á los Jesuitas, sin fundamento, y solo porque habiamos oido hablar muy mal de ellos; de suerte que tambien por nuestra parte ha sido condenada, ultrajada, diezmada, pero jamás juzgada, sin tener motivo alguno que robusteciera nuestra opinion, que no hubiéramos podido sostener, en ningun tiempo, porque nun-

(1) En este defecto incurre, entre otros, el cardenal Luis Lambruschini, obispo de Sabina, que escribió una disertacion polémica, titulada: De la Inmaculada Concepcion de Maria, pues en la dedicatoria que dirigió al Eminentisimo y Reverendisimo Cardenal Santiago Felipe Fransoni, hablando de los motivos que le indujeron á formar ese opusculo, dice: "Y he aqui porque habiendo „yo meditado ya hace tiempo, y llevado hoy á termino, un trabajo teológico „sobre la Inmaculada Concepcion de nuestra excelsa Reina, he creido muy „oportuno dedicarlo á V. E., que profesa sobre el particular la misma doctrina „que yo defiendo, y que por otra parte *se dignó mas de una vez excitarme á „componerlo, y, compuesto que fuese, á darlo á luz.*" Nunca podremos deplorar con eficacia esa manía de los sábios, que nos parece sospechosa, porque la creemos inverosimil, reconociendo en ella el objeto de ocultar la verdad, y dar importancia á un escrito, cuyo autor quiere demostrar que condescendió con unas instancias que nunca existieron, y que solo formó el orgullo. Parece que lo mejor es, obrar siempre con franqueza, y explicar que el origen de una ó mas producciones, no fué otro sino el gusto que se tiene de cultivar el ingenio, ó de manifestar y transmitir la instruccion que se ha adquirido; pero no el de complacer las intenciones de los amigos, que no siempre son tan exigentes, y tan decididos protectores de las ciencias y de la justicia. Bueno es tener moderacion, mas no afectarla, sopena de caer en ridículo. Conocemos perfectamente la naturaleza de esas mentirillas é intrigas, los que apreciamos hacer ensayos de nuestra capacidad, y de procurarnos un nombre que adquiera estimacion y elogios. Es verdad que á veces somos invitados á escribir; pero entre cien autores, uno lo será indudablemente, y los noventa y nueve restantes, cederán sin disputa á los impulsos de su corazon, y á la ansia que los conduce á buscar la inmortalidad y la admiracion. Si todos los literatos escribiesen por compromiso, y por hacer una demostracion de amistad, es evidentemente cierto que la República de las letras no se hallaria tan enriquecida como lo está hoy, y entónces careceriamos de los grandes descubrimientos con que se han perfeccionado las ciencias, y mejorado nuestra condicion. Es preciso desenganarse: el placer que experimenta el hombre instruido en hacer ostentacion de sus conocimientos, en manifestarlos, y en ejercitarse en ellos, es la única causa que guia su pluma, y el deseo que tiene de buscar y fijar ese fantasma tan seductor que llamamos *gloria*, es el que lo interesa para empeñarse en improbos trabajos, y para acometer empresas, que muchas veces le causan grandes penas, y le crian necesidades y sinsabores de que se arrepiente, prefiriendo mejor desconocerlas, cuando la experiencia le hace gustar su amargura. El cultivo de las ciencias y de la literatura, es muy agradable; pero tambien demasiado duro y penoso: forma pasiones indomables, y el hombre llega á ser frecuentemente víctima suya. Nosotros, pues, tenemos ese mismo agrado, y sin embargo, queremos obrar en él con suma prudencia.

ca la habriamos fundado, como que careciamos de todos los documentos que hubieran fijado en nosotros un juicio ilustrado, justo é imparcial. Oiamos hablar mal de estos Religiosos, y nos dejábamos arrastrar del furor de los ataques que les eran dirigidos, sin tomarnos siquiera el trabajo de leer una sola obra, que los defendiera ó combatiese: en suma, no podiamos entrar en una comparacion que nos sirviese de palanca, digámoslo así, para inclinarnos en su favor ó en su contra; ántes bien, éramos arrastrados del torbellino de las mas desenfrenadas pasiones; y cuando soliamos oir hablar bien de los Jesuitas, por parte de hombres que suponian instruidas en el asunto á aquellas personas con quienes hablaban, sentiamos disgusto y hastio.

En este estado nos hallábamos ciertamente, cuando á fines del año de 1849, fuimos invitados por un sugeto respetable para escribir un discurso sobre Jesuitas, en el cual se tratase de que su restablecimiento en nuestra República no pugnaba con la carta fundamental que la rige, y entónces fuimos instruidos de la ruidosa cuestion que se suscitó con este motivo en el Estado de Querétaro. Deseando buscar la verdad, y fijar con acierto nuestra opinion, consultamos inmediatamente todos los materiales que desde luego habian sido puestos á nuestra disposicion, y por eso emprendimos una tarea que era absolutamente nueva para nosotros. Comprendimos que era facil, y entonces consideramos que era accequible, que la jurisprudencia contribuyera por su parte á aclarar la verdad y la inocencia de los Jesuitas, que jamás han sido una quimera. Concebimos nuestro plan sin pérdida de tiempo, y creimos que á primera vista estaba del todo explicado en el titulo que lleva este opúsculo de: Los Jesuitas y la Constitucion, ó sea coleccion de los fundamentos legales que obran en favor del restablecimiento de la Compañia de Jesus en la República Mexicana; pero que entrando en el análisis de la cuestion, debiamos establecer ciertas proposiciones que desde luego demostrasen nuestras ideas en el desarrollo de ellas; y por eso juzgamos oportuno probar los seis temas que hemos establecido y defendido, procurando substraer nuestro trabajo del influjo pernicioso de los partidos, porque somos independientes de todos y de cada uno de ellos afortunadamente.

Grande ha sido sin duda alguna el esfuerzo que hemos hecho para principiar, continuar y concluir el presente escrito, porque repetimos, que como era nuevo este tratado para nosotros, tuvimos que estudiarlo, y hacer simultáneamen-

te uso del caudal que adquiriamos; y ni aun contábamos con el tiempo rigorosamente necesario para corregir lo que escribiamos; de suerte es que los lectores encontrarán muchas veces una pésima redaccion, que no hemos podido evitar, pues deseabamos publicar este folleto oportunamente, para que el Congreso de la Union conociera el estado de la cuestion, cuando usara del derecho que le concede el artículo 22 de la acta de reformas, para declarar nula toda ley de los estados que ataque la constitucion ó las leyes generales, y para que observase de qué manera puede sostenerse la constitucionalidad del decreto que expidió la legislatura del Estado de Querétaro, bajo el núm. 8 y que se promulgó en 18 de Diciembre de 1849, porque se han suscitado acaloradas controversias sobre este punto. Hemos deseado vivamente dar á la cuestion todo el desarrollo de que es susceptible en nuestro concepto, y prevenir hasta la mas insignificante objecion que pudiera hacerse en contra de ella, para que un asunto tan delicado como este, no se despachase en el Congreso con ligereza ó con precipitacion, sino por el contrario, con la solidéz y circunspeccion necesarias. Tenemos la grata confianza de haber dicho mucho acerca de cada proposicion, y de haber expuesto los principales fundamentos en que descansa, aunque advertimos que todavia falta tambien mucho que decir; pero si nos hubiéramos extendido mas, evidentemente hubiéramos sido notados de difusos, y entónces habria sido forzoso sin disputa escribir, no un discurso, sino una obra entera, á la cual hubiéramos dado diverso plan, distintas combinaciones y diferente desenlace, y cualquiera convendrá con nosotros, en que era preciso en ese caso tener una instruccion mas copiosa y profunda de la historia de los Jesuitas; de consiguiente, preferimos mejor renunciar gran parte de los materiales en que abundamos, y dejar que la discrecion de los lectores supla á veces el silencio que guardamos acerca de los puntos que sólo indicamos, que no hacernos fastidiosos con una difusion siempre molesta, y quizá inútil hasta cierto punto.

La publicacion de este folleto debió haberse hecho á principios del presente año de 1850; pero no pudo realizarse nuestro propósito, porque, como ya hemos dicho, tuvimos necesidad de estudiar la materia, al mismo tiempo que formábamos nuestro discurso; y aunque solo hubiéramos tenido este trabajo á nuestro cargo, era inconcuso, que necesitábamos ser morosos por conveniencia propia, atendiendo á que es menester meditar lo que se estudia, y principalmente lo que se escribe, si consul-

tamos á la macicez y á la profundidad. Pero nuestras reflexiones son de mayor peso, considerando, que nos hallamos rodeados de multitud de ocupaciones preferentes á que nos debemos consagrar casi exclusivamente, para desempeñar nuestras obligaciones públicas y privadas, porque en el dia tenemos una familia, que reclama nuestros cuidados y nuestra proteccion, y el cultivo de las ciencias requiere algun desahogo de quehaceres, y un tiempo de que podamos disponer libremente, para consagrarnos á aquel. Varios inconvenientes se nos han presentado para concluir este opúsculo; porque el cultivo de las ciencias, repetimos, exige tranquilidad de espíritu, de que carecíamos tambien por desgracia, porque la epidemia del cólera-morbo y los estragos que hizo en esta Capital y en otros diversos departamentos de la República, afectaban vivamente nuestro corazon, y particularmente aquellos que palpamos con nuestros mismos ojos, viendo desaparecer á nuestros amigos á familias enteras, y compadeciendo las calamidades públicas.

Hemos indicado ántes, que el asunto de los Jesuitas jamás habia ocupado nuestra pluma; pero ya que por un deber de justicia, hemos hecho nuestros ensayos sobre ellos, tenemos que confesar que á una invitacion amistosa, debemos la instruccion que adquirimos en esta materia, con la cual hemos enriquecido nuestro repertorio literario, proporcionándole un grueso cuaderno de cincuenta y cuatro pliegos manuscritos, y si bien es cierto que no puede figurar semejante produccion á lado de las muchas elocuentes apologías que existen acerca de los Jesuitas, tambien lo es que el presente discurso es como un corto homenage que tributamos á esa misma justicia de que hemos hablado ántes. Tenemos derecho á exigir que se nos considere absolutamente imparciales con respecto al negocio de que tratamos, supuesto que como repetidas veces hemos indicado, nos hallamos desnudos de toda afeccion hácia la Compañía de Jesus, porque únicamente la admirámos y amamos, en consideracion á los grandes servicios que siempre prestó á la Religion y al Estado con la predicacion, con el ejercicio nobilísimo del sacerdocio, y con la educacion que dió á la niñez y á la juventud, y con todas las demás prácticas que observaba. Así es que al leer el discurso que publicamos, no puede obtener otra calificacion que no sea sino la de que contiene la expresion de nuestra profunda é íntima conviccion, y no el desahogo de espíritus alucinados y dominados por la fuerza de una creencia preocupada. No, mil veces no. Cualquiera que formara tal juicio, se equivocaria groseramente sin duda alguna. Nosotros solo hemos

querido destruir escrupulillos ó preocupaciones por una parte, y confundir por otra la maledicencia y la mordacidad. ¡Qué felices nos considerariamos, si lográramos saber, que nuestras intenciones habian sido coronadas con un buen éxito! Entónces nos dariamos á nosotros mismos el parabien mas cumplido, porque habiamos contribuido muy eficazmente á fijar la opinion de las augustas cámaras de la Union, é inclinado su recto é ilustrado ánimo, á aprobar el decreto núm. 8 de la legislatura del Estado de Querétaro, promulgado en 18 de Diciembre de 1849, en el acto de sujetarse á su revision.

Somos naturalmente desconfiados de nuestras producciones, y desearíamos ciertamente tratar de un asunto con acierto, sin despreciar la mas ligera circunstancia suya, que pudiera dar una completa idea del mismo. Quisiéramos, pues, ser sumamente exactos, y hacer comprender nuestras ideas tan claramente como las concebimos. Hecha esa explicacion, no es extraño que digamos, que varias notas que andan esparcidas por nuestro discurso, y que pueden reputarse como complemento de las pruebas de los asertos que establecimos en el texto, llamarán fuertemente la atencion, es verdad, y se considerarán quizá como inconexas con el asunto principal. Rogamos á los lectores, que no sean ligeros, que examinen con detencion y con mucho cuidado esas notas, y se convencerán de que en ellas hemos hecho menudas explicaciones, para ayudar á la inteligencia del texto que suele ser breve; que entre el uno y las otras hay perfecta conexion; que se corroboran mútuamente; y en fin, que nada tienen que no sea sencillo y natural. No nos excusamos de hacer la anterior manifestacion, porque la persona que nos invitó para escribir nuestro opúsculo, nos ha servido de guia en un asunto tan nuevo para nosotros, como lo es el presente, y con ella hemos consultado hasta sobre su mérito literario. Tenemos el placer de confesar, que ha admitido nuestros mezquinos trabajos con indulgencia, significándonos que hemos tratado la cuestion que nos propusimos bajo todos los aspectos en que la hemos examinado, á toda su satisfaccion, indicándonos solamente que habiamos incurrido en su concepto en los defectos que hemos apuntado, y por los cuales pudiéramos ser censurados.

Por muy respetable que sea para nosotros y con fundamento la autoridad de la persona que nos ocupa, sentimos vivamente diferir de su opinion en esta parte; y así se lo hemos manifestado con la buena y franca amistad que nos profesamos. Pero como quiera que muchos de los lectores, quizá formarán

un juicio semejante, es conveniente detenerse aquí un momento, para hacerles las explicaciones de que se halla informada yá la persona que en lo confidencial, nos hizo las objeciones á que nos remitimos.

En la página 18 de nuestro discurso, consta la primera nota, correspondiente al párrafo que dice: "El libro de Dios y el „ejemplo de los misioneros hacian esos estupendos milagros (ha„bla de los prodigiosos resultados que obtuvieron los Jesuitas „en sus misiones al Paraguay), y no es de difícil creencia, por„que los libros sagrados y los tratados de la moral, son precisa„mente los que forman el corazon de los hombres, y la bondad „de los súbditos: es preciso, pues, que el libro de Dios y el „ejemplo de los misioneros hubieran presentado á nuestra con„sideracion los grandes resultados que alcanzaron los Jesuitas, y „que nos parecen fabulosos; pero los libros de Dios nos están „indicando frecuentemente repetidos y multiplicados ejemplos „de que los hombres son lo que deben ser con el temor de Dios, „y la historia de los Judíos nos lo comprueba de una manera „evidente é indudable." Desde los primeros renglones de este párrafo, se advertirá inmediatamente que sentamos una proposicion ó tésis que tratamos de defender y probar; de consiguiente, bien quisiéramos que los lectores no pasaran adelante en su lectura, sino que se detuvieran un instante en esta parte de nuestra produccion, estimándola como única, como si ella sola formara todo nuestro escrito, ó un solo cuaderno. Muchas veces se leen las obras muy de prisa, sin pararse en los pasages que son interesantes; se les dá una ligera ojeada, y se decide inmediatamente sobre su mérito literario; de manera que sin compasion y sin circunspeccion, quizá se aplaude al ignorante, y se deshonra al sábio. Claro es que cualquiera de estos extremos, es igualmente pernicioso. Nosotros no podemos seguramente hacer otra cosa mas que colocarnos en la primera clase, y nos creemos muy distantes de ocupar ni aun momentáneamente la atencion pública; pero si casualmente llegamos á fijarla, queremos, como es natural, que no nos sea demasiado desfavorable: tanto mas cuanto que somos muy celosos de nuestra reputacion, porque podemos decir, que hoy estamos comenzando á hacer carrera, y nos interesa sobremanera rodearnos de excelentes elementos, para adquirir un nombre que sea medianamente apreciado. Si se considera que la nota de que nos ocupamos, viene confirmando la verdad de nuestras aserciones, ampliándolas muchas veces, no se estimará como larga é inconexa, atendiendo tambien á su contexto: quisimos probar, y en

nuestra humilde opinion lo hemos logrado con buen éxito, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros en el Paraguay, obraron los pasmosos efectos de que hace relacion el artículo que tomamos del periódico titulado: "El Católico," con el cual concuerda el pasage que referimos, ó la nota á que nos contraemos: porque, como decimos al principio de esta: *mientras que estemos dotados del santo temor de Dios, hemos de ser felices naturalmente, como lo fueron los Indios del Paraguay, todo el tiempo que estuvieron sujetos al gobierno de los Jesuitas.* Es necesario tener presente, que no todos los lectores están instruidos en historia, y que hay otros, que, aunque posean profundos conocimientos en este ramo, muchas veces no fijan la atencion en los documentos que se ofrecen á su vista, para convencerse plenamente de las aserciones que se establecen. Hemos querido que el folleto que publicamos, se acomode al alcance de todos, y de consiguiente, es menester poner de bulto á los ignorantes las pruebas que les convenzan de la evidencia de las doctrinas que proponemos. En cuanto á los sabios, decimos que perdonarán ese método, considerándolo, si es posible, como una mera riqueza de erudicion, que siempre es agradable. Por otra parte, es tan hermoso el episodio histórico de Geneon que no pudimos vencer la tentacion de reproducirlo íntegro, para amenizar nuestro árido discurso, y para probar materialmente, permítasenos hablar así, que *el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros*, naturalmente produjeron tan excelentes frutos, como muy frecuentemente lo demuestran los libros sagrados, que refieren y ofrecen pruebas de esta naturaleza. Si no nos hubiera arredrado la idea de incurrir en una verdadera difusion, habriamos referido la maravillosa historia de Heliodoro, ministro de hacienda de Seleuco Filopator, que fué al templo de Jerusalem, por mandato del Rey, para recoger los tesoros que se custodiaban en él. Allí hubiéramos visto, que por medio de la oracion á que recurrieron el Pontífice Onías, y todo el pueblo de Judea, consiguieron que los satelites de aquel magnate fueran derribados, y sobrecogidos de terror, se desmayaran: que se les apareciera un caballo sobre el que estaba montado uno de espantosa vista, vestido noblemente; echándose impetuosamente el caballo sobre Heliodoro con los pies delanteros: que se les hubieran aparecido tambien otros dos mancebos de varonil hermosura, llenos de magestad y ricamente vestidos: que estos se le pusieran á los dos lados, y le hirieran con azotes de cada parte, descargando sobre él muchos golpes sin cesar: que Heliodoro cayera luego en tierra, y cubierto todo de obscuridad, le arrebata-

sen, y poniéndole en una silla de manos, le echasen fuera: que estuviera desamparado: que permaneciera mudo sin esperanza de salud; y finalmente, que por las oraciones de Onías, volviera á quedar sano y salvo el mismo Heliodoro [1]. Concluimos, pues, repitiendo que quisimos evidenciar, sin que quedara la menor duda, que la eficacia de la oracion y el buen ejemplo, hacen la felicidad de un Estado, y creemos que con la explicacion que antecede, se desvanecerán los escrupulillos de los mal contentos.

Ocupándonos de la educacion pública, y de la proteccion que debiera dispensársele, hemos escrito la nota que aparece en la página 3., para manifestar con el ejemplo del gobierno de los estados pontificios, la simplicidad, el arreglo y pronto despacho que se dá á los negocios habiendo órden y economía de procedimientos. Nos hemos propuesto probar allí, que las corporaciones, rodeadas de un corto número de atenciones, forman un cuerpo enteramente compacto, y reconociendo un solo objeto, caminan á un fin único, obrando en él con actividad, porque esta es, lo repetimos otra vez, *la vida de los actos humanos, y la que entre otros elementos mantiene y hace crecer la prosperidad de las naciones, al mismo tiempo que recibe incremento el comercio y la sociedad en general porque la actividad, decimos, hace que las resoluciones, las empresas, los proyectos se cumplan oportunamente, y de consiguiente, el mal se contiene pronto, y el bien se reproduce con continuacion, protegiendo el estímulo y el orgullo, que son los poderosos elementos de las grandes acciones y de los adelantamientos nacionales.*

Generalmente cuando procede uno solo, obra mejor, porque los actos dependen de la voluntad de un agente único, domina en ellos la prontitud, y está libre de los inconvenientes que ofrece un numeroso concurso de acciones; pero hay circunstancias en que la nulidad y aislamiento de un individuo puramente, embarazan y enervan el desarrollo ó acometimiento de la obra. En esta virtud, quisimos probar en aquel lugar, que la educacion pública estaria mas bien atendida con notorias ventajas de ella misma, siempre que las corporaciones particulares estuvieran encargadas de la enseñanza, gozando de una circunspecta y compatible independencia con el respeto que debe guardarse á sus naturales protectores ó inspectores, como son las autoridades. La experiencia de lo que pasa en nuestra Ca-

(1) El que guste instruirse mejor de la historia que queda referida, puede consultar el Cap. III del libro segundo de los Macabeos.

pital, es una prueba robusta é irrefragable de nuestro aserto. Prescindimos ahora de manifestar, que los establecimientos dirigidos por preceptores particulares, ofrecen á nuestra consideracion admirables progresos, manteniéndose muy distantes de la intervencion de las autoridades. Nosotros no la repugnamos, por considerarla como un nuevo título mas seguro, que dá un completo brillo á la educacion con el cual se vivifica la misma. Así es que nos limitamos á producir el ejemplo maravilloso de cierta institucion que guarda un medio muy proporcionado entre un establecimiento público y un establecimiento privado. Hablamos de la Compañia Lancasteriana, la cual vive sin participar de la influencia de las autoridades, aunque se abriga bajo su sombra protectora, para recibir el impulso que necesita, y que saben dar con oportunidad. Todos están instruidos de los grandes hechos que la ennoblecen; por eso nos abstenemos de referirlos: caminando apoyada en los esfuerzos de individuos particulares, pero beneméritos, el pais adquiere sin costo ni gravámen hombres utilísimos, á quienes la Compañia Lancasteriana ha sabido hacer grandes y felices, porque supo educarlos, pues en veintisiete años que hace que existe la escuela denominada Filantropia, solo ella ha proporcionado al pais de seis mil setecientos cincuenta, á ocho mil cien ciudadanos honrados y civilizados [1]; siendo de advertir, que no cuenta actualmente con mas fondos que con seiscientos ochenta pesos mensales, que es el total ingreso [2].

El objeto de la nota á que nos referimos, está ya explicado, y para dar una prueba robustísima de los principios que sentamos, nos propusimos hacer una descripcion de la extructura del gobierno de los estados pontificios, para que por identidad de razon, pudiéramos convencer plenamente de la fuerza de nuestros argumentos, y para que no se impugnase la verdad de la doctrina contenida en el texto; intentando demostrar de una manera concluyente, que la sencillez del gobierno y el buen arreglo suyo, dan un impulso activo y eficaz al despacho de todos los negocios, con el cual se perfeccionan cuantos objetos pertenecen á la administracion pública, y lo que decimos de esta, es rigorosamente aplicable á la

(1) Este cálculo, que no titubeamos en considerar exacto, se apoya en los datos que nos ministra la memoria que leyó el Secretario de la Compañia Lancasteriana, D. Juan Nepomuceno Govantes, en la solemne reparticion de premios, verificada en el salon de actos del Colegio de Mineria, el dia 29 de Diciembre de 1850. Véase la pág. 5.

(2) Ibi, pág. 9.

particular, ciñéndonos al instituto de los Jesuitas. Por otra parte, en el lugar que analizamos actualmente, rectificamos un principio que domina en el dia, y cuyas trascendencias son muy saludables. El principio á que aludimos, es el espíritu de asociacion, porque, como se asienta en el papel titulado: Dialogo entre un barbero y su marchante [1]; "convencido el siglo presente de la nulidad en muchos casos del poder individual, para llevar al cabo grandes empresas, ha reconocido mas que los anteriores la importancia de proteger y fomentar el espiritu de asociacion." En la nota que se menciona, advertimos que contiene un asunto dividido en dos partes: la primera, que habla del gobierno de Roma, sirve como de antecedente, para completar la prueba del aserto que establecemos en el texto; y la segunda, abraza la aplicacion que hacemos de aquel, circunscribiéndolo á nuestro caso particular. Creemos por tanto, que con la explicacion que antecede, cesará ó desaparecerá cualquiera objecion que pudiera hacerse á nuestro discurso por este lado.

Juzgamos que la nota que obra en la página 52, no necesita aclaraciones, convencidos de que ella es necesaria, para dar una idea cabal de la célebre cuestion que se suscitó en el Estado de Querétaro, en el año de 1849, con motivo del restablecimiento de la Sagrada Compañia de Jesus, y por eso nada decimos acerca de ella, pues consideramos que contiene un documento, que hubiera quedado bien interpolado en el texto, y habiéndolo suprimido, quizá habria quedado trunca la relacion que hacemos en ese lugar.

Las demás notas indudablemente son necesarias en nuestro concepto, y su necesidad es tan obvia y clara, que por eso no exigen que nos detengamos en ellas para persuadir de la oportunidad de su colocacion, pues cualquiera lector al examinarlas, echará de ver, que esta es indispensable. Además, las que hemos analizado, son las unicas que han llamado la atencion de la persona, de quien hemos hecho mencion muy á menudo, y por lo mismo, solo nos falta, para concluir este prólogo, hablar de la nota que se encuentra sentada en la página 129. En ella procuramos hacer una exacta descripcion de la virtud de la caridad, uniendo al mismo tiempo el elogio que merece, para que sin temor de distraer la atencion de los lectores del asunto principal de que se trata en el texto, pudiéramos justificar brevemente las doctrinas que estable-

(1) Véase la pág. 75 del opúsculo que sigue á este discurso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cimos en él, declarando que el ornamento, ó mejor dicho, el constiuntivo mas importante de la religion de Jesucristo, es la caridad, extendiendo nuestras pruebas hasta la produccion de los fundamentos en que nos apoyamos, para sostener y defender el tema que nos fijamos, pues siempre tratamos de hablar con razones incontrovertibles, con datos que no admitan interpretaciones ni comentarios, sino que por sí mismos persuadan de la verdad que nos guia, porque siempre la buscamos con ahinco. Nuestro discurso está escrito para los ignorantes, y de consiguiente, nadie extrañará que les enseñemos todo lo que deben aprender, á nuestro modo de ver, pues como "estos no hablan la lengua de alguna ciencia, „dice Condillac [1], les será mas fácil aprender la mia: es „mas proporcionada á su capacidad que ninguna otra, por„que la he aprendido de la naturaleza, que les hablará co„mo á mi." Nosotros podemos justamente aplicarnos este pasage con toda perfeccion; porque ni nuestros talentos, ni nuestra instruccion permiten dirigirnos á los sábios. Este folleto, que forma un libro bien pequeño, es esencialmente popular, porque en materia de Jesuitas queremos desterrar las preocupaciones que se han arraigado en el pueblo que comunmente es harto ignorante. Circulando en sus manos nuestro escrito, esperamos que llegue á ser leido, siquiera porque el titulo que le hemos dado, y que seguramente le conviene, llama la atencion y excita la curiosidad. Esto es todo lo que pretendemos, para que llegue á hacerse familiar entre la muchedumbre, con el objeto de que deseche las perversas ideas que están sin duda imbuidas en él, substituyendo á esa perversidad otros diversos pensamientos, que sean sanos, juiciosos, verdaderos y exactos; por eso hemos querido probar las seis proposiciones ó temas que hacen la materia de este manualito, de cuantas maneras hemos creido convenientes, para lograr el fin que hemos intentado; y si pronunciaramos una frase cuyo significado no comprendiera la multitud, es claro que tampoco entenderia el texto, y entónces seria infructuoso nuestro trabajo. Así es que si hacíamos una aplicacion de la caridad á la religion, sin decir lo que era aquella, es indudable, que no sabria ni la aplicacion que mencionamos, ni la oportunidad con que la hacíamos. Fué, pues, menester decir lo que es caridad, exponer cual es su naturaleza, y cuales son sus buenos resultados, su

(1) En su lógica,' P. 2.ª, Cap. IX.

benéfico influjo, y su uso provechoso: en esta virtud, concluimos sosteniendo, que la nota que analizamos, ni es larga, ni inconexa, ni inoportuna.

Por lo demas, los que lean el opúsculo que ofrecemos ahora al público, y se encuentren, como nosotros nos hallábamos ántes, profundamente sumergidos en una espantosa ignorancia respecto de lo que son los Jesuitas, variarán de opinion, y serán mas circunspectos en lo sucesivo, para decidir acerca del mérito de estos Religiosos. Nuestros lectores perdonarán, que háyamos dejado huecos que llenar en todas las proposiciones que contiene nuestra produccion; pero sabrá llenarlos la instruccion que les sobra, y que á nosotros nos falta, recordando sin embargo que no hicimos uso de todo el material que estuvo y está á nuestra disposicion, porque ciertamente hubiéramos traspasado los límites que nos señalamos; porque para ponerlo en ejercicio, debiamos haber dado otro diverso plan á nuestro trabajo; y porque deseamos evitar difusiones inútiles y enfadosas; y últimamente, porque solo nos proponiamos hacer unas verdaderas memorias de los fundamentos en que nos apoyamos, para demostrar nuestras ideas y opiniones.

Faltaba á la Sagrada Compañía de Jesus una defensa hecha legal y constitucionalmente, que probara con los auxilios del derecho patrio constitucional, que su restablecimiento en México no seria opuesto á las instituciones que la rigen, para que recogiera los opimos frutos que debe producir, considerándola ya en cuanto á su influencia política, ya examinándola bajo su carácter moral ó intelectual. Llenar este vacío, es el objeto del presente discurso que hoy ve la luz pública, y aunque conocemos, que nunca pudimos dominar la empresa bien difícil que acometimos, y por lo cual merecemos la nota de temerarios, no desdeñamos llevarla al cabo, porque la santidad de la causa que defendemos, nos sirve de escudo para prevenir los ataques que sufra nuestro atrevimiento, y porque siempre confiamos en la indulgencia pública que de nuevo imploramos, y que esperamos alcanzar, aunque no sea mas que por la buena fé con que procedemos; advirtiendo por último, que nuestro trabajo va acompañado de un papel intitulado: DIALOGO ENTRE UN BARBERO Y SU MARCHANTE, Ó CONTESTACION A LOS LIBELOS PUBLICADOS CONTRA LA COMPAÑIA DE JESUS, CON MOTIVO DE SU RESTABLECIMIENTO DECRETADO POR LA LEGISLATURA DE QUERETARO, el cual se publicó á principios del prensente año de 1850, en el Periódico denomi-

pado: El Universal, y que obtuvo grandes elogios, y de una célebre carta que el Reverendo Guillermo Percival Ward dirigió al Sr. Juan Lacaita en el mes de Marzo de 1848, sobre la expulsion de los Jesuitas de Nápoles; concluyendo con recomendar al público la lectura de estas dos piezas selectas por su mérito literario, con el que quedará complacido, instruyéndose de que los Jesuitas modernos han sido en el Siglo XIX perseguidos casi del mismo modo que lo fueron los antiguos en el siglo pasado.

LOS JESUITAS
Y
LA CONSTITUCION.

Entre la multitud de obras que han circulado y circulan en defensa de la sagrada Compañía de Jesus, notamos que se ha ventilado la cuestion bajo tres aspectos que la caracterizan, y son: 1.° filosófico: 2.° político; y 3.° religioso. Sin embargo, hemos advertido en gran vacío, que deplora extraordinariamente todo hombre sensato, al ver, que la gran controversia que se ha suscitado hoy en pro y en contra de la Compañía de Jesus, no se ha examinado ni legal ni constitucionalmente. Y aunque los lectores juiciosos, ó mejor dicho, todas las personas que están verdaderamente interesadas en el triunfo de la justa causa de la religion, han quedado convencidas de la urgentísima necesidad que se deja sentir en favor del restablecimiento de los Jesuitas, extrañan que materia tan importante no se haya tratado con los auxilios que presta el derecho pátrio constitucional, por decirlo así, para probar con especialidad, que en México no seria opuesto á las instituciones que la rigen, que la Compañía de Jesus se restableciera en todo su esplendor, para que pudiera recoger los ópimos frutos que debe producir una empresa que será útil indudablemente, ya sea que la consideremos en cuanto á su influencia política, ya sea que la examinemos bajo su carácter moral ó intelectual. Nosotros vamos, pues, á procurar llenar el vacío que encontramos, y á contribuir de la manera que nos sea posible, á la consecucion de una obra tan gloriosa, aunque sea cierto que nos retrae el temor de poner nuestros escritos al lado de los elocuentes y fundados discursos de los sábios. Con todo, no nos guia ciertamente el deseo de asegurarnos la reputacion que se concede á los doctos, sino que nos deja-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pado: El Universal, y que obtuvo grandes elogios, y de una célebre carta que el Reverendo Guillermo Percival Ward dirigió al Sr. Juan Lacaita en el mes de Marzo de 1848, sobre la expulsion de los Jesuitas de Nápoles; concluyendo con recomendar al público la lectura de estas dos piezas selectas por su mérito literario, con el que quedará complacido, instruyéndose de que los Jesuitas modernos han sido en el Siglo XIX perseguidos casi del mismo modo que lo fueron los antiguos en el siglo pasado.

LOS JESUITAS
Y
LA CONSTITUCION.

Entre la multitud de obras que han circulado y circulan en defensa de la sagrada Compañía de Jesus, notamos que se ha ventilado la cuestion bajo tres aspectos que la caracterizan, y son: 1.° filosófico: 2.° político; y 3.° religioso. Sin embargo, hemos advertido en gran vacío, que deplora extraordinariamente todo hombre sensato, al ver, que la gran controversia que se ha suscitado hoy en pro y en contra de la Compañía de Jesus, no se ha examinado ni legal ni constitucionalmente. Y aunque los lectores juiciosos, ó mejor dicho, todas las personas que están verdaderamente interesadas en el triunfo de la justa causa de la religion, han quedado convencidas de la urgentísima necesidad que se deja sentir en favor del restablecimiento de los Jesuitas, extrañan que materia tan importante no se haya tratado con los auxilios que presta el derecho pátrio constitucional, por decirlo así, para probar con especialidad, que en México no seria opuesto á las instituciones que la rigen, que la Compañía de Jesus se restableciera en todo su esplendor, para que pudiera recoger los ópimos frutos que debe producir una empresa que será útil indudablemente, ya sea que la consideremos en cuanto á su influencia política, ya sea que la examinemos bajo su carácter moral ó intelectual. Nosotros vamos, pues, á procurar llenar el vacío que encontramos, y á contribuir de la manera que nos sea posible, á la consecucion de una obra tan gloriosa, aunque sea cierto que nos retrae el temor de poner nuestros escritos al lado de los elocuentes y fundados discursos de los sábios. Con todo, no nos guia ciertamente el deseo de asegurarnos la reputacion que se concede á los doctos, sino que nos deja-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos dominar de las intenciones que tenemos, de que la verdad resplandezca, y de combatir el error en sus atrincheramientos mas inexpugnables, para que los incautos y los ignorantes sacudan el duro yugo que les oprime.

Así, pues, nos proponemos demostrar, que los decretos que acordasen tanto el Congreso de la Union, como las legislaturas, sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesus en la República Mexicana, no serian absolutamente anti-constitucionales: que aunque se reconozca en los Estados el derecho de restablecer religiones, no seria cuerdo sostener, que por el mismo hecho se les acordaba la facultad de extinguir las existentes: que es facultad de los Estados proteger la religion, que sin embargo no pueden deprimir ni decretar su extincion: que restablecer una corporacion religiosa, es precisamente proteger esa religion: que extinguir alguna de ellas, es privar á la Iglesia de la decantada proteccion; y últimamente, que de los fundamentos que resultarán al tocar las cuestiones propuestas, no puede inferirse que la facultad de restablecer la Compañía de Jesus en los Estados, importa la de extinguir las religiones.

En cuanto al primer punto, esto es, que los decretos que acordasen tanto el Congreso de la Union como las legislaturas, sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesus en la República Mexicana, no serian absolutamente anti-constitucionales, debemos decir, que si la decretasen nuestros legisladores, obrarian apoyados en el artículo 4.° de la acta constitutiva, y 3.° de la constitucion federal. Esos dos artículos establecen, que: "la religion de la nacion mexicana, es „y será perpetuamente la católica, apostólica, romana;" y es claro, que los legisladores al prescribir leyes sobre la religion, usarian de los derechos que declaran en su favor esos mismos artículos, cuando establecen, que: "la nacion la protege por leyes sábias y justas, y „prohibe el ejercicio de cualquiera otra." Ahora bien: segun el artículo 21 de la acta de reformas, los poderes de la Union derivan todos de la constitucion, y se limitan solo al ejercicio de las facultades expresamente designadas en ella misma, sin que se entiendan permitidas otras por falta de expresa restriccion. El Congreso, pues, al tratar de restablecer en México la sagrada Compañía de Jesus, ejerceria una de las facultades que expresamente están designadas en la constitucion, y de consiguiente obraria en la órbita de sus atribuciones, tanto mas, cuanto que al acordar el restablecimiento de que nos ocupamos, no podria asegurarse que habia procedido con una voluntad aislada, sino que habia cumplido con el voto universal de toda la nacion, supuesto que la soberanía reside radical y esencialmente en ella, como declara el artículo 3.° de la acta constitutiva, aunque para ejercerla se cometa á un poder legislativo, segun disponen los artículos 9.° de la misma, y 6.° de la constitucion.

Nadie dudará racionalmente, que los soberanos tienen la facultad de dar leyes que afecten los intereses de la religion. El docto

Covarrubias, dice (1): "El sostener que los príncipes no pueden ha„cer ni promulgar ley alguna relativa á la religion, es un error que „San Agustin combatió con toda la eficacia de su entendimiento con„tra los Donatistas. Los libros de este Santo Doctor contra Petilio „y Cresconio, su carta á los Donatistes, y algunas otras, manifiestan „lo absurdo de esta opinion, y la temeridad de cualquiera que se em„peñara en sostenerla. En efecto, Dios, que hace reinar á los Reyes, „no les confiere el mando sobre los demás hombres, sino para reinar „él mismo, ya sobre los Reyes á quienes confia una parte de su auto„ridad, ya sobre los pueblos por el ministerio de los soberanos. Si „es propio, pues, de su obligacion el hacer reinar á Dios, tambien de„be ser propio de su potestad, establecer leyes á favor de su culto, y „observancia de la religion: pues de este modo cumplen los príncipes „para con el Todopoderoso con su obligacion." Es inconcuso, que los soberanos tienen derecho de proveer á la defensa de la religion, y nadie puede disputárselo sin injusticia notoria, la cual menoscaba una de las prerogativas mas preciosas de la soberanía. Ciertamente, si alguno controvirtiera ese derecho, despojaria á la Iglesia de uno de sus mas formidables fundamentos, y esta causa sagrada por todos títulos, careceria de las garantias que necesita tener, para perpetuar su existencia, y para que se conserve tan ilesa como se requiere. La filosofía moral enseña que los hombres todos tenemos tres clases de obligaciones que cumplir: la primera, nos instruye en los deberes que nos ligan con Dios: la segunda, nos demuestra los que miran á nosotros mismos; y la tercera, pertenece á los que dicen relacion con nuestros semejantes. Pues bien: si hubiera alguno tan insensato, que quisiese probar, que los soberanos carecian de toda influencia que ejercer en materia de religion, y que en esta inteligencia no podian dar estatutos que la concerniesen, indudablemente desconoceria en los soberanos las obligaciones que tienen para con Dios, y entónces manifestaria una opinion diametralmente opuesta á las doctrinas luminosas del derecho constitucional. Cavalario ha dicho muy bien, asentando, que (2): "Aunque los Príncipes del siglo, de ningun modo puedan in„fluir directamente en cosas espirituales y religiosas; sin embargo, les „incumbe la defensa de la Iglesia y de la religion, por razon de su „autoridad; pues en ello los Príncipes sirven á Dios, al mismo tiempo „que promueven el bien de la ciudad, supuesto que está recibido co„mo opinion comun, que la religion es el primer fundamento de la „sociedad civil. San Agustin dice muy bien: *Los Reyes sirven en es„to á Dios, como les está mandado, en cuanto son Reyes, si es que en „su reino ordenan lo bueno, y prohiben lo malo, no solamente en aquello „que concierne á la sociedad humana, sino tambien en lo que mira á la „religion de Dios.* Y San Leon M. afirma: *Debes observar sin deten-*

(1) Máximas sobre recursos de fuerza y proteccion §. 2.°
(2) Institutionis juris canonici, Pars. III. Cap. I. §. XIII.

„cion, que la potestad real no solo te ha sido dada para ordenar el gó-
„bierno del mundo, sino que tambien te ha sido conferida, especialmente
„para que defiendas la Iglesia, y reprimiendo los atentados escandalo-
„sos, sostengas lo que está bien establecido, y restituyas la verdadera
„paz á aquellos entre quienes se halla perturbada."

Siendo, pues, demasiado claro que los soberanos, en cuyo sentido deben entenderse los textos que hemos citado al hablar de los Príncipes, tienen expeditas sus facultades para legislar en asuntos de religion, es indudable que en México todos los que representan al pueblo, que es el verdadero Soberano, segun nuestras instituciones, pueden y deben atender este negocio para proteger la religion que profesa la nacion: por lo mismo, apoyados en los incuestionables principios que hemos recordado, nadie censuraria que los legisladores acordasen una ley que tuviera por objeto crear una nueva corporacion religiosa, ó restablecer una que estuviera extinguida, como por ejemplo, la que es conocida bajo el título de la Compañía de Jesus: nadie podria tampoco argüir de inconstitucional semejante medida legislativa, porque lo contestariamos con la constitucion en la mano, probándole matemáticamente, que la nacion protege la religion católica, apostólica, romana, por medio de leyes justas y sábias, y le sostendriamos aun con nuestra propia vida, que era justo y sábio el restablecimiento de la Compañía de Jesus en México, supuesto que con ella florecia la religion, se morigeraban las costumbres, se protegia el desarrollo ó cultivo de las ciencias, y se mejoraba la triste condicion de la mayor parte de las clases que forman nuestra sociedad.

Nosotros que real y efectivamente estamos interesados en las mejoras materiales y morales de la República Mexicana, porque estas son las verdaderas necesidades de todos los pueblos que habitan en la superficie de la tierra, vemos la cuestion que ventilamos con toda la claridad de que es susceptible: notamos que los Jesuitas han sido siempre y son ahora verdaderos apóstoles; y sostenemos que su restablecimiento es constitucional bajo todos aspectos. Opinamos con todo fundamento, que su restauracion seria un beneficio para la República, y que esta cuestion no envuelve en sí alhagüeñas y fútiles teorías, sino un bien positivo. Añadimos tambien, que la nacion se veria libre del elemento exterminador que hoy la aflige con la guerra de los indios bárbaros, supuesto que los Jesuitas harian sus misiones, y aquellos infelices cederian á la dulce é irresistible influencia de la cruz de Jesucristo, pues la historia ofrece mil ejemplos de esta verdad, mientras que la guerra que se les hace, endurece su corazon y perpetúa un mal que devora las rentas del Erario público, y destruye las poblaciones mas abundantes y mas ricas de la República, corrompiendo mas y mas á la nacion, porque recibe lecciones continuas de inmoralidad, que la aleja de las virtudes morales y cívicas que constituyen la fuerza de todo pais.

Estos son unos pequeños bienes que resultarian al pais, en union

de los innumerables que han pronosticado todos nuestros políticos mas profundos que han dilucidado la materia; y solo desconocen estas verdades los que especulan y progresan á la sombra del desórden y de los males públicos, encubriendo sus perniciosos designios con un celo afectado que les hace declamar, que el restablecimiento de la Compañía de Jesus en México, seria anti-constitucional. No lo es, repetimos, porque la constitucion garantiza este derecho á los legisladores que expresamente se han reservado la facultad de proteger la religion católica por medio de leyes sábias y justas, y habiendo establecido en el artículo 171 de la constitucion, que jamás podrá relajarse la religion, cumple al objeto del legislador protegerla constantemente, para perfeccionar esa creencia en el ánimo del pueblo, ó mejor dirémos, para hacerla arraigar en nuestro corazon, hacerla fructificar y labrar la felicidad pública.

En esto ha usado la nacion de un derecho indisputable, y al consignar el principio de eterna verdad, que asegura la religion del estado, consideró que debia proceder así, porque era una necesidad imperiosa que demandaba el pais, y que de ese modo podria darse una perfecta organizacion. El mismo Congreso que dió la constitucion de 1824, hizo una breve reseña de los bienes que podiamos esperar siendo virtuosos, pues en el manifiesto que publicó en aquella fecha, dirigiéndose á la nacion, dijo con increible exactitud: "La fé en las „promesas, el amor al trabajo, la educacion de la juventud, el respeto „á sus semejantes; he aquí, mexicanos, la fuente de donde emanará „vuestra felicidad y la de vuestros nietos. Sin estas virtudes, sin la „obediencia debida á las leyes y á las autoridades, sin un profundo „respeto á nuestra adorable religion, en vano tendrémos un código „lleno de máximas liberales, en vano harémos ostentacion de buenas „leyes, en vano proclamarémos la santa libertad." Así es en efecto; la nacion usando de sus derechos, de esos derechos incontrovertibles, por los cuales puede darse la constitucion que mejor le convenga, ha querido por un acto de mera voluntad, seguir observando la religion de Jesucristo, y se ha reservado, volvemos á decir, la facultad de protegerla, por el ministerio de sus representantes. Este artículo constitucional, es precisamente el que les serviria de base para restablecer en México la sagrada Compañia de Jesus. Ni por la letra ni por el espíritu de la declaracion constitucional de que hemos hecho mérito, puede justificarse, que seria contrario á él el restablecimiento en cuestion. Si algun genio pernicioso y díscolo quisiera interpretarlo en un sentido equívoco y malicioso, no conseguiria probar otra cosa sino la mala fé por la que era conducido; pero de ninguna manera haria una interpretacion exacta.

Cualquiera convendrá facilmente, que la proteccion sábia y justa que se dispensara á la religion, seria absolutamente conforme con la constitucion; pero cualquiera afirmará tambien, que el restablecimiento de los Jesuitas en nuestra Capital es anti-constitucional, y

¿por qué? Heineccio dice sapientísimamente "cuales son los medios, „tal es el fin (1)." Ahora bien: los medios que los detractores de la Compañía de Jesus ponen en práctica para llegar al fin que consiste en procurar, que en México no se restablezca absolutamente, es desprestigiar la causa de esa Compañía, y entre los resortes que mueven, adoptan el que tiene mas aparato, el que puede deslumbrar á los incautos, diciéndoles que es anti-constitucional el restablecimiento de que hemos hecho referencia. Sin embargo, si queremos encontrar la verdad, porque la busquemos con toda diligencia, es preciso que no nos alucinemos con lo que vemos superficialmente, ó con lo que nos dicen los detractores. Si consultamos á estos como á unos oráculos, desde luego notarémos que dicen, que una de las exigencias de México consiste en introducir en ella la tolerancia de cultos, y que toda la nacion está persuadida de esa verdad; de consiguiente afectan que la voluntad nacional está enteramente decidida en este sentido; mas si efectivamente consultamos esa voluntad nacional, descubrirémos que está terminantemente pronunciada en contra de tan inicua y atroz blasfemia; pues del mismo modo conocerémos que los que estamos persuadidos de la necesidad del restablecimiento de los Jesuitas, ya por la experiencia, ó ya por lo mucho bueno que sabemos de ellos, aclamarémos enérgicamente porque se acuerde, y en este clamor obrariamos constitucionalmente, pues el artículo 2.° de la acta de reformas dice: que *es derecho de los ciudadanos ejercer el de peticion;* de manera, que por cualquier extremo que consideremos la cuestion, nos convencerémos de que es rigorosamente constitucional; así es, que los que opinan en contrario, pueden deponer sus temores ó sus escrúpulos, atendiendo á que los decretos que se acordasen en favor del restablecimiento de la Compañía de Jesus, de ninguna suerte barrenarian la constitucion de que se muestran tan zelosos defensores.

Con todo, somos algo cavilosos, y acostumbramos decir la verdad sin rodeos. Si no se tratara de la Compañía de Jesus, sino de cualquiera otro asunto que interesara á sus detractores, no se detendrian en el escrupulillo, poco atendible por cierto, de barrenar la constitucion á sabiendas y con descaro, y se barrenaria como se barrenan todas las leyes. No odian la Compañía de Jesus considerada meramente como una corporacion religiosa: sí la odian, porque ella podria comprometer el bienestar de sus adversarios, moralizando al pueblo y haciéndole conocer sus intereses, sus derechos: odian la Compañía de Jesus, porque han medido su influencia política, su influencia moral, las que pueden ejercer sin mendigar el favor de los soberanos, en cambio de una vil adulacion, de la que está muy distante el que es sábio, porque tiene dignidad, porque conoce la bajeza de esa mezquina pasion, y está convencido de que se degrada el hombre, arrastrándose como la serpiente á los pies de otro hombre, que trata justamente como esclavos á sus aduladores: nó, la Compañía de Jesus no practicaría esos medios que reprueban la razon y la decencia, sino que se haria estimable por los beneficios que dispensaria al pais con la educacion de la juventud, con la integridad de las costumbres, con el aumento de la poblacion, con las fuentes de la riqueza nacional que fomentaria, y con las mejoras materiales que introduciria; y ahora preguntamos de paso, ¿el restablecimiento de una corporacion tan útil seria contra la constitucion, cuando el espíritu de esta tiende á proteger la religion? Indudablemente que nó; pues entónces ¿cuál es el motivo porque se arguye de anti-constitucional ese acto de política? Ya lo hemos indicado: porque en México se estudia famosamente el arte de perpetuar el desórden y la anarquía, sin que las lecciones de lo pasado, sin que la triste experiencia de lo que nos ha sucedido en todo el tiempo en que la República está caminando á su ruina, sean suficientes para que reflexionemos, y para que nos dediquemos sériamente á salvarla.

(1) Recitaciones del Derecho civil segun el órden de la Instituta, Lib. 1.° tit. 1.° §. XIX.

Es muy doloroso decir, que no se ha observado jamás la constitucion en la parte que asegura una especial y muy recomendable proteccion á la religion que profesamos: jamás, repetimos, nos hemos ocupado de este grave asunto, sino que parece que lo vemos con un desprendimiento muy punible. Apreciariamos que nos convenciesen de error, porque esta ilustracion nos haria notar, que la Iglesia y el Estado habian florecido: al contrario, juzgamos que en todas épocas se ha querido deprimir la religion, y á pesar de que conocemos que la Iglesia necesita tambien de correctivos, no hemos llegado á saber que en el tiempo que la República es independiente, libre y soberana, se hayan tomado algunas medidas que tengan por objeto la celebracion de un concilio: los esfuerzos de los legisladores y de todos los gobiernos, se han limitado á arreglar los asuntos de política; y cuando el Soberano ha recordado que tiene derecho de intervenir en los negocios de la religion, solo ha ejercido sus facultades en exigir de la Iglesia los buenos servicios que le ha prestado, para llevar al cabo sus designios políticos; pero nunca se ha interesado en la prosperidad de este importantísimo establecimiento; de manera que la Iglesia aparece como extrangera en el pais. Sentados esos principios, es pues, evidente, que la nacion necesita urgentemente de que se arregle un asunto de suyo tan importante, y creemos de buena fé, que el restablecimiento de la sagrada Compañía de Jesus en la República, seria el principio de una verdadera regeneracion política, pues cuando recordamos los servicios que ha prestado á las Américas, nuestro corazon se enternece; y así como la excelencia, la belleza de las criaturas, naturalmente lleva á la religiosa y sublime contemplacion de las perfecciones del Criador, del mismo modo al estudiar, ó bien al renovar la memoria de los beneficios que la Compañía de Jesus ha hecho

aun en nuestro hemisferio, nos vemos conducidos á tributarle un homenage de respeto y admiracion.

El estado en que se halla actualmente la moral pública, y sobre todo, la necesidad de establecer y proteger las misiones, son otros dos puntos que reclaman imperiosamente el restablecimiento en cuestion, porque la historia que jamás puede desmentirse, atestigua de una manera innegable, que los Jesuitas sacaron ópimos frutos de las misiones en que se empleaban. Nosotros podriamos inconcusamente hacer multiplicados extractos de la historia para comprobar esta verdad; pero ciertamente ellos no determinarian una idea completa de este negocio, y por tal motivo preferimos insertar en este lugar un curiosísimo artículo, que bajo el rubro de: "De las misiones en general, y „de las misiones del Paraguay en particular," corre impreso á la página 196 del periódico titulado: "El Católico," publicado en París el año de 1842. Dice así el artículo:

"Nada mas interesante ofrece la historia de las misiones, que las páginas consagradas á las misiones de los Jesuitas en el Paraguay, en las que se manifiesta en toda su plenitud y en todo su esplendor el poder de la religion cristiana. Vese en ella un pueblo sin leyes, sin costumbres, sin culto, sin sociedad, que se reune, se instruye, se disciplina y se civiliza á la voz de unos pobres misioneros: vese allí el mundo hecho con el caos; un gobierno mas sábio que los de Solon y de Licurgo, formado con la cruz y el Evangelio."

"El Paraguay es un pais inmenso, lleno de bosques y de dehesas, que empieza al pié de las Cordilleras, y se extiende por la América Meridional entre el Orinoco y el Rio de la Plata, entre el Perú y el Brasil: recibe su nombre de un gran rio que le atraviesa. *Paraguay*, en la lengua de los salvages, significa el rio coronado, porque nace en el lago *Jarayés*, que le sirve como de corona: ántes de desembocar en el rio de la Plata, este rio recibe las aguas del *Parana y del Uruguay*. Selvas que encierran en su seno otras selvas antiquísimas, pantanos y llanuras enteramente inundadas en la estacion de las lluvias, montañas que elevan desiertos sobre desiertos, forman una parte de las regiones que riega el Paraguay, en la que abundan toda especie de caza, igualmente que tigres y osos. Los bosques están llenos de abejas que forman una cera muy blanca, y una miel en extremo aromática. Encuéntranse allí pájaros de bellísimo plumage, y que parecen grandes flores coloradas y azules bajo la verdura de los árboles."

"Los Indios que se hallaban en aquellas agrestes soledades, raza indolente, estúpida y feroz, mostraban en toda su fealdad al hombre primitivo degradado por su caida. Nada prueba mejor la degeneracion de la naturaleza humana, que la pequeñez del salvage en la inmensidad del desierto."

"Las primeras empresas de los misioneros, se limitaron á simples escursiones. Convertian de cuando en cuando á algunos Indios, pero no lograban formar tribus cristianas: el principal y casi el único fruto

que se recogia entónces de aquellos piadosos trabajos, era bautizar á algunos niños moribundos. Retiraban de enmedio de los trabajos á los adultos que abrazaban la fé, y los excitaban á ir á habitar en las tierras ocupadas por cristianos."

"Hácia el año de 1680, los Padres de la Compañía de Jesus, cansados de obtener tan pocos resultados, escribieron á la corte de España, que el poco éxito de sus misiones dependia de la violencia de los españoles y del ódio que sus desafueros inspiraban por do quiera á los naturales del pais: aseguraron que removido este obstáculo, el cristianismo haria inmensos progresos en las partes mas desconocidas de la América, y que podria reducirse todo el Paraguay al dominio del monarca de España y de las Indias, sin gasto y casi sin efusion de sangre."

"La solicitud de los misioneros fué acogida favorablemente: designóseles el espacio en que les era permitido trabajar en su proyectada obra, y se les dieron todos los poderes necesarios. Mandóse á los gobernadores de las provincias adyacentes, que por ningun pretexto interrumpiesen en sus trabajos á los Apóstoles del Paraguay, y que no dejasen penetrar á ningun español en el pais que iban á catequizar, sino prévio el consentimiento expreso de los Padres. Estos, por su parte, prometieron pagar cierta capitacion, en proporcion del número de sus prosélitos, y someterlos al poder del rey católico. Ajustados estos convenios, embarcáronse los Jesuitas en el Rio de la Plata, y entrando en las aguas del Paraguay, se dispersaron por las selvas.

"Las antiguas relaciones nos los representan con un breviario debajo del brazo izquierdo, con una gran cruz en la mano derecha, y sin mas provisiones que su confianza en Dios: nos los pintan además, abriéndose paso por entre los bosques, caminando por tierras pantanosas, donde les llegaba el agua hasta la cintura, trepando escarpados riscos, ó internándose en las cuevas y en los precipicios, á riesgo de hallar serpientes y otras alimañas, en vez de los hombres que buscaban.

"Muchos de ellos murieron de hambre y de cansancio; otros fueron sacrificados y devorados por los salvages. Al Padre Lizardi se le encontró asaeteado en una roca: su cuerpo estaba medio devorado por las aves de rapiña, y su breviario estaba abierto junto á él en el oficio de los difuntos. Cuando un misionero encontraba los restos de alguno de sus compañeros, apresurábase á tributarle los honores fúnebres, y lleno de un santo júbilo, entonaba un *Te Deum* solitario sobre la sepultura del mártir.

"Semejantes escenas, renovadas á cada instante, pasmaban á las hordas bárbaras. Parábanse á veces al rededor del sacerdote desconocido que les hablaba de Dios, y miraban el cielo que les enseñaba el apóstol; á veces huian de él como de un encantador, y se sentian dominadas por un invencible espanto: el religioso las seguia exten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diendo hácia ellas las manos en nombre de Jesucristo. Si no podia detenerlas, plantaba su cruz en un sitio descubierto, é iba á esconderse en las selvas. Poco á poco los salvages se iban acercando para examinar el estandarte de paz levantado enmedio de la soledad: parecia que un secreto iman los atraía hácia aquel signo de salvacion: entónces el misionero, saliendo de repente de su emboscada, y aprovechándose de la sorpresa de los bárbaros, los excitaba á abandonar una vida miserable, para disfrutar de las dulzuras de la sociedad.

"Luego que los Jesuitas hubieron convertido algunos Indios, recurrieron á otro medio para ganar almas. Habian observado que los salvages de aquellas orillas eran muy sensibles á la música, y aun se dice que las aguas del Paraguay hacen la voz mas hermosa. Embarcáronse, pues, los misioneros en piraguas con los nuevos catecúmenos, y cruzaron aquellos rios entonando cánticos, que repetian los neófitos como cantan las aves de reclamo para atraer á las redes del cazador los libres pajarillos. No dejaron los Indios de caer en esta dulce celada; bajaban de sus montañas y acudian á la orilla de los rios, para oir mejor aquellos acentos; muchos de ellos se tiraban al agua y seguian á nado la barca encantada. El arco y la flecha se le caían al salvage de las manos: la aficion á las artes sociales, y las primeras dulzuras de la humanidad, penetraban confusamente en su alma: veía á su muger y á su hijo llorar á impulso de una alegría desconocida, y pronto subyugados por un irresistible halago, caia al pié de la cruz, y mezclaba torrentes de lágrimas á las aguas regeneradoras que corrian sobre su cabeza.

"De esta suerte filtró el cristianismo en el corazon de aquellas tribus errantes. Para trabajar mejor en la salvacion de sus almas, ocupáronse los misioneros en reunirlos en estado de sociedad: hicieron al efecto venir de Buenos Aires rebaños de bueyes, carneros y toda especie de ganados que se multiplicaron en tan poco tiempo, que pronto se tuvo todo lo necesario para la subsistencia de los neófitos. Empezaron entónces á formarse poblaciones: tragéronse de Buenos Aires todas las herramientas é instrumentos necesarios, así para cortar y pulimentar la madera, y trabajar la piedra y los metales, como para desmontar y cultivar las tierras. Hiciéronse provisiones de trigo, de verduras y de varias especies de granos: enseñaron á los Indios el modo de hacer ladrillos y cal: trazáronles el plano de las casas que era preciso construir, y los misioneros succesivamente predicadores, lesgisladores y maestros de obras, pronto tuvieron el consuelo de ver habitadas sus aldeas.

"Aquellos nuevos ciudadanos, animados del espíritu de caridad que inspira la verdadera religion, se apresuraron á comunicar á sus parientes y á sus compatriotas, la ventura de que disfrutaban. Emprendian escursiones á los sitios mas apartados, y nunca volvian sin traer consigo un gran número de infieles: la dulzura con que eran recibidos y las muestras de ternura que les prodigaban, domaban insen-

siblemente á aquellos bárbaros. Todos los habitantes de las aldeas se apresuraban á construirles casas, mientras los misioneros los disponian á recibir el Sacramento del bautismo. En todas las aldeas aumentaba el número de los Indios, y pronto se pensó en formar otras nuevas: las aldeas ya fundadas suministraban todo lo necesario á las nuevas que se queria establecer. Contáronse hasta treinta en pocos años, y formaron entre sí aquella República cristiana, que parecia un resto de la antigüedad descubierto en el Nuevo Mundo, y que ha confirmado á nuestra vista aquella verdad conocida de Roma y de Grecia; á saber, que con la religion y no con principios abstractos de filosofía, es como se civiliza á los hombres, y se fundan los imperios.

"A medida que se establecian nuevas poblaciones, se fijaban sus límites, á fin de evitar quejas y murmullos: algunas hubo á que se asignaron límites cuyo rádio tenia mas de cuarenta leguas. En cada poblacion se examinó la diferencia de las tierras, y para qué género de cultivo eran aptas: pusiéronse los ganados en las que podian dar pastos: las otras se destinaron á la siembra. Hiciéronse venir de Buenos Aires jornaleros para enseñar á los Indios los oficios mas necesarios á la sociedad civil: su aplicacion y el ingenio que tienen para las artes, les hacian aprender fácilmente lo que les enseñaban: con el tiempo y la experiencia llegaron á sobresalir en muchos oficios. En fin, los misioneros, reduciendo á la multitud á las primeras necesidades de la vida, habian sabido distinguir en el rebaño á los niños reservados por la naturaleza para mas altos destinos: siguiendo el consejo de Platon, habian puesto aparte á los que anunciaban un génio particular, á fin de iniciarlos en las ciencias y en las letras. Aquellos niños escogidos, se llamaban la *congregacion:* educábanlos en una especie de seminario, y vivian sometidos á la rigidez del silencio, del retiro y de los estudios de los discípulos de Pitágoras. Reinaba entre ellos una emulacion tal, que la sola amenaza de ser echados á las escuelas comunes, era un tormento para los alumnos. De aquel excelente plantel, debian salir algun dia los sacerdotes, los magistrados y los héroes de la pátria.

"Las mugeres trabajaban separadas de los hombres en el interior de las casas. Al principio de cada semana se les distribuia una cierta cantidad de lana y de algodon, que debian entregar el sábado por la tarde pronta para ser trabajada: empleábanse tambien en faenas campestres que las ocupaban sin cansarlas demasiado.

"No habia en los pueblos mercado público. En ciertos dias fijos se le daban á cada familia las cosas necesarias para la vida. Un misionero estaba encargado de cuidar de que las partes fuesen proporcionadas al número de los individuos que se hallaban en cada cabaña.

"Las poblaciones indias ocupaban una grande extension, generalmente á la orilla de un rio ó en un sitio hermoso y pintoresco. Las casas eran uniformes, de un solo piso, y de piedra: las calles

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eran anchas, y estaban tiradas á cordel. En el centro del pueblo se hallaba la plaza pública, formada por la Iglesia, la casa de los padres, el arsenal, el granero comun, la casa de refugio y el hospicio para los forasteros. Las Iglesias eran muy hermosas, y estaban muy adornadas: cuadros separados por festones de verdura, cubrian las paredes. Los dias de fiesta se derramaban en la nave aguas olorosas, y el Santuario estaba alfombrado de flores.

"A esta poética y fiel pintura de los templos del Paraguay, es preciso añadir un cuadro de la devocion de los Indios. Oigamos á un testigo ocular referir como observaban aquellos pueblos la religion cristiana.

"Al rayar el dia toca la campana para llamar al pueblo á la Iglesia: un misionero recita la oracion matinal, y dice en seguida la misa, despues de lo cual cada uno se retira para atender á sus quehaceres. A las ocho, todos los niños de ménos de doce años van á la Iglesia, donde, despues del rezo de por la mañana, recitan de memoria y en alta voz el catecismo. Los niños colocados en el Santuario empiezan, y las niñas desde la nave repiten lo que dicen aquellos: en seguida oyen misa, luego dan la leccion de catecismo, y despues se van de dos en dos á sus escuelas. Es cosa que enternece, la modestia y la devocion de aquellas criaturas. Al anochecer se toca á oraciones, despues de lo cual se reza el rosario á dos coros: pocas personas se dispensan de este ejercicio, y los que, por razones poderosas no pueden ir á la Iglesia, nunca dejan de rezarle en sus casas.

"Los domingos y dias de fiesta se dicen tres misas mayores, y en cada misa hay un sermon. Todos los juéves se bendice el Santísimo Sacramento, segun el permiso obtenido del Papa, y al ver la concurrencia de los fieles que acuden á esta ceremonia, no parece sino que todos los juéves del año son otros tantos dias festivos. Siempre que se lleva el Viático á los enfermos, cierto número de individuos de la cofradía del Santísimo Sacramento deben acompañar á nuestro Señor con hachas encendidas. Su fé es tan viva, que la penitencia que mas les aflige cuando han cometido alguna falta, es verse privados de este honor.

"El carácter de los Indios convertidos era en un todo conforme á la idea que dan de él estos hábitos de dulce piedad. Los misioneros habian establecido leyes penales, cuya mansedumbre deberia ser un motivo de reflexion para los legisladores de Europa, y durante todo el tiempo que duraron las Repúblicas del Paraguay, apenas se presentaron dos ó tres casos en que estas leyes fueron aplicables en todo su rigor: el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hacian estos milagros entre unas hordas ántes tan feroces. Sus costumbres habian llegado á ser tan apacibles y puras, que el Obispo de Buenos Aires escribia á Felipe V, que no creia, que, en todas las aldeas indias, se cometiese jamás un solo pecado mortal.

"Tal era la sociedad que establecieron los Jesuitas en el Paraguay: ¡por tales obras los han calumniado atrozmente los filósofos del siglo XVIII! ¿Por qué han prevalecido esas calumnias? ese es el secreto de la Providencia. Los Indios de las aldeas pagaban puntualmente sus tributos: se unian á los ejércitos españoles en todas las guerras: eran súbditos libres, pero fieles, y sin embargo en 1757 la corte de Madrid los entregó, como un rebaño de esclavos, á la corte de Portugal. No quisieron los Indios dejarse traspasar de mano á mano, y tomaron las armas, pero no tardaron en ser derrotados."

Cualquiera que haya leído atentamente el artículo que acabamos de insertar, convendrá en que los Jesuitas hicieron fructificar sus trabajos, por medio de las misiones que emprendieron en el Paraguay, y que esos trabajos fructificaron en favor de la Iglesia y del Estado; de manera, que estos hombres son admirables, porque pueden ser considerados como edificantes y celosos ministros del altar, como sábios legisladores, y como excelentes mandarines. Indudablemente, bajo una simple sotana, descubrimos á un hombre rico en ciencia de gobierno político y eclesiástico; rico en artes; rico en elementos abundantísimos de todas clases, para sembrar y cosechar en favor de las dos potestades. De la Iglesia, porque segun el testimonio *respetable respetabilísimo* del Obispo de Buenos Aires, en las aldeas indias jamás se cometia un pecado mortal. ¡Jamás!... ¡Ah! Si no fuera ese testimonio producido por una persona tan respetable, y transmitido á otra de no menor categoría, pareceria increible, inverosímil, hinchado. ¿Y podrémos siquiera penetrar el sentido de esas versiones? ¿Podrémos asentir en que en las poblaciones indias se encontraban individuos de ámbos sexos tan puros y tan santificados? Pues ello es cierto, aunque nos parezca de dificil creencia. Pero ¿por qué se obtuvieron esos resultados tan asombrosos? Ya lo hemos oido decir. Porque el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros, hacian estos milagros entre unas hordas ántes tan feroces. Y en efecto: la lectura del libro de Dios, es demasiado útil, porque frecuentemente se están repasando los deberes que tenemos para con el Supremo Hacedor, y los continuos sermones y explicaciones de los ministros del Señor, hacen que grabemos perfectamente en nuestra memoria y en nuestro corazon lo que nos enseñan: la moral entónces prevalece y se mantiene intacta, y esta moral nos demuestra la necesidad en que nos hallamos de ser virtuosos. Supongamos por un momento que nos trasladamos al tiempo de los Jesuitas, y que vemos lo que hacian en aquella época. Parécenos que congregaban al pueblo en el templo, y que en los sermones que habia, los Jesuitas procuraban tratar succesivamente de las virtudes que encierra nuestra religion, para conducir al rebaño de Jesucristo á la perfeccion de la vida cristiana. Parécenos, repetimos, que los Jesuitas hablaban á su auditorio acerca de una sola virtud, y que la inculcaban en el ánimo de sus oyentes. Es claro entónces que enseñando y haciendo practicar estas virtudes, los hombres que eran discípulos de esos beneméritos misioneros, llegarian á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser humildes, caritativos, castos, honestos, pundonorosos, sábios, fuertes, justos, integros, de buena fé, y de consiguiente que Dios bendeciria aquellos lugares, porque los Indios eran perfectos cristianos, y jamás desmayaban, porque tenian buenos maestros y habia la facilidad de que se cubriera la vacante que se advirtiese, por muerte ó separacion de cualquiera de los Jesuitas.

Estos fueron en extremo ingeniosos y sagaces, cuando para convertir á los Indios, ocurrieron al arbitrio de seducirlos por medio de la música, entonando cánticos de alabanzas á Dios Todopoderoso; de suerte, que advertimos que los Jesuitas aun enmedio de sus recreaciones, estaban escudados, si nos es lícito decirlo así, con el espíritu de Dios, logrando por este medio reunir á los bárbaros en sociedad. Ahora bien: preguntamos, si los Jesuitas, en vez de tenderles esas inocentes redes, y de tocar la fibra mas delicada de los Indios, con la dulce armonía de la música, se hubieran hecho temibles, por ir escoltados por un ejército, y rodeados de un aparato formidable é imponente, preguntamos otra vez, ¿hubieran los Jesuitas fructificado con tanto provecho? Respondemos que nó. Los Indios hubieran mirado á los Jesuitas como á sus mas encarnizados enemigos, y jamás habrian gozado de las dulzuras de la sociedad, porque los Jesuitas erraban entónces el camino, y se hacian indignos de las simpatías de los Indios. Pero como estos hombres son grandes en la extension de la palabra, y reunen la prudencia á la perspicacia, conocieron que la religion de Jesucristo jamás se introduce por la fuerza, y conquista el corazon de una manera dura é irritante. Conocieron, decimos, que el espíritu de esa religion no es perseguidor, sino perseguido: que no es aterrador sino convincente, y que no quiere sino el corazon y la voluntad de sus hijos: que por sí sola se hace amar, y que, en fin, cuantos son sus secuaces, advierten que sus armas no son los tormentos, la afrenta, la muerte; sino la persuasion y la bondad de su naturaleza, que su yugo es suave, y los medios de que usa para establecerse, son la suavidad, la caridad con que trata á todos sus hijos, y el espíritu de fraternidad con el que están estrechamente unidos todos los hombres.

El libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hacian esos estupendos milagros, y no es de difícil creencia, porque los libros sagrados y los tratados de la moral, son precisamente los que forman el corazon de los hombres, y la bondad de los súbditos: es preciso, pues, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hubieran presentado á nuestra consideracion los grandes resultados que alcanzaron los Jesuitas, y que nos parecen fabulosos; pero los libros de Dios nos están indicando frecuentemente, repetidos y multiplicados ejemplos de que los hombres son lo que deben ser con el temor de Dios, y la historia de los Jesuitas nos lo comprueba de una manera evidente é indudable. Sabido es que los Judíos padecieron duras servidumbres, cuando se olvidaban de Dios; pero que tan luego como lo reconocian

y se confesaban culpables, el Señor usaba de misericordia con ellos: "La familia de Jacob, dice el Doctor Rigual (1), que pasó á establecerse en Gessen, viéndose oprimida de los Egipcios, y hecha esclava de Pharaon, gimió muchos años en aquel pais, lloró su desventurada suerte, y enmedio de sus trabajos clamó á Dios por su alivio y libertad; y el Señor, que con ojos de piedad se dignó mirar la tribulacion que padecia su pueblo escogido, oyó sus repetidos clamores, y para darles su consolacion y libertad, hizo nacer á Moisés, á quien destinó la Providencia para manifestar una larga série de prodigios, de misterios y de gracias, que empezaron á brillar desde su cuna." La historia de este pueblo privilegiado é ingrato, nos acredita, que inmediatamente que olvidaba el libro de Dios, ó propiamente dicho, su santa ley, era abandonado á su triste suerte y entregado á la servidumbre, perdiendo su nacionalidad; pero que luego que se arrepentia y clamaba al Señor, luego que estudiaba el libro de Dios, era tratado misericordiosamente, porque sin remision ha de cumplirse lo que el Señor ha dicho. *Si ergo audieritis vocem meam, et custodieritis pactum meum, eritis mihi in peculium de cunctis populis: mea est enim omnis terra.—Et vos eritis mihi in regnum sacerdotale, et gens sancta.* (Exod. cap. 29 ¥¥. 5 y 6) "Pues si oyereis mi voz, y guardareis mi pacto, sereis para mí una porcion escogida entre todos los pueblos: porque mia es toda la tierra.—Y vosotros sereis para mí un reino sacerdotal, y una nacion santa." Por lo mismo, luego que se hubieron santificado, se hicieron dignos los Judíos de recibir la ley de Dios; pero tan luego como se contaminaron adorando un becerro de oro, oimos esas terribles palabras del Señor: *Dimitte me ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos, faciamque te in gentem magnam.* "Déjame, que se enoje mi saña contra ellos, y que los deshaga, y te haré caudillo de un grande pueblo;" sin embargo, en toda la historia de ese gran pueblo, encontramos siempre castigada severamente la ingratitud que mostraba á Dios, y extraordinariamente recompensada su fidelidad. Othoniel, elegido de Dios para capitan, juez y salvador del pueblo de Dios, sacó á los Israelitas de la esclavitud de Chúsan, rey de Mesopotamia, bajo cuyo dominio vivieron oprimidos ocho años, y este fué el primer cautiverio que padeció el pueblo de Dios en la tierra de promision por su pecado de idolatría. Othoniel juzgó las civiles disensiones, castigó los delitos y defendió con las armas la libertad de los Israelitas, por espacio de cuarenta años —Olvidado el pueblo de Israel de sus desgracias pasadas y padecidas por sus desórdenes, volvió á caer en la idolatría, y por ella en manos de Eglon, rey de los Moabitas, á quien sirvieron de esclavos diez y ocho años: clamaron á Dios, y el Señor les dió por juez y libertador á Aod.—Aod, varon esforzado, que usaba de la mano siniestra como de la de-

(1) En su historia cronológica del Pueblo Hebréo, de su Religion y Gobierno político, p. 15.

recha, quitó la vida al tirano rey Eglon, infundió terror y espanto á los Moabitas, y puso en libertad al pueblo de Dios, á quien gobernó ochenta años —Samgar, labrador, que con su reja mató á seiscientos Philisteos, sucedió á Aod, y gobernó á los Israelitas algunos meses. —Mas insolente el pueblo de Israel con las dichas que lograba en su libertad, volvió tercera vez á caer en el desórden, y en manos de Jabin rey de Canaan, bajo cuyo dominio sufrió una dura y larga esclavitud de veinte años; pero sus ruegos y su arrepentimiento, alcanzaron de Dios el consuelo, por medio de Débbora y de Barac.—En estos tiempos vivia Ruth, muger de Booz, de cuyo matrimonio nació Obed, padre de Isai, ó Jesé, que fué padre de David.—Débbora, muger la mas sábia de Israel, profetiza, y favorecida de la gracia de Dios, gobernó al pueblo de Israel, llamó á Barac, á quien asoció en el mando, le encargó la expedicion contra Jabin, derrotó Barac al ejército enemigo, y sacó de la esclavitud á los Israelitas, á quienes Débbora y Barac gobernaron cuarenta años.—Cuarta vez se dejaron llevar de la idolatria los Israelitas, y hallaron tambien el castigo en una dura opresion en que los tuvieron los Madianitas siete años, hasta que sus clamores movieron á la misericordia de Dios á darles por juez y capitan á Gedeon.—Gedeon, varon fuerte, escogido de Dios para hacer la guerra contra los Madianitas, en una noche, con solos trescientos hombres que componian su ejército, desbarató las tropas enemigas en número de ciento veinte mil combatientes, reportó una completa victoria, y puso en libertad á los Israelitas, á quienes gobernó cuarenta años (1).—Quinta vez reincidió Israel en la idolatría, adoró á Baal y

(1) Gedeon, varon fuerte como le llamamos en el texto, libertó á Israel de la dura opresion en que estaba sumergido, en virtud y por medio de la eficacia con que clamó todo el pueblo al Señor, porque efectivamente no nos debemos equivocar. Mientras que estemos dotados del santo temor de Dios, hemos de ser felices naturalmente, como lo fueron los Indios del Paraguay, todo el tiempo que estuvieron sujetos al gobierno de los Jesuitas, y lo prueba la historia de Gedeon, la cual es admirable, segun la refieren los libros sagrados. Conforme á su tenor expreso, los hijos de Israel hicieron lo malo delante del Señor: el cual los entregó en manos de Madian por siete años, y fueron oprimidos por ellos en grande manera: se hicieron grutas y cavernas en los montes, y lugares muy fuertes para resistir. Cuando los Israelitas habian sembrado, subian los Madianitas y los Amalecitas, y las otras naciones de Oriente; y plantando las tiendas cerca de ellos, lo talaban todo, cuando aun estaba en yerba, hasta la entrada de Gaza: y no dejaban á los Israelitas nada de lo que es necesario para la vida, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Porque venian ellos con todos sus ganados y tiendas, y á manera de langostas lo cubrian todo con una multitud innumerable de hombres y de camellos, desolando todo cuanto tocaban. Israel, pues, fué en extremo humillado en presencia de Madian, y pidió al Señor socorro contra sus opresores. El Señor les envió un profeta, que les dijo: *Haec dicit Dominus Deus Israël. Ego vos feci conscendere de Ægipto, et eduxi vos de domo servitutis,—Et liberavi de manu Ægiptiorum, et omnium inimicorum, qui affligebant vos: ejecique eos ad introïtum vestrum, et tradidi vobis terram eorum: Et dixi: Ego Dominus Deus vester, ne timeatis deos Amorrhaeorum, in quorum terra habitatis. Et noluistis audire vocem*

Astaroth, por cuyo delito se vió hecho esclavo de los Ammonitas y Philisteos, diez y ocho años, hasta que arrepentidos arrojaron de sus casas todos los ídolos, clamaron á Dios misericordia, y el Señor les dió por Juez á Jephté. Este, que fué sucesor de Jair, movió su ejército contra los Ammonitas, los rindió, destruyó y demolió sus ciudades: salió Israel con el triunfo, con la libertad y con la gloria, y solo Jephté halló la infelicidad en la victoria: habia prometido sacrificar á Dios lo primero que hallase de su casa; fué su hija la que, noticiosa de la vuelta de su padre, salió á recibirle, y sirvió de victima al cumplimiento de su voto: gobernó Jephté seis años. Sexta vez ca-

meam (Lib. de los Jueces, cap. 6. ¥¥. 8. 9 y 10.) Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto, y os saqué de la casa de la esclavitud,—Y os libré del poder de los Egipcios, y de todos los enemigos que os maltrataban: y los eché cuando entrasteis, y os entregué su tierra.—Y dije: Yo soy el Señor Dios vuestro, no temais los dioses de los Amorreos, en cuya tierra habitais. Y no quisisteis oir mi voz. Vino, pues, el Angel del Señor, y se sentó debajo de la encina que habia en Ephra, y pertenecia á Joas, padre de la familia de Ezri. Y como su hijo Gedeon, sacudiese y limpiase el grano en el lagar, para esconderlo de los Madianitas, aparecióscle el Angel del Señor, y dijo: *El Señor es contigo, ó el mas fuerte de los hombres.* Gedeon le respondió: *Por vida vuestra, Señor mio, si el Señor es con nosotros, ¿cómo es que nos han alcanzado todos estos males? ¿dónde estan aquellas sus maravillas, que nos contaron nuestros padres, diciendo:* El Señor nos sacó de Egipto? *Mas ahora el Señor nos ha desamparado, y entregado en poder de Madian.*—Y mirole el Señor, y dijole: Ve con esta tu fortaleza, y libraras á Israël del poder de Madian: sabe que yo soy el que te envio.—El respondió y dijo: ¿Como, te ruego me digas, Señor mio, podré yo librar á Israel? mira que mi familia es la ultima de Manasses, y yo el menor en la casa de mi padre.—Y dijole el Señor: Yo seré contigo: y derrotaras á Madian, como si fuera un solo hombre.—Y él: Si he hallado gracia, replicó, delante de tí, dame una senal de que eres tú el que habla conmigo—Y no te retires de aqui, hasta tanto que vuelva á tí, y traiga un sacrificio y te lo ofrezca. Y aquel respondió: Yo esperaré hasta que vuelvas.—Entróse, pues, Gedeon, y coció un cabrito, y de un modio de harina hizo panes ázimos: y poniendo la carne en un canastillo, y echando en una olla el caldo de la carne, llevólo todo debajo de la encina, y se lo presentó—Dijole el Angel del Señor: Toma la carne y los panes ázimos, y ponlo sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo. Gedeon, pues, obedeció, y el Angel del Señor extendió entónces la punta del báculo, que tenia en la mano, tocó la carne y los panes ázimos: salió fuego de la piedra, consumió la carne y los panes azimos, desapareciendo en seguida el Angel del Señor de los ojos de Gedeon, quien exclamó: "Ay de mi, Señor Dios: que he visto al Angel del Señor cara á cara." Y el Señor le respondió: *Paz sea contigo, no temas, no morirás.*—En consecuencia, Gedeon edificó allí un altar al Señor, y llamólo la paz del Señor, como se llama hasta este dia. Y estando en Ephra, que pertenece á la familia de Ezri, dijole el Señor aquella noche: *Toma un toro de tu padre y otro de siete años, y destruiras el altar de Baal, que es de tu padre: y corta el bosque que esta al contorno del altar: Y edificaras un altar al Señor Dios tuyo en lo alto de esta piedra, sobre la que pusiste antes el sacrificio: y tomaras el segundo toro, y lo ofreceras en holocausto sobre un haz de la leña, que habras cortado del bosque.* Habiendo, pues, Gedeon tomado consigo diez de sus siervos, cumplió las órdenes del Señor; pero por temor de la familia de su padre, y de los hombres de aquella ciudad, no quiso hacerlo de dia, sino que lo ejecutó todo de noche. Luego que los habitantes de aquel pueblo, pudieron informarse de semejantes acontecimientos, exclamaron: ¿Quién ha hecho esto?

yeron los Israelitas en la idolatría, y en manos de los Philisteos, bajo cuya esclavitud vivieron oprimidos cuarenta años.—Samson, hombre de un prodigioso valor, desbarató á los Philisteos, les dejó burlados, les quitó la vida, y con su propia muerte libertó á los Israelitas, despues de haberles gobernado veinte años.—Helí, pontífice del pueblo de Israel, á cuya dignidad se juntó la de juez, varon bueno, pero de ánimo remiso y sin valor para reprender ni castigar á sus dos hijos perversos Ophni y Phinees, vió caer sobre su familia y sobre el pueblo de Israel, la maldicion que le amenazó Dios, por el sacrilego desórden de sus hijos en el sagrado ministerio: Israel fué vencido de los

---

y buscando y encontrando al autor, quisieron que Joas les entregase á Gedeon para castigarlo: pero Joas repuso: *Acaso sois los vengadores de Baal para combatir por él?* "El que fuere enemigo suyo, continuó, muera antes que venga la luz de la mañana: si él es Dios, véngnese del que ha derribado su altar." Juntáronse, pues, los Madianitas y Amalecitas, así como los pueblos del Oriente: y pasando el Jordán, acamparon en el valle de Jezrael. Entonces Gedeon, ó lo que es lo mismo, Jerobaal, revistiéndose del espíritu de Dios, y tocando la trompeta, convocó la casa de Abiezer, para que lo siguiese. Tambien envió mensageros á todo Manasses, quien igualmente lo siguió, á Aser, á Zabulon y á Néphthalí, que le salieron al encuentro. Y dijo Gedeon á Dios: *Si has de salvar á Israel por mi mano, como lo has dicho, pondré este vellocino de lana en la era: si el rocío cayere en solo el vellocino, y toda la tierra quedase seca, sabré que salvarás a Israel por mi mano, conforme has dicho.* Así sucedió, de modo que levantándose Gedeon ántes de amanecer, esprimió el vellocino, y llenó una taza de rocío. Y dijo nuevamente á Dios: *No se encienda tu furor contra mí, si aun probare otra vez, pidiendo una señal en el vellocino. Ruégote que solo el vellocino quede seco, y toda la tierra mojada del rocío.* El Señor, pues, se dignó dar esta prueba que le exigió Gedeon. En seguida este libertó al pueblo de Israel, oponiendo 300 hombres á los 120 mil combatientes referidos en el texto, pues el Señor no quiso que peleasen los 22 mil hombres capaces de llevar las armas, que encontró Gedeon, ni los 10 mil que resultaron aptos despues de la separacion que hizo, conforme asienta el Capítulo 7.° del libro de los Jueces. Del Cap 6.° de ese libro, podemos decir, que casi literalmente hemos copiado la historia que acabamos de insertar, para probar, que efectivamente los Jesuitas pudieron ser felices y hacer dichosos á los Indios del Paraguay, gobernando la sociedad que habian formado, con el libro de Dios y el ejemplo que daban. De consiguiente, el que consulte tanto el preciosísimo pasage que hemos producido, como los innumerables episodios de la misma especie de que abunda la historia sagrada, no podrá menos que conformarse con la exactitud del aserto que hemos establecido en el texto. El temor de Dios hace grandes maravillas, y es el principio de la sabiduría, como es sabido. Vemos que apenas los Judíos se mostraban rebeldes al Señor, cuando inmediatamente eran abandonados en las manos de enemigos, de quienes recibian el trato mas duro é intolerable; pero que luego que se arrepentian, Dios les mostraba un semblante propicio, digámoslo así, y manifestaba todo su explendor, todo su poder y toda su misericordia, de tal manera que dejaba absortos á todos los circunstantes. Comparense estos hechos con los que nos relata la historia de los Jesuitas en el Paraguay, y ciertamente no extrañarémos los estupendos milagros que hicieron entre los Indios de aquellas comarcas, el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros. No queremos hacer mas difusa esta nota; y por lo mismo, en el texto nos ocuparémos de las observaciones que convienen en este lugar, las que faltan, y las que omitimos aquí en obsequio de no distraer la atencion de los lectores del asunto principal.

Philisteos. Ophni y Phinees, murieron por manos de sus enemigos: el Arca de la Alianza quedó en poder de los idólatras, y Helí cayó muerto de un accidente, despues de haber gobernado cuarenta años. —Samuel, profeta santo y varon recto, de ánimo puro y sencillo, sucedió á Helí, exhortó á Israel á detestar la idolatría, á hacer penitencia, y á convertirse de veras á su Dios: con estas armas abatió al Philisteo, exaltó á Israel, hizo revivir la religion y el culto: el Arca del Señor infundió el terror á los idólatras, ya destrozando al ídolo Dagon, ya castigando á los Azocios, ya llenando de asquerosos é insufribles males á los Accaronitas y á los demás pueblos idólatras por donde pasaba, obligándoles con esto á volverla á toda prisa á los Israelitas, por cuyas manos fué trasladada á Cariathiarim, á la casa de Abinadab.

Esta historia de los Judíos, que hemos tomado de la obra que escribió el Doctor D. José Rigual, con el título de: "Historia cronológica del Pueblo Hebréo, de su religion y gobierno político," nos demuestra claramente, que los Israelitas fueron felices, mientras que el libro de Dios era el regulador de todas sus acciones, y que su desdicha consistia en el olvido que padecian, por lo que mira á este preciosísimo documento; pues del mismo modo todos los pueblos deben ser sumamente dichosos, siempre que sean santificados, que tengan fé, que sean justos, caritativos, castos; siempre que no sean sórdidos, ni que se dejen arrastrar de sus asquerosas pasiones; esto es, conseguirán su felicidad, cuando se hallen justificados en la presencia de Dios; de consiguiente, habiendo obrado los Jesuitas, la justificacion de los Indios del Paraguay por medio del libro de Dios, y del ejemplo que daban, queda plenamente probada la primera parte de nuestra proposicion; á saber, que los Jesuitas sembraron y cosecharon en favor de la potestad eclesiástica.

Hemos visto que los Judíos, cuando consultaban el libro de Dios, gozaban de su independencia y libertad, así como tambien de todos los bienes que les eran anexos. Pues bien: en el fondo de esa historia, y si nos fuera permitido, digámoslo así, esprimirla, como Gedeon esprimió el vellocino de lana, que estaba lleno de rocío, veriamos que ella hacia establecer un principio, cual es que lo que sucedia á los Judíos, sucede á todas las naciones; es decir, que son desgraciadas, cuando se apartan de Dios y de su religion; que por el contrario, son felices, siempre que le temen y observan su culto escrupulosamente, y esto no lo decimos nosotros, que somos hombres miserables, sino que lo vemos expresamente consignado en los libros sagrados. Si nos detenemos un poco en registrarlos, hallarémos desde luego que el Señor promete su felicidad á los que guardaren sus mandamientos, como consta del Cap. 26 del Levítico, segun puede verse en el versículo 3 y siguientes hasta el 12.°, amenazando con terribles castigos á los transgresores, como dice en el mismo Levítico, y se lee desde el versículo 15 hasta el 44 del capítulo que hemos citado. Véase sobre es-

*

to el libro de los números. Cap. 14, ŸŸ. 22 23 y 30 hasta el 36 y el Deuteronomio, Cap. 11, Ÿ. 26 y siguientes hasta el 28.

Todos esos documentos, que son irrefragables, nos mostrarán evidentemente, que Dios ha de morar entre sus verdaderos amigos, é quienes prodigará mil beneficios, mostrándoseles propicio, y bendiciendo sus obras; no hay duda de que así obrará irremisiblemente, supuesto que ha dicho por boca de Jesucristo: *Amen quippe dico vobis donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant* (1) Los Jesuitas, pues, que son hombres sumamente grandes y extraordinarios, conocieron sin duda alguna, los felices resultados que produciria el libro de Dios en el ánimo de sus colonos. El bien que hicieron fué trascendental en beneficio de los Indios, y ellos se adquirieron un título de inmortalidad, que confesarán sin embarazo, los que pensando juiciosa é imparcialmente, merezcan el epíteto de sensatos y hombres cuerdos. Sin duda alguna, los Jesuitas son dignos de todo encomio, porque, segun el testimonio del Obispo de Buenos Aires, jamás se cometia en las aldeas indias un solo pecado mortal, y bajo este concepto, la Iglesia fué bien servida, porque los Jesuitas sembraron y cosecharon en su favor con tanto fruto. El que conozca la torpeza de los Indios, su imbecilidad, sus costumbres, y sin embargo de todos esos malos elementos, advierta, que los Jesuitas consiguieron un gran triunfo en el corazon de ellos, y en favor de las dos potestades, habrá procedido con justicia, y hecho la apología mas completa de esos famosísimos misioneros.

Estos tambien cosecharon para la potestad civil, porque preguntamos ¿qué hombre que sea un fiel discípulo de Jesucristo, podrá ser mal ciudadano? Aprendiendo bien la moral, é inculcándole en su corazon el conocimiento de las obligaciones que tiene para con Dios, evidentemente ya aprendió tambien los deberes que tiene para consigo mismo, y para con sus semejantes. Los Jesuitas sin duda con el libro de Dios, y con su ejemplo, enseñaron á los Indios á ser buenos súbditos, pues no les ocultarian que el mismo Apóstol San Pedro, dice: *Subjecti igitur estote omni humanae creaturae propter Deum: sive regi quasi praecellenti: sive ducibus tamquam ab eo missis ad vindictam malefactorum, laudem verò bonorum* (2). Sin embargo, podrémos tambien decir, que los Jesuitas no olvidaron este asunto tan interesante, pues que quisieron siempre sujetar á los Indios al dominio del monarca español, y no establecer poblaciones independientes. Los Jesuitas con su ejemplo, hacian estos progresos, pues eran fieles vasallos, y era preciso que los Indios que recibian su ejemplo, fueran igualmente buenos súbditos; de manera que con razon hemos probado, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros, produjeron las maravillas que hemos referido de las misiones del Paraguay, y necesariamente

(1) S. Math. Cap. 5. Ÿ. 18.
(2) Epist. 1.ª Cap. 2. ŸŸ. 13 y 14.

debió ser así, pues que, como dice Filangieri (1) refiriéndose á los filósofos griegos, el hombre, *es animal de imitacion, ó sumamente imitador.* Pero cuando hay testimonios irrefragables y autoridades que no pueden negarse ni menoscabarse, los raciocinios ciertamente están por demás, y en la cuestion que estamos ventilando, observamos, que cuando los misioneros del Paraguay notaron los pocos resultados que obtenian sus trabajos, ocurrieron á la corte de Madrid, representando como respetuosos súbditos, que *el poco éxito de sus misiones dependia de la violencia de los españoles, y del ódio que sus desafueros inspiraban por do quiera á los naturales del pais: aseguraron que removido este obstáculo, el cristianismo haria inmensos progresos en las partes mas desconocidas de la América, y que podria reducirse todo el Paraguay al dominio de España y de las indias sin gasto alguno, y casi sin efusion de sangre.* Tal es el testimonio que vemos consignado en el cuerpo del artículo que insertamos antes; y en el epílogo de ese mismo artículo, leemos, que "los Indios de las aldeas pagaban puntual-„mente sus tributos: se unian á los ejércitos españoles en todas las „guerras: y eran súbditos libres pero fieles."

Bajo este concepto, se percibe con la mayor claridad, que los Jesuitas del Paraguay, sembraron y cosecharon en favor del Estado: porque los testimonios que acabamos de producir, nos están indicando, que los misioneros no se levantaron con las poblaciones que formaban, como pudieron hacerlo fácilmente, atendiendo á que los españoles eran odiados de los Indios por sus desafueros, sino que apenas necesitaron de ocurrir á sus legítimas autoridades, cuando desde luego se manifestaron buenos españoles, y les pidieron su auxilio para efectuar una empresa toda española. Los Jesuitas, pues, no se enseñorearon con su obra; ántes bien, consideraron sus misiones como una empresa cuya realizacion demandaban la religion y el Estado. Apenas necesitaban los Jesuitas, decimos, impetrar el auxilio de las autoridades españolas, cuando se presentaban á ellas como suplicantes, pudiendo hacerlo como señores, pues es sabido, que los Portugueses, mas crueles que los conquistadores españoles, salian de las fronteras del Brasil para hacer irrupciones; unas veces con el fin de estender mas su territorio, y otras para hacer esclavos suyos á los Indios que podian agarrar, llegando algunas veces hasta los pueblos reducidos; y los Jesuitas para defender sus pueblos, establecieron un sistema militar. Habia, pues, en cada reduccion dos compañías de milicias bien disciplinadas, provistas de armas blancas y de fuego, con oficiales esperimentados, y puestas al mando del Cacique su gefe natural; de modo, que si la República era amenazada por indios salvages ó por Portugueses, reunidas prontamente las compañías de las varias reducciones bajo sus cabos, presentaban una fuerza tan respetable, que nunca llegó caso que los enemigos les presentasen la cara.

(1) Ciencia de la Legislacion, Lib. 4.° Cap. 10, Art. 2.°

Deciamos, que los Jesuitas podian presentarse á las autoridades españolas, ó á la corte de Madrid, como señores y no como suplicantes, porque supuesto que habian establecido ó formado tropas que observaban buena disciplina, y que quizá eran aguerridas tambien, los Jesuitas, ya estaban bien apoyados, porque los Indios del Paraguay miraban á sus predicadores como á raza superior á los demás españoles, y así los escuchaban El influjo que ejercian los misioneros, bástaba para que hubieran formado sin obstáculo grandes y poderosas naciones, y los Jesuitas habrian podido, queriendo gobernar y presentar al mundo entero nuevas potencias, independientes del dominio del monarca español. Y lo que decimos, no es una mera paradoja, porque el rápido adelantamiento de estas misiones, avivó el zelo de sus misioneros; mientras mas se aumentaban estos, tantos mas pueblos aparecian en aquellos desiertos, y uniendo todos sus esfuerzos al interés comun del bien público, crecia aquella sociedad indefinible. Sin soberano, sin instituciones de nobleza predominante, sin representacion popular, sin imposicion religiosa, sin ejércitos ni terror, se vió formada una nacion, que reconocia superiores en la que vivian subordinados, sin opresion ni mendicidad, sin código penal, porque no habia delitos, y sin leyes civiles, porque no habia injurias; las artes estaban cultivadas, la religion triunfaba en la unidad de la fé y en la pompa de sus ceremonias; y la prosperidad progresó tanto, que en el espacio de poco mas de un siglo, los pueblos de misiones bajo los Jesuitas, contenian, segun el informe del Gobernador Barua al Rey en 1730, 40.000 indios tributarios de diez y ocho á cincuenta años; y contando las mugeres, niños, ancianos y otros exceptuados en aquella lista, á razon de siete personas por cada tributario, componian una poblacion de 280 000 almas.

Sin embargo, los que se hallan instruidos en esta historia, y observan que los derechos y dominio de la monarquía española, en nada se alteraron por la parte del Paraguay, harán la justicia de conceder, que los Jesuitas son hombres utilisimos, pero no ambiciosos. No quisieron, por lo mismo, aprovechar su influjo y declarar su independencia de la metrópoli, pudiendo hacerlo, porque con una poblacion de 280,000 almas, bien pudieron constituirse, tanto mas que aquella nacion, debida á los esfuerzos é infatigables tareas de los Jesuitas, presentaba todo el aparato de las grandes ciudades, como que se ocupaban en el cultivo de algodon y del hilado, que era propio de las mugeres; habia talleres para las artes, principalmente aquellas que eran mas útiles y necesarias, como herrerías, platería, dorado, carpintería, tejidos, fundicion y otras de agrado, como la pintura, escultura y música; los efectos comerciales así en rama como fabricados, entraban en el giro de la negociacion. Los mas considerables de estos artículos eran la yerba del Paraguay, la cera, la miel y los lienzos de algodon. Los artículos de comercio salian de la Provincia, y la mayor parte se consumia en Buenos Aires. Las habitaciones de estos pueblos al principio eran reducidas; no conocian muebles casi ningunos; sus camas eran hamacas, se sentaban y comian en el suelo; pero al paso que se iban civilizando, sus habitaciones tenian mas regularidad y conveniencias. En cada pueblo habia una casa llamada de refugio, donde se mantenian en reclusion las mugeres que no tenian hijos que criar durante la ausencia larga del marido, las viudas, los enfermos habituales, los viejos y estropeados. Allí se les sustentaba y vestia, aplicándolos á aquel género de trabajo que sufria su capacidad para mantenerlos en accion.—Un templo magnífico ocupaba el lugar mas preeminente de cada pueblo, y estos edificios eran comparables á los mas bellos de Europa. Los oficios divinos se hacian con grande solemnidad; las ceremonias se practicaban con un aparato magestuoso. Una música sagrada mantenia absortas las almas de los oyentes, mientras que sus corazones estaban penetrados con los cánticos de alabanzas. Las pinturas que hablaban á los ojos, les recordaba las virtudes de los personages que representaban; el adorno del templo, la nube de incienso que lo cubria, el alegre ruido de las campanas, todo concurria á mantener á los Indios con sus sentidos llenos de placer, sus corazones llenos de piedad. Así era Dios adorado, la religion amada, los ministros respetados, y la congregacion edificada.—En estas reducciones habia escuelas públicas de primera enseñanza, donde los niños aprendian á leer, escribir y contar. Escuelas de música, donde se les enseñaban á tocar toda clase de instrumentos construidos por los mismos indios, sobre el modelo de los que se les daban. El canto por las notas se cultivaba con igual esmero por los aires mas dificiles del arte de la música, tan suelto, elegante y natural, que parecia cantaban por instinto como los pájaros.—Los Jesuitas realizaron en estas reducciones el proyecto de los cementerios, que muchos años despues ha querido plantar el gobierno español en la Península, y despues de muchos edictos, consultas y medidas no lo ha podido lograr. Estos cementerios eran cuadros espaciosos de terreno, cercados de pared, y adornados con varias hileras de cipreses, laureles, naranjos, limones y otros árboles que crecian vistosamente bajo el clima lujuriante de aquel pais. Las calles de los pueblos eran tiradas á cordel; la plaza ocupa el centro, donde hacian frente la Iglesia y los arsenales. Al lado de aquella estaba el colegio de los misioneros, y despues seguia una linea de edificios públicos como almacenes, graneros y talleres.—Para el mejor mantenimiento del órden público, la campana anunciaba á una hora determinada en la noche, el tiempo en que todos debian ir á recogerse. Una patrulla celadora, que se remudaba de tres en tres horas, velaba sobre la observancia de esta ordenanza. De cuando en cuando se permitian regocijos públicos, que venian á ser unas gimnásticas, donde la salud adquiria fuerzas, y aumento la virtud.

Las colonias de los Indios del Paraguay, formaban una nacion revestida con el aparato de las grandes ciudades, y todos sus habitan-

tes eran útiles, pues no se permitia en aquellas que hubiera mendigos ni ociosos, y los Jesuitas si hubieran querido, habrian constituido una nacion independiente, libre y soberana, como que hasta la forma de gobierno se prestaba á ello, porque el Abate Raynal, ha dicho, que: "el gobierno de esta República tenia mas de una teocracia, que de al-„guna otra forma, pues la conciencia hacia veces de legislador (1)." Los Jesuitas por lo mismo, pudieron ser allí unos verdaderos soberanos, y formar una nacion completa, como que tenian territorio, poblacion, dinero y prestigio: tenian todos los elementos necesarios para vivir por sí solos, y esta idea no es aislada, porque la historia nos atestigua que Roma fué fundada por una cuadrilla de bandidos, dirigida por su capitan Rómulo, cuyo populacho formó una nacion tan poderosa y admirable, que aun en el dia conservamos muy fresca la memoria de sus grandes hazañas, de sus monumentos, de su ilustracion, y que en el dia existen algunos paises con una corta poblacion; como por ejemplo, la Groenlandia, que entre indígenas y europeos tiene una poblacion, que pasa de 20.000 habitantes (2): la Rusia americana, que cuenta 50.000 (3): la República de Centro América, que está poblada por mas de 1.500.000 personas (4); y otras varias pequeñas naciones. Deciamos ántes que los Jesuitas abundaban en elementos para establecerse por sí mismos en el Paraguay, y substraerse á la dominacion del gobierno español; y si hubieran procedido así, no habrian hecho una cosa nueva, ni tampoco hubiera sido esa felonía la única en su clase. Quisieron sin embargo sujetarse á España, y aumentar á su monarquía el número de los vasallos. Sembraron, pues, y cosecharon en favor del Estado: ensancharon los dominios del monarca español, y contribuyeron eficazmente al engrandecimiento de su legítimo y natural soberano.

Nosotros observamos, que los Jesuitas tuvieron en su poder un depósito sagrado, que fué el de una grande autoridad que disfrutaban, pues en cada reduccion ó pueblo habia dos Jesuitas; es á saber, el Cura y el Vicario, que comunmente era un jóven destinado á aprender la lengua que hablaban los Indios, y aquel género de gobierno que observaban. Ambos estaban sujetos al superior de las misiones, y todos al Provincial. Por esto se notará, que los Jesuitas, lejos de abusar del poder, lo depositaban en manos del superior de las misiones, y este lo devolvia al Provincial. ¡Cosa extraordinaria! Los Jesuitas carecian de ambicion, y esto viene á hacer mas resplandeciente su excelencia, pues sabido es, como dice Piquot (5) que: "el

(1) Tom. 3.° lib. 8.° de los Establecimientos de los Europeos en las dos Indias.
(2) Véase el Catecismo de geografia universal, escrito por el Sr. General D. Juan Nepomuceno Almonte, P. 3.ª Cap. 7.°
(3) Ibi, Cap. 9.°
(4) Ibi, Cap. 12.°
(5) Véase la primera nota que corresponde al Cap. 2.° Epoca 3.ª tom. 1.° de su Compendio de la Historia moderna.

„deseo de mando y poder es natural en el hombre, así como el de „aumentarlo despues de adquirido." No abusaron ciertamente los Jesuitas del rico tesoro que tenian, y que manejaban sin temor de ser perturbados, pues la grande distancia que los separaba de un poder que les causase recelos, los ponia á cubierto, para que ellos hubieran aumentado su poblacion, su ejército, su extension, su industria; y si la política únicamente hubiera guiado á los Jesuitas, hoy conoceriamos esa otra nacion en las Américas. Pero entónces los Jesuitas de aquellos tiempos, no aparecerian tan grandes á nuestros ojos, como hoy los consideramos. Los Jesuitas son incuestionablemente buenos ciudadanos, y si estuvieran en el dia en las fronteras de la República Mexicana, nuestro gobierno veria formarse colonias muy respetables que serian un baluarte para la nacion, y un obstáculo para que pudieran realizarse las incursiones de los bárbaros, y las grandes invasiones que nos prepararán nuestros implacables enemigos.

Los Jesuitas hacen mucho bien: lo prueba la historia de las misiones del Paraguay: no solo convierten á los gentiles á la religion cristiana, sino que sus trabajos hacen que se establezcan considerables poblaciones, y que estas no se formen de diversas razas, sino que conservan las que existen, y las fomentan extraordinariamente: el gobierno de México debia fijar naturalmente la atencion en este elemento de vida para la República, la cual necesita, como hemos dicho ántes, la restauracion de la moral pública y el establecimiento y proteccion de las misiones, porque de ese modo, la felicidad comenzará alguna vez á ser un objeto de positiva realizacion, y los mexicanos principiarian entónces á disfrutar de los bienes que son anexos á la independencia y á la libertad, que hasta hoy han sido dos entes verdaderamente ficticios. Un aumento de poblacion de 60,000 habitantes civilizados, seria sin duda alguna, un bien inexplicable para México, y ese bien fácilmente puede adquirirse, si el gobierno dá un fuerte impulso á las misiones, porque estas todo lo traen; es decir, el bien espiritual y el bien temporal. Las tribus bárbaras que hoy asolan á nuestros Estados de la Federacion, pudieran reducirse con la cruz y el Evangelio, y esta grandiosa obra, cometida á los Jesuitas, tendria su mas cumplido efecto, pues estos misioneros poseen todas las cualidades que se necesitan para comenzar y concluir una empresa que honraria al país ciertamente: no olvidemos que los Jesuitas que quisieron establecerse en el Paraguay, lograron su objeto, porque instruidos del modo con que los Incas gobernaban su imperio y hacian sus conquistas, los tomaron por modelo en la ejecucion de este gran proyecto, y forma un paralelo ingenioso entre unos y otros. Pero los Jesuitas eran mas sábios que los Emperadores del Perú: tenian una persuasion mas poderosa que estos pretendidos descendientes del sol; y para persuadir no estaban apoyados con ejércitos como ellos. Una política *la mas liberal*, la administracion mas imparcial de justicia, un desinterés personal, costumbres correspondientes á la doctrina que predicaban, y una doc-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trina apropiada al sistema que se proponian, eran los medios de que se valian; y una paciencia la mas admirable era la única fuerza que triunfaba en todas sus empresas.

Nuestros lectores se habrán persuadido ya de que cometida á los Jesuitas la árdua empresa de reducir á los Indios que existen en nuestra época y en nuestra República, resultaria un gran bien para la nacion, porque los Jesuitas tienen don de gobierno, y saben perfectamente acomodarse á las circunstancias y al carácter de los gobernados: por ejemplo, caminando los Jesuitas por el sistema que adoptaron en el Paraguay, lograban reducir á sociedad á los Indios, y gustando estos las ventajas de la sociedad escuchaban con fruto la palabra del Evangelio. Estos Doctrineros seguian desde aquellos tiempos este principio sólido, que debieran imitar los misioneros del dia. Enseñar á los salvages á ser hombres primero, enseñarles á ser religiosos despues, y concluir exhortándoles á que de su propia voluntad se sometan á la soberanía de aquel pais. Con que incuestionablemente los Jesuitas son políticos profundos, y saben obrar de manera, que su ciencia se convierta en beneficio de toda una sociedad. Pues bien: los Jesuitas debian estar continuamente robusteciendo la República, con frecuentes adquisiciones de habitantes, porque solo los Jesuitas tienen todo el tacto necesario para lograr que se dé cima á esa empresa. Y es preciso confesarlo: solamente los Jesuitas están instruidos en estas materias; debia, por tanto, el gobierno remover todos los obstáculos que se presentan hasta hoy, para facilitar en la República el restablecimiento de la Compañía de Jesus, usando al efecto el Presidente de la República, por medio de su ministerio respectivo, de la facultad que le concede la primera fraccion del artículo 52 de la Constitucion Federal. Segun ese artículo: "Se tendrán como iniciativas de ley ó de decreto: 1.° Las proposiciones que el Presidente „de los Estados-Unidos mexicanos tuviere por convenientes al bien „de la sociedad, y como tales las recomendare precisamente á la Cámara de Diputados." Y cometemos esa iniciativa al gobierno, porque es sabido que este se halla bien instruido en las necesidades del pais, en su opinion, en su voluntad; de manera, que el gobierno convencido de los grandes bienes que producen los Jesuitas en todo el mundo, y en nuestras Américas, y del que producirán á México especialmente, bien pudiera promover ese beneficio en favor de los mexicanos.

Creemos que no será dificil ver restablecida en México la sagrada Compañía de Jesus, porque cualquiera político previsor y sensato, conocerá las grandes ventajas que produciria. Cuando necesitamos poblacion, industria, ciencias, artes, y cuando estamos suspirando incesantemente por todos los goces que conocemos, pero que no alcanzamos, es necesario que los Jesuitas tomen parte en semejante empresa. El gobierno, decimos, pudiera allanar el restablecimiento en cuestion, y proteger las misiones por medio de esos Doctrineros, que

despreciando los peligros que trae consigo el acceso á los bárbaros, consiguieran, con la paciencia y perseverancia, reducirlos á sociedad, civilizarlos, y hacerlos mexicanos. Y el gobierno, al obrar así, haria dos grandes bienes á la República: 1.°, libertar á los Estados que sufren sus incursiones de las penalidades que son consiguientes, relevar al Erario de los enormes gastos que está precisado á hacer, para sostener á las tropas que les hacen la guerra y reprimen las incursiones; y 2.°, aumentar la poblacion y hacer mas poderosa á la República, y mas respetable en el concepto de las demás naciones, principalmente en el de los Estados-Unidos de Norte América. Las misiones son provechosas, porque los Jesuitas han sabido trabajar en beneficio de la Iglesia y del Estado, y hoy sabrian hacerlo en favor del gobierno mexicano, porque formarian poblaciones, repetimos, y seria mas dificil el acceso de nuestros enemigos. Los Jesuitas del dia en nuestro pais serian lo que deben ser en política, pues "la política de „los Jesuitas de estos tiempos, si es que tienen alguna, dice el Reve„rendo Guillermo Percival Ward (1), es la de los gobiernos, bajo los „cuales se ha servido Dios ponerlos en los paises donde residen. De „consiguiente, son Republicanos en los Estados-Unidos de América, „en donde están muy apreciados; y leales súbditos en la Gran Breta„ña, en donde ellos respetan á la ley, y la ley los respeta á ellos. En „Italia habrian sido tambien súbditos leales, bajo el nuevo órden de „cosas, como lo fueron bajo el antiguo. Despues de aquel hermoso y „feliz dia en que fué otorgada la carta de sus libertades á este pais, „¿quiénes fueron los primeros entre el clero Napolitano, para procla„mar al pueblo sus nuevos derechos y deberes? Esos mismos Jesui„tas calumniados. En sus Iglesias se predicó el primer sermon cons„titucional de Nápoles; y con frecuencia he oido yo al virtuoso Padre „Capellone las mas bellas alusiones á la nueva situacion del pais, asi „como las exhortaciones mas eficaces al pueblo, para que se mostra„se digno de sus nuevos y grandes privilegios."

La experiencia atestigua que los Jesuitas son muy buenos ciudadanos, y la historia nos ofrece mil pruebas de esta verdad; de suerte es que si estos Religiosos se restablecieran en México, y se les encomendasen las misiones, indudablemente iniciarian á los bárbaros en las dulzuras de la vida social, y los someterian con la cruz y el Evangelio al poder de nuestro gobierno. Entónces los Jesuitas, reforzando diariamente sus colonias, propagarian en ellas las ciencias y las artes, siendo digno de notarse en ese caso, que quizá los confines de la República estarian mas civilizados que muchos de los Estados de la Federacion, de mas nombradía. Esos bárbaros, que en el transcurso de poco tiempo serian ciudadanos virtuosos y civilizados, cuidarian los primeros de sostener sus territorios y su nacionalidad; y el

(1) Véase la carta que dirigió al Señor Juan Lacaita, en el mes de Marzo de 1848, sobre la expulsion de los Jesuitas de Nápoles.

gobierno habria por este medio provisto á la defensa de la República, protegiendo unas colonias que eran entónces dignas del pais á quien pertenecian. Muy fácilmente puede llegarse al engrandecimiento del pais. Y lo dirémos aun otra vez: es fácil lograr su prosperidad, siempre que se aprovechen todos los medios notoriamente favorables para cumplir el intento, y entre esos medios, ingenuamente lo confesamos, los Jesuitas ocupan un lugar muy importante. La nacion jamás saldrá de su abyeccion, sino en tanto que sea civilizada, así como ningun hombre es apreciado, careciendo de instruccion, de urbanidad. Una nacion es despreciable, cuando no tiene una educacion pública, una verdadera sana ilustracion: aunque nos ruboricemos al decirlo, no dejarémos de confesar francamente, que la República en el dia está sumamente atrazada en ciencias y artes, de manera que todos los vituperios que sobre esta materia decimos de los españoles, es puntualmente aplicable á los mexicanos. México independiente hoy, no difiere absolutamente de la México, que era colonia de España; y á pesar de que estamos convencidos de esta verdad, no hemos querido todavia ocuparnos sériamente de reparar ese mal, no obstante que tenemos multitud de leyes que tratan de la educacion pública. El restablecimiento de la Compañía de Jesus, vendria indudablemente á remediar el mal; porque los Religiosos de quienes hablamos, dedicados á la educacion de la niñez y de la juventud por su mismo instituto, pueden gozar de una independencia provechosa para formar semejante educacion, que encargada á las autoridades exclusivamente como propia de sus obligaciones, no pueden atenderla con el esmero y eficácia que se necesitan. Estamos convencidos de que si los Jesuitas se encargaran de la educacion de la niñez y de la juventud, bajo la inmediata vigilancia de las autoridades, el grado de ilustracion en que se hallaria el pais dentro de pocos años, seria admirable.

Las autoridades ciertamente no pueden cuidar empeñosamente de la educacion pública, porque sus atenciones no les permiten vigilar sobre esta importantísima materia; no obstante que hay muchas y muy buenas leyes, que arreglan un ramo de suyo tan importante, y de que hay un furor en México por ilustrarse, aun desde que la nacion comenzaba á gozar de su independencia. "Por lo general, dice D. „Lorenzo de Zavala (1), se advierte algun progreso en los adelantos „de la civilizacion, de lo que es un indicio seguro el número de perió„dicos que salian á luz despues de cinco años de independencia, que „abraza el periodo de que hablo en este tomo (es el primero)." Si consultamos el patriotismo de las autoridades, notarémos que está bien declarado en favor de la educacion, porque saben que es quizá el principal elemento de vida para la República; pero aun no se ha trazado un buen plan de estudios, observando el cual, se recogieran los frutos que deseamos. Es necesario, pues, que los grandes proyectos

(1) Ensayo histórico de las Revoluciones de México, Cap. 21 tom. 1.°

que hay sobre la educacion, se abandonen, digámoslo así, en manos de corporaciones particulares, vigiladas continuamente por las autoridades ó por sus agentes; pero es tambien indispensable, que esas autoridades en la órbita de sus atribuciones, se hallen algo desembarazadas para cuidar con escrupulosidad de los objetos á que se destinan, pues la multitud de quehaceres que las abruma, las nulifica en su totalidad. Para probar plenamente esta verdad, no necesitamos mas que echar una ojeada muy rápida sobre las facultades y obligaciones de las autoridades, y verémos desde luego que es imposible que éstas desempeñen sus funciones, si no es multiplicando sus agentes en una proporcion, que puede aparecer extraordinaria, y que necesariamente exigen grandes gastos, gruesas cantidades de dinero para pagarles sus sueldos, que ascienden á sumas tan enormes, que causan un verdadero escándalo, y un positivo conflicto. Sin embargo, convenimos en que los agentes del poder, de las autoridades, son hasta cierto punto necesarios, y el público no veria con desagrado, que se gastase el dinero en cubrir los sueldos de aquellos, si estos agentes supieran desempeñar sus funciones con provecho de la comunidad. Pero ya que convenimos en la necesidad de que haya agentes de las autoridades, es preciso convenir igualmente en que esos agentes deben obrar con diligencia, y simplificar la marcha del gobierno. En Roma, v. g. el Papa forma su gobierno con el *Consistorio* y las *Congregaciones* (1); y

(1) Véase el cap. 1.° de la obra titulada: La Revolucion de Roma.—Historia del Poder temporal de Pio IX, desde su elevacion al trono hasta su fuga de Roma, y convocacion de la asamblea nacional en 30 de Diciembre de 1848, escrita por el Exmo. Sr. Conde de Fabraquer, D. José Muñoz Maldonado, quien dice: "Para apreciar las grandes reformas introducidas por su sucesor [esto es, del Sr. Gregorio XVI], necesitamos nosotros echar una ligerísima ojeada sobre el sistema político y administrativo de los Estados pontificios, y sobre la constitucion del gobierno eclesiástico que regia estos Estados, que muchos han creido que era un gobierno absoluto del soberano Pontífice, pero que nosotros tenemos más bien por un gobierno oligárquico.

"El soberano Pontífice no gobernaba solo; los graves negocios de la cristiandad y del Estado se trataban en *consistorio*. Así se llaman las reuniones de los cardenales; reuniones que le dividen en *congregaciones*. Para los negocios ordinarios de la Iglesia, el Papa no consulta mas que las *congregaciones*.

"La primera de estas congregaciones es el *Santo Oficio*; tenia por presidente al Papa mismo. El Santo Oficio examinaba y juzgaba todo lo relativo á la fé, lo que pertenece al dominio religioso. El número de los cardenales llamados á las reuniones del Santo Oficio, variaba segun la importancia de las deliberaciones. Muchos prelados y sabios teologos de las diversas órdenes religiosas, asistian á estas reuniones con el título de *consultores*.

"Cada congregacion tiene sus consultores, prelados ó religiosos, un prefecto cardenal, y un secretario prelado. Los consultores no tienen voto deliberativo sino consultivo, como lo denota su propio nombre, preparan lo que debe decidirse en los juicios, pero no juzgan.

"Segun sus reglamentos, la congregacion del Santo Oficio debe reunirse tres veces por semana: el lúnes en el palacio del Santo Oficio, en la habitacion del *padre comisario general*, y la reunion de este dia no se compone mas que de los consultores: el miercoles en el convento de dominicos de la Minerva; y el juéves en el palacio del Papa.

de ese modo se dá á los negocios un impulso y una actividad tales, que pasma, al mismo tiempo que los súbditos están satisfechos de su gobierno, á quien aman, porque les proporciona notorias ventajas y utilidades por el pronto despacho de sus asuntos, pues que la actividad es la vida de los actos humanos, y la que entre otros elementos, mantiene y hace crecer la prosperidad de las naciones, al mismo tiempo que recibe incremento el comercio y la sociedad en general, porque la actividad, repetimos, hace que las resoluciones, las empresas, los proyectos se cumplan oportunamente, y de consiguiente, el mal se

---

"El Santo Oficio tenia su prision; y todo lo que pasa en este tribunal permanece en el mas profundo secreto.

"*La Congregacion de los obispos y de los regulares*, decide las diversas cuestiones de interés material que pertenecen á los obispos y á las órdenes religiosas: las ventas, las adquisiciones, los contratos; juzga tambien las causas criminales, y en otro tiempo extendia su jurisdiccion sobre todos los obispos del catolicismo.

"*La Congregacion* llamada del *Concilio*, está encargada de la interpretacion de las disposiciones del concilio de Trento, en el que se arregló últimamente toda la disciplina eclesiástica; concilio que comenzado en 1545, se prolongó hasta 1563, viendo en el espacio de 18 años ocupar el trono pontifical, á Paulo III, Julio III, Marcelo II, Paulo IV, y Pio IV. En esta congregacion se trata todo lo relativo á los principios establecidos por aquella grande y última asamblea del cristianismo, y se trata tambien de todos los graves detalles de la administracion religiosa.

"Una congregacion compuesta de doce prelados, se llama el *Concilieto*, pequeño concilio, y está unida al concilio.

"*La Congregacion de los Santos Ritos*, está encargada de arreglar todo lo que pertenece al culto, á las ceremonias y á la beatificacion y canonizacion de los Santos.

"*La Congregacion de las indulgencias y reliquias*, presenta al Papa las peticiones de indulgencias, y decide sobre la identidad de los cuerpos que se encuentran de tiempo en tiempo en las catacumbas.

"*La Congregacion del Indice (index)*, tenia la mision de decidir sobre la ortodoxia de las obras impresas. Su secratario era siempre un fraile domínico, y sus doce consultores eran elegidos entre los religiosos ó prelados mas instruidos. El tribunal del Indice no motivaba nunca públicamente sus censuras, empero el cardenal prefecto daba algunas explicaciones á los autores que se manifestaban dociles y propensos á la correccion.

"*La Congregacion de Propaganda Fide.* El Colegio de este nombre, vastísimo establecimiento fundado en Roma, es el centro de donde parten las misiones que han de propagar el cristianismo por los diversos paises del mundo.

"Las congregaciones instituidas para el *ceremonial* de la corte del Papa, para la *correccion* de los libros de las iglesias orientales, para la disciplina regular, para el exámen de los candidatos al episcopado, inmunidad eclesiastica, residencia de los obispos, visita apostólica, &c. &c., no se reunen sino cuando tienen negocios particulares de que ocuparse.

"Cada congregacion tiene sus sesiones en una sala del palacio del Papa.

"Asi, pues, el Papa forma su gobierno con el *Consistorio y las congregaciones.*

„*El Consistorio* lo componen exclusivamente los cardenales, cuyo número en los primeros tiempos de la Iglesia fué indeterminado; pero que Sixto V. fijó en el de setenta, en memoria de los setenta ancianos que formaban el consejo de Moisés en el desierto. El Sacro Colegio se compone de seis cardenales obis-

contiene pronto, y el bien se reproduce con continuacion, protegiendo el estímulo y el orgullo, que son los poderosos elementos de las grandes acciones y de los adelantamientos nacionales.

Es, pues, cierto, que las autoridades no pueden por sí solas tener un cuidado especial de la educacion pública; pero tambien lo es, que las corporaciones particulares vigiladas continua é inmediatamente por aquellas, llenarian ese hueco. "Los Jesuitas ha dicho un protestante, que ya queda citado en la nota correspondiente al §. anterior, son los únicos que con sistema se ocupan de la educacion del pueblo

---

pos, sub-vicarios, cincuenta cardenales presbiteros, y catorce cardenales diáconos."

La relacion que hemos consultado y que precede, nos demuestra que si en Roma los agentes del poder existen por una necesidad que no puede contrarestarse, el gobierno está expedito, simplificado, y los negocios marchan con la actividad que es conveniente, para no irrogar perjuicios á los interesados en ellos, y para que la administracion pública se arregle de una manera sencilla, que depende de la buena organizacion de todos los ramos que la abrazan, y del órden que se imprimen en todas las determinaciones de los gobiernos. Es verdad, que nuestra opinion pugna con el espíritu de corporacion; pero es cierto igualmente, que no lo aborrecemos sino considerándolo en sus relaciones, y observando los inconvenientes que suele presentar toda corporacion. Mas tambien debemos juzgar de las cosas sin preocupaciones ni ilusion: el gobierno no puede jamás descender á las menudencias de la administracion pública, porque no se lo permiten los graves negocios que lo rodean, y el cuidado de atender á esos pormenores, es propio de sus agentes. Por consecuencia, cuando en el texto nos inclinamos a encomendar la educacion pública á corporaciones particulares, vigiladas continuamente por las autoridades, deseamos ocurrir á las invencibles dificultades con que hemos tropezado hasta hoy en este punto, pues segun el ejemplo que hemos producido sobre el sistema político y administrativo de los estados pontificios, esas congregaciones, cuyos individuos se encuentran mas desahogados, pueden meditar maduramente los negocios, conocer sus ventajas é inconvenientes, y decidirlos con toda seguridad. Entónces es claro que semejantes determinaciones son fruto de la experiencia, y de consiguiente, sus resultados son otros tantos beneficios dispensados al pais. Ahora bien: los Jesuitas, formando una corporacion, pudieran incuestionablemente encargarse de la educacion de la juventud en nuestra pátria, supuesto que ellos tendrian quizá esa exclusiva tarea. Nuestro pensamiento ni es nuevo ni infundado; pero es menester presentarlo á cada momento, porque parece que se ha olvidado ó pasado desapercibido. Los Jesuitas son aptos para encomendarse de la educacion, como se infiere del testimonio del Rdo. Guillermo Percival Ward [vé se la carta que hemos citado ya sobre la expulsion de los Jesuitas de Nápoles] el cual dice: "A veces he llevado comitivas de Ingleses á ver todo el Establecimiento, y ellos se han manifestado asombrados y complacidos de cuanto veian „y oian; diciéndome despues, que los Jesuitas eran los únicos que con sistema „se ocupaban en la educacion del pueblo de Nápoles."

Es tanto mas cuerdo este pensamiento, cuanto que los Jesuitas metodizarian la educacion, porque todos sus cuidados los harian conspirar á este fin, que mirarian como el único y principal. Es necesario que el gobierno piense muy formalmente en dar impulso eficaz á esa misma educacion, y con este motivo nos vemos forzados á repetir aquí un pensamiento que hemos insinuado ya otra vez; á saber, que: "la educacion pública, aunque necesaria, no ha podi„do formarse todavia en México, porque las oscilaciones en que la han tenido „continuamente las agitaciones propias de las revoluciones, no lo han permiti-

de Nápoles." Y este testimonio es tan fuerte, como que es hijo de la propia experiencia del Rdo. Guillermo Percival Ward, quien dice: "Sirva de preliminar, que cuando yo salí de Inglaterra hace tres años, „estaba lleno de preocupaciones, como todos mis paisanos, contra los „Jesuitas." Sin embargo, ese protestante no pudo resistir al imperio de la verdad, y por lo mismo ha dicho: "Ahora, en cuanto á la clase „de educacion que daban, diré: que el año pasado (de 1847), tomé á „uno de los mas aventajados estudiantes de Inglaterra, que por una „temporada vino á Nápoles, y le conduje á aquellas escuelas. El exa-

„do." [Véase el discurso que pronunció el autor el dia 23 de Diciembre de 1849, en el certámen y distribucion de premios hecha á las niñas de la Escuela de Santa Rosa de Lima, de la Compañia Lancasteriana]. Esa es la necesidad que se siente en toda la República, y esa es precisamente la que debe cubrirse. La experiencia enseña, que los Jesuitas saben dar eficacia á la educacion del pueblo: asi es, que nuestras autoridades supremas, sacudiendo cualesquiera preocupaciones que les han hecho alimentar los pocos que se han empeñado en sumergir á la República en la desgracia, debian restablecer á los Jesuitas en nuestro territorio, entregarles las escuelas y los colegios, y obligarlos á entenderse inmediatamente con las mismas autoridades, de quienes serian vigilados, y á quienes pudieran instruir, por medio de una sostenida correspondencia, sobre el estado de la educacion, sobre los medios de repararlo, y en fin, sobre las esperanzas que diera de mejorarse, lo que seria facil de lograr, siempre que los Jesuitas tuvieran la obligacion de cumplir la undécima de las atribuciones y obligaciones que impone á la junta directiva general de estudios, el artículo 79, Tit. VI del decreto de 18 de Agosto de 1843, que dice: "Formar „anualmente una memoria que comprenda el estado de la instruccion pública: „el que advierta que tenga en el resto del mundo civilizado, segun las relacio„nes que haya conservado, con explicacion de cuales sean estas: los adelantos „que se puedan aprovechar, medios de verificarlo, y un juicio crítico sobre las „obras que sirvan para la enseñanza, y sobre las que puedan adoptarse. Esta „memoria se dirigirá al gobierno." Sin alterar absolutamente las leyes que existen hoy vigentes acerca de la educacion, sino en la parte que han aparecido impracticables, la junta directiva general de estudios, pudiera aprovechar los trabajos y celo de los Jesuitas para nombrarlos sus agentes, y lograr dar un impulso á la educacion, haciendo miembros de esa junta á algunos Jesuitas. El génio emprendedor de estos Religiosos es á propósito para las expediciones científicas de que habla la décima quinta de las atribuciones del artículo á que nos referimos, y de ese modo la República seria examinada, se gastarian los capitales destinados á esos viages con economía, y con la seguridad de que se invertirian en sus objetos: tendriamos entónces noticias muy interesantes: sabriamos apreciar las riquezas de nuestro suelo, y los mexicanos seriamos felices, porque la paz, la instruccion, las riquezas y los verdaderos goces de la vida social, que tendriamos garantidos todos, vendrian á suceder á las contínuas guerras que nos han destrozado cruelmente, á la ignorancia en que generalmente estamos sumergidos, á la miseria espantosa á que estamos condenados, casi sin esperanza de mejorar de condicion. Ya es tiempo de que variemos el camino que hemos recorrido constantemente hasta aquí: ya es tiempo de que entremos en las verdaderas y útiles reformas, que corrigen los vicios de nuestros establecimientos y conservan, sin embargo, lo bueno que tenemos. En una palabra, es menester despreciar esas contínuas alteraciones que bajo el título pomposo de *reformas*, todo lo han destruido, ya sea bueno, ya sea malo, convenciéndonos la experiencia solamente de que en veintiocho años de independencia, nos hemos ocupado con asiduidad de perder un tiempo preciosísimo.

„minó á algunos de los niños tanto en griego como en latin, especial„mente en el primer idioma, y despues me dijo que aquellos niños „eran capaces de dar honra á cualquiera aula pública de Inglaterra. „Preguntaré ¿cual era la disciplina de aquellas escuelas? Castigo cor„poral *nunca*. Sin embargo, yo me he hallado presente cuando estas „solas palabras: "*Pero hijo mio,*" dichas en tono de cortéz recon„vencion, han sido suficientes para cubrir de dolor y confusion á un „niño, por alguna falta que habia cometido." Siguiendo la fuerza de nuestro pensamiento, nos vemos precisados á decir, que el sistema, el método ó el órden que se imprima á la educacion, dará excelentes frutos en favor de su duracion, porque todas las cosas de este mundo, reconocidas como buenas, deben ser estables para el comun beneficio, y para la prosperidad de un pais. Los Jesuitas tienen todas las dotes necesarias para conseguir el objeto, supuesto que imitan perfectamente el carácter de la Iglesia, que es el de la perseverancia en todos sus actos y en todos sus monumentos, y es claro que, conservando siempre intactas las bases que sostienen un edificio, este se mantendrá siempre firme, aun cuando el gusto de la época ó la fuerza de los adelantamientos de la civilizacion, introduzcan en él ciertas modificaciones que son necesarias, que lo embellecen mas y mas, y que son una prueba irrefragable de la perfeccion de las artes.

Las contínuas y extemporáneas variaciones que sufren los establecimientos en cualquiera parte del mundo, los hacen instables y perecederos, y si bien es cierto que no debe desearse que se conserven en una absoluta, inalterable inmutabilidad, tambien lo es que toda mutacion es opuesta al espíritu de progreso, porque un gobierno, por ejemplo, que es versátil, y que no respeta aquellos establecimientos, cuya conservacion lo honra, todo lo envuelve en el caos y en la confusion, y el pais que dirige, no es mas que el juguete de las mas vergonzosas pasiones, el objeto de la crítica y del menosprecio de nacionales y extrangeros. El asunto concerniente á la educacion, ha sufrido en México las frecuentes variaciones, que han experimentado todos nuestros establecimientos, de lo que necesariamente se origina que la ilustracion del pais se haya resentido por un efecto de la naturaleza misma de las cosas; de suerte es, que esa causa ha estado en contraste abierto con el ansia que generalmente se ha manifestado en favor de la civilizacion. Un rasgo, mejor dicho, una singularidad que advierten todos por muy poco avisados que sean, ha marcado el carácter nacional; y esa singularidad está explicada con la tendencia que se descubre por todas partes, y en virtud de la cual, somos naturalmente inclinados á variar todo lo que se nos presenta á nuestra vista, con la mayor frecuencia, resultando de aquí, por una consecuencia legítima y forzosa, que tenemos propension á desbaratar con la siniestra, lo que hemos edificado con la diestra; así es, que notamos que en la República carecemos de una buena legislacion que fije los procedimientos de los jueces en materia civil y criminal, de ha-

ciencia, de educacion, de comercio, y en una palabra, de todo aquello que la haria respetable entre todas las demás naciones; de manera, que en el largo tiempo que llevamos ya de ser independientes, hemos olvidado aun los rastros de lo bueno que nos dejó el gobierno español, y que hemos relegado á un profundo desprecio, porque por significar el aborrecimiento que profesamos á las personas de nuestros antiguos dominadores, hemos querido tambien desechar como perniciosas en nuestro concepto, muchas de sus instituciones, cuya bondad debiamos apreciar y observar religiosamente en nuestro sistema democrático, aun cuando hubiesen tenido su orígen de un gobierno monárquico, pues creemos que hay ciertos establecimientos en política, que conviene adoptar y conservar siempre con el mayor cuidado, á pesar de que hayan sido obra de un sistema que se seguia en el tiempo de su creacion, y que esté en pugna con el que se guarda en la época de su adopcion. Ese es sin embargo, el carácter del pais; carácter monstruoso, y que se hermana perfectamente con otro vicio que lo distingue marcadamente, y es la manía que se advierte de no respetar las leyes, de infringirlas, ó de disimular su cumplimiento. En México, pues, se ha olvidado esta máxima de eterna verdad: *Magis expedit Reipublicae firmas et permanentes habere leges, quàm pretextu meliorum saepè mutare.*

Fácilmente comprenderán nuestros lectores, que bien pudiéramos hacer una larga disertacion sobre este punto, y que no faltaría abundante material para dar cima á nuestra empresa de un modo glorioso; sin embargo, prescindirémos ahora de ese negocio, y contrayéndonos á la educacion, será conveniente insistir en que las variaciones que ha sufrido el importante ramo que nos ocupa, ha sido causa, á nuestro modo de ver, del escandaloso atrazo en que se encuentra, y por lo mismo, comparando este atrazo tan deplorable, con el empeño que en todos tiempos se ha notado en la República en favor de la civilizacion, observamos que el Presbítero D. Francisco Mendizabal hablaba así al Congreso en el año de 1841 (1): "Señor, dice, hace ya veinte años „que se está buscando con afan un sistema arreglado de educacion, „con que se ilustre debidamente la juventud mexicana; pero aquel sis„tema no ha podido aún establecerse con toda la generalidad que han „querido los que se han hallado en diversos tiempos al frente de los „negocios públicos. Permitaseme decir, aunque suene á presuncion, „que yo soy quien ha encontrado esa piedra filosofal. Restablezca „el Soberano Congreso la Compañía de Jesus, protéjala con sus le„yes, ampárela con su poder, y se debe asegurar: que despues de for„marse ella misma, formará con igual empeño nuestra recomendable „y preciosa juventud: le quitará de las manos los libros abominables „de la incredulidad, y esos otros aun mas hediondos de una nefanda

(1) Véase la elocuente exposicion que dirigió al Soberano Congreso en el año de 1841, pidiendo el restablecimiento de los Jesuitas.

„lascivia: la cimentará por delante en el santo temor de Dios, que es „el verdadero principio de toda sabiduría, pero en seguida le comuni„cará aquellas nociones útiles que sin oponerse á la Religion ni á la „buena moralidad, hacen las delicias del siglo, y el gusto mas placen„tero de la presente generacion. Explicará á sus discípulos el siste„ma republicano de que tiene buenos escritos, les enseñará la Consti„tucion y Jurisprudencia del pais; porque nada de esto se opone á la „ley del Crucificado: los dejará bien instruidos en la gran ciencia del „cálculo, en los mas ocultos secretos de la naturaleza, y en los des„cubrimientos mas clásicos de la Astronomía moderna: los hará pasear „sin fatiga todos los mares y regiones del universo, les abrirá el gran „libro de los tiempos y de los sucesos del mundo, para que vean allí, „sin quedarles duda, que nacen con la sencilléz, crecen con la virtud, „y se destruyen con el vicio, los mas famosos imperios y repúblicas „de la tierra, y dándoles conocimientos deleitables al mismo tiempo „que sólidos; formando con toda macicéz, pero con igual finura, sus „entendimientos, no se olvidará ni un instante de labrar sus corazo„nes, criándolos en buenas costumbres y en las prácticas de la pie„dad. De esta manera saldrá cada uno de sus discípulos á servir el „destino, ó á ocuparse en el ejercicio que la suerte le señale. Irán „á los ministerios, á los Congresos, á los tribunales, á los ejércitos, ó „nada mas que al seno de sus familias; pero á todas partes llevarán „aquel fondo de ciencia y de probidad en que se hallan tan bien nu„tridos. Hijos de Dios y de la pátria, excelentes mexicanos, á la „par que buenos católicos, respetarán la ley humana juntamente con „la divina; y sirviendo á la Religion, se empeñarán en hacer la feli„cidad de su pais: no ya por temor ú otro respeto servil, sino por los „nobles impulsos de su bien formada conciencia.—Por lo expuesto, „continúa, no quiero decir que hoy, en los colegios de la República, „esté abandonada la enseñanza: es notorio el celo de los Prelados „diocesanos y Rectores de los colegios por la instruccion pública; pe„ro como por las dificiles circunstancias de los tiempos, no puede ha„ber sino en las grandes ciudades casas de educacion, ésta no es tan „general como seria de desear. La Compañía de Jesus llenaria los „huecos que deje la falta de colegios."

Así se explicaba el Padre Mendizabal, de manera que nuestras ideas han convenido perfectamente con las de un hombre tan célebre como este; y aunque era Jesuita, y consiguientemente aparezca parcial su testimonio, la historia, que es un juez severo de las acciones de los hombres, ha dado un lugar muy distinguido á los Jesuitas; de manera que no habló el Padre Mendizabal, como hijo de la Compañía de Jesus, sino como un historiador. Hemos dicho ya que hay un anhelo muy declarado en la República por la educacion; hemos producido ejemplos de esta verdad, acogiéndonos al patrocinio de autoridades intachables; pero tambien hemos probado que no existe esa educacion en el pais, no obstante las buenas y sábias leyes que tene.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos. En suma, para evitar dudas y declarar nuestro pensamiento, tal cual es, debemos decir, que los Jesuitas tienen todo el tacto que es menester, para sistemar la educacion, y hacerla fructificar cuanto es necesario, y que de este tacto incuestionablemente carecen los encargados de la educacion pública en general. La experiencia contra la cual no hay argumentos, nos lo acredita, porque en la época larguísima que llevamos de independencia, no hemos notado adelantamientos en los colegios, que hayan llenado los deseos del público: ha habido, es verdad, sobresalientes funciones literarias; notorios progresos en la juventud, y el celo de los Rectores, de los catedráticos, y de toda clase de profesores, ha sido laudable; pero seguramente los alumnos no han dado el fruto que esperábamos, ó ya porque los maestros no cuentan con los elementos necesarios, ó ya porque el sistema de educacion que tenemos, no encierra en su seno el gérmen de los adelantamientos; por tales motivos, decimos, que solo los Jesuitas tienen el tacto necesario y no otros, para realizar ventajosamente la empresa, porque dedicados exclusivamente á la enseñanza de la juventud, pueden sistemarla ellos solos, porque deben sus observaciones á una práctica constante, y á la experiencia que siempre consultan, y nunca les miente, y de esta manera alcanzan un buen éxito que no todos logran. Es preciso desengañarse: la clase de educacion que se escoge, es la que indudablemente decide de los progresos nacionales, como se deduce, en nuestro concepto, de lo que sobre esto dice D. José Maria Heredia, hablando del sistema de educacion romana: "En tiempo de „la monarquía, asienta (1), y en los principios de la República, ca„racterizaba á los romanos la severidad de sus costumbres virtuosas, „pero rígidas. La vida privada de los ciudadanos, que era frugal, „templada y laboriosa, influia en su carácter público. La pátria po„testad daba á los padres de familia una autoridad soberana sobre to„dos los miembros que la componian, y esta potestad, tenida como de„recho natural, jamás produjo abusos. Plutarco ha observado como „un defecto de las leyes romanas que no prescribian como las de La„cedemonia un sistema de educacion. Pero lo cierto es, que las cos„tumbres del pueblo suplian esta falta, y que se ponia el mayor cui„dado en formar desde muy temprano la índole y el carácter de la „juventud. El excelente autor del diálogo *De oratoribus*, presenta una „pintura bellísima de la educacion romana en los primeros tiempos de „la República, contrastada con la práctica ménos virtuosa de los tiem„pos mas refinados. Las matronas romanas no abandonaban á sus „hijos á nodrizas mercenarias, y miraban como el mayor mérito de „una muger el criarlos cuidadosamente, darles los primeros rudimen„tos de educacion, y consagrarse á las ocupaciones domésticas. Ade-

(1) Véase su obra titulada: Lecciones de historia universal, Lec. XXXV. que contiene las consideraciones sobre las particularidades que señalan el génio y caracter de los romanos.

„más del cuidado que se tenia de inspirar á los niños una moral vir„tuosa, parece que se atendia mucho á formar su lenguage, enseñán„doles á explicarse con correccion y pureza. Ciceron nos informa „de que los Gracos, hijos de Cornelia, se educaron *non tam in graemio, „quam in sermone matris: mas en las palabras que en el seno de su ma„dre.* La urbanidad que caracterizaba á los ciudadanos romanos, se „mostraba particularmente en sus palabras y gesticulacion.—Este „cuidado con el lenguage de los niños, tenia otro origen. El „talento de la elocuencia podia mas que ningun otro alzar al jóven „romano á los primeros puestos y dignidades. Por eso los *estudios fo„renses* eran un ramo principal de la educacion romana. Plutarco „nos dice que una de las diversiones de los niños en Roma, era de„fender pleitos ante un tribunal que formaban, y acusar y defender á „un reo con todas las fórmulas acostumbradas en un procedimiento „judicial.—Tambien se atendia á los ejercicios corporales, en cuanto „podian producir agilidad y fuerza. Los jóvenes tenian diariamente „estos ejercicios en el campo de Marte, en presencia de sus mayo„res.—A los diez y siete años tomaban los jóvenes la toga viril, y „quedaban al cuidado del maestro de retórica, con quien asistian cons„tantemente al foro ó á los tribunales; pues que un romano, para ser „un caballero cumplido, necesitaba ser buen orador. En los escritos „de Ciceron, Quintiliano y Plinio el menor, vemos los esfuerzos que „hacian para conseguir esta cualidad, y los mejores medios para ob„tenerla."

La clase de educacion que se escoja, decide sin disputa de los adelantamientos nacionales, ó de sus atrazos: así lo hemos expuesto en el §. anterior, probando nuestro aserto con el ejemplo que hemos producido, pues segun él, notamos que en Roma, el padre y la madre, preparaban la educacion de sus hijos, por medios muy sábios y adecuados al intento, porque es preciso sentar por base, que los gefes de las familias, deben desempeñar esta obligacion, para que sus hijos puedan formarse con la educacion mas perfeccionada que reciban en los colegios públicos. En Roma, eran preparados de antemano todos los elementos mas indispensables para la formacion y enseñanza de la niñéz y de la juventud, como son: la severidad de las costumbres, la vida privada de los ciudadanos, que era frugal, templada y laboriosa, la pátria potestad, las costumbres del pueblo que suplian la falta de un sistema de educacion, el cuidado que se ponia en formar desde muy temprano la índole y el carácter de la juventud, la diligencia con que procedian las matronas romanas para criar á sus hijos por sí mismas, el mérito que las daban, siempre que criaban á aquellos cuidadosamente, dándoles los primeros rudimentos de educacion, y consagrándose á las ocupaciones domésticas, el esmero con que se atendia á los niños para inspirarles una moral virtuosa, formándoles su lenguage, y enseñándoles á explicarse con correccion y pureza, la urbanidad que se mostraba en las palabras y gesticulacion de los romanos, y úl-

timamente, el estímulo y la aplicacion individual de los niños y jóvenes. La educacion, pues, tiene sus principios en el cuidado de los padres, y es necesario que éstos preparen aquella, porque los maestros formarán ó desarrollarán el génio de sus discípulos sin duda alguna; pero sin embargo, sus costumbres, sus modales, sus virtudes privadas, deben ser objeto de los desvelos paternales; sin embargo, en la República no sucede así, porque los padres quieren que sus hijos, abandonados en manos de los maestros, se perfeccionen en las escuelas y demás establecimientos de pública instruccion. He aquí tambien una razon mas para disculpar á los encargados de la educacion de nuestra niñéz, de nuestra juventud, porque los grandes esfuerzos que hacen para desempeñar su alta é importante mision, son hasta hoy infructuosos. Explicarémos mas claramente nuestro pensamiento en dos palabras. La República no presenta grandes progresos en su civilizacion, porque la enseñanza de la niñéz y de la juventud, toca dos extremos igualmente perniciosos: 1.°, el abandono con que los padres de familia ven los primeros rudimentos de la educacion de que debian cuidar con esmero en obsequio de sus hijos, enseñándoselos por sí mismos; y 2.°, la clase de enseñanza que se dá á los niños y jóvenes, sin observar los elementos que habian de adoptarse como un intermedio entre la educacion primaria y la secundaria. Ahora bien: esos intermedios, esas menudencias por las cuales conviene hacer pasar á los alumnos, son precisamente las que los Jesuitas atienden escrupulosamente, yendo por grados, enseñando una ciencia, y perfeccionando en ella á sus educandos.

Generalmente se dice que los Jesuitas estudian en particular, el carácter y génio de cada individuo, y dedican á cada uno á la ciencia, arte ó profesion que mas le inclina. Esta observacion, nos está demostrando las grandes ventajas que puede proporcionar y que proporciona realmente. ¿Cuál es, pues, su efecto? Inconcusamente el progreso de las ciencias y de las artes, su perfeccion, y los exquisitos frutos que se recogen de aquí. Así es que los Jesuitas, fomentando el gusto de sus discípulos, y aprovechando el entusiasmo que manifiestan en favor de un objeto, los dedican á él, y necesariamente el estudio de la literatura, y el desarrollo del génio, mejorarán por cierto la condicion de los hombres. En una escuela de los Jesuitas hay doscientos alumnos, v. g. y de éstos, veinte manifiestan grandes disposiciones para la abogacía; otros veinte, tienen génio médico, otros veinte serian excelentes teólogos, y así succesivamente; pues esos sesenta discípulos, cuyas miras, cuyo gusto protegen los Jesuitas, serán excelentes abogados, hábiles y acertados médicos, y virtuosos y sábios eclesiásticos. Siguiendo nuestro cálculo, supongamos que cuarenta jóvenes, tienen admirables disposiciones para ser matemáticos, químicos, mineros, arquitectos, marinos, &c. &c.; animados y fomentados por una especial proteccion que les dispensasen los Jesuitas, estos cuarenta individuos aprenderian muy bien todos esos ramos, tanto por

la proteccion de que hablamos, como por el sistema que sus maestros hubieran observado en su educacion: esos cuarenta individuos, decimos, llegarian á perfeccionarse en su carrera, y á su vez serian profesores muy recomendables por su instruccion, pudiendo así enseñar con maestría á sus discípulos, y mantener á México en un alto y constante grado de cultura. Por último, suponemos, que los cien alumnos que nos quedan del número que hemos fijado mas arriba, se dedican á las artes; pues tambien éstos serian magníficos artesanos, porque los Jesuitas no les escaseaban cosa alguna que hubiesen menester para perfeccionarse, y entónces es claro que nuestro pais no seria inferior en civilizacion á la culta Europa.

Los Jesuitas son sin disputa los que solamente con sistema arreglan la educacion, y serian tambien los únicos que pudieran encargarse de ella con positiva ventaja en nuestro pais, descargando de ese enorme peso á las autoridades, quienes se ven abrumadas con él, sin poder desempeñar las obligaciones que tienen impuestas con tal motivo. Entregadas á la direccion de los Jesuitas la niñéz y la juventud, serian perfectamente educadas. Estos discípulos á su tiempo irian, como dice el Padre Mendizabal, á los ministerios, á los congresos, á los tribunales, á los ejércitos, ó nada mas á sus casas; pero á todas partes llevarian aquel fondo, de ciencia y de probidad en que se hallarian tan bien nutridos. Nosotros hemos dicho casi al principio de este discurso, *que real y efectivamente estamos interesados en las mejoras materiales y morales de la República Mexicana*, porque somos sus hijos, porque la amamos como una madre, y deseamos su bienestar. Bien consideramos que es muy débil nuestra voz, y que carecemos de mision ó de autoridad, para insinuar los proyectos que en nuestro concepto son adecuados para que nuestro pais progresara sólidamente; pero usamos en esto del derecho que como á mexicanos, nos concede el artículo 31 de la acta constitutiva de la federacion, para escribir, imprimir y publicar nuestras ideas políticas, sin necesidad de licencia, revision ó aprobacion anterior; derecho que está bien asegurado con la declaracion que hace la tercera de las facultades exclusivas del Congreso general, consignada en el artículo 50 de la Constitucion, que dice: "Proteger y arreglar la libertad política de „imprenta, de modo que jamás se pueda suspender su ejercicio, y mu„cho ménos abolirse en ninguno de los estados ni territorios de la fe„deracion;" y en fin, que está ratificado en el artículo 27 de la acta de reformas; y usamos de esta libertad, porque como dice sábiamente Filangieri (1): "hay un derecho comun á todo individuo de toda so„ciedad; hay un derecho que no se puede ni perder ni renunciar, ni „trasladar, porque depende de un deber que obliga á cada uno en cual„quier sociedad; que existe mientras ésta exista, y del que nadie pue„de estar esento, sin estar excluido de la sociedad, ó sin que ésta ven-

(1) Ciencia de la Legislacion, P. 3.ª del Lib. 4.° Cap. LIII.

„ga á destruirse. Este deber es el de contribuir, en la parte que ca-
„da uno pueda, al bien de la sociedad á que pertenece; y el derecho
„que de esta obligacion procede, es el de manifestar á la misma so-
„ciedad las propias ideas que cree conducentes, ó á disminuir los ma-
„les de ésta, ó á multiplicar sus bienes. La libertad de la imprenta
„está, pues, fundada por su naturaleza, sobre un derecho que no se
„puede ni perder ni enagenar, mientras que el hombre pertenece á una
„sociedad; que es superior y anterior á todas las leyes, porque depen-
„de de aquella quo todas las abraza y las precede; que la violencia
„destruye, pero que la razon y la justicia defienden, diciéndonos de
„acuerdo, que la legítima autoridad de las leyes no puede tener mayor
„influencia sobre el ejercicio de este derecho, que la que tiene sobre
„el ejercicio de todos los demás, y por consiguiente, que su sancion
„no puede recaer sino sobre la persona de aquel que ha abusado de
„éste."

Si, pues, el derecho que consiste en la libertad de imprenta, no puede ni perderse, ni renunciarse, ni trasladarse en sentir de Filangieri, y si mientras existimos en sociedad tenemos obligacion de manifestar á la misma sociedad las ideas que creemos conducentes, ó á disminuir los males de ésta, ó á multiplicar sus bienes, nosotros entendemos que con firmeza y franqueza debemos declarar, que en nuestro juicio, el restablecimiento de los Jesuitas en el pais es necesaria medida, aun cuando puramente se considere indispensable para la educacion pública, sin tener en cuenta los demás bienes que produciria, y se resuelva la cuestion en este sentido. Lejos de que el restablecimiento de que hablamos sea anti-constitucional, defendemos su constitucionalidad, porque si aludimos puramente al Congreso de la Union, nos convencerémos de que los decretos que esta augusta asamblea acordase en favor de aquel, serian rigorosamente constitucionales, porque concretándonos únicamente á la educacion, no podemos negar la primera de las declaraciones que contiene el artículo 50 de nuestro pacto fundamental, que dice, hablando de las facultades exclusivas del Congreso general: "Promover la ilustracion, asegurando por tiempo „limitado derechos exclusivos á los autores, por sus respectivas obras; „estableciendo colegios de marina, artillería é ingenieros; erigiendo „uno ó mas establecimientos en que se enseñen las ciencias naturales „y exactas, políticas y morales, nobles artes y lenguas, sin perjudicar „la libertad que tienen las legislaturas para el arreglo de la educacion „pública en sus respectivos estados." Tampoco serian anti-constitucionales los decretos que diesen sobre este punto las legislaturas, porque segun la anterior declaracion, el Congreso general puede promover la ilustracion, *sin perjudicar la libertad que tienen las legislaturas para el arreglo de la educacion pública en sus respectivos estados.*

Esta libertad inconcusamente dá un derecho muy ámplio, para que las legislaturas de los estados obren sin restriccion en esta materia, porque son éstos soberanos, en primer lugar, y en segundo, las

medidas que tomasen en este sentido, no serian opuestas á la constitucion, porque una libertad bien entendida, no admite restricciones que la enerven, y la soberanía de los estados se menoscabaria, si no les fuera dado obrar con expedicion en la órbita de las atribuciones que les competen, y quizá no marcharian casi nunca, si estuviéran amedrentados por la idea que les indicase procedian siempre anti-constitucionalmente. El Congreso no puede perjudicar la libertad que gozan las legislaturas para arreglar la educacion pública en sus respectivos estados; pero si el Congreso de la Union pudiera alterar todas las leyes que acordaran las legislaturas, entónces violaria aun el principio federativo, y mentiria la trigésima primera de las facultades que determina en favor de aquel ese mismo artículo 50 de la constitucion, pues segun él, el Congreso de la Union, tiene autoridad para "dictar todas las leyes y decretos que sean conducentes, para lle-
„nar los objetos de que habla el artículo 49, *sin mezclarse en la admi-*
„nistracion interior de los estados. Y entre otras cosas, dice ese ar-
„ticulo 49, contrayéndose al objeto de las leyes de que tratamos án-
„tes: 2.° Conservar la union federal de los estados, y la paz y el
„órden público en lo interior de la federacion.—3.° Mantener la in-
„dependencia de los estados entre sí en lo respectivo á su gobierno
„interior, segun la acta constitutiva y esta constitucion."

La educacion es un asunto propio de la administracion interior de los estados, y cualquiera que lo dude, sin disputa, es porque no sabe cual es la estructura, digámoslo así, del sistema federal. Los estados pueden considerarse como pequeñas naciones, que son miembros de un mismo cuerpo, y se reunen entre sí como partes integrantes que forman un todo, y que de ese modo se hacen poderosos. "Pa-
„ra unir las diversas ventajas que resultan del tamaño mayor ó menor
„de las naciones, dice Tocqueville (1), se ha creado el sistema fede-
„rativo." Así es, que debemos considerar en la federacion, que cada uno de los estados reconoce para sí un poder absoluto é inmenso, que no desdice ni en un ápice del carácter de la soberanía. Consultemos únicamente nuestras leyes constitucionales, y ellas nos mostrarán que la organizacion política de todo el territorio que llamamos *República Mexicana*, cuadra perfectamente con la idea de soberanía. Con efecto, el artículo 20 de la acta constitutiva, y el 157 de la constitucion federal, establecen, que *el gobierno de cada estado se dividirá para su ejercicio en los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial; y nunca podran reunirse dos ó mas de ellos en una corporacion ó perso-
na, ni el legislativo depositarse en un individuo.* Compárense estos artículos que hemos referido, con los otros que hablan del poder supremo de la Union mexicana, y se palpará, que los artículos 9.° de la acta constitutiva, y 6.° de la constitucion, contienen precisamente

(1) Véase su obra titulada: "De la Democracia en la América del Norte," Cap. 8.° tom. 1.° P. 307.

la misma division de poderes á que se contraen los textos que ántes hemos citado. Son, pues, independientes y soberanos los estados de la Union mexicana, para su administracion interior, y la parte expositiva de la acta de reformas solemnemente ha declarado, que el *principio constitutivo de la union federal, si ha podido ser contrariado por una fuerza superior, ni ha podido, ni puede ser alterado por una nueva constitucion;* y por tanto el Congreso general declaró y decretó en 18 de Mayo de 1847, entre otras cosas: *Que los estados que componen la union mexicana, han recobrado la independencia y soberanía, que para su administracion interior se reservaron en la constitucion,* seguramente porque *los estados mexicanos, por un acto de su propia é individual soberanía, y para consolidar su independencia, afianzar su libertad, proveer á la defensa comun, establecer la paz y procurar el bien, se confederaron en* 1823, *y constituyeron despues en* 1824 *un sistema político de union para su gobierno general, bajo la forma de República popular representativa, y sobre la preexistente base de su natural y recíproca independencia.* El texto constitucional lo ha declarado así á la faz de todas las naciones; y por lo mismo, como consecuencia del principio de soberanía, los estados tienen diversas constituciones, distintas leyes, diferentes costumbres, porque, es cierto lo que dijo el Congreso general constituyente, en el manifiesto que publicó el dia 4 de Octubre de 1824, al dar la constitucion federal á la República: "Solamente la tiranía calculada de los mandarines españoles, podia hacer gobernar tan inmenso territorio por unas mismas leyes, á pesar de la diferencia enorme de climas, de temperamentos y de su consiguiente influencia. ¿Qué relaciones de conveniencia y uniformidad puede haber entre el tostado suelo de Veracruz, y las heladas montañas del Nuevo México? ¿Cómo pueden regir á los habitantes de la California y la Sonora las mismas instituciones que á los de Yucatán y Tamaulipas? La inocencia y candor de las poblaciones interiores; ¿qué necesidad tienen de tantas leyes criminales sobre delitos é intrigas que no han conocido? Los tamaulipas y coahuileños reducirán sus códigos á cien artículos, mientras los mexicanos y jaliscienses se nivelarán á los pueblos grandes que se han avanzado en la carrera del órden social. He aquí las ventajas del sistema de federacion. Darse cada pueblo á sí mismo leyes análogas á sus costumbres, localidad y demás circunstancias: dedicarse sin trabas á la creacion y mejoría de todos los ramos de prosperidad: dar á su industria todo el impulso de que sea susceptible, sin las dificultades que oponia el sistema colonial, ú otro cualquier gobierno, que hallándose á enormes distancias perdiera de vista los intereses de los gobernados: proveer á sus necesidades en proporcion á sus adelantos: poner á la cabeza de su administracion sugetos, que amantes del pais, tengan al mismo tiempo los conocimientos suficientes para desempeñarla con acierto: crear los tribunales necesarios para el pronto castigo de los delincuentes, y la proteccion de la propiedad y seguridad de sus habitantes: terminar sus asuntos domésticos, sin salir de los límites de su estado: en una palabra, entrar en el pleno goce de los derechos de hombres libres."

Ya hemos explicado que los estados son independientes y soberanos en la confederacion mexicana, con arreglo á la constitucion que la rige, y queda tan matemáticamente demostrada semejante verdad, que nadie la pondrá en duda. Y como segun la doctrina que establece M Domat (1), "entre los derechos del soberano, el primero es el de la administracion de la justicia, que debe ser el fundamento del órden público, bien sea que él mismo la administre en las ocasiones que se vea precisado á ésto, ó que haga la administren otros á quienes encomiende este derecho; y esta administracion comprende el derecho de establecer las leyes y reglamentos necesarios para el bien público, y de hacerlas observar y ejecutar, como tambien las otras leyes ya establecidas;" los estados, ó sus legislaturas, que son sus representantes legítimos, y que tienen obligacion de conciencia, de hacerles todo el bien posible, pudieran acordar decretos sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesus, sin temor de que se les objetase de inconstitucionalidad, siquiera para que estos Religiosos se encargasen de la educacion de la niñéz y de la juventud, supuesto que, como hemos probado, es un asunto propio de la administracion interior de los estados. Y éstos, al obrar de ese modo protegerian la religion, como insinuamos al principio de este discurso, porque "este mismo derecho de hacer observar las leyes, dice M. Domat (2), y de mantener en el Estado el órden general para la administracion de la justicia y el buen uso del poder soberano, dá al Príncipe el derecho de emplear su autoridad en hacer observar las leyes de la Iglesia, de las cuales *debe ser el protector, el conservador y el ejecutador,* para que con el auxilio de esta autoridad, reine la religion sobre todos sus vasallos, y apoyando la policía temporal de la Iglesia, una y otra mantengan el Estado en la tranquilidad que debe ser el efecto de su union."

La larga experiencia de veintiocho años que contamos de independientes, nos hace conocer, que poseemos un gran bien, teniendo el pais su existencia propia. Conocimos la suma importancia de aquel, cuando la República sostuvo con los Estados Unidos la guerra cruel é injusta que la declararon. Pero la suerte caprichuda se empeñó en negarnos la victoria constantemente, haciéndonos casi palpar el restablecimiento de la servidumbre para los mexicanos, que pudimos vernos hechos presa de un yugo durísimo y abominable, ¿y qué sucedió entónces? Fácil es recordarlo, porque apenas hace dos años que se ajustó la paz con nuestros comunes enemigos. La falta de civiliza-

(1) Véase su obra titulada: "Derecho público," Lib. 1.º tit. II. Sec. 2.ª núm. 3.

(2) Ibi, núm 4.

cion, ocasionó casi toda la debilidad que manifestó el pais: el pueblo no conoció sus derechos, ni sus deberes; el pueblo careció de patriotismo en aquella época, y careció de este patriotismo, porque no estaba ni está civilizado. Al contrario, si hubiera estado educado, si sus costumbres estuvieran formadas, nuestro pueblo habria hecho prodigios de valor, y los americanos habrian pagado muy caro su osadía; pero estaba entónces, como hoy está la nacion, desmoralizada, y de consiguiente en su situacion, era incompatible que poseyera virtudes, principalmente la del patriotismo. Es verdad que la sangre de los buenos y sensatos mexicanos, hervia en su corazon; pero estos se hallaban privados de toda la influencia que necesitaban para sobreponerse á las dificultades de la época, y lograr al fin una victoria tantas veces disputada, y otras tantas negada por la suerte impía que se obstinó en humillar constantemente los heróicos esfuerzos de unos pocos. No teniamos patriotismo, ni lo tenemos aun hoy, porque esa virtud, como todas las demás se cultivan, y se inculcan incesantemente en el ánimo de los súbditos. Mas es preciso convenir en que México no puede conseguir estos nobles objetos, porque dirémos aquí lo que han declarado muchas veces otros escritores: porque las revoluciones y la guerra intestina, todo lo han trastornado y desorganizado, y el pueblo ha perdido todas las virtudes que debia tener, y que sin disputa lo engrandecerian á sus mismos ojos, y á la faz de los demás pueblos de la tierra. La República, pues, no tiene espíritu público, no tiene patriotismo, porque para poseer esta joya rica y preciosa, era necesario que todos nuestros compatriotas en general, estuvieran dotados de algunos conocimientos, que son indispensables, para apreciar los bienes que el hombre verdaderamente civilizado y libre, sabe defender y conservar, pues apetece la muerte mejor, que presenciar la pérdida de aquellos, prefiriendo esta muerte si es honrosa, á una existencia desacreditada.

No obstante la severidad con que juzgamos este punto, y procedemos en este lugar, nunca negarémos que nuestro pueblo ha sabido algunas veces cumplir, aunque imperfectamente, con sus deberes. Hablamos de los dias 14 de Setiembre, y 8 de Noviembre de 1847: el primero se contrae á tratar de la brillante resistencia con que fué recibido el Ejército de los Estados-Unidos de Norte América; y el segundo, de la terrible impresion que causó en el pueblo mexicano la terrible ó infame pena de azotes, que se ejecutó en la persona de Francisco Florez. La resistencia con que fueron recibidos los americanos, y cuya escaramuza costó á nuestros enemigos la pérdida de 600 hombres, siempre hará honor á nuestra sociedad, porque dirémos con el Lic. D. Francisco Suarez Iriarte (1) que se ocupa de hablar de un acontecimiento tan sensible para los moradores de esta Ciudad,

(1) Véase la defensa que pronunció ante el gran jurado, el 21 de Marzo de 1850, por la acusacion que se le hizo de los crímenes de sedicion contra el Gobierno de Querétaro é infidencia contra la pátria, p. 8.

"algunos de ellos, de la clase ménos notable de la sociedad, manifes-„taron batiéndose con denodado valor en plazas, calles y azoteas, que „su corazon se sublevaba contra la ignominiosa violacion de la capi-„tal de la República." Por tanto, deberémos repetir con este individuo: "¡patriotismo noble y digno de veneracion siempre que lo recor-„demos; pero ineficáz por falta de unidad, de direccion y de recursos!" El dia 8 de Noviembre de 1847, el concurso que se hallaba reunido en la plaza de armas de esta Capital, apedreó á los verdugos que azotaban á Florez, por lo cual se suspendió la ejecucion; y esta muestra de indignacion, tan justa y tan oportunamente hecha, motivó que el general Scott mandase suspender las ejecuciones, teniendo miedo al pueblo; de suerte, que ese castigo se aplicaba ya dentro de los cuarteles con algunas precauciones, y con ménos frecuencia.

La memoria de todos los hechos que ocurrieron en la última guerra que sostuvo la Nacion contra los Estados-Unidos, está demasiado fresca aún, y no cumple á nuestro objeto ciertamente hacer una detenida enumeracion de ellos. Pero sí conviene á nuestras ideas afirmar con toda seguridad, que los dos pasages históricos que hemos citado, prueban de una manera indubitable, que nuestro pueblo es susceptible de grandes y exquisitas virtudes, porque lo ha demostrado así, enmedio de su abatimiento, de su abyeccion, de su miseria. Edúquese, pues, y ese pueblo que hasta hoy aparece tan despreciable á nuestros ojos, será en adelante magnánimo y respetable, porque sabrá conocer sus derechos, sabrá defenderlos, y con todas sus fuerzas, con toda su respetabilidad moral y física, hará desaparecer el despotismo y la arbitrariedad. Entónces nuestro pueblo podrá interesarse en los negocios públicos, y cumplir la mision que tiene sobre sí, porque calculando la importancia que le dá la constitucion, cooperará eficacísimamente al desarrollo del gobierno, y por sí solo irá paulatinamente perfeccionando el sistema federativo que hoy nos rige, y que parece se perpetuará entre nosotros. Pero sin educacion, ignorante, miserable é imbécil como lo es actualmente ¿de qué le servirá que el artículo 2.° de la acta de reformas haya dicho en su favor: "Es derecho „de los ciudadanos votar en las elecciones populares, ejercer el de pe-„ticion, reunirse para discutir los negocios públicos, y pertenecer á „la guardia nacional, todo conforme á las leyes," si no solo le faltan los elementos necesarios para desempeñar ese derecho, pero aun los desconoce? Desengañémonos: la educacion del pueblo de México, es una necesidad imperiosa que se palpa, y si nuestras autoridades soberanas y supremas, se ocupasen sériamente de esta importante materia, de modo que todos nos persuadiéramos de que sin interrupcion y sin variaciones de ningun género, se iba á atender á la educacion, redoblariamos nuestros esfuerzos para la realizacion de semejante empresa, y únicamente pensariamos en efectuarla sin desmayar, para alcanzar por último la felicidad que tanto hemos apetecido, y que se nos ha negado obstinadamente.

En esta virtud, y convencidos de que hay una necesidad conocida ya, la cual consiste en formar la educacion pública, consideramos de nuestro deber asegurar, que creemos de buena fé, y como medida de política, restablecer á los Jesuitas en México, con el objeto de encargarles de esta difícil tarea que nos ocupa. Y permitiendo sin conceder, que no hubiera excelentes razones para persuadir que los Jesuitas no eran á propósito para otra cosa, que no fuera la educacion de la niñéz y de la juventud, queremos todavia entrar en una consideracion muy interesante, para justificar la necesidad del restablecimiento de que tratamos. Esta consideracion consiste en que hay un principio en política, que establece ser siempre muy conveniente respetar las costumbres, las preocupaciones, y hasta el fanatismo del pueblo muchas veces, para alcanzar el provecho que quiere sacarse del mismo. Bajo este concepto, nos aventuramos aun á suponer por un momento y contra nuestra voluntad, que el respeto que debemos al clero, es efecto de esas mismas preocupaciones, de ese mismo fanatismo. Pues entónces es menester hacer fructificar ese elemento de vida para la República, porque es claro que los eclesiásticos son todavia en nuestros dias dignos objetos de la general veneracion, siendo por otra parte evidente por desgracia, que nuestras autoridades sin excepcion están desprestigiadas, y son el blanco de un absoluto desprecio. Si se quiere, pues, hacer desaparecer ese triste estado, y para ello se procura aprovechar como un medio el valimiento del clero, restablézcanse los Jesuitas, y se coronarán las comunes intenciones, como que estos Religiosos están en contactos con la niñéz y la juventud, y pueden formar sus corazones, separando cuidadosa y cautamente el trigo de la zizaña, acostumbrarlos á una sociedad escogida, é ir destruyendo la antigua insensiblemente, de manera que al transcurso de pocos años, nuestra República se regeneraria completamente, y con positivas y notorias ventajas de sus habitantes.

Esta proposicion no contiene una mera teoría: y la prueba es, que vamos á mencionar un hecho que comprobará la verdad de nuestras aserciones. Trasladémonos por breves momentos al colegio romano, y aprenderémos en él, que la educacion religiosa es todavia mas perfecta entre los Jesuitas. La oracion, las preces comunes, la lectura espiritual tienen su tiempo fijado cada dia: hay diversas congregaciones en que se ejercitan semanaria y mensalmente varias prácticas religiosas, adaptadas á la edad de los alumnos: anualmente se hace una romería devota á algun célebre Santuario de la Vírgen, por una comision, que forman individuos de cada clase: los socorros á los necesitados se solicitan con mil piadosos ardides, que tambien tienen por objeto hacer á los niños piadosos y aplicados: la castidad, la obediencia, el respeto á las autoridades y á sus mayores, son las virtudes que mas se les inculcan: siempre á la vista de los superiores ó de sus maestros, aun durante sus recreos, son vigilados hasta en sus mas mínimas acciones. ¡Y qué superiores y maestros! Oigamos en compendio los preceptos que se les han impuesto, además de la piedad que se les exige en sus conversaciones privadas y exhortaciones públicas —Enseñando la experiencia que mas obra en los ánimos el ejemplo que las palabras, lo primero que se les encarga es una conducta intachable ante una juventud que observa hasta los menores gestos de los que los educan, y al efecto se les manda que nada omitan de todos los medios de alcanzar la perfeccion de su estado, so pretexto de dedicarse mas á los estudios. Les está ordenado encomienden con el mayor empeño á sus discípulos á Dios, á la Santísima Vírgen y á los Santos, y que jamás se presenten en sus aulas, sin que haya precedido alguna aunque breve oracion, si fuere posible en el templo: que ofrezcan por ellos el augusto sacrificio de la misa, y ejerciten en su enseñanza actos heroicos de caridad, obediencia, humildad, deseo de la divina gloria, y de la salvacion de las almas.—¡Qué multitud de ocasiones no pueden presentarse á un maestro para mover á sus discípulos á la virtud! A los Jesuitas les está prevenido no las dejen pasar por alto, y sus sapientísimas instrucciones descienden sobre esto á las menores menudencias. Ya si en la lectura de los autores, aun profanos, ocurre alguna sentencia moral, digna de llamar la atencion de los jóvenes: ya cuando se acerca el dia festivo en que se suspende la leccion: ya si uno de sus alumnos ha enfermado ó muerto: ya en fin, si algun suceso desgraciado ha acontecido en la ciudad ó nacion. Ya se les previene, que aunque huyendo de la peligrosa familiaridad, hablen en particular á veces á uno y á veces á otro de los que están á su cargo: ya usando de ejemplos que los muevan á la imitacion de personas de su edad: ya como por acaso dejándose ver con algun libro espiritual: ya valiéndose de las mismas faltas que reprendan, haciendo ver toda la deformidad de la culpa, ó inculcándoles por un motivo ó por otro las verdades eternas. Empero se les ordena, que en todas ocasiones no causen fastidio, se amolden á los diversos génios de sus cursantes, y no los distraigan de sus trabajos literarios.—Los sábados ó las vigilias de las grandes festividades, están dispuestas exhortaciones públicas y enseñanza de la doctrina cristiana, y aquí es donde se habla á la juventud en discursos apropiados á su edad, instruyéndolos en sus respectivos deberes, y formándolos buenos cristianos, obedientes hijos, jóvenes recatados, caritativos, humanos y piadosos, para que con el tiempo sean excelentes ciudadanos, *apoyos de sus gobiernos* (nótese esta claúsula), modelos de sus estados y profesiones, y objeto del aprecio y consideracion de todas las clases de la sociedad.—En fin, además del establecimiento de las congregaciones de que se ha hablado arriba, de los retiros y de las ingeniosas industrias para socorrer á los pobres, hay en los colegios de los Jesuitas otros loables artificios para inspirar á los jóvenes el amor á la virtud y el ódio á los vicios. Los asuntos de sus composiciones generalmente son de materias piadosas; los libros que reciben por premio de sus tareas literarias ó buenas acciones, tienen por objeto la práctica de las

virtudes propias de su estado, unos en que al mismo tiempo adelantan en la elocuencia, retórica y otros ramos de humanidades; otros mas sencillos pero no de menor solidéz en las máximas que contienen: aun las comedias ó tragedias que en algunos de sus seminarios se representan, respiran piedad, y mas bien son tomados los asuntos de la historia sagrada que de las profanas. Así es como los alumnos de los Jesuitas son educados, *juntando con las letras unas costumbres dignas de cristiano* (1).

Aprovechando nuestro gobierno el respeto que todavia se profesa en el pais á los eclesiásticos, y convirtiendo ese respeto en un elemento de politica, deberia procurar el restablecimiento de los Jesuitas, para dar un impulso eficáz á la educacion. Con el respeto, con el cariño y con la noble circunspeccion de estos Padres, fácilmente se lograria que sus pensamientos se lograsen. Ya hemos visto de qué manera atienden á la educacion religiosa en el colegio romano, y en cuanto á la educacion política, ¿qué diremos? Que encontramos en ésta una satisfaccion igual á la que nos ha causado aquella, porque los estudios están divididos en clases inferiores y superiores. Las primeras constan de seis cursos, en que se enseñan desde los elementos, rudimentos y preceptos, hasta el arte epistolar, y lo mas sublime del estilo y poesía, las lenguas nativa, latina y griega; la geografía é historia universal; y en los dos últimos además, retórica, humanidades, elocuencia del idioma pátrio, historia de la literatura y geografía antigua. Los autores en estas aulas son los mas clásicos en su línea: Ciceron, Cornelio Nepote, Virgilio, Ovidio, Cátulo, Tíbulo, Propercio, Tito Livio, Julio César, Horacio, Homero, Isócrates, Luciano, Xenefonte, Demóstenes, &c.—Las clases superiores comunes son de ocho cursos. El primero, se ocupa en perfeccionarse en la lengua griega, con los dialectos, códigos manuscritos, y la lectura de Demóstenes y Píndaro. El segundo, abraza la aritmética, álgebra, geometría rectilínea, nociones de secciones cónicas. El tercero, los principios de química, y elementos de física experimental. El cuarto, la estática, dinámica, hidrostática, hidrodinámica, acústica, óptica. El quinto, nociones prévias de trigonometría esférica, teoría del movimiento de los cuerpos celestes, exposicion del sistema del mundo. El sexto, comprende la introduccion al cálculo sublime, el diferencial é integral. El séptimo, la lógica, ontología, teología natural, psicología, cosmología. El último, la filosofía de las costumbres, derecho natural, y principios del derecho público. Las obras que se enseñan en estas cátedras, son casi en su totalidad compuestas por los mismos profesores que las presiden. Volviendo á tratar de la educacion religiosa, aunque bajo un aspecto distinto, el colegio romano, nos presenta diez cursos, en que se enseñan los principios de la religion natural y revelada (*filosofía de la religion*), y se examinan á sus luces las

(1) Juvencio *De ratione discendi et docendi.*

obras mas famosas de los deistas, materialistas, &c.: preceptos y ejemplos de los Santos Padres de la iglesia de elocuencia sagrada, y ejercicios de estilo y declamacion: las rúbricas del misal y del ritual romano (*ritos sagrados*). La historia eclesiástica, la teología moral, escolástica y dogmática, y sagrados cánones, son comprendidos en esta enseñanza, la que se completa en fin, con el estudio de la lengua hebréa y de las letras sagradas, leyéndose en su original los libros bíblicos, y tratándose interesantísimas cuestiones sobre el antiguo y nuevo testamento; materias todas sobre las que escriben hoy con igual acierto que los pasados, los recientes Jesuitas.—Aun los ramos de puro adorno, como el dibujo, solfeo y piano, no están excluidos de los ilustrados establecimientos de la Compañía de Jesus, como se vió en el famoso exámen, en que presentaron á sus discípulos en Buenos Aires los dias 4, 5, 6, 7 y 8 de Diciembre de 1839, en el que se hicieron muestra de bellísimos dibujos trabajados en el año por algunos alumnos, manifestaron otros sus nociones de música, se cantaron duos, se ejercitaron escalas segun el método de Clementi, y se tocaron diversas piezas de óperas modernas.—Otra invencion muy útil para ejercitar á la juventud, especialmente á la declamacion oratoria, ha sido el establecimiento de la *Academia de bellas-letras*, que se forma en todos los colegios de Jesuitas, de los alumnos mas aplicados é instruidos de las facultades mayores. El objeto de estas academias es perfeccionarse en la retórica y poética, y para que puedan progresar en el estudio de la elocuencia latina y pátria; á cuyo fin se estudian profundamente y se analizan los autores clásicos, así en prosa como en verso, para imitar sus bellezas y evitar sus defectos. Los ejercicios de estas academias se tienen los dias feriados, ó de asueto, y son públicos para la comun utilidad; pero no todos obtienen la honorífica distincion de académicos, sino mediante la calificacion de piezas que presentan y merecen el premio. El presidente, conciliarios y secretario, son nombrados entre los mismos académicos, y solo asiste á ellas un maestro para dirigir los trabajos y hacer las oportunas observaciones. Las materias se señalan de una sesion á otra, y á tiempos hay sus ejercicios de oposicion, y se distribuyen premios entre los que presentan las mejores piezas.

Hemos desarrollado ya enteramente el cuadro de la educacion que dán los Jesuitas, y esta tarea ha venido á probar hasta la evidencia nuestra proposicion contraida á que los Religiosos de quienes hablamos, encargados de la educacion pública en México, causarian con el transcurso de breve tiempo una completa regeneracion política, aprovechando en esto, aunque fuera como medio, la oportunidad que se presenta para alcanzar el fin propuesto, en el respeto que generalmente se profesa hoy á todos los eclesiásticos. El ejemplo del colegio romano, nos demuestra ciertamente, que los Jesuitas han previsto y atendido hasta el mas pequeño punto de la educacion. La circunstancia de que estos Padres sean los autores de las obras que aprenden

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus discípulos, es otra nueva garantía de la pureza de su enseñanza, porque su corazon no se corrompe, y la religion y la política permanecen siempre unas mismas: porque con respecto á la primera, convendrémos en que los Jesuitas la inculcarán á sus alumnos, en términos de que se conserve en su esencia, sin que haya temor de que su creencia se resienta con los delirios de Macarel, Burlamaqui, Vattel, Bentham, Montesquieu, Zavala, y otros de este jaez, pues siendo los autores que ilustran á los jóvenes, los mismos maestros que los instruyen, la educacion ha de ser perfecta é inmaculada, porque aquellos no han de destruir con una mano lo que han edificado con la otra. Y ya que la experiencia nos ha demostrado, que en la República, la educacion no ha podido formarse, á pesar de las excelentes leyes que tenemos sobre ella, prescindamos de los escrupulillos que podamos tener, sacudamos las preocupaciones que nos arruinan y que perjudican miserablemente al pais; restablezcámos á los Jesuitas y hagámonos sordos á las increpaciones ó sarcasmos de los pocos, que no quieren la felicidad del pais, porque ella es una bancarrota para estos infames. Restablezcanse los Jesuitas, y cúmplanse los buenos y ardientes deseos que pública y solemnemente se han manifestado en México, en Querétaro, en Chihuahua.

Y ya que hablamos del Estado de Querétaro y de Jesuitas, es preciso que nos detengamos aquí por unos momentos á tratar de esa cuestion tan famosa que se agitó en aquel territorio el año pasado de 1849. Esa cuestion dimanó de un sano principio que consistia en el celo muy loable á la verdad, que se manifestó por el bien público; pero cuestion que despues tuvo un gran vuelo, porque al tratar de ella sus opositores, se dejaron dominar del espíritu de partido, que todo lo destroza y consume. Fuertemente preocupado el diputado D. Antonio Dávalos en favor de la educacion, impuesto del estado deplorable que guardaba entónces y guarda en el dia en Querétaro, de que hizo una curiosa é interesante descripcion (1) deseoso de remediarlo, y es-

(1) Creemos que generalmente se habrá leido el manifiesto que publicó sobre este asunto el Honorable Congreso de Querétaro en 17 de Noviembre de 1849, acompañándolo de todos los documentos correspondientes, que sirvieron de antecedentes y consiguientes á aquel. Y decimos *generalmente*, porque no todos se han de haber ocupado del presente negocio, ya porque no haya llegado á sus manos el manifiesto de que hacemos referencia, ya porque sus atenciones no les hayan permitido hacer la lectura, ó ya en fin, porque muchos tienen grande aversion á los asuntos políticos por sus tendencias, por sus consecuencias, porque las mas viles pasiones dominan en ellos, y no prometen ni aun siquiera esperanza de un pronto y eficáz remedio. Apreciando nosotros todas estas razones, y siéndonos forzoso fijar claramente la cuestion que agitamos en el texto, hemos querido llenar el hueco que encontramos, de no instruir á nuestros lectores en el origen de aquella controversia, con todas las circunstancias que la han motivado y que forman toda su historia: por lo mismo, no extrañarán que insertemos aquí la parte expositiva del proyecto del Sr. Dávalos, pues el documento que anunciamos, manifestará la oportunidad y la justicia de los fundamentos en que nos vamos á apoyar en el texto. Esta explicacion es necesaria, porque debemos advertir ante todo, que no queremos atestar de notas nuestro escrito, sino estampar las que sean rigorosamente indispensables. El documento que citamos, dice así:

"Señor: La experiencia dilatada de algunos años, y lo que todos los miembros que componen esta Honorable legislatura han presenciado, convence de la necesidad que hay de que se dé un nuevo arreglo al colegio de esta capital, único local destinado para recibir la educacion secundaria los habitantes del Estado.

"A pesar del patronato que siempre ha conservado el supremo gobierno en dicho establecimiento, jamas se han visto adelantos en él; bien provenga del desentendimiento que algunos han tenido, bien de que su atencion la absorven intereses de mayor cuantía. Regularmente se descargan los gobernantes con los rectores y catedráticos, y Vuestra Soberanía ha palpado los malos resultados que ha ocasionado semejante procedimiento.

"Rector y catedráticos ha habido, en cuyo tiempo se han cometido despilfarros escandalosos, al grado de disponer, sin consentimiento ni aun noticia del gobierno, de alhajas de plata y utensilios necesarios al uso del establecimiento; y con el mayor descaro, segun estoy informado, se ha dedicado su producto para pagar sueldos de los preceptores.

"La educacion y la enseñanza de los alumnos han estado tan descuidadas, especialmente en el ramo de religion y moralidad, que los padres de familia han recelado enviar sus hijos á dicho colegio, y muchos hay que los han sacado de él, poniéndolos mas bien en estudios privados.

"Estos desórdenes no se han podido corregir; y cuando ha tomado la direccion del colegio algun individuo empeñoso, teniendo la imposibilidad de remediarlos, se ha visto en la necesidad de renunciar la direccion, haciendo repetidos ocursos al gobierno, hasta conseguir la exoneracion, palpándose una continua mudanza de directores, mal de por sí bastante perjudicial.

"Remediar estos males, y poner al colegio en un estado brillante, incumbe á Vuestra Soberanía, y al efecto propongo el plan que puede dar estos resultados.

"En la Ciudad de Leon habia un colegio muy semejante al de esta Capital, y viendo la imposibilidad de remediarlo, lo ofreció el gobierno eclesiástico á los padres Paulinos; se arreglaron los convenios, desprendiéndose el primero de di-

fímulado de los adelantos que ha hecho esta educacion en la Ciudad de Leon, perteneciente al Estado de Guanajuato, bajo la direccion de los Paulinos, consultó á su legislatura en la sesion que celebró el dia 29 de Agosto del año pasado, un proyecto de ley, concebido en estas dos proposiciones: 1.ª *Se faculta al gobierno del Estado para que entre en arreglo con los* RR. PP. Jesuitas ó Paulinos, *á fin de que reciban el Colegio de esta Capital, y lo sistemen bajo el pié que les parezca conveniente.*—2.ª *Al hacer la entrega del* Colegio *á cualquiera de dichos padres, se les entregarán igualmente* los capitales y rentas *que disfruta* el Colegio, *para que con ellos puedan impulsar la educacion de los niños y subvenir á los gastos que impendan.* Admitido ese proyecto á discusion, se mandó pasar á las comisiones de Instruccion pública y Gobernacion, quienes apoyando las ideas del autor, y probando hasta la evidencia, que la educacion no puede encargarse á los particulares, sino á las comunidades religiosas, se decidieron por los Jesuitas, convencidos quizá de su extraordinario mérito, demostrado constantemente, así como de la capacidad que tienen para este efec-

to, porque la experiencia lo ha acreditado en todos tiempos; de consiguiente, concluyeron su dictámen, datado en 15 de Setiembre, sometiendo á deliberacion de la legislatura, las proposiciones siguientes: "1.ª Entregará el gobierno á los padres Jesuitas, residentes en la „República, el Colegio de esta Ciudad, con todos sus bienes, capita„les y derechos, para que en beneficio de la juventud lo dirijan y ad„ministren como les parezca mejor, otorgándoles á nombre del Esta„do todas las seguridades legales y las garantías necesarias para pro„fesar y ejercer su sagrado instituto con toda libertad: 2.ª El go„bierno del Estado será, como ha sido hasta ahora, el patrono del Co„legio: 3.ª Habrá anualmente funciones literarias públicas, que ma„nifiesten el aprovechamiento de los estudiantes: 4.ª El Colegio „presentará cada año al gobierno un estado de los ingresos y egresos „de las rentas del establecimiento." Admitido ese dictámen á discusion, y señalada ésta para el dia 20 de Setiembre, fué aprobado en lo general, despues del famosísimo discurso que con tanta elocuencia pronunció el diputado por el distrito de Santa Maria Amealco, cuya

---

cho establecimiento, y entregándolo á los segundos con sus rentas y capitales impuestos á su beneficio, que segun tengo noticias abordaban á 25.000 pesos.

"En Enero de 1848 se abrió el expresado Colegio, y en igual mes del siguiente año fué tal el número de alumnos que ocurrieron de diversas partes, que los padres se vieron obligados á no recibirlos, teniendo que regresar á sus casas mas de cien niños, esperanzados en que serian admitidos el año próximo venidero. Al efecto se ha levantado un vasto y hermoso edificio que está ya concluyéndose, y el que subscribe ha tenido el placer de observarlo, así como el de imponerse del régimen interior y enseñanza del instituto, de que despues haré una ligera reseña.

"No solo el gobierno eclesiástico ha protegido dicho instituto, lo ha hecho igualmente el gobierno civil de Guanajuato, y la Honorable legislatura ha dado varios decretos benéficos á su favor, siendo uno de ellos, que no causen alcabala las introducciones de materiales necesarios á dicho establecimiento.

"Paso á hacer la reseña de las cátedras que abraza el Colegio de que me ocupo. Las hay de gramática latina, lengua francesa y bellas letras, filosofía, teología escolástica y moral, cánones y leyes; y se piensa poner una de medicina y otra de los principales ramos de matemáticas, especialmente el de mineralogía.

"Si el ramo de enseñanza está bien atendido, no lo está ménos el de moralidad, y basta una ligera observacion aun del transeunte mas distraido para conocer sus adelantos y progresos, los que no refiero, por no ser molesto; mas Vuestra Soberanía lo habrá ya oido en los elogios que se tributan al establecimiento de que me ocupo.

"Estos beneficios que una ciudad subalterna del Estado de Guanajuato ha conseguido, ¿no harémos nosotros los goce la capital de nuestro Estado? Entiendo que sí, y que no habrá uno solo de los dignos representantes que me escuchan, que no esté animado de estas miras benéficas y aun necesarias al Estado que representan.

"Bajo de tales antecedentes, propongo á Vuestra Soberanía, &c."

Siguen luego las dos proposiciones que copiamos en el texto.

Véase este documento que corre á la pág. 9 del manifiesto que dió el Honorable Congreso del Estado de Querétaro, en 17 de Noviembre de 1849.

pieza literaria tenemos necesidad de recomendar á la lectura de los sábios, cediendo á los impulsos de una recta justicia.

La discusion del proyecto en particular, comenzó el dia 24 de Setiembre, y concluyó el 26; sufrió grandes debates que no herian la substancia del decreto, el cual quedó aprobado definitivamente en estos términos:

"Artículo 1.° Se restablece en el Estado el Instituto de la Compañía de Jesus, en toda su plenitud y bajo las garantías de propiedad, seguridad, y libertad que explica el artículo 8.° de la constitucion.

"2.° El gobierno entregará, con las seguridades legales, los colegios de San Ignacio y San Francisco Javier, y los bienes y derechos que le son anexos al Instituto de que habla el artículo anterior, para que los dirija y administre conforme á sus reglas.

"3.° El gobierno del Estado será patrono de los colegios; y á virtud del patronato, solo tiene derecho á protegerlos, haciendo efectivas las garantías que expresa el artículo 1.° »

Remitido este decreto al gobierno del Estado para que lo publicase, lo devolvió con observaciones á los seis dias despues de recibido, y de haber oido el dictámen de su Junta Consultiva, quien opinó que al hacer el gobierno la devolucion consultada, el Congreso fijára las bases que habian de regir el nuevo Instituto ó sistema de educacion que debia observarse en el Colegio Seminario de San Francisco Javier, para que jamás causasen perjuicios irreparables: que en todo caso se respetara la propiedad de los que hubiesen adquirido con justo título algunos bienes, sin atender á la clase á que pertenecieran: y en fin, que los gobernadores del Estado, deberian seguir en el derecho de inspeccion y proteccion que les son propias.

Devuelto el decreto á la legislatura, ésta oyó á las comisiones de Instruccion pública y Gobernacion, las cuales contestaron satisfactoriamente los argumentos que hizo la Junta consultiva, por conducto del gobierno, á quien probaron, *que no solo el Congreso de la Union, ó la nacion representada en córtes puede restablecer la Compañía de Jesus: que el Instituto de la Compañía no pugna con el sistema republicano, ni que es necesario corregirlo: que la libertad que tienen los Jesuitas para variar sus instituciones, es falsa, y de consiguiente no trae consigo mil abusos que los llevará á su ruina; y que la venida de los Jesuitas no producirá mayor division entre los mexicanos.* En consecuencia, por su dictámen de 9 de Octubre, consultaron estas comisiones la reproduccion del decreto, la que se hizo efectivamente; pero en esta vez tres gobernadores presentaron á la nacion entera el escandaloso ejemplo de infringir la Constitucion del Estado de Querétaro, con toda firmeza, con aquella energía, que hubiera sido su mas completo elogio, si se hubieran opuesto resueltamente á contrarestar una injusticia; pero el Congreso, decidido defensor de sus determinaciones, erigiéndose en gran Jurado, declaró haber lugar á la formacion de causa contra esos tres funcionarios.

Por todo lo que hemos sentado en nuestro discurso, creemos que las cuestiones que tocó la Junta Consultiva del Gobierno de Querétaro, y las respuestas que dió á la misma la Honorable Legislatura, están ya establecidas y resueltas por nuestra parte, con pruebas y documentos innegables. Así es que no repetirémos ahora lo que hemos dicho ántes, sino que nos ocuparémos de ventilar dos cuestiones que en nuestro entender no se han tratado debidamente, ó se han resuelto sin detenerse lo bastante en ellas. Nosotros, pues, nos contraemos á tocar dos puntos: el primero, tiene por objeto deshacer una equivocacion en que incurrió la Junta Consultiva de Gobierno del Estado de Querétaro; y el segundo, habla de la obstinacion que los tres gobernadores opusieron para publicar el decreto núm. 8, que expidió aquella Legislatura, despues de haberlo reproducido, porque no subsistieron las observaciones que ocurrieron al primero de los funcionarios de que tratamos.

Abrase el manifiesto del Congreso de Querétaro, y en él leerémos el dictámen que presentó la Junta Consultiva del Gobierno (1). Si lo consultamos, desde luego tropezamos con un periodo que dice: "El artículo 2.° tiene tambien muchos inconvenientes para su ejecucion. El ordenar al ejecutivo que entregue, con las seguridades „legales, los colegios de San Ignacio y San Francisco Javier, los bienes y derechos que les son anexos al Instituto de que habla, para „que los dirija y administre conforme á sus reglas, que en substancia „equivale á decir, que pueden los padres de la Compañía llevar adelante las continuas variaciones introducidas en su Instituto, que los „condujeron á su extincion;" y de consiguiente, es preciso decir con sentimiento, que los autores del dictámen, no están muy instruidos en esta parte de la historia de los Jesuitas. Las comisiones de Instruccion pública y Gobernacion (2), que examinaron este dictámen, supuesto que el Gobierno lo adoptó en todas sus partes, y lo dirigió al Honorable Congreso, por via de observaciones (3), contestando semejante objeccion, dijeron: "Creemos que es absolutamente falso que „los Jesuitas alteren su Instituto á la hora que les parezca: esto re„sulta de la lectura atenta de la historia razonada de la Compañía." Las comisiones que mencionamos, dieron esa poderosa razon, que indudablemente tiene todos los caractéres del acierto. Y como quiera que nosotros nada hemos escrito en este discurso que no podamos probar, nos proponemos presentar á la Junta Consultiva del Gobierno

(1) Véase el Documento que se halla en la pág. 30 y siguientes hasta la 35.
(2) A estas comisiones pasó el Honorable Congreso de Querétaro las observaciones que hizo el Gobierno al decreto núm. 8, y en consecuencia produjeron su dictámen en 9 de Octubre, el cual consta en las pág. 35 y siguientes del manifiesto.
(3) Así consta del Documento que aparece en la pág. 28 de su manifiesto, y es el oficio que dirigió á aquella augusta asamblea en 2 de Octubre de 1849, devolviendo el decreto que promovió la cuestion de que hablamos en el texto.

del Estado de Querétaro, un documento por el cual se calificará si en el tiempo de la primera destruccion de los Jesuitas, se tuvieron ó no en consideracion las continuas variaciones que introdujeron estos Religiosos en su Instituto, ó si todo fué por maquinaciones de la mayor perfidia, por miras políticas, y por dejarse arrastrar de las pasiones mas rastreras y viles. El proyecto de la extincion de la Compañía de Jesus, fué una medida que los potentados de aquellos tiempos concibieron, para que quedasen removidos cuantos obstáculos podian oponerse á su engrandecimiento personal, á las inclinaciones de un corazon corrompido, á libertarse de los preceptos de la religion de Jesucristo, que suelen servir de estorbo á nuestros desenfrenados deseos y malditas propensiones. Para probar, pues, nuestro aserto, vamos á copiar un artículo que tomamos de un autor muy moderno, y no omitirémos cosa alguna suya que diga relacion con nuestro propósito, aunque sea algo largo. En el artículo que referimos, no crea la Junta Consultiva que hemos citado, encontrar, que la buena fé, ó el celo por el bien público de los pueblos, regentearon en la destruccion de los Jesuitas, pues al contrario, el documento que en seguida producimos, dá á conocer las intrigas de los gabinetes de Europa, las pasiones de los ministros de Estado, la debilidad de los reyes, y ¡triste es decirlo, pero forzoso! la docilidad de los Sumos Pontífices, que se dejaron llevar del espíritu exterminador del siglo pasado, y mostraron poca ciencia en negocios diplomáticos, afectando ver con indiferencia los intereses y felicidad de la Iglesia católica, que les está encomendada como vicarios de Jesucristo. No quisiéramos ciertamente explicarnos de este modo acerca de los Papas, pues sean cualesquiera sus defectos ó errores, siempre hemos de respetarlos, como que son los padres comunes de los fieles, ó las imágenes del Salvador del mundo; pero únicamente cedemos á la necesidad de no desmentir la verdad de la historia. Ocupémonos ya del documento que hemos ofrecido, y por lo mismo oigamos á Mr. Cretineau-Joly, que escribió una obra en el año de 1847, con el título de CLEMENTE XIV Y LOS JESUITAS, ó sea HISTORIA DE LA DESTRUCCION DE LOS JESUITAS, el cual hablando del marqués de Pombal, ministro de José I. rey de Portugal, se explica en estos términos:

"Rodeado Pombal de cuanto hostilizaba á los Jesuitas, teniendo á su sueldo al capuchino Norberto, y aspirando el grato incienso que sus aduladores ó parásitos le tributaban al pié del altar que él mismo se erigia, solicitó de la Santa Sede un breve de reforma de la Compañía de Jesus. A sus ojos ésta se habia desviado de su primer Instituto, y queria reformarla suprimiéndola. En las deliberaciones del Pontífice, los cardenales Pasionei y Archinto secundaban las miras de aquel, y con astucia y maña, á la corta ó á la larga, debian salir con su empeño. Benedicto XIV se hallaba postrado en su lecho de muerte casi agonizante, y el 1.° de Abril de 1758, Pasionei, como Secretario de Breves, presentó á la firma del moribundo el decreto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan ardientemente codiciado. El Papa le firmó. Las negociaciones relativas á esta medida se llevaban con tanto sigilo, que ni aun los Jesuitas de Roma se apercibieron de su existencia, sino hasta el momento mismo en que Pombal anunció á la Europa entera su victoria. Destruyendo las reducciones y expulsando, á la fuerza ó con astucia, á los misioneros de los paises fertilizados con su sangre, despojaba al frondoso árbol de sus mas productivas armas. Ya no restaba sino cortarle de raiz, y el ministro, armado con su decreto pontifical, comenzó á ponerlo por obra.

"Sin embargo, Benedicto XIV, en sus últimos momentos, presintió que el espíritu de partido pudiera muy bien abusar del Breve de reforma. Se habia dirigido éste al cardenal Saldanha, encargado de su ejecucion, y queriendo el Pontífice iniciarle en su postrer deseo, dictó con ese fin á Archinto unas instrucciones llenas de prudencia y de justicia. Al cardenal portugués se le nombraba visitador de las casas de la Compañía en el Reino Fidelísimo, y el Papa le recomendaba en ésto la mayor discrecion y dulzura, guardando el silencio mas absoluto sobre los puntos de acusacion, no solo él sino sus subordinados, y pesándolo todo con maduréz y con calma, sin dar oido á las malignas sugestiones de los enemigos del Instituto, y mucho ménos comunicar sus actos á los ministros del Estado ó al público; y por último, no decidir nada por sí, sino hacer de todo ello una relacion circunstanciada á la Santa Sede, quien se reservaba el derecho de fallar.

"Estas prevenciones eran sábias y oportunas, pero contrariaban los planes de Pombal, y así las dejaron á un lado, como sueños de un moribundo. El 2 de Mayo de 1758 se notificó el Breve á los Jesuitas, y en el dia siguiente 3 espiró Benedicto XIV, no sin el temor de haber traspasado los límites de su deber.

"Los Jesuitas se hallaban heridos de muerte. Confiar la reforma de una sociedad religiosa, que no tenia de ella la menor necesidad, á un ministro que habia jurado su pérdida, era lo mismo que ahogarla bajo el peso de una calumnia legal. Los hijos de Loyola habian defendido á la Iglesia, y la Iglesia los abandonaba. Necesariamente muchas de aquellas almas, agoviadas por sus largos padecimientos, debieron contar repetidas horas de desaliento y afliccion. La conspiracion era indudable, y Saldanha, el protegido de Pombal, se hallaba rodeado de los mayores enemigos que tenia el Instituto. Comenzaba á rayar el dia del supremo combate, y los Jesuitas, fiándose, como postrer áncora, en la sabiduría de la Silla Apostólica y en el reconocimiento de los monarcas, nada tenian previsto. Sin mas armas que la cruz, sin mas apoyo que la probidad de su vida, marchaban sobre sus contrarios, y corrian á lanzarse sobre ellos como el buitre sobre su presa. Se habian dejado imponer la ley en el Marañon y en el Paraguay, é iban á sufrir la derrota en el Portugal, sin ensayar siquiera una resistencia que el estado del pais hubiera hecho facilísima.

Hubo de su parte, en esta ocasion, una funesta postracion de la fuerza moral, ó un sentimiento de obediencia llevado hasta el punto mas sublime de la abnegacion cristiana. Los santos deben admirar un heroismo semejante; pero los que no lo somos, deplorarémos siempre esa misma abnegacion, que tiende á transigir con el peligro, y que pierde las sociedades y los tronos, deshonrándolos aun á los ojos de sus mismos adversarios.

"Pombal llevaba dos objetos, y conseguia el uno por medio del otro. Aspiraba á destruir la religion católica en la península, y perseguia á los Jesuitas como á los defensores mas perseverantes de la Santa Sede. Nada ménos intentaba que cambiar el órden de sucesion de la monarquía portuguesa, y colocar la corona, por medio de un enlace en las sienes del duque de Cumberland. Ibale en esto el envilecimiento de la familia real y la humillacion de los grandes, que no se hacian esclavos de sus caprichos. Para llevar á cabo la doble empresa, su política no perdonó medio. Los mas extremos eran los que mejor se combinaban con el ardor de su carácter. No siéndole asequible corromper ni intimidar á ciertos nobles de la primera clase, los atormentó de mil maneras, y ya que no pudo, á pesar de su excesivo orgullo, elevarse hasta la altura de aquellos, quiso que descendiesen mas bajo aun que su primer punto de partida. Para este ministro, que no sabia ser moderado en el bien ó mal que concebia, eran de absoluta necesidad aquellos hombres, cuya inteligencia pudiese quedar reasumida en una obediencia pasiva. Al frente de la gerarquía administrativa, colocó á sus próximos parientes ó criaturas inmediatas; redujo al rey á no ser mas que un autómata de movimiento; le aisló completamente de toda influencia católica ó monárquica; ganó su corazon; arrancó de él los principios religiosos, substituyéndole los de las universidades, de los jansenistas y de los protestantes; y despues de todo, cuando arraigó su omnipotencia, se le vió caminar á grandes pasos á la realizacion de sus proyectos. El 19 de Setiembre de 1757 salieron del palacio real los PP. Moreira, Costa y Oliveira. En el mismo dia escribió á los infantes D. Manuel y D. Antonio, tios del monarca, notificándoles que aceptasen precisamente por sus confesores á los PP. Campo y Aranjués. Prohibió á los Jesuitas la entrada en la córte, y, añadiendo otras medidas arbitrarias, quiso comprometerlos á la rebelion, ó por lo ménos á un manifiesto descontento. Los Jesuitas callaron y obedecieron. En presencia de tan continuas hostilidades, el P. Enriquez, provincial de Lisboa, se contentó con recomendar á sus subordinados un respetuoso silencio, y el general les ordenó que no alzasen el guante que se les arrojaba. Los Jesuitas á todo subscribieron. La malevolencia y el ultraje iban adquiriendo el derecho de impunidad, y la actitud pasiva de los Padres estimulaba á Pombal. Todo se condenaba en Portugal contra la sociedad, y ésta, en lugar de defenderse, no cuidaba sino de respetar el arma con que la habian de herir de muerte.

"Enmedio de esto, el cardenal Saldanha notificó el breve de Benedicto XIV al provincial de la Compañía. El Papa se hallaba en vísperas de morir, y la anticipacion de este suceso podia aun hacer cuestionable lo que se habia arrancado á su debilidad; y para evitarlo, creyó Pombal que precipitando los sucesos, podria darles una autoridad de cosa juzgada. Saldanha delegó en el ministro los poderes ámplios de que se hallaba revestido. Segun las leyes eclesiásticas, toda comision que se confiere á un nuncio ó visitador apostólico, cesa inmediatamente por la muerte del Pontífice que la expidió, respecto á los puntos donde aun no se ha notificado el breve en vida de aquel. La provincia del Brasil se hallaba en ese caso. Saldanha indica á Pombal sus escrúpulos, y éste los deshace con un decreto del consejo. La irregularidad canónica no podia ser mas evidente; Saldanha la pasó por alto, y el 15 de Mayo, trece dias despues de haber recibido el breve pontificio, declaró por edicto, que los Jesuitas se ocupaban en un comercio ilícito, prohibido por las leyes de la Iglesia. En el corto espacio de estos trece dias, el reformador condenó en su tribunal al instituto en las cuatro partes del mundo, sin haber escuchado su defensa. El ministro en su polémica ó en sus decretos, acusaba á los Jesuitas de infracciones canónicas; y el cardenal en los suyos los presentaba á la faz del orbe católico, como convencidos de transacciones culpables. Esta última disposicion no solamente adolecia del vicio de ligereza y precipitacion, sino que era además injusta, porque la negociacion que ocupaba á los procuradores de las misiones, se hallaba autorizada por el buen sentido, y por los pontífices y monarcas.

"Pero el derecho y la equidad no se tenian en cuenta; la fuerza y la astucia se coligaban para destruir, mientras que la ambicion y la impericia se daban la mano para secundar la violencia. Los registros de los PP., sus libros de cuenta y correspondencia, sus almacenes, todo fué ocupado é intervenido. Se hizo un inventario de capitales y productos, con el estado de gravámenes y obligaciones que afectaban á cada casa; se remontó la investigacion hasta el orígen mismo de la Sociedad, y no se halló el menor rasgo de ilegalidad. La inocencia aparecia por este medio; el ministro se apresuró á ocultar el resultado de estos procedimientos en el fondo de un archivo, y buscó otro camino que diese resultados. El 7 de Junio de 1758, el cardenal patriarca de Lisboa, José Manuel, cuyo puesto codiciaba Saldanha, expulsó á los Jesuitas de toda la extension de su diócesis. Se habia intimidado á este anciano moribundo, haciendo intervenir la voluntad del rey. Pocos dias despues dejó de existir, y Saldanha fué llamado á sucederle (1)."

Hasta aquí Mr. Cretineau-Joly. El testimonio de este hom-

(1) Véase á Cretineau-Joly, en su obra de "Clemente XIV y los Jesuitas," Cap. 1.° págs. 30 y siguientes.

bre verdaderamente imparcial y justo, nos descubre abiertamente, que la destruccion de los Jesuitas, fué mas bien una concepcion política, para realizar planes ulteriores á los cuales aquellos pudieron oponerse. En efecto, en una nota correspondiente al pasage que hemos insertado mas arriba, Mr. Cretineau-Joly, refiriéndose al testamento político del Mariscal de Belle-Isle (*au testament politique du Marechal de Belle-Isle*), dice: "Se sabe que el duque de Cumberland estaba „consentido en ser rey de Portugal, y no dudo que lo hubiera conse„guido, si los Jesuitas, confesores de la familia real, no se hubieran „opuesto. He aquí el crímen que jamás se les ha podido perdonar." Bien se ve que la objecion de que los Jesuitas se habian apartado continuamente del objeto primitivo de su instituto, ó que introdujeron en él frecuentes variaciones que ocasionaron como último resultado la extincion de la Compañía, es una equivocacion, ó mejor dicho, una blasfemia histórica. Cuando Pombal pretextó esa puerilidad para arrancar al Papa el breve de reforma, que le aseguraba la supresion de los Jesuitas en el reino de Portugal, alhagó sus pasiones, porque destruia á sus enemigos, que se oponian, con la fortaleza del cristiano y con la firmeza de un ministro del Señor, á que usurpase la corona á José I, colocándola en las sienes de otro personage, que era el usurpador en lo ostensible, y esta explicacion corrobora nuestra idea de que una corrompida y feroz política, y no la relajacion del Instituto de la Compañía de Jesus, fué la causa eficiente de su extincion. Ignoramos si la Junta Consultiva del Gobierno de Querétaro aseguró de buena ó de mala fé el hecho que combatimos. Si fué lo primero, y así lo creemos como mas probable, quedará convencida de su error á la vista del documento que hemos presentado á su exámen y deliberacion; y si lo segundo, su deshonor es completo, porque con la historia en la mano, cualquiera puede convencerla de calumnia. El cardenal Bezzonico, que tomó el nombre de Clemente XIII, sucedió al Sr. Benedicto XIV, y apenas el nuevo Pontífice se instaló en la Silla Apostólica, cuando el general de los Jesuitas, el Padre Lorenzo Ricci, puso en sus manos una exposicion, en que se quejaba de la reforma de que hemos hablado, pidiéndole jueces, que absolviesen ó condenasen á los Jesuitas, sujetándoles á un severo juicio; pero en esa exposicion, leemos que: "indudablemente los superiores de la Sociedad, „como aparece por sus registros y cartas escritas ó recibidas, han in„sistido siempre sobre la mas exacta observancia de las reglas, tanto „en las provincias de Portugal, como en todas las demás. En ciertas „ocasiones se les ha informado de abusos de otro género, pero jamás „ha existido el menor aviso ni noticia, respecto á los delitos que hoy „dia se imputan á estos religiosos, por lo cual ni preventivamente se „les ha advertido ni requerido para que sobre ello pusiesen reme„dio (1)." Interesados los detractores de los Jesuitas en aniquilar-

(1) Cretineau-Joly, ibi, pág. 36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los, no han perdonado medio alguno para conseguir su intento, y por lo mismo, en 1849, se reprodujo en el Estado de Querétaro, lo que se dijo en Portugal en 1758. En Portugal, trataba el infame y execrable marqués de Pombal, de hacer una revolucion extraordinaria, variando la dinastía de los Reyes, y por lo mismo destruyó la Compañía de Jesus, y en Querétaro se trató tambien el año pasado de impedir un gran bien, queriendo suprimir hasta la memoria de los Jesuitas. ¡Arbitrio miserable! En nuestros tiempos, se han reproducido contra la Compañía de Jesus, las mismas groseras calumnias que se inventaron en el siglo pasado, los mismos insultos, las mismas imputaciones; sus enemigos no han variado de método para atacarlos, observan una inalterable táctica para combatirlos, mientras que sus defensores, han vindicado á los Jesuitas de una manera, que ya hace ilusorios los guarismos de que pudiera usarse para ir numerando sus apologías. La Compañía de Jesus aparece triunfante é inocente, y si se ha visto perseguida casi siempre por enemigos que han abusado de su poder, todavía puede esperar el tiempo de la bonanza, el tiempo en que se le haga justicia, y en el que goce del aprecio universal. No es, pues, cierto que las continuas variaciones que los Jesuitas introdujeron en su Instituto, los condujeron á su extincion. En Inglaterra se acusa á la Religion Católica, de ser poco favorable al *ingenio* y al *talento*, ó en otros términos, al ejercicio de las *facultades intelectuales* (1); pero Sir William Cobbett, demuestra matemáticamente ese error, pues haciendo un cálculo de los hombres célebres que hubo en el espacio de ciento ochenta y siete años, en Inglaterra, Irlanda y Escocia, en Francia y en Italia, y limitándose á hacer ese cálculo con nueve ciencias solamente, aparece que en el periodo que referimos, los tres primeros reinos unidos, bajo la influencia del protestantismo, tuvieron 132 hombres célebres que florecieron como publicistas, matemáticos, médicos y cirujanos, naturalistas, historiadores, autores dramáticos, gramáticos, poetas y pintores, mientras que el cuarto y el quinto, bajo el dominio de la Religion católica, presentaron aquel por sí solo, 676 individuos que se inmortalizaron en las ciencias de que tratamos, y éste, 164 considerados en iguales términos á los anteriores. En consecuencia, despues que Sir William Cobbett hace la demostracion que antecede, dice: "Esta es la mismísima escala que un modesto escri-
„tor escocés citaba últimamente, para probar que en toda la Europa
„estaban colocados los protestantes en un punto *mas elevado* que los
„católicos en la *escala del entendimiento*, y que los católicos que *están*
„*inmediatos á los protestantes, tienen mucha mas inteligencia* que los que
„están distantes de ellos. He aquí ciertamente una muestra de la in-
„solencia de esa secta advenediza; pero para confundirla no se necesi-

(1) Sobre esta materia, véase la obra titulada: "Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda," Carta I, §. 31 y siguientes hasta el 35 inclusive. Esta obra fué escrita en inglés pos Sir William Cobbett.

„ta mas que echar la vista sobre el estado precedente. Rebajad en-
„horabuena la tercera parte del número de escritores franceses, en
„razon de la mayor poblacion de la Francia, y aun nos quedarán 451
„hombres ó mugeres célebres, contra 132 nuestros, de manera que in-
„dividuo por individuo han tenido tres veces y media mas inteligencia
„y entendimiento que nosotros, y esto sin embargo de haber estado
„sepultados durante todo aquel tiempo en la *ignorancia y supersticion*
„*de los monges*, y de no haber tenido vecinos protestantes que les co-
„municasen la *inteligencia*. Hasta los italianos mismos nos han ex-
„cedido en cuanto á *inteligencia*, pues sin embargo de ser su pobla-
„cion muy inferior á la que á nosotros nos tiene tan orgullosos, es
„mucho mayor el número de sus hombres de ingenio, que el de los
„nuestros. ¿Pero no será posible que yo padezca alguna equivoca-
„cion? ¿No querria acaso entender nuestro escosés por la palabra *in-*
„*teligencia* el arte de hacer, no libros ni cuadros, sino cartas, órdenes,
„letras de cámbio, obligaciones, billetes del Echiquier, notas de ban-
„co inimitables, y otras cosas semejantes? ¿No querria acaso decir
„el arte de expecular *sobre los empréstitos, el agiotage, las pólizas de*
„*seguros*, las anualidades á *diez por ciento*, y otra multitud de opera-
„ciones intelectuales del Change Alley, sin olvidar por ningun estilo
„los esfuerzos sobrenaturales de entendimiento, tales como los de los
„Aslett, y de los Fauntleroy? Si es así, confieso que tiene razon; los
„protestantes ocupan en efecto un *puesto elevadísimo* en esta *escala*, y
„aun estoy inclinado á creer, que es casi imposible á un católico vivir
„inmediato á ellos sin hacerse mas *inteligente*, quiero decir, mas bri-
„bon y judío que si estuviese distante de ellos."

Los protestantes acusaron á la Religion Católica, de ser poco favorable al ejercicio de las facultades intelectuales; pero han quedado convencidos de error, porque hablaron sin fundamento. Igual suerte correrán los detractores de los Jesuitas, que mal informados se aventuran á asegurar, que su extincion provino de las mutaciones muy repetidas á la verdad, que introducen en su Instituto, porque ya en este discurso, aparecen pruebas de lo contrario, pues hemos visto al Padre Ricci, que aseguró al Señor Clemente XIII, que tanto por los registros de los superiores de la Compañía de Jesus, como por sus cartas escritas ó recibidas, es indudable que *han insistido siempre sobre la mas exacta observancia de las reglas*. Un error cometido en actos oficiales, es muy perjudicial, y tiene inmensas trascendencias, porque se inclina á los mandarines á no obrar, cuando es preciso que estén en continuo ejercicio, y el bien que de aquí resultaría, es negativo; y por el contrario, si el error pone en movimiento los resortes de la política, cuando debieran estar en inaccion, el mal que origina semejante maniobra, es notorio, y el pais padece grandes extorsiones, que siempre conviene evitar. Un error cometido sobre hechos históricos bien averiguados, arguye ignorancia, y ésta redunda en deshonor de los gobernantes, considerados ya como tales, ya como literatos. En

una palabra, la Junta Consultiva del Gobierno del Estado de Queré-taro, cree que el Padre Diego Lainez, general de la Compañía de Jesus, é inmediato sucesor de San Ignacio de Loyola, luego que comenzó á fungir en su cargo, alteró las ideas del Santo Fundador, y salió de los límites que se habia propuesto. A esa objecion contraponemos que: "entre los generales, que sin mudar nada al edificio „levantado por el fundador, han *contribuido mas* á afirmarle, Lainez „merece el primer lugar, porque ha dado á luz muchos artículos de „las Constituciones. Confidente de Ignacio, durante la vida del San-„to, fué despues de su muerte á un mismo tiempo su sucesor y su in-„térprete. Era un teólogo hábil, y un religioso modesto, que conten-„to con servir á la Iglesia, rehusó el honor de gobernarla, y el Con-„cilio de Trento, aplaudiendo su sabiduría, elogió no ménos sus vir-„tudes (1). La circunstancia de que un Concilio ecuménico como el „de Trento, aprobase la conducta del Padre Lainez, mostrándose sa-„tisfecho de su sabiduría, y de que no hubiese tocado en su refor-„ma (2) á la Compañía de Jesus, es la prueba mas irrefragable que „puede darse en nuestra opinion, del equívoco en que incurre la Jun-„ta Consultiva al sostener ese juicio que hemos impugnado."

Tiempo es ya de tratar de la segunda proposicion que sentamos mas arriba, y en la cual nos hemos de ocupar de la resistencia que opusieron los tres gobernadores que entendieron en la disputa que originó la voluntad que manifestaron para publicar el decreto núm. 8 de la legislatura de Querétaro. La razon capital que movió á los gobernadores á no publicar el decreto, segun entendemos, fué la de que determinar el restablecimiento de la Compañía de Jesus en aquel Estado, no era propio de las atribuciones del honorable Congreso, sino del de la Union, y que en consecuencia, si procedian á la publicacion, infringian abiertamente la fraccion 4.ª del artículo 38 de la Constitucion federal, por lo que se harian responsables; pero queriendo eximirse de una responsabilidad menor, incurrieron en otra mayor. Hablando el artículo 38 que hemos alegado de las acusaciones de que pueden conocer las cámaras erigiéndose en gran jurado (3), dice en la fraccion 4.ª "De los gobernadores de los esta-„dos; por infracciones de la Constitucion federal, leyes de la Union „ú órdenes del presidente de la federacion, que no sean manifiesta-„mente contrarias á la constitucion y leyes generales de la Union,

(1) Véase la Apología del Instituto de los Jesuitas, Cap. 3.° pág. 7 y 8.
(2) Véase el Cap. XIV, Sess. XXV.
(3) El artículo 38 de la Constitucion federal, declaró, que cualquiera de las dos cámaras podia conocer en calidad de gran jurado sobre las acusaciones de que tratan las cuatro fracciones en que está dividido; pero el artículo 12 de la acta de reformas, establece que corresponde exclusivamente á la cámara de diputados, erigirse en gran jurado para declarar, á simple mayoría de votos, si ha ó no lugar á formacion de causa contra los altos funcionarios, á quienes la constitucion ó las leyes conceden este fuero.

„y tambien por la publicacion de leyes ó decretos de las legislaturas „de sus respectivos estados, contrarias á la misma constitucion y leyes." He aquí el artículo de nuestra carta constitucional; esto no obstante, el gobernador del Estado de Querétaro, y en su defecto los otros dos funcionarios que entendieron en el negocio de que nos ocupamos, debieron publicar el decreto núm. 8 de aquella honorable legislatura, porque el artículo 127 de la constitucion particular de Querétaro, ha dicho: "Aprobado segunda vez el proyecto, se devolverá la ley ó decre-„to al Gobernador, y éste dispondrá sin recurso que se publique y cir-„cule. Aun cuando no lo verifique, la ley ó decreto se tendrá por san-„cionado." Nosotros advertimos que ese artículo que acabamos de citar, está enteramente conforme con el 56 de la constitucion federal. El Congreso de la Union, no podria exigir la responsabilidad á cualquiera funcionario que publicase una ley, aunque fuera contraria á la constitucion, siempre que éste hubiera cumplido con los preceptos de otra ley que le concediese la facultad de devolver aquella con observaciones dentro del término legal. Explicarémos nuestra idea con un ejemplo. La ley de 24 de Noviembre de 1849, que reformó el arancel de las aduanas marítimas de 4 de Octubre 1845, determinó en su artículo 13, que quedaba prohibido al gobierno expedir sobre las aduanas marítimas órdenes para la compensacion de derechos causados ó que se causaran; y previno que cuando la tesorería general ó la direccion general de aduanas marítimas recibieran órdenes de esta clase, para comunicarlas á las aduanas respectivas, ó algunas otras que estimaran ilegales ó perniciosas á la hacienda pública, lo representaran al gobierno, imponiendo esta misma obligacion á los administradores de las aduanas, en el caso de que las recibiesen directamente. Y luego prosigue: "Si á pesar de las observaciones que hi-„cieren, el gobierno insistiere, las cumplirán, y el que hubiere hecho „las observaciones, pasará á la contaduría mayor el expediente certi-„ficado por el contador respectivo para *quedar eximido de responsa-„bilidad.*"

Véase, pues, aquí consignada una regla que podemos llamar general, y aplicar á todos los casos que ocurran; una interpretacion buena, provenida de un exámen maduro, hace conciliar todos los pormenores de cualquier negocio, aun cuando á primera vista parezcan contradictorios. Las observaciones que los gobiernos hacen á las leyes que juzgan malas, bajo el aspecto que quieran considerarlas, los relevan de toda responsabilidad en que puedan incurrir, porque el Congreso de la Union, debe considerar, que los gobernadores á quienes las legislaturas de sus estados, devuelven reproducido un decreto, por no haber tomado en consideracion las observaciones que aquellos hayan podido hacer á éstas, no se han apartado de la senda constitucional ó legal, al publicar ese mismo decreto. El artículo 127 de la constitucion particular del Estado de Querétaro, dispone que una vez reproducido un proyecto, se devolverá la ley ó decreto al Gobernador,

y éste dispondrá *sin recurso que se publique y circule.* La claúsula *sin recurso* impone al Gobernador una obediencia que llamarémos pasiva: para cumplirla, no puede hacer otra cosa que poner ese deber en ejecucion, sin murmurar ni titubear, y el artículo 2.° de la ley de 12 de Marzo de 1849, expedida por la legislatura de Querétaro, ha dicho terminantemente: "El Gobernador, Vice-Gobernador é indivi-„duo de la Junta Consultiva, electo para la publicacion de la ley ó „decreto sancionado que dejare de hacerlo, quedará sujeto á respon-„sabilidad, y podrá ser acusado por cualquier ciudadano ante el Con-„greso del Estado." Así es, que bajo ningun aspecto, son disculpables los gobernadores del Estado de Querétaro, que resistieron la publicacion del decreto núm. 8, y ántes bien, decimos, con nuestra característica franqueza, que esos tres funcionarios se excedieron en la disputa, porque trataron de una cuestion, que debió discutirse exclusivamente en el Congreso de la Union. Pero entre esos funcionarios, consideramos que el mas culpable, es el Sr. D. Francisco de Paula Meza, porque infringió las leyes á ciencia cierta, puesto que en el manifiesto que publicó en 18 de Diciembre de 1849 (1), nos dice expresamente: "Rodeado de personas sensatas, inquirí su sentir, y por „un violento extraordinario, dirigí tambien mis consultas á la Capital „de la República (2);" y mas abajo agrega: "La propia Constitucion „federal me hacia responsable si publicaba el decreto referido, con-„forme á su artículo 38, y para decirlo de una vez, de todas las con-„sultas que hice, de todas las investigaciones que practiqué, del for-„mal estudio que emprendí, siempre puse en claro, que la legislatura „se habia abrogado facultades peculiares de las augustas cámaras de „la Union." Examinemos esas consultas, y véamos lo que dicen. Los documentos números 7 y 8, que acompaña el Sr. Meza á su manifiesto, no son mas que la correspondencia particular que medió sobre este asunto entre los Exmos. Sres. Presidente de la República y Gobernador del Estado de Querétaro. El documento marcado con el núm. 7, es una carta que dirigió éste á aquel, haciéndole una reseña de todo lo que pasó hasta el dia 12 de Octubre de 1849, en su Estado, con relacion á este negocio, y recabando la opinion del supremo magistrado de la Nacion, quien contestó al Gobernador, diciéndole: "Contestando su grata de ayer, en que me comunica haber devuelto „con observaciones el decreto de restablecimiento de la Compañía de „Jesus, que le ha sido devuelto para su publicacion, y en lo que me „pide mi opinion, me veo en la necesidad de decirle, que una vez que „V. ha usado de la facultad de hacer observaciones, y la legislatura „ha insistido en que se publique, V. está en el caso de sancionarlo,

(1) Puede verse este manifiesto que publicó el Sr. Meza, en el periódico titulado: "El Monitor Republicano," y corre en el núm. 1698 y siguientes hasta el 1704, correspondientes al mes de Enero de 1850.

(2) Véase el núm. 1698 del Monitor Republicano, correspondiente al dia 5 de Enero de 1850.

„protestando al acusar el recibo á dicha asamblea, dar cuenta al Su-„premo Gobierno, haciéndole las indicaciones oportunas (1)." Y aunque el Sr. Meza, para justificar sus procedimientos, ha querido distinguir entre la sancion y la publicacion del decreto, su interpretacion no subsiste, porque es contra la ley, como que el artículo 127 de la constitucion particular del Estado de Querétaro, establece, que aun cuando el Gobernador no publique y circule la ley ó decreto, aquella y ésta se tendrán por sancionados, y porque si habia esta sancion, seria inútil, en el supuesto de que los preceptos legales no fueran conocidos. El Exmo. Sr. Presidente de la República, resolvió la cuestion sin apartarse del sendero constitucional, y abrió un nuevo camino al Gobierno de Querétaro, para que no comprometiese su responsabilidad, al mismo tiempo que cumpliera con la determinacion legal, haciendo indicaciones al Supremo Gobierno, que manifestaran, que aunque aquel opinaba en contra de la subsistencia del decreto de restablecimiento de los Jesuitas, lo habia publicado, porque no tenia facultades para impedir su publicacion. Así es, que cuando el Sr. Meza dijo en la defensa que pronunció ante la Honorable Legislatura, erigida en gran jurado, para hacer efectiva al Gobernador la responsabilidad en que incurrió, por no haber querido publicar ese decreto, á pesar de su reproduccion: "Para concluir, os aseguraré (dirigiéndose á los „miembros del Congreso), que me honra demasiado defender la mis-„ma opinion, observar la propia conducta que seguiria el Exmo. Sr. „Presidente de la República, y el saber que si S. E. fuera el Gober-„nador del Estado, responderia como yo, y estaría expuesto asímismo „á padecer con una sumaria (2)," no habló con propiedad, pues consideramos que el Exmo. Sr. Presidente no habia de ser en iguales circunstancias inconsecuente con sus principios, porque si en ejercicio de la facultad que le concede el artículo 55 de la Constitucion federal, devolvia con observaciones el decreto ó la ley que le comunicase el Congreso general, y si éste reproducia sus acuerdos, el Supremo Magistrado de quien hablamos, cumpliria el artículo 56 de la misma constitucion, firmándolos y publicándolos sin excusa; y si fuera Gobernador del Estado de Querétaro, tambien habria acatado el artículo 127 de la constitucion particular que lo rige, porque estos son sus sentimientos. Claro es que el Magistrado á quien nos contraemos, siendo Gobernador del Estado de Querétaro, no hubiera insistido tenazmente en no publicar el decreto núm. 8 que expidió la legislatura

(1) Véase el núm. 1701 del Monitor Republicano, correspondiente al dia 8 de Enero de 1850.

(2) Puede verse esta defensa que pronunció el Sr. Meza, en la sesion que celebró el dia 8 de Noviembre de 1849, la honorable legislatura de Querétaro, y corre impresa á la pág. 93 y siguientes del manifiesto que dió el mismo Congreso en 17 de aquel mes y año. Véase tambien el núm. 1702 del Monitor Republicano, correspondiente al dia 9 de Enero de 1850, en que se halla reproducido este documento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mismo, haciendo una consulta, única quizá en su especie, para recabar una declaracion expresa y terminante, sobre si las legislaturas de los estados han tenido y tienen facultades para establecer en ellos los religiosos institutos suprimidos por leyes generales (1), y llevar al cabo por este medio la infraccion de las leyes. Lo que sí hubiera hecho el Exmo. Sr. Presidente probablemente, seria obrar conforme al artículo 23 de la acta de reformas, reclamando, dentro del mes de publicada una ley del Congreso general, como anti-constitucional, para que la suprema corte cumpliera con sus deberes, quedando anulada la ley prévia su declaracion, y atendidos los votos ó resoluciones de las legislaturas en este sentido; pero esto lo habria hecho S. E., caso de que reputase una ley como anti-constitucional, sin desviarse no obstante del camino legal, y sin satisfacer sus pasiones ó sus caprichos. El Sr. Meza promovió una cuestion desusada, y quizá de una naturaleza peculiar en su género, queriendo paralizar los trabajos de la Legislatura, sin tener mision alguna para este efecto, y mucho nos sorprende, que, deseando entrar en transaccion con el Congreso, y componer con él amigablemente las diferencias que dividian al legislativo y ejecutivo del Estado de Querétaro, no hubiera imitado á Cromwell, el cual, con motivo de haber roto una guerra con la Holanda, durante sus progresos, apareció repentinamente en la cámara de los comunes á la cabeza de trescientos hombres, expulsó todos sus miembros, cerró la puerta, y se metió las llaves en el bolsillo (2). No debió omitir aun este medio de composicion, porque creemos que no ignorará, que ha solido ocurrirse á este expediente en nuestra República, como lo comprueba el hecho que tuvo lugar en Zacatecas el dia 1.° de Octubre de 1849: este medio es eficacísimo, porque destruye radicalmente todas las diferencias que suelen disgustar muy frecuentemente á los gobernadores con sus legislaturas.

Con todo, aunque reprochamos la consulta que hizo el Sr. Meza, por el fin inmediato que se propuso en ella, y que en nuestro concepto la hace inoportuna para el tiempo en que la promovió, no dejamos de conocer, que bien pudo subsistir, despues de haber cumplido con sus deberes, para asegurarse de si eran ó no constitucionales las determinaciones de la legislatura de su Estado, y proporcionar al mismo tiempo la oportunidad de que se fijara exactamente una regla general para todas las demás legislaturas, á que debieran sujetarse en un asunto como el presente. Es inconcuso que en ello habria hecho un servicio muy interesante á la Nacion; pero lo repetimos, sin haber apelado á medios imprudentes que aumentáran la efervescencia de los ánimos.

(1) Véase el documento núm. 15, acompañado al manifiesto del Sr. Meza, que consta en el núm. 1703 del periódico citado, correspondiente al dia 10 de Enero de 1850.

(2) Véase el Compendio de la historia moderna, desde la destruccion del Imperio romano, año de J. C. 476, hasta fines del de 1818, escrito por A Piquot. Epoca 7.ª Cap. 3.°

De todos modos, y como quiera que sea, en nuestro concepto, se han hecho responsables tanto el Sr. Meza como los demás funcionarios que siguieron su conducta al pié de la letra. Sin embargo, suponemos que el Soberano Congreso de la Union, se ocupará de corregir semejantes abusos, convencido de que sometidos los magnates á un juicio, salen regularmente absueltos y justificados; de que resulta necesariamente, que se quedan impunes los delitos é infringidas las leyes, con descaro. Pero prescindamos ahora de esa cuestion, y limitándonos á hablar puramente de las leyes constitucionales, cuyo análisis nos ocupa, es preciso decir, que si los gobernadores tuvieran facultad para oponerse siempre á la publicacion de los decretos que les parecieran anti-constitucionales, claro es que la revision que sufren en México, seria infructuosa, y siempre se archivarian los expedientes que promoviesen, sin que el Congreso jamás anulase una sola de aquellas, porque habia seguridad de que fuesen siempre conformes con la constitucion, acta constitutiva y acta de reformas. Entónces el Congreso de un Estado, no podria obrar con libertad, ni hacer que sus determinaciones se llevaran á efecto, porque el Ejecutivo las hacia pasar por un exámen muy escrupuloso, que solo compete al Congreso de la Union. Además, en ese caso, no existiria la independencia de los tres poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, si cualquiera de éstos pudiera ejercer una absoluta intervencion en los actos de los otros, y la idea de *soberanía*, quedaria destruida de hecho. Así es que vemos observar muy sábiamente el principio de que las leyes que dictan las legislaturas de los estados de la Federacion, sean permanentes, y por lo mismo se hagan respetables, reservándose el Congreso de la Union invalidarlas ó anularlas, como contrarias á la constitucion, pues viene á ser como el gran Soberano que reasume en sí las demás soberanías, y al usar el mismo Congreso de semejante facultad, impide ciertamente el mal que acabamos de indicar, de que las legislaturas fuesen para con los gobernadores lo que un pupilo para con su tutor ó curador. Tambien debemos observar, que si los gobernadores tuvieran derecho para dejar de publicar las leyes aunque se reprodujeran, y mandasen las anteriores que las posteriores se publicasen sin recurso, cuando las observaciones que se les hiciesen en contra no subsistieran, se daria lugar á grandes abusos, y una arma muy formidable á los gobernadores que pudieran ocasionar grandes defecciones. Nosotros hemos advertido con el mas profundo dolor, que los funcionarios que se opusieron tenázmente en el Estado de Querétaro á publicar el decreto que restablece á los Jesuitas, son contrarios suyos, y que el hombre particular, revestido de un gran poder, alhagó sus pasiones, y desarroyó el ódio que profesa á la Compañía de Jesus. En fin, el Sr. Lic. D. Juan Manuel Fernandez de Jáuregui, que fué Gobernador de Querétaro, contuvo el escándalo de que hemos hecho mérito: cortó la disputa que se entabló entre la legislatura y el gobierno, y publicó en 18 de Diciembre de 1849, el decreto núm. 8, que ha sido tan ruidoso:

como buen abogado, conoció que debia cumplir el artículo 127 de la constitucion particular de aquel Estado, y sabe que en conciencia, no tiene responsabilidad alguna por haber cumplido con su deber, y que si la desgracia le acarrea algunos sinsabores por este negocio, debe estar tranquilo, aunque sea víctima de la maledicencia y de la mordacidad, contando siempre con el aprecio de los hombres sensatos, que le prodigarán los elogios que merece.

Todavia queremos decir dos palabras sobre la cuestion que hemos tocado. Si el Sr. Meza no quiso publicar el decreto de la honorable legislatura de Querétaro, expedido bajo el núm. 8, porque lo consideraba opuesto á la 4.ª fraccion del artículo 38, y aun á la 3.ª del artículo 161, que no citó, de la Constitucion federal, en cuanto entre otras cosas, manda que guarde y haga guardar la misma constitucion y leyes generales de la Union, y sin embargo una ley de aquel Congreso, que debia obedecer en conciencia, le mandaba que lo publicara sin recurso, por haberlo reproducido, pudo seguir el consejo del Exmo. Sr. Presidente de la República, sancionarlo y publicarlo, protestando al tiempo de acusar recibo á aquella augusta asamblea, dar cuenta al Supremo Gobierno con todo lo ocurrido, ó salvar su responsabilidad. Este arbitrio hubiera sido salvador, y habria arreglado definitivamente todas las diferencias políticas que dividieron al legislativo y ejecutivo del Estado de Querétaro, porque como muy bien dice el práctico Escriche (1), la protesta es "la testifi„cacion ó declaracion expontánea que se hace para adquirir ó conser„var algun derecho ó precaver algun daño que puede sobrevenir. Llá„mase protesta, continúa, porque quien la hace, manifiesta que no tie„ne ánimo de hacer lo que va á hacer." La protesta que hubiera hecho el Sr. Meza, siguiendo el acertado y sapientísimo consejo del Supremo Magistrado de la República, habria sido inconcusamente la mejor transacion que hubiera encontrado el Gobernador de quien hablamos, y en consecuencia, se habria apagado la efervescencia que produjo su tenacidad en el ánimo de la legislatura, sin que se hubiera comprometido su responsabilidad, puesto que "el remedio de la protesta, „como asienta Escriche en el lugar que citamos, se ha establecido prin„cipalmente para cuando uno hace contra su voluntad, y con gran perjuicio suyo, alguna cosa que se le manda ó propone, viéndose forzado á ello por el miedo, la opresion ó el respeto reverencial. Una „hija de familia, por ejemplo, que fuese compelida por sus padres á „tomar el hábito y profesar en un convento, y que por evitar sus ma„los tratamientos se decidiese á obedecerles, podria hacer su protesta „para poder reclamar un dia contra sus votos." El Sr. Meza y sus compañeros de infortunio, pudieron evitar la formacion de causa á que se vieron sujetos, con usar de una sola palabra en su acuse de recibo, pues al decir, v. g., el Gobierno publica el decreto núm. 8; pero entienda la legislatura, que al publicarlo, acata una ley que le manda proceder así sin recurso, y por lo mismo, protesta contra ese decreto, por considerarlo anti-constitucional, todo quedaba remediado pudiendo consiguientemente hacer efectiva la protesta, tan luego como el Soberano Congreso general se ocupara de este asunto, y quisiera exigirle la responsabilidad, pues *la protesta sirve para que otro no perjudique al derecho del que la hace* (1). Así, pues, dos ideas podian haber determinado á los funcionarios que nos ocupan, para cumplir sus deberes, sin alterar la armonía que deben guardar con la legislatura; primera, publicar el decreto núm. 8, si era reproducido, protestando contra él por ser inconstitucional en su concepto; y segundo, convencerse de que debian haber procedido á la publicacion, asegurándose de que no tenian responsabilidad ulterior, porque no eran conducidos por su voluntad, sino que abnegándose á sí mismos, pudieron reconocer, que una ley de la legislatura, era la que les imponia la obligacion de sancionar sus leyes ó decretos sin recurso de ninguna especie. El Congreso de la Union, quedaria entónces convencido y satisfecho de la necesidad que habia obligado al Gobernador de Querétaro, á obrar contra sus opiniones, al leer el texto constitucional por el que habia encaminado sus procedimentos, y al notar, que las observaciones oportunamente hechas al decreto núm 8, no habian sido consideradas, sino que por el contrario, aquel habia sido reproducido. Y ¿como habia de suponerse siquiera que hubiera resultado responsabilidad á los gobernadores si sus actos habian sido efecto de la fuerza? Cuando un barbero dirigiendo su navaja hácia nuestra garganta nos pide la libertad y las riquezas que poseemos, todo se lo prometerémos; porque entónces el ladron es el que pide, no el barbero. El temor es muy urgente. Pero cuando la navaja esté asegurada y puesta en su estuche, quebrarémos á un mismo tiempo las manos y las piernas del barbero.

Quid si me tonsor, cùm stricta novacula supra est
Tunc libertatem, divitiasque roget?
Promitam; nec enim rogat illo tempore tonsor,
Latro rogat. Res est imperiosa timor.
Sed fuerit curvâ cùm tuta novacula thecâ,
Frangam tonsori crura manusque simul.

Mart. Epig. lib. 11 ep. 59.

Como abogados examinamos la cuestion, y observamos que los gobernadores á quienes nos referimos han incurrido en responsabilidad, no obstante que el Sr. Meza ha sido absuelto de ella por sentencia judicial (2), la cual, sin embargo, no habla del delito que cometió in-

[1] Véase su Diccionario razonado de legislacion civil, penal, comercial y forense, artículo: *protesta*.

[1] Protestatio fit ne ab altero praejudicium juri suo fiat. C. 21 *de Sentent. et re judic.*

[2] Véase el documento núm. 19, que acompañó este funcionario al manifiesto que publicó, y de que tantas veces hemos hablado. Consta en el núm. 1704 del Monitor Republicano, correspondiente al dia 11 de Enero de 1850.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fringiendo el artículo 127 de la constitucion particular del Estado de Querétaro, en el acto de no haber querido publicar y circular un decreto reproducido por la legislatura, sino que califica esa renuencia de opinion política, en lo cual el poder judicial claramente demuestra que esquivó la cuestion, para poder salvar de ese modo al culpable. Y concediendo que efectivamente ese funcionario conceptuase de anti-constitucional el decreto que originó la cuestion, nada avanzamos, porque convenimos tambien en que por ella se dió un escándalo, que provino de que no supo aquel dirigir el negocio; pero como particular, quiso sostener su juicio, y revistiéndose del poder que tenia, infringió una ley que lo hace responsable sin disputa. Si el decreto reproducido era anti-constitucional, el Gobernador solo debió publicarlo, y remitirlo á las cámaras de la Union, en cumplimienro de la fraccion 9ª del artículo 161 de la Constitucion federal, abandonando á la legislatura á su propia responsabilidad y suerte; y estas lo hubieran derogado entónces, y el gobernador hubiera alcanzado un completo triunfo en sus ideas, que no hubieran comprometido su buena opinion y fama. El Congreso así hubiera procedido, como lo ha hecho otras veces. Lo que hemos dicho del decreto núm. 8 de la legislatura del Estado de Querétaro en cuanto á su reproduccion y no publicacion, es aplicable á todas las leyes de las legislaturas de todos los estados de la federacion mexicana, que se hallen en iguales circunstancias.

Sin embargo de que hemos juzgado con la circunspeccion que caracteriza á la justicia, la conducta oficial de los gobernadores del Estado de Querétaro, no desconocemos que tanto estos como todos los demás deben hallarse sumamente comprometidos. cuando una ley les manda que sancionen y publiquen las leyes y decretos que reproduzcan las legislaturas, no obstante las observaciones que hagan, tachándolos de anti-constitucionales. Su compromiso consiste en que esas legislaturas han de insistir en la realizacion de sus proyectos, y que con todo esto, la fraccion 4.ª del artículo 38 de la Constitucion federal, los amaga con una furibunda responsabilidad, si publican las leyes y decretos de las legislaturas de sus respectivos estados, y que la fraccion 3.ª del artículo 161 de esa misma constitucion, entre otras cosas, les impone la obligacion de guardar y hacer guardar la constitucion y leyes generales de la Union. Creemos que siempre incurrirán los gobernadores en uno de estos dos defectos, ó en una responsabilidad que proviene de que infringen las constituciones particulares de sus estados, porque no sancionan y publican las leyes que reproducen las legislaturas, ó incurren tambien en esa propia responsabilidad, porque atacan los artículos 38 y 161 de la carta fundamental de la República. Y ¿que se seguirá de aquí seguramente? La reproduccion indisputable de los escándalos que recientemente ha dado el Estado de Querétaro. Por lo mismo, hemos indicado ya que es necesario que el Congreso general corte semejantes abusos. Insistimos nuevamente en nuestra idea, porque creemos notar un gran vacío en

nuestra constitucion, que no ha previsto esa circunstancia, no obstante que la vemos ocurrir con gran frecuencia, y pensamos que ó se declara que los gobernadores tienen facultad para usar del veto absoluto en leyes que dictan las legislaturas, y que en su concepto son anti-constitucionales, aun cuando sean reproducidas, ó se deroga la fraccion 4.ª del artículo 38 de la constitucion. Este último extremo, seria un absurdo visiblemente, porque es muy peligroso sin duda el prurito de variar á cada momento los principales fundamentos de nuestra existencia política, y en cuanto al otro, seria tambien pernicioso, porque las legislaturas carecerian entónces del prestigio que deben tener, haciendo que se respeten sus determinaciones, por lo mismo que son subsistentes. Esto no puede conseguirse, si no están resguardadas con una garantía, que les asegure que sus decretos y leyes pueden permanecer por medio de su formal reproduccion. He aquí un pensamiento que puede ser útil, y digno de ocupar la atencion y sabiduría de las augustas cámaras de la Union. Conciliar, pues, los extremos, y buscar un arbitrio eficáz, para que los Congresos de los estados no puedan alterar la Constitucion general, y al mismo tiempo hacer, que las determinaciones legales de estos, sean respetables por su subsistencia, siempre que sean buenas, cumple al Congreso de la Union. Nosotros nos alegrarémos de que encuentre ese arbitrio, y de que la Constitucion de la República, quede tan intacta sin embargo como debe quedar, para que la Nacion, bien cimentada, pueda prosperar y ser dichosa.

La Compañía de Jesus ha sido siempre el objeto de vivas y fuertes cuestiones que han sostenido constantemente sus amigos y enemigos, y ha sido tambien la triste víctima de la arbitrariedad mas espantosa. Los Jesuitas en todos tiempos fueron calumniados, y arrojados de todas partes como criminales; pero sin formárseles causa, sin convencerlos de sus delitos, y sin permitirles que se defendieran, ha recaido sobre ellos una sentencia formidable. Los Soberanos y sus Ministros, revistiéndose del poder que han tenido, y abusando de él absolutamente, han querido desplegar todo su vigor contra la Compañía de Jesus, porque se han alentado contra ella en virtud de que los Jesuitas han opuesto á esa tenáz persecucion una docilidad tal, que puede calificarse de debilidad, ó sin valernos de una expresion tan ruin, que determina ideas humillantes para la Compañía, convenimos en que los Jesuitas lejos de defenderse, manifestaron la mas completa abnegacion cristiana de sí mismos. ¿Cómo, pues, podrán ser estos Religiosos unos perversos, cuando siguen la máxima de cumplir con los deberes que les impone su Instituto, y cuando observan como regla invariable no defenderse ni aun en el caso de ser atacados? ¿Qué violencias, qué ultrajes no han sufrido los Jesuitas en sus expulsiones por obedecer ciegamente las leyes y órdenes de los Soberanos á quienes aman y respetan? El político filósofo levanta enérgicamente la voz contra la arbitriariedad y el despotismo, siempre que la historia de los reyes pa-

sados presenta á su consideracion y reprension, hechos que condenan las leyes, la razon natural, y los miramientos que merecen los hombres constituidos en sociedad, para obligar indirectamente á los reyes contemporáneos á que se abstengan de cometer esas acciones perniciosas; esto es, el político filósofo se propone el doble objeto de hacer que el vicio sea aborrecido hasta en sus mas insignificantes menudencias, y que la virtud resplandezca perpetuamente, y sea amada con ternura. El político filósofo lanza con furor el mas terrible anatema sobre la cabeza de los Soberanos, de sus ministros y demás agentes, que han sacrificado á sus caprichos millares de víctimas. Se llena de una santa indignacion contra aquellas infames y execrables costumbres que introdujeron los tiranos de condenar á muerte á sus víctimas en la obscuridad de la noche, para encubrir mejor su venganza é infundir terror en el ánimo de sus desgraciados súbditos, ó de mandar al patíbulo á multitud de hombres, sin formárseles causa, ó aunque se les haya formado, sin observar en ella las formalidades del derecho. Y ahora preguntamos nosotros, si esa propia razon natural y esa justicia que hemos invocado ántes, y que en este momento volvemos á invocar, ¿podrá hacer disimulable por lo ménos que el político filósofo, que el abogado honrado y filantrópico deje de levantar tambien fuertemente la voz en favor de los Jesuitas, y procediendo con la conciencia cierta de que fueron sentenciados á una pena muy dura, sin haber siquiera sabido cual era el delito de que se les acusaba, para sufrir esa misma pena, y salvar las apariencias? Pues un deber que nos liga estrechamente en favor de la humanidad afligida, es la que nos obliga hoy á decir, que mientras que los Jesuitas no sean convencidos de algun delito por medio de una causa que se les forme, y cuyas constancias acrediten legalmente, que son delincuentes, debemos reputarlos inocentes. Lo son sin disputa, y nosotros vamos á probarlo brevemente.

El rey Cárlos III, expidió en el Pardo una pragmática sancion, datada en 2 de Abril de 1767, por la cual mandó, que fueran transportados los Jesuitas de su monarquía al estado eclesiástico, y ántes de promulgar aquella, el rey dió parte de su determinacion al Sumo Pontífice, por medio de una carta escrita tambien en el Pardo, en 31 de Marzo de 1767, en la cual le dice: "Santísimo Padre: V. Santidad „sabe perfectamente, que la principal obligacion de un Soberano, es „atender á la tranquilidad de sus estados, al honor de su corona, y á „la paz interior de sus vasallos. Para llenar esta obligacion, me he „visto en la urgente necesidad de expulsar prontamente de mis reinos „y posesiones, á todos los Jesuitas que en ellos se hallan establecidos, „y enviarlos al estado eclesiástico, bajo la inmediata, sábia y sana „direccion de V. Santidad, dignísimo padre y maestro de los fie„les (1)." Así se explicaba el rey de España, Cárlos III, y sus mis-

[1] Véase la coleccion de opúsculos *sobre materias interesantes en las circunstancias del dia*, formada por D. Manuel del Campo, Opusc. 9.° p. 37.

mas palabras están indicando la ligereza con que se explicó y procedió. Sabido es que el destierro es una pena, que llaman los juristas *corporis afflictiva*, "porque mortifican el cuerpo, dice Sala (1), ó le quitan la „libertad;" de consiguiente, cuando podamos fijar nuestras ideas en esta materia, no hemos de dejar de sorprendernos, notando que los Jesuitas han sido cruelmente castigados por delitos que no han cometido. Si consultamos la significacion de la palabra *pena*, adoptando la definicion que de ella da la ley 1.ª tit. 31. P. 7.ª, verémos desde luego que dice: *Pena es emienda de pecho o escarmiento que es dado segund ley á algunos por los yerros que fizieron.* Luego es claro y evidente, que no habiendo cometido algun yerro, alguna falta ó algun crímen, por el cual sus autores deban ser enmendados ó castigados, la ley no puede imponerles esa correccion, porque si seguimos consultándola, no podrémos ménos que convenir en que *los judgadores deuen mucho catar, ante que den la pena a los acusados, e escodriñar muy acuciosamente el yerro, sobre que la mandan dar, de manera, que sea ante bien prouado, e catando, en que guisa fue fecho el yerro: ca si el yerro fue fecho a sabiendas, deue se escarmentar, assi como mandan las leyes deste libro. E si auiniere por culpa de aquel que lo fizo, deue rescebir menor escarmiento: e si fuere por ocasion, non deue rescebir ninguna, segund diximos en el título de los omezillos, e en los otros que fablamos en esta setena partida.* Esta ley contenida en un código español, debió persuadir al Rey de España, que estaba introducida tambien como una garantía en favor de los Jesuitas, y al respetarla, habria atendido á la paz interior de éstos, que tambien eran sus vasallos. Por la ley que hemos citado, observamos que desde el año de 1263 ó 65, en que se formaron las siete partidas, ya se seguia substancialmente el principio que asienta que *ningun hombre será juzgado sino por leyes dadas y tribunales establecidos ántes del acto por el cual se le juzga.*

La historia de la expulsion de los Jesuitas, ya sea en España, ya sea en cualquiera otra parte del mundo, nos evidencía, que fueron víctimas miserables del despotismo y de la arbitrariedad. Pero para condenar, como es debido, una aberracion semejante, una tropelía tal como la que sufrieron los Jesuitas, basta examinar uno solo de los lugares de aquella, para fallar en comun é individualmente á esos reyes, que olvidaron su deber, por cuyos hechos la posteridad los juzga desfavorablemente, porque su juicio es consecuencia de la justicia. Entre otros muchos documentos que nos provee la historia, nos presenta la pragmática sancion que expidió Cárlos III, en el Pardo, á 2 de Abril de 1767. Ella contiene diez y nueve claúsulas ó artículos. Demasiado conocida es esa pragmática sancion, para que nos ocupemos de reproducirla íntegra en este lugar. Sin embargo, no podemos dejar de llamar la atencion de nuestros lectores sobre el segundo capítulo de esta famosa ley. Dice así: "Igualmente dará á entender (el consejo

[1] Ilustracion del Derecho Real de España, lib. 2.° tit. XXX, núm. 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

„real de quien habla) á los reverendos prelados diocesanos, ayunta-
„mientos, cabildos eclesiásticos y demás estamentos ó cuerpos políticos
„del reino, que en mi real persona, quedan reservados, los justos y gra-
„ves motivos, que á pesar mio han obligado mi real ánimo á esta ne-
„cesaria providencia: valiéndome únicamente de la económica potestad,
„sin proceder por otros medios, siguiendo en ello el impulso de mi
„real benignidad, como padre y protector de mis pueblos." La reser-
va de los motivos justos y graves que hizo el rey en su persona, des-
conceptúa y relaja desde luego la fuerza de la ley que dictó, y hace
que sea objeto de la crítica de los vasallos La reserva vino á herir
de muerte, no solo á los Jesuitas, que fueron su fin próximo, sino tam-
bien las esperanzas de los súbditos, que los ponia en el peligro de
ser gobernados por los caprichos del monarca, y por lo mismo pudo
éste condenar al patíbulo á algunos centenares de buenos españoles,
por causas que se reservaria en su real ánimo, siguiendo no obstante
los impulsos de su real benignidad, como padre y protector de sus pue-
blos, y si éstos se hubieran sublevado, exigiendo al monarca la razon
de sus procedimientos, ¿hubiera llevado al cabo esa misma reserva?
¿Acaso de ese modo se manifiesta la justicia que debe dominar en cual-
quiera ley? ¿Conocerán los súbditos por medio de la reserva, que el
Soberano es lo que debe ser, esto es, verdadero padre y protector de
sus pueblos, magnánimo, generoso, benéfico, apreciador de lo bueno y
castigador de lo malo? ¿Sin hacer conocer sus determinaciones co-
mo notoriamente buenas, podrá asemejarse á Dios de quien es imágen
en la tierra? ¿Cómo podrá, sin hacer demostracion de sus inten-
ciones y de los fundamentos en que se apoya, justificar la infraccion
de todas las leyes que constituyen la seguridad de sus súbditos, su
tranquilidad y su dicha?

A los delincuentes no puede ciertamente aplicarse una pena gran-
de y atroz por sí misma, procediendo gubernativamente. En España
vemos que existia vigente, en el año de 1767 y existirá aun quizá sin
degenerar de su observancia, la real cédula que expidió el Rey Fe-
lipe II en la Villa de Madrid, á 12 dias del mes de Julio de 1564, por
la cual mandó que en sus reinos se guarde, cumpla y ejecute todo lo
contenido en el Sacrosanto Concilio de Trento, y de consiguiente, si
los Jesuitas delinquieron de manera, que daban fundados celos á los
Reyes para tomar precauciones contra ellos, atendiendo á la tranqui-
lidad de sus estados, al honor de su corona y á la paz interior de sus
vasallos, debieron proceder con arreglo á lo que dispone el Cap. XIV
de la Sesion XXV del mismo Concilio, que dice: "El regular, no su-
„jeto á Obispo, que vive dentro de los claustros del monasterio, y
„fuera de ellos, delinquiere tan públicamente que cause escándalo al
„pueblo; sea castigado severamente á instancia del Obispo, dentro del
„término que éste señalare, por su superior, quien certificará al Obis-
„po del castigo que le haya impuesto; y á no hacerlo así, prívele su
„superior del empleo, y pueda el Obispo castigar al delincuen-

„te (1);" ó cuidando siempre de que se observase sin intermison el Cap.
VIII de la sesion de que hacemos referencia, sobre organizacion del
gobierno de los monasterios que no tienen visitadores regulares ordina-
rios, para que vigilasen con el objeto de que se dedicaran á la reforma
que tanto recomienda el Concilio. Procediendo de este modo, el rey
no hubiera destruido evidentemente una religion que tantos beneficios
dispensó y tantos servicios prestó á la corona de España principal-
mente, y de ese modo tambien, repetimos, se habria castigado sin du-
da alguna á todo delincuente, ó á toda la Compañía, si su conducta
estrechaba á las autoridades á que adoptaran semejante partido; pero
siempre hubiera existido entónces una causa que se les habria forma-
do, y cuyas constancias manifestarian visible y claramente en todas
épocas la culpabilidad de los Jesuitas, y la justicia é imparcialidad con
que habrian procedido los jueces. "Tienen las fórmulas, dice Mr. Ben-
jamin Constant, "una cierta calidad que impone y precisa sin remedio,
„y que obliga á los jueces á respetarse á sí mismos, y á seguir una
„marcha equitativa y regular. La horrorosa ley que en tiempo de Ro-
„bespierre declaró las pruebas supérfluas, y que suprimió las defensas,
„es un homenage hecho á las fórmulas; pues que demuestra, que cuan-
„do se modifican, mutilan, ó se violentan de algun modo por el genio
„de las facciones, mortifican siempre aun á los hombres mas inmorales,
„y á los que miran con indiferencia los escrúpulos de conciencia, y los
„respetos de la opinion (2)." La naturaleza misma de la supresion
de un Instituto, que singularmente ha llamado siempre la atencion
pública, debió obligar al rey Cárlos III á ser muy circunspecto, en
esta parte, á no dejarse dominar de su benignidad, siendo criminal la
comunidad, y á abstenerse de poner en ejercicio la económica potes-
tad, excluyendo absolutamente otros medios, porque como dice perfec-
tamente el publicista cuya autoridad hemos invocado: "No habrá uno
„que diga que puede distinguirse por signos exteriores é infalibles án-
„tes del juicio á los hombres inocentes y á los culpables, á los que
„deben gozar de las prerogativas de las fórmulas, y á los que deben
„ser privados de ellas: he aquí la razon porque estas son indispensa-
„bles; porque son el único medio para distinguir al inocente del cul-
„pable: por esto han reclamado todos los pueblos libres esta institucion.
„Sean imperfectas lo que se quiera las fórmulas, tienen siempre una
„facultad protectora, que no se les quita sino destruyéndolas; son ene-
„migos natos y adversarios inflexibles de la tiranía; y así mientras
„subsisten, los tribunales oponen á la arbitrariedad una resistencia
„mas ó ménos generosa, que sirve para contenerlas." Aun cuando las

[1] Regularis, non subditus Episcopo, qui intrà claustra monasterii degit, et extrà ea ita notoriè deliquerit, ut populo scandalo sit; Episcopo instante, à suo superiore intrà tempus, ab Episcopo praefigendum, severè puniatur; ac de punitione Episcopum certiorem faciat: sin minus, à suo superiore officio privetur, et delinquens ab Episcopo puniri possit. (Ibi, cap. et sess. cit.)

[2] Curso de política constitucional, Cap. 25.

miras políticas de los reyes ó sus innobles pasiones, los hubieran inducido á extinguir esta Compañía de Jesus, debieron inconcusamente sujetar á sus miembros á un juicio severo, para que depuraran su conducta en él, y se revistiera esa providencia con el aparato de la legalidad; pero nunca dejar percibir el efecto del mal humor, ó los arranques de un despotismo grosero é ignorante, pues esta es precisamente la inteligencia genuina que admite esa protesta que hizo, de que *se reservaba en su real persona los justos y graves motivos que lo habian obligado á dictar la medida á que nos contraemos.*

Mucho ménos malo hubiera sido que Cárlos III hubiera sujetado á los Jesuitas á la jurisdiccion de los tribunales seculares, para que los juzgaran, castigándolos si eran culpables, y absolviéndolos, resultando inocentes: este arbitrio no es inusitado, porque, como dice Hevia Bolaños (1): "El Clérigo conspirando contra el Rey, ó contra el Reyno, „excitando tumultos, y moviendo gente armada contra su persona, ó „estado, puede ser castigado por el Juez secular, sin que preceda ac„tual degradacion ni entrego hecho de él por el Eclesiástico; y así „se ha practicado en diversos reinos, como lo afirma y dice París de „Puteo, y lo trae Guillermo Benedicto, y dice ser comun Propósito." Y aunque el autor de la Curia Filípica abraza la opinion contraria, esto es, que ha de ser el Clérigo degradado, ó entregado primero por el Juez eclesiástico al secular, para que por él pueda ser castigado, nosotros nos desviamos de esta opinion por ahora, y queremos suponer por un momento, que la primera es la mas segura, para concluir, que entónces el Rey habria atendido por este medio á la tranquilidad de sus estados, al honor de su corona, y á la paz interior de sus vasallos, sin reservar en su real persona los justos y graves motivos que á pesar suyo, obligaron su real ánimo á expulsar á los Jesuitas. Indudablemente, ninguna causa existió para que pudiera el Rey poner en ejercicio el real celo que le animaba para atender al bien de sus pueblos, porque los habria indicado ligeramente, por lo ménos, y evitado así el real deshonor con que manchó su real reputacion, que lo hizo realmente culpable ante Dios y los hombres, por haberse dejado dominar tan brutalmente de sus reales caprichos y mezquinas é indomables pasiones.

Dejemos á un lado todo lo que pudiera considerarse como propio de un estilo burlesco y jocoso, y siguiendo nuestro carácter circunspecto y grave, digamos, que de todo lo que hemos expuesto hasta aquí, deducimos naturalmente, que el ejercicio de la potestad económica que usó el Rey Cárlos III, por no querer sino obedecer el impulso de su benignidad, fué un medio salvador únicamente, con el cual pudo sin dificultad dictar la providencia de expulsion contra los Jesuitas, que de otro modo habria sido quizá imposible. Si los Jesuitas eran culpables, un tribunal debió juzgarlos y sentenciarlos, condenándolos; pero en el juicio se habrian defendido, dando sus descargos.

(1) En su obra titulada "Curia Filípica," P. 3.ª §. 2.° núm. 23.

"Hay principalmente, dice Mr. L. Macarel (1) una regla de que no es „dable apartarse sin hollar todas las leyes de la justicia: tal es la de *oir „ántes de juzgar;* pues en verdad conforme á principio es que *nadie „puede ser condenado ántes que se le haya oido:* de cuyo principio di„mana la obligacion del juez de interrogar al delincuente, y de dejar„le toda la latitud deseable para que pueda defenderse tanto verbal„mente como por escrito. Porque hay tambien una máxima ya trivial „á puro repetirla: á saber, que *la defensa es de derecho natural.* Es„ta ley es verdadera en el órden físico, pues *es permitido oponer la „fuerza contra la fuerza,* y hasta el homicidio mismo cesa de ser un cri„men en la persona del que solo le ha cometido *cuerpo á cuerpo.* Asímis„mo lo es en el órden moral, pues el que se ve abrumado con el peso „de una acusacion, tiene el derecho de parar el golpe que le está ama„gando, resguardándose con los medios que le sugiere su inteligencia, „ó sea con la razon y el habla que nos ha dado la divina bondad para „aprender, enseñar, discutir, comunicar unos con otros, estrechar mas y „mas los lazos de la sociedad civil, y hacer reinar la justicia entre los „hombres. Esta ley de la *defensa natural* no admite excepcion, y per„tenece á todos los tiempos, á todos los paises, para todos los casos „y para todos los hombres." Si un delito que fuera trascendental á unos cuantos, hubiera manchado la acrisolada reputacion de los Jesuitas, de manera que su falta no hubiera sido sensible para la religion, el estado y las ciencias; si este delito no hubiera sido grave, y su fealdad fuera susceptible de ser conocida á poco que se examinase, entónces, sí, bien pudiera el Rey ejercer la económica potestad, porque su providencia servia para escarmentar prontamente al culpable, y satisfacer una verdadera falta que hubiese cometido; pero para imponer una pena tan fuerte como lo es sin duda alguna, el destierro ó el extrañamiento, debió preceder una sentencia, y para dictar ésta, era preciso el conocimiento del hecho que se consigue con la formacion de causa, ó lo que es lo mismo, con la substanciacion oportuna del juicio criminal.

Es cierto que este arbitrio habria hecho tardía la resolucion que el Rey quiso tomar violentamente; pero tambien lo es que no se hubiera desviado del camino que le prescribian las leyes. La expulsion seria necesaria si los Jesuitas eran verdaderamente culpables; mas esa expulsion debia considerarse como un medio subsidiario, cuya adopcion habia de haberse tomado, si despues de procurarse la correccion de estos Religiosos de todos modos, aparecian culpables é incorregibles: condenarlos, sin sujetarlos á un juicio rigoroso, préviamente, es un hecho que sirve para que resalte mas y mas su inocencia, y el despotismo con que se les trató. Recordemos que el marqués de Pombal, siquiera

(1) Curso completo de Derecho público general, Cap. III §. III, núm. 2 Art. X, que trata de *la libertad de defensa.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recabó un breve de reforma del Sr. Benedicto XIV, pretestando que los Jesuitas se habian desviado de sus primitivas reglas, y que este ministro, de acuerdo con el cardenal Saldanha, usó de la autorizacion pontificia, no obstante que abusó de ella, bien que procedió en la destruccion de la Compañía de Jesus con mayor legalidad que Cárlos III. Decir que una cosa se ha de hacer, porque debe hacerse sin dar otra razon, es usar de la fuerza, pero no convencer al entendimiento de la racionalidad del motivo que obliga á proceder de esta ó de la otra manera precisamente. La abnegacion con que los Jesuitas caminaron, la obediencia que prestan á las autoridades, y que siempre se han inculcado á sí mismos, y la ciencia cierta de que estos individuos habian de obedecer prontamente, y sin titubear, aseguraron incuestionablemente á Cárlos III la impunidad, digámoslo así, de sus torpezas, y el buen éxito de sus depravados deseos é intenciones. Si se hubiera tratado de atacar á otra clase de personas mas fuertes, y que hubieran causado verdadero recelo al monarca, entónces la pragmática sancion de 2 de Abril de 1767, no se habria expedido de manera que estuviera tan latamente concebida como lo está la que analizamos; no se habria reservado indudablemente el monarca en su real ánimo las causas que lo obligaron á pesar suyo, á desterrar á los Jesuitas. Concluyamos, pues, que el derecho de la fuerza fué el que obró en la expulsion de los Jesuitas, con agravio notorio de la razon natural, de las leyes y de la justicia.

La pragmática sancion á que nos contraemos, presenta pruebas irrefragables del ódio personal que profesaba el Rey á la Compañía de Jesus; ódio en que se sació á su sabor, como cualquiera conocerá leyendo todas ó algunas de sus claúsulas. Llamamos la atencion sobre la sesta, que dice: "Declaro que si algun Jesuita saliere del Esta-„do eclesiástico (adonde se remiten todos) ó diere justo motivo de re-„sentimiento á la corte con sus operaciones ó escritos, le ¡cesará la „pension que va asignada. Y aunque no debo presumir que el cuerpo „de la Compañía, faltando á las mas estrechas y superiores obligacio-„nes, intente ó permita, que algunos de sus individuos escriba contra „el respeto y sumision debida á mi resolucion, con título ó pretexto „de apologías ó defensorios dirigidos á perturbar la paz de mis reinos, „ó por medio de emisarios secretos conspire al mismo fin; en tal caso „no esperado *cesará la pension de todos ellos.*" Nadie puede permanecer sereno al leer esa claúsula sin estremecerse, y casi sin execrar la memoria de Cárlos III; porque este Rey inicuo y sacrílego, obró contra los sentimientos de la humanidad. Notamos de paso que á un esclavo ó á un perro, aunque se haya hecho criminal, se provee de lo necesario para mantener la vida, y los Jesuitas en esta vez han sido tratados mas cruelmente que un esclavo ó un perro. Las leyes han tenido consideracion á los delincuentes, y nada mas puede consultarse todo el tít. 24 Lib 4.° de la Recop., y se percibirá que los legisladores han sido siempre piadosos con los facinerosos, con los homicidas,

ladrones, jugadores, prostitutas, y toda clase de criminales: vemos, por ejemplo, que "el objeto de las cárceles, como dice Sala (1), es la „custodia de los presos, por lo que no se les debe molestar ni mortificar „en ellas, y al efecto se encarga eficázmente en las leyes su mejor „asistencia y alivio, y están mandados quitar los estrechos de las pri-„siones, y que estas queden con la comodidad y limpieza necesarias „á la conservacion de la salud. Efectivamente, si consultamos las leyes del título y libro ya citados, convendrémos en que los legisladores han usado de misericordia con los individuos á quienes reclaman el cadalso y el presidio.

La ley 3.ª dispone, que los Alcaides hagan barrer las cárceles, y todos los aposentos de ellas, dos dias cada semana, y tengan provistas á las mismas de agua limpia del rio, ó fuente, para que los presos tengan (son sus palabras) cumplimiento de ellas para beber: que asímismo tengan encendida la lámpara que está en la cárcel, cada noche como se acostumbra, y debe hacer: "y que por razon de lo susodicho, „continúa, no lleven ni pidan á los presos el maravedí, que se ha ten-„tado pedir, y llevar, ni otra cosa alguna, agora sean pobres ó no." Esa ley prohibe igualmente, que los Alcaides compren con las limosnas que se dieren á los pobres presos, cera para las misas que se dicen en las cárceles, ni aceite para la lámpara; sino que solamente se gasten en el mantenimiento y provision de las cosas necesarias para los presos; ni que reciban dinero por el agua al tiempo de la soltura ó ántes; ni que lleven derechos de carcelage, sino cuando les sea mandado, sopena de devolverlos con el cuatrotanto. Tambien previene, que los Alcaides tengan un libro en que se asiente diariamente lo que lleva de limosna el demandador que pide para los pobres, y todo lo que mandaren dar para ellos el Presidente, Oidores, Alcaldes, ó cualesquiera otras personas; poniéndose el dia, mes y año que se recibe, para que se sepa lo que hay, y haya cuenta, sopena de pagar seis reales, por cada vez que dejaren de hacer sus asientos, para los pobres: que cuiden de mandar construir una caja tan grande como una cuarta de vara, en largo, y de ancho tal, que quepa por la reja, para que se coloque en ella, colgada, con el objeto de recoger las limosnas: que por las noches abran esa caja los Alcaides, y asienten en su libro lo que en ella encontraren; teniendo cuidado de dar de comer á los pobres y repartírselas: que los panes y molletes se entreguen á éstos como los reciben aquellos, y que guarden lo que sobra, distribuyéndolo todo segun la necesidad de cada uno: que del dinero que haya, den á cada preso diariamente dos maravedís para vino, ya sea en vino, ya sea en numerario, comprándoles viandas para que cenen, tasando á cada uno de ellos dos maravedís, sin incluir el vino. Respecto de las camas, dispone la ley, que se haga inventario de la ropa que hay, y se lave y limpie á su tiempo, viéndolo los procuradores de los po-

(1) En su Ilustracion del Derecho Real de España, Lib. II Tit. XXXI, núm. 3.

bres: que visiten el último sábado de cada mes por una vez, y enseñen á los visitadores el inventario de la ropa, diciendo lo que hayan recibido de mas, y lo que se ha consumido, para que nada pueda ocultarse, y se pueda tener mas cuidado para remediar lo que faltare.

La ley 4.ª manda, que todas las ocasiones que los Alcaides no pongan aranceles en los parages convenientes, paguen cinco reales, que han de aplicarse á los pobres de la cárcel.

La 5.ª, que los Alcaides no apremien á los presos, ni los suelten, ni alivien su prision mas de lo que deben, ni consientan, que á los de nueva entrada, se perjudique ó deshonre, por los otros presos, ú otras personas, aunque sea en tono de burla; pues el Alcaide que lo permite ó mandare hacer, es privado de su oficio; y cada preso que así obrare paga un real para los pobres de la misma cárcel.

Ultimamente, la ley 6.ª manda, que las comidas que llevaren á los presos, no las detengan los Alcaides, sino que las metan, y las den luego sin dilacion, sin llevar derechos de carcelage á los muchachos que prendieren, pues la aprehension es solo para amedrentarlos: que tampoco lleven derechos á los pobres; y que los Jueces hagan que se sigan las causas de los pobres, que los letrados y procuradores de los pobres, les ayuden con toda diligencia; y que haya camas para ellos.

Las mismas leyes nos demuestran claramente, que los presos, no obstante que son delincuentes, y que algunos de ellos pueden ser calificados de *famosos*, son respetados y socorridos, porque siempre se ha querido que sobrelleven, con las menores molestias posibles, las desgracias que se atrajeron sobre sí. Pero entre los Jesuitas vemos, que ni siquiera la suerte de los verdaderos criminales puede tocarles, porque una ley injusta y bárbara los hizo de peor condicion, pues por el mismo hecho de causar algun resentimiento á la córte con sus procedimientos ó escritos, ó por el de defender su Instituto, ó permitir que algunos lo defendiesen, y hablar contra el respeto y sumision debida á la real resolucion, todos debian perder la pension que les asignaba el Rey. Este los calificó desde entónces como co-reos. Y en vista de esto, ¿todavia diria ese Rey que no procedia de otro modo contra los Jesuitas por seguir el impulso de su real benignidad? ¡Ah! No ciertamente. Los reyes y sus ministros han abusado escandalosamente en todos tiempos, del candor de sus pueblos. Confesamos nuestra ignorancia; pero no podemos comprender cómo es posible que el delito ó la falta que comete un individuo, pueda justificar, que se castigue á cincuenta. Y este absurdo y este delirio, solo puede contenerse ciertamente en la real cabeza de su augusto autor, pero nosotros que procuramos entender todo lo que puede ser objeto de la inteligencia humana, quedamos llenos de dudas y de dificultades, que no podemos absolver ni vencer. Nosotros que hemos procurado hacer una buena interpretacion doctrinal de esa pragmática sancion, opinamos que no debe subsistir hoy, ni jamás debió dársele asenso, porque es una ley impolítica y contra las buenas costumbres. Adverti-

mos que la pension que se señaló á los Jesuitas, no fué una carga para el Erario, de cuyos caudales tenia obligacion de cuidar el Rey, sino que era una imposicion que afectaba fondos particulares. Como nosotros hemos querido desviarnos de nuestras mismas luces en esta materia, y solo presentar documentos fehacientes, y de una autoridad irrecusable, declaramos que el aserto ó principio que próximamente establecimos, se halla consignado en el artículo 3.° de la famosa pragmática sancion que nos ocupa. Dice así: "Declaro (habla el „Rey) que en la ocupacion de temporalidades de la Compañía, se „comprenden sus bienes y efectos; así muebles como raices y rentas „eclesiásticas, que legítimamente posean en el reino, sin perjuicio de „sus cargas, mente de los fundadores, y alimentos vitalicios de los in„dividuos, que serán de cien pesos, durante su vida, á los sacerdotes, „y noventa á los legos, pagaderos de la masa general que se forme de „los bienes de la Compañía." Esto supuesto, el Rey no gravó las rentas de su Erario con nuevos pagos, sino que como se constituyó supremo administrador de los bienes de la Compañía, señaló á cada uno de sus individuos la cóngrua con que podian atender á su subsistencia. Cuidemos, pues, de fijar nuestras ideas, y por lo mismo, decimos, que por virtud de esa administracion, los bienes de los Jesuitas, segun la ley, debieron aplicarse al sustento de los mismos, sin privarlos jamás de ellos, por graves que fueran las razones que obligaran á dictar esa medida, porque en esa privacion se atacaba una propiedad, como que un principio sapientísimo de derecho, dice *lo que es mio no puede serlo mas* (1). El Rey, por consiguiente, no pudo barrenar los principios fundamentales que en aquellos tiempos como en estos, debieron apoyar toda la legislacion de su monarquía, porque al barrenarlos, inconcusamente canonizaba un robo, y minaba así todos los cimientos del edificio social, en el cual el respeto al honor de los súbditos, á su vida y á sus propiedades, debe ser un axioma político: lo es realmente, y lo ha sido siempre: los clérigos seculares y regulares, como hijos del pais, deben necesariamente gozar de todas las garantías que disfrutan sus conciudadanos; pero advertimos, que la pragmática sancion que analizamos, no puede subsistir, porque al establecer, que los Jesuitas todos perderian sus pensiones en los casos que ántes hemos señalado, vemos que esa ley carece de la circunstancia de *honestidad* que debió caracterizarla, pues los caractéres de la ley son: *que sea justa, honesta, posible, no contraria á la naturaleza, conforme á las costumbres, conveniente al lugar y tiempo, útil, clara y dirigida no al bien privado, sino á la utilidad comun de los ciudadanos* (2).

(1) Quod est meum ampliùs meum fieri nequit. *L.* 3 §. 4 ff. *de Acquirend posses.*

(2) Lex debet esse justa, honesta, possibilis, secundum naturam, secundum Patriae consuetudinem, loco, temporique conveniens, utilis, manifesta, nullo privato commodo, sed pro communi civium utilitate conscripta. C. 2. D. 4.

Esta ley no es, pues, justa, ni honesta, ni posible, y es además contraria á la naturaleza. *No es justa*, porque contiene una expoliacion, supuesto que la ley misma aseguró á los Jesuitas su subsistencia que se atenderia de la masa general que se formara de los bienes de la Compañía, y es atentatoria contra la propiedad; de consiguiente, empeora la condicion de éstos Religiosos, cuando es sabido, que *cualquiera puede mejorar, pero no empeorar la condicion de otro* (1). *No es honesta*, porque envuelve en sí condiciones que reprueban las demás leyes como contrarias á la buena moral y á la decencia, porque permite un robo substancialmente, porque contiene cosas que en sí no son buenas, ni decentes, ni permitidas, ni honrosas; y últimamente, porque los Jesuitas por medio de esa expoliacion que debian sufrir en su caso, estaban condenados á resignarse con la muerte inevitable provenida de la inanicion, y esta pena es enteramente desconocida en la legislacion española. *Es imposible*, porque se contradice, en razon de que se constituyó un derecho á favor de los Jesuitas en la asignacion de las pensiones, que no pudo interpretarse en su contra, y porque la condicion que se les impuso para no perderlas, era independiente de su voluntad, pues aun suponiendo que vigilasen muy escrupulosamente en lo económico, para cumplir con la claúsula 6.ª de la pragmática, ellos no podian asegurar, que sus admiradores, opinasen como mejor les agradara, sobre la real resolucion. Los Jesuitas por otra parte, dieron pruebas irrefragables de que respetaban á las autoridades, y este conocimiento, aseguraba la pronta obediencia que prestarian á la claúsula 6.ª Finalmente, *es contraria á la naturaleza*, porque ¿qué otra cosa es una ley que no es justa, ni honesta, ni posible, ni conveniente al lugar y tiempo, ni conforme á las costumbres? Es, pues, claro, que tambien es contra la naturaleza, porque, como ántes dijimos, á un perro ó á un esclavo, por mas delincuentes que sean, se dá un pedazo de pan, para que maten el hambre que los aqueja. Los verdaderos criminales, ya hemos visto, que son objetos de la conmiseracion, y que las leyes mandan que en las cárceles coman, beban, se vistan, y sean atendidos lo mejor posible; pero los Jesuitas fueron tratados peor que los galeotes.

Es, en verdad, una cosa bien dura, que el Rey hubiera impuesto en esta claúsula el mas profundo silencio á los Jesuitas, como que no les permitió ni siquiera el triste consuelo de desahogarse con sus amigos, ó escribir sus memorias. El despotismo siempre es cobarde, y las mayores precauciones nunca son bastantes para sosegarlo. Volvamos á los criminales: á estos se permite, que giman porque se ven reducidos á prision, que hablen de sus desgracias, que se aconsejen de personas que puedan salvarlos, que busquen un arbitrio eficáz para que se substraigan del rigor de las leyes, á que se hicieron acreedores por sus maldades; pero á los Jesuitas se negó hasta el placer de quejarse con los suyos, deplorando sus sufrimientos y sus angustias. Lo mas natural es, que veamos á los hombres que han caido en desgracia escribir sus cuitas, refrescar las ideas de lo bello y agradable, para hacer hasta cierto punto soportables sus padecimientos, y resignarse con ellos, comunicar sus ideas, vindicar su conducta, demostrar su inocencia y mitigar su dolor, ó aliviar sus padecimientos con una diversion honesta.... Pero ¿los Jesuitas? Esos nó: nacieron para obedecer, sufrir, callar y morir de hambre.... ¡Tiemblen los gobiernos de imitar el despotismo del de Cárlos III, porque los remordimientos de conciencia los reducirán á cenizas, y sus súbditos los aborrecerán, sublevándose contra ellos, y castigando su tiranía!

(1) Quilibet potest alterius conditionem meliorem, non deteriorem facere. L. 29. ff. *de Negot. gest.*

Prosigamos el exámen de la famosa pragmática. No solo prohibió Cárlos III que los Jesuitas escribieran defensorios ó apologías de su Instituto: llevó mas adelante su despotismo, porque en la claúsula 15.ª mandó, que: "Todo el que mantuviere correspondencia con „los Jesuitas, por prohibirse general y absolutamente, será castigado „á proporcion de su pena." No tildamos de déspota y arbitraria esta disposicion, por un prurito de condenarla, en atencion á que no conviene con nuestras ideas, sino que de buena fé juzgamos que por poco que se examine, es preciso notar, que la interrupcion general y absoluta de la correspondencia, es de todo punto imposible, porque hacemos esta sencilla pregunta, ¿el Rey podrá combatir la naturaleza ó sus sentimientos, por medio de una ley que no ha sido bien meditada? Respondemos que nó. Pues esa misma naturaleza nos obliga instintivamente á respetar y compadecer la desgracia de nuestros semejantes. El Jesuita desterrado, necesariamente deja en el pais de donde sale, á sus padres ó hermanos, ó á cualesquiera otros parientes, y si bien es expatriado por un decreto infame, el Jesuita no puede destruir ese parentezco, ni renunciar á los afectos que él infunde, y que son irresistibles. ¿Qué hubiera hecho Cárlos III si por consecuencia de una revolucion, hubiera sido destronado y separado de su familia, por órden de los vencedores? Es cierto que hubiera experimentado todo el peso de la desgracia que hizo sentir al Jesuita, empeorando su condicion. La ausencia de una persona amada, como lo seria éste para sus parientes, es un mal por sí sola, que únicamente se alivia con esa misma correspondencia que impidió la pragmática sancion. Por otra parte, cuando una ley es tan arbitraria y déspota como ésta, los súbditos necesariamente se hacen cavilosos, y desde que existe aquella, éstos puramente se dedican á excoger un arbitrio para burlarla con seguridad, y substraerse á las malas consecuencias que puede acarrear la desobediencia. Entónces los vasallos comienzan por no cumplir una ley que consideran perniciosa, y habituándose precisamente á menospreciar los mandatos de las autoridades, es natural que con el tiempo reine la anarquía, y al órden y felicidad del público, suceda la confusion, el desórden, el caos; porque se relajan los

resortes de la obediencia, y las leyes en tales casos no son mas que unos papeles sucios é inservibles. Córtese la correspondencia, y las relaciones que se sostienen por este medio, desaparecen con detrimento aun de la pública tranquilidad y de la literatura. En efecto, muchas personas cambian sus producciones, sus conocimientos de esa manera, y si los lectores recuerdan lo que hemos dicho mas arriba, de que los Jesuitas escribian obras elementales para la instruccion de sus alumnos, convendrán en que probablemente sola esta clase de relaciones, dominaria en las correspondencias que sostenian con sus amigos. Seguramente que ese cambio de conocimientos, ó esas correspondencias literarias, de ninguna suerte pueden perjudicar los intereses nacionales ó los que competen á los reyes. Demasiado conocida es la decision con que los Jesuitas respetan y hacen respetar á las autoridades, y esta decision debia persuadir al Rey de que sus providencias serian debidamente obedecidas. Entre los Jesuitas, se observa la máxima de no defenderse, aun cuando sean atacados: esta máxima ha resplandecido siempre en todas épocas. Cuando en el año de 1820, suprimieron nuevamente las córtes españolas la Compañía de Jesus, restablecida en España y América por decreto de 4 de Setiembre de 1815, la efervescencia que se mostró en contra de la supresion, no tocó absolutamente á los Jesuitas, pues lejos de tomar parte en la polémica que se suscitó en aquel tiempo, estos se opusieron cuanto les era posible á que se imprimiera cosa alguna en su favor, no obstante que en nuestro pais ya se gozaba de la libertad de imprenta, conforme al artículo 371 de la Constitucion española que lo regia, y no solo aguardaban tranquilamente el resultado de aquel decreto, sino que el Padre Provincial Pedro Canton ofició á las autoridades civil y eclesiástica, manifestándoles su rendida obediencia y entera sumision á las disposiciones de la autoridad, sin que por su parte se opusiera resistencia alguna (1). Bajo este concepto, si los Jesuitas han procedido en todo tiempo y con la mayor constancia, de la manera que acabamos de exponer, claro es, que no debió el Rey Cárlos III prohibir esa correspondencia, que jamás podia ser dañosa, porque los mismos Jesuitas habrian evitado incuestionablemente tratar de la bondad ó maldad de la pragmática sancion, ni de aquello que pudiera infundirles escrúpulo de menoscabar el respeto á las autoridades de que hacen tanto alarde. Sin obstruir esa correspondencia, bien pudo confiar el Rey en la probidad de estos Religiosos, y no impedir, que se comunicasen con sus familias, ni que ellas tuviesen sin embargo ese pequeño consuelo.

El Rey prohibió tambien que nadie escribiera, declarara ó conmoviera con pretexto de sus providencias en pro ni en contra de

(1) Véase el cuaderno titulado: "Los Jesuitas en México, ó Memorias para servir á la Historia del Restablecimiento, Destruccion y otros sucesos relativos á la Compañía de Jesus, en la República Mexicana, desde 1816 hasta la fecha," pág. 34.

ellas: impuso silencio en esta materia á todos sus vasallos, so pena de ser castigados como reos de lesa magestad: que para apartar alteraciones ó malas inteligencias entre los particulares, *á quienes no incumbe juzgar ni interpretar las órdenes del Soberano*, mandaba expresamente, que nadie escribiese, imprimiera ni espendiese papeles ú obras concernientes á la expulsion de los Jesuitas de sus dominios, no teniendo especial licencia del gobierno, é inhibió al juez de imprenta ó á sus subdelagados, y á todas las justicias de sus reinos, de conceder reales permisos ó licencias, por deber correr todo esto bajo las órdenes del presidente y ministros de su consejo, con noticia del fiscal; y últimamente, encargó á los reverendos obispos diocesanos, y á los superiores de las órdenes regulares, no permitiesen á sus súbditos, escribir, imprimir, ni declarar sobre este asunto, pues entónces serian responsables de la no esperada infraccion de parte de cualquiera de ellos: todo, para no atraerse los efectos de su real desagrado. Tal es el contenido de los artículos 16, 17 y 18 de la pragmática sancion. Ella provoca muchas observaciones, pues la arbitrariedad por todas partes se halla perfectamente pronunciada, ya sea porque en el artículo 15 no señala exacta y categóricamente la pena que debe aplicarse al que mantenga correspondencia con los Jesuitas, y ya porque en el 16, son castigados como reos de lesa magestad, los que no se arreglan á sus disposiciones. Las penas arbitrarias son siempre peligrosas, porque en la aplicacion, es evidente, que el castigo no corresponde muchas veces al delito que se comete, y de consiguiente, se incurre en injusticia notoria, en crueldad ó en despotismo, y la administracion de aquella, precisamente se resiente de la parcialidad de los jueces, ó del influjo de las pasiones. La pena, por tanto, debe observar una graduacion oportuna, para que sea proporcionada al delito, y pueda lograrse eficázmente el doble objeto que tiene; pero no para endurecer el carácter de los súbditos, y hacerlos indiferentes al rigor ó á la impunidad, porque ámbos extremos son igualmente perniciosos, y un mismo interés obliga á impedir uno y otro, pues cualquiera de ellos trae consecuencias sumamente funestas. El objeto de las penas se explica por dos razones, segun la ley 1.ª tit. 31. P. 7.ª "La una es, dice la misma, porque resciban (los hombres) escarmiento „de los yerros que fizieron. La otra es, porque todos los que lo oye„ren e vieren, tomen exemplo, e apercibimiento para guardarse que „non yerren, por miedo de las penas." Pero no solo tienen ese noble objeto las penas en España: en todas partes del universo reconocen ese doble fin. Hablando sobre esta materia el marqués de Beccaria (1), dice: "El fin, pues, no es otro, que impedir al reo causar „nuevos daños á sus ciudadanos, y retraer los demás de la comision „de otros iguales." Es de todo punto necesario que las penas surtan precisamente estos dos efectos, para que se conserve siempre en todo

(1) Tratado de los delitos y de las penas, Cap. 12. p. 45.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su vigor y fuerza, la moral y la felicidad del pais, y jamás se desprestigen. Guiado de este pensamiento, todo juez imparcial y recto, debe observar la mas completa regulacion entre la pena y el delito, porque como observa el mismo Beccaria en el lugar que hemos citado, "deberán ser excogidas aquellas penas, y aquel método de imponerlas, „que guardada la proporcion, hagan una impresion mas eficáz y mas „durable sobre los ánimos de los hombres, y la ménos dolorosa sobre „el cuerpo del reo;" ó como expone en otra parte: "Si el placer y el „dolor son los motores de los entes sensibles: si entre los motivos „que impelen los hombres aun á las mas sublimes operaciones fueron „destinados por el invisible Legislador el premio y la pena; de la no „exacta distribucion de estas nacerá aquella contradiccion (tanto mé„nos observada, cuanto mas comun) que las penas castiguen los deli„tos de que han sido causa. Si se destina una pena igual á dos deli„tos, que ofenden desigualmente la sociedad, los hombres no encon„trarán un estorbo muy fuerte para cometer el mayor, cuando hallen „en él unida mayor ventaja (1)."

Son, pues, incontrovertibles los fundamentos en que nos hemos apoyado para juzgar severamente en esta parte como en todos sus capítulos la pragmática sancion; y por los mismos aparece con la mayor claridad, que es muy monstruoso el acto, en virtud del cual el Rey quiso calificar como reos de lesa magestad á los vasallos que infringieran los artículos que mencionamos. Examínese, en comprobacion de esta verdad, la definicion del delito de *lesa magestad*, y consúltense las determinaciones que han dado las leyes sobre él; no podrémos ménos que convenir en que Cárlos III obraba con una especie de furor contra los Jesuitas; siendo muy notable por otra parte que dijera que *á los particulares no incumbe juzgar ni interpretar las órdenes del Soberano*, porque basta la razon natural, para persuadirse de que esa regla hasta cierto punto es verdadera, pero bajo otro aspecto tiene sus restricciones: las mismas leyes españolas, nos están indicando la equivocacion en que incurrió el Rey, porque conceden á los vasallos que por medio de las corporaciones que se han creado para impedir las reacciones, representen sumisamente contra la injusticia de una ley, y la obedezcan, pero no la cumplan. Así es como debemos resolver esta cuestion, retrotrayéndonos al tiempo en quo se expidió la pragmática sancion que analizamos, supuesto que entónces no existia la libertad de imprenta, que es el conservador de las instituciones políticas, y el medio mas eficáz de contener á las autoridades en el círculo de sus deberes. La ley 4.ª tit. 9.º Lib. 4.º de la Novis. Recop., que habla de la libertad del Consejo para representar al Rey, y replicar á sus resoluciones lo conveniente y necesario, dice entre otras cosas: "he querido renovar esta órden, y encar„garle de nuevo, como lo hago, vigile y trabaje con toda la mayor

(1) Ibi, Cap. 6.º p. 25.

„aplicacion posible al cumplimiento de esta obligacion; en inteligen„cia de que mi voluntad es, que en adelante no solo me represente lo „que juzgare conveniente y necesario para su logro con entera liber„tad cristiana, sin detenerse en motivo alguno por respeto humano, „sino que tambien replique á mis resoluciones, siempre que juzgare, „por no haberlas tomado yo con entero conocimiento, contravienen á „cualquiara cosa que sea: protestando delante de Dios no ser mi „ánimo emplear la autoridad, que ha sido servido depositar en mí, si„no para el fin que me la ha concedido: y que yo descargo delante „de su Divina Magestad sobre mis Ministros todo lo que ejecutare en „contravencion de lo que les acuerdo y repito por este decreto, no „pudiéndome tener por dichoso, si mis vasallos no lo fueren debajo „de mi Gobierno." Otra ley, que dió el mismo Cárlos III, y es la 12.ª tit. 4.º Lib. 3.º de la Novis. Recop., entiende que el Consejo podia suspender el cumplimiento de las leyes, pues solo le manda que en tal caso se lo exponga, con manifestacion de los motivos que causasen la suspension. Otra ley anterior, que es la 4.ª del título y libro que últimamente citamos, dice con estas terminantes palabras: "Muchas veces por importunidad de los que nos piden algunas cartas, „mandamos dar algunas cartas contra Derecho: y porque nuestra vo„luntad es, que la nuestra justicia florezca, y aquella no sea contrariada, „establecemos, que si en nuestras cartas mandáremos algunas cosas en „perjuicio de partes, que sean contra ley, ó fuero ó Derecho, que la „tal carta sea obedecida y no cumplida." En suma, si no queremos limitarnos á los ejemplos que hemos producido, sino que deseamos consultar todavia las demás leyes que hablan en este sentido, veré„mos, que á los particulares sí incumbe juzgar é interpretar las órdenes del Soberano, aun cuando creyéramos erronéamente, que á su liberalidad debiamos semejante prerrogativa.

Hemos sentado el principio de que Cárlos III, Rey de España cometió una monstruosidad calificando como reos de lesa magestad á los infractores de los artículos que hemos citado ántes de la pragmática sancion de 2 de Abril de 1767, y deseamos hacer notar semejante absurdo por medio del exámen de la naturaleza del delito que origina la calificacion, y de las prevenciones que establecen las leyes con este motivo. He aquí como define Escriche (1) el delito de que nos ocupamos. "El crímen de lesa magestad humana, asienta, es el atentado cometido contra el Soberano ó contra el Estado. Comete este crímen: 1.º el que procura matar, herir ó prender al Rey, ó bien deshonrarle haciéndole agravio con la reina su muger ó con su hija no casada; todo lo cual se extiende al príncipe heredero:—2.º el que se pone de parte de los enemigos con obras, consejos ó avisos, para hacer daño al Rey ó al reino:—3.º el que intenta de hecho ó

(1) Véase su Diccionario razonado de legislacion civil, penal, comercial y forense, artículo: *Lesa magestad*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de consejo que alguna tierra ó gente se alze ó deje de obedecer al Rey:—4.° el que impidiere por obra ó consejo que otro Rey se le someta, dándole párias ó tributos:—5.° el que teniendo por el Rey alguna villa ó fortaleza, se alza con ella, ó la dá á sus enemigos, ó la pierde por su culpa ó engaño:—6.° el que teniendo ciudad, villa ó castillo del Rey, no lo restituye pidiéndoselo, ó lo pierde por no defenderlo hasta morir, por no abastecerlo de lo necesario, ó por no hacer cuanto debia para su defensa.—7.° el que desampara al Rey en la batalla, se pasa á los enemigos, se retira del ejército sin su órden ántes del tiempo que debia servir, ó descubre sus secretos á los enemigos:—8.° el que suscita sedicion ó levantamiento en el reino, haciendo *juras ó cofradías de caballeros ó de villas contra el Rey* con perjuicio de éste ó del reino:—9.° el que puebla castillo viejo del Rey, ó dá peña brava sin mandato de aquel, para hacerle deservicio ó guerra ó daño al Estado:—10.° el que quebranta el seguro dado por el Rey á alguna persona, tierra ó lugar, matando, hiriendo ó deshonrando:—11.° el que mata ó hace huir del reino los rehenes dados al Rey:—12.° el que suelta al acusado de traicion, ó le provee de lo necesario para que se vaya:—13.° el que mata á algun adelantado mayor, consejero, caballero destinado á guardar la persona del Rey, ó juez de su córte:—14.° el adelantado ú otro oficial mayor que rebelde no deja el oficio ó fortalezas, ni quiere recibir al sucesor que se le ha nombrado:—15.° el que quiebra, hiere ó derriba con malicia alguna estatua ó imágen del Rey puesta en algun lugar en honor suyo:—16.° el que hace moneda falsa ó falsifica los sellos del Rey."

El que atentamente haya leido la definicion del delito de *lesa magestad*, y el que haya entendido medianamente los diversos modos con que se comete, no dejara de sentirse atrojado para descubrir cual fué la intencion del Rey, de manera que pueda fácilmente explicar en qué casos hizo comprender semejante delito, imputándolo á los que escribieran, declararan ó conmovieran con pretexto de sus providencias en pro ni en contra de ellas: cualquiera, pues, convendrá en que hizo una calificacion sumamente violenta; que por lo mismo es precipitada y mala. Ni se diga que temia una sublevacion de sus estados, porque la expulsion de los Jesuitas, aunque universalmente sentida, se ha hecho siempre de una manera pacífica, como lo atestigua la historia, y su restauracion en todas épocas produjo una grande alegría, aunque es bien cierto, que los Jesuitas jamás han ocasionado que se derrame sangre en guerras crueles y destructoras. La experiencia así lo ha demostrado constantemente; por lo cual, los soberanos deben persuadirse de que los Jesuitas no han atacado á los reyes, ni han conmovido los reinos; ántes bien, prescindieron siempre del influjo poderoso que ejercieran con los pueblos, haciendo triunfar el imperio de las leyes, por mas inicuas que ellas hayan sido. Confesamos sencilla é ingenuamente nuestra ignorancia; pero repetimos

que no podemos comprender cual es el delito de lesa magestad, que cometieran los individuos que contraviniesen á las órdenes del Soberano en esta parte. Cuando mas convenimos en que al infringirlas, se cometeria un delito comun, que debia ser castigado por medio de las leyes restrictivas tambien comunes. Sería un absurdo ciertamente calificar como *crimen de lesa magestad* toda infraccion que sufrieran las órdenes ó leyes de los soberanos.

Mas palpable se hace todavia la monstruosidad que estamos explicando, cuando recordamos las disposiciones de las leyes sobre esta materia, y las comparamos con la que nos ocupa, pues los delitos de lesa magestad humana, como refiere Escriche en el lugar que consultamos, son de primero y segundo órden: son de primer órden los que se cometen contra la persona del Soberano, ó contra el bien comun de la tierra, y se llaman de *traicion:* son de segundo órden todos los demás. Los delitos de *traicion*, á pesar de la diferencia de su gravedad, se castigan indistintamente por las leyes de Partida con la pena capital, con la confiscacion de todos los bienes desde el dia que se empezaron á cometer, y con la infamia perpetua de todos los hijos varones, que quedan inhábiles para heredar y percibir mandas de parientes ó extraños, aunque las hijas podrán tomar hasta la cuarta parte de los bienes de sus madres. Las penas de la traicion alcanzan á los que diesen ayuda ó consejo.—En estos delitos puede el reo ser acusado aun despues de su muerte, y se admiten como acusadores y testigos los que no se tienen por fidedignos en otras causas de menor importancia. El que acoge en su casa al traidor sabiendo que lo era, y le tiene tres dias en ella, debe entregarle teniéndole en su casa; y si no lo hace, pierde la mitad de sus bienes, aplicada por terceras partes al juez, acusador y fisco.—Si alguna persona que hubiese tratado con otras de cometer alguna traicion, la descubre ántes de hacerse juramento sobre tal convenio, es perdonado y aun premiado; pero si la delata despues de jurada y ántes de ejecutada, habrá el perdon, mas no el premio.

Véase, pues, la injusticia con que procedió el Rey de España al hacer su declaracion, y al decretar penas, con ocasion de un Instituto, á quien la España debió en otro tiempo todo su esplendor; estas penas son muy duras, porque atacan á unos hombres inermes como los Jesuitas, pero ellas prueban la injusticia que sufrieron estos Religiosos, tan respetables por sus luces, sus talentos, y los importantes servicios que constantemente hicieron á la religion y al estado. El Rey, sin disputa, cebando su furor contra los Jesuitas, conculcó todos los principios de la legislacion española, é hirió de muerte las garantías individuales de los súbditos, impidiéndoles aun, que sumisamente represantaran condenando una injusticia, exigiendo una reparacion, y manifestando sus proyectos, que podian influir muy eficázmente en el engrandecimiento del reino. Creemos, pues, que el mejor modo de explicar nuestra opinion en este punto, es decir con

Escriche; "Estas son las disposiciones de las leyes con respecto al „crímen de lesa magestad; mas como no todos los modos de cometer„le que aquellas señalan, tienen el mismo grado de gravedad, pues „aunque todos son dañosos al estado, no todos tienden inmediatamen„te á destruirle, los tribunales han de ser muy circunspectos así en la „calificacion de tales delitos, como en el exámen de las pruebas, y „en la aplicacion de las penas, debiendo acomodarse en cualquiera „caso á los tiempos y á los lugares. ¿Es posible que los que atentan „contra un juez ó consejero son reos de lesa magestad, como si aten„tasen contra el Soberano? Esta ley, tomada como otras muchas á „los Romanos, se debe á dos príncipes famosos en la historia por su „debilidad; dos príncipes esclavos en palacio, niños en el consejo, ex„trangeros en el ejército; dos príncipes que no conservaron el impe„rio sino porque le daban todos los dias, dejándose conducir por sus „ministros como el rebaño por los pastores, y por unos ministros que „conspiraron contra ellos, y llamaron los bárbaros al imperio, ha„biendo sido preciso violar su ley, y exponerse al crímen de lesa ma„gestad para castigarlos. Tambien es obra de los emperadores ro„manos la ley que declara reos de lesa magestad á los monederos „falsos. Mas ¿no es esto confundir las ideas de las cosas? Dar el „nombre de lesa magestad á un crímen de diferente naturaleza, ¿no „es disminuir el horror del crímen de lesa magestad?". Otras muchas reflexiones pudiéramos hacer todavía, para demostrar la perversidad de la pragmática sancion, así como tambien su insubsistencia; pero juzgamos que ya está bien manifestada con la parte que de ella hemos examinado. Hemos visto que las pasiones del Rey campearon en este famoso decreto; que el furor y no la justicia, que el ódio y no una conciencia sana, fueron los principales móviles de la real resolucion; que en virtud de esos elementos, los Jesuitas en corporacion y en particular, fueron perpetúamente desterrados de España con injusticia notoria, y con ignominia no merecida; que se prohibió á los mismos aunque salieran de la órden, enseñar, predicar ni confesar en el reino; que ningun español podia, ora fuera eclesiástico regular, ora fuera secular, pedir carta de hermandad al general de la Compañía, ni á otro en su nombre, sopena de ser tratado como reo de Estado, valiendo contra él las pruebas privilegiadas; que los que la tuvieran, deberian entregarla al Consejo, ó á los corregidores y justicias del reino, para que se la remitiesen y archivasen, sin usar de ella en adelante, no sirviéndoles de óbice haberla tenido en lo pasado, con tal de que cumplieran puntualmente con la entrega; y que las justicias mantendrian, en fin, reservados los nombres de las personas que la entregasen, para que de este modo no les causara nota. En suma, la Compañía de Jesus quedó injusta é impunemente hecha el ludibrio de los perversos. No queremos detenernos en hacer nuevas observaciones sobre la pragmática sancion, porque la simple lectura de ella basta para que sea juzgada racionalmente como debe serlo.

Hemos probado ciertamente, que los Jesuitas son útiles á las misiones y á las ciencias, y por lo mismo provechosos al pais, que lograria grandes bienes con su restablecimiento: hemos demostrado además, que este seria constitucional, hablando rigorosamente, y que las leyes generales que suprimieron el Instituto, no subsisten, porque si bien es cierto que fueron dictadas por autoridades competentes, tambien lo es que por las circunstancias y modo con que se acordaron, deben reputarse ilegítimas. Bajo cualquiera aspecto que háyamos considerado nuestra cuestion, nos hemos convencido de que la verdad ha guiado nuestra pluma, que con firmeza nos ha servido de auxilio para expresar nuestros pensamientos. No pertenecemos á los Jesuitas: ni somos sus defensores, ni sus contrarios: hemos querido puramente descubrir la verdad, que es nuestra insignia: aunque como Religiosos respetamos á los Padres de quienes hablamos, y los admiramos por sus talentos, sus obras y sus virtudes, no hemos tenido ni aun la dicha de conocer de cerca é individualmente á los miembros de este venerable Instituto; pero sí estamos bien informados de su grande mérito, porque hemos leido mucho con relacion á esta materia, pudiendo tambien observar muy atentamente y con nuestros propios ojos lo que valen algunos individuos de la Compañía, que viven entre nosotros, y cuya vida pública, nos ha hecho calificar lo que son. Consideramos bajo mil diversos aspectos á los Jesuitas, y nuestra conviccion se ha fortalecido, pues vemos vilipendiada, obscurecida y despreciada la virtud, mientras que la iniquidad constantemente ha triunfado: no podemos ciertamente averiguar este misterio; mas lo que sí hemos alcanzado es, que los Religiosos de quienes tratamos, han hecho florecer siempre la Iglesia con su celo apostólico, con la sumision y respeto á sus venerables determinaciones, con la decencia del culto, con el ejercicio práctico de la caridad y de todas las virtudes cristianas: han hecho resplandecer el Estado con las grandes poblaciones que formaron, con la sábia administracion de su gobierno, con el respeto que han inculcado en el ánimo de los súbditos hácia las autoridades legítimamente constituidas, con el cultivo de las ciencias y de las artes: han hecho industriosos á los pobres; han labrado la felicidad de las familias; han atraido la bendicion de Dios sobre la tierra que ocupan: la República de las letras ha enriquecido con multitud de obras y escritos de todas clases del mayor mérito é importancia; han inmortalizado su nombre, perpetuado y bendecido su memoria, y los que los conocieron, no ocultan que les deben algun beneficio. Por otra parte, han sido condenados sin ser juzgados; han sido suprimidos como perniciosos, sin probarles en qué consiste su maldad. La Compañía de Jesus merece, por tanto, una reparacion grande, que no se le ha dado: la justicia la reclama, y creemos de buena fé, que luego que los Jesuitas, constituidos en corporacion, pisen la República, comenzará para ésta una nueva era de felicidad. Las leyes constitucionales que nos han servido para pro-

bar la primera proposicion de nuestro discurso, esto es, que *los decretos que acordasen tanto el Congreso de la Union, como las legislaturas de los Estados sobre el restablecimiento de la Compañia de Jesus en la República Mexicana, no serian absolutamente anti-constitucionales*, han quedado explicadas con claridad. Creemos que la cuestion que promovimos, está fijada, de una manera, que ya no ocurrirá duda alguna sobre este principio. Si la hubiere, y si nuestras ideas encontraren alguna impugnacion decente, estamos prontos á satisfacer á nuestros contrarios; pero al mismo tiempo, dirémos, que esa duda pudiera recaer no sobre el Congreso de la Union, sino sobre las legislaturas, pues es evidente, que el primero tiene facultades para legislar acerca de cuantas materias sean objeto de su inmediata inspeccion, así para rectificar las leyes antiguas ó modernas, como para derogarlas en todo ó en parte, modificarlas y declararlas, sin que sus determinaciones sean anti-constitucionales, para no destruir con un golpe de mano los principios fundamentales de nuestra existencia politica, y procurar una marcha firme y progresiva de la nacion; en una palabra, promover por sus leyes y decretos á la pública felicidad. Puede, pues, destruir esas bárbaras leyes que suprimieron el Instituto de los Jesuitas, convencido por una parte de que estos son útiles en un pais religioso y civilizado, y por otra, atendiendo á que haria esa gran reparacion que hemos insinuado. El Congreso general quizá con la admision de esos Religiosos, pudiera hacer eficaces las leyes que ha dictado sobre la colonizacion, porque ellos atraerian á los habitantes, fijando, como en el Paraguay, los límites de las poblaciones, en un rádio de mas de cuarenta leguas: irian fijando, decimos, las pequeñas villas ó ciudades, y corresponderian á los benéficos designios de las leyes de 20 de Julio de 1846, y de 26 de Octubre de 1849, sobre establecimiento de colonias militares, pues si leemos la parte expositiva de la primera, notarémos, que el doble objeto de estas, es el de conservar la integridad del territorio nacional, y el de defender á los Estados fronterizos, de las frecuentes y crueles incursiones de los bárbaros. No queremos repetir lo que hemos dicho; pero recuérdese, que los Jesuitas conquistaron á esos bárbaros con facilidad, hablando comparativamente; que formaron ciudades; fundaron la Religion de Jesucristo; criaron establecimientos de todas clases, é introdujeron un sistema militar, propio para la defensa de sus colonias. No seria ménos fecundo el restablecimiento de que nos ocupamos para la moral, que desgraciadamente está tan relajada entre nosotros: la educacion tambien adquiriria inmensas ventajas, y la Nacion bien pronto recobraria su crédito en el exterior, ocupando el alto puesto que merece por su posicion geográfica, por sus producciones, por sus elementos. Pero tampoco tiene lugar la duda que hemos indicado con relacion á los Estados, pues de antemano hemos expuesto los fundamentos legales que robustecen nuestra opinion. Verdaderos soberanos, ellos tienen todas las facultades necesarias para legislar libre-

mente en todo lo concerniente á su administracion interior. La religion es el fundamento principal, la piedra angular del bienestar de los Estados, y deben al mismo tiempo impartirle toda su proteccion; pues bien, el modo de protegerla, es fomentarla, y nadie negará, que el restablecimiento de los Jesuitas, cuadra perfectamente al desarrollo de semejante fomento.

Y ya que hemos probado hasta la evidencia la primera proposicion de nuestro discurso, descendamos á ocuparnos de la segunda, que dice, que: *aunque se reconozca en los Estados el derecho de restablecer religiones, no seria cuerdo sostener, que por el mismo hecho, se les acordaba la facultad de extinguir las existentes.* En efecto, todo lo que tiende á la destruccion de los buenos establecimientos, es impracticable, y nuestras mismas leyes comprueban la exactitud del pensamiento que sostenemos, y que hemos indicado. Las legislaturas, como ya dijimos ántes, reasumen en sí la soberanía de los Estados, y de consiguiente, deben proteger la religion que profesan sus representados. Como verdaderos soberanos, tienen todas las facultades sobre ella, que les compete como protectores é inspectores. Así es que cuantas medidas dicten para ejercer las prerrogativas de que gozan indudablemente, se dirigen por precision á desplegar esos derechos de defensores é inspectores; pero si se sostuviera el principio de que podian extinguir las religiones existentes, es inconcuso que se defenderia el absurdo de que estaban libres para contrariar las facultades que se reconocen en los soberanos. Si solo el Congreso de la Union, tiene derecho para determinar acerca de la religion, ¿nó es cierto que seria absolutamente innecesario que las legislaturas se ocupasen de estampar ó declarar en las constituciones particulares de sus estados cual es la religion que deben observar estos? Si el Congreso general, repetimos, ejerce exclusivamente semejante derecho, bastaria lo que disponen el artículo 4.° de la acta constitutiva, y el 3.° de la constitucion federal, porque entónces era claro que las legislaturas debian arreglarse exclusivamente á esas decisiones constitucionales, sin que acumulasen artículos sobre artículos ociosos en sus cartas fundamentales, porque guardando un profundo silencio sobre esta materia, era sabido que los estados de la federacion mexicana estaban obligados á obedecer pasivamente, digámoslo así, las declaraciones de la constitucion federal, que arreglasen un asunto tan interesante como éste, y entónces el Congreso de la Union se ingeriria sin disputa en su administracion interior.

En el presente discurso, hemos hecho referencia de un documento oficial, cuya autenticidad es indisputable. Hablamos de la exposicion que hizo el Sr. D. Antonio Dávalos á la Legislatura del Estado de Querétaro, á quien perteneció como diputado, en 29 de Agosto de 1849, la cual motivó la acalorada cuestion de que tratamos ya sobre restablecimiento de los Jesuitas. En esa pieza estampó su autor estas palabras que llaman especialmente la atencion:

"En la Ciudad de Leon habia un colegio muy semejante al de esta „Capital, y viendo la imposibilidad de remediarlo, lo ofreció el go„bierno eclesiástico á los Padres Paulinos; se arreglaron los conve„nios, desprendiéndose el primero de dicho establecimiento, y entre„gándolo á los segundos con sus rentas y capitales impuestos á su be„neficio, que segun tengo noticias abordaban á 25.000 pesos." Mas abajo encontramos que agrega: "No solo el gobierno eclesiástico ha „protegido dicho Instituto, lo ha hecho igualmente el gobierno civil „de Guanajuato, y la Honorable Legislatura ha dado varios decretos „benéficos á su favor, siendo uno de ellos, que no causen alcabala las „introducciones de materiales necesarios á dicho establecimiento." Los dos lugares que acabamos de citar, declaran de una manera concluyente, que los Estados tienen derecho de restablecer religiones; porque de otro modo se habrian hecho fuertes reclamaciones contra la introduccion de un nuevo Instituto, como es ciertamente la Congregacion de la Mision de San Vicente de Paul, y los poderes generales se habrian mostrado justamente celosos defensores de sus facultades, que verian ciertamente usurpadas de hecho; pero sin embargo, hallamos sostenido en un documento que no puede desmentirse, que un gobierno absolutamente extraño á la autoridad civil, llama á su seno un Instituto nuevo, sin oposicion, y que un Congreso particular, rectificando tácitamente la validéz del hecho, lo ampara y protege sin contradiccion, y este suceso tiene cumplido efecto en la época en que ya hacia dos años que la República, gobernada por el sistema federal, se encontraba dividida por estados independientes, libres y soberanos, sin que el Congreso de la Union interrumpiese á aquel en el ejercicio de sus facultades. Pues bien: introducir una innovacion es un hecho mas importante que restablecer lo que antiguamente se observaba, y que habia caducado con el transcurso del tiempo. Introducir una Religion que no se conoce, (1) ó que aunque se conozca

(1) La religion ó comunidad religiosa, que hoy existe en la República con el título de Congregacion de la Mision de San Vicente de Paul, no es desconocida, así como tampoco lo es ninguno de los encantadores establecimientos que patrocina este Santo. En México se admitieron los tres que hoy existen con general aprovechamiento, y de los cuales todos tienen idea. En cuanto al primero, cuyo título hemos indicado ya, nos referimos á una ley que acordó el Congreso general con fecha 23 de Junio de 1845, en la cual dijo: *Se permite en cualquier lugar de la República el establecimiento de la Congregacion de Misioneros, instituida por San Vicente de Paul, bajo las reglas dadas por el mismo Santo, que se presentarán al Supremo Gobierno para su aprobacion, si en ella no encuentra inconveniente.* En efecto, habiendo recibido este decreto las personas interesadas en la fundacion del instituto á que nos contraemos, y en cumplimiento del mismo, presentaron las reglas que se indican, al Supremo Gobierno, quien las pasó á consulta de su Consejo, con el expediente que se formó. El Consejo examinándolas y accediendo á la aprobacion solicitada, emitió su dictámen que se halla redactado en este sentido, y en el cual consta la proposicion con que termina, y dice: "Consúltese al Supremo „Gobierno, que no encontrándose inconveniente alguno en las constituciones

no incumbe fundarla á las autoridades supremas particulares, importa algo mas que restablecer otra que fué suprimida. Y seguramente ese establecimiento es en virtud de la soberanía, pues aun las obras elementales del derecho público, hablando de los derechos de la Magestad ó poder supremo dicen que es: "la facultad de elegir y „usar de los medios que sean necesarios para conseguir el fin de la „sociedad, sin desviarse un solo punto de lo que ésta misma haya es-

„redactadas por San Vicente de Paul, para el establecimiento de la Congrega„cion de Presbíteros seculares de la Mision, son de aprobarse en todas sus par„tes." El Gobierno se conformó con el anterior dictámen, segun su declaracion, datada en 10 de Setiembre de 1845, y de consiguiente, la Congregacion que nos ocupa, quedó legalmente establecida en la República. El segundo establecimiento que lleva la denominacion de: Las Hermanas de la Caridad, fué igualmente admitido en nuestro pais por las autoridades Supremas, como aparece de la Memoria que presentó á las Cámaras el Ministerio de Justicia é instruccion pública, en el año de 1845, y en cuyo documento leemos este párrafo: "En „los Conventos de Señoras Religiosas, el Gobierno ha encontrado constante„mente ejemplo de edificacion: su número ha sido aumentado en el año de „1844 con la venida de las Hermanas de la Caridad: el actual Exmo. Sr. Pre„sidente de la República, despues de haber examinado los estatutos de las ex„presadas religiosas, les dió el correspondiente pase, y ellas cumpliendo con sus „constituciones, ya se ocupan de la educacion primaria de un crecido número „de niñas, del hospital de San Juan de Dios, y pronto tendrán el cuidado del „de las mugeres dementes." [Véase el artículo que trata de Negocios eclesiasticos, págs. 32 y 33.] La Sociedad de San Vicente de Paul, cuyo objeto principal, y que forma verdaderamente su carácter esencial, es el ejercicio práctico de la caridad, tambien fué establecida con los requisitos legales, porque habiendo ocurrido al Supremo Gobierno los individuos que la componian en el propio año de 1845, en solicitud de que se aprobara la fundacion y sus bases; aquel pasó tambien el expediente que se formó, á consulta de su Consejo, quien aprobó las tres proposiciones siguientes:—Consúltese al Supremo Gobierno.—1.° *Que es de accederse á la solicitud del Reverendo Obispo de Tenagra, relativa á que la Sociedad de San Vicente de Paul de esta Ciudad, adopte el Reglamento de la misma Sociedad de Paris.*—2.ª *Sin embargo de que el supremo Gobierno apruebe la observancia del referido Reglamento, no se podrán establecer conferencias de San Vicente de Paul en cualquier Departamento, sin que preceda el permiso de la autoridad política respectiva.*—3.ª *El Supremo Gobierno prevendrá á la Sociedad de San Vicente de Paul, que para verificar las Asambleas ó juntas generales de que habla el Cap.* 4.° *de los estatutos exhibidos, el Presidente de la Asamblea, dé prévio aviso á las autoridades políticas á quienes corresponda, del dia, hora y lugar de la reunion, sujetándose además á las reglas dictadas por las autoridades departamentales en uso de sus facultades.* El Supremo Gobierno adoptó como suyo este dictámen, y lo comunicó á la Sociedad de San Vicente de Paul, por la órden que expidió en 21 de Abril de 1846. Resulta, pues, de todo lo expuesto, que el instituto de los Misioneros Paulinos, [lo mismo que los demás establecimientos que patrocina San Vicente de Paul], no es nuevo ni desconocido por las leyes, pues por ellas están admitidos; pero que si lo son, es porque generalmente se ignoran sus constituciones y su importancia; bajo este concepto, debe entenderse lo que hemos dicho en el texto, y aunque preveemos ya la objecion que se nos puede hacer sobre la admision de esta comunidad religiosa en el Estado de Guanajuato, supuesto que sus autoridades se hallarian apoyadas en el decreto de 23 de Junio de 1845, esta objecion no procede, porque entendemos que su fuerza depende de la confusion que se introduzca maliciosamente entre los di-

„tablecido en sus leyes fundamentales (1).” Así es que si el soberano debe excogitar y practicar los medios precisos, que dan por resultado el bienestar de la sociedad sin desviarse de los que ésta misma ha consignado en su carta fundamental, los estados de la confederacion mexicana, representados por sus legislaturas, como soberanos, tienen facultades de restablecer comunidades religiosas, siempre que en semejante restablecimiento se interese la mejor suerte de la sociedad á quien representan, sin apartarse ni un solo momento de lo que prescriben las leyes constitucionales, supuesto que el código que tiene este carácter en nuestro pais, dijo primero en el artículo 9.° de la acta constitutiva, y luego en el 157 de la constitucion federal, que: “El gobierno de cada estado se dividirá para su ejercicio en los tres „poderes, legislativo, ejecutivo y judicial; y nunca podrán unirse „dos ó mas de ellos en una corporacion ó persona, ni el legislativo „depositarse en un solo individuo.” Y esa misma constitucion, dijo tambien en su artículo 171, y luego la nacion lo ratificó substancialmente en el 29 de la acta de reformas, que *en ningun caso se podrán alterar los principios que establecen la independencia de la nacion, su forma de gobierno republicano representativo, popular, federal, y la division, tanto de los poderes generales, como de los de los estados.*

La constitucion del pais declara la soberanía de los estados, y les concede ó por mejor decir, explica que tienen derecho de legislar, el cual consiste en dar ó establecer leyes, ménos en lo que corresponde á los puntos ó cláusulas que contiene el artículo 162, por el que les está restringida aquella; pero en los demás pueden obrar libremente mandando, prohibiendo, permitiendo y castigando, pues estas cuatro circunstancias son propiedad de la ley, que indica que su influencia es indefinida, é ilimitada la órbita en que obra. El Soberano, que manda, prohibe, permite y castiga, no puede tener una capacidad limitada, de suerte, que todos los objetos que se encuentran bajo su inspeccion, se hallan sujetos á las abrogaciones, dispensaciones, interpretaciones ó mudanzas que les imprima el Soberano, porque

versos sistemas de gobierno que han regido á la Nacion, y los cuerpos que han funcionado como órganos del Soberano. Supongamos que el decreto solo hubiera permitido el establecimiento de la Congregacion de Misioneros, instituida por San Vicente de Paul en los puntos litorales de la República, ó en los paises ocupados por salvages, y que sin embargo, cualquiera otro Estado de nuestra confederacion los hubiera llamado á su seno; ¿se habrian establecido, no obstante que el decreto no los permitia entónces como ahora los permite en toda la extension de la República? Claro es que sí. Y ¿por qué? Porque con esta religion no ha habido todavia las antipatías que los mandarines tienen para con los Jesuitas; pero sin duda alguna los Estados tienen facultad para restablecer institutos religiosos suprimidos, y confesarán esta verdad los detractores, cuando las pasiones no ofusquen su razon, y dejen el corazon y el entendimiento en su ejercicio ordinario.

(1) Véase la Cartilla Social ó breve instruccion sobre los derechos y obligaciones del hombre en la Sociedad civil, escrita por el Sr. Conde de la Cortina y de Castro, Cap. V.

esté persuadido de que así cumple su mision. Tal es la naturaleza de la soberanía, y cualquiera que pretenda desfigurarla, se equivoca, y confunde esas doctrinas que son tan claras y luminosas. Bajo este concepto, es incuestionable, que los estados pueden restablecer una religion, porque la facultad que es necesaria para alcanzar el fin propuesto, está contenida en el mandato ó permision, que son dos de los elementos que constituyen la naturaleza de una ley. Los estados como soberanos, tienen tambien bajo este título que proteger la religion que han adoptado sus representados, ó la nacion entera, representada en córtes, porque “el príncipe, dice Vattel, el director, á que „la nacion ha confiado el cuidado del gobierno y el ejercicio del so„berano poder, está obligado á velar en la conservacion de la religion „adoptada, del culto establecido por las leyes, y autorizado á reprimir „á cuantos tratasen de destruirlos, ó perturbarlos; pero, para que ese „deber sea desempeñado de un modo no ménos justo que sábio, no „perderá jamás de vista la cualidad que á ese desempeño le llama, y „la razon que se le impone. La religion es de una extrema impor„tancia para el bien y tranquilidad de la sociedad; y el príncipe está „obligado á velar en cuanto interese al Estado. He ahí toda su vo„cacion para mezclarse en la religion, para protegerla y defender„la (1).” Concluyamos, pues, que los Estados, que tienen todos los caracteres propios de la soberanía, y que están en ejercicio de sus funciones, representados por sus legislaturas, se hallan plenamente facultados para restablecer religiones por sí solos, sin necesidad de recibir aquellas del Congreso general, por medio de una especial delegacion, como que esta creencia está desmentida con el hecho innegable que ocurrió en el Estado de Guanajuato, al hacer el llamamiento de los Paulinos. Por otra parte, el Gobierno del Estado de Querétaro ha reconocido en la Legislatura, sin querer, la facultad que ésta tiene de restablecer á los miembros de los institutos religiosos suprimidos, porque el Exmo. Sr. Gobernador, D. Francisco de P. Meza, dijo en el oficio que pasó al Honorable Congreso, en 17 de Octubre de 1849, y que éste insertó en el manifiesto que publicó en 17 de Noviembre de aquel año (2), con ocasion de la famosa cuestion de que ántes tratamos: “Si el decreto (es decir, el marcado con el „número 8, que restableció en Querétaro á los Jesuitas) se contrajese „únicamente á encargar los colegios á los individuos que pertenecie„ron á la extinguida Compañía de Jesus, nada tendria yo que objetar, „porque mis sentimientos se identifican con los del Honorable Con„greso, para que á la juventud del Estado se le proporcione la mas „brillante instruccion, y porque está en las facultades de esa Honora„ble Legislatura arreglar este importante ramo de la manera que es„time conveniente; pero como el artículo 1.° del decreto de que se

(1) Derecho de gentes, Lib. 1.° Cap. XII, §. 133.
(2) Consta en las págs. 76 y 77 del mismo manifiesto.

„habla, restablece en el Estado y en toda su plenitud el Instituto re-„ferido, esto es lo que á mi juicio impedirá el logro de los nobles de-„seos que animan á esa Augusta Asamblea."

Si fuera cierto que la Constitucion federal solo reservara al Congreso general la facultad de restablecer los institutos religiosos suprimidos, porque se la cometiesen las leyes generales, que no se han derogado, como son la 4.ª tit. 26, Lib. 1.° de la Novis. Recop., la de 17 de Agosto de 1820, y la órden de la Soberana Junta gubernativa, de 21 de Noviembre de 1821, el Gobierno de Querétaro no hubiera hecho tan explícita confesion, pues la primera de aquellas disposiciones legislativas, que no es otra cosa que la pragmática sancion de 2 de Abril de 1767, está enteramente reproducida por la segunda, cuyo artículo 1.° literalmente dice: "Se establece en su fuerza y vigor „la ley 4.ª tit. 26, Lib 1.° de la Novísima Recopilacion, y en su „consecuencia queda suprimida en toda la monarquía española la ór-„den conocida con el nombre de Compañía de Jesus." Si estas leyes estuvieran figurando en nuestros códigos como leyes generales, y si los estados no tuvieran derecho de derogarlas, el llamamiento de los individuos que pertenecieron á la extinguida Compañía de Jesus, para que se encargaran de la instruccion pública, seria notoriamente ilegal, porque la claúsula 9.ª de la pragmática á que aludimos, expresamente dice: *Prohibo por ley y regla general, que jamás pueda volver á admitirse en todos mis reinos en particular á ningun individuo de la Compañía, ni en cuerpo de Comunidad, con ningun pretexto ni colorido que sea, ni sobre ello admitirá el mi Consejo ni otro Tribunal instancia alguna; ántes bien, tomarán á prevencion las Justicias las mas severas providencias contra los infractores, auxiliadores y cooperantes de semejante intento, castigándolos como perturbadores del sosiego público.* De suerte es que cumpliendo extrictamente con esas leyes inicuas, los Jesuitas deben vivir en los pueblos que elijan con aprobacion del Gobierno, donde vivirán en la clase de clérigos seculares, sujetos á los respectivos ordinarios, y con prohibicion de usar el trage de su antigua órden, y de tener relacion ni dependencia alguna de los superiores de la Compañía.

Encargados los ex-Jesuitas de la educacion pública, llamados con este objeto, y reunidos en un mismo local, ya formaban una comunidad religiosa, y quizá observarian su regla, merced á la aquiescencia de las autoridades civiles. Así es, que nosotros consideramos que al conceder á una Legislatura la facultad de hacer el llamamiento que nos ocupa, tácita y substancialmente se ha convenido con nuestra opinion, que seguramente reconoce buenos fundamentos. Es verdad, que si á veces se reserva en las leyes ciertas facultades á una sola autoridad, para que use de ellas en el ejercicio del poder que le compete, es porque se consulta á la simplicidad del gobierno, y se hace por este medio mas sencilla su marcha; pero si los pueblos quieren poner en un ejercicio parcial esa misma soberanía, inconcusa-

mente pueden hacerlo. El Congreso de la Union, por ejemplo, está en cierto modo limitado por las legislaturas, y no puede obrar ámplia y libremente en su soberanía. Explicarémos nuestro pensamiento con mas claridad. La fraccion 4.ª del artículo 5.° de la Constitucion federal, que habla de las facultades exclusivas de ese mismo Congreso general, dice: "Admitir nuevos estados á la union federal, ó „territorios, incorporándolos en la nacion," y la 6.ª expone: "Erigir „los territorios en estados, ó agregarlos á los existentes." Sin embargo, no usa de esta preeminencia por sí solo, sino que consulta el parecer de las legislaturas, como demuestra el artículo 6.° de la acta de reformas, en estos términos: "Son estados de la federacion los „que se expresaron en la Constitucion federal, y los que fueron for-„mados despues conforme á ella. Se erige un nuevo estado con el „nombre de Guerrero, compuesto de los Distritos de Acapulco, Chila-„pa, Tasco y Tlapa, y la municipalidad de Coyucan, pertenecientes „los tres primeros al Estado de México, el cuarto á Puebla, y la quin-„ta á Michoacan, siempre que las legislaturas de estos tres estados „dén su consentimiento dentro de tres meses." Así es, que vemos que á la manera con que los representantes del pueblo reciben directamente la soberanía de éste y la facultad de ejercerla, del mismo modo el Congreso de la Union recibe de los demás estados la que le compete, y por la que obra. Si el Congreso de la Union pudiera proceder con libertad en todos sus actos sin dependencia absolutamente de las legislaturas, entónces es claro que aquel no pediria á estas su consentimiento para consumar sus operaciones, porque la significacion legal de esta palabra, que en sentir de Escriche (1), es "el concurso mútuo „de la voluntad de las partes sobre un hecho que aprueban con pleno „conocimiento," demuestra, que en el acto de observar y dejarse dominar de la necesidad en que se ve constituido de consultar la voluntad de los que son verdaderamente soberanos, no prueba otra cosa sino que el Congreso general ejerce la soberanía por delegacion de los demás estados de la confederacion mexicana, y si este es un hecho incontrovertible, tambien lo es que el delegante puede usar con mas razon de las facultades que transmite, sin que pueda negársele ese derecho, pues el que está en posesion de sus preeminencias no está sujeto á las ampliaciones ó restricciones que se hacen á aquellos que obran por comision. Otro ejemplo de que el Congreso general marcha en el sentido que indicamos, se halla consignado en el artículo 23 de la acta de reformas, segun el cual *si dentro de un mes de publicada una ley del Congreso general, fuere reclamada como anti-constitucional, ó por el presidente, de acuerdo con su ministerio, ó por diez diputados, ó seis senadores, ó tres legislaturas, la Suprema Córte, ante la que se hará el reclamo, someterá la ley al exámen de las legislaturas, las que dentro de tres meses y precisamente en un mismo dia, darán su*

(1) Véase su diccionario razonado de Legislacion, en este artículo.

voto.—Las declaraciones *se remitirán* á la Suprema Córte, *y ésta publicará el resultado, quedando anulada la ley, si así lo resolviere la mayoría de las legislaturas.*

Nuestras leyes mismas manifiestan de un modo inequívoco é intachable, que la soberanía de los estados se ejerce con mas latitud que en el Congreso general, de manera, que este viene á ser un poder reaccionario respecto de las legislaturas para contenerlas en sus justos límites, y mantener el equilibrio necesario entre todas las partes que forman la confederacion mexicana, para conservar intacto el principio federativo; de suerte es que aquella grande asamblea participa por atraccion, digámoslo así, de la soberanía del pueblo, pues únicamente es un lazo comun que estrecha y une á todas las partes integrantes de la nacion que llamamos *estados.* El territorio que conocemos hoy con el carácter de República mexicana, y que la constituye en su extension, no contiene en sí mas que tantas repúblicas libres, independientes y soberanas, cuantas son las naciones que se nos presentan á la vista con el título de *estados.* Estos tienen incuestionablemente, y por la declaracion oportuna de la Constitucion federal, una libertad absoluta en su administracion interior, sin otra dependencia con la Union, que la que les dan las relaciones generales, para atender á su conservacion y defensa, por medio del pacto federativo, que tácitamente han contraido, y al cual están sujetos por intereses de propia conveniencia. Supuesta la explicacion que antecede, el restablecimiento de una corporacion religiosa, puede hacerse sin embarazo por los estados, sin intervencion de un poder estraño, porque es un asunto propio de la administracion interior, que les garantiza la constitucion del pais, pues como soberanos, tienen derecho de establecer ó dar leyes, ya sobre asuntos meramente civiles, ya sobre negocios que son acomodados á la proteccion tutelar que deben dispensar á la Iglesia, ora sea por el espíritu mismo de las leyes que han acordado, ora sea por la mente de los cánones que han dejado á esa misma Iglesia bajo el cuidado paternal de los soberanos. Estos usan, como mas arriba hemos demostrado, de las facultades que les impone su carácter, como mejor conviene á los intereses y felicidad de los pueblos que se hallan bajo su custodia, y con respecto á la religion, obran como les dicta su conciencia, y adoptan para el pais que gobiernan, el culto, la religion que mas se acomoda al carácter de sus súbditos, porque tienen obligacion, repetimos, de labrar su felicidad por todos los medios que provee el amplio poder de que están revestidos.

La religion es el principal fundamento de toda sociedad civil bien constituida. Este es un principio de eterna verdad; pero si la religion fuera un negocio que se hallara fuera de la órbita de las atribuciones de los estados, estos carecerian sin disputa de la primera y mas importante garantía, para que las acciones de sus súbditos se encaminaran á la virtud, y si solo la Constitucion federal la encomendase al

cuidado y proteccion del Congreso general, un establecimiento tal como éste, que es el mas interesante de cuantos han existido, existen y existirán, recibiria una proteccion muy tardía é impotente. Está bien que el artículo 4.° de la acta constitutiva, y el 3.° de la constitucion, declaren, que: *la religion de la nacion mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana,* y que añadan, que: *la nacion la protege por leyes sábias y justas, y prohibe el ejercicio de cualquiera otra.* Pero esos artículos contienen una declaracion fundamental, que es invariable (1), porque justamente lo ha querido así toda la nacion, legítimamente constituida, que manifestó su voluntad con expontánea deliberacion; de consiguiente, los pactos fundamentales que se consignan en la constitucion, vienen á ser en nuestro juicio como las instrucciones que el soberano dá á sus comitentes, del mismo modo que el dueño de un negocio instruye y expensa á su apoderado. La nacion congregada en córtes en el año de 1824 mostró á sus representantes futuros un resúmen que contenian las principales bases del edificio social que iban á levantar los de aquella época, y que irrevocablemente habian de seguir los que les sucediesen sin alterarlas jamás. Es necesario respetar aquella disposicion, como emanada de la voluntad de toda la nacion, que al fijar los cimientos inmutables de su existencia política, quiso militar bajo las banderas de la Iglesia de Jesucristo, y adoptó para siempre la religion que constantemente ha profesado, y que profesará indudablemente sin variacion. México declaró que adoptaba la religion católica, apostólica, romana, y su declaracion es irrevocable. Lo declaró el soberano, cuya voluntad es respetable, y la única que se debe consultar y seguir. Los órganos de este soberano, están obligados á obrar en el terreno de la constitucion, sin desviarse del camino que les señaló aquel. Al decidirse el soberano por la religon católica, apostólica, romana, y al haberla declarado como inmutable, sus órganos se hallan precisados á no innovarla, y á protegerla como uno de los establecimientos mas dignos de esa misma proteccion, porque los súbdi-

(1) En un cuaderno que publicó el autor en el mes de Junio de 1849, bajo el título de "Opúsculo que contiene una corta defensa de la religion de Jesucristo, y un sumario de los fundamentos que hay para probar, que en México no puede establecerse la tolerancia de cultos," dijo una profunda verdad que ahora repite; á saber, que: *los cimientos de cualquiera cuerpo son siempre permanentes, y nunca admiten variacion de ninguna especie. Un edificio,* continuó, *tiene sus bases, y en ellas descansa: puede sufrir distintas y multiplicadas modificaciones: puede convertirse en un magnífico palacio, en un famoso monasterio, en una casa que tenga mas ó ménos extension, mas ó ménos habitaciones; pero sus cimientos jamás desaparecen, jamás se minan, porque entónces el edificio se derriba y se destruye totalmente. Lo que hemos dicho con respecto al órden material ó físico, es perfectamente aplicable al órden intelectual, moral ó espiritual.* Este es el carácter de los principios ó bases de un establecimiento, la inmutabilidad; pero sabiendo conservar éstos íntegros, conviene dar á aquel las sábias reformas que indican el grado de prosperidad en que se encuentra un pais verdaderamente respetable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos se gobiernan por la virtud y por el estímulo, por la moral y por las leyes, por el corazon y por el entendimiento. El resorte de las acciones humanas, es el conocimiento, el amor de Dios; y estos dos grandes elementos, Dios y la ley, son precisamente los que hacen y constituyen al perfecto ciudadano. Están tan íntimamente unidos estos motores, que faltando el uno, se desvirtúa el otro. Sin cumplir con los preceptos que impone la religion al hombre, sin que tengan interés en agradar á Dios, sin obrar por el miedo que infunde ofenderle, sin esperar el premio ó el castigo de sus buenas ó malas acciones, los súbditos no son lo que deben ser, ántes bien, un hombre sin religion, no será un buen ciudadano, sino que por la fuerza misma de las leyes que lo gobiernan, únicamente será una fiera indomable, encerrada en una jaula, que carece de libertad para obrar con toda su bravura natural. Estas ligeras indicaciones, naturalmente nos convencen de que los órganos del soberano deben apoyarse en la religion para gobernar, y dirigirse por sus inspiraciones, por su influencia y eficacia; de manera, que ella constituye muy principalmente las riendas del gobierno, y las que hace verdaderamente agradable la condicion ó el ser de los súbditos. La religion, pues, nos reduce á una situacion tan peculiar, que ella forma una mútua garantía para el soberano y para los vasallos, que es igualmente favorable. Lo es para el primero, porque su autoridad se hace sentir y ejerce siempre su benéfica influencia en el ánimo de los segundos, y de consiguiente el pais es feliz: lo es para los segundos, porque aquel gobierna con rectitud y con una intencion tan pura, que es verdaderamente un padre afectuoso y tierno para con sus hijos.—Oportunamente desarrollarémos este punto.

Sin embargo, por los principios que quedan sentados, hemos demostrado que la nacion expresó como una base inalterable, el cultivo de la religion católica, apostólica, romana, y que los estados, sujetándose á semejante decision inmutable, no tienen ciertamente facultad, para alterarla, porque "los convenios ordinarios entre partes, dice M. „Alberto Fritot (1), comunmente ó en la mayor parte no son mas que „de justicia puramente relativa, es decir, esencialmente dependientes „de los consentimientos y empeños libre y recíprocamente tomados „por las partes contratantes unas con otras, los cuales son variables „y pueden multiplicarse hasta lo infinito; al paso que las reglas prin„cipales y esenciales de la organizacion social, bien asi como los „principios del derecho natural, del cual puede decirse que hacen „parte, tienen como hemos visto sus bases fijas y ciertas, y por consi„guiente son positivas, invariables y universales, y no inciertas, veleidosas y móviles, segun el deseo y la voluntad vacilante y caprichosa de los pueblos y de los reyes." Los estados tienen, pues, necesidad de sujetarse á esta base que no es movediza, y que no admite

(1) En su obra titulada "Espíritu del Derecho," Lib. 3.° Cap. 2.° §. 2.°

variacion de ninguna clase, sino que es de una eterna duracion como lo es la religion de que trata. Debiendo los estados obrar precisamente dentro del círculo que les trazó el soberano, cuyos órganos son, no pueden en verdad mudar la religion que ha adoptado la nacion con expontánea y deliberada voluntad, ni admitir en ella otra ú otras: en una palabra, no pueden autorizar la libertad de cultos, ni privada ni públicamente; pero protegerla por leyes sábias y justas, desarrollarla y protegerla por medios directos, como son los establecimientos religiosos, las sociedades eclesiásticas, ó seglares caritativas, es claro que sí, porque su carácter mismo de *soberanos*, les concede todas las facultades que necesitan, para ejercer su mision, y convertir sus determinaciones en beneficio del comun.

Las diversas formas de gobierno que han regido al pais como consecuencia precisa de las revoluciones de que hemos sido tristes víctimas, y el mecanismo que se ha dado á ese mismo gobierno, de que resulta que la soberanía ha estado desempeñada por un solo Congreso, ó por un solo hombre, son necesariamente las causas que han servido con todo su vigor y eficacia á envolver en una completa obscuridad, en una absoluta confusion, lo que es esta misma soberanía; de consiguiente, no se han podido fijar con regularidad cuales son verdaderamente las facultades del Congreso general, y cuales las de los estados; cual es la latitud con que deben usarse, su extension, su influencia, de qué manera han de ser límitadas, y hasta qué punto, cual es el verdadero carácter del Congreso general, cual es la influencia que le toca ejercer entre los estados de la federacion; en suma, no se han podido fijar ni la naturaleza de estos poderes, ni la manera en que ha de desarrollarse la autoridad de que son susceptibles. La diversidad que se advierte entre todas las clases de soberanos que hemos tenido, hace que las facultades que á estos competen, se hayan resentido de esas mismas mutaciones; sin embargo, parece que por la naturaleza misma del gobierno que nos rige, el Congreso general es el centro comun en que se reasumen las soberanías parciales de los demás estados, y no seria un absurdo confesar, que estos tienen, como creemos, facultades para restablecer las religiones suprimidas; pero seria además muy oportuno, que se estableciera, atendiendo al fomento del principio federativo, que si bien los estados hacian comprender entre sus atribuciones, la de acordar el restablecimiento en cuestion, no pudieran por sí decretar su extincion, para evitar cualquiera reaccion, cualquiera choque que se presentára entre las autoridades civil y eclesiástica. Admitido este pensamiento, incuestionablemente se consultaria tambien á las circunstancias, á las exigencias particulares de los estados, y el principio federativo se desarrollaria ámpliamente; se protegeria mejor nuestra actual forma de gobierno, y el Congreso general podria entónces ejercer su sobrevigilancia, cuidando de la religion como cuida y sobrevigila acerca de la conservacion de la carta fundamental que nos rige. Además, por esto medio atenderia asi-

mismo á mantener ese equilibrio entre todos los estados de la federacion.

Pero como este punto no está aun fijado en la Constitucion, y como carecemos de reglas que puedan guiarnos en esta importante y delicadísima materia, no podemos hacer otra cosa, sino explanar la opinion que hemos formado, y presentar los fundamentos que la robustecen. Repetimos, que nuestras mismas leyes nos dán alguna luz para apoyarnos en el juicio que hemos emitido; y que los argumentos que se han puesto en pro y en contra de la doctrina que asentamos, nos hacen inclinar á creer, con fundamento, que los estados bien pueden restablecer las religiones suprimidas, sin que por eso les concedamos facultad para extinguirlas, porque si es cierto que se ejercen algunas atribuciones, sin inconveniente, tambien lo es que esa misma conveniencia hace que no se les permita usar de las contrarias. Los estados deben tambien tener alguna ingerencia en materia de religion, en cuanto sea necesario para que manifiesten su proteccion hácia ella; pero de manera que no esté á su arbitrio, digámoslo así, disponer ámpliamente de ella, sino que es preciso que la consideren como una cosa sagrada. Sin embargo, consideramos que ese temor no tiene lugar, en razon de que como hemos dicho mas arriba, el establecimiento de la religion de Jesucristo es una base invariable, y de consiguiente, usando el Congreso de la Union del derecho que le hemos concedido exclusivamente, pudiera atacar los avances de los estados, y contenerlos en los justos límites del terreno constitucional, en que pudieran obrar. Habiendo esa mútua dependencia de los estados con el Congreso general, decimos, no correria peligro la religion de ser deturpada por los excesos y abusos de la autoridad, supuesto que tenia un tercer poder que la amparase y protegiese, reparando las faltas que se cometieran con ella.

Hemos indicado ya mas de una vez, que por el espíritu mismo de las leyes de nuestro pais, puede triunfar victoriosamente la opinion que defendemos; es decir, que cabe en las atribuciones de las legislaturas restablecer en sus estados los religiosos institutos suprimidos, robusteciendo este juicio las controversias que se han suscitado con este motivo, y los argumentos que se han hecho en pro y en contra de las mismas. Volviendo á tocar otra vez la cuestion del restablecimiento de los Jesuitas que acordó la Legislatura del Estado de Querétaro, por medio del decreto que expidió marcado con el número 8, hallamos que cuando el gobierno se lo devolvió con observaciones, el dictámen que emitió á éste su Junta consultiva, y que adoptó en todas sus partes, contenia una proposicion (es la cuarta), que dice: *Que los Exmos. Sres. Gobernadores del Estado deberán seguir en el derecho de inspeccion y proteccion que les son propias.* Y esta proposicion que tiende á defender celosamente los derechos del gobierno, que sufrieron un ataque cuando los desconoció la legislatura, tuvo por origen contrariar el artículo 3.° del decreto que mencionamos, el

cual estableció que: *El gobierno del Estado será patrono de los colegios, y á virtud del patronato, solo tiene derecho á protegerlos, haciendo efectivas las garantías que expresa el artículo* 1.° —Segun éste, se restablece en el Estado el Instituto de la Compañía de Jesus, en toda su plenitud y bajo las garantías de propiedad, seguridad y libertad que explica el artículo 8.° de la Constitucion. Evidentemente se nota por esta circunstancia, que oficialmente se ha reconocido en los estados los derechos que tienen sus gobiernos de inspectores y protectores, pues es claro que careciendo de ellos, no hubieran alzado la voz para reclamarlos enérgicamente. Y estas reclamaciones se hicieron ante un congreso particular que habia menoscabado las prerrogativas del gobierno, segun creyó éste, quien no habria hecho mérito de semejante menoscabo, si fuera cierto que no podia aquel disponer cosa alguna en materia de religion, sino que habria pasado desapercibida esta ocurrencia, porque era nula desde sus principios, y no era fácil legitimarla en ningun tiempo. Las reclamaciones suelen hacerse ante la misma autoridad que ataca ciertos derechos, ciertas preeminencias, para alcanzar la debida reparacion, ó ante el superior si aquella lo tiene, é insiste en sus determinaciones arbitrarias, y por lo mismo, el Congreso particular de Querétaro, que carece absolutamente de superior como todos los de su clase, fué requerido, para que revocase su decreto en esta parte, y dejara al Gobierno intactos los derechos de inspector y protector que le competen en la materia que tratamos. Luego no admite duda la conclusion que hemos establecido, de que los estados tienen por sí solos facultad para restablecer los institutos religiosos suprimidos, porque debe concedérseles ésta, si se les concede la inspeccion y proteccion, porque necesariamente estas prerrogativas nacen por la naturaleza misma de las cosas, del poder que tienen los soberanos de arreglar en sus estados los asuntos que conciernen á la religion, pues éste y aquellas están de tal manera unidas, que determinan dos ideas accesorias, ó lo que es lo mismo, que la una despierta á la otra, del mismo modo que *el derecho y la obligacion*, como dice Burlamaqui (1), *son dos ideas relativas: la una supone necesariamente la otra, y no puede concebirse derecho sin ninguna obligacion que le corresponda.* Así es que si los gobiernos de los estados, en último análisis, pretenden que sus legislaturas respeten en sus decisiones posteriores los derechos de inspeccion y proteccion para con la Iglesia, que les han concedido en sus leyes anteriores, deben precisamente convenir, en que cabe en sus atribuciones exclusivas proveer con respecto á la religion por sí mismos, sin reservar únicamente estas facultades al Congreso de la Union, porque estas prerrogativas unidas con aquellas, forman un cuerpo compacto, que no puede destruirse: necesariamente, repeti-

(1) En su obra titulada "Elementos del Derecho natural," P. 1.ª Cap. 4.°

mos, concediendo lo uno, se concede lo otro, y bajo este aspecto, podemos fijar la cuestion que defendemos, de la manera que lo hemos hecho.

Si pues los estados están facultados para dictar leyes en materias eclesiásticas, debemos convenir tambien en que pueden obrar en este sentido, de modo que hagan sentir á la Iglesia el ejercicio de su soberanía, dispensándola su beneficencia, é influyendo directamente en aquella con el cuidado, esmero y diligencia con que un padre tierno vigila sobre la suerte de sus hijos á quienes ama. Bajo este concepto, tambien tenemos necesidad de conceder, que el restablecimiento de una comunidad religiosa, es uno de los objetos, que está comprendido en el círculo de las atribuciones que reconocemos sobre este punto en los estados, y que consiguientemente, pueden por sí restaurar la Compañía de Jesus, porque es una religion que se suprimió, y que si la decretan, lo hacen en fuerza de su misma soberanía. La restauracion de que hablamos, hecha en favor de la Iglesia, es un acto que emana de la proteccion que la dispensa el soberano, y ciertamente es el modo mas directo que puede adoptar éste para significar á aquella la eficacia de su proteccion; porque el culto v. g., como dice M. L. Macarel (1) *requiere ministros, y sus cargos son tanto mas importantes, por cuanto ha sido siempre una parte de ellos la enseñanza.* Las cuestiones que se han suscitado en contra de esta opinion, no pueden permanecer firmes, porque la experiencia provenida de los hechos, confirma, que los estados ya han usado de sus derechos, como testifican los de Querétaro y Chihuahua: este último expidió un decreto á favor de los Jesuitas, y aunque se ha dicho que es litoral, y que por serlo podrá quizá gobernarse excepcionalmente por una ley que dictó el General Santa-Anna en el año de 1843, que reunia el poder soberano que hoy reside en las Cámaras de la Union; esta no es una buena razon, porque volvemos á decir, lo que hemos apuntado mas arriba, que si los estados no obrasen mas que pasivamente en órden á la religion, no podrian hacer otra cosa sino sujetarse á las leyes generales, y habria sido inútil que una legislatura hubiera hecho este llamamiento por medio de un decreto particular, cuando sin necesidad de ese nuevo apoyo los Jesuitas ya tenian legalizada su existencia en aquel estado, en virtud de una ley general, que les presta toda clase de garantías.

La ley de 16 de Abril de este año, acordada para la provision de mitras vacantes, dispuso que *recibidas por el gobierno las listas que le presente el cabildo eclesiástico, ó el metropolitano, en su caso, las comunicará á los gobernadores de los estados que tengan territorios dentro de la diócesis, para que, si quieren, le manifiesten su juicio acerca de las personas presentadas.* Esta disposicion le-

(1) Curso completo de Derecho público general, Tit. 3.° Cap. 1.° Artículo 1.°, que trata *de la Religion.*

gislativa claramente manifiesta el objeto que reconoce, y por ella se consulta á una eleccion acertada si se quiere; bien que esta interpretacion no es exacta, atendiendo á que segun el artículo 1.° de la ley, el cabildo de la Iglesia viuda, dentro de quince dias despues de las exequias del prelado difunto, ha de formar una lista de los eclesiásticos beneméritos, en quienes, á su juicio, pueda proveerse la vacante, remitiéndola desde luego al gobierno. De suerte es, que por el mismo hecho de que un eclesiástico aparezca postulado en la terna que se dirija al gobierno por el cabildo, ya se considera benemérito, y la eleccion inconcusamente ha de tener todos los caractéres del acierto. Pues entónces ¿qué buscará el gobierno general al transmitir las listas á los gobernadores de los estados, que se encuentren dentro de la diócesis, cuya mitra va á proveerse? ¿Será acaso investigar si el Obispo en quien se piensa es util á los pueblos que ha de gobernar? Si lo creyéramos así, quizá se juzgaria que en nuestra opinion, el Congreso general habia revestido al Gobierno Supremo de ciertas facultades que veriamos usurpadas á los gobernadores. Creemos mejor, que la ley de que tratamos, ha querido respetar esos derechos de inspeccion y proteccion á que nos referimos. La Constitucion federal no se ocupa absolutamente de este punto; pero en nuestro modo de ver, consideramos que en una materia que podemos llamar *capital,* es preciso atender á sus extremos, y fijar los medios: revestidos los estados con todas las insignias y atavíos de la soberanía, conceptúan que tienen derecho para proteger é inspeccionar á la Iglesia, y que se hallan en actual posesion de las facultades que les conceden las leyes y los cánones, y que en consecuencia, por sí solos pueden dictar disposiciones acerca de los negocios eclesiásticos; de consiguiente, seria oportuno fijar cuales son los derechos que competen á las legislaturas en esta materia, si por su soberanía propia han de proceder como tales defensores é inspectores, ó si son, digámoslo así, unos ecos de las disposiciones del Congreso general: mas claro, si la Iglesia está bajo su inmediata tutela, ó si esas legislaturas y los gobiernos de los estados, son verdaderamente unos vigilantes. En este caso, unicamente debemos estar á lo que disponga la ley ó la Constitucion; pero en el primero, nos atrevemos á hacer recomendacion del medio que hemos indicado.

Como todos los puntos que nos hemos propuesto tocar en este discurso, tienen una íntima conexion entre sí, conviene tratar ahora de la tercera proposicion que nos hemos fijado, y que ciertamente desarrollará mas y mas la opinion que hemos emitido acerca de la segunda. La proposicion de que tratamos, dice: *Es facultad de los estados proteger la religion, que sin embargo no pueden deprimir ni decretar su extincion.* Recientemente ha reconocido nuestro gobierno este principio, aunque hablando en general; pero repetimos que lo ha reconocido, declarándolo así en un documento oficial. En efecto:

abramos la memoria que presentó el Ministerio de Justicia y negocios eclesiásticos á las Cámaras del Congreso general en Febrero de este año, y verémos que en las páginas 96 y siguientes, ha dicho: "Los gobiernos de los paises, exclusivamente católicos, tienen deberes grandes que llenar, respecto del culto, de los negocios eclesiásticos y de la disciplina externa de la Iglesia. Les viene este cuidado de la naturaleza del poder supremo, que comprende todo lo concerniente al órden de la sociedad, á la proteccion de todos los habitantes y al establecimiento y conservacion de las buenas costumbres; y les viene tambien de los mismos cánones de la Iglesia, por los cuales está encomendada su observancia y proteccion á las supremas potestades civiles.—Este deber tutelar, respecto de la Iglesia, es interesante y grave, y acaso porque no ha sido siempre atendido con el mayor cuidado, la administracion nacional se encuentra con tropiezos considerables.—La moral pública no puede ser mas que la moral religiosa, que enseñando los preceptos divinos y las máximas evangélicas, forma á los hombres, no solo para la familia, sino tambien para la sociedad. Los principios sociales descansan en las buenas costumbres, y estas derivan de los principios religiosos, los que no pueden ser otros que los que forman la moral cristiana. El Evangelio ilustra y canoniza las formas republicanas, porque sus máximas y su espíritu aproximan unas á otras las clases mas desiguales, inspiran los sentimientos tiernos y generosos, consuelan la desgracia, reprimen fuertemente los vicios, consagran todas las obligaciones domésticas y civiles, y producen, en fin, ciudadanos virtuosos y útiles á la pátria. Al augusto ministerio del sacerdocio está especialmente encomendado desarrollar ese gérmen fecundo de virtudes y de felicidad que, una vez extendido segun los designios del Divino Fundador del cristianismo, dará por resultado la paz y la concordia, el respeto á las personas y propiedades, la fidelidad conyugal, la caridad y demás virtudes que son la base del órden público y la condicion necesaria de todo progreso nacional.—Es un deber de los gobiernos católicos honrar y hacer respetar esta religion divina, protegerla y contribuir á su engrandecimiento, y coadyuvar tambien, como el medio mas eficáz, á la cumplida educacion de los jóvenes que emprenden la carrera eclesiástica, porque estos deben ser los maestros de los pueblos, el modelo de la vida honesta y útil, los celadores de las costumbres públicas y privadas, los consejeros y conciliadores en ocasiones dificiles, los que graben en el corazon de los niños las máximas que han de sobrevivir á las ilusiones seductoras, pero frágiles del entendimiento y de las pasiones; los que, en una palabra, son para el comun de las gentes la moral viva, y el depósito mas accesible de la sabiduría, aun en el órden económico. Puede asegurarse, que los pueblos, administrados por párrocos instruidos y virtuosos, tendrán costumbres y serán felices, y que por el contrario, la perdicion y la inmoralidad cunden bajo la sombra de la indolencia de los pastores.—A los estados toca

considerar atentamente la importancia de la instruccion en los seminarios conciliares para favorecerla con empeño; mas los poderes generales deben hacerlo, respecto de la Capital de la República, que es la metrópoli de las iglesias mexicanas, por cuyo conducto han recibido la luz evangélica, la disciplina y la enseñanza."

El Gobierno general ha reconocido en un documento oficial y en una ocasion muy solemne, así como en un lugar sagrado, que los estados tienen intervencion en los asuntos de la Iglesia, porque ha confesado que á ellos toca favorecer empeñosamente la educacion de la juventud en los seminarios conciliares, debiendo hacerlo él respecto de la Capital de la República, *que es la metrópoli de las iglesias mexicanas*· no ha querido, por tanto, ni aun pensar en restringir esos derechos á los estados, porque consulta á la naturaleza de nuestras actuales instituciones: y si se conviene en que tienen facultad de influir en órden á la religion, aun cuando sea bajo el aspecto de la educacion pública, el problema está ya resuelto, y de consiguiente, es claro que los estados pueden dar la mano á este establecimiento por sí solos, sin que puedan tampoco por el mismo hecho, deprimirla, ni decretar su extincion. En efecto, no tienen facultad para extenderse hasta allá; pero todavia debemos observar este negocio con mayor latitud, porque no solo los estados carecen de facultades para acordar la extincion de la religion, sino que tambien el Congreso de la Union se halla en igual caso, porque el artículo 171 de la Constitucion federal, establece, que: "jamás se podrán reformar los artículos de esta „Constitucion y de la Acta constitutiva que establecen la libertad é „independencia de la nacion mexicana, *su religion*, forma de gobier„no, libertad de imprenta y division de los poderes supremos de la „federacion y de los estados." De consiguiente, el Congreso de la Union y las legislaturas de los estados, se encuentran elevados á un mismo grado, y así como estos no pueden ejercer la facultad de extinguir las religiones que existen, aun cuando tengan derecho de restablecer las suprimidas, aquel tampoco puede innovar cosa alguna en materia de religion, porque lo prohibe absolutamente el código fundamental de la República; pero si tiene la facultad de protegerla, lo mismo que las legislaturas, y bajo este concepto, quedan probadas plenamente las dos proposiciones que hemos sentado y sostenido.

El sistema de gobierno representativo, popular federal, tiene la ventaja de reconocer la division política del territorio que constituye una nacion; y de subdividir ese mismo territorio en tantas fracciones cuantas son los diversos pueblos que forman aquella, y que están unidos bajo diversos climas, con diferentes costumbres y distintas necesidades. De consiguiente "para unir las diversas ventajas, en expre„sion de Tocqueville, que resultan del tamaño mayor ó menor de las „naciones, se ha creado el sistema federativo:" así nos hemos explicado en otro lugar de este discurso. No podemos ciertamente prescindir ni por un solo momento de la significacion de las palabras:

tengamos presente esta voz *naciones*, y desde luego notarémos, que es imposible dejar de reconocer su independencia, su soberanía, la libertad en que se hallan de adoptar el gobierno que mas les convenga, de constituirse de la manera que mas les agrade. Aun cuando veamos que todas esas naciones se unen y confunden por medio de cierta confederacion, no debemos menoscabar las prerrogativas de cada una de ellas. Los Estados-Unidos de Norte América, que son la cuna de la federacion y el pais en el cual se ha desarrollado de un modo portentoso, nos demuestran que han sabido respetar los derechos que competen á los estados, porque consultando su constitucion general, leemos el artículo 1.° de su acta de reformas, que dice: "El Congreso no hará ley alguna relativa á algun establecimiento de „religion, ó prohibiendo el libre ejercicio de ella, ni pondrá límites á „la libertad de discurrir á la libertad de la prensa, ni al derecho que „tienen los pueblos de juntarse pacíficamente, y representar al gobier. „no por la reforma de abusos." Esta declaracion constitucional, nos indica muy expresamente, que el Congreso de la Union, en aquel pais, ha reconocido los justos límites en que está contenido; dejando á los demas estados que forman *el todo* que llamamos *la federacion*, en el libre y absoluto ejercicio de sus funciones, como debe ser, atendiendo á las exigencias de la justicia. Así lo comprueban las constituciones de los Estados-Unidos, y robustece esta verdad la del Estado de Nueva York, porque en el número 3 correspendiente al artículo 7.°, encontramos estampada esta prevencion: "La profesion y „el libre ejercicio de todas las creencias religiosas y de todos los cul. „tos, sin ninguna preeminencia están permitidos á todos, y lo estarán „siempre; pero la libertad de conciencia, resguardada por este artí. „culo. no puede extenderse hasta el punto de excusar actos licencio. „sos, y prácticas incompatibles con la paz y seguridad del Estado." En la constitucion general, encontramos que el Congreso de la Union se niega la facultad de hacer ley alguna relativa á cualquiera establecimiento religioso, y por la constitucion particular del Estado de Nueva York aparece ejercida la facultad de determinar acerca de la religion. Repetimos todavia, que el punto de que nos ocupamos, no está aun fijado en nuestra constitucion; mas esto no obstante, hay muy buenas razones para defender nuestra opinion: esta es demasiado fundada, y si dijéramos que con arreglo á la constitucion de los Estados-Unidos de Norte América resolviamos la cuestion que ventilamos, no aventurariamos un aserto exagerado, porque aquella constitucion es el modelo ú original de la que la República vió sancionada el dia 4 de Octubre de 1824: es una cópia fiel, y cualquiera que se tome el trabajo de comparar ámbos documentos, encontrará que aun la redaccion no difiere mucho. Sin embargo, prescindimos ahora de esa identidad, y nos contraemos á decir nuevamente, que por la naturaleza misma del sistema de gobierno que nos rige, los estados tienen facultades innegables de proteger la religion; extendiéndo-

se con todo al Congreso de la Union, porque así tambien lo quiere la constitucion que observamos, en lo cual está modificada por nuestra parte la que nos sirvió de modelo, porque debemos considerar, que México es la metrópoli de las iglesias mexicanas: eso no obsta tampoco, para que reconozcamos en los estados las preeminencias que tienen, y de las cuales injustamente se les quiere privar.

Muy provechoso será á la verdad no desconocerlas, si atendemos á que el ejercicio de ellas es un nuevo estímulo para las legislaturas, que las inclinará á poner en continuo movimiento sus esfuerzos para hacer todo el bien que exige la posicion de los pueblos, cuya felicidad les está encomendada. Por otra parte, los estados se hallan obligados á hacer sensible su influencia directa, en los asuntos de mayor trascendencia, y con los cuales esté ligada la dicha de sus súbditos, pues por medio de esa misma influencia, un espíritu vivificador se encuentra constantemente vigorizando los establecimientos, cuya duracion, cuyo fomento, cuyos progresos, hacen que las naciones ocupen en el mundo un puesto tan eminente, que las haga respetables por sus riquezas, por su crédito, por su probidad y por sus fuerzas, y estas cualidades no se adquieren sino hasta que los que las dirigen, los que disponen de sus destinos, han podido formarse idea de su alta mision, de lo que valen sus talentos, su influjo, y las tendencias de su corazon; no se logran sino hasta que á fuerza de estudio y experiencia han acertado á saber la importancia del gobierno, y la manera con que deben ejercer sus nobles y espinosas funciones. La ciencia del gobierno, como todas las otras ciencias, debe ser sencilla; pero si fuere complicada, ella necesita ser simplificada, y no reconocer absolutamente trabas de ninguna especie, exceptuando las que pueden favorecer los intereses de los súbditos, y servir como de valladares que resistan las reacciones y los ataques que se hacen sufrir al poder con las armas de la calumnia y de la maledicencia, para que la salud del pueblo y su prosperidad material é intelectual sean la insignia de los directores de un gran pueblo. Las trabas con que tropieza la administracion pública, son otros tantos inconvenientes para que se desarrolle; por lo mismo, debe siempre buscarse y recorrerse el camino mas corto, para l grar en el menor tiempo posible, la suma mayor de bienes. Los verdaderos y sinceros amigos de las instituciones políticas bajo las cuales marcha México, consideran, que debe imprimirse á esa misma marcha el carácter de la intrepidéz y de valor que le falta, para que el principio federativo tenga toda la expansion de que es susceptible. Los verdaderos y sinceros amantes de las actuales instituciones, repetimos, juzgan que ellas exigen imperiosamente tener todo el vigor é integridad de que son capaces, para que surtan todo su efecto, como sucede en los Estados-Unidos, en donde "el pueblo reina en el mundo político „americano como Dios en el Universo. Es la causa y fin „de todas las cosas; todo sale de él y todo en él se absor.

„ve (1).“ Indudablemente, queda de ese modo logrado el objeto de la federacion, y el gobierno cumple con la alta mision que le toca, y le ha designado la Providencia Divina.

Dando, pues, al sistema federativo toda la extension que requiere por su naturaleza propia, el gobierno se simplifica á la verdad, y las constituciones general de la Union, y particulares de los estados, reducidas á pocos artículos, fijan perfectamente los derechos y las obligaciones de los supremos poderes, y de los súbditos. Por tanto, la constitucion debe ser sumamente clara, porque como dice un escritor anónimo (2) “la distribucion de las materias en una constitucion, aun„que tenga mucho de arbitrario, debe ser, sin embargo, la que mas „convenga á la claridad y dé mas facilidad de aprenderla y retener„la. Generalmente se ha adoptado la division por artículos; y si es„tos pueden encadenarse de manera que unos parezcan consecuen„cias necesarias de los otros, esto ayudará prodigiosamente á la inte„ligencia y á la memoria. El estilo debe ser conciso, cortado, popu„lar: las voces, las mas usadas, y cuyo sentido no esté sujeto á duda; „y si alguna vez es indispensable servirse de una palabra poco cono„cida y usada, debe ser acompañada de una explicacion clara de ella. „El legislador debe hablar con nobleza y dignidad, pero sin afectar „un tono de misterio y de oráculo, y sin buscar con demasiado estu„dio las formas oratorias.” La constitucion, decimos, no solo ha de contener la claridad, la exactitud y la concision, sino tambien la estabilidad y la permanencia, porque estas dos últimas condiciones son enteramente necesarias, para que los gobiernos se cimenten, y se imprima en la marcha de la administracion la maduréz que siempre los hace respetables. No por esto se crea que estamos persuadidos de que las reformas son ineficaces en lo particular; por el contrario, creemos que en ciertos periodos, la constitucion debe ser reformada, caso de que la experiencia justifique la necesidad de una prudente variacion, porque con ella se sigue el espíritu de adelantamiento, se consultan las mejoras intelectuales del pais, y se logra la prosperidad y la dicha de todos los ciudadanos. En general, si estamos decididamente opuestos á las modificaciones intempestivas, que se apellidan neciamente con el épiteto de *reformas*. No necesitamos detenernos en producir las pruebas de esta verdad: el aspecto de la República Mexicana, la demuestra de una manera irrefragable.

La digresion en que nos hemos detenido, no es ociosa ciertamente, porque ha tocado asuntos de la mayor importancia, que acreditan la evidencia de las proposiciones que hemos sentado, defendiendo que los estados tienen facultad de proteger la religion, sin poderla depri-

(1) Tocqueville en su obra titulada: “De la Democracia en la América del Norte, Cap. 4.°

(2) Léase el escrito tiulado: “Ideas primordiales sobre varios asuntos de utilidad pública, ilustradas por el sábio catedrático de Salamanca.”

mir, ni acordar su extincion: volvemos, pues, á decir, que la digresion no es inútil, porque ella contiene principios interesantísimos, que es preciso establecer con la debida perfeccion. En la constitucion de un pais, que se halla dividido como el nuestro, es menester determinar, con claridad, con fijeza y con exactitud, cuales son las atribuciones de todos y cada uno de los poderes, su extension, su limitacion, y expresar la forma en que quiere que sean ejercidos. Porque nadie negará, que estando bien demarcados todos esos objetos, ni aun las convulsiones pueden prepararse, ni llegar á producir su tremenda y funesta explosion, sino que todos esos poderes están encerrados, permítasenos esta frase, dentro de los salvadores atrincheramientos de la constitucion. Garantidos aquellos de que su autoridad benéfica no encontrará tropiezo alguno ni contradiccion, porque nadie la disputará, procederá á dedicarse, con la conciencia de su tranquilidad, á observar escrupulosamente la marcha de los negocios, sus exigencias, sus faltas, los abusos que se cometan, y se aplicará incuestionablemente á poner en práctica aquella máxima de eterna verdad, á saber: que *los gobiernos se han hecho para los gobernados, y no los gobernados para los gobiernos*. Así es que los poderes, que se hallan en quieta y pacífica posesion del territorio en que deben obrar, pueden cumplir sus augustas funciones, sin estar combatidos por la alarmante y congojosa idea de que sus disposiciones han de ser combatidas, relajándose inmediatamente que se adoptan, sin haberse cumplido con ellas en lo absoluto. La mayor armonía precisamente ha de reinar entre todos los poderes, y el mejor modo de lograr tamaño bien, consiste sin disputa en saber respetarse mútuamente. Pero este respeto, esta armonía se alcanzará seguramente cuando entre todas las autoridades haya franqueza de procedimientos, cuando gocen de independencia, cuando el ejercicio del poder no encuentre resistencias de ninguna especie, cuando no se contrarie el camino que una de ellas sigue, por las cavilaciones de otra que tenga interés en frustrar las miras de la primera. Haya, pues, circunspeccion entre las autoridades: que se apliquen todas ellas á dar crédito á sus determinaciones; que haya inviolabilidad en éstas; que no se desvirtúen entre sí mismas, y últimamente, que sean verdadera y ámpliamente liberales, y entónces los celos, las rencillas y los disgustos desaparecerán enteramente.

El estudio mas importante en la vida del hombre, no es otro que el de la religion: requiere, pues, el mayor y mas delicado cultivo: de él depende indefectiblemente la felicidad de los ciudadanos; pero si se restringe á los estados la facultad que les concede nuestra constitucion general, para determinar ámpliamente acerca de la instruccion pública, claro es, que no hay esa liberalidad de que hemos hablado en el ejercicio del poder, y entónces ó se infringe la constitucion en esa parte, y se comete un horrendo crímen, ó miente aquella, porque contiene declaraciones que nunca han de favorecer á los estados, aun cuando estén escritas, y sean enérgicamente reclamadas: respétense,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decimos, esas declaraciones, y lograrémos el inapreciable bien de la paz. "La primera necesidad de los pueblos, dice el escritor anóni-
„mo que hemos citado, es la paz, sin la cual ni puede prosperar la
„industria, ni extenderse las luces, ni entregarse los hombres á tra-
„bajos cuyo resultado sea la felicidad comun, objeto único de las aso-
„ciaciones civiles: ¿y quién no ve que cuando la paz no está apoyada
„sobre leyes estables, sobre una constitucion política, siempre será
„poco segura? Cuando un hombre puede hacer la guerra por los in-
„tereses de su familia, de su persona ó de su vanidad, ¿qué seguridad
„puede haber de que no lo hará, y conservará la paz? La necesidad
„de la paz prueba, pues, tambien la necesidad de una constitucion polí-
„tica." Hemos indicado ántes que la religion es la materia mas interesante que el hombre debe sujetar constantemente á su estudio, porque es la única que decide siempre de su bienestar, como que todos los demás objetos le están subalternados; pues bien: este asunto tan delicado, debe ser el que ocupe las primeras secciones de una constitucion, y siendo el que influye directamente en la salvacion de los ciudadanos, ¿querrémos persuadir, por un espíritu de partido, que no está fijado en nuestra constitucion general? ¿querrémos confesar, que los autores de esa misma constitucion fueron tan imbéciles, que no lo determinaran, sabiendo que era imposible que no se ofreciera en la economía de la vida nacional? y siendo tan importante, ¿creerémos que los estados de la confederacion mexicana hayan quedado sin saber cual es la latitud con que deben ejercer su autoridad en materia de religion? Juzgamos que el orgullo nacional se ofenderia con justicia, si respondiéramos afirmativamente esas cuestiones.

El libre ejercicio del poder de los estados, que no reconozca otras restricciones que las rigorosamente necesarias para que se contenga en su órbita determinada, es siempre provechoso, y dá valor y aliento á la persona ó corporacion que lo usa, para llegar al término á que ha de aspirar necesariamente. Este ejercicio, en lo general, y bajo su aspecto total, debe presentar públicamente un motor único, cuyos agentes sean como naturales y sencillas emanaciones de un regulador central, formando combinaciones perfectamente acabadas, de manera que alimenten la conciencia de que el bien que producen, ha de ser duradero, y transmitirse de generacion en generacion; en una palabra, el gobierno que llamarémos general, ó sea la administracion política, considerada en su conjunto, necesita mostrarse como en Inglaterra, en donde el gobierno "es una especie de lucha perpetua, y por
„decirlo así, armada, entre las varias clases de ciudadanos, por me-
„dio de la accion y reaccion de unas en otras, en que las clases infe-
„riores tratan de arrancar á las mas altas sus privilegios, y estas los
„defienden á todo poder.—De este choque continuo resulta la liber-
„tad pública, como la agitacion de las aguas produce su pureza. Es
„verdad que, á veces, un viento impetuoso pone á este mar en una
„agitacion violenta; pero estas tormentas pasageras no hacen mas

„que manifestar la fuerza oculta de la masa enorme que ponen en
„movimiento, presentando al mundo el magnífico expectáculo de su
„grandeza, y del órden inmudable á que está sujeta. A pesar de su
„violencia, las olas no pasan de los límites señalados." (1). Así es como en la federacion principalmente, debe obrarse, y de consiguiente, no negar á los estados las facultades que les competen, porque esa negativa produce por precision una alarma y ciertos celos entre las autoridades, que las distrae de su objeto, y el gobierno no presenta mas que el caos y la confusion. Por otra parte, es preciso convenir, en que los estados no pueden abusar de su poder, si se procede constitucionalmente, porque conforme á la fraccion 9.ª del artículo 161 de nuestra constitucion, aquellos *tienen obligacion de remitir á las dos cámaras, y en sus recesos al consejo de gobierno, y tambien al supremo poder ejecutivo, cópia autorizada de sus constituciones, leyes y decretos*, y es sabido que esta remision tiene por objeto que sufran aquellos y estos un rigoroso exámen para conservar intacto el sistema del gobierno, sobre el cual ha de vigilar el Congreso de la Union, quien por el artículo 49 de la misma constitucion debe "conservar la union
„federal de los estados, y la paz y el órden público en lo interior de
„la federacion, sosteniendo la igualdad proporcional de obligaciones
„y derechos que los estados tienen ante la ley." Ese exámen es precisamente la traba saludable y salvadora de que hemos hablado para que sirva de valladar no solo á las reacciones, sino al despotismo y á la arbitrariedad y tiranía; pero aun esa facultad que compete al Congreso general para revisar los actos de los diversos estados de la federacion, debe usarse con prudente economía, sin que por eso vaya á atacar las atribuciones que les tañe, para evitar convulsiones, y atender sériamente á la consolidacion del gobierno.

Consideramos siempre muy peligroso que los estados reciban fuertes y continuas impresiones que sacudan violentamente sus constituciones y sus leyes, porque entónces se impide que se cimenten, se ramifique su gobierno y se robustezca. El ojo observador del soberano general debe cuidar escrupulosamente de todos esos objetos, pues así es como coopera muy eficázmente á la felicidad particular de los súbditos de cada estado, y al engrandecimiento y gloria del país. "Un
„príncipe, un soberano, sea quien fuere, que se debe enteramente á
„la nacion, dice Vattel (2), está sin duda obligado á extender la glo-
„ria de ella, en cuanto le sea posible. Hemos visto que su deber es
„trabajar en la perfeccion del estado y del pueblo que le está someti-
„do; así le hará merecer la buena reputacion y la gloria. Debe te-
„ner siempre presente ese objeto en cuanto emprenda y en el uso que

---

(1) Así se explica Mr. Cottu, en su obra titulada: "De la administracion de la justicia criminal en la Inglaterra; y espíritu del sistema gubernativo inglés," Cap. 6.°

(2) Derecho de gentes, Lib. 1.° Cap. XV. §. 188.

„de su poder hiciere. Haga brillar la justicia, la moderacion, la gran-
„deza de alma en todas sus acciones; adquirirá para sí mismo y para
„su pueblo un nombre respetable en el universo, y no ménos útil que
„glorioso." De buena fé creemos que se logrará esa gloria, siempre que la República muestre que las autoridades se hermanan perfecta y cordialmente, que una misma intencion domina en todas ellas, la felicidad de los pueblos, y que empeñosamente se dedican á cumplir con la alta mision que les está encomendada. Preciso es que los ciudadados sean lo que deben ser, porque como asienta Vattel (1) "la
„reputacion de los individuos recae sobre la nacion por un modo de
„hablar y de pensar igualmente comun y natural. Atribúyese en ge-
„neral una virtud ó vicio á un pueblo, cuando esa virtud ó ese vicio
„son en él muy frecuentes. Dícese que una nacion es belicosa, si
„produce un gran número de guerreros valientes; que es sábia, si en-
„tre sus ciudadanos hay muchos sábios; que sobresale en las artes, si
„tiene en su séno muchos artistas hábiles; por el contrario, se la lla-
„ma cobarde, perezosa, estúpida, si las personas de este carácter son
„en ella mas que en otra parte numerosas. Los ciudadanos obligados
„á trabajar con todo su esfuerzo en el bien y utilidad de la pátria, no
„solo se deben á sí mismos el cuidado de merecer una buena reputa-
„cion; débenla tambien á la nacion en cuya gloria la suya tanto es
„capaz de influir. Bacon, Newton, Descartes, Leibnitz, Bernouilli,
„han dado honor á su pátria, y la han servido útilmente con la glo-
„ria que han adquirido. Los grandes ministros, los grandes genera-
„les, un Oxestiern, un Turena, un Malborough, un Ruyter, sirven
„doblemente á su pátria, con sus acciones y con su gloria. Por otra
„parte, un buen ciudadano tendrá un nuevo motivo de abstenerse de
„toda accion vergonzosa, en el temor del deshonor que sobre su pá-
„tria pudiera redundar; y el príncipe no debe tolerar que sus súbditos
„se entreguen á vicios capaces de difamar la nacion, ó de empañar
„siquiera el lustre de su gloria: está autorizado á reprimir y castigar
„los escándalos, que hacen al estado un perjuicio real."

Cuando los poderes guardan una perfecta armonía entre sí; cuando no tienen que temer continuas agitaciones, luchas y contradicciones en el ejercicio de él; cuando tienen conciencia cierta de su tranquilidad; y cuando, en fin, gozan de una paz inalterable, entónces es cuando pueden dedicarse eficazmente á realizar los grandes y asombrosos proyectos que conciben ó se ponen á su deliberacion, para procurar el engrandecimiento del pais que dirigen; entónces es cuando descargados del enorme peso de las revoluciones y choques que los agobian, y que forman una série no interrumpida de atenciones de la primera categoría, mientras existen, pueden hacer que sus esmeros desciendan á negocios secundarios por el órden en que son colocados, y cuyas combinaciones requieren una aplicacion continua; entónces

(1) Ibi, §. 189.

es cuando bajo la egide de la paz y de la calma, se realizan las felices concepciones que llenan de asombro al universo; entónces es cuando hay verdadera gloria, y un seguro porvenir de felicidad para la pátria; y entónces, finalmente, es cuando se goza de buena reputacion en el exterior, y el pais es digno de ocupar un elevado puesto entre las naciones de primera clase. Las ciencias y las artes, á su vez, influyen de un modo pasmoso en esta grande obra: ellas traen las riquezas, los honores, las consideraciones, y aunque bajo este título contemplemos que los estados tienen derecho para proteger la religion, debemos confesar de buena fé, que sus disposiciones en este sentido son válidas, son legalmente dictadas, y ningun poder extraño debe oponerles contradiccion alguna: por tanto, y apoyados en los incontrovertibles fundamentos que hemos expendido, aseguramos ya sin temor de incurrir en equivocaciones, que aunque se reconozca en los estados el derecho de restablecer religiones, no seria cuerdo sostener, que por el mismo hecho se les acordaba la facultad de extinguir las existentes; y que es facultad de los estados proteger la religion, que sin embargo no pueden deprimir ni decretar su extincion.

Lo que hemos sentado próximamente, nos conduce de una manera natural y sencilla, á hablar de la cuarta proposicion que establecimos al principio de nuestro discurso; esto es, *que restablecer una corporacion religiosa, es precisamente proteger esa religion*, (la de Jesucristo). Ya hemos dicho, que todas las proposiciones que hemos fijado, tienen entre sí una íntima conexion, y bajo esta inteligencia, nuestros lectores no extrañarán, que al tratar de una de ellas, nos refiramos á todas, ó á las anteriores ó á las posteriores simultáneamente. En efecto, el restablecimiento de una corporacion religiosa, importa sin disputa la proteccion debida con tanta justicia á la religion. Esta parte de nuestro discurso, nos parece tan obvia, que nos causa pena ocuparnos de ella; sin embargo, no podemos dispensarnos de esta tarea, por mas que nos moleste, porque siempre conviene rectificar los principios mas claros é incuestionables, que á veces suelen extraviar la malevolencia y la perversidad. Una religion, ó lo que es lo mismo, una comunidad religiosa, como por ejemplo, la de la Compañía de Jesus, es una grande adquisicion para la Iglesia á quien se protege por este medio, atendiendo á los inmensos é importantes servicios que siempre ha prestado en lo político y en lo espiritual. Si consultamos los antecedentes de los Jesuitas, encontrarémos demostrada por sí misma la verdad que hemos enunciado, y si queremos aun cotejar los buenos oficios de los sacerdotes católicos con los de los sacerdotes protestantes, convendrémos sin titubear un solo momento en que el restablecimiento de una corporacion religiosa, importa una verdadera proteccion dispensada á la religion de Jesucristo. Los sacerdotes católicos en efecto han sido siempre respetados por sus virtudes, por sus importantes servicios, y porque han llenado en todos tiempos sus augustas funciones con edificacion y con magni-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficencia, en tal grado, que han sido la causa ocasional y tambien eficiente de que muchos, abjurando sus errores, y destruyendo las ilusiones que se formaron, y con las cuales vivieron engañados, hayan abrazado el catolicismo de todo corazon y de buena fé, pues "nunca „ha tenido mas eficacia la intervencion del cristianismo que en las „grandes calamidades; nunca se manifiesta mejor el celestial orígen „de la religion que enmedio de los desastres, cuando es preciso con„solar, sostener, reparar. Cuando todos los ánimos están vencidos „por la violencia del mal, cuando todas las frentes se prosternan en „el polvo, cuando la esperanza y todos los consuelos humanos han „desaparecido, entónces es cuando empieza la obra del cristianismo: „su palabra vuelve el aliento á los afligidos, y les hace alzar los ojos „al cielo, y su mano sostiene á las naciones trémulas mientras cami„nan por los fatales dias de sus peregrinaciones. ¡Mision sublime que „la religion se ha atribuido siempre!" Este bello y sublime pasage, que hemos tomado del Periódico titulado "El Católico," sirve de introduccion á un artículo que bajo el rubro de "Las dos pestes," corre impreso á la página 409 del mismo, y contiene dos ejemplos que comprueban la proposicion que hemos sentado. La suma importancia de ellos, nos hace insertar en este lugar el artículo á que nos referimos, prefiriendo semejante tarea, con tal de no rebajar su mérito, haciendo un extracto suyo trunco, que diria mal con la sublimidad del todo. Dice, pues, el artículo:

"En Agosto de 1720, declaróse en Marsella la peste de Oriente, llevada á aquellas playas el 25 de Mayo de aquel año por el capitan Chataud, recien llegado de Tripoli. Es imposible, á ménos de leer la historia circunstanciada de aquella peste, figurarse por qué reunion de fatales circunstancias, por qué obsecacion de los magistrados, de los médicos, de los inspectores de salubridad pública, penetró el contagio en Marsella, se desarrolló lentamente, pero sin obstáculos, hasta la hora, en fin, en que, como un torrente que rompe todos sus diques, se derramó sobre toda la ciudad, hiriendo á dos manos y por todas partes como el Angel exterminador, y gritando al oido de los insensatos que querian negar su presencia: "¡Este es vuestro último dia!"

"Cuanto habia sido grande la seguridad en los primeros dias de la enfermedad, tan inaudito fué el terror cuando el número de las víctimas no permitió ya desconocerle ni aun á los mas incrédulos: los magistrados y los vecinos del pueblo perdieron toda resolucion, apenas contemplaron cara á cara la horrible realidad. Nadie vió mas que un medio de salvacion, la fuga, y la mitad de la poblacion recurrió á él. Los ricos se apresuraron á reunir provisiones y á volverse á sus quintas situadas dentro del cordon sanitario que acababa de trazarse al rededor de Marsella: los pobres dejaron la ciudad en gran número, y se refugiaron en rocas, cavernas, y bajo tiendas levantadas á la ligera. Los marinos se embarcaron con sus familias, formando,

por decirlo así, en el puerto y en la rada una ciudad flotante enmedio de una ciudad inmóvil. ¡Vanas precauciones! La mayor parte de aquellos desgraciados, habian llevado consigo el gérmen mortal, y el contagio huia con ellos; pero no por eso era ménos general la emigracion, y los magistrados, los directores de los hospitales, los inspectores de salubridad, los consejeros del ayuntamiento, todos los empleados municipales, excepto los regidores, desaparecieron en breve.

"Estaba entónces á la cabeza del clero marsellés un hombre cuyo apellido recuerda en una sola palabra, la mayor nobleza, el mayor valor, la mas acrisolada sublimidad en las virtudes que inspira la religion cristiana, y cuya historia no puede leerse sin lágrimas y estremecimiento: aquel prelado, aquel confesor, aquel apóstol, se llamaba Belzunce. Era persona de ilustre cuna, de una grande elocuencia, de una sabiduría universal, pero la posteridad no recuerda mas que su caridad. El ilustrísimo Señor Belzunce era, hacia doce años, obispo de Marsella. Apenas estalló el contagio, comprendió su posicion como San Cárlos Borromeo habia comprendido la suya, y saliendo de su palacio episcopal, con la frente serena y la sonrisa en los labios, fué derecho á la peste, y empezó contra la plaga enviada por el infierno una lucha terrible de que salió vencedor el enviado de Dios. A su voz, los canónigos de su cabildo, los curas y los vicarios de su diócesis, los religiosos de todas las comunidades, cuantos sacerdotes habia en Marsella, comprendieron que les amenazaba el martirio, y volaron en busca de él: semejante conducta no necesita elogios; basta referirla. A todas horas del dia y de la noche, enfermos ya ó sanos todavia, aquellos dignos ministros del Dios que bebió el cáliz del huerto de los Olivos, se repartieron los barrios mas infestados de la ciudad, y semejantes á ángeles consoladores, aparecian junto á la cabecera de los enfermos con los auxilios del arte y los de la religion, porque muchos médicos y entre otros los que el regente habia enviado, habian temblado al aspecto del contagio, y habian huido de Marsella. Animado por la caridad, la mas fecunda de las virtudes evangélicas, el ilustrísimo Señor Belzunce parecia multiplicarse: en todas partes se le veia á la cabeza de su clero, y su título de obispo no le servia mas que para reclamar una mayor parte de fatigas y de peligros. La mayor parte de los apestados, echados de todas partes, ostigados como fieras, se refugiaban en los puertos, en los paseos y en las calles: allí iba á asistirlos el Señor Belzunce: varios sacerdotes le seguian cargados de provisiones y de medicinas. A los enfermos á quienes tenia esperanza de salvar, prodigaba cuidados y consuelos; á aquellos cuya vida parecia irremisiblemente amenazada, les enseñaba el cielo y les administraba los sacramentos con sus trémulas manos. ¡Por do quiera le rodeaba la muerte! respirábala en el último suspiro de los enfermos á quienes auxiliaba, la tocaba vendando sus horribles llagas, y andaba sobre ella pisando sus vestidos apestados. ¡La muerte! á cada instante heria á alguno de los sacerdotes que for-

maban su séquito: rondaba al rededor de él como un lobo al rededor de su presa, y parecia que no le respetaba tanto tiempo mas que para gozar de su agonía. Salvóse sin embargo, pero ¿cuál otra religion podrá nunca ofrecer tan magnánimos ejemplos, inspirar tan valerosos sacrificios?

"En el mes de Setiembre fué cuando adquirió el contagio mas violencia: morian mil personas por dia. Las calles estaban atestadas de cadáveres: habiase puesto en libertad á un gran número de presidarios para que se encargasen de enterrarlos, pero no bastaban, y la mortandad aumentaba á medida que se iba corrompiendo mas el aire. Presentaba entónces Marsella un expectáculo que se halla admirablemente pintado en una pastoral que escribió el ilustrísimo Señor Belzunce para prescribir penitencias y oraciones:

"Ay de nosotros y de vosotros, carísimos hermanos mios, si todo lo que vemos y pasamos hace mucho tiempo no es todavia capáz de inspiraros sérias reflexiones! Una prodigiosa cantidad de familias se ha extinguido enteramente con el contagio: el luto y las lágrimas han entrado en todas las casas: ya ha caido inmolado un infinito número de víctimas á la justicia de un Dios irritado; ¡y nosotros, que no somos acaso ménos culpables que aquellos de entre nuestros hermanos sobre los cuales acaba de ejercer el Señor sus mas tremendas venganzas, podriamos estar tranquilos, no temer nada por nosotros mismos, y no hacer todos nuestros esfuerzos para procurar con nuestra pronta penitencia, libertarnos de la espada del Angel exterminador!

"¡De qué horrible expectáculo no hemos sido y somos aun los tristes testigos! Hemos visto todas las calles de esta gran ciudad atestadas á ámbos lados de muertos medio podridos, tan llenas de ropas, de muebles pestilentes tirados por las ventanas, que no sabiamos donde poner los pies. Hemos visto á una infinidad de enfermos ser un objeto de horror y de espanto aun para las personas á quienes la naturaleza debia inspirar hácia ellos los sentimientos mas tiernos y respetuosos, abandonados por sus parientes mas cercanos, arrojados inhumanamente de sus propias casas, tirados sin ningun auxilio por las calles entre los muertos, cuya vista y hedor eran insoportables. ¡Oh cuántas veces, en nuestro amargo dolor, hemos visto á aquellos moribundos tender hácia nosotros sus manos trémulas para manifestar su júbilo de vernos una vez todavía ántes de morir, y pedirnos en seguida con lágrimas, y con todos los sentimientos que la fé y la penitencia mas perfecta pueden inspirar, nuestra bendicion y la absolucion de sus pecados! ¡Cuántas veces tambien hemos tenido el dolor de ver espirar á algunos de ellos por falta de auxilios!

"Hemos visto los cuerpos de algunos ricos del siglo, envueltos en un simple lienzo, mezclados y confundidos con los de los mas pobres y despreciables en apariencia, arrojados como ellos á viles carretas, y llevados con ellos sin ninguna distincion á una sepultura profana, fuera del recinto de nuestras murallas. Marsella, esta ciudad tan

floreciente, tan soberbia, tan poblada hace pocos meses; esta ciudad tan querida, cuyas diferentes bellezas os gustaba hacer observar y admirar á los extrangeros, cuya magnificencia ponderabais con tanto orgullo; esta ciudad, cuyo comercio se extendia de un confin al otro del universo, adonde todas las naciones, aun las mas bárbaras y remotas, estaban representadas constantemente; Marsella se ve de repente abatida, privada de todo auxilio, abandonada de la mayor parte de sus habitantes. Toda la Francia, toda la Europa se precave de ellos: se han hecho odiosos al resto de los mortales. ¡Qué extraña mudanza! ¿Manifestó jamás el Señor su venganza de un modo mas terrible y señalado?

"El dia de todos los Santos, hizo el ilustrísimo Señor Belzunce erigir un altar fúnebre enmedio del Coso, y muy de mañana, habiendo salido de su palacio, descalzo, con un hacha encendida en la mano, fué, en este atavio de suplicante, hasta el sitio donde queria implorar la misericordia celeste. Todas las campanas tocaban á muerto: resonaba á lo lejos el sordo estampido de los cañones: todo un pueblo pálido y desolado se habia prosternado en el Coso y en todas las calles desde donde se alcanzaba á ver el altar. Todos los ojos que podian llorar todavia estaban llenos de lágrimas, todos los pechos estaban hinchados con los sollozos, todas las voces repetian las palabras del profeta: *¡Señor! ¡Señor! ¡á ti clamé desde el fondo del abismo!* y en el altar del Coso, enlutado con negros paños, el padre espiritual de todos aquellos desgraciados celebraba el Santo Sacrificio, y ofrecia interiormente su vida por desarmar la cólera divina.

"Tantas oraciones, tantas virtudes, tantas lágrimas aplacaron en efecto á la Providencia. El furor de la enfermedad disminuyó rápidamente, pero cerca de un año tardó en desaparecer del todo de Marsella, donde hizo cincuenta mil víctimas.

"Hace pocos años, una plaga, oriunda tambien del Oriente, desplegó sus alas sobre París. El cólera morbo, mas terrible que la peste, pues que su causa es todavia un misterio y que todos los esfuerzos del arte han sido vanos contra él; el cólera, rompiendo todas las previsiones, desbaratando todos los cálculos, apareció de repente en esta gran Capital, en un tibio dia de primavera, bajo un cielo puro, enmedio de una atmósfera embalsamada por la vegetacion naciente. En pocos dias fué inmenso el número de las víctimas: el luto entró en todas las familias: los hospitales se llenaron de enfermos: las calles estaban atestadas de ataudes. Entónces un prelado que vivia en la obscuridad, escondido, casi proscrito, ignorado de todo el mundo, excepto de los pobres, salió de su retiro y se dirigió á las puertas del Hospital general. No se acordaba si habia habido Borromeos y Belzunces: seguia su ejemplo porque obedecia al grito de sus entrañas y á la voz de la religion. Entró en la sala de los enfermos, y es de advertir, que en aquella época todavia no se sabia si el cólera era un contagio ó una epidemia: acercóse al lecho de los moribundos, los to-

có con sus manos, y les dijo algunas de aquellas palabras dulces y consoladoras que desprenden de la vida y hacen esperar en la muerte. Entre aquellos á quienes prodigaba sus desvelos evangélicos, muchos habian contribuido sin duda á echarle de su palacio, muchos habian pedido su cabeza con alaridos de caribes; pero él, si se acordaba de aquellos momentos de prueba, era para ser todavia mas afectuoso con los que le habian causado tantas amarguras. "Esperad," les decia, "esperad, hijos mios," y luego les mostraba la cruz donde tantos tormentos padeció el Salvador de los hombres.

"Y lo mismo hizo todos los dias, y en todos los hospitales, hasta el fin de la epidemia, y á cada una de sus visitas seguian nuevas y abundantes limosnas. Este venerable prelado era el ilustrísimo Señor de Quelen, arzobispo de París, arrebatado por una temprana muerte el último dia del año 1839."

Los consuelos que presta la religion católica, apostólica, romana, pueden ser apreciados haciendo una comparacion, que sin embargo es sumamente inferior á la cosa con que se compara. Los consuelos de que tratamos, son, pues, capaces de apreciarse con los auxilios que proporciona una madre á sus hijos; mientras aquella vive, estos pueden en cierto modo hasta descuidar de su propia existencia, confiados en que los cuidados maternales suplen aquel desprecio, por medio de una activa é imperturbable vigilancia. Somos ciertamente todos los hombres muy toscos, para poder averiguar el grado de los consuelos de que nos ocupamos, y los que concebimos las ideas aunque no las producimos, experimentamos una sensacion harto extraordinaria al considerarlos, pues solo advertimos en nosotros un enfriamiento general de miembros, comparable con el hielo, que nos hace prosternar ante los adorables y secretos designios de la Providencia Divina, guiados irresistiblemente por una suma veneracion hácia el Supremo Hacedor, y con la conviccion de lo que somos realmente. Tales son las causas por las cuales la religion cristiana obra tan buenos y tan saludables efectos, por el ministerio de sus sacerdotes, y nuestra alma queda embelezada y en un completo extásis, cuando llega á nuestra noticia algun hecho, que puede reputarse, con toda naturalidad, como la consecuencia legítima del heroismo cristiano. Pio V, conocido bajo el nombre del cardenal Alejandrino ántes de su exaltacion al sólio pontificio, nos viene comprobando esta verdad. Ciñó la tiara el 7 de Enero de 1566. Reunia S. S. las prendas de los mas ilustres papas, y no fué menor el genio que desplegó para sostener dignamente el alto cargo que le habia confiado la Providencia, que su caridad y su virtud para llenar sus deberes de cristiano y de sucesor de San Pedro. Su humildad era admirable: muchas veces iba á los barrios mas retirados de Roma, á prodigar socorros á los pobres y á los enfermos. Un dia en que se paró delante de un infeliz leproso que estaba tendido junto á un guardacanton, como se usa en Italia, pasó un jóven caballero inglés, protestante de religion: á la vista del Sobe-

rano Pontífice, ocupado en vendar las llagas de uno de los mas miserables de sus súbditos, cayó de rodillas aquel noble extrangero lleno de admiracion, y tal fué la impresion que le produjo aquel expectáculo, que se convirtió al instante á la fé católica (1). Por el contrario, cualquiera otra religion, que no sea la que reconoce á Jesucristo por fundador, no proporciona esos auxilios á que hacemos referencia, y de ellos darémos una breve prueba.

Mr. William Cobbett, en su Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda, Carta XI §. 326 y siguientes, ha dicho: "En los párrafos 50, 51 y 52 de la carta III, hemos visto que la Iglesia católica no ha sido jamás ni es tan *exclusivamente espiritual*, que reprueba todo cuidado respectivo á los *cuerpos:* al contrario, una parte, y parte muy principal de sus preceptos, es excitar á obras *de caridad*, de una caridad que no es de una naturaleza tan sobrehumana y puramente espiritual que no se explique con actos exteriores, y no se muestre en las *buenas obras* hechas á los necesitados y á los enfermos: así es que una gran parte de sus *diezmos*, de las *oblaciones* y de sus *rentas* se empleaba en dar de comer al hambriento, en vestir al desnudo, en hospedar á los extrangeros, en socorrer á las viudas y á los huérfanos, en curar á los heridos y á los enfermos; en una palabra, uno de sus principales cuidados era que nadie, por baja que fuese su condicion, sufriese ni padeciese por falta de auxilios ó de asistencia: con este objeto entre otros varios, y á fin de que los sacerdotes tuviesen el menor número posible de cuidados propios capaces de separarlos del ejercicio de esta importante parte de su ministerio, *prohibió á todos el matrimonio*. De aquí dimanó que mientras la Religion Católica fué la religion de la nacion, hubo en ella *hospitalidad y caridad*, y no se oyó jamás, ni por sueño el triste dictado de *pobre*.

"Pero cuando se adoptó la Religion protestante y con ella el matrimonio de los sacerdotes, se vieron los pobres despojados del derecho que les daba su nacimiento, y obligados á vagamundear para proporcionarse algun auxilio mendingando ó robando. *Lutero* y sus sectarios negaron enteramente la doctrina de que las *buenas obras* fuesen necesarias para la salvacion, sostuvieron que la *fé* y *sola la fé* era necesaria, *y quitaron de su Biblia* la Epístola de *Santiago*, porque recomendaba la *caridad* y las *buenas obras*, y le dieron el nombre de *Epístola de paja*. En muchísimas cosas eran tan diferentes las opiniones de los *reformadores* como las graduaciones de los colores del Iris; pero todos convenian en que las *buenas obras* no eran necesarias para salvarse, y en que á los *Santos*, segun ellos tenian la modestia de llamarse á sí mismos, no podia cerrarse la puerta del Cielo por ninguna clase de pecados, por numerosos y enormes que fuesen. ¿Y qué podia ser la caridad para gentes entre quienes el robo, el sacrilegio, el

(1) Véase el periódico titulado: "El Católico," artículo que corre bajo el epígrafe de: UN BASGO DE LA VIDA DEL PAPA PIO V, á la pág. 323.

adulterio, el insesto y el perjurio eran acciones tan habituales, como el dormir y despertar, y á quienes enseñaba su religion que ninguno de dichos crímenes, ni todos ellos reunidos eran obstáculo para la eterna felicidad. Entre ellos en efecto se miraba la *caridad* (que es una *ventaja de solo la Religion Católica*) como una cosa de costumbre y totalmente indiferente en sí.

"En esto consiste que el espíritu de todos los establecimientos protestantes sea en *realidad* incompatible con la *caridad;* pues aunque algunos de ellos aun la conservan en el *nombre*, en ninguno se practica verdaderamente. No así en los establecimientos católicos, en los que se confundian, digámoslo así, la caridad constante y eficáz á la fé misma, y siempre eran inseparables. El Catecismo de *Douay* de que tanto abusan los ministros protestantes dice: "que la *caridad* „es el primer fruto del Espíritu Santo, y que consiste en dar de co„mer al hambriento y de beber al sediento, en vestir al desnudo, en „rescatar á los cautivos, en hospedar á los peregrinos, en visitar á los „enfermos y enterrar á los muertos." ¿Pero quereis, amigos mios, saber por qué nuestros rollizos ministros protestantes declaman con tanto furor contra tan *perverso* Catecismo? Declaman contra él, porque está en la naturaleza del hombre amar estas doctrinas, "contra „las que jamás prevalecerán las puertas del infierno." Declaman porque en ellas creyeron, y conforme á ellas obraron nuestros padres, y últimamente, porque á ellas debieron aquella interior inclinacion á socorrer á sus prójimos que, gracias á Dios, aun no se ha extinguido en los corazones de sus descendientes.

"Volvamos ahora á los párrafos 50, 51 y 52 arriba mencionados. En ellos hemos visto que la Iglesia Católica hacia enteramente supérfluas todas las leyes acerca de los pobres, pero luego que esta Iglesia fué robada y destruida, luego que insaciables *reformadores* saquearon los conventos y las iglesias, y se apoderaron de aquellas vastas propiedades que *pertenecian de derecho* á las clases mas pobres, cuando, en fin, fueron en gran parte saqueadas las parroquias, y las rentas que aun les quedaron pasaron á manos de *hombres casados*, entónces se hallaron los pobres (pues siempre los habrá en toda sociedad) destituidos de todos los medios de existencia, y reducidos á pedir limosna ó á robar: en seguida vino nuestra *buena* reina Isabél, dió la última mano al saqueo de la Iglesia y de los pobres, y por una consecuencia necesaria, la Inglaterra, en otro tiempo tan feliz, tan libre y tan hospitalaria, se convirtió en una guarida de ladrones y de esclavos famélicos. El protestante *Strype*, á cuya autoridad se refiere *Hume* un millon de veces, nos transcribe el siguiente extracto de una carta de un juez de paz de Somersetshire dirigida al Lord gefe de la justicia: "Puedo decir sin exageracion que los *hombres capaces de servir* que „andan esparcidos vagamundeando por acá y por allá, serian bastan„tes, si se los sujetase á una disciplina regular y severa, para dar una „batalla terrible al enemigo mas poderoso de S. M., en lugar de que

„en el estado en que en el dia se hallan, son una fuerza muy consi„derable á favor de aquel: además, la generacion que cada dia va na„ciendo de éstos, manifiesta deber ser con el tiempo aun mas perver„sa que sus progenitores. No perdonan ni al rico ni al pobre, y sea „mucho ó poco lo que ganen, todo les viene bien: sin embargo, la hor„ca no para con ellos ni con los demás." El mismo juez dice tambien: "Por mala administracion de justicia quedan impunes un sinnú„mero de ladrones, pues los sencillos aldeanos y aldeanas, que por lo „general en nada piensan mas que en la conservacion de sus bienes, „no querrian por todos los tesoros del mundo contribuir á la muerte de „un solo hombre." El mismo historiador protestante nos dice: "Mien„tras la *buena* Isabél se quejaba amargamente de la falta de ejecucion „de sus leyes, condenaba á muerte cada año á mas de quinientas per„sonas, y aun no contenta con esto, amenazó á varios particulares „enviarlos á experimentar por sí mismos cómo debian ejecutarse sus „leyes penales. Muy pronto se vió que no dejaban de ser fundadas „sus quejas, pues pasados muy pocos dias, se presentó una exposicion „al Parlamento, denunciando á los magistrados mercenarios de aquel „tiempo como gentes viles y despreciables, que por media docena de „pollos no reparaban en dispensar una docena de artículos de la ley „penal." Sin embargo, todos sus castigos no alcanzaron á remediar el mal: la vagancia, la holgazanería, la mendicidad y el robo llegaron á tal grado, que nues ra *buena* Isabél tuvo que recurrir *á la ley marcial* para contenerlos particularmente en Lóndres y en sus inmediaciones. Solo esto es una prueba tan convincente de los terribles efectos que produjo la *Reforma* en la parte moral de la nacion, y un rasgo tan característico del gobierno á que en consecuencia de esta reforma tuvo el pueblo de Inglaterra la abominable bajeza de someterse, que no podemos ménos de copiar las propias palabras que los comisionados de la *buena é ilustrada* Isabél dirigieron en esta ocasion y en su real nombre al director de todos sus asesinatos, tal como los refiere el mismo *Hume*. "Las calles de Lóndres, dice este historiador, estaban „infestadas de *vagamundos*, de *facciosos y libertinos*. El Lord corre„gidor habia ya procurado remediar este desórden, y la Cámara Es„trellada se habia servido de toda su autoridad, y habia castigado una „gran parte; pero viendo la reina la inutilidad de sus medidas renovó „(¿pero qué entenderá Hume por renovar?) la *ley marcial*, nombró „gran preboste á Sir *Tomas Wilford*, le dió una autoridad sin límites „y le mandó prender y ahorcar con *arreglo á dicha ley* á todos aque„llos, que, *segun los informes* de los jueces de paz de Lóndres y de „los condados comarcanos, *mereciesen ser inmediatamente ajusticiados* „como tales vagos y malvados." ¡Esta es sin embargo la reina á quien se nos ha enseñado á llamar la *buena* Isabél, y este el reinado que aun hoy dia se atreven á presentarnos como *glorioso* algunos hombres que llaman instruidos, pero que realmente son unos viles aduladores!

"Tales fueron las consecuencias de la destruccion de la Iglesia

Católica y del robo de los bienes de los pobres que acompañó esta destruccion, y particularmente de la reunion del poder eclesiástico y del civil en unas mismas manos. Aunque esta terrible y tiránica muger no perdonó ni horcas ni tormentos, aunque al paso que los ejecutores de sus sanguinarias leyes regaban nuestro suelo con la sangre de los malvados ó de los que se queria hacer pasar por tales, aun los reprendia continuamente por su poca actividad, jamás pudo hacer todo lo que quiso. El hambre que no respeta murallas por fuertes que sean, desafió sus tormentos y todos sus medios de terror: vióse por último que era absolutamente necesario *establecer para auxiliar á los pobres* recursos generales fijos y seguros, y en el año cuarenta y tres de su reinado se adoptó esa ley, vigente aun en el dia, que manda destinar una parte de los frutos de la tierra á la manutencion de los indigentes, la cual se exige con la mayor puntualidad y bajo de las penas mas severas por una especie de inspectores encargados de su recaudacion. He aquí los *grandes*, los *sobresalientes*, los *admirables*, pero en realidad los horribles y eternos efectos de la reforma: *La pobreza establecida por la ley.*

"Sin embargo, esto era de absoluta necesidad: ya no quedaba arbitrio á los devastadores, quienes era preciso que excogiesen una de dos cosas, la *pobreza legal* ó el *exterminio*, y este nunca podia convenirles, ni aun cuando les hubiera convenido, hubieran podido verificarle, pues no tenian suficiente poder para obligar al pueblo á contentarse con la cuarta parte de lo que necesitaba para mantenerse. Por consiguiente, y despues de haber intentado en vano otros muchos medios de reemplazar de algun modo la *caridad católica*, se vieron reducidos á establecer *en virtud de la ley* un fondo para socorrer á los pobres. Primeramente quisieron socorrerlos por medio de contribuciones *voluntarias* colectadas *en las iglesias;* pero ¡ah! los que entónces entraban en ellas miraban á *Lutero* como su grande maestro, y este consideraba la epístola de *Santiago* como una *epístola de paja.* Por consiguiente, nada consiguieron por este medio, ¿ni qué podian tampoco conseguir, cuando los eclesiásticos protestantes, que eran los que debian dar á los demás ejemplos de caridad, pensaban únicamente en coger cuanto podian para sus mugeres y sus hijos? Diéronse en seguida una multitud de decretos para exigir una contribucion forzosa, sopena de cárcel y de confiscacion de bienes; pero habiendo sido tambien inútiles, la *ilustre* Isabél y el Parlamento de su reforma adoptaron por último esa terrible acta á que se dió fuerza de ley, y que aun en el dia está vigente, con la cual llenaron el pais de contiendas y de pleitos interminables, levantaron á unas parroquias contra otras, á los criados contra sus amos, á los ricos contra los pobres, é inspiraron por este medio en unos la hipocrecía, la ociosidad y el fraude, y en otros la opresion, la barbarie y un sinnúmero de crueldades, cuales, excepto en la época de los primeros reformadores, jamás se habian visto en el mundo.

"Sin embargo, esta disposicion, aunque tomada ya muy tarde, fué justísima, pues se sacaba de la tierra para dar á los pobres una parte de lo que les habia robado la *Reforma;* y aunque por medios duros y odiosos, era al fin hacer en parte lo que habia ejecutado la Iglesia de nuestros padres por los medios mas suaves y mas dulces; lo uno era alimentar á los pobres como á hijos; lo otro es alimentarlos como perros; pero al fin se trató de alimentarlos. Sin embargo, como extender esta ley á la Irlanda hubiera sido, segun la *buena* Isabél y sus infames y rapaces favoritos, beneficiar con exceso al pueblo irlandés, tratado siempre con tanta crueldad, se le rehusó hasta este auxilio, y he aquí la *verdadera causa* de ese *contraste* de que hemos hablado en el párrafo 325, en vista del cual, decia con mucha razon el Doctor Franklin, y cualquiera diria, que parece *que los vestidos que desechan* los labradores y artesanos ingleses, se envian á Irlanda *para el uso de sus habitantes* de la misma clase."

Hemos visto ya los beneficios que la Religion cristiana dispensa á todos sus hijos, así como tambien los grandes vacios que deja cualquiera otra: el primer extremo está probado con los dos ejemplos que quedan producidos, y el segundo se demuestra con la circunspecta é intachable autoridad de Mr. William Cobbett. La religion cristiana está alimentada continuamente, permítasenos esta frase, con la caridad, que es su conservadora, y esta cualidad es precisamente la que la hace tan resplandeciente y respetable. Sin la caridad, la religion de Jesucristo perderia casi todo su mérito, ó por lo ménos se desvirtuaria en gran parte; pero con ella, el pobre, el miserable encuentra extraordinarios consuelos, inauditos alivios en sus enfermedades. (1) La

(1) Jesucristo recomienda, en varios pasages de su Evangelio, la virtud de la caridad, y hace de ella un elogio tan cumplido, que demuestra evidentemente la sublimidad que la caracteriza. De lo que se deduce, que es la llave maestra, que nos abre prontamente las puertas del cielo, pues nos asegura nuestro Salvador, que el hombre caritativo será premiado superabundantemente, alcanzando muchísimos grados de gloria. El catecismo ordinario de la doctrina cristiana nos declara: *que el hombre que tiene mayor caridad, sea quien fuere, es ante Dios el mayor y mas santo*, y tambien dice, que la virtud, que se reputa por mayor, es la caridad, supuesto que da vida á todas las demás, y las endereza. Por lo mismo, jamás debe el cristiano cansarse de tratar de este asunto, y de ocuparse, con la detencion posible, de una virtud que nos da tan buenas lecciones, y nos proporciona, al mismo tiempo que la remision de los pecados, infinitos bienes, como que no solo nos grangea la amistad de Dios, sino que igualmente mueve los resortes del corazon humano, quien se complace al practicar el bien, además de que nos hace acreedores al galardon que le está prometido, y que consiste en la bienaventuranza eterna.

Apenas observamos un hombre justo, un hombre que ama á Dios, y que desea servirlo en todo, y guardar su santa ley, cuando desde luego notamos que no solo dirige sus acciones y las encamina á obedecer sus preceptos, sino que tambien acata los consejos que le da, y los eleva al grado de leyes. La limosna no es ciertamente un mandamiento, hablando en general, sino un acto de pura voluntad, y por eso se le ha denominado con el título de: *obra de misericordia*; sin embargo, ha habido un concepto tan elevado de su mérito, de

virtud de la caridad, pues, es el mejor distintivo de la religion cristiana, y la que marca perfectamente la diferencia que hay entre esta y las otras religiones: aquella, por medio de la caridad, comprueba que es rigorosamente espiritual, y no un mixto como sucede con estas. Semejante virtud quita á la religion todo carácter que pudiera reputarse como carnal, porque al mismo tiempo que con este precioso tesoro, con este inmenso caudal, provee á todas las necesidades de sus hijos, hace que los que disfrutan riquezas, se desprendan de ellas fácilmente, y las partan con los pobres. He aquí como ya la religion

---

su excelencia y de los buenos efectos que produce, tanto para el que la da, como para el que la recibe, que en todos tiempos se ha recomendado con exquisita diligencia. Entre los saludables consejos, que daba el virtuoso Tobias á su hijo, le decia: "De tus haberes haz limosna, y no apartes tu rostro de ningun „pobre: porque así será, que tampoco se apartará de ti el rostro del Señor.— „Segun pudieres, así usa de misericordia.—Si tuvieres mucho, da con abundan„cia: si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana.—Porque te „atesoras un grande premio, para el dia de la necesidad.—Por cuanto la limos„na libra de todo pecado y de la muerte, y no permitirá que el alma vaya á las „tinieblas.—La limosna servirá de gran confianza delante del Sumo Dios á to„dos los que la hacen." (Lib. Tobiae, Cap. IV. ¥¥. 7 y siguientes, hasta el 12 inclusive). En otro lugar le dice: "Come tu pan con los hambrientos y me„nesterosos, y con tus vestidos cubre á los desnudos" (Ibi, ¥. 17). Por último, cierra este conjunto de consejos prudentes y saludables, con estas palabras dignas de atencion: "No temas, hijo mio; es verdad que pasamos una vida pobre, „mas tendrémos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y nos apartáremos de to„do pecado, é hiciéremos el bien" (Ibi, ¥. 23).

Cualquiera que sea zeloso de su salvacion eterna, cualquiera que se aplique á hacer una vida santa, y se proponga atesorar méritos para presentarse al terrible tribunal del Señor; debe, en nuestro concepto, agradarle con el ejercicio de la nobilísima virtud á que nos contraemos, y hacerse propicia la Divinidad: no se olvide jamás, que dijo por medio de su Santísimo Hijo, segun refieren los Evangelistas: "Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán „misericordia," *Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur*, (S. Math, Cap. V. ¥. 7). Efectivamente: es muy racional creer, que los misericordiosos alcanzarán misericordia, porque ellos obraron bien, y consolaron al menesteroso, quien bendijo sus obras, y las presentó al Señor, para darle las mas expresivas gracias, como que socorrió sus necesidades, y bendecir tambien al caritativo, que sirvió de instrumento al Todopoderoso, poniendo en ejercicio su sábia Providencia, que provee á todo. Es preciso no desentenderse jamás de que Dios ha de manifestarse como un juez severo, que viene á calificar al reo sobre el mayor ó menor ejercicio de la caridad, y que por último resultado, ha de condenar al fuego eterno, al que no fué harto caritativo, y llevar al cielo, al que practicó eminentemente esta brillantísima y excelsa virtud. Léanse las Santas Escrituras; recuérdese su contenido; medítese su espíritu en esta parte, y se verá, que nada es mas exacto que esta eterna y profunda verdad. Por lo demás, se habla con tanto elogio de semejante virtud, que no solo en los libros sagrados se hallan consignadas las merecidas alabanzas que se le tributan, sino que tambien se encomia en los libros profanos. En la obra titulada: "Eufemia, ó la muger verdaderamente instruida," P. 3.ª Sec. 2.ª Cap. 13. §. 8, se dice con elegancia: "En segundo lugar, ¿no es admirable y glorioso „adquirir por sus talentos, sus cuidados y su economía, no solo aquello de que „se tiene necesidad para sí mismo, sino aun los medios de hacer bien, de dis„minuir la miseria y aumentar la felicidad humana? ¡Mira en rededor de tí,

de Jesucristo pone á nuestra disposicion, un gran bien, que consiste en hacer desinteresados á los hombres, alejándolos de la ambicion y de la codicia. En este concepto, si los hombres, por medio de la caridad cristiana, desdeñan esa ambicion y esa codicia, indudablemente ofrece tamaña virtud unas bases firmísimas para que pueda imprimirse en el comercio de la vida un arreglo tal, que haga la felicidad de todos, y para que la sociedad presente una imá-

---

„hija mia, y observa tantos de nuestros semejantes cómo están agobiados por la „pobreza. Tan triste expectáculo te hará conocer la necesidad de la benefi„cencia. Recuerda al mismo tiempo en tu corazon aquellos deliciosos afectos, „que son la mas grande recompensa del ejercicio de esta virtud: ¿dime si no „vale infinito acostumbrarse desde la primera juventud á la economía, y á bus„car los medios de adquirir legítima y honradamente para gozar lo mas que se „pueda de estos deliciosos afectos?"

Estudiando mas particular y cuidadosamente á los moralistas, hemos llegado á tener una profunda conviccion de que la caridad debe practicarse en todos tiempos y circunstancias, porque, como es sabido, no consiste solamente en la simple dacion material de una cosa, sino que tambien se verifica en las acciones puramente intelectuales, ó mejor dicho, puramente espirituales. Por ejemplo, el amor de Dios es de esta naturaleza. Y en esto tambien debemos reconocer la superioridad de la virtud de que hablamos, con respecto á las otras, pues el mayor grado de amor de Dios, es, por explicarnos así, el máximum de la caridad. Esta nos asegura la bienaventuranza eterna, como dijimos ántes: semejante virtud nos fué demostrada perfectamente por el Hombre Dios, en atencion á que si no hubiera habido redencion, indudablemente todos los hombres, manchados con la lepra del pecado, moririamos, é infaliblemente nuestro destino seria el infierno sin remedio. La redencion, pues, no solo es una prueba irrefragable de la misericordia divina, sino tambien un modelo de la caridad mas pura, mas ardiente, con que Dios nos trató, y por eso con razon y con justicia, son tan recomendables los mártires, pues los crueles padecimientos, y los acerbos dolores que sufren, son el mas sincero testimonio del encendido amor en que se abrasan hácia Dios, y la prueba mas incontrovertible que pueden darle de que son sus mas fieles amigos; de manera, que la caridad consiste tanto en el cuidado que se tiene con respecto al cuerpo, como en el que se practica por lo que mira al alma. Todos saben precisamente cual es la relacion que hace el catecismo de la doctrina cristiana de las obras de misericordia, y en ellas se demuestra perfectamente el cuidado con que Dios procede para con sus criaturas, puesto que se sirve de las personas caritativas como de instrumentos para obrar sus misericordias: en ellas, se evidencia lo que Jesucristo afirmó en pocas palabras, diciendo: *que su Padre celestial proveia á las necesidades de todos, y recomienda que se tenga fé en Dios, atesorando solo tesoros en el cielo, pero no en la tierra*, y concluye con este sublime mandamiento: "Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas „estas cosas os serán añadidas," *Quaerite ergò primùm regnum Dei, et justitiam ejus: et haec omnia adjicientur vobis* (S. Math, Cap. VI, ¥. 33).

Pero aun cuando no hubiera ni autoridades tan respetables como las que hemos citado, ni tampoco se hubieran producido los grandes ejemplos que quedan consignados en esta nota, ¿no es cierto é indubitable que nuestro corazon no puede absolutamente resistir á los sentimientos de que se halla poseido? Dios ha inspirado en él corazon del hombre sensibilidad y ternura, cuyas dos cualidades se desarrollan en toda su extension, cuando se oyen las relaciones de los pobres, y cuando en ellas se perciben buena fé, necesidad grave, modestia, resignacion con la voluntad de Dios, &c., &c., &c. Porque nadie puede ver, en nuestro entender, con indiferencia y frialdad, á una persona entregada

gen del paraiso, porque atacados los dos vicios que hemos apuntado, fácilmente se conocerá que el imperio execrable de las pasiones, ha caducado. Y caducando ese infame imperio de las pasiones, ¿cuál es el resultado? La tranquilidad del ánimo precisamente. El hombre vive feliz en la sociedad, con tal de que la moral sea su norte, y siempre que ajustándose exactamente á sus preceptos, lo-

---

á toda la miseria, que es el patrimonio de la naturaleza humana, sin condolerse de un estado tan lamentable: nadie podrá sentir gratas impresiones, al negarse á sí mismo el consuelo de aliviar los padecimientos de un individuo, que no puede proporcionarse el alimento, porque le falta una pierna, que le deje expedito el movimiento de todo el cuerpo: porque carece de una mano, que ayude á la otra á manejar el instrumento que le sirve para adquirir lo necesario. ¿Quién dejará morir á una persona de hambre, porque sus enfermedades, que la han postrado en cama, no le permiten salir á la calle para trabajar? ¿Quién podrá oponerse al deseo natural que se desarrolla en su interior, de dar la mano á un ciego, á un cojo, á un manco, á un tullido, para servirle de báculo é impedir que tropiece para que caiga? Al practicar la caridad, debemos recordar ciertamente las provechosas lecciones, que incesantemente nos dió Jesucristo, quien nos dejó enseñado, segun refieren los Evangelistas, que por todos los lugares que transitaba ejercia la beneficencia, y socorria al menesteroso, como entre otros muchos casos, se nos presenta el del paralítico, que hacia treinta y ocho años estaba enfermo, y cuando Jesus le preguntó: ¿Quieres ser sano? "respondió el paciente: Señor, no tengo hombre que me meta en la Piscina, „cuando el agua fuere revuelta: porque entretanto que yo voy, otro entra ántes „que yo." Entonces Jesucristo le dice: "Levántate, toma tu lecho y anda." *Erat autem quidam homo ibi triginta et octo annos habens in infirmitate sua =Hunc cùm vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet, dicit ei:* Vis sanus fieri? *Respondit ei languidus:* Domine, hominem non habeo, ut cùm turbata fuerit aqua, mittat me in Piscinam: dum venio enim ego, alius ante me descendit. *Dicit ei Jesus:* Surge, tolle grabatum tuum, et ambula (San Juan, Cap. V. ¥¥. 6, 7 y 8). Y es de notar, que si Jesucristo nos enseñó y demostró cuan buenas eran todas las virtudes, tambien es cierto, que se singularizó hablando de la caridad, y la practicó, si nos es lícito explicar así, con preferencia á las demás. Cuando el mancebo de que nos habla el Evangelista San Mateo, recibió de Jesucristo las instrucciones necesarias para conseguir la vida eterna, supo que para llegar á la perfeccion, era menester, que vendiese cuanto tenia, y lo diese á los pobres; prometiéndole el Salvador, que tendria un tesoro en el cielo; de manera, que debe advertirse, que no le dijo: "para que consigas la perfeccion, sé casto, sé humilde, sé parco; no ma„tes, no adulteres, no hurtes, no digas falso testimonio, &c., &c., &c., sino que „le mando ser caritativo; de tal suerte, que le recomendó que poseyera todas „estas virtudes, pero que fuera caritativo por excelencia, para que llegára al „complemento de todas ellas." Y la prueba de esta verdad, es, que cuando el mancebo se fué triste, despues de haber oido semejante resolucion, Jesucristo aseguró, que con dificultad entraria un rico en el reino de los cielos, agregando: que mas facil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos. *Et iterùm dico vobis: Facilius est camelum perforamen acûs transire, quàm divitem intrare in regnum coelorum.* (Ibi, ¥. 24). ¡Sublime virtud de la caridad! Con ella la humanidad vive, se nutre, se robustece, y nunca envejece. El mundo progresa: porque la caridad es la consecuencia de la civilizacion: esta tiende siempre al engrandecimiento y comodidad de los hombres, y la caridad, que no es mas que el cambio de mútuas prestaciones, destierra la miseria y consulta al bienestar de las familias menesterosas.

gre sobreponerse, por convencimiento, á las malas inclinaciones de los afectos, que le combaten, y que son tan propios de la naturaleza de que está revestido. Dominando la moral en nuestros procedimientos, las pasiones se destruyen completamente, ó por lo ménos se neutralizan, porque la lujuria, que es el monstruo que las preside, pierde su influencia naturalmente. Los principios que anteceden, nos señalan como con el dedo, la diferencia que hay entre los sacerdotes católicos, y los sacerdotes protestantes, pues aquellos están apoyados sobre una religion caritativa, llamémosla así, mientras que estos son sectarios de otra religion que substancialmente condena la caridad.

Encargados los sacerdotes católicos de enseñar la moral al pueblo, y de predicarle el Evangelio, le inculcan incesantemente esta virtud, y educan en ella á la juventud, de manera que perpetúan todos los bienes que hemos indicado ligeramente en el párrafo anterior, y hacen que constantemente esté renovándose un manantial inagotable de felicidad, que hace amable la existencia, y deliciosos los goces que proporciona ésta, cuando se halla sostenida por la virtud, ó mas propiamente dicho, por los preceptos de una ajustada moral. He aquí, pues, la obra de los Jesuitas, y he aquí tambien lo que demuestra el Cap. VI de una obra reciente, cuyo título es este: "Les Jésuites montrés á la France," publicada en Lyon, en el año de 1844. El Cap. VI, que referimos, habla de los diferentes prodigios, principalmente de caridad y de valor, que hicieron los Jesuitas. Veamos, pues, cuales son esos prodigios, para calificarlos, y hacer de ellos las alabanzas que merezcan en justicia, y para decidir por estos medios si el restablecimiento de una corporacion religiosa, como es la Compañía de Jesus, importa precisamente la proteccion que debe dispensarse á la religion de Jesucristo.

"Ya el intrépido Ricci ha penetrado en la China; siendo vencedor de todos los obstáculos, y gozando de la confianza del emperador, obtenia en favor de sus compañeros, inmensos privilegios, los cuales todos reconocian por objeto el progreso de la religion. Infatigable cuando se trataba de la gloria del Señor y del triunfo de la verdad, solo, en el fondo de la Asia, impugnaba á un mismo tiempo á los letrados de la China, confundia la calumnia en Europa, instruia al emperador, y conservaba las iglesias nacientes. Verbiest, que sucedió al inmortal Schall, reformaba el calendario, y señalaba los fastos de un gran imperio. Su memoria trazada con la mano misma del emperador, obtenia, de los discípulos de Confucio, reunidos á este efecto, una sentencia honrosa para el cristianismo. Llamados desde París, sus hermanos van á traer toda la urbanidad francesa á la córte de Pékin; marchan armados con el compás y el telescopio; y mientras que enmedio del movimiento de los astros, pronuncian el nombre y muestran la mano de aquel

que los hace girar sobre nuestras cabezas, Fontenelle recibe en idioma tártaro, sus propias obras traducidas por el sábio Parennin.

"Al este del Gran Imperio, en las islas del Japon, se renovaban los primeros combates y los primeros triunfos de la religion cristiana. Víctimas de una desconfianza injusta, y de una política cruel, los emperadores, recordando los tiempos de Neron y de Domiciano, traian á la memoria el horror de sus sangrientas proscripciones; pero los generosos neófitos, así el niño como el anciano, la vírgen como el guerrero, seguian los misioneros al suplicio, confesaban á Dios enmedio de los tormentos, y conseguian la palma de un ilustre martirio.

"En el otro hemisferio se obraban prodigios todavia mas sorprendentes: en el centro de la península mas opulenta, en las inmensas selvas que arrebatan á los rayos del sol las verdes riberas del Paraguay, se realizaban las ficciones mas asombrosas de la fábula, y quedaban muy distantes de la verdad. Los acentos de Amphion y la lira de Orfeo, atraian los árboles, hacian mover las piedras y edificaban las ciudades; Solon y Licurgo, Pitágoras y Platon, resucitaban en estos espesos desiertos, y se admiraban de ver perfeccionada su legislacion por unos misioneros obscuros, y sus concepciones imaginarias reducidas á una admirable práctica.

"A la voz de Macetta y de Cataldino, el salvaje, olvidando su ligereza, se detenia inmóvil á los pies del misionero; ya no pensaba en arrojarse ni en la profundidad de los bosques, ni en retirarse á la cima del viejo árbol, en el cual frecuentemente, como un nido de águila, estaba suspendida su aerea morada. Teniendo en una mano un humilde breviario, y en la otra una gran cruz, los Jesuitas avanzaban atravesando los rios, salvando las montañas, penetrando el espesor de los bosques, sin temer buscar á los hombres en las cuevas en que enormes serpientes acababan de devorar á alguno de sus hermanos, en los precipicios, en los cuales el salvage ingrato y cruel habia atravesado con sus flechas el corazon de un bienhechor generoso: si acertaban á encontrar á alguno con sus despojos mortales, excavaban una sepultura, le confiaban el depósito sagrado, y sobre la tumba misma cantaban un himno en honor del Santo nuevo.

"Admirada con tantos prodigios de valor y de sacrificio, la horda salvage acudia por sí misma á colocarse al rededor del apóstol, lo escuchaba en silencio, y miraba como por la primera vez el cielo que le mostraba. Apoderada de repente de un temor religioso, se arrojaba de nuevo en el horror de la soledad, á pesar de las súplicas del misionero que se esforzaba para detenerla. Depositando entónces su confianza en la cruz, la planta en la peña solitaria; despues, transformado en un hábil cazador, y poniéndose en emboscada, esperaba pacientemente su presa. Los salvages atraidos, como por un imán secreto, volvian pronto á contemplar el signo no conocido de su redencion; arrojándose enmedio de ellos, el misionero aprovechaba su sorpresa para hablarles de un Dios, y para indicarles las ventajas de la sociedad fundada sobre el cristianismo.

"Muchas veces tambien animaban con sus cantos divinos los mudos desiertos; y estos árboles que jamás habian oido mas que la inspiracion de la brisa, el grito del caníbal, repitieron los cánticos santos de David y los transportes sublimes de Isaías. Embarcados en una piragua, acompañados de algunos catecúmenos, los misioneros remontaban el Paraguay; y nuevas sirenas, cantaban las alabanzas del Señor, usando de acentos melodiosos y mágicos, á los cuales no podian resistir los salvages, harto sensibles á la música: desde lo alto de las montañas, y desde el fondo de las selvas, se precipitaban en tropel para gozar de esta celeste armonía; y pronto, fuera de sí mismos, para hacer mas duradera su felicidad, seguian la barquilla encantada, bailando en el cesped de la ribera, y nadando tambien á menudo en la onda tranquila del rio.

"Medios tan poderosos, esfuerzos tan multiplicados, aumentaron pronto las conquistas. Formáronse villas pequeñas, que llamaron reducciones. Los misioneros, mas humanos aun que los europeos no eran crueles, ni habian querido formar cristianos, sino para hacer de ellos ciudadanos libres: un privilegio real, debido á mil luchas penosas, comprado con el precio de ódios temibles, aseguraba la libertad á los nuevamente convertidos; no los reunieron sino para procurarles las dulzuras de una sociedad gobernada con leyes paternales, y no en fuerza de los caprichos tiránicos de diversos señores. Entónces fué cuando se levantó en la tierra salvage el edificio de la mejor legislacion humana. Los pormenores nos llevarian muy lejos, haciéndonos salir de los límites que nos hemos propuesto; por tanto, la explicarémos en dos palabras: la niñéz fijaba particularmente las miradas de los misioneros; hacian de ella un estudio especial, y por el conocimiento de los diversos caractéres que profundizaban, ponian á todos en el estado á que los llamaba su inclinacion, ó en el que, encontrando su aptitud ménos obstáculos, conseguiria progresos mas satisfactorios; en el que su natural, experimentando ménos violencia, gustaria una felicidad mas pura y mas completa. La República que habia ideado Platon, existia enmedio de la antigua selva: todo era comun, y no obstante cada uno distinguia lo que le pertenecia: todo comenzaba, todo se hacia, todo terminaba al tañido de una campana misteriosa: no se conocia otra cosa que no fuera la religion, las leyes, la libertad, la felicidad. Una prosperidad tan sorprendente, no tardó en excitar el zelo de los bandidos que asolaban el Nuevo Mundo. El Portugués, y sobre todo el ávido Español, se arrojaban, en épocas aproximadas unas á otras, sobre aquellos moradores pacíficos, pasaban á cuchillo los hombres y las mugeres, robaban los niños y las riquezas. Sus incursiones y estragos volvian á comenzar á cada instante. Se solicitó, obtuvo y empleó el permiso de armarse; y pronto los Jesuitas, que jamás habian visto ni campos, ni ejércitos, ni batallas, formaron

soldados aguerridos, intrépidos guerreros, héroes invencibles. El primer combate fué una victoria en que brillaron sucesivamente el brio y la disciplina, el valor y la humanidad. Pero ¿qué importaban tan preciosas ventajas, comparadas con las que encontraba la religion entre semejantes hombres poco ántes tan embrutecidos y tan feroces, que no sabian ya lo que era un pecado mortal? ¡Oh! ¡Pluguiese á Dios que estos hombres que supieron obrar tan admirables prodigios, fuesen los únicos señores del universo! ¿Veriamos entónces que tantos desórdenes desgarraban á las familias, que malquistaban á los amigos, y que degollaban á los enemigos? ¿Veriamos entónces que el fuerte oprimia al débil, que el rico devoraba al pobre, que el hijo ultrajaba á su padre, que el impío blasfemaba contra el cielo, que el ateo despreciaba el infierno é invocaba la nada? ¿Veriamos entónces que los súbditos se armaban contra los príncipes, que las naciones se abalanzaban unas contra otras, que los pueblos se degollaban unos con otros, que esta tierra de infelicidad se convertia en un vasto anfiteatro, en una inmensa carniceria?.... ¡Cruel filosofia! tú, que apeteces tanta felicidad, y llegas á hacerla cesar, cuando podrás hacer jamás cosa alguna semejante, nada parecida! ¡Ah! ¡que perezcan tus designios, tu influencia, tu nombre! Contigo perecerán el orgullo y la ambicion, la envidia y el ódio, la confusion y la anarquía, la desgracia y el abatimiento. Tu mano pérfida ha derribado un edificio levantado con tantos trabajos, tu guadaña ha destruido una mies cebada con la sangre de los mártires; el salvage anda errante todavia en la profundidad de los bosques, aunque es ménos desgraciado que el infeliz ciudadano de una República rebelada contra las órdenes de su Soberano.

"Pero no era eso, sino una parte del bien que obraron los Jesuitas: la Guiana, despues, lugar del destierro mas horroroso, bajo la mas cruel de las proscripciones, era una mansion de deleite para los Lombardos y los Rametti; sus pantános, cuya fetidéz debia causar la muerte de los desterrados de la Convencion, jamás pudieron disminuir el brio de los intrépidos misioneros. Pronto levantó un milagro de caridad un templo al Señor, y la tierra que debian manchar los pasos de Collot de Herbois, no dejaba de contemplar sus trabajos y su martirio perpetuo.

"Mas hácia el Norte, en el Canadá, los misioneros Jesuitas unian en nuestra amistad pueblos inconstantes para la política, cuyo objeto único era ponderar nuestra debilidad y humillar nuestro poder. Colocando sus valerosos neófitos como un antemural para nuestras colonias, arrancaban á la Inglaterra la honrosa nota de ser sus enemigos mas peligrosos, y nuestras columnas mas firmes. Privaciones, fatigas, peligros, nada les causaba pena para procurarnos amigos, para impedir ligas poderosas contra nuestras armas, para asegurarnos en todas partes felices sucesos, triunfos brillantes; mas ¿con qué ejemplos de valor no mezclaban estos servicios políticos? y ¿cuántas veces no murieron mártires de su religion y de su pátria?

"Su gloria literaria estaba distante de ceder á sus trofeos apostólicos; mientras que sus misioneros civilizaban la comarca lejana, sus sábios se hacian admirar en nuestra vieja Europa. Su órden acababa de nacer, y ya Lainéz y Salmeron iluminaban al mas ilustre de los concilios; habian hecho en él tan preciosa su presencia para las discusiones, que ninguna conferencia se celebraba el dia en que la fiebre hacia permanecer á Lainéz en la cama. Inmediatamente despues el sábio Belarmino componia, contra los protestantes, esos volúmenes inmortales que fueron siempre el arcenal en el cual los teólogos católicos se cubrieron de aquellas armas poderosas que destruyeron las heregías de la Alemania. Escritores no ménos ilustres, en épocas mas ó ménos aproximadas, brillaban con un sólido explendor: no pretenderémos ciertamente enumerar á todos en este lugar: sus nombres únicamente ocuparian numerosas páginas. Nos contentarémos, pues, con decir una palabra de aquellos que ilustraron una pátria demasiado ingrata, para echar á sus descendientes, y que acaban de ser desterrados de ella por segunda vez, en virtud de un nuevo acto de injusticia.

"Bourdaloue establecia nuestra elocuencia cristiana, instruia con autoridad pueblos y reyes, y nos dejaba en sus sermones modelos que imitar de raciocinio y solidez. La uncion, el sentimiento de Chéminais le abrian los corazones, y le aseguraban entre los oradores cristianos, el mismo lugar que á Racine entre los trágicos. Larue, despues de haber cantado á Luis XIV, en versos latinos que el gran Corneille no desdeñaba de traducir en versos franceses, nos consolaba de la pérdida de Bourdaloue, y hacia resonar con acentos que alimentaban algunas veces la alhagüeña ilusion de oir aun al padre de la oratoria francesa; despues, llorando la muerte prematura del duque y de la duquesa de Bourgogne, se colocaba al lado de Fléchier y de Bossuet. Brumoy nos hacia familiar el teatro de los Griegos, y nos apropiaba los despojos mas ricos de Atenas. Rapin, designado por su génio para realizar un plan trazado hacia diez y siete siglos, lo desempeña en su poema intitulado: "des Jardins," con una superioridad que no hubiera negado el autor de las Geórgicas. Vanière describia la elegante simplicidad de Virgilio; su *Proedium rusticum* hacia las delicias de la Europa, y aseguraba á su autor el honor de ser colocado á lado del cantor de Encas, por los Alemanes é Ingleses. No contento con llegar así por sí mismo á una elevacion tan grande, facilitaba á la juventud los medios necesarios para ello, y recibia de sus manos su Diccionario poético. El espiritual Commere, rival de Ovidio, arrebataba la admiracion por la metamórfosis de Luscinius, y por las imágenes infinitamente risueñas que sabia difundir en ella su pincel delicado. Daniel, rectificando á Mézeray, nos revelaba nuestra verdadera historia, nos referia con método y claridad, la conver-

sion de Clovis, las hazañas de Cario-magno, las cruzadas de Luis IX, las victorias y favores de Henrique, dejando al padre Griffet el cuidado de describir los combates de Luis XIII, y los prodigios de Luis el grande. Longueval descubria un talento único para la Historia eclesiástica, estableciendo con arte inimitable la discusion mas profunda en la relacion mas viva y mas rápida. Con su pluma, los objetos mas áridos se animaban de un precioso calor; los restos de los siglos se redimian de la destruccion de los tiempos, y se embellecian con mil encantos diversos. Su Historia de la Iglesia galicana lleva por todas partes la marca del génio, y en todas partes tambien es digna de la acogida que ha tenido del clero mas ilustrado y sábio. La brillante imaginacion de d'Orleans derramaba á manos llenas el placer que producen el interés y la sorpresa, en la historia de una nacion vecina y rival; su narracion que marcha con la magestuosa rapidéz de un rio inmenso, desarrollaba á nuestros ojos los sucesos que honran ó desacreditan esta isla famosa. Su pincel igualmente fiero al trazar los proyectos de Eduardo, que terribles al referir las persecuciones de Henrique VIII, se mostraba mas rígido todavia al hablar de la hipócrita tiranía de Cromwel. Remontándose despues hasta las extremidades del Asia, escribia la vida de dos célebres conquistadores; su pluma descansaba, en fin, dejando á todos los biógrafos cumplidos modelos en la vida de Gonzaga y de Kostka. Berruyer animaba todas sus Historias con una vivacidad que no era igualada sino por la elegancia de su estilo, por la noble variedad de sus imágenes, por la sólida sutileza de sus reflexiones. Los trabajos y colecciones de Le Comte, de Duhalde, de Charlevoix, nos instruian sobre las costumbres, usos y religion de la China y del Japon, del Paraguay y del Canadá, y vengaban la religion y la verdad, justificando las misiones de las imputaciones de sus culpables detractores. En las vigilias de Cossart, de Harduino y de Labbe, se volvia á encontrar la historia de los Concilios; se oian las arengas del jóven Atanasio en Nicea, y con el primero de los concilios ecuménicos, se pronunciaba la solemne condenacion del infame Arrio. En un campo no ménos útil, aunque ménos brillante, Jouvency y Porée se cubrian de una gloria inmortal. El primero, recordando la elocuencia de Ciceron, se colocaba en la gerarquía de nuestros clásicos, nos descubria los secretos de Horacio, de Perseo y de Juvenal, y ménos aun por sus discursos que por sus obras, nos dejaba el arte de aprender y de enseñar. El segundo, digno de su predecesor, á quien excedia en elevacion y fecundidad, se inmortalizaba tanto por medio de discursos latinos que igualmente admiraban sus compatriotas y los extrangeros, como por sus discípulos cuyos talentos sostuvieron largo tiempo nuestra gloria literaria. Victoriosa de la mas impetuosa de las pasiones, su amabilidad triunfaba del ódio furioso de Voltaire, contenia su mano desapiadada, siempre dispuesta á despedazar un cuadro que le recordaba una sociedad célebre, y arrancaba al autor de la Heuriada la

dedicacion de la Merope francesa. Neuville, destinado á ser el último orador sagrado de su compañía, renovaba la memoria de todos los que le habian precedido, sin parecerse á ninguno; se admiraba en sus sermones la inagotable fecundidad de Massillon, unida á la fuerza de Bourdaloue y á la profundidad de Bossuet. Guérin du Rocher, llevando la luz de la verdad á las espesas tinieblas de la fábula, descubria los hurtos y la impostura del sacerdote egipcio; y restituyendo á nuestros libros santos los despojos que les habia quitado una mano profana, vengaba la religion de los ataques insensatos de los impíos de su siglo. Finalmente, la pluma elocuente de Berthier conservaba el buen gusto; y el escudo con que cubria el cristianismo, le atraia el ódio de la filosofia moderna, de la que fué el adversario mas terrible. Pero no acabariamos si quisiésemos hablar circunstanciadamente de todos los prodigios que obró esta órden célebre, de todos los hombres grandes que se formaron en su seno, de todos los beneficios que prodigó á la tierra, de todos los expectáculos maravillosos con que sorprendió el cielo. Nos limitarémos, pues, á echar una ojeada general sobre este inmenso cuadro; suplicamos al lector de buena fé, que nos siga aun en este bosquejo, y por imperfecto que sea, si lo lee con la imparcialidad del hombre que busca sinceramente la verdad, no temerémos apelar á su justicia, y preguntarle con entera confianza: ¿tuvo nunca el género humano bienhechores tan generosos? ¿podia aquel demostrarles un reconocimiento bastante significativo? y, sobre todo, despues de tantas maravillas, ¿puede explicarse bajo este aspecto cómo ha podido emplearse una severidad frecuentemente desconocida para los crímenes mas monstruosos?"

Repetimos que el restablecimiento de una corporacion religiosa, importa tanto como proteger la religion de Jesucristo, y la prueba de esta proposicion, está contenida en los ejemplos que hemos producido. Ellos son ciertos, porque la verdad los ha dictado, y procurado conservar con entera fidelidad. Todo lo que se dice de los Jesuitas, es maravilloso y positivo, y si la historia, que es el mejor depósito de los acontecimientos pasados, no hubiera tenido un diligente cuidado de expurgar de errores, de mentiras y confusiones todo lo relativo á la célebre órden que estableció San Ignacio de Loyola, parecerian fabulosas las proezas que la han honrado en todos tiempos. Los Jesuitas han sido siempre célebres bajo cualquiera aspecto que se consideren: han sido buenos cristianos y excelentes ciudadanos: como eclesiásticos, han sido la firme y robusta columna que sostiene la Iglesia católica: como miembros de una sociedad, saben desempeñar las obligaciones que les competen, y su pátria ha recogido el fruto muy pingüe, á la verdad, que produjeron los sacrificios que han hecho en su favor. Los Jesuitas han sido modelos de las virtudes cívicas y morales. Desengañémonos de una vez, y por mas que un espíritu pertinaz y obcecado en el error, quiera encubrir las sugestiones de la justicia, y enervar el fallo de la imparcialidad, nunca podrá cegar-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nos de tal manera, que queramos encontrar defectos en esta órden preciosísima, cuando solo tropezamos con circunstancias que llaman fuertemente nuestra atencion, y nos dejan absortos completamente. Dios quiso sin disputa hacer que la órden que fundó San Ignacio de Loyola, fuera privilegiada, derramando abundantísimamente sobre ella los tesoros de su gracia. Desde que los Jesuitas comenzaron á existir, se crió una íntima conexion entre ellos y las ciencias, sin exclusion de las artes; y además, parece que la palabra *Jesuita*, es sinónimo de las frases *bien* y *maravilloso*. Porque efectivamente, en esa corporacion religiosa, hay un plantel de ilustracion, acompañado de una caridad ilimitada: la elocuencia tiene un lugar muy distinguido: las ciencias encuentran en aquella su asiento ordinario: las artes progresan; y los beneficios abundan, no solo en favor de las familias particulares, sino tambien en obsequio de las naciones que pueblan el universo. En suma, los Jesuitas forman una órden tal, qué se dilata en la inmensidad de la tierra, del mismo modo que Dios se dilata en la inmensidad de los cielos.... Pero ¿hasta dónde llegará nuestra explicacion? Los Jesuitas son extraordinariamente grandes, y no podemos en lo absoluto demostrar el concepto que hemos formado acerca de ellos, de la manera que lo hemos concebido; sino limitarnos únicamente á admirar acerca de los misioneros lo que elegante y sapientísimamente dice Mr. Cresset en este hermoso soneto:

Yo confieso haber visto hombres mortales
Con visos de inmortales;
Mas que sobradamente perseguidos,
Y ménos, que bastante conocidos;
De ánimo, y corazon incorruptibles,
Como á sus propios males insensibles;
Sacrificados á su pátria y reyes,
Y á sus divinas leyes,
Pródigos de su vida; y perfectos amigos,
Que á sus mas fogosos enemigos
Saben volver benévolos, propicios
Bien por mal, por injurias beneficios,
Hombres, en fin, demasiado estimados,
Para que fuesen ménos envidiados.

Importa muchísimo, sin duda alguna, que una corporacion religiosa tan interesante como es la de que tratamos, se restablezca, para consultar á la prosperidad comun, supuesto que la experiencia nunca desmentida de algunos siglos, nos está demostrando con inalterable constancia, que es eminentemente buena, y los excelentes frutos que siempre ha producido, y los efectos que ha surtido, no nos permiten poner en duda, ni por un solo momento, que su restablecimiento es precisamente la proteccion mas eficáz que pudiera dispensarse á la religion que profesa la nacion mexicana. Así es que, por los fundamentos que hemos expendido, no tendriamos embarazo en decir,

que no solo con ese restablecimiento se lograria semejante proteccion á la Iglesia, sino tambien, que aquella se extenderia al Estado, porque los Jesuitas se consagran á la educacion de la juventud en obsequio del pais; y mientras mejor educada es esta juventud, tanto mas progresa una nacion, por ser ilustrada, por tener grandes hombres en literatura, en las armas, en las artes, en el comercio, y en todos aquellos establecimientos que sirven para crear ó mantener la respetabilidad y el poder de las naciones, que se hacen mas fuertes, cuando todos sus individuos se unen perfectamente entre sí, y conspiran al beneficio de la madre comun, y cuando están administrados por un gobierno sábio y enérgico. Evidentemente, por medio de la buena educacion, se alcanzan tamaños bienes, y los Jesuitas, que se hallan bien penetrados de la importancia de esta verdad, se dedican con el mayor esmero á la educacion de la juventud, haciendo de ella, como ántes hemos dicho, un estudio especial, de modo que por el conocimiento que adquieren de los diversos caractéres de sus educandos, los colocan en el estado á que los llama su inclinacion, en el que su aptitud, encontrando ménos obstáculos, obtiene progresos mas satisfactorios, en el que su natural, experimentando ménos violencia, disfruta de una felicidad mas pura y mas completa. Siendo todo esto claro, exacto y positivo, preguntamos ¿si racionalmente podrá todavia haber duda en que el restablecimiento de una corporacion religiosa como es la Compañía de Jesus tanto quiere decir como la proteccion mas eficáz dispensada á la religion de Jesucristo? Creemos que nó. Luego no nos equivocamos al asentar mas arriba, que *una comunidad religiosa, como la Compañía de Jesus, es una grande adquisicion para la Iglesia, á quien se protege por este medio, atendiendo á los inmensos é importantes servicios que siempre ha prestado en lo político y en lo espiritual.* Los servicios que han hecho á la moral como excelentes sacerdotes, nunca pueden apreciarse debidamente, si no es porque se experimentan, y se sienten muy á lo vivo sus benéficos efectos, que modifican y perfeccionan las costumbres, sin dejarlas degenerar ni corromper, porque son los Jesuitas una fuente abundantísima que está continuamente vivificando con sus aguas cristalinas y puras el vasto campo que humedecen y fertilizan. Son hombres, que considerados bajo un aspecto entera y exclusivamente religioso, viven conforme al Evangelio, del cual son fieles observantes, y que sabiéndolo aplicar á todas las circunstancias de la vida, logran cumplir con las obligaciones que todos tenemos contraidas para con Dios, y que producen el refinamiento de la ilustracion como una consecuencia natural de la buena enseñanza y doctrina. Nada ciertamente hay tan dificultoso en este mundo, como es conducir el corazon del hombre, conbatido incesantemente por las pasiones, y por los alhagos de los objetos exteriores. La filosofia cristiana, con su austeridad y con su bella índole, con su templanza y con su prudencia, con su moderacion y con su eficacia, sabe dirigir perfectamente ese mismo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazon, sacando gran provecho de semejantes pasiones, porque haciéndolas conocer en su verdadero punto de vista, y presentando á nuestra consideracion toda su fealdad, toda su monstruosidad, toda su deformidad, nos conduce naturalmente á hacernoslas detestables, examinando únicamente su aspecto feroz, y el veneno activo que encierran en su inmundo seno. ¡Cosa admirable! Esta operacion se verifica por un medio sumamente sencillo: se verifica, decimos, por una simple comparacion entre el bien y el mal; entre la virtud y el vicio, ocurriendo á una profunda meditacion de la una y del otro; de manera, que despues de esta comparacion, de este exámen, la libertad determina y fija la eleccion. He aquí, pues, la obra de los Jesuitas, y el fundamento que nos sirve de apoyo para reputarlos como muy á propósito para hacer la felicidad de las poblaciones en que se hallan establecidos.

Una corporacion religiosa, cuya mision consiste en moralizar y educar perfectamente á las grandes masas que forman la sociedad, que hace amar el bien y aborrecer el mal, que conduce á la perfeccion en todos casos á los que dirige, incuestionablemente es una grande adquisicion, que siempre debe estimarse y conservarse á todo trance, mucho mas cuando esta corporacion religiosa es pacífica, é imita perfectamente el espíritu de la Iglesia y de la religion, de las cuales es una rama. Si se consulta la historia imparcialmente, y si se busca de buena fé y con toda diligencia la verdad, descuidándose de preocupaciones, y de una mala prevencion, se logrará, que los Jesuitas sean al fin tratados con justicia, declarando, que jamás desmintieron su carácter, sino ántes bien, que siempre han sabido desempeñarlo y corresponder á él diligente y escrupulosamente. Por mas que la malevolencia y la perversidad ó corrupcion hayan querido deturpar infamemente esta órden célebre y respetable, jamás será manchada ni deprimida substancialmente, porque en todos tiempos se hacen un lugar la inocencia y la incorruptibilidad. Hagámos un estudio profundo sobre los Jesuitas; propóngamonos juzgarlos con toda la mayor severidad; busquémosles crímenes y maldades, y no encontrarémos mas que hechos sublimes, asombrosos é inesperados, y nos constituirémos siempre en amantes, en admiradores suyos. Una corporacion religiosa, como la que nos ocupa, que solo produce buenos hijos para la Iglesia y para el Estado, naturalmente es una grande, exquisita adquisicion. El restablecimiento de una corporacion religiosa, repetimos aún, cuyo modelo es el Evangelio que quiere imitar, ó mejor dicho, convertir en substancia propia, y nutrir con ella á sus neófitos, es dispensar eficázmente la proteccion mas decidida á la religion que sostiene, defiende y propaga, perfeccionando su conocimiento en el ánimo de todos sus educandos.

Los Jesuitas ciertamente enseñan las virtudes que han aprendido, y son unos) evangelios animados, por decirlo así, que se transmiten de ellos á los que enseñan, dándoles reglas de conducta que deben seguir, para cumplir la mision que todo hombre tiene sobre la tierra: en una palabra, los Jesuitas han sabido desempeñar con su ejemplo y con sus predicaciones, aquella sapientísima sentencia de Chateaubriand, que dice:

La cruz es el estandarte de la civilizacion;

Y de consiguiente, han podido adelantar en todas sus empresas, llevándose en ellas la superioridad y la admiracion de cuantos las han presenciado. Porque la cruz de Jesucristo es ciertamente la escuela mas perfecta que el hombre eminentemente civilizado debe cursar con preferencia á cualquiera otra, pues, como dice muy bien el Lic. D. Santiago Garcia Mazo (1), "la muerte de Cruz fué en los tiempos an-„tiguos, un suplicio de la mayor ignominia. Maldito es de Dios el „hombre que muere colgado en un leño, se habia dicho mil y qui-„nientos años ántes que espirase en ella Jesucristo; mas despues que „este Divino Redentor la regó con su sangre y murió clavado en ella, „este objeto de la mayor ignominia pasó á ser el objeto de la mayor „veneracion. Todo lo que el Hijo de Dios padeció en su vida mor-„tal, vino á consúmarse en la Cruz; y la Cruz, bajo de este punto de „vista, nos representa todo cuanto padeció el Hijo de Dios por noso-„tros. ¡Cuán amable nos debe ser este sagrado árbol que sostuvo „pendiente de sus brazos el precio del mundo! Glorièmonos, cris-„tianos, en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. Abracémos, bese-„mos todos los dias de nuestra vida, y muchas veces al dia, esta Cruz „adorable, que será aplicada á nuestros cárdenos lábios en la hora de „nuestra muerte. Hagámonos acreedores por nuestro entrañable „amor á la Cruz, á que el soberano Juez, que espiró en ella, nos mi-„re como hijos de su Cruz, nos juzgue como redimidos en su Cruz, y „nos conceda por su Santísima Cruz la entrada en su eterna gloria." Recordemos, pues, que la Cruz presidió en todos los actos y conquistas de los Jesuitas, y advirtamos que este signo celestial, es el que nos recuerda, que somos cristianos, porque con ella refrescamos la memoria de que una Religion esencialmente santa y civilizadora, mejora la condicion del hombre, y le presta cuantos consuelos necesita, para hacer verdaderamente amable y deliciosa la existencia, sirviéndonos de una guia segura, para señalar nuestros procedimientos, y atemperarlos á una rigorosa justicia, y á una moral, con la que buscamos la felicidad, que nunca perdemos de vista, y que conseguimos indudablemente, apoyándonos en estas dos firmísimas bases, que en ningun tiempo pierden su centro de gravedad.

Los Jesuitas han recorrido, frecuentado y puesto en ejercicio toda la escala de las virtudes cristianas, convirtiendo estas en substancia propia, y estableciendo con ellas cierto género de vida, que pre-

(1) En su obra titulada: "El Catecismo de la Doctrina Cristiana explicado; ó explicaciones del Astete, que convienen tambien al Ripalda," edic. de 1848, pág. 8.

cisamente es la que debe observarse, si se quiere adquirir una sólida felicidad; de consiguiente, han mejorado la triste situacion del hombre, y perfeccionado las costumbres, haciendo saborear el gusto que produce la ilustracion; de manera que han establecido un modo de vivir tal, que la Religion y la política se hermanan perfectamente, imprimiendo en la vida laboriosa y civilizada de las sociedades, un candor, que hace conocer muy bien el estado floreciente de ellas mismas, sin que haya mas que una libertad propiamente así llamada, sin mezcla alguna de bienes y males, cuyo conjunto, cuya reunion en un mismo punto, seria notoriamente pernicioso. Es menester detenerse un momento en reflexionar, que la educacion que dán los Jesuitas, es religioso-política, logrando sus buenos efectos la constancia y el esmero con que se dedican á ella, consultando al adelantamiento simultáneo de la Iglesia y del Estado, y por este medio van preparando poco á poco á los grandes hombres que algun dia dispondrán de la suerte de su pátria, y que serán su mas firme apoyo. Todo esto se practica con la Cruz, porque recordando lo que nos indica, nos conduce á hacer una vida perfecta: moraliza, y nos excita al exacto cumplimiento de nuestras obligaciones, haciendo forzosamente virtuoso al hombre, sin usar de medios violentos y repugnantes, con los cuales se alcanza únicamente la exasperacion y obcecacion en los males, pero jamás el resultado que se busca.

En el Capítulo VI de la obra moderna que hemos citado, y que queda copiado, tuvimos ocasion de conocer la razon con que su autor llamó sapientísima y propiamente *prodigios de valor y de caridad*, las hazañas con que se inmortalizaron los Jesuitas. La cruz es el pendon que presidió en sus grandes empresas, y ese madero sacrosanto, insignia evidente del triunfo de nuestra adorable Religion, echó los firmes cimientos de un edificio colosal que se construyó en la China y en la América, y que fué el trofeo mas apreciable y exquisito que adquirieron el cristianismo y la civilizacion. La cruz, haciendo una pasmosa conquista de multitud de salvages, atraidos hácia ella por su dulce influencia, obró grandes portentos, y fijó importantes acontecimientos, cuyo exámen ha sido el constante estudio de los políticos, quienes ciertamente han admirado la rápida formacion de poblaciones bien respetables, que han hecho los Jesuitas, mientras la historia nos atestigua diariamente las dificultades y lentitud con que se han fundado las naciones. Los Jesuitas reunieron en sociedad á los salvages, por medio de la cruz y de la música: ensancharon los límites de los dominios de sus soberanos: y como ántes indicamos, los misioneros no habian querido formar cristianos, sino para hacer de ellos ciudadanos libres, ni los reunieron sino para procurarles las dulzuras de una sociedad gobernada con leyes paternales, y no en fuerza de los caprichos tiránicos de diversos señores. Fundaron, decimos, poblaciones muy considerables, sin desviarse de la buena fé y de la suavidad, sin ocurrir á intrigas miserables y en extremo

mezquinas, con las cuales se ha aumentado grandemente el poder de los pueblos. En corto tiempo, obraron los Jesuitas tan maravillosos fenómenos, apartando de sus proyectos toda traicion, todo engaño, sin que por eso hubieran criado rencillas, é insultado á nacion alguna, en vez de que la antigua y poderosa Roma, por ejemplo, tuvo necesidad de apelar á medios inicuos para propagar el número de sus primitivos fundadores, pretextando celebrar juegos en honor de Neptuno Ecuestre, fijando dia para esta solemnidad, en la cual fueron robadas las mugeres por los jóvenes romanos, y conducidas á sus casas, donde contrajeron matrimonio con ellas, bajo el pomposo aspecto de todas las ceremonias religiosas (1); con cuyo abominable crímen, pudo Rómulo hacer subir el número de la primitiva poblacion de Roma, á cuarenta y siete mil individuos. La cruz y solá la cruz, produjo tan excelentes frutos, y ella fué la que preparó el establecimiento de las llamadas reducciones, en las que florecieron las artes y las ciencias, y se cultivó satisfactoriamente la literatura, dominando en este hermoso vergel la Religion cristiana, como el mayor bien, y como el principal regulador de las acciones de los neófitos.

Bastarian ciertamente las noticias ó documentos que preceden, para que la proposicion que defendemos, á saber, que el restablecimiento de una corporacion religiosa, como es la Compañía de Jesus, importa precisamente la proteccion que debe dispensarse á la religion de Jesucristo, quedára plenamente demostrada, de una manera que no admitiese duda; pero quizá creerian los detractores, que habiamos agotado ya todos nuestros materiales. Estos, lejos de consumirse, abundan de un modo que nos proporciona un sobrante excesivo, del que sin embargo no podemos hacer uso, por no ser demasiado difusos. Si nuestro escrito fuere desgraciadamente impugnado, porque haya un espíritu que se obstine en desconocer la verdad, entónces pondrémos en ejercicio, y publicarémos todos los documentos preciosísimos que poseemos. Mas no podemos dispensarnos de producir otros varios y pequeños datos en confirmacion del principio que sostenemos, apartándonos de la indicacion que hemos hecho, y por tanto, decimos, que "en la invasion del cólera morbo, Génova, Nápoles, Palermo, Roma y „otras ciudades de Europa, debieron maravillarse de la caridad de los „Jesuitas, que dia y noche acudian á la asistencia y al socorro de los „epidemiados. Entónces todos, aun los que ántes los veian de mal ojo, „manifestaron comprender, que un cuerpo de hombres que exponen „su vida por la salvacion espiritual y temporal de sus semejantes, po„seen el espíritu de aquella caridad que enseñó Jesucristo, queriendo „que fuese el carácter declarado de sus discípulos. Al brillo de tal „luz, desapareció la falsa idea de egoismo é hipocrecia, y se oyó es„clamar á las personas ménos amantes de la Compañía: *Los ad-*

(1) Véase el Compendio de la Historia Universal de Anquetil, tom, 2.° pág. 36.

BIBLIOTECA CENTRAL

„*miramos, pero no nos es posible imitarlos*; y muchos del pue-„blo bajo reconvenian á los que los habian denigrado. Tan „cierto es, que la calamidad hace entrar en juicio." (1) Los mismos ejemplos de ardiente caridad y asombrosa intrepidéz dieron los Jesuitas en los Estados Unidos en la misma epidemia. "Los „protestantes, dice Cretineau-Joly (2), los presbiterianos, metodis-„tas y baptistas, kuakeros y unitarios, todos quedaron asombrados „de ver generalmente á los sacerdotes católicos (y mucho mas á „los Jesuitas y á las hermanas de la caridad), ocurrir á cualquiera „hora del dia ó de la noche á los apestados, no solamente á la „casa del rico, sino tambien y con la mayor frecuencia á la mas „pequeña y asquerosa choza del indigente y del negro." Todos estos pasages que ocurrieron seguramente en la primera aparicion de tan horrible epidemia, comprueban la eficáz influencia que produce el sacerdocio católico en las grandes calamidades con que el Señor visita á su pueblo, y el lenitivo con que ocurre hasta el grado de hacer gustosos los padecimientos con que lo aflige y atormenta; he aquí la mano bienhechora que tiende á sus hijos la religion de Jesucristo; mano que por un inexcrutable arcano de la Divina Providencia, es incesantemente conducida por el Jesuita, cuya ingerencia activa ha sido muy interesante en nuestra misma Capital, para destruir los males que nos aquejan, aun cuando no existe su instituto. Si en la primera aparicion del cólera, los Jesuitas fueron los que prestaron tan importantes servicios á la causa de la humanidad afligida, en el año de 1850, se han hecho acreedores en Mexico á nuestra eterna y sincera gratitud, pues en la invasion que experimentó esta Ciudad, se vió un hijo de San Ignacio de Loyola, encargarse del lazareto que se estableció en el Santuario de los Angeles, y ayudar con sus limosnas á la conservacion del Hospital de San Pablo, en donde las Hermanas de la Caridad han sido un modelo de fortaleza, siendo atacadas tres de ellas del cólera morbo, del que fueron curadas en la casa matriz, para donde se retiraron (3). Si queremos consultar mas la historia, refiriéndonos á épocas pasadas, verémos que en el año de 1800, cuando volvian de su destierro los Jesuitas españoles y varios americanos, asistieron en Cádiz á los epidemiados de la fiebre amarilla, y en este servicio sucumbieron quince padres, entre los cuales, dos eran mexicanos.

La experiencia contra la cual no hay argumentos, nos está señalando como con la mano y de un modo irresistible, que no admite la menor duda, que los Jesuitas saben dominar y hacerse superiores á

(1) Alcune ragioni dell P. Pio Melia—Luca 1845.
(2) Historia de la Compañia de Jesus, tom. 6.° pág. 376.—París 1846.
(3) Véase el núm. 27, tom. IV del impreso titulado: "Periódico oficial del Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos," correspondiente al dia 2 de Noviembre de 1850, en el cual consta el informe que produjo el Gobierno del Distrito federal, sobre el asunto de que habla el texto.

las circunstancias. No hay empresa que acometan, que no les salga bien, porque son hombres naturalmente emprendedores y constantes en sus proyectos, porque son verdaderos apóstoles y ministros del Señor, se dedican exclusivamente al ejercicio de su ministerio, y atienden cuidadosamente á los objetos mas interesantes, que mejoran la condicion de una sociedad, haciéndola sólida é ilustre, y perpetuando su existencia. Ya hemos manifestado en la primera parte de nuestro discurso, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hacen tan estupendos milagros. En efecto, así lo comprueban todos los documentos que hemos presentado á la consideracion de nuestros lectores, y no debemos olvidar ni por un instante, que los Jesuitas han sabido sobreponerse siempre á sus inclinaciones, á sus sentimientos y á su bienestar tambien. "Sabido es, dice Cretineau-Joly (1), que, en „diferentes ocasiones, ha corrido por Europa la voz de que existian „en las reducciones del Paraguay abundantes minas de oro, así como „igualmente que semejante rumor ha sido desmentido, ya por los mis-„mos hechos, ya por el testimonio de los comisarios regios enviados á „aquellos lugares. La España sabia muy bien el valor de estos rumo-„res, cuando, en 1740, Gomez de Andrade, gobernador del Rio Janei-„ro, pensando que los Jesuitas, al haber conseguido del gobierno es-„pañol que no entrasen extrangeros en las reducciones del Parana, „llevaban la mira de ocultar á miradas indiscretas los manantiales de „una quimérica fortuna; concibió el proyecto de un cambio entre las „dos coronas, y para obtener las siete reducciones del Uruguay pen-„só ceder á la España la hermosa colonia del Sacramento. Dió par-„te de todo á la corte de Lisboa, la que se apresuró á entrar en trato „con la de Madrid. El trueque era demasiado ventajoso á esta últi-„ma, para que dejase de aceptarle. El Portugal abandonaba un pais „fértil, que por su situacion, abria y cerraba la navegacion del rio „de la Plata, y en cambio, tomaba una tierra condenada á perpetua „esterilidad. La España se adhirió al tratado; pero, como si los di-„plomáticos de ámbos paises tuviesen el poder de obligar á aquellos „salvages convertidos en hombres, á que mudasen de pátria como de „calzado, fué estipulado que los habitantes de las siete reducciones „cedidas irian lejos de allí á desmontar y poner en cultivo otros ter-„renos á cual mas ingratos y estériles. Con el deseo de explotar á „su libertad las ricas minas de oro con que habia soñado el consejo de „Lisboa, Gomez de Andrade puso por condicion que mas de treinta „mil almas quedasen repentinamente sin pátria, sin familia y sin mas „recursos que la buena ventura para volver á comenzar su vida er-„rante.

"Los Jesuitas eran en aquella sazon, los padres, los maestros y „amigos de aquellos neófitos, y tenian una influencia completa sobre

(1) Véase su obra titulada: "Clemente XIV y los Jesuitas, ó sea Historia de la Destruccion de los Jesuitas," Cap. 1.° págs. 18 y 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

„ellos. El 15 de Febrero de 1750 les fué encargado por las dos cor-
„tes signatarias del tratado y por el Gefe del Instituto, que dispusie-
„sen al pueblo para la próxima transmigracion. Francisco Retz, ge-
„neral de la Compañía, expidió para mayor seguridad, cuatro cópias
„de su órden, en la cual, despues de recomendar toda clase de pre-
„cauciones, añadia. "que él mismo se creia en el deber de superar
„cuantos obstáculos le detenian en Roma, para acudir personalmente
„á aquellos paises, y favorecer con su presencia la inmediata ejecu-
„cion de las voluntades de ámbos príncipes." Tanta era su prisa por
„agradar á las dos cortes. El P. Barreda, provincial del Paraguay,
„se puso en camino, á pesar de sus años y achaques, y nombró para
„que le reemplazase al P. Bernardo Neydorffert, que ya habia mas
„de treinta y cinco años que residia entre sus neófitos, quienes le te-
„nian especial predileccion. El Jesuita comunicó tan extraño pro-
„yecto á los caciques, y de todos ellos recibió la misma respuesta; to-
„dos declararon que preferian ántes la muerte en su tierra natal, que
„un destierro ilimitado é inmerecido, que les separaba de las tumbas
„de sus abuelos, y de las cabañas donde habian nacido sus hijos, para
„consumar su ruina. Los Jesuitas comprendian el valor de sus sen-
„cillas quejas, y se asociaban á ellas; y es digno de sentirse que en
„aquella ocasion no tuviesen el valor necesario para oponerse á tama-
„ña violencia. No se les ocultaba la negra trama que amenazaba á
„la Compañía, ni la coalicion de envidias y preocupaciones que se al-
„zaban contra ella, y creyeron conjurarla haciéndose los auxiliares de
„los gabinetes de Madrid y de Lisboa, que traficaron con sus neófitos
„cual si fuese un trato de ganado. Esta condescendencia fué una fal-
„ta, que en lugar de contener, apresuró su ruina. La sumision que
„les calumniaba fué reputada por sus enemigos como un acto de debi-
„lidad, é hizo á Pombal mas exigente. El ministro que veia los inú-
„tiles esfuerzos que ensayaban para calmar la irritacion de los indios,
„acusó á los misioneros de dobléz en este negocio, suponiendo que en
„secreto obraban de diferente modo que en público. Oprimia á los
„neófitos, á fin de ensayar sus fuerzas, y los padres, lejos de resistir,
„se prestaban con un doloroso abandono á las medidas que la ambi-
„cion y la avaricia sugerian, por lo cual creyó Pombal que semejan-
„tes contrarios ya estaban de antemano vencidos. Se sirvió de ellos
„para desorganizar las reducciones, y al mismo tiempo los acusó co-
„mo instigadores de rebelion.

"Los Jesuitas tenian la clave del cambio inmoral propuesto por
„la corte de Lisboa; sabian que la total dispersion de los neófitos no
„llevaba mas objeto que el dejar á los agentes portugueses la facultad
„de explotar á su placer las fabulosas minas de oro, que los Jesuitas
„beneficiaban de una manera tan discreta. La verdad y honor del
„Instituto se hallaban comprometidos en la cuestion; pero sus indivi-
„duos quisieron mejor secundar las miras de sus adversarios, que apo-
„yarse en sus amigos. Entraron tambien en la funesta senda de las

„concesiones, que jamás ha salvado la menor cosa, y que ha perdido
„en cambio mas de una justa causa, cubriéndola con un barniz de des-
„honor en sus últimos momentos. Los Jesuitas aturdidos con el eco
„de los clamores que se alzaban á su alrededor, creyeron ahogarlos
„transigiendo con los que los lanzaban, y para no atraer una tempes-
„tad, quizá útil en aquellos momentos, se resignaron á hacer el papel
„de involuntarios hecatombes ó de mártires por concesion, único ca-
„mino que conduce á la muerte sin honra ni provecho."

De esta suerte, y por lo que consta del anterior documento que hemos copiado, aparecen los Jesuitas tales como son. Ellos tienen la mas completa deferencia para con las autoridades, y las obedecen con una prontitud y una eficacia inconcebibles. Saben domar sus pasiones incuestionablemente, y este hábito, esta ciencia envuelve en sí todos los tesoros de la mas sublime filosofia cristiana, por la cual los Jesuitas han consultado siempre á la abnegacion de sí propios. Pero la han consultado de tal manera, y han sabido contrarestar los malos movimientos, que al obrar, se nos presentan como si fueran guiados de la segura conciencia que infunde aquello mismo que practican, y que tiene todos los visos de una persuasion profunda é íntima, la cual determina, generalmente hablando, las acciones del individuo, y el gusto y entusiasmo con que emprende este su trabajo. Los Jesuitas obran en todos tiempos, y aun en los casos que les son perjudiciales, de un modo tan sorprendente, que ellos mismos se ofrecen á nuestra consideracion, como verdaderos cómplices de su ruina. Prescindirémos sin embargo de ese carácter débil en esta parte, que no puede recomendarse absolutamente, si no es diciendo, que son conducidos por una santa abnegacion, pues de ninguna otra suerte puede la historia imparcial calificar exactamente semejante debilidad. Unicamente confesarémos siempre con la ingenuidad y lealtad de los hombres honrados, que los Jesuitas, como ministros del Señor, como misioneros, como maestros públicos, como ciudadanos privados, como sábios directores, y como ebedientes súbditos, forman una órden célebre por mil títulos, útil bajo todos aspectos, protectora de las artes y de las ciencias, y eminentemente caritativa y civilizadora He aquí ya en pocas palabras cómo queda probada la cuarta proposicion que hemos defendido.

Pasamos ahora á tratar de la quinta, en la que nos empeñarémos para probar, que *extinguiendo alguna de las corporaciones religiosas, privamos á la Iglesia de la proteccion que la debemos.* Sentamos esta proposicion, para que no se crea, que al hablar de los Jesuitas, y al defenderlos con una mano robusta y armada, sin arrepentirnos jamás de la energia con que hemos procurado hacerlo, denigramos á las demás religiones, como pudiera juzgarse ligeramente. Bien convencidos estamos de que la existencia de la Compañía de Jesus no es incompatible con la existencia de las demás corporaciones religiosas. Al contrario, si ella fuese la única que se hallara establecida, su ais-

BIBLIOTECA CENTRAL

lamiento seria la mejor demostracion matemática que se hiciera de que necesitaba imperiosamente de la concurrencia de las otras. Deseamos ser hombres sensatos y de un fondo sólido, y esta misma sensatez nos hace preciar de que es segura la opinion que emitimos, la cual se contrae á que todas las religiones conocidas, tienen un objeto, una mision muy importante que llenar, y que afecta sin duda alguna y directamente á la conservacion y desarrollo de las instituciones eclesiásticas, sin las cuales dificilmente la religion ejerceria su influencia y su poder. Si se recorre la historia de los servicios que han prestado las corporaciones religiosas, confirmarémos nuestro juicio, y habrémos fijado nuestro dictámen sobre bases indestructibles. Si comparamos estos servicios, con los lugares dificultosos y llenos de peligros en que se han verificado, nuestro interés en favor de tales corporaciones religiosas, crecerá de un modo portentoso, inspirándonos hácia ellas el mayor aprecio y respeto. Así es que cuando oimos la relacion de los trabajos que pasan cuale quiera religiosos, naturalmente nos conmovemos, y admiramos de que la religion en todos tiempos y lugares nos auxilie y nos salve. Comprueba la exactitud de este aserto, la siguiente narracion, que tomamos del Capitulo XXiV, de la obra titulada: "La tierra Santa." "Ya era tarde, dice, para „volver atras (1): hubimos de manifestar ánimo, y pasar por el segun„do campamento, sin que al principio nos sucediese nada, pues los ára„bes tocaron la mano de los betlemitas y la barba de Alí-Agá. Pero „apenas hubimos pasado la última tienda, cuando un beduino detuvo „al borricuelo que llevaba las provisiones. Los betlemitas le quisie„ron repeler, y él llamó en su auxilio á sus compañeros, los que de „un brinco montaron en sus caballos, se armaron, y nos cercaron al „instante. Alí lo pudo sosegar todo dándoles algun dinero, pues „aquellos árabes exigen un derecho de pasage, creyendo á la cuenta „que el desierto es un camino real, bien que cada uno es amo en su „casa; pero esto no era mas que el principio de un lance mas serio.— „Una legua mas allá bajando por la espalda de un monte, descubri„mos la punta de dos altas torres que salian de un profundo valle, y „eran las del convento de San Sabá. Estando ya cerca otra cuadri„lla de árabes emboscados en lo hondo de una rambla, se tiró á noso„tros dando terribles ahullidos. Al instante vimos volar las piedras, „relucir los puñales, y apuntar los fusiles. Alí se arrojó enmedio de

(1) Hablando esta obra del Desierto y Convento de San Sabá, dice, que al volver de una de aquellas montañas, se encontraron los viageros con dos campamentos de beduinos; el uno constaba de siete tiendas de pieles de ovejas negras, formando una especie de cuadrilongo: y el otro de unas doce tiendas colocadas en circulo, y que allí cerca estaban pastando algunos camellos y yeguas; en seguida, comienza la relacion que hemos insertado en el texto; pero nos creemos obligados á hacer esta manifestacion, para que no se crea que aquel se halla cortado, y para que aparezca bien redonda la oracion, que de otra manera se presentaria trunca.

„la pelea, y todos fuimos corriendo en su favor: cogió al capitan de „los beduinos de las barbas, le tiró á los pies de su caballo y le ame„nazó acabaria con él si no contenia á los suyos. Entretanto un re„ligioso griego asomado por lo alto de la torre, gritaba procurando „ponernos en paz. De este modo llegamos á la puerta del convento, „y los religiosos que estaban dentro, daban vuelta á la llave muy des„pacio, pues temian que entre el desórden robasen el convento. Can„sado el genízaro de tal tardanza, se enfurecia contra los religiosos y „contra los árabes. En fin, sacó su sable, é iba á echar abajo la ca„beza del capitan de los beduinos, á quien con extraordinaria fuerza „tenia siempre asido de las barbas, cuando se abrió el convento: to„dos revueltos nos metimos en un patio, y al instante se encrespó la „pelea: no estábamos en lo interior del convento, pues habia que en„trar á otro patio, y la puerta de éste aun no se habia abierto. Nos „hallábamos, pues, apiñados en un corto espacio, hiriéndonos con „nuestras propias armas, al mismo tiempo que nuestros caballos se „habian enfurecido con el ruido. Alí dijo que me habia libertado de „una puñalada que un árabe me iba á dar por detrás, y enseñaba su „mano toda ensangrentada. Pero aunque Alí era muy valiente, codi„ciaba el dinero como buen turco. Abrióse, en fin, la última puerta „del monasterio. Salió el superior de los religiosos, dijo algunas pa„labras, y se apaciguó todo. Entónces supimos el motivo de la dis„puta.—Los últimos árabes que nos habian acometido, pertenecen á „una tribu que pretende tener exclusivamente el derecho de escoltar „á los extrangeros que van á San Sabá. Los betlemitas, que desea„ban ganar el dinero de la escolta, y que querian sostener la fama „que tienen de valientes, no habian querido ceder. El superior del „monasterio prometió que yo pagaria á los beduinos, y con esto se „compuso todo."

Las comunidades religiosas son utilísimas en todas partes; pero en los paises de infieles se han ceñido siempre coronas que satisfacen de continuo los esfuerzos y anhelos de una heroicidad cristiana: enmedio de los grandes y positivos peligros que hemos visto consignados en la relacion precedente, por ejemplo, descubrimos al sacerdote católico llenando constantemente su mision de paz y de concordia: conociendo las costumbres de los bárbaros, saben manejarlas, y sacar copiosos frutos de su larga esperiencia. Ejerciendo su noble y sublime ministerio, corren el inminente peligro de sacrificar su vida, de padecer el martirio. Los religiosos abandonan las comodidades y los goces que ofrece la sociedad ilustrada, y condenándose á un espantoso destierro, se lanzan entre los salvages, entre los infieles, á quienes llevan la santa religion de Jesucristo, recibiendo en premio de sus inmensos servicios las aflicciones y los tormentos, que son propios de una existencia probada por las persecuciones y las calumnias, por los caprichos y por la arbitraria voluntad de los paganos, de aquellos hombres que, desconociendo la inmensidad de positivos beneficios

convierten los lugares que pisan en una horrible carnicería, inmolando á sus protectores. Cualquiera que conozca tamañas hazañas, no dejará ciertamente de admirar los institutos religiosos. Ellos contribuyen tambien á la perfeccion de la sociedad, y sirven de una robusta columna, en que descansa firmemente la Iglesia; pero claramente se percibe, que si falta á un edificio cualquiera de sus cimientos principales, este bambolea y pierde todo su equilibrio. El principio religioso se desarrolla de un modo mas ámplio, mientras mayor es el ámbito en que puede extenderse. Las corporaciones religiosas, son el vasto campo en que el cristianismo se dilata, y el culto exterior puede ejercerse de esa suerte con toda la pompa, con toda la solemnidad de que es capaz.

Generalmente y por desgracia, suele tratarse con demasiado rigor á una corporacion religiosa; pero los que así obran por sistema ó por espíritu de secta, solo dejan percibir en público la suma, la crasa ignorancia en que se hallan sumergidos. Porque si atendemos á sus reglas, á sus constituciones, desde luego conocemos las grandes ventajas que trae consigo la existencia de semejantes comunidades. En estas tiene la Iglesia tantos medios de propagar sus sábias y saludables doctrinas, cuantas son esas corporaciones, cuyo objeto único consiste en hacerla progresar en favor de la especie humana. Las doctrinas que nos enseñan, decimos, derraman un abundantísimo consuelo en nuestro afligido corazon, y nos instruyen de tal manera, que nos hacen aprender, que con la oracion, desaparecen todas nuestras congojas, todos nuestros conflictos. El autor de este discurso, se ha visto muy frecuentemente combatido de ideas melancólicas, que quizá lo han inducido á la desesperacion, creyendo que sus tormentos nunca pueden dejarlo libre y desahogarlo. Media hora de oracion vocal, ha sido mas que suficiente para hacerlo salir del error en que habia incurrido, y encontrar en ella el alivio que en vano buscaba en objetos que no fuesen otros que la oracion, y convencerse de que la ligera plegaria que dirigió á Dios en el momento de sus cuitas, fué de un precio mas subido que la larga conversacion sobre la filosofía mundana mas sublime que hubiera durado tres horas. Y ¿en que consiste todo eso? En las instruciones que ha podido recibir de las corporaciones religiosas, á quienes ha escuchado con atencion. En la constitucion de una sociedad civilizada, todos los establecimientos están dispuestos de una manera tal, que tienden á desempeñar su mision con exactitud y con la regularidad de un relox, que está perfectamente construido, y que señala las horas del dia sin mentir, porque la máquina obedece muy puntualmente al movimiento que se le ha impreso. Y como quiera que las corporaciones religiosas contribuyen con suma eficacia al desarrollo de esa sociedad y á su perfeccion y engrandecimiento, resulta que son útiles y necesarias, en tal grado, que si faltan, todo se desconcierta y pierde su aplomo por una forzosa consecuencia.

La religion católica ha influido en todos tiempos sobre las costumbres, que siempre hace suaves y elegantes, porque ha impreso en ellas la hermosa blandura de la civilizacion; ha sabido destruir la dureza que se advierte en el corazon de los salvages, y de hombres toscos y rudos, ha hecho hombres nuevos, á quienes ha infundido sentimientos de humanidad, de benevolencia y de caridad. Un hombre á quien la religion de Jesucristo no ha civilizado todavia, es como una piedra bruta, como una tierra vírgen, de inestimable valor en sí misma, pero inútil tambien hasta cierto punto, porque no se ha labrado, porque no se ha cultivado aun. Mas luego que ese hombre ha logrado saborear el gusto de la religion, luego que ha sido civilizado por ella su espíritu, y formado su índole, inmediatamente ha aparecido como esa piedra bruta, que fué pulida, y que presentó ya á nuestra vista una joya de mucho valor, ó como esa tierra vírgen, que cultivada por una mano diestra, ha dejado desarrollar su fertilidad en toda su extension, y producir frutos muy sazonados, mediante los cuales, ya se ha formado una familia su patrimonio y asegurado su subsistencia. Esto supuesto, la religion puede compararse á esa tierra vírgen, que permanece improductiva, si carece de ministros, que como hábiles agricultores, preparen sus trabajos, muy apreciables á la verdad, para que aquella produzca su sazon, y para que influya en el ánimo de todos sus secuaces, regulando sus acciones de manera que se enderecen al servicio de Dios, y á la felicidad temporal de ellos mismos, que es el único fin que buscan, sin perder de vista la consecucion de otra felicidad mas duradera y mas sólida.

Los individuos de la especie humana, tienen grandes obligaciones que cumplir, y necesitan de directores que se encarguen constantemente de inculcarles el desempeño de semejantes deberes: he aquí insinuada ya la dependencia que tenemos todos los hombres, los unos con respecto á los otros: he aquí ya establecida la idea del *superior*, que lleva consigo precisamente como accesoria la idea de *súbditos*, y estas dos circunstancias son las que forman el mecanismo ó la extructura de la sociedad. La dependencia en que naturalmente vivimos los hombres, es la que marca los acontecimientos de nuestra existencia, la que nos liga fuertemente, y la que nos hace conocer cual es el destino que tenemos en el mundo. La religion y la ley son los dos grandes motores de nuestro ser: pertenecemos á la sociedad como ciudadanos y como religiosos: como ciudadanos, nos hallamos sujetos á todas las autoridades que se han establecido para conseguir el fin que nos proponemos, viviendo en comunidad: como religiosos, es preciso que estemos sometidos á cuantos ejercen la autoridad eclesiástica: esas dos autoridades, que son la civil y la espiritual, están estrechamente unidas entre sí, de manera que forman un todo compacto y sólido: por eso seguramente dice el docto Covarrubias (1): "Desde que

(1) Máximas sobre recursos de fuerza y proteccion, Discurso preliminar, §. III.

„la Religion vió á los Emperadores y Reyes sujetos al yugo saluda-„ble, que venia á imponer á los hombres; la potestad Eclesiástica y „temporal, han formado tan fuerte enlace, que en no pocas ocasio-„nes ha sido dificultoso distinguir en los efectos que producian, cual „de las dos obraba como principal, y cual como accesoria, ó protec-„tora. En efecto, tenemos leyes de la Iglesia casi sobre todas las co-„sas y materias temporales; y al contrario hay pocas cosas espiritua-„les, que no se hallen mandadas en las leyes de los soberanos. De „aquí no se infiere, que ámbas potestades hayan querido usurparse „mútuamente sus derechos y jurisdiccion. La potestad Real ha con-„vertido y elevado á leyes del Estado los Sagrados Cánones para „obligar con el temor y fuerza del castigo humano á los que se resis-„tiesen á obedecer á la potestad espiritual. Esta ha elevado á Cáno-„nes muchas leyes Reales, é Imperiales, para que los hombres estuvie-„sen mas sujetos y obedientes, *non solum propter iram, sed et propter* „*conscientiam*. Este feliz enlace es la causa que ocasiona la dificultad „en distinguir, y fijar los límites de ámbas autoridades.—Esta dificultad „crece aun mas por la dependencia que tienen unas de otras las per-„sonas, á quienes ha confiado el Todopoderoso ámbas potestades. „Los Prelados y Eclesiásticos, segun manifestarémos despues como „miembros del Estado, están sujetos á los Príncipes temporales. Es „cierto que se hallan algunas leyes Imperiales, que tratan de los Obis-„pos, que pudieran tomarse fácilmente por ordenanzas que arreglan y „recaen sobre cosas Eclesiásticas puramente; pero examinadas á fon-„do, no se refieren mas que á sus personas, como Ciudadanos, y miem-„bros de la República ó del Estado."

Necesitando, pues, los hombres de guias que los conduzcan á su destino, es preciso que existan estas, y siendo la religion una de las principales, si no es la primera, es importantísimo que abunde en ministros sagrados que le den movimiento, y que con sus grandes y exquisitos tesoros, atiendan al bienestar de todos sus hijos. Foménten-se, pues, esas corporaciones, protéjanse, como es debido, y entónces se habrá dispensado la proteccion mas eficaz á la religion. No será aquella una vana sombra, una ficcion que presente el aparato mas pomposo, pero al mismo tiempo el mas perecedero. Todos los establecimientos deben tener consistencia, deben consolidarse, y servir á su objeto: las corporaciones religiosas desempeñan todos los géneros propios de su mision: ellas son las que enardecen dulcemente, digámoslo así, el celo que es menester hacer despertar en nuestros corazones á favor de la religion. Nosotros conocemos la utilidad y necesidad de la existencia de las corporaciones religiosas, porque nunca olvidamos lo que es el hombre de frágil y miserable; de consiguiente, es preciso que tenga siempre á la vista la doctrina y el ejemplo. La primera se adquiere indispensablemente con el ejercicio práctico del ministerio sacerdotal, y el segundo, con la vida ejemplar que llevan los religiosos. Estos ciertamente son provechosos y necesarios en

una sociedad civilizada, porque digase lo que se dijere, la civilizacion no pugna absolutamente con la religion y la vida monástica. Los frailes no son perniciosos, no son vagamundos, sino que por el contrario, examinando bien su carácter, y la importancia que se ha dado á su posicion en la sociedad, se notará desde luego cual es lo que ésta exige de aquellos ministros del Señor, á quienes se deprime con el despreciable epíteto de *frailes*.

Las comunidades religiosas en la Iglesia católica, son formidables atletas que la defienden, al mismo tiempo que la sustentan continuamente. Son como pesados batallones, que hacen una guerra enérgica á sus enemigos, y en sus ataques decisivos agobian y destruyen á los perversos, aniquilando en su cuna las execrables maquinaciones que forman, y que sostienen la impiedad y la irreligion; de suerte que la Iglesia católica no puede desprenderse de ninguna corporacion religiosa, porque de ese modo anonada su milicia, y renuncia para su defensa tantos brazos cuantos son los individuos que componen aquella, y que robustece mas y mas las masas que deben moverse, para estar en continua vigilancia contra las asechanzas de sus adversarios. Bajo este concepto, que no admite la menor duda, es claro que si se extingue una corporacion que pertenezca á la clase de que tratamos, la religion se atenúa, porque carece de la proteccion que la debemos, y va menguando su influjo en el corazon de los creyentes: se apaga sin disputa de ningun género, ese sentimiento noble, que importa sobremanera mantener y fomentar continuamete. Mientras mas estrecha sea la union entre la politica y la religion, tanto mejor será el gobierno que exista en un pais; esa union se adquiere sin duda alguna, cuando hay una causa externa que la está protegiendo y aumentando eficazmente. Ya hemos visto el enlace que se ha establecido entre ámbas autoridades; enlace que es el agente mas poderoso para que la Iglesia y el Estado caminen de consuno á su objeto, que consiste en hacer la felicidad de todos los gobernados. Por esto dice el sábio D. Diego de Saavedra Faxardo (1): "Siendo „Dios por quien reinan los Reyes y de quien depende su grandeza y „sus aciertos, nunca podrán errar si tuvieren los ojos en él. A la „luna no le faltan los rayos del sol; porque reconociendo que de él „los ha de recibir, le está siempre mirando para que la ilumine; á „quien deben imitar los Príncipes teniendo siempre fijos los ojos en „aquel eterno luminar que dá luz y movimiento á los orbes." Pero ¿de qué manera, preguntamos, podrá obtenerse esa fijeza en Dios? Fácilmente conocerémos la exactitud de la respuesta, si advertimos que los gefes de las naciones ó sus gobiernos, por mejor decir, están recibiendo á menudo instrucciones sobre la eficacia y bondad de la religion, por medio de los templos vivos de Dios, que son sus minis-

(1) En sus Empresas políticas, ó ideas de un príncipe cristiano, Empresa XVIII.

BIBLIOTECA CENTRAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tros, los cuales se equiparan á sus mas fieles intérpretes, á los doctores que enseñan á los pueblos las verdades eternas, y que reciben esas mismas instrucciones á que nos referimos, mientras permanecen entre nosotros, y desempeñan su augusto ministerio con libertad evangélica.

Para examinar una cuestion, es preciso analizar el fondo ó substancia de ella, no limitarse á su corteza ó superficie. Para decidirse á hablar de una corporacion religiosa, y á condenarla, no debemos seguir los movimientos de las simpatías ó antipatías que tengamos acerca de ella: no debemos considerar á sus miembros individualmente, para resolvernos en su contra ó en su favor, sino que es absolutamente necesario observar cual es su mision, cual su desempeño, cuales son, en fin, sus tendencias, y las ventajas que ofrece, y haciendo una comparacion exacta entre estas y los inconvenientes que presenta, fijar nuestra opinion, y formar de ella una regla de conducta, depurada con el criterio mas sano que nos sea posible. La escasez de ministros sagrados, seria mas dañosa que útil, porque entónces el ejercicio de la religion seria un objeto de escarnio y de desprecio, en vez de serlo de veneracion y de una santa confusion: seria un objeto, repetimos, que nos causaria la indiferencia, mientras que aquel debe inspirarnos la mayor confianza de que Dios nos ha de ser propicio y benévolo, y esta única consideracion, basta para que nuestros padecimientos se suavicen y encuentren ya un alivio eficaz aun enmedio de su cruel amargura, que nos hace tan fastidiosa la existencia, y que solo es soportable atendiendo á la dulce influencia que ejerce la religion en nuestro débil corazon.

Es preciso ser justos: las corporaciones religiosas son necesarias en la Iglesia católica, para que esta llene su objeto y su alta mision, porque ya hemos indicado mas arriba, que sin el concurso de aquellas, la religion no puede subsistir. Los apóstoles mismos no hubieran podido extender el cristianismo por todo el mundo, si hubieran permanecido aislados, si se hubieran fiado únicamente en sus propias fuerzas. Obsérvese cual es la extension admirable del ejercicio del sacerdocio, cuales son las obligaciones que tienen que cumplir los sacerdotes, y se verá entónces la necesidad absoluta que se deja sentir de la existencia de las corporaciones religiosas. Repetimos aquí que es menester ser justos, porque si atendemos á que el gobierno espiritual es de tan considerable capacidad como el gobierno temporal, convendrémos sin el mas mínimo escrúpulo en que necesita imperiosamente de agentes que le dén vida, que lo vigoricen y mantengan en todo su esplendor. Advirtamos que la falta de ministros, causa un verdadero extravio en la moral, un positivo atrazo en el culto, y que de ese modo la ignorancia y la estupidez se fomentan. Recordemos lo que sucede en nuestra República: en las grandes poblaciones, en las habitadas ciudades de los Estados en que se halla dividida ésta, abundan los clérigos regulares y seculares; pero en las aldeas, en las

villas, en los distritos y en los pueblos, se encuentran regularmente grandes parroquias con una inmensa feligresía, servidas por un cura y un vicario, que montan á caballo los dias de fiesta, y cada uno de aquellos ministros, tiene que marchar en ayunas, seis, ocho ó diez leguas, para celebrar cinco ó seis misas, en los distintos lugares que abarca su dilatada jurisdiccion. Y á pesar de tan ímprobo trabajo, la experiencia acredita matemáticamente, que los auxilios espirituales escasean, y solo hay, digámoslo así, una mera sombra del culto público. El autor de este discurso, sabe, por noticias fidedignas, que en la época en que apareció en México la epidemia del cólera morbo, durante el año de 1850, se notó en sus alrededores, la suspension total de las misas en aquellos parages, porque los curas y vicarios, desentendiéndose por precision de cumplir aquella sagrada obligacion, solo se dedicaron á ayudar á bien morir á los epidemiados, ministrándoles los últimos auxilios de la religion en un lance tan crítico y tan triste; mientras que los que salvaban afortunadamente, carecieron en todo ese tiempo de la posibilidad misma de llenar un deber religioso cada ocho dias. Este hecho notorio, comprueba que no obstante que existen entre nosotros tantas corporaciones religiosas, se descuidó el culto, se menospreció la enseñanza, se abandonó la doctrina, se extravió la moral, y la religion no influyó en el corazon de aquella multitud, de una manera tal, que hubiera mitigado los padecimientos que eran consiguientes en un periodo tan calamitoso, y tan desconsolador. Apesar de que en nuestra Capital abundan los ministros del altar, y sobran los auxilios espirituales, se advirtió, que durante la permanencia de la peste en ella, se veian aquellos afligidos, porque no podian dominar las circunstancias, y desempeñar su alto ministerio en toda su plenitud y con toda satisfaccion, porque los apestados excedian en número al de los ministros, y estos se hallaban verdaderamente oprimidos con el peso de extraordinarias atenciones.

Seamos justos, decimos por tercera vez, y observemos que el gobierno temporal á medida que extiende su vigilancia á un número mas considerable de objetos, procura crearse mas agentes, que sirvan á la realizacion de sus miras. Comparemos este gobierno con el eclesiástico: pues la comparacion es perfectamente exacta, y considerando toda su capacidad, nada estraño será que convengamos, sin alucinarnos, en que son necesarias absolutamente las corporaciones religiosas, porque de ese modo se establece un arreglo positivo y real en la marcha de la Iglesia. Y supuesto que nos es imposible fijar hasta dónde debe llegar el guarismo de estos ministros, porque semejante cómputo depende de consideraciones y hechos que no estamos en el caso de hacer ni preveer, sentemos como base invariable, que debemos proteger el establecimiento de las comunidades religiosas, porque de ese modo protegemos á la religion, mientras que extinguiendo algunas de ellas, privamos á ésta de la proteccion que la debemos. Las corporaciones religiosas son el firme sostén de la Iglesia

BIBLIOTECA

católica: los Jesuitas, por ejemplo, son reputados como los granaderos de ella, y esto basta para probar, que aquellas son de una vital importancia para la conservacion de la sociedad, y para demostrar, que estos ocupan un lugar de la mas alta categoría en semejante milicia. Queda, pues, probada la quinta proposicion, que establecimos al principio de nuestro discurso, porque creemos haber dicho todo lo que es rigorosamente necesario para este efecto. Otras muchas observaciones podriamos emitir en confirmacion de la verdad que hemos sostenido; pero en cuanto hemos escrito hasta aquí, confesamos no haber olvidado que:

El secreto de fastidiar es el de decirlo todo (1);

teniendo tambien muy presente el precepto de Boileau, referido por Cretineau-Joly (2), que dice:

El que no sabe limitarse, jamás supo escribir,

y por eso dejamos á la discrecion de los lectores lo demás que no hemos enunciado, y que seguramente serviria como de difusion, porque traspasariamos los límites que nos hemos señalado.

Vamos, pues, á ocuparnos de la sexta y última proposicion que fijamos al principio, atendiendo á las reflexiones que acabamos de hacer, para dar cima á nuestro escrito: la proposicion de que trataremos dice, que: *de los fundamentos que han resultado al tocar las cuestiones propuestas, no puede inferirse, que la facultad de restablecer la Compañía de Jesus, en los Estados, importa la de extinguir las religiones.* Sin entrar en un análisis profundo de este tema, aparece desde luego la notoria falsedad que envuelve, porque, segun hemos manifestado en la proposicion anterior, si solo existiera el establecimiento de la Compañía de Jesus, inmediatamente resaltaria su impotencia á nuestra vista, y su aislamiento produciria muy distintos frutos de los que nos prometemos, considerándola en perfecto acuerdo con las demás, y esperimentando que la co-existencia de todas, es provechosísima al desarrollo de la religion. Somos defensores de los Jesuitas, por convencimiento y por justicia; pero no estamos tan preocupados, que creamos, que solo ellos podrian dar cumplimiento á las funciones propias del ministerio sacerdotal, que son innumerables. Para extender esta defensa, hemos leido muchas obras que hablan de la célebre Orden, que es el objeto de nuestras profundas meditaciones: y durante tamaño trabajo, confirmamos mas y mas la opinion que hemos formado, porque conocemos que la capacidad del hombre es en extremo limitada, y que su atencion no puede abrazar muchos objetos, sino concretarse á un corto número de ellos, si se quiere obtener

(1) Ensayo Histórico sobre las libertades de la Iglesia Galicana, y de las otras del catolicismo, durante los dos últimos siglos, por Mr. Gregoire, antiguo obispo de Blois, tom. 1.° p. V.

(2) Véase su folleto titulado: "Defensa de Clemente XIV, y Respuesta al Abate Gioberti, ó sea complemento á la historia de la destruccion de los Jesuitas," pag. 75.

un buen resultado de la misma. Para adquirir la prueba de la verdad que hemos anunciado, basta consultar la experiencia, y ella nos dá utilísimas lecciones en este punto. En cualquiera materia que estudiemos, se nos presenta de bulto necesariamente la corta comprension del hombre, y ella nos demuestra con toda precision, que este no puede abarcar todo lo que exigen su ambicion y su orgullo. Nadie es capaz de poseer todas las ciencias conocidas hasta hoy; nadie es capaz, decimos, de ensanchar la naturaleza humana, como puede ensancharse, por ejemplo, un cuerpo elástico: el temerario que en su loca soberbia ha pretendido sobreponerse á su pequeñez, ha encontrado el castigo en su pecado: queriendo remontarse á regiones impenetrables, se ha confundido y extraviado su razon, y si por desgracia ha sido maestro que haya dirigido una escuela, si ha sido cabeza de una secta, sus errores han cundido, produciendo consecuencias de una perjudicial trascendencia, que ha echado raices, fomentando los trastornos, y destruyendo los principios mas sanos de la política y de la religion, que han minado los gobiernos, envolviendo á los paises en horribles y desastrosas revoluciones.

Si el hombre fuera susceptible de ser universal en todas las cosas, seria sumamente perjudicial, porque considerando á todos dotados de esa cualidad, los unos harian contrapeso á los otros, y entónces nada podria ser estable, porque precisamente todo quedaria envuelto en el caos y en la obscuridad. Por el contrario, siendo limitados los hombres, como lo son, es claro que su misma limitacion los estrecha á emprender un trabajo activo, á procurar vencer los obstáculos. De ese modo, las sociedades han progresado admirablemente, manteniendo una correspondencia bien sostenida entre ellas mismas; de manera que se han cambiado mútuamente sus pensamientos, sus ideas, sus necesidades, los medios de cubrírselas, y los elementos que tienen para conservar su existencia y adelantar en el camino de la perfeccion, que consiste en adquirir su completa felicidad. El destino que la Divina Providencia, que la Suprema Sabiduría ha impreso al hombre, de estar siempre viviendo en compañía de sus semejantes, es una nueva demostracion de que este ser nunca puede hallarse solo, aislado, y careciendo de los recursos que naturalmente adquiere, encontrándose rodeado de otros entes iguales á él, con cuyo consorcio hace deliciosa su existencia. Pero esta delicia solo se logra, cuando la religion influye directa y enérgicamente en el ánimo de todos los hombres, de suerte que sea como el alma de la sociedad, como el continuo alimento de ella, que la robustezca mas y mas diariamente, y la presente llena de vigor y de lozanía. En la anterior proposicion, hemos indicado ya, que la religion se desvirtúa enteramente, sin el necesario concurso de sus ministros; añadiendo que el número de estos debe multiplicarse, porque así cumplirán con la alta mision que tienen sobre la tierra.

La incompatibilidad del restablecimiento de la Compañía de Je-

BIBLIOTECA NACIONAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus con la existencia de las demás religiones, es una cosa repugnante, y evidentemente nula. Esa propia Compañía reconoce substancialmente el mismo fin que las otras corporaciones religiosas, y si sostuviéramos un aserto contrario al que hemos establecido, y que estamos analizando, es claro que errariamos, incurriendo en otra grave falta, como es la de que destruiriamos con la izquierda lo que hubiéramos fabricado con la derecha; es decir, que si opináramos en favor de la incompatibilidad, nos contradiriamos, porque ántes defendimos, que la extincion de cualquiera religion, importaria tanto como privar á la Iglesia de la proteccion que la debemos. Lo que deseamos inculcar en el ánimo de los lectores es, que existe una verdad demasiado desconocida por desgracia, de parte de los acérrimos enemigos de los Jesuitas. Esa verdad á que nos contraemos, se reduce únicamente á que no queremos hacer cumplida justicia á estos Religiosos, teniendo á la vista los testimonios mas auténticos de su extraordinario mérito, que nos están enseñando, que ellos se han hecho célebres entre las demás religiones; aunque no obscurecen ni eclipsan el valor de los servicios que han prestado éstas á los hijos de la Iglesia. Por otra parte, jamás ha habido corporacion religiosa, tan perseguida de contradicciones como la Compañía de Jesus, tan calumniada y tan befada como ella, y por lo mismo, no es extraño que sus adversarios, apurando hasta el extremo la exageracion, quieran persuadir, que la facultad de restablecer la Compañía de Jesus en los Estados, importa la de extinguir las religiones.

Cuando ha sonado la hora que anuncia la destruccion de un establecimiento que se aborrece, ya sea porque es bueno, ó ya por otros motivos, ó cuando el destino ha fijado definitivamente la ruina de cierta persona, entónces se apuran los recursos para consumar la obra, y no se perdona medio alguno para llegar al término suspirado. Entónces la pasion dominante y no la recta justicia, es la que decide de todos nuestros procedimientos; entónces descubrimos defectos intolerables y dignos de execracion en el objeto amado, en el cual de ántes no notábamos otra cosa sino perfecciones ó hermosura. Detestamos hoy de todo corazon lo que ayer amábamos sinceramente y con el mayor entusiasmo: ayer dábamos la vida por una cosa que hoy nos desdeñamos de mirar, y apenas nos tomamos el trabajo de ocuparnos de aquello mismo que ayer creiamos que constituia la esencia de nuestro bienestar, y que era inseparable de nuestra existencia. Amamos una cosa y por este hecho la disimulamos cualesquiera defectos por graves y groseros que sean, considerándolos como ligeras imperfecciones que admiten fácil reparacion, ó entramos á discurrir con nosotros mismos, concluyendo en seguida, que ó no son ni siquiera imperfecciones, ó que de serlo, sirven como de adorno á quien reune una manía, ó una circunstancia de esta naturaleza, porque nunca somos imparciales, ni confesamos de buena fé las faltas que notamos en el objeto á quien tributamos cordial adoracion. Cuando Napoleon se

hallaba en Erfurth, gozando de las representaciones teatrales que se hacian diariamente en aquel parage, Alejandro, emperador de Rusia, convenia en que:

La amistad de un grande hombre es un beneficio de los Dioses (1), y apretando fuertemente la mano de Napoleon le añadia: "Lo experimentamos todos los dias." Mas tarde debia decir aquel Emperador, que *una vez desenvainada la espada, no la volveria á envainar mientras quedase uno solo de los enemigos en terreno de sus dominios.* Todo nos manifiesta la inconstancia del hombre: todo nos demuestra, que su capacidad es limitada en extremo, y todo esto nos enseña, finalmente, que la misma fragilidad y pequeñez, que son sus dotes principales, exigen imperiosamente el concurso de los demás. Así es, que lo que se dice del hombre considerado individualmente, es aplicable á las sociedades ó grandes corporaciones.

La experiencia que tenemos afortunadamente acerca de cuanto observamos, nos acredita de una manera especial, que el gobierno de una gran comunidad, requiere varios agentes, que le sirvan de motores, y esta razon nos convencerá de la necesidad que sentimos de la existencia de diversas asociaciones que concurran á su vez al desarrollo de ese mismo gobierno, para que pueda dársele todo el ensanche de que es susceptible; semejante consideracion nos presta un nuevo apoyo, el cual nos obliga á conocer, que no es incompatible el restablecimiento de la Compañía de Jesus con la existencia de las demás religiones. Al contrario, creemos que aquel supone ésta necesariamente. Recordamos con tal motivo, que para llevar al cabo el ódio que profesan á la religion cristiana los que se declaran enemigos suyos, han aventurado la especie de que ella se opone al adelantamiento de nuestra inteligencia. Bien persuadidos estamos de que lejos de ser cierta esta asercion, la religion de Jesucristo supone, decimos, indispensablemente la ilustracion, porque es la fuente misma de que se deriva la verdadera sabiduría.

Cuando las pasiones se desatan contra ciertos objetos como un torrente impetuoso é incontenible, la calumnia, la mordacidad, y la mala fé, son los campeones que se ponen en juego y en un ejercicio sumamente activo, para consumar la destruccion de una obra, que se ha proyectado de antemano, entrando en una perfecta combinacion, para llegar al fin que se intenta. ¿Se quiere hacer imposible el restablecimiento de la Compañía de Jesus en nuestra República? Pues es preciso hacerlo impracticable, sin oponerse á él directamente, con la mejor buena fé y con entera franqueza; antes bien, es menester impedirlo de una manera que no lastime, ni que se haga sensible. Ciertamente se logra la intencion con facilidad, siempre que los interesados se unen entre sí, coordinan sus ideas y dan el ataque de improviso, sin que se

(1) L' amitiè d' un grand homme est un bienfait des Dieux. Véase la Historia de Napoleon, por Mr. de Norvins, tom. 2.° Cap. IV. p. 56.

perciba en esto mas que el movimiento de una sola mano, cuyo golpe sea seguro, y se dé oportunamente. Empeñados los perversos en el abatimiento de la obra de San Ignacio de Loyola, afectan un zelo aparente en favor de los intereses de aquellos á quienes no convendria la reaparicion de esa Orden célebre, que pudiera herir ciertas susceptibilidades, y descubrir abusos y preocupaciones, cuya conservacion es un positivo servicio para los que medran á la sombra del desórden, y especulan con la relajacion general de costumbres. Enmedio de los grandes males que afligen á una nacion, y que favorecen los designios y planes de los que en ellos encuentran su bienestar, es natural que los mas poderosos levanten su voz, para sofocar los buenos deseos, y oponer una barrera impenetrable, para preparar los elementos mas precisos, que se crian con el objeto de mudar enteramente el aspecto dolorosísimo de aquella. Es conveniente para muchos que un error perjudicial, una intencion depravada, cunda por todas partes, y se corrompan todas las generaciones, aun desde ántes que existan, porque así se arraigan en las mismas todos los elementos de desorganizacion y de desconcierto universal. Cansados los pueblos de vivir entregados al desórden y á la miseria en que naturalmente gimen, supuesto que los trastornadores de la sociedad y de los principios que la vigorizan y conservan los conducen á tan lamentable extremo, levantan la voz, claman para que cese su abyeccion, y se alarman con impaciencia, viendo que el remedio no se acerca, sino que se aleja mas y mas todos los dias. Los pueblos son generalmente mal educados y viciosos, porque esa mala educacion y esos vicios, favorecen la ambicion, la codicia y las perversas inclinaciones de los mandarines. Si estuvieran bien doctrinados, y carecieran de los defectos é imperfecciones que los hacen despreciables, reduciéndolos á una completa nulidad, entónces no hay duda en que los gobiernos se abstendrian de ciertos actos, que reconocen por base la imbecilidad de la muchedumbre: entónces, decimos, no se les engañaría torpe é impunemente, y las masas no se moverian al contentillo de unos cuantos, que reputan á los pueblos como unos autómatas, cuya voluntad explotan conforme á sus intenciones, convirtiendola siempre en su beneficio particular.

Los Jesuitas, luego que fueran restablecidos, cumplirian indudablemente con su mision, que llenarian como siempre, con escrupulosidad y eficacia. Inmediatamente se aplicarian á ilustrar á sus discípulos, cultivando sus talentos y potencias con la mayor actividad, y sin ser lentos en sus trabajos; de consiguiente, quizá despertarian así los zelos y rencillas, que no podrian conjurar violentamente: destruirian los errores, aniquilarian las preocupaciones y harian entrar á sus educandos en un mundo nuevo. Instruidos perfectamente en sus obligaciones y deberes, sabrian ser buenos ciudadanos, fieles vasallos; pero jamás permitirian ser el juguete del despotismo, de la arbitrariedad y de la tiranía. Los gobiernos serian verdaderamente benéficos

y paternales, y temblarian de desviarse de la senda legal, por la cual deben andar siempre, pues de lo contrario recibirian fuertes lecciones, estupendos sacudimientos, porque incuestionablemente sus individuos pagarian bien caro su temeridad. Los pueblos, que no son susceptibles de experimentar sensaciones que indicarian por sí solas el grado de su excelente educacion, se dejan dominar fácilmente de las maquinaciones que fraguan los que les son superiores por su ilustracion y tamaños: por eso vemos que en las grandes revoluciones que agitan un pais, son puramente los instrumentos con que se realizan las intrigas y las infamias. Los Jesuitas, despues de restablecidos repetimos, serian un obstáculo invencible, que se opondria á la realizacion de ellas, porque sus individuos gozan de inmensa popularidad, y saben conjurar la tormenta. Así es, que su restablecimiento seria una nueva seguridad, una garantía mas, para que el gobierno se consolidase, y fijara permanentemente su existencia, pues en virtud de la popularidad de que tratamos, ejercen un influjo muy considerable en el ánimo de todos. Bajo este concepto, los Jesuitas representan un papel importantísimo en la sociedad, que es menester atender cuidadosamente, aprovechando esta nueva circunstancia, para que el gobierno la convirtiese en general beneficio de sus súbditos.

Insistiendo ahora en el pensamiento que hemos apuntado ántes de que es necesario examinar la substancia de una cuestion para formar perfecta idea de ella y no ser superficiales, es natural decir, que los que consideran que la facultad de restablecer la Compañía de Jesus en los Estados, importa la de extinguir las religiones, no profundizan bien la materia, sino que la consideran únicamente bajo un aspecto demasiado frágil y de una fácil impugnacion. En el delirio que experimentan y del que son víctimas sus detractores, no extrañamos ciertamente que se expliquen así; pero seria de desear, que manifestasen su opinion francamente, sin hipocresía, y sin amontonar contra los Jesuitas falsas acusaciones, que ya están bien combatidas, y que no sirven mas que para ostentar la ignorancia y la superficialidad de sus perseguidores y enemigos. Los Jesuitas no son contrarios de las demás religiones, aunque no sea por otra causa que por la comunidad de sus pensamientos, de sus objetos y de sus fines, que consisten en la instruccion religiosa y política que dán á sus alumnos. La existencia de los Jesuitas y la de las demás religiones, no es incompatible; ántes bien, seria un nuevo alivio que proporcionarian aquellos á éstas. En una palabra, y para decirlo todo de una vez, nos aventuramos á asegurar, que por todas partes el voto de los pueblos, llama las órdenes religiosas, consultando al interés de las ciencias y de la civilizacion. Para probar la verdad de nuestro aserto, seguirémos el pensamiento del Baron Agustin Cauchy, fielmente trazado en el opúsculo que escribió con el título de: "Considérations sur les Ordres Religieux, adressées aux amis des Sciences." Dice así:

"Hemos probado que la primera necesidad de nuestro siglo era,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

no embarazar sino favorecer el ejercicio de la perfeccion evangélica; y hemos reconocido que los mismos hechos vienen en apoyo de esta asercion, á la cual prestan una nueva demostracion. Hemos recordado los inmensos servicios que hacen diariamente á la sociedad las Hermanas de la Caridad, las Hermanas del Buen Socorro, los Hermanos de las Escuelas cristianas, y en fin, los discípulos de San Ignacio de Loyola, de este hombre tan extraordinario, cuyo genio poderoso se pinta así en sus escritos como en las instituciones que nos ha legado; de este intrépido legislador de una legion de apóstoles, colocado por la historia en el número de los hombres mas célebres, y por la Iglesia en el de los santos mas grandes. Hubiéramos podido aun hacer mencion de muchas órdenes religiosas, cuyos trabajos inspirados y dirigidos por el espíritu de sacrificio, han sido tan eminentemente útiles. Hubiéramos podido hacer notar los servicios que han prestado á la agricultura la órden de San Bernardo; á los prisioneros, á los enagenados, los Hermanos de San Juan de Dios; á las misiones, la órden de San Francisco, la de los Lazaristas y la de los Dominicos; á la educacion de las niñas, las señoras del Sagrado Corazon, &c.... Bastante hemos dicho acerca de este punto, para que, en el espíritu de todos los que buscan sinceramente la verdad, no quede duda alguna sobre la cuestion que nos hemos propuesto desde el principio de esta obra; bastante hemos dicho acerca de esta materia, para probar, que las órdenes religiosas proporcionan á la sociedad, no la ignorancia, las tinieblas y la barbarie, sino las ciencias, las luces y la civilizacion.

"La proposicion que acabamos de enunciar, es de tal modo evidente, que allá, donde reina una verdadera libertad, las poblaciones diligentes y activas acogen amorosamente las órdenes religiosas. Para que el suelo en que vienen á establecerse produzca con abundancia frutos de bendicion y de vida, de ningun modo es necesario que los hombres dispensen una proteccion frecuentemente azarosa y cruel para la obra del Todopoderoso; basta que no se castigue por medio de leyes opresivas, con la proscripcion y el destierro, á cualquiera que se atreva á creer, que agrada á Dios, siempre que, á costa de los mayores sacrificios, se consagra sin restriccion y sin mesura al servicio de la humanidad doliente, al consuelo de todas las desgracias, ó á la educacion de la juventud. Tambien se nota que en todas ocasiones rechazan los pueblos con desdén los sofismas que amontonan contra el ejercicio de la perfeccion evangélica los incrédulos del siglo pasado. Véase como la verdad, manifestándose en todas partes, penetra en las masas y triunfa de las preocupaciones con las que una filosofía mentirosa se complacia en cubrir al género humano. En vano han declarado solemnemente algunos filósofos, que el interés ó el placer debe ser la única regla de nuestras acciones, que es imposible que el hombre resista las inclinaciones mas dulces de la naturaleza, y que es un absurdo exigirle que las sacrifique. Sin discutir con estos filósofos, sin dejarse deslumbrar con raciocinios que son superiores á la comprension de la multitud, y que ni aun procura comprender; los pueblos responden que el sacrificio de que se trata, ni es absurdo, ni imposible, pues es eminentemente útil, y se realiza todos los dias. Tambien se nota el sumo respeto, los homenages que rodean por todas partes esas santas hijas de Vicente de Paul, esas vírgenes que consideran como unas divinidades tutelares los Musulmanes de Esmirna y los salvages de América, que se hallan inducidos á adorarlas; adviértase el reconocimiento de que están penetrados esos enfermos cuyos dolores calman; véase la alegría con que el pobre confia sus hijos á los Hermanos de las escuelas cristianas. Considérese á los habitantes del antiguo y nuevo mundo, á las naciones civilizadas y á las hordas salvages, á los pueblos del Norte y del Medio dia, á los pueblos de Italia, Bélgica, é Irlanda, de la Nueva Granada, que llaman con todos sus votos, que acogen con delirio como apóstoles, como consoladores, como maestros de la juventud, esas *ropas negras* que la América ha saludado siempre con tanto respeto y amor, los humildes discípulos de San Ignacio, los Padres de la Compañía de Jesus.

"Yo sé que el nombre de Jesuita despierta todavía, en nuestra Francia, el recuerdo de algunas prevenciones acreditadas largo tiempo ha por pasiones ciegas, y aceptadas sin exámen por una funesta credulidad. Quizá vos mismo, que leis esta obra, habeis cedido á la tentacion de seguir ejemplos peligrosos, y encontrado mas fácil adoptar, sin reflexionar en ello, las opiniones que os habian impuesto los filósofos intolerantes. Pero ¿estais bien seguro de que estas opiniones se apoyan en bases sólidas? Si, como me complazco en creer, conservais en el fondo de vuestro corazon amor á la justicia y á la verdad; ¡ah! por favor tomaos la molestia de profundizar la cuestion, de interrogar á la historia; é inmediatamente la vanidad, la incoherencia de las tachas contradictorias que ha dirigido el fanatismo filosófico á la Compañía de Jesus se os manifestarán de tal manera, que despues de haberos mostrado quizá como uno de los mas celosos detractores de esta sociedad, os convertireis á vuestro turno en uno de sus mas intrépidos defensores.

"Permitidme que sujete á vuestra deliberacion algunas reflexiones muy simples y muy fáciles de comprehender.

"Sin duda alguna, no considerais como enemigos de la civilizacion y de las luces á aquellos mismos que han ilustrado, que han civilizado tantos pueblos diversos; á aquellos cuyas pacíficas conquistas sobre la ignorancia y la barbarie han sido tan alta, tan elocuentemente celebradas por los Bacon, los Grocio, los Bossuet y los Fenelon. No podeis considerar como enemigos de la civilizacion y de las luces á un San Francisco Javier, á un Ricci, á un Claver; á los apóstoles de la China y del Japon; á los apóstoles de las islas de la Sonda, del Thibet, del Mogol, de la Tartaria, de la Cochinchina, de la Camboya, del pais de Málaca, de Siam, del Tonquin, de la Persia, de

la Siria; á los apóstoles del Brasil, del Marañon, del Chile, de la Nueva Granada, de México, de la California, de Guatemala, del Paraguay; á los apóstoles de los Hurones, de los Illinois, de los Algonkins, de Nueva-Orleans; á los apóstoles de Cayena, de la Guadalupe, de la Martinica; á los hábiles maestros de quienes Grocio y Enrique IV decian, que aventajaban á los demás en ciencia y en virtud. No considerais como enemigos del talento y del genio á los maestros que tuvieron por discípulos á Corneille, Bossuet, Fléchier, Larochefoucault, Rousseau, Crébillon, Molière, Montesquieu, Buffon, Gresset y Fontenelle. No considerais como enemigos de las glorias de la pátria á aquellos cuyas lecciones han formado á los Condé, los Luxembourg, los Villars, los Broglie, los Molé, los Lamoignon, los Belzuncet, los Séguier.

"Sin duda alguna, no considerais como enemigos de las ciencias físicas y matemáticas á los maestros de los Descartes, de los Cassini, de los Tournefort, á aquellos aun cuyas alabanzas han sido celebradas por Leibnitz y por el astrónomo Lalande; á aquellos cuyos trabajos han sido tan frecuentemente citados con honor por los Lagrange, los Laplace, los Delambre; á aquellos, que, en nuestros dias aun, han tenido por admiradores y amigos á los Ampère, los Pelletier, los Freycinet, los Coriolis; á aquellos cuyos nombres se hallan á menudo recordados en el *Anuario del Registro de longitudes*.

"Sin duda alguna, que no imputais á crímen respecto de los Jesuitas el descubrimiento de los aeronautas. No acusais de mágico, ni de sortílego al Padre Lana, por haber encontrado en 1670 la teoría de los glóbos, ni al Padre Barthélemi de Gusmao, por haberse atrevido, desde el año de 1720, á elevarse por los aires en Lisboa, á presencia de toda la corte de Portugal.

"Sin duda alguna, no pretendeis, por ódio á la Compañía de Jesus, arrebatar á la Francia la gloria de haber enseñado á la Inglaterra la táctica naval; y mirar como si nunca hubiera existido el sábio tratado del Padre L'hoste, este tratado que, bajo el título de *Libro del Jesuita*, se habia constituido un manual de la marina inglesa.

"Sin duda alguna, no exigireis que reimprimiéndose las obras de Laplace, se borren de su Mecánica celeste ó de su Sistema del Mundo los nombres de Goubil y de Boscovich; no exigireis que se destierren de los programas de la enseñanza pública, de los cursos del Colegio de Francia, de la Escuela politécnica, y de la Facultad de ciencias, ni la difraccion de la luz descubierta por el Jesuita Grimaldi, ni el teorema del Jesuita Guldin, ni la ecuacion de ese Riccati, padre célebre de un hijo mas célebre todavia, padre de este Jesuita ingeniero y geómetra, á quien, á costa de los servicios que habia prestado á la Italia, la República de Venecia decretó una medalla de oro. No exigis ciertamente que se prohiba á los médicos el uso de la quina, tan conocida bajo el título de polvos de los Jesuitas ni del cuarango que nos ha legado uno de los amigos y admiradores de la Compañía de Jesus.

"Sin duda alguna, que no imputais como un crímen al Instituto de Francia, que haya elogiado y aprobado muy recientemente los trabajos de los Padres de la Compañía de Jesus, sus admirables obras de arqueología, sus tratados del cálculo diferencial, sus observaciones astronómicas, y de que tambien haya acordado una medalla de oro á las monografías de los Padres Martin y Cahier. No imputais como un crímen á la Academia de ciencias, ni á la Sociedad astronómica de Lóndres, que haya reputado digno al Padre de Vico de ser inscrito en la lista de sus corresponsales. No imputais á crímen, que este Padre haya recibido de nuestros astrónomos, testimonios de aprecio y consideracion, por haber observado el primero, en 1835, el regreso del famoso cometa de Halley, ó por haber demostrado la posibilidad de llegar á observar en cualquiera estacion los satélites de Saturno.

"Sin duda alguna, no reputais como intrigantes á aquellos cuyo móvil único es el espíritu de sacrificio, á aquellos, que no presentándose jamás en el mundo, se abstienen de cualquiera visita, cuyo objeto fuera procurarse una mera distraccion, satisfacer una simple decencia; ni tampoco acusais de que unan los intereses inmortales de la religion con los intereses pasageros del siglo, aquellos que cada hora del dia conducen á la exclusiva contemplacion de la eternidad.

"Sin duda alguna, no acusais de ambicion y de avaricia, á aquellos que, habiendo hecho los tres votos de pobreza, de castidad, de obediencia, se comprometen solemnemente á no aceptar jamás dignidad alguna, aunque sea eclesiástica; á aquellos que ocurren al martirio con el mismo ardor con que otros buscan los honores y placeres.

"Sin duda alguna, no atribuis á los Jesuitas una doctrina, que en la edad media, habia ocupado los genios mas graves. Nada extraño hallais de que en el momento en que la legitimidad del tiranicidio en ciertas circunstancias, se enseñaba públicamente en la Soborna y en las Universidades, y públicamente tambien era admitida por miembros del parlamento, algunos Jesuitas hubieran creido poder adoptar bajo este respecto, no la opinion impetuosa de ciertos autores extraños para la Compañía, sino la de Santo Tomás. Sobretodo, no acusais de que sean favorables á la doctrina del regicidio, estos Jesuitas cuyo general, desde el año de 1614, prohibió, bajo pena de excomunion, y en virtud de santa obediencia, á cualquiera miembro de la Compañía, que afirmara ó explicara de alguna manera, aun la doctrina del tiranicidio en ciertas circunstancias, tal como Santo Tomás la habia admitido.

"Sin duda alguna, os habeis revestido de una profunda indignacion, leyendo la historia del Padre Guignard, sometido muchas veces á crueles torturas que no han probado mas que su inocencia; del Padre Guignard, condenado á muerte y conducido al cadalso, como cómplice de un crímen cometido por un hombre que no conocia.

"Sin duda alguna, no acusais á los Jesuitas de haber sido enemigos de Enrique IV, cuando el mismo Enrique IV ha declarado ante

el parlamento, que siempre habia encontrado en ellos los súbditos mas adictos y los mas fieles amigos.

"Sin duda alguna, no considerais como enemiga de la razon y de la libertad natural del hombre, una Compañía que constantemente ha defendido sus derechos; que no ha sido víctima de tantas persecuciones sino por haber rechazado constantemente de la enseñanza católica las doctrinas deplorables de Lutero, de Calvino y de sus sucesores; ó por haberse atrevido á luchar en favor de la libertad natural del hombre, en el momento mismo en que los ataques dirigidos contra esta libertad por escritores célebres, se fortificaban con todo el prestigio anexo al nombre de Pascal.

"Pero por otra parte, tampoco considerais como propia para alterar la fé cristiana, como propia para trastornar la autoridad de la Iglesia y de la Silla Apostólica, una Sociedad que no tiene otra regla de fé que la doctrina misma de la Iglesia; una Sociedad que se gloría de seguir siempre y en todas partes esta bella máxima de San Agustin: *In necessariis unitas*; *in dubiis libertas*, *in omnibus charitas*; una Sociedad, cuya excelencia (*pium institutum*) ha proclamado la Iglesia universal, reunida en el concilio de Trento; una Sociedad que Benito XIV, Fenelon y Bossuet han encarecido como llamada por la Providencia Divina á llevar por todo lugar la luz del Evangelio, como suscitada por Dios, en los tiempos difíciles, para consuelo de la Iglesia católica, y para triunfo de la verdad; una Sociedad á quien el cuerpo de los obispos ha defendido constantemente siempre que se la ha querido proscribir; una Sociedad, que han aprobado, alabado y confirmado veinte Papas, que jamás ha querido condenar á aquel mismo á quien un siglo impío habia arrancado el acto que la suprimia; una Sociedad restablecida por el Santo Pontífice que bendijo dos veces el suelo francés, y quien, enmedio de los padecimientos de su largo destierro, descansó con el pensamiento de dar gloria á Dios por medio de una brillante reparacion, creyendo que no podia dejar á la Iglesia un monumento mas auténtico de su viva solicitud, ni á los siglos venideros una prenda mas segura de salud y de esperanza.

"Indudablemente, convencido, por testimonios tan respetables, de la piedad, de la santidad de tan excelentes Padres, sentís que el autor inmortal de los *Pensamientos sobre la religion*, haya acogido muy ligeramente las prevenciones de sus amigos. Indudablemente, admirando su raro talento, sentís que haya anticipado hechos que no sostienen un exámen de ellos; y que haya atribuido á la Compañía de Jesus, proposiciones que no reconocen á los Jesuitas por autores; estais muy distante de querer considerar como una historia séria la novela de las *Provinciales*.

"Pero lo que os parecerá sobretodo incomprensible, es, que en presencia de las solemnes declaraciones de los obispos, de los papas y de los concilios, ciertos miembros del parlamento se hayan atrevido á condenar á los Jesuitas, sin oirlos; á condenarlos aun como notoria-

mente culpables de haber enseñado *en todo tiempo con perseverancia, y con aprobacion de sus superiores y generales*, "la simonía, la blasfe-„mia, el sacrilegio, el maleficio, la astrología, la irreligion, la idola-„tría, la supersticion, la impudicicia, el perjurio, el falso testimonio, „las prevaricaciones de los jueces, el robo, el parricidio, el homici-„dio, el regicidio;.... de haber favorecido el arrianismo, el socianis-„mo, el sabelianismo, el nestorianismo;.... de haber favorecido tam-„bien a los luteranos, calvinistas y otros novadores del siglo XVI;.... „de haber reproducido la heregía de Wicleff; de haber renovado los „errores de Tichonio, de Pelagio, de los semi-pelagianos, de Casio, „de Fausto, de los Marselleses;.... de haber favorecido la impiedad „de los deistas;.... finalmente, de haber enseñado una doctrina in-„juriosa para los Santos Padres, los apóstoles, Abraham."

"Indudablemente, no podeis considerar como enemigo de la sana moral un instituto que fué tan caro para San Francisco de Sales y San Vicente de Paul; un instituto que ha producido doctores, predicadores tan eminentes por su virtud, su ciencia y su santidad, como los Lainez, los Suarez, los Griffet y los Bourdaloue. Indudablemente, no aprobais los furores de una Pompadour, de esa nueva Herodiada, que reclamaba con instancia la condenacion del justo, porque otro Juan Bautista se habia atrevido á decir *Non licet;* de esa muger, que, apoyándose en la fé de Pascal habia creido poder encontrar en la célebre Compañía, casuistas complacientes; y que se admiraba de que un Jesuita tuviera la insolencia de no sancionar, como perfectamente conforme á la mas pura moral del Evangelio, lo que los grandes filósofos de la época se guardaban bien de censurar.

"Indudablemente, atribuis la condenacion en masa de los Jesuitas, decretada en 1762 por el parlamento de Paris, á las causas tan poco honrosas que han indicado Voltaire y Dalembert. Sin duda alguna os parece que el decreto del parlamento merece la deshonra que le imprimia Lally-Tollendal, cuando llamaba "un asunto de partido y „no de justicia; un triunfo orgulloso y vengativo de la autoridad judicial „sobre la autoridad eclesiástica, y aun tambien sobre la autoridad real; „una persecucion bárbara; el acto mas tiránico y mas arbitrario que „pudiera ejercerse; un acto del cual habia resultado generalmente el „desórden que acarrea una grande iniquidad."

"Sin duda alguna, os lamentais de que estos ministros y estos magistrados hubieran protegido el espíritu de partido hasta el grado de ambicionar el triste honor de hacerse cómplices de una favorita.

"Indudablemente, felicitais á los miembros del parlamento de Aix, que tuvieron valor para declarar que no condenarian la inocencia; felicitais al presidente de Eguilles, que tuvo la gloria de ser él mismo víctima de la persecucion; que para escapar de la muerte, se vió forzado á expatriarse, porque habia dado el ejemplo de una firmeza animada, porque no habia querido colocarse en el número de los prevaricadores.

"Sin duda alguna, no acusais como impostor al fundador de los premios de virtud; y Mr. de Monthyon no os parece que ha perdido el derecho que tiene á la reputacion de que goza, porque despues de haberse encerrado, durante un invierno, en la torre del palacio, para estudiar allí con cuidado las constancias del proceso de 1762, ha declarado que encontró en él muchos *actos de pasion y ni uno solo de instruccion.*

Pero si el decreto de 1762 es un decreto injusto; si los Jesuitas no enseñan ni el parricidio, ni el homicidio, ni el suicidio, ni el regicidio; si no son ni arrianos, ni socinianos, ni sabelianos, ni nestorianos, ni pelagianos, ni semi-pelagianos, ni luteranos, ni calvinistas; si no son culpables de haber cometido irreverencia con los santos Padres, ni con los apóstoles, ni aun con Abraham; si no son convencidos de otra cosa que de haber trabajado para la mayor gloria de Dios; de haber amado á los hombres con el objeto de agradar á Dios, y de haberse sacrificado por ellos con alegría; de haber ambicionado las palmas del martirio, de haber llevado las luces del Evangelio y el estandarte de la civilizacion á los pueblos mas salvages; de haber prestado por sus trabajos eminentes servicios á la religion, á la filosofía, á la literatura, á las ciencias y á las artes; finalmente, de haber sido considerados siempre como los maestros mas á propósito para formar de una vez el espíritu y el corazon de los alumnos que les estaban confiados; os suplico, pues, me digais qué prevenciones hostiles é incomprensibles pudieran suscitarse aun contra la Compañía de Jesus? ¿Por qué no se hace justicia á los Jesuitas como á otros? ¿Por ventura los estimariamos ménos que nuestros vecinos, y serian mas ultrajados por una nacion culta que por los salvages del Paraguay?"

El resúmen que hemos hecho, siguiendo fielmente las ideas del Baron Agustin Cauchy, de los servicios que han prestado los Jesuitas en todas materias al género humano, cultivando siempre con infatigable constancia, las ciencias y la educacion pública, demuestra incuestionablemente la proposicion que ántes hemos sentado; esto es, que *el voto de los pueblos, llama las órdenes religiosas, consultando al interés, de las ciencias y de la civilizacion.* Y claramente se percibe, que habiendo obtenido semejante demostracion, hemos advertido sin dificultad, y sin esfuerzo, la coherencia, la armonía, la compatibilidad que hay entre la existencia de la Compañía de Jesus, y la existencia de las demás religiones. Luego evidentemente se deduce de aquí con la mayor rectitud, que *la facultad de restablecer la Compañía de Jesus en los Estados, no importa la de extinguir las religiones.* Un mismo pensamiento, un mismo objeto, un fin idéntico en lo extrínseco, y absolutamente igual en lo intrínseco, dominan á todas las corporaciones religiosas, y á la Compañía de Jesus, que son el establecimiento é inalterable conservacion de la religion de Jesucristo por todo el mundo. Así es que, por mas que se dispute, y que se quiera hacer de lo blanco negro, inconcusamente es de notarse que la incompatibilidad que hemos impugnado, es insubsistente y no procede en este caso. Seria evidente é innegable, siempre que se hiciera una investigacion de la supuesta incompatibilidad entre sectas diferentes, entre distintas religiones. Por ejemplo, entre el cristianismo y el protestantismo, no pudiera existir ninguna escuela religiosa que cuadrase perfecta ni imperfectamente con otra escuela católica, porque ámbas pertenecerian á dos géneros diversos que pugnaban entre sí; de consiguiente, es claro que el desarrollo del catolicismo impedia entónces el del protestantismo, y al contrario; pero en la religion de Jesucristo no sucede lo mismo, porque formando la Compañía de Jesus y las demás comunidades una misma rama, un solo cuerpo, no existe contradiccion entre ellas, sino que reinan unos propios principios, unos mismos medios, y un fin que todas buscan, y encuentran sin dificultad, aunque los caminos sean diferentes, y aun cuando se obtenga aquel por un aspecto que no háyamos previsto.

Si los detractores de la Compañía de Jesus no obran con preocupacion, si no tienen la loca ambicion de que triunfen sus ideas, conociendo que son caprichos, que su orgullo no permite ni confesar ni abjurar; entónces valorizarán la solidez de las reflexiones que anteceden, y advertirán igualmente, que cupo en suerte á aquella hacerse singular entre las corporaciones religiosas, que hasta el dia hemos alcanzado; pero que no por eso merece que se le dé la importancia de que se considere capaz de existir ella sola, sin necesitar del concurso de las demás, porque cualquiera que así opinara, manifestaria en ese caso sin disputa que carecia de sentido comun, ó del tacto tan necesario para manejar un negocio con acierto. Vulgarmente se dice, que todo extremo es vicioso; de consiguiente, lo seria indudablemente sostener, que la Compañía de Jesus llenaba todos los vacios que dejaban las demás religiones, así como tambien lo es asegurar, que el restablecimiento de aquella, es incompatible con la existencia de estas. Es menester no extender ámpliamente una proposicion, de manera que se haga imposible, ni limitarla tanto, que sea irrealizable, ó que se considere absurda, por cualquiera aspecto que se examine: es menester, decimos, fijarla perfectamente, para hacerla inteligible, y para conocerla á primera vista, ó á costa de poco trabajo. Pero todo se explica; es decir, que se comprende muy bien, que la exaltacion de pasiones, ó una imaginacion acalorada, es la que alimenta la idea de que *la facultad de restablecer la Compañía de Jesus en los Estados importa la de extinguir las religiones.* Nosotros hemos exáminado esta proposicion, como han visto los lectores, con el prisma de la imparcialidad y de la justicia, y creemos haber fijado ya la verdad, que empeñosamente hemos buscado en todo este discurso. Mejores plumas que la nuestra, podrán extender los raciocinios que anteceden, ó darles un carácter de novedad tal, que deleite y convenza mas; podrán seguir nuestras huellas, ó desviarse de ellas, y probar la proposicion sentada, de una manera que asombre, y satisfaga dudas ó escrú-

BIBLIOTECA U. A. N. L.

pulos que hayan quedado todavia. Nosotros juzgamos, que nuestro objeto está cumplido, y que hemos terminado ya la defensa de la Compañía de Jesus, que nos propusimos escribir. Indignados al saber cómo se han desatado contra ella lenguas mordaces y malignas, las cuales indican claramente, que los que las mueven ignoran el asunto que tratan, hemos sido impelidos por una fuerza irresistible, que se apoya en la verdad y en la justicia, á entrar en la defensa de la Compañía de Jesus, aunque no nos ha guiado miramiento alguno interesado. Agenos absolutamente de intenciones depravadas, y gloriándonos de no pertenecer á partido alguno actualmente, ni de haber pertenecido ántes á cualquiera de ellos, hemos querido tender una mano protectora al débil y al menesteroso. No hemos conocido á la Compañía de Jesus, mas que por sus hechos heroicos y admirables, por la lectura de las obras inmortales que la eternizan, y por el testimonio de todos cuantos la han conocido, y hacen honrosa memoria de ella. Si existiera, quizá seriamos los primeros en juzgarla con severidad, y entónces no hariamos mencion de la misma, mas que para corregirla, pero no para elogiarla. Seriamos los primeros, decimos, que tal vez desdeñariamos comunicarnos con los Padres del Instituto, para permanecer siempre extraños á su influencia, conservando de ese modo nuestra imparcialidad. Los respetariamos, nos alegrariamos de que existiesen en nuestra sociedad, admirariamos sus obras, nos felicitariamos de los adelantamientos que con ellos hiciera la educacion de la juventud, aplaudiriamos su ilustracion, nos agradaria la restauracion de la buena moral, nos complaceria, en fin, ver mejorada la situacion del pais con sus esfuerzos, con sus vigilias y con sus afanes; pero nos alejariamos del trato de esos Padres, porque entónces no necesitarian de nuestra débil voz, ni de nuestros escritos, para brillar, y para cumplir con su mision en favor del público.

Concluimos, pues, nuestro escrito; pero al terminarlo, desearíamos, que si á nuestros lectores toca el exámen de nuestros principios y la censura de nuestras ideas, no condenaran con la lectura de pocos momentos un opúsculo, cuya formacion ha sido obra de mucho tiempo, (1) y que en el caso de que fuera digno de ser impugnado, lo

(1) El autor se propone aquí seguir el mismo designio que tan elocuentemente expresó el Caballero Cayetano Filangieri, en la admirable introduccion de su obra titulada: "Ciencia de la legislacion," diciendo: "¡Príncipes reinan-
„tes! si á vosotros toca el exámen de mis principios y la censura de mis ideas,
„os ruego, con el inmortal Montesquieu, que no condeneis con la lectura de
„pocos momentos una obra de muchos años, ni deis el nombre de fanático no-
„vador ó de proyectista á un escritor que pasa alguna vez los límites de la cie-
„ga costumbre, para buscar lo útil en la novedad. El hombre instruido con
„los descubrimientos de sus padres ha recibido la herencia de sus pensamien-
„tos: y este es un depósito que está obligado á transmitir á sus descendientes,
„aumentándole con algunas ideas propias. Si la mayor parte de los hombres
„descuida esta obligacion sagrada, yo protesto que quiero cumplirla, apartán-
„dome igualmente de la servil pedantería de aquellos que nada quieren alte-

hicieran con decoro, y oponiendo razones á razones, argumentos á argumentos, autoridades á autoridades; mas no que contestaran con sarcasmos y diatribas, con sátiras y befas un discurso que, como hemos dicho, ha sido el objeto de largas y profundas meditaciones. Por tanto, protestamos con toda la energía de que somos capaces, que despreciarémos cualesquiera impugnaciones que se nos dirijan, y las sepultarémos en el mas profundo olvido, imponiéndonos sobre ellas absoluto silencio, siempre que no brillen en su contexto la decencia, la moderacion, la fuerza del raciocinio, la imparcialidad y el deseo de buscar y encontrar la verdad; pero en el caso de que reunan todo ese conjunto de circunstancias, obrarémos con nuestra característica buena fé, entrarémos en una polémica, que sostendrémos siempre con firmeza y compostura, y si fuéremos vencidos, confesarémos inmediatamente y sin titubear nuestra derrota, colocándonos al lado de la razon y de la justa causa. Somos inclinados naturalmente á proceder con solidéz en todas nuestras acciones, y de consiguiente, nos propusimos al tocar las seis proposiciones que contiene este folleto, presen-

„rar, que de la arrogante singularidad de los que desearian destruirlo todo."
El autor está muy lejos de creerse que es un hombre instruido, y que debe comunicar sus ideas para ilustrar, porque se halla convencido de la pequeñez de sus talentos y de que desgraciadamente carece de la instruccion que deseara poseer. Confiesa franca y sencillamente, que en todo su escrito ha tratado una materia que es nueva para él, porque ántes no tenia mas que noticias muy generales, vagas y superficiales acerca de los Jesuitas. Sin embargo, para poder cumplir con una obligacion de rigorosa justicia, ha emprendido un largo y no interrumpido estudio de aquella, y despues de meditar mucho sobre los fundamentos que hay en pro y en contra de las seis proposiciones que ha tocado en su folleto, se ha resuelto á fijar la opinion que se contiene en él. Un año entero ha dedicado á desempeñar la tarea que hoy ha tenido la felicidad de concluir, no porque desconfiara de la santidad de la causa que defendia, sino porque un temor bien entendido, y justamente concebido, le hacia creer que no cumpliria diestramente con la voluntaria importantísima mision que tomó á su cargo, y aceptó cediendo á las instancias de un respetable amigo suyo, que debe considerarse como la firme y robusta columna que ha resistido por espacio de muchos años los ataques que se han dirigido contra la Compañía de Jesus, y atendiendo á los afanes que ha tenido el autor, y deseando no perderlos en un momento, porque la precipitacion ó la mala inteligencia decida absolutamente de su trabajo, no es extraño, que suplique á los lectores, que acojan aquel con indulgencia, y que si lo impugnan, no obren con ligereza; ántes bien, deben hacerlo con circunspeccion, luego que se convenzan de que ha incurrido en errores que está pronto á reconocer y á abjurar, (siempre que se le hagan advertir con decencia), no en cuanto diga relacion á la bondad intrínseca de la Compañía de Jesus, pues jamas convendrá en que es malo un instituto que han aprobado, confirmado y elogiado los papas y los concilios, sino en lo que respecta á que no haya aplicado bien la constitucion y las leyes acerca de la compatibilidad ó conformidad que existe entre ellas y el restablecimiento de la Compañía de Jesus en nuestra República; pero si hubiere acertado en su opinion, invita entónces a los sábios á que den mayor expansion a su trabajo, y lo fortifiquen mas y mas con sus doctrinas luminosas, considerando que en ello se interesa al mismo tiempo el bien de la Religion y del Estado, cuyo logro jamás puede ni debe descuidarse.

BIBLIOTECA U. A. N. L.

tar detenidamente á la consideracion de los lectores, los fundamentos en que nos apoyamos, para corroborar nuestra opinion, y para asegurar los principios que hemos establecido, y por los cuales somos conducidos. Por eso apuntamos cada cuestion de un modo claro y terminante, estableciéndola como un teorema que tratábamos de demostrar, y al efecto la consideramos como si fuera la única que nos proponiamos examinar, encadenándola con las otras sin embargo, para que todas ellas se reputaran como emanaciones, como consecuencias, que fácilmente se seguian de las precedentes. Hecha esta explicacion, es pues evidente, que en vano se juzgará que hemos tenido la loca pretension de querer aparecer como unos consumados eruditos, manifestando grandes conocimientos de que carecemos desgraciadamente; al contrario, quisimos demostrar, con documentos fehacientes é irrefragables, la verdad de nuestra doctrina; por tal razon, hemos copiado literalmente los textos de las autoridades que evocamos, y si nuestro escrito está atestado de notas, es, porque nuestras proposiciones admiten abundantes pruebas, que hemos recogido en el vasto campo que recorrimos, y que hallamos sin dificultad, sin esfuerzo, y casi nos atreveriamos á decir, sin pensar en ellas. De consiguiente, ninguna idea de las muchas que hay sembradas en el folleto que publicamos, es nueva, sino que ellas forman una sola coleccion de los fundamentos legales que obran en favor del restablecimiento de la Compañía de Jesus en nuestra República, porque la constitucion federal que nos rige, no se opone absolutamente á ello, sino que por el contrario contiene un artículo importantísimo que nos garantiza la religion de Jesucristo, que felizmente profesamos, y la promete decidida proteccion. Por otra parte, es tan liberal, que por su espíritu, abre las fuentes del saber y de la ilustracion: consulta, digámoslo así, á la conciencia de los ciudadanos, y al bienestar del público. En todo el curso de nuestro escrito, hemos probado, por cuantos medios están á nuestro alcance, segun entendemos, que el restablecimiento de los Padres que pertenecen al Instituto que fundó San Ignacio de Loyola, afecta directamente al bien de la Iglesia y del Estado; y he aquí la razon, por la cual sucesivamente hemos demostrado, que *los decretos que acordasen tanto el Congreso de la Union, como las legislaturas, sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesus en la República Mexicana, no serian absolutamente anti-constitucionales: que aunque se reconozca en los Estados el derecho de restablecer religiones, no seria cuerdo sostener que por el mismo hecho se les acordaba la facultad de extinguir las existentes: que es facultad de los Estados proteger la religion, que sin embargo no pueden deprimir ni decretar su extincion: que restablecer una corporacion religiosa, es precisamente proteger esa religion: que extinguir alguna de ellas, es privar á la Iglesia de la decantada proteccion; y últimamente, que de los fundamentos que resultarian al tocar las cuestiones propuestas, no puede inferirse, que la facultad de restablecer la Compañía de Jesus en los Estados, importa la de extin-*

guir las religiones. Nosotros no hemos querido herir intereses de ninguna especie, y hemos probado plenamente, que el restablecimiento en cuestion, no los contradice, ni siquiera los altera, porque con documentos intachables, hemos hecho ver, que hasta la forma de gobierno seria respetada por esos Padres. No hay pues, pretexto alguno, que sea honesto siquiera, que pugne con la adopcion que deseamos se tome para que se decrete el restablecimiento que nos ocupa. ¡Quiera Dios que háyamos acertado, y que talentos gigantescos é influentes en el ánimo de nuestro gobierno, sigan las huellas que nos ha cabido en suerte descubrir, que protejan la obra cuyos cimientos hemos zanjado, que concluyan el trabajo que nosotros hemos comenzado, y que con sus apreciables tareas, contribuyan á dar un dia de gloria á la pátria, porque hayan prestado un doble servicio á ella y á la Iglesia, fijando definitivamente y para siempre, la restauracion de la Compañía de Jesus en todo nuestro territorio. E los recogerán entónces la bendicion de todas nuestras generaciones, y Dios protejerá sin duda alguna, sus afanes, sus vigilias, su celo edificante, y nosotros verémos superabundantemente recompensados nuestros pequeños trabajos con la consecucion de una medida tan importante, notando que ese Instituto ha recibido una reparacion del mal que se le ha hecho; condenándola sin oirla; tanto mas cuanto que es evidente que la justicia exige y reclama aquella imperiosamente sin cesar.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Biblioteca Universitaria

DIÁLOGO

ENTRE UN BARBERO Y SU MARCHANTE,

-Ó-

CONTESTACION

A LOS LIBELOS PUBLICADOS

CONTRA LA COMPAÑÍA DE JESUS,

CON MOTIVO DE SU RESTABLECIMIENTO

DECRETADO

POR LA LEGISLATURA DE QUERÉTARO.



MÈXICO.
IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDES,
calle de Santo Domingo junto al núm. 12.

1851.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

DIÁLOGO
ENTRE UN BARBERO
Y SU MARCHANTE.

M.—Felices dias, seor maestro: ¿qué dice vd. que tarde vengo?

B.—No lo habia echado de ver, señor D. J. M. D.: tan distraido me encuentro y pensativo de considerar que cada dia sobrevienen nuevos males á nuestra desgraciada pátria.

M.—¿Pues qué mal de nuevo nos amenaza, seor-maestro?

B.—¡Qué mal! ¡Tan peregrino es vd. en su pais que no lo sabe! El mayor, el mas inmenso, el mas irremediable de cuantos pudieran sobrevenirle: el que vá á acabar de un golpe de mano con la nacion, á destruir para siempre el poco concepto que ya tiene en todo el mundo civilizado, y lo que es todavia peor, á echar por tierra para siempre su nacionalidad, su independencia, su libertad: esa libertad que ha costado tantos torrentes de sangre y tan incalculable número de sacrificios....

M.—¡Me hace vd temblar, seor-maestro! ¿Qué mal tan grande es este de que vd. habla, que no ha llegado á mi noticia? ¿Se han pronunciado, por ventura otra vez en la Acordada, en Palacio ó la Ciudadela? ¿Tendrémos otro saqueo como en 28; otros tártagos como en 32; otros doce dias de guerra en la capital contra los hombres pacíficos como en 40; otro mes como en 41; ú otra de tantas, tantas catástrofes como hemos experimentado, durante mas de veinticinco años, que se curen despues bajo un techo polvoso con el emplastro del sagrado manto de la pátria?

B.—Peor que todo eso, mi querido señor....

M.—¡Peor que todo esto! ¿Ha vuelto á iniciarse otra ley de destierro, como la famosa *del caso?* ¿Se ha proscrito de nuevo á los obispos? ¿se atenta á los bienes eclesiásticos con ruina de los la-

bradores y censualistas del clero? ¿Se insiste en la tolerancia de cultos para llenar el pais de luteranos, calvinistas, turcos é idólatras? ¿Se vuelve á promover la supresion del fuero clerical, la total abolicion de los diezmos, la secularizacion de las religiones, la espulsion de sus monasterios de las vírgenes consagradas á Dios? ¿la?....

B.—Todo esto es nada, nada en comparacion de lo que pasa.

M.—¿Hay otra nueva espedicion de yankees en nuestras costas para acabar de arrebatarnos, digo anexarse, el terreno que nos hicieron la merced y gracia de dejarnos; ó vuelven con sus cañones, azotes y sellos á enseñarnos á ser republicanos? ¿Ha organizado ya la raza indígena sus huestes con el emperador descendiente de Mochteuzoma al frente, para concluir de una vez con los blancos? ¿Ha sucumbido totalmente Yucatán? ¿Ha derrotado Quiroz á Bustamante? ¿Los Opatas, Yaquis, Pimerianos, Nayaritas, Tarahumares, &c. han degollado á todas las poblaciones que confinan con sus aduares?

B.—Retepeor, señor marchante.

M.—¿Alguna formidable escuadra inglesa reclama el pago de su deuda? ¿Es amenazado nuevamente Ulúa por los franceses, á virtud de otros pasteles que nos hayamos comido? ¿Despues de la derrota de los húngaros se dirigen las tropas del Czar á nuestros puertos, exigiendo el cumplimiento de los tratados de 15 (pero no de Julio), ó la Austria envidiosa de nuestra prosperidad, nos declara la guerra?

B.—¡Qué disparates habla vd., señor! Todo esto es nada: cosa imaginaria, muy remota, muy lejos.... El mal está aquí, aquí; entre nosotros, y ahora sí que no escapamos, sino que muy pronto vamos á ser almas del purgatorio.

M.—Pues que ¿ha estallado el cólera morbo, y no viene solo sino con las viruelas, el matlazahualt, la escarlatina y garrotillo? ¿Amenazan una simultánea esplosion el Peñon, Popocatepec, Jorullo &c.? ¿Se han perdido todas las siembras y nos amaga otro año de hambre? ¿Han desbordado las lagunas y México vá á quedar sepultado en las aguas? ¿Se aguardan terribles terremotos que reduzcan la capital á escombros? ¿Aquel cierto cometa que se anunciaba destruiria nuestro globo en 36, ya viene al galope para aniquilarlo en 49? ¿Ha nacido entre nosotros el Ante-Cristo? ¿El pozo de las langostas del Apocalipsis ha sido abierto en la República mexicana?

B.—Señor, señor, vd. delira. Todo lo que ha dicho es tortas y pan pintado; un humo, una sombra, un grano de anís, respecto de lo que pasa.

M.—¡Por Dios, seor-maestro! ¡Acabe vd. de despenarme! ¡Ya me sofoco, ya espiro, ya no puedo mas!... ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido?

B.—¡Cómo que ha sucedido! ¡Yo tiemblo, no menos que vd.? La legislatura de Querétaro.... no me atrevo á decirlo.... La legislatura de Querétaro.... ¡Dios mio! dame valor.... La legislatura de Querétaro.... déjeme vd. tomar aliento.... la legislatura de

Querétaro.... imitando á la retrógrada, oscurantista y parricida de Chihuahua, ha.... ¡restablecido á los Jesuitas!!!

M.—Me ha vuelto vd. seor-maestro la alma al cuerpo. ¿Esta era la infanda noticia que tenia que darme? ¿A esto se reduce toda la alarma que me ha causado? Vamos, que me ha dejado vd. atónito, pues cuando aguardaba la peor noticia, me ha dado la mas grata que pudiera recibir en mi vida.

B.—¡Cómo, mi caro parroquiano! ¿Es posible que tenga vd. tan poco patriotismo, y muestre tan pequeño interés por la felicidad de su pais natal? Pues qué ¿hay lágrimas que basten para deplorar tamaña desgracia; é indignacion suficiente para condenar tan ominoso decreto?

M.—Cachaza, amigo mio, mire vd. que una cólera puede quitarle la vida, y privarlo del gusto de ver acabar esta comedia..... ¿Cuántos años tiene vd

B.—¡Vaya un pito! ¿Qué tiene que ver mi edad con lo que estamos hablando?

M.—Algo mas de lo que parece. Ea, respóndame: ¿cuántos años tiene?

B.—Es vd. muy terco; pero solo por ver adonde vá á parar la pregunta, voy á contestarle: 48, para servirlo.

M.—Se acuerda vd. sin duda de la independencia: ¿no es cierto?

B.—Algo mas de lo que vd. cree, pues no ignora que tomé en ella parte en la division de Señor Negrete en Guadalajara; porque aunque no me disgustaba la libertad de mi pátria, nunca estuve por los desórdenes de los que se llamaban insurgentes, á los que ántes hice la guerra, pues.... ya vd. vé: eso de quemar haciendas, saquear pueblos, matar gachupines á nombre de la Vírgen de Guadalupe y de Fernando VII.... no era muy del gusto de todos.

M.—Cuidado, amigo, con hablar así: ¡chiton! que hay moros en la costa.

B.—Cómo vd. me pregunta, y.... tambien es viejo.... Pero dejemos esto aparte. Prosiga vd.

M.—Pues bien: si vd. se acuerda de la independencia y aun anduvo en ella, no habrá olvidado lo que pasó en 1821, para inclinar á los pueblos á seguir las banderas del inmortal caudillo del ejército de las tres garantías. ¿Recuerda vd. qué significaba ese glorioso pendon?

B.—¡Toma si me acuerdo! Religion, Independencia, Union.

M.—Buena memoria tiene vd. Pero dígame: ¿por qué se invocaba por principio la Religion?

B.—Pues y aquellos decretos de las Cortes españolas: ¿no eran suficientes motivos? Los religiosos, unos esclaustrados, otros proximos á serlo: las monjitas amagadas de la misma secularizacion y robo de sus bienes; la nueva consolidacion que se temia, &c. &c., ¿no eran razones mas que bastantes para no tener por muy católicos á aquellos diputados? ¿no lo decian así los caudillos? ¿no lo predicaban

*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Biblioteca U.A.N.L.

los padres? ¿no lo voceaban los escritores públicos? ¿no se ponia siempre en todas las proclamas?

M.—Bien: pues tampoco habrá vd. olvidado, que entre todos esos motivos hacia un papel no muy secundario, la nueva persecucion á los Jesuitas mexicanos, de que ya otra vez se habia hecho mérito en las quejas que por la antigua habian dirigido al gabinete de Madrid los primeros insurgentes: recordará tambien que nuestros diputados habian pedido su restablecimiento en las Córtes el año de 10 (el 16 de Diciembre): hará igualmente reminiscencia del sumo júbilo y entusiasmo con que fué recibido el decreto de su restauracion en 1815, y con el que se vieron entrar en sus colegios de San Ildefonso de esta capital, de Durango y Puebla, y se preparaban al mismo recibimiento Lagos, San Luis Potosí y otras poblaciones. Estos son hechos, amigo mio, que todos hemos visto. ¿Y así quiere vd que yo me sorprenda por esa noticia que acaba de darme; y que tenga por un mal tan grave ese restablecimiento que toda la nacion vió como una de sus mas apreciables dichas?

B.—Esos eran otros tiempos, señor mio: los mexicanos éramos entónces unos fanáticos, unos preocupados é ignorantes...., pero hoy, ¿quién no sabe lo que son esos Jesuitas tan aplaudidos y adorados?

M.—Vamos por partes, seor-maestro. Vd. hace una injuria á los mexicanos, que solo su actual pasion puede disculpar. En toda la América existia no una preocupacion, es decir, un juicio desnudo de pruebas, sino un convencimiento fundado en razon, de la santidad del instituto de los Jesuitas, de su utilidad y de los inmensos beneficios que habian hecho por cerca de dos siglos á todo el pais. Por todo él se encontraban los monumentos de su saber, los restos de su celo, la memoria de su beneficencia. Aquí se veia el augusto templo en que se adoraba al Dios vivo, se distribuia al pueblo el pan de la vida y se instruia en sus deberes de cristiano por ministerio de la Compañia: allí el magnifico colegio en que enseñaba á la juventud las ciencias: acá las casas de ejercicios en que se retiraban bajo su direccion las gentes piadosas á pensar en el negocio importante de su salvacion, ó las de misiones de donde salian fervorosos apóstoles para los pueblos ó tribus bárbaras: allá los hospitales, monasterios ó casas de educacion fundadas por sus trabajos: de esta parte las arquerías para introducir agua á las poblaciones, los caminos para comodidad de los viageros, las casas para recibir peregrinos: por la otra sus residencias, asilo de los necesitados, centro de las nuevas reuniones sociales; por todas en fin, la memoria de sus limosnas en las hambres, epidemias é inundaciones, de su afan por la concordia y union de las familias, de su desinterés en prestar gratuitamente todo género de servicios, sacrificándose sin escepcion por cuantas personas ocurrian á implorarlos.

A esta tierna memoria se reunian las lágrimas de nuestros mayores por sus hijos, hermanos y deudos condenados á perpetuo destierro de su pátria, sin otro delito que la profesion de un instituto aprobado por la Iglesia y autorizado por las leyes: condenados no solo sin ser oidos, sino lo que es mas tiránico, sin permitirles la menor palabra en su defensa: condenados, en fin, no solamente ellos, sino todo el pueblo á quien se mandaba severamente (y cuando las leyes se hacian efectivas) *obedecer y callar.* ¿Y qué recurso mas que éste quedaba en esas circunstancias? Se obedecia, sí; se callaba y nada se decia porque no habia libertad de imprenta; y porque los ejemplares de Guanajuato, los destierros de ilustres personages y el respeto que se tenia á las autoridades, sellaban los lábios de todos. Pero nuestros padres que no eran unos estúpidos, digan lo que quieran las *capacidades* modernas, no dejaban de leer lo poco que se escribia en Europa y que se conseguia con suma dificultad, á favor de los proscritos; su recto juicio les hacia reconocer su inocencia, y desde esa época entreveían no solo su futuro triunfo, sino el descubrimiento, que ya hoy es una demostracion, de las infames arterias de sus enemigos.

De esta suerte formaron las entrañas de sus hijos, y así es, que tan luego como fuimos capaces de obrar por nosotros mismos, todo nuestro empeño no ha sido otro que rehabilitar en nuestra pátria esa órden religiosa, objeto del amor, de las lágrimas y dulces recuerdos de nuestros adorados padres, y tambien de las primeras palabras que oimos de sus respetables lábios. ¿Lo duda vd. seor-maestro? Pues ya que tiene tan buena memoria, recuerde que en 1822 casi toda la República pidió el restablecimiento de los Jesuitas; y no, no solo particulares, sino corporaciones muy distinguidas é ilustradas: recuerde que en 1841, todo el pais se conmovió con la patética representacion del padre Mendizabal, que hizo vertir algunas lágrimas: recuerde que hace poco que Chihuahua dió el decreto y ya lo imita Querétaro, y que tal vez no tardarán en seguirlo otros Estados: recuerde últimamente, que al paso que desgraciadamente ha aumentado el numero del escuadron de sus enemigos con esa turba de jóvenes ó viejos inmorales, irreligiosos é ignorantes, no se estingue ese sagrado fuego y abunda en la misma juventud otra cantidad no menor de sus amigos y admiradores.

¿Y á vista de esto, intentará vd. todavia persuadirme que el restablecimiento de los Jesuitas es un mal, y no como quiera, sino el mayor que pueda sobrevenir á la República; y el decreto que los rehabilita en sus derechos religiosos es un decreto ominoso á la libertad?

B.—¡Victor, señor jesuita! Ha quedado vd. sobre las espumas; pero mucho hay que replicar á cuanto me ha embocado, y que como ha visto lo he oido, como una plática de su querido el padre Parra. Voy ahora á contestarle.

Tres argumentos me hace vd. á favor de la opinion general que reina en nuestro pais sobre jesuitas. Voy á responder á ellos y hacer una réplica que le ha de costar trabajo contestarme. Acerca del amor que nuestros padres profesaban á los Jesuitas y á los monumentos que existen de estos padres en la República, nada tengo que opo-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

ner, porque son cosas tan claras y sabidas, que es imposible negarlas. Estamos de acuerdo sobre esto, pero discordamos en lo demás.

Es cierto que uno de los pretestos que se tomó para la independencia, fue la destruccion de los Jesuitas restablecidos en México, Puebla y Durango, á virtud de una cédula real y de una bula pontificia. ¿Pero esto prueba, que porque se invocaba la destruccion de esta órden era generalmente amada de los mexicanos? Esto señor mio, se hizo para tranquilizar los escrúpulos de los fanáticos, y nada mas, pues de no haberse tomado este medio, la empresa acaso no se habria realizado con la felicidad con que se deseaba, y ya vd. ve que esto lo hacia lícito; política cabalmente, segun he oido decir, muy *jesuítica*.

M.—En efecto, así lo dicen sus calumniadores, entre cuyo principio entra el de atribuirles máximas que no profesan, sino que mas bien combaten, y acusarlos de delitos que de todo su corazon abominan y que puntualmente constituyen la regla de conducta de esos sus impudentes adversarios. Pero como aunque esto se llama *progreso*, no es en realidad sino una práctica bien antigua de todos los perseguidores de la inocencia, ningun hombre de buen sentido deja de reirse de tales imputaciones. Pero prosiga vd.

B.—Pues señor, sea ó no sea esta máxima *jesuítica*, lo cierto es que fué la de buen número de filósofos ó liberales que se metieron en la independencia. En lo que menos pensaban sus mercedes era en restablecer frailes, y menos que todo á los Jesuitas; pero lo hicieron tragar á las beatas y fanáticos, así como ciertos de nuestros antiguos patriotas, esencialmente indisciplinados y enemigos acérrimos de los españoles, que se convirtieron en modelos de órden y subordinacion, y les daban sendos abrazos capaces de reventarlos. ¿Pero ha visto vd. lo que se hace cuando se concluye una obra?

M.—¿Qué se hace, seor-maestro?

B.—Se quitan los andámios y queda libre el edificio. De la misma manera hecha la independencia, los inquietos volvieron á las andadas de sus continuas revueltas, robos y matanzas; se espulsó á los españoles de la República; y los compungidos liberales, tomaron la pluma para combatir los que llaman, y deben serlo, porque son muy sábios y religiosos los que tal escriben, abusos de la religion.

Los bobos que creyeron que se jugaba limpio, tan luego como pudieron, solicitaron ese restablecimiento de los Jesuitas de que vd. me hablaba, en 1822, pero naturalmente debieron llevar calabazas, así como las llevaron despues los que hicieron la misma solicitud en 1841, y las llevarán ahora y siempre, mientras no conquisten la opinion general.

M.—¿Pues qué le falta á esta para serlo?

B.—¡Cómo que le falta! Lo que constituye la esencia, la base y el alma de toda opinion general. El que la propongan, la difundan y protejan los periódicos. Mientras no se cuente con estos órganos de la opinion pública, en vano es cacarear esa opinion, hacer repre-

sentaciones, reunir firmas, dictar decretos y escribir mas que el Tostado.

M.—Con que es decir que la soberanía del pueblo, el derecho de peticion, la facultad de dictar leyes y de publicar sus ideas, residen esencial y esclusivamente en los periodistas.

B.—¡Pues quién lo duda, señor!

M.—Yo, y no solamente lo dudo, sino que lo niego en un todo. ¿Sabe vd. lo que es un periódico?

B.—¡Toma si lo sé! Un papel grande, y mientras mas grande mejor, en que diariamente, ó dos ó tres veces á la semana, se dan noticias de lo que pasa dentro y fuera de la República, se anuncia lo que se compra, vende ó empeña, se publican versos y novelitas muy morales y edificantes para divertir á las doncellas encerradas y enseñar á leer á los niños, y lo que mas importa, diariamente se hace hablar á los siete millones de habitantes de la federacion. De lo que se infiere claramente, ser los órganos de la opinion general; pues lo que ellos dicen, lo dice toda la nacion: lo que defienden, lo defiende toda ella: lo que condenan y reprueban, es condenado y reprobado por todos los mexicanos. ¿Me he esplicado bastante, mi respetable señor?

M.—Sí, amigo mio, aunque con una muy lijera equivocacion. Los periódicos, son todo lo que vd. dice, y algo mas, pues se le ha olvidado que son tambien los deturpadores de la fama del prójimo, los propagadores de las malas doctrinas y publicadores de las mayores mentiras; pues con un *se dice, nos aseguran, nos escribe un amigo &c.*, quitan al mas honrado todo su buen nombre, se mofan de las cosas mas sagradas, difunden groseros embustes y se quedan riendo. Pero en lo que jamás convendrémos, es en que sean los órganos de la opinion pública, como vd. los titula.

B.—¡Jesus! Señor ¡Jesus, y que blasfemia tan grande ha prorrumpido! Pues qué, ¿no son los periódicos los que han establecido todas las formas de gobierno, desde el imperio hasta nuestra restaurada federacion? ¿Los que quitan y ponen presidentes? ¿Los que rectifican la opinion estraviada en todas las regeneraciones, restauraciones, reorganizaciones, resurrecciones, &c? Es verdad que tambien se han ayudado á su vez con las bayonetas y cañones; ¿pero cómo podrán estos negarse á amparar con su poder la opinion pública? Deme vd. una sola cosa que pretendan, promulguen y defiendan los periódicos, y que al momento no se consiga, y me dejo emplumar.

M.—Es vd. de repente algo olvidadizo seor-maestro: pues qué, ¿no se acuerda de las derrotas que ha sufrido tambien esa prensa periódica, v. g., en la cuestion de obispos y canónigos, en la de fueros y bienes eclesiásticos, y últimamente en la famosa de tolerancia de cultos?

B.—Ya iba para allá, mi caro señor. Pero esto lo que prueba, es que todavia estamos llenos de fanáticos y preocupados que no dejan desenvolver aun la opinion pública en toda su plenitud; mas lue-

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go que termine esa raza retrógrada y rutinera, ya verá como esta aparente deshecha se convierte, á la fuerza, en un muy cumplido triunfo; pues le repito, que no hay ni puede haber conducto mas seguro para conocer la voluntad general que la de los periódicos.

M.—No parece señor-maestro, sino que ha nacido vd. ayer ó ha estado encerrado por toda su vida en el Santo Desierto, devorando los publicistas modernos; pues olvidado de lo que son en sí en la práctica estos principios, tan luminosos en teoría como todos los de los sistemas modernos, cree tan á pié juntillas lo que esos libros predican sobre la libertad de imprenta.... ¿Está vd. suscrito á algun periódico?

B.—No señor, porque carezco de esas proporciones, y sobre todo, porque nada es mas fácil que leerlos en algun café, en que al fin no todo se pierde. Como yo soy afecto á su lectura, voy con frecuencia á esos lugares á tomar mi licor negro, y ya cojo el *Globo*, ya el *Siglo XIX*, *Monitor Republicano*, *Universal* ó la *Palanca*. Tampoco me faltan algunos parroquianos de buen humor que de vez en cuando me prestan ya el *Pilluelo*, ya el *Busca Pies*, la *Muerte* ó el *Artesano*, que han sustituido al gracioso *D. Simplicio*, y al ilustradísimo *Cangrejo*. Además, en algunas casas de mis marchantes, he solido ver el *Arco-Iris*, *Federalista*, *Orizaveño*, *Faro*, *Látigo*, y otros papeles públicos de los Estados. Vea vd si podré dar mi parecer.

M.—En efecto, está vd. instruido en la materia. Pero dígame con franqueza: ¿qué es lo que encuentra en la lectura de todos esos papeles?

B.—¿Qué encuentro en su lectura? ¡Oh! cosas muy curiosas. Uno proclama la fusion de todos los partidos, y no deja hueso sano á ningun retrógrado: otro preconiza hasta los cielos el mérito de los moderados: aquel declara guerra á todo lo que antes se tenia por lo mas sagrado y respetable: este sale con mil chocheras sobre la antigua felicidad que disfrutaban antes los mexicanos; en uno se leen los mayores encomios al general Santa-Anna, en otro se le abre en canal, pero en todos no se vé mas que una pugna continua, una lucha sin intermision y un combate á muerte. Aunque de los de segunda fila no estoy tan impuesto; porque unos me enfadan por chocarreros, otros me causan asco por desvergonzados, he visto tambien que no se guardan entre sí mayor consecuencia; y creo por lo poco que he leido de los de fuera, que ellos igualmente siempre se están quebrando los cuernos. En dos palabras, me parecen todos los periódicos á los muchos calendarios que oimos gritar cada año. Solo hay de comun el Santoral, y sabe Dios cómo: en lo demás uno hace reir, otro llorar; este escribe versos á Clori, aquel Elegias á la Pasion; quién no deja á vida con sus epigramas á ninguna clase de la sociedad, y quién por último lo hace órgano de máximas irreligiosas, anárquicas é inmorales.

M.—Cojido le tengo, señor-maestro; ¿y así puede llamar á semejantes papeles órganos de la opinion pública? Si los llamara de la

de los partidos ó pasiones; si los titulara empresas mercantiles, fomento de desocupados, promulgadores de doctrinas disolventes, turbadores de la paz de las familias, y desconcepto muchos de ellos, de la literatura, juicio y cordura de la nacion, ciertamente acertaria....; ¡pero órganos de la opinion pública! Esto no puede pasar.

B.—Si puede pasar, señor murmuron; ¿pues qué la nacion no se compone de puros, moderados, monarquistas, é indiferentes? Pues qué ¿no hay en ella ignorantes, díscolos, irreligiosos y desvergonzados? Luego teniendo cada uno quien propague sus ideas, claro es que la reunion de todos, es la espresion de la opinion pública.

M.—De un modo muy ingenioso ha procurado vd. escaparse por la tangente. No es esta la cuestion: las aspiraciones de cada partido, los intereses de cada periodista, y el particular modo de pensar de cada fraccion de la sociedad, no es, ni puede ser la opinion general. Esta debe ser uniforme, constante, imparcial, y sobre todo justa, no teniendo mas norte que el pro comun, ni mas interés que el de todas las clases sociales, ahora pertenezcan á un partido, ahora á otro, ó tal vez á ninguno. Todo lo demás no es mas que batahola, confusion, ó trampa de bellacos para cazar tontos.

B.—Pues si así es, y me parece que tiene vd. razon, yo tambien soy de parecer que la prensa periódica será útil, si se quiere, ilustrará ciertas materias, contendrá en sus deberes á los funcionarios públicos, hará lucir los ingenios de los poetas y novelistas; pero que nunca será órgano de la opinion pública.

M.—Aprovecho la confesion, y segun ella deme ahora una respuesta categórica. Siendo los periódicos órganos únicamente de las opiniones de los partidos: ¿al oponerse al restablecimiento de los Jesuitas espresan la opinion general? ¿Qué dice vd. de esta pregunta, segun lo que acaba de confesar?

B.—Me ha atado vd. las manos, y para ser consecuente debo decirle que en efecto esta oposicion solo es de los partidos. Pero cuando ella es tan uniforme y cuando á esta nacion la componen esos partidos, ¿no es claro que ella es general, y que la nacion entera no está por su restablecimiento? ¿No queda así en pié mi réplica sobre que debia escucharse la prensa periódica para concederlo ó denegarlo?

M.—No amigo mio; ni es cierto que todos los individuos de la nacion pertenecen á algun partido político, ni tampoco que por la uniformidad de sus órganos, debe dictarse una ley. Tan no es cierto lo primero, que cabalmente por eso se ha inventado ese ominoso *derecho de las minorías*, que Dios quiera que no nos cueste tantas lágrimas y sangre como á otras repúblicas. Por lo que toca á la formacion de las leyes, ellas deben fundarse en la religion, en la justicia y en la utilidad pública, cuadren ó no cuadren á los partidos. ¿Y á quién corresponde esta calificacion? Si hemos de ser consecuentes á nuestros principios, únicamente al cuerpo legislativo; y á los demás ciudadanos, solo obedecer, ó examinar ántes que se sancionen. Si se trata

BIBLIOTECA GENERAL U. A. N. L.

del derecho de peticion, cualquier ciudadano, ó la reunion de muchos, puede dirigir sus representaciones ante el mismo poder legislativo, tenga ó no periódico en que sostenerlas, pertenezca ó no á algun partido político, y choquen ó dejen de chocar con los intereses de alguno de ellos ó de todos.

¡Y qué! Los padres de familia, que no pueden facilitar á sus hijos una educacion tan esmerada y completa en lo literario como en lo moral como desean: ¿no pueden solicitar un cuerpo tan acreditado como el de los Jesuitas, que llene sus miras? Los señores obispos y el clero secular y regular, viendo en ese mismo cuerpo una reunion de sacerdotes sábios y virtuosos; ¿no pueden pedir la restauracion de unos tan celosos y útiles cooperadores? Los presos de la cárcel, los enfermos de los hospitales, los necesitados todos, que saben que en los Jesuitas van á encontrar consuelo y auxilios de toda clase; ¿no podrán reclamar que se les vuelva su existencia pública? Las almas religiosas que todavia creen en Dios y desean su salvacion; ¿no tendrán derecho, en la lamentable escasez de ministros que se deplora, á pretender que estos se aumenten con la recluta de una nueva tropa auxiliar? Los estados limítrofes, presa hoy de las tribus bárbaras; ¿no tendrán libertad de oponerles un dique, en ese escuadron de apóstoles, que otra vez las han amansado y reducido á una vida cristiana y social? Ultimamente la nacion toda que ha adoptado el sistema de libertad mayor que se conoce; ¿solo negará este derecho á los hermanos de esos sábios y recomendables sacerdotes, que en los Estados-Unidos del Norte, han sido aceptados con la mayor cordialidad, han encontrado asilo al ser espulsados ignominiosamente de su pais natal por la ceguedad y violencia de los revolucionarios, y se han encomendado, á pesar de las prevenciones protestantes, de educar á sus hijos, la esperanza de la futura grandeza de esa república?

B.—Paréceme, señor, que vd. hace la cuenta sin la huespeda. Mucho es lo que ensalza el numero de los interesados en el restablecimiento de los hijos de Loyola; pero parece que nada pesa en su balanza el de sus innumerables enemigos. Seamos ingénuos, si los Jesuitas son tan buenos, tan santos, tan grandes y útiles; por qué se han armado tantos adversarios en su contra desde su nacimiento? y no me salga con que todos son cismáticos, hereges, é incrédulos; porque á fé mia, que yo puedo citarle hombres muy respetables y católicos, que han sido sus declarados enemigos. ¿En qué consiste, pues, que tantos hombres de bien, en vez de traerlos en las palmas de las manos, de correr en pos de ellos, de incensarlos, como vd. quiere, y de solicitar de todas maneras su restablecimiento, los persigan, los abominen, les profesen tan mortal ojeriza, y les hayan declarado una guerra tan constante?

M.—Voy á contestar á vd., seor-maestro. Nada hay tan santo, tan grande, tan útil y benéfico en este perro mundo, que á proporcion no sea el blanco del ódio, de la calumnia y de la persecucion,

B.—Por Dios, señor, ¡qué proposicion tan avanzada acaba vd. de proferir! ¿piensa vd. que porque soy barbero carezco de sentido comun? Lo que es santo todos lo veneran, lo grande todos lo admiran, lo útil y benéfico todos lo favorecen.

M.—¡Vaya que no está vd. en autos, seor-maestro! Nada hay mas santo que Dios, y desde los ángeles rebeldes á la fecha, no han faltado ni faltan quienes lo desconozcan y blasfemen. Nada mas grande que la virtud, y siempre ha sido odiada y calumniada. Nada mas benéfico al mundo que el cristianismo, y ninguna religion ha sufrido los combates y persecuciones que ésta verdadera hija de Dios.

B.—Ya, ya veo á donde va vd. á parar con sus exageraciones: á comparar á sus Jesuitas nada menos que con el mismo Dios, á hacer de ellos la personificacion de la virtud, á limitár solo á esa Compañía toda la Iglesia católica. A otro perro con ese hueso: vd. hará creer estas consejas á las beatas, á los fanáticos, á los crédulos é ignorantes: ¿pero á mí? ¿á mí, que he leido, aunque pobre barbero, los *Documentos y obras importantes, el Retrato de los jesuitas*, la *Idea sucinta* y el *Judío Errante*, me quiere vender gato por liebre? No señor, los Jesuitas no son sino los propagadores de todos los errores; los maestros de las mas perversas doctrinas, los mayores enemigos del clero, los.....

M.—Perdone vd. que lo interrumpa, seor-maestro, pero cada vez echo de ver lo versado que está en la lectura de los periódicos. Ellos son, hablando propiamente, la verdadera imágen del *Arlequin* de Eugenio Sūe, ó si le desagrada la comparacion, aunque de un autor tan de moda, el verdadero campo de Agramante, en que tan pronto se combate por la águila como por la espada, por el caballo como por la albarda. Ahora no se trata de si los Jesuitas son buenos ó malos, útiles ó perniciosos: sino de si lo santo, lo grande y benéfico tiene contradictores y enemigos. Limitémonos, pues, á esta cuestion, pues cualquiera por insignificante que sea, si no se establece sobre principios para deducir despues las consecuencias, no es mas que un embrollo, una confusion y juego de palabras, en que solo gana el mas sofista y hablador. Dígame francamente, ¿no guarda vd. algun órden en las operaciones de su oficio?

B.—La verdad, señor, que me ha dado buena rociada, y en mi buen juicio de barbero conozco que ha sido con razon. Yo no doy primero el espejo y despues razuro, ni sangro antes de ligar la vena.... Prometo enmendarme, y le ruego á vd. que cuando me estravie, me llame al órden, seguro de mi obediencia. Prosiga vd.

M.—Pues bien. Cuando la misma historia sagrada nos enseña, que el inocente Abel, que el justo Noé, que el benéfico Moisés, que el celoso Elías, que el hombre formado segun el corazon de Dios, David, y tantos, tantos ilustres y santos personages de la antigua ley, entre ellos todos los profetas y maestros del pueblo hebreo, han tenido envidiosos, perseguidores y asesinos, sin respeto á su santidad, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus luces y beneficios, ni á los altos puestos que han ocupado: ¿podrá todavia dudar de esta verdad? ¿tendrá valor para condenar á tan gran número de hombres respetables, sin mas razon que haber sido víctimas de las pasiones humanas? ¿fallará en su contra solo con referir la inmensa lista de sus adversarios?

Sobre todo, seor-maestro, dé vd. una ojeada á la historia del mundo desde la venida de Jesucristo. Apenas nace el divino Salvador, cuando tiene que huir á Egipto por la persecucion de Herodes, que atenta á su vida, derramando torrentes de sangre, para que no escape su víctima: preséntase Jesus al pueblo; predica la moral mas pura y santa; ofrece en su vida los mas claros ejemplos de virtud: multiplica el pan para saciar la hambre de millares de personas; resucita muertos, sana enfermos de toda clase, libra endemoniados de sus infernales huéspedes; por todas partes pasa haciendo bien y colmando á todo género de personas de sus beneficios. ¿Y qué se decia del divino Maestro? Era llamado Samaritano, amigo de gente perdida, contrario al César, seductor de los pueblos, endemoniado, y aun el mismo Belzebub. Tan injusta y apasionada persecucion no se calmaba por los aplausos y víctores del pueblo, y una vida tan preciosa, que debía de prolongarse á costa de los mayores sacrificios, acabó infamemente en un patíbulo entre la grita, la mofa, las injurias y blasfemias de los mismos á quienes habia prodigado toda clase de mercedes. Y advierta vd. de paso seor-maestro, que sus mas encarnizados adversarios, no eran gente valadí, ignorante y de la hez del populacho, sino los sacerdotes, los escribas, los doctores de la ley y ancianos del pueblo, que debian reconocer una mision, que confesó públicamente el gefe de los soldados paganos.

B.—Muy elevados son los personages que vd. me ha citado, y ya esto me hace alguna fuerza. Cuanto acaba de decirme es cierto, y no puedo negarlo; pero señor, debe vd. reflexionar, que todo esto estaba ya profetizado de antemano, y que debia suceder para que tuviera verificativo la redencion del mundo. Pero despues de promulgada la religion católica, y reconocida por la única verdadera ¿no ha variado la escena? ¿No la han abrazado, venerado y protegido todos los grandes del mundo? ¿No la han alabado y engrandecido todos los sábios? ¿No ha doblado el cuello á su yugo todo el universo?

M.—No seor-maestro, no es cierto lo que vd. dice. La palabra de Jesucristo desmiente esos asertos, y la historia ha confirmado con irrecusables hechos toda su veracidad. El anunció á sus apóstoles y discípulos, y en ellos á todos los fieles, que su herencia no seria mejor que la que á él le habia tocado en suerte: que serian el blanco de las persecuciones, de las injurias, de los desprecios y calumnias, hasta el grado, entiéndalo vd. bien, de que creerian los hombres hacer un servicio á Dios en quitar la vida á sus verdaderos creyentes y adoradores. Dijo que el discípulo no habia de ser de mejor condicion que el maestro: aseguró que jamas

faltarian escándalos, y últimamente para animar á los cristianos á abrazar la tan pesada cruz que se les aguardaba, así de los enemigos domésticos, como de los esteriores, los alentó ofreciendo la bienaventuranza á los que lloran; y tambien, y aquí llamo la atencion de vd., á los que padecen por la justicia y virtud.

Prosiga vd. la historia y verá á los primeros predicadores del Evangelio, llenos del Espíritu Santo, dotados del don de milagros, del de lenguas y de cuantos pueden hacer venerables y útiles á los hombres, modelos de virtud y asombro por su sabiduría, ser el blanco de la persecucion humana hasta espirar en los patíbulos y tormentos. Vea á todo el mundo inundado en los primeros siglos del cristianismo en la sangre inocente de los adoradores de Jesucristo, no por ladrones, no por sediciosos, homicidas ó sembradores de perversas doctrinas, sino únicamente por fieles á su religion y apegados á sus sacrosantas máximas. Y bien sabe vd. que no eran tan solo los perseguidos los hombres que por su saber y respetabilidad podian hacer sombra al paganismo, sino gente de poco viso y representacion, y de toda clase de condicion aun la mas vil y abyecta: ancianos, venerables por sus canas, honestísimas matronas, delicadas y hermosas doncellas, y lo que mas admira, tiernos é inocentes niños.

Es cierto que esta horrorosa y sangrienta persecucion calmó con la conversion de Constantino, aunque jamás ha terminado completamente, testigo, no solo en los tiempos anteriores diversas naciones idólatras, sino aun en muy recientes la China y la Francia, y en los actuales, el Japon, la Rusia y la Polonia; ¿pero qué importa si á ella se sustituyó otra no menos tenaz y porfiada? No ha habido un solo siglo en que el cisma, la heregía, ó la incredulidad no haya combatido encarnizadamente contra el catolicismo, contra sus mas santos varones, sus mas celosos predicadores y sus defensores mas esforzados. Repito que si vd. lo duda, ahí está la historia, y ella le enseñará al mismo tiempo los atentados cometidos contra la Iglesia de Dios, y el casi infinito número de las gloriosas víctimas sacrificadas á la rábia de los cismáticos, de los hereges, é incrédulos, por su santidad, por su sabiduría, por su beneficencia y caridad, y por su firmeza en sostener á la única y verdadera esposa del Cordero.

Sobre todo, amigo mio, abra vd. las crónicas de todas las sagradas familias religiosas, especialmente aquellas que han tomado por instituto procurar la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y aun el bien temporal de sus prógimos, y verá que jamás la Iglesia Santa, cual madre fecunda, ha dado á luz algun gran parto, sin que no le haya costado acerbísimos dolores. Consulte vd. esas venerandas historias, que el ingrato mundo hoy mira con desdén y con el mas alto desprecio, y verá por sus propios ojos las contradicciones, calumnias, injurias y padecimientos de toda clase, de que,

BIBLIOTECA GENERAL U. A. N. L.

así como hoy es blanco la Compañia de Jesus, lo fueron en su tiempo, poco mas ó menos, las ilustres órdenes de San Benito y San Agustin; de Santo Domingo y San Francisco; del Cármen, la Merced, y en fin, todas las religiones, sin esceptuar á los caritativos hijos de San Juan de Dios, San José Calazans, San Vicente de Paul y de los venerables, Pedro de Betancourt y Bernardino de Alvarez, honor de nuestra América.

Convengamos, pues, en qué ó faltando á la verdad, á la justicia y aun á la misma religion, nos avanzamos á decir que todos los grandes hombres y familias que acabo de citarle, son unos malvados, unos sediciosos, unos hombres perjudiciales á la sociedad, entrando en esta cuenta el adorable fundador del cristianismo; ó que la persecucion, el ódio, la calumnia y el aborrecimiento del mundo es la consecuencia de la santidad, de la sabiduría y de la utilidad de los perseguidos.

B.—Señor, vd. es instruido y habla muy bien, y no sé que contestarle. Pero volviendo á los Jesuitas, cuya historia acaso conozco mas que vd., no me parece que se encuentran en el mismo caso. Vd. sabrá mas que yo en otras materias; pero en esto de Jesuitas, está muy descañonado.

M.—Muy ligero es vd. en calificar el saber ageno, amigo mio: al fin como buen discípulo de los periodistas; pero acaso va á desengañarse muy pronto de que no solo sus señores maestros saben, sino tal vez un poquito mas los que ellos titulan rutineros, oscurantistas y retrógrados.

B.—Cuando el padre lo dice, señor marchante, estudiado lo tiene. Sobre todo, estamos en el palenque, y vamos á verlo: entremos en materia. Para probarme vd. que siempre se habia perseguido en el mundo á la santidad, á la virtud y á la beneficencia, me hizo una citacion mas larga que la cuaresma, nada menos, que desde el hijo de Adam, hasta los padres belemitas, sin distinguir tiempos ni lugares. En efecto, señor mio, ¿cuán diversos son aquellos de que me ha hablado, con el del siglo en que nació la Compañía de Jesus: siglo en que comenzaron á descubrirse en unos paises los abusos del clero; en que en otros, principiaron á vislumbrarse los primeros rayos de la libertad; en estos habia una inquisicion que fomentaba y sostenia todas las instituciones monásticas; en aquellos una tolerancia á toda clase de costumbres y opiniones. Y sin embargo, y no podrá vd. negarlo, en todas partes fueron mal recibidos los Jesuitas; en todos se les declaró una abierta oposicion; en todos, en fin, llovieron las quejas, y reclamaciones y aun se ocurrió en su contra, en no pocas, á las vias de hecho. ¿Y es creible que esta conformidad en tan diversas naciones no hubiera sido animada por otro espíritu que el de perseguir la santa vida, la suma doctrina y los inmensos beneficios con que venian á servir al mundo los Jesuitas?

M.—En esas mismas observaciones que acaba vd. de hacerme, encontrará amigo mio, la mejor respuesta á lo que me ha objetado.

En efecto, la Compañía nació, como ha dicho vd. muy bien, entre tempestades y borrascas; y entónces, así como ahora, no se ha fundado, no digo una provincia, pero ni un solo colegio sin que se levantase contra él, alguna grave persecucion. ¿Conoce vd. ó ha oido hablar de los sucesos mas notables de esa época?

B.—Señor, como sabe vd. que los barberos tenemos muchos ratos ociosos y hablamos tambien con toda clase de gente; de ahí es que ya leemos este ú otro libro, viejo ó nuevo, y ya oimos á las personas ilustradas esta ó aquella noticia, de que vamos formando un cierto acopio de ciencia, que nos pone sobre el nivel de otros artesanos; y si á esto se agrega la lectura de los periódicos, puede vd. creer, que hay entre nosotros hombres tan leidos y escribidos, como entre los mas estirados periodistas, y no, no lo tenga á chanza, pues hace algunos dias que nos habiamos reunido cuatro ó seis de mi profesion, é ibamos á publicar un periódico con el título de *La Sanguijuela*, y ¡qué elementos teniamos señor! El diablo me lleve si no hubiera venido al suelo D. Simplicio, ú otro de esos copetudos papeles.... Pero ya se me olvidaba lo principal: ¿que me preguntaba vd. señor?

M.—¿Si conocia vd. los sucesos notables de esa época?

B.—¡Toma si los conozco! En ese siglo, que muchos llaman de hierro por las calamidades que sufrió la Iglesia y la Europa, y otros de oro, porque entonces principiaron á brillar las luces que hoy nos iluminan, empezó Martin Lutero en Alemania á predicar públicamente sus doctrinas, que despreocuparon á tantos, pues segun sabe vd. se sacudió en muchas naciones el yugo de la autoridad papal; se casaron públicamente clérigos y frailes apóstatas; se dió libertad para enseñar en los púlpitos y disputar con los teólogos á los menestrales mas oscuros de la república y aun á mugeres livianas y parleras; se establecieron los fundamentos de la soberanía popular en política, y en lo religioso el derecho de interpretar las divinas escrituras; y últimamente se levantaron profetas que afirmaban la proximidad del juicio final, con tanta facilidad que señalaban el año, el dia y hasta la hora.

En el mismo siglo floreció tambien Calvino en Francia, sobresaliendo especialmente en promulgar el derecho de insurreccion que tantas guerras causó y calamidades suscitó y produjo en aquel reino cristianísimo; sobrepujando sus discípulos en crueldad á los antiguos paganos; arrojando á los religiosos y monjas de sus monasterios; profanando los sacramentos todos sin esceptuar el de la Eucaristía; haciendo hoguera de los crucifijos é imágenes de la Vírgen y de los santos y cometiendo otros desacatos que no pueden referirse sin horror.

En Inglaterra, en el citado siglo, Enrique VIII negó la obediencia al papa, y dió principio á ese cisma que tantas lágrimas y sangre ha costado á la nacion británica, y que todavia dura, siempre oprimiendo á los católicos; testigos los irlandeses, víctima hasta el dia de las crueles vejaciones de los protestantes.

Ultimamente y para no cansar á vd., en el mismo siglo, se des-

cubrieron y conquistaron las Indias Orientales y Occidentales; las primeras por los reyes de Portugal, y las últimas por los de España, con cuyo descubrimiento se hizo pública la existencia de la supersticion y credulidad gentílica, que se creia ya extinguida en todo el mundo.

M.—Exactísimas noticias tiene vd., seor-maestro; no puede negarse que ha leido vd. alguna cosa.

B.—¡Toma señor! Si á mí me ha gustado leer de todo; aunque si he de hablar la verdad, mas me gustan, y leo con mayor aprecio los libros modernos que los antiguos, pues no me puede vd. negar que estos son tan sérios, tan secos, tan argumentadores, y aquellos tan graciosos, tan bien hablados, tan nada escrupulosos; y sobre todo, con sus estampitas que no hay mas que ver.... ¿Pero adónde le parece á vd. que he leido lo que le acabo de contar? ¿Cuánto apuesta á que no lo adivina?

M.—¿Adónde, seor-maestro? Dígalo que yo me doy por vencido.

B.—En la misma vida de San Ignacio de Loyola, escrita por el P. Francisco Garcia, que me prestó un amigo. Mire vd. si la autoridad es respetable.

M.—En efecto, lo es, aunque esa historia no lo refiere todo. Sepa vd. seor-maestro, que además de esos errores que acaba de decirme, y otros mas que tuvieron su orígen en ese siglo; todavia de la misma manera que el actual se resiente de los muchos del anterior, así el XVI habia heredado todos los del que le habia precedido. En él aún duraban las cenizas del incendio causado en la Europa por las doctrinas de Gerónimo de Praga, Juan de Hus, Wiclef y otros heresiarcas; los desórdenes ocasionados por un cisma en que á la vez habian llegado á verse tres papas cada cual sostenido por diversos monarcas; las turbaciones civiles de los comuneros en España, los motines de los Armañaques y Burguiñones en Francia y de los Guelfos y Gibelinos en Italia &c.; y esto sin contar con las nuevas calamidades públicas de que en ese mismo siglo fué teatro la Europa entera.

B.—Pues en lindo siglo por vida mia echó Dios los Jesuitas al mundo: parece que no pudo escogerlo peor.

M.—Así es, seor-maestro, porque Dios á proporcion del mal envia el remedio; pero esto es puntualmente lo que esplica el fenómeno de las constantes persecuciones que sufrieron entonces los Jesuitas, continuaron padeciendo todo el tiempo de su existencia, ocasionaron su ruina, y han vuelto á recrudecerse contra ellos despues de su restablecimiento. Présteme vd. toda su atencion.

Fijando ésta sobre el instituto de los jesuitas y los objetos á que se dedicaban, es muy fácil conocer que desde luego debieron atraerse todo el ódio de tan inmenso número de sectarios, y de hombres interesados y corrompidos. Combatian el estado religioso, y aparecia una nueva órden á defenderlo. Atacábase la autoridad del papa, y saltaba á la arena un reciente escuadron de valerosos combatientes á vindicar sus derechos. Impugnaba el protestantismo los dogmas católicos con lujoso aparato de erudicion y de saber, y le hacia frente un moderno cuerpo de sábios para repeler sus ataques con iguales armas. El contagio de la heregía amenazaba propagarse á los paises que habian permanecido fieles á la verdad, y volaban á su seno grandes doctores á cortar sus estragos. Trataban de minar los fundamentos de toda autoridad y se levantaba un firme baluarte para su resguardo. Se queria corromper la juventud, dándole á beber en vaso dorado el tósigo de perniciosas doctrinas; y maestros mas apropiados y morales les disputaron este oficio, ministrando principios mas sanos y seguros en tazas de oro fino. Por último, el descubrimiento de naciones idólatras y bárbaras, á quienes en mucha parte se pretendia hacer abjurar sus errores y entrar en las sendas de la civilizacion, á la fuerza del rigor y de la espada, exigia unos nuevos apóstoles, que con la dulzura, mansedumbre y caridad cristiana los iluminasen y al mismo tiempo les sirviesen de escudo, contra las atrocidades de sus conquistadores; y todas estas graves exigencias vino á satisfacer la Compañía de Jesus.

B.—Aun cuando todo lo que vd. me diga sea un evangelio chiquito; esto cuando mas esplica la persecucion de los cismáticos y hereges ¿pero la de los católicos, señor? ¿Estas acaso pudieron tener el mismo orígen? Al contrario, viendo el catolicismo que en los Jesuitas se les presentaban unos tan fieles auxiliares: ¿cómo es que las naciones ortodoxas no se manifestaron mas fáciles en recibirlos? ¿Ignora vd. lo que padecieron en España, en Francia, en Portugal, en Italia, y aun en la misma Roma?

M.—No, seor-maestro; pero en estas naciones tuvo la persecucion diversa causa; entre los cismáticos y hereges, el ódio á los Jesuitas era resultado de la ortodoxia de sus doctrinas, y la calidad de su profesion; en los paises católicos, empero, nació de la ignorancia de su instituto y costumbres, de una falsa prevencion por las heregías entonces dominantes, de la envidia, de los celos, del furor, de otras pasiones y tambien en parte del secreto influjo de los hereges que ya habian logrado penetrar clandestinamente en ellos. ¿Desea vd. que le dé una prueba convincente de la exactitud y verdad de mis asertos?

B.—¿Y cuál me puede vd dar, cuando es sabida la calidad de los personages, que en esas naciones les declararon la guerra? ¿Podrá vd. poner alguna tacha en el arzobispo de Toledo Siliceo, que llegó hasta excomulgarlos; en el sábio y religioso Melchor Cano, que los denunció como precursores del Antecristo; en el pueblo de Zaragoza que los espulsó á pedradas; y en otras persecuciones de que fueron objeto en España? ¿En Francia no los condenó la Sorbona; no les hizo oposicion el obispo de Paris Bellay y otros prelados; no los espulsó el parlamento de la misma ciudad, demoliendo su colegio, y levantando en su lugar una infame columna? Por último, ¿no fueron desterrados de Venecia, de Bohemia, Hungría, Moravia, Transilvania, Monte-Policiano y otros lugares; y aun en Roma, no pude.

cieron graves contradicciones ante el papa, y llegó á vérseles, aun en vida de su fundador como excomulgados, hereges y apestados?

M.--Cierto es, seor-maestro; y se conoce que á mas de la vida del Santo fundador de la Compañia, en que se refieren algunas de estas persecuciones, está bien instruido de los otros hechos ruidosos en su contra que les han opuesto constantemente sus adversarios. Igualmente conozco que tiene mas juicio que esos libelistas, que confunden todos los tiempos; pues no le he oido citar mas que las persecuciones de su primer siglo, reservándose sin duda para despues las ocurrencias de la Puebla de los Angeles, Paraguay, Ritos Chinos &c. que son posteriores; y creyendo que no olvidará á su tiempo, la espulsion de los reinos católicos, el breve de Clemente XIV, y demás argumentos con que se arma tanta polvareda. Ya que vd., contra la costumbre de los periodistas, me arguye con tanto órden, prometo dejarlo satisfecho en el mismo; pues si como vd. ha dicho muy bien, primero se razura y despues se dá el espejo, y se liga la vena antes de picarla; ya que ha comenzado á meter su navaja, voy á probarle que por ese lado nada hay que cortar, y que para sangrar á los Jesuitas no tiene donde asegurar la ligadura.

B.--Mucho afirmar es ese, señor marchante; pero ya que tan satisfecho está de su saber, le tomo la palabra: diga vd. lo que guste sobre esto; y ya verémos si tengo buena navaja y lanceta, y si son buenas las piedras en que las he afilado.

M.--Acepto el desafio, seor-maestro; y puesto que me he comprometido á esponer á vd. las causas de las persecuciones de los Jesuitas, voy á ocuparme únicamente de sus adversarios católicos; porque ser perseguidos por los hereges, lejos de ser una afrenta, es la mayor honra que pueden ellos tener, pues unos hombres que no han perdonado á Dios ni á sus santos, que han profanado los sacramentos, conculcado todas las cosas sagradas y trastornádolo todo, asi en lo religioso como en lo civil: ¿cómo no habian de haber aguzado sus lenguas víperinas contra un cuerpo de sacerdotes, que se condecoraba con el augusto nombre del fundador del cristianismo? Pero antes de entrar en materia, deseo hacerle una pregunta: ¿qué le parece á vd. que son los Jesuitas?

B.--Me ha sorprendido vd. con su pregunta, y confieso que me hace tartamudear la respuesta. Si escucho á ciertas personas, les oigo decir, que los Jesuitas son unos hombres muy santos, muy doctos, muy ejemplares y útiles á todo el mundo Si pregunto á otras, me contestan que son unos corrompidos, ambiciosos, hipócritas, divulgadores de pésimas doctrinas en lo político y moral, perturbadores de la paz pública, enemigos encarnizados, en fin, de la religion, de los gobiernos y de la libertad de los pueblos. Si consulto, en fin, á los escritos contra estos padres, encuentro no menos contradicciones; tan pronto los veo llamar declarados hereges, cómo simulados católicos: tan pronto secta, como órden religiosa abolida por el papa; tan

pronto se me enseña que solo sirven para hacer mal, y á muy poco veo asegurar que en ese cuerpo no han faltado quienes hagan muchos y grandes bienes. De manera que no sé á cual carta quedarme de las que se echan en la mesa.

M.--Sin embargo, necesario es, seor-maestro, decidirse por alguna, si hemos de proseguir en órden nuestra discusion. Voy á allanarle á vd. el camino. ¿Serán los Jesuitas ángeles, demonios, almas de la otra vida ú hombres? ¿Qué dice vd ?

B.- ¡Graciosa pregunta por cierto! Hombres, señor, y muy hombres, de carne y hueso, é hijos de Adan como nosotros; y sobre esto creo que ninguno ha dudado: á lo menos, entre tanto como he leido y oido decir, no he visto que se les niegue el cuerpo y alma, y se les haya calificado de duendes, vampiros, ó tente en el aire.

M.--No dude vd., seor-maestro, que al paso que va la polémica falte algun periodista que lo escriba. Pero dejando á un lado las chanzas, dígame: siendo los Jesuitas hombres como todos, sobre lo que siquiera no puede hacérseles capítulo de acusacion; y habiéndose reunido para formar un cuerpo con ese título ¿lo han verificado por su capricho y depravado corazon, solo para hacer todo género de males; ó para reunirse y vivir así públicamente, necesitaron ser autorizados, que se revisaran las bases de su sociedad, se examináse el objeto á que ella se dirigia, sus máximas y reglas?

B.--Yo entiendo, señor, que así ha de haber sucedido, porque nunca ha faltado absolutamente órden en el mundo y mucho menos de tres siglos á esta parte; y no me cabe en el juicio que formándose un cuerpo, no en la oscuridad y tinieblas, sino á la faz del universo, creciendo á la vista de todos y ocupándose en unas funciones manifiestas á toda clase de personas: no es creible, repito, que ninguno hubiera dejado de preguntarles, p r qué vivian juntos, qué fines llevaban en su asociacion, y con qué autoridad se propagaban admitiendo adeptos.

M.--Está vd. en lo cierto: debiendo agregar que mucho menos semejante cuerpo deberia haberse llamado comunidad religiosa, ni tampoco lo hubieran tolerado las demás, si no hubiese obtenido igual sancion que ellas. De lo que se deduce naturalmente, que los Jesuitas eran una reunion de hombres, que formaban una órden religiosa, con las mismas garantías que los agustinos, domínicos, franciscanos, carmelitas, mercedarios &c., sin otra diferencia, sino que así como algunas de estas órdenes tienen diverso título que el nombre del que las fundó, como la de predicadores, de la Santísima Trinidad, de la caridad, de los siervos de Maria y semejantes; esta última quiso tomar el de Compañia de Jesus, de la que se ha derivado el de Jesuitas, para significar, que venia á pelear bajo la bandera de Jesus. ¿Estamos de acuerdo sobre esto?

B.--Por ahora no me ocurre ninguna cosa que oponer, ni puedo negar que en los tiempos antiguos los Jesuitas tuvieron lugar entre las

BIBLIOTECA U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demás religiones, ni dejan de tenerlo actualmente donde existen, sea en los paises católicos ó en los que toleran á las corporaciones pertenecientes al catolicismo.

M.— Muy bien, pues ha de saber vd. seor-maestro, que aunque todas las religiones sean iguales en su profesion esencial de los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, y aun muchas estén sujetas á una regla general, difieren entre sí por sus particulares institutos y su régimen interior. Así es, v. g., que aunque bajo la regla del gran Padre San Agustin, se cuentan innumerables religiones, entre ellas los domínicos, los carmelitas, los mercedarios, y nuestros antiguos belemitas é hipólitos, es cosa sabida que cada cual de ellas tiene distintos institutos y se rigen de diversas maneras.

Sucedió lo mismo con la Compañia de Jesus cuando nació. Conservando el Santo fundador lo esencial de la vida monástica, modificó, con aprobacion de la Iglesia, ciertos puntos, por no convenir á lo principal de su instituto Así es, que odiando entonces de muerte los hereges los sagrados hábitos religiosos, y siendo esto un estorbo para penetrar en ciertos paises á hacerles la guerra; convencido el sábio legislador de los Jesuitas, de que el hábito no hace al monge, no quiso que estos lo tuvieran particular, dejándolos con el que entonces tenia el clero. Conociendo que aunque alabar á Dios en el coro es oficio de ángeles y muy loable, y á pesar de que á él en lo personal le movia y agradaba mucho, no lo puso en su religion, para que los miembros de ésta estuviesen mas espeditos sin esta obligacion, para ayudar con mayor eficacia á los prójimos: y por la misma razon, aunque el Santo era penitentísimo, no fijó sobre este punto reglas determinadas, dejándolo á la prudencia de los superiores y confesores, que sabrian medir las fuerzas y verdadero fervor de cada individuo Como los hereges echaban en cara á los eclesiásticos recibir limosnas por misas, sermones y otros ministerios, tachando esta santa práctica de tráfico indecente, determinó que los que abrazasen su regla, no recibiesen ni en lo particular, ni en cuerpo, estipendio alguno por ninguna de sus funciones sacerdotales. Enseñado por la esperiencia de que no se puede tener una dedicacion formal al estudio, si no se tiene todo lo necesario, dispuso que los colegios tuviesen rentas, para que la necesidad de mendingar no fuese óbice para dedicarse á las letras; y tanto mas cuanto que sus miras fueron las de que sus hijos igualasen, cuando no sobrepujaran en literatura, á los que con esta arma poderosa hacian la guerra á la Iglesia. Pero, si tuvo esta consideracion con los colegios, ordenó sin embargo que las casas profesas dedicadas especialmente para el servicio espiritual de los prójimos, no tuvieran bajo ningun título fondo alguno, y solo subsistiesen de la pura caridad de los fieles á quienes servian.

Todavia mas, como el fin de San Ignacio fué el que sus hijos no omitiesen medio alguno para ser útiles á sus prójimos, y que se dedicasen sin escepcion á los ministerios de predicar, confesar, enseñar á la juventud, visitar las prisiones, socorrer á los enfermos, combatir el cisma, heregía é incredulidad en los mismos lugares en que dominaban, pasar los mares para convertir y civilizar á los gentiles, y prestar sus servicios, en cuanto fueran solicitados por el papa y los obispos, determinó formar hombres muy escogidos, que desempeñasen con perfeccion todas estas clases de ministerios, y que no en vez de traer utilidad á los fieles, fuesen á servirles de piedra de escándalo. Así es, que no contento con el año de noviciado que tienen todas las religiones, dispuso que fueran dos. Igualmente, como los hombres varian de un momento á otro, y el estado que hoy abrazan con fervor, el dia de mañana desean abandonarlo por veleidad é inconstancia, ó por otros motivos justos, ordenó prudentemente que los votos que se hacian al fin del noviciado, no fuesen solemnes, es decir, aceptados por la religion, sino simples, ó que solo obligasen á los particulares; en lo que nada habia de injusto, porque la religion nunca varia, y en dos años puede conocerse bastante, y no así los individuos, á quienes no basta ese corto tiempo para conocerla suficientemente. Pero como tampoco convenia dejar abierta una brecha á la tentacion é inconstancia, ni que los que abrazaban ese estado dejasen de gozar de sus beneficios; si bien ligó á los miembros perpetuamente en cuanto á ellos, dejó facultad al cuerpo de escuchar las justas solicitudes de los que quisiesen abandonarlo, así como de lanzar de su seno á los que no se amoldasen á su espíritu, abriendo esta puerta para consuelo de muchos, y para purgarse de los díscolos y perjudiciales. Pero al mismo tiempo, para que no saliesen por otra para las dignidades eclesiásticas, los grandes hombres que podian ser útiles para las empresas de la gloria de Dios, la cerró con no menor prudencia por un voto de que hablarémos despues.

Respecto del gobierno de la Compañia, lo constituyó de un modo muy perfecto, tomando lo mejor de cada forma: él era monárquico, en su general vitalicio; aristocrático en su consejo ó asistentes que tenian poder aun de deponer al general; y democrático en sus congregaciones, que se reunian en ciertos casos, y se formaban de los diputados ó procuradores de todas las provincias. Juntamente, para impedir las intrigas de los capítulos y los desordenes que desgraciadamente suelen verse con escándalo de los seculares, estableció que no los hubiese respecto de los superiores locales; y para el acierto de los que nombrase el prepósito general con consulta de sus asistentes, previno que se informase á éste de las cualidades personales de todos los individuos de la Compañía, para que con conocimiento de causa, se les diese empleo conveniente, y que no fuera superior á sus fuerzas. Ultimamente, con arreglo á este particular mecanismo, dividió á sus hijos en cuatro diversas clases: los profesos de cuarto voto, los coadjutores espirituales que no hacian este último, los estudiantes, y los legos ó

BIBLIOTECA GENERAL U. A. N. L.

coadjutores temporales que habian emitido tambien votos, pues no se contaban los novicios que ningun compromiso tenian con el cuerpo. Por lo que mira á los primeros, que añadian á los tres comunes votos solemnes de religion, el cuarto de obediencia al sumo pontífice respecto de las misiones, lo que nada tiene de estraño, pues otras religiones hacen igualmente otro ú otros relativos á sus peculiares institutos, agregaban además, otros simples, en los que deben notarse dos muy particulares y que desmienten lo que dicen los folletistas de la ambicion y amor á las riquezas de los padrotes de la Compañía; el primero no admitir ninguna dignidad eclesiástica sin espreso mandato del papa, ni pretenderla de ningun modo, ni encubrir al que tuviese esas pretensiones: el segundo, no consentir en que la pobreza se relajase, sino mas bien, caso de variarse lo determinado en las reglas sobre ella, procurar que se estrechase mas.

Fuera de estas diferencias, aunque tan sustanciales, pero que pudo aprobar la sede apostólica con la plenitud de su autoridad, todas las demás prácticas, principios y reglas de la Compañía de Jesus, estriban sobre las doctrinas del Evangelio, de los antiguos monges y de los mas acreditados maestros de la vida espiritual, como tal vez, se me ofrecerá ocasion de probarlo á vd., en el discurso de nuestra discusion.

B.--A la verdad, señor, que me ha dejado atónito: en la vida de San Ignacio, que como dije á vd. otra vez, he leido, ya habia visto cuanto me acababa de decir, aunque no esplicado de un modo tan minucioso Pero vd. dispense que le diga que no entiendo á qué fin me ha hecho tan larga esposicion, y qué tiene que ver ella con lo que ahora tratamos sobre las persecuciones de los Jesuitas por algunas personas piadosas y católicas.

M.--Voy á satisfacer á vd., seor-maestro, y perdóneme si para que nos entendamos en lo sucesivo he tenido que ser tan difuso en esplicarle bien lo que son los Jesuitas.

Ha de estar vd. que, como todos los hombres, por arreglados que sean, tienen sus particulares opiniones, á las que son mas ó menos apegados, así como sus pasiones privadas, á que prestan mayor ó menor resistencia, imposible es que por mucha que sea su virtud, su piedad y su ciencia, no difieran muchas veces en el modo de pensar de los demás, porque demasiado casados con sus ideas, nada es capaz de hacérselas sacrificar. Cuando los primeros Jesuitas se presentaron en algunos paises católicos, como una nueva familia religiosa, no dejaron de llamar la atencion las particularidades de su instituto, especialmente entre los demás regulares. Veian en ellos unos religiosos sin hábito particular, que indicase su profesion, y que fuese mas austero del comun que usaban los clérigos: los veian sin coro, muy ocupados en obras esteriores, con mas tiempo del ordinario del noviciado, con la facultad de poder despedir á los súbditos que no les acomodasen, sin capítulos, y con un nombre, no solamente diverso del de su

fundador, sino que hasta cierto punto era comun á todos los fieles, y sin advertir que en nada chocaban esas particularidades con la esencia del estado religioso, ni que otras comunidades tenian tambien sobrenombres igualmente significativos de los oficios del sacerdocio, como v. g. el de *predicadores*, ó de todo el cristianismo, segun hice notar á vd., tales como los de la *Santísima Trinidad*, *siervos de María &c.*: dejándose dominar de sus preocupaciones, les declararon mortal guerra, hasta que la santa sede, los superiores y otros varones santos de los mismos cuerpos, metieron mano en el negocio y los hicieron aquietar. Esto cabalmente sucedió con el célebre maestro Fr. Melchor Cano y otros semejantes, cuya autoridad no deja de invocarse hasta el dia, á pesar de la oposicion que sufrieron por parte de sus mismos prelados que les impusieron silencio.

B.--Esta reflexion de vd. me parece racional, respecto de algunos religiosos, especialmente antiguos, que segun yo he visto, siempre están disputando sobre las preeminencias de su propio cuerpo, que sobreponen á todos los demás. Pero advierta vd, que no solo los enemigos de los Jesuitas fueron los regulares, sino tambien obispos, clérigos, personas particulares y aun pueblos enteros.

M.--Voy para allá, seor-maestro. Los tiempos en que nació la Compañía de Jesus eran, como vd. mismo me lo ha referido, muy turbulentos y por todas partes hormigueaban los hereges, unos manifiestos sostenedores de sus falsas doctrinas, y otros encubiertos con piel de ovejas. Aparecieron entonces los Jesuitas, y la misma singularidad de sus costumbres religiosas, los hizo tambien sospechosos: y si á esto agrega la nombradía que desde el principio se adquirieron por sus letras, pues recordará vd. que los primeros padres de la Compañía todos eran maestros de la Sorbona, tuvo tambien lugar la envidia, que para denigrarlos aguzó en ellos su venenoso diente. Así es que, juntándose á las sospechas que habian escitado en su contra, los malos informes que se daban de sus costumbres y doctrinas, se alarmaron con buen celo algunos superiores eclesiásticos, les prohibieron sus ministerios, y aun no faltó quien pasara mas adelante, como el arzobispo Siliceo, que los excomulgó no solo á ellos, sino á los que los tratasen en cosas de espíritu, y el arzobispo Bellay, que se les mostró muy adverso. Pero sucedió lo mismo que con los religiosos de que hemos hablado arriba: la voz del primer Pastor de los fieles, las mejores informaciones que adquirieron, y la esperiencia de la santidad y sabiduría de los nuevos religiosos, les hizo disipar todas sus funestas prevenciones y revocar sus edictos, y aun volver por su inocencia cuando fueron calumniados, de lo que dieron un ilustre ejemplo entre otros, el citado Illmo. Bellay, el clero de París y la universidad de la Sorbona.

B.--Para todo tiene vd. salida. Pero ¿el restante pueblo y aquellos individuos á quienes no puede tildarse de emulacion ú estraviado celo, por qué los perseguian?

BIBLIOTECA U. A. N. L.

M.—Nada mas sencillo, que responder á esta objecion. Unos porque, así como ahora, tenian falsas ideas de su instituto, estudiándolo en los libros de los hereges, que desde el principio comenzaron á infamarlos; como si fueran á saber quién era Cristo en la informacion de los fariseos, los mártires en las causas que hicieron ó escribieron en su contra los tiranos, y la Iglesia en los libros que han escrito sus adversarios. Otros porque veian comprometidos sus intereses en los ministerios que *gratuitamente* desempeñaban los Jesuitas, con especialidad el de la educacion de la juventud, pues al mismo tiempo que prosperaban sus colegios, quedaban solitarios los demás establecimientos y aun universidades. Estos, porque la edificante vida de los Jesuitas reprendia sus estragadas costumbres. Aquellos, porque la grandeza de sus letras y virtudes les servia de un quebradero de ojos, y tomando por medio cerrarlos para no ver; á este no ver se seguia no querer creer lo que se quisiera que no fuera. Quienes tampoco los querian de venganza por haber sido espulsados de su cuerpo; y sabido es que así como el cielo no tiene mayores enemigos que los que cayeron de él, de la misma manera los espulsos de las religiones, para hacerse pasar por inocentes, deben acriminar y perseguir á los que les han aplicado esta pena. Quienes, porque aunque vivian entre los católicos, ó eran hereges ocultos, ó ya estaban contaminados con los errores de esa época, que combatian los Jesuitas. Ultimamente, para que vd. vea que soy imparcial, en el número de sus adversarios, deben contarse tambien algunos ofendidos personalmente ó que se creian haberlo sido, por algunos particulares, los cuales injustamente, como si en un apostolado no hubiese habido un Judas, y como si aun en el cuerpo mas santo no pudiese haber tal cual miembro corrompido, se volvian contra la Compañía, y se enconaban en su ódio contra toda ella.

B.—¡Gracias al cielo, señor marchante, que al fin ha venido vd. á confesar, que la presencia de los Jesuitas siempre es causa de turbaciones y revueltas! Unos de esta manera: otros de otra: unos por un motivo y otros por diversos, el resultado es que todos se turban, se conmueven y alborotan á la vista de este cuerpo. ¿Y esto solo no basta para que ni siquiera se piense en su restablecimiento? ¿Cuando se levantan tantos adversarios al solo rumor de su venida, no debe desecharse cualquiera idea á su favor, aunque no sea por otro motivo que el de la paz y tranquilidad pública? Agarrada tengo la vena, señor mio, y ya verá si puede resistirse á mi lanceta.

M.—Amigo mio, hay argumentos que tanto prueban que nada prueban; y éste es cabalmente uno de ellos. Dígame vd: ¿hay alguna cosa del cielo á la tierra, desde lo mas elevado hasta lo mas abatido, que no cuente sin número de enemigos?

B.—¡Qué vá á que vuelve vd. con su cantinela de los enemigos que tiene Dios, de los que han perseguido á la Iglesia y cuanto me enjaretó vd. antes! Esto, señor, ya lo sabemos y ahora no viene al

caso. De lo que se trata es, de decidir: si por establecer cualquiera cosa, por buena y útil que sea, debe comprometerse la quietud pública: y si este bien tan de primera magnitud no debe ser preferido á cualquiera otro, aunque en realidad lo sea; pero que se repugna por considerable número de personas.

M.—Paciencia, seor-maestro, y no tema que le repita lo que le tengo dicho anteriormente. Le decia á vd. que nada hay desde el cielo á la tierra, y de lo mas alto á lo mas bajo, que no sufra contradiccion; pero este no es un argumento, para que una cosa se conceda y proscriba sin ulterior exámen. Digame vd. ¿puede haber gobierno mejor que el de Dios? Pues ni este se escapa de la oposicion y de la crítica de los hombres. Vaya un ejemplo vulgar. Verá vd. un dia hermoso que hace un sol que lo ilumina y lo calienta todo: las lavanderas se llenan de regocijo al aspecto de tan bello dia; al mismo tiempo que los caminantes rabian y desean los nublados. ¿Hace aire? alégranse los labradores para aventar su trigo, y desespéranse otros porque se les repletan los ojos de tierra. ¿Hace frio? tiritan y se enferman unos, y para otros es el tiempo mas sano. ¿Hace calor? se llenan unos de gusto y otros se molestan por el sudor. ¿Llueve, truena y relampaguea? complácense algunos con estos fenómenos, otros se enfadan, y muchos tiemblan. ¿Qué remedio, pues, para contentar á todos?

Descendamos al gobierno de los hombres. ¿Hay ley alguna, que no moleste de cualquiera manera y ligue la voluntad y las manos de alguna clase ó de muchas de la sociedad? No ciertamente. Son necesarias las formas de gobierno; y todas ellas tienen contradictores. A unos les gusta la república, á otros la monarquía; quienes son entusiastas de la nobleza, quienes de una absoluta igualdad: éstos sostienen por principio esencialmente social el derecho de propiedad: aquellos predican el asolador comunismo, y nada menos que con testos forzados y mal entendidos de las santas escrituras; el dia de hoy se proclama abiertamente la abolicion de la esclavitud, y un grande hombre, segun el juicio del *Siglo XIX* como Mr. Levin, al frente de otra multitud condenan la manumision de los esclavos. ¿Y qué diremos de las demás leyes secundarias? Unos preconizan la libertad de imprenta como la mayor garantía de las libertades públicas: otros la reprueban como el origen de todas las revoluciones y la fuente de inmoralidad. Para éstos no hay cosa como las contribuciones indirectas: para aquellos esto es mas oneroso para los pueblos que las directas; quienes aspiran por la libre introducion de toda clase de estrangeros, y quienes quisieran que sobre el particular se estableciesen en nuestro pais las leyes proscriptoras de la China.

Nada hay, seor-maestro, le repito, nada, absolutamente nada, que sea del gusto general de todos. Los hijos ódian la sujecion á los padres; las mugeres la dependencia de los maridos; los discípulos la severidad de los maestros; los dependientes la vigilancia de los amos:

BIBLIOTECA GENERAL U. A. N. L.

éstos pagar á sus criados: los contrabandistas á las aduanas y los guardas: los ladrones á los jueces y á la horca: los infractores de la policía á los reglamentos que la establecen: los pobres á los ricos: los enfermos á los sanos: los criminales á los virtuosos: todos, todos, en fin, á los que no les permiten dejarse llevar de sus inclinaciones, dominarse de sus vicios, y hacer todo cuanto les viene á las mientes.... ¿Y únicamente, cuando se trata de Jesuitas, se quiere esta absurda é imposible conformidad de opiniones? No, seor-maestro: los Jesuitas deben tener oposicion, y muy grande aun entre los católicos. Unos deben odiarlos porque reprenden con su predicacion y su santa vida sus perversas costumbres: otros porque sus ministerios, especialmente el de la pública enseñanza, eclipsan la que dan otros maestros menos hábiles y mercenarios: quienes, porque temen que siguiendo el pueblo sus instrucciones, van á terminar las revueltas y trastornos públicos: quienes porque al ver á la religion y á los gobiernos auxiliados con tan valerosos adalides, van á llenar de espanto á sus adversarios. Ultimamente, estos por envidia, aquellos por codicia, unos por temor, otros por espíritu de impiedad y emulacion, y otros y otros por sus intereses particulares y demás innobles pasiones, no dejarán de hacerles la guerra constantemente.

Pero así como para el establecimiento de toda clase de instituciones y de leyes, no se consulta sino lo que es mas justo, mas conveniente y útil á los pueblos, cerrando los oidos á todos los clamores de la envidia, del ódio, del interés y demás pasiones; de la misma manera debe procederse con el restablecimiento de los Jesuitas, tanto mas, cuanto que el valor de esta ilustre Compañía ya está juzgado por la esperiencia de todo el mundo, especialmente en esos mismos paises católicos, en que á pesar de la multitud de sus adversarios se les fomentó y protegió; desmintiéndose con esa proteccion y fomento, la general enemiga que dicen que todo el mundo profesa á la Compañía de Jesus, sin escluir, como lo aseguran temerariamente, á los mas santos, mas sábios y respetables varones que han existido en el catolicismo de tres siglos á la fecha. Estos hechos, que voy á presentar á la vista de vd., valen mas que las nécias declamaciones de sus adversarios. Voy á referírselos, y vd. como juez recto é imparcial sentenciará en este negocio.

B.—De buena gana escucharé á vd., y ya que invoca mi buen juicio, no dejaré de manifestarle, que aún estoy muy lejos de fallar á favor de sus queridos Jesuitas.

Muy ancho sin duda habrá quedado, con haber vuelto por su causa, cuando han sido atacados por algunos particulares. ¿Pero qué responderá á las persecuciones que han sufrido de parte de los mismos pueblos? Porque bien sabe vd., y ya lo hemos dicho, que desde su nacimiento hasta el dia, han sido lanzados, ya de los Paises Bajos, ya de la república de Venecia, de Bohemia, de Moravia, de Francia y otros lugares. Y si únicamente quienes los odiaban eran los preocupados, envidiosos é interesados, ¿cómo es que estos lograron su triunfo contra unos adversarios, que segun vd. dice, se habian atraido las simpatías de los pueblos por sus virtudes, sus letras é importantes servicios?

M.—Paréceme, seor-maestro, que vd. ha olvidado lo que es el pueblo, tan justamente comparado con el mar, á quien un solo viento basta á conmover y alborotar. No le recordaré á vd. la historia de lo que pasó entre Jesucristo y el pueblo judío, que seis dias despues de haberlo proclamado hijo de David y enviado de Dios, pidió con grande grita su cabeza, no contestando á las repetidas protestas que el juez hacia de su inocencia, sino con aquel tumultuario *Tolle, Tolle, Crucifige, Crucifige;* para que no me objete que comparo á los hijos de San Ignacio con el Salvador del mundo. Tampoco referiré á vd. la multitud de hechos históricos con que podia probarle, que apenas hay argumento que menos valga, que esa oposicion y clamores de los pueblos; porque seria muy corto cualquier tiempo, aun solo para citárselos. Voy, pues, á limitarme á algunos que han pasado ante nuestros ojos, y verá como queda probada mi proposicion. ¿Hace vd. reminiscencia de alguna de las revoluciones de nuestro pais?

B.—Si señor, y aun de todas, desde el año de 808, en que tambien me pusieron mis señores padres, que de Dios hayan, mi escarapelita de Fernando VII en el sombrero, hasta el de 46 en que renació segunda vez nuestra adorada federacion; y ya vd. verá si habré visto poras.

M.—En efecto, seor-maestro, que debe vd. estár instruido. ¿Y qué es lo que ha visto en todas y cada una de ellas?

B.—Se lo diré brevemente. Cuando no habia balazos y la cosa se hacia en paz, venian por delante de una gran muchedumbre de pueblo, cuatro ó seis mas notables, á pié ó á caballo, solos ó con algun estandarte en que estaba el santo actual de la fiesta, gritando vivas y mueras; y si á esta funcion se juntaba una música, algunas gruesas de cohetes, y sus repiques, entonces la bola era en grande, y aquel pueblo obedecia ciegamente á sus conductores; vivia el que ellos querian que viviese; moria el que decian que muriera; se cometian otros desórdenes; y en aquel acto capaces eran los mitoteros de matar á sus mismos padres, si se los hubieran mandado.

M.—Muy bien; y ¿vd. cree que todos los que allí iban sabian de lo que se trataba, y por qué querian la vida de unos, la muerte de otros y todo lo que se vociferaba?

B.—La verdad señor, porque no me gusta mentir, yo creo que en su mayor parte los que se metian en esos alborotos, ni una palabra entendian de lo que se trataba. El caso era andar en bola, divertirse con la música, pasar por buenos patriotas, enronquecer á fuerza de gritar, y tal vez avanzar algo y ponerse una buena mona. Si vd. me guarda secreto le contaré una anécdota, que puedo jurarle á Dios y á mil cruces que es tan cierta como estamos aquí. Pasada la pelotera

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

de una de las pocas de nuestras pacíficas revoluciones, no recuerdo á punto fijo cual, transitaba por el hospital de Jesus á informarme de lo sucedido, cuando ví á la puerta á un cierto maestro curtidor de los algo ladinos, que hacia su centinela, armado de un fusil y de un tremendo machete. Preguntéle por qué habia sido aquel movimiento, y me respondió muy ufano.—¡Cómo, maestro! ¿pues qué no sabe vd. que iban á quitar á la alta corte de justicia! ¡Eso si que no, y jamás consentirá el pueblo soberano que se cometa semejante atentado.—Retireme atónito, pues en verdad que muy diversa era la cosa de que se trataba, diciendo entre mí: He aquí lo que es el pueblo: ni piensa, ni examina, ni juzga, sino que vá como los carneros, por donde los lleva el manso. ¡Y así se exponen á morir, sin saber por qué! ¡Y tal vez con riesgo de su vida compran un gran mal á su pobre pátria!

M.—Pues lo que vd. ha visto en las revoluciones de nuestro pais pasa en todo el mundo, sin otra diferencia que la que es resultado de la mayor ó menor barbarie de aquel pueblo en que se ven estas revueltas; y esto mismo ha sucedido con algunas de las que se han levantado contra los Jesuitas, y de que hemos hecho mencion antes.

B.—Bien podrá haber sucedido, señor, con algunas de éstas; pero no puede vd. negarme que en otras, y acaso de las mas ruidosas, han intervenido sentencias y decretos formales, v. g., en su espulsion de Venecia, decretada por el senado, y en la de Francia por el parlamento de París.

M.—Amigo mio, los cuerpos colegiados son tambien, guardando proporcion, lo mismo que esas reuniones del pueblo de que hemos hablado. Tres ó cuatro llevan la voz y mueven á los demás: cada cual tiene su partido, y cuando se reunen en opinion los corifeos, nada es mas facil que ganar una votacion y conseguirse una ley.... Pero dígame vd.: cuando alguno ha sufrido una pena cualquiera, y despues es rehabilitado, ¿qué debe juzgarse de la sentencia que lo condenó? ¿Esa rehabilitacion probará en contra suya, ó de sus jueces?

B.—En contra de los últimos, señor, y esto no admite duda, aunque hubiese fallado el mismo Areópago de Aténas.

M.—Pues sepa vd., seor-maestro, que en todos esos paises en que en el primer siglo fueron proscritos los Jesuitas, quedaron de nuevo rehabilitados; y no solo esas persecuciones fueron para ellos llúvia de perlas y piedras preciosas, en lo espiritual, por haber sido dignos de padecer por el nombre de Jesus; sino que aun en lo temporal les produjeron grandes aumentos de honor, de estimacion y aprecio, y un notabilísimo progreso de todos sus establecimientos. ¿Y este habria sido el resultado si hubiesen sido condenados con justicia y con razon?

B.—Cada vez me confunde vd. mas en lo que me dice. Pero ¿qué pruebas me dá vd. de la verdad de sus asertos?

M.—¡Ola! ¿Con que vd. me pide pruebas? ¿Y cuáles son las que dán los adversarios de los Jesuitas cuando los denigran? ¿no quieren ellos ser creidos sobre su palabra? ¿No pretenden que todos sus

escritos sean otro nuevo Evangelio? ¿No es esta la razon porque sin juicio, sin crítica ni el menor exámen se copian unos á otros, y se repiten, aun cuando aseguran cosas contradictorias?..... Pero ya que quiere vd. pruebas, oígalas y muy demostrativas, pues son nada menos que hechos consignados en la historia.

La Compañía de Jesus nació en París en el año de 1534 en el Monte de los Mártires (*Mont-Martre*), nombre misterioso que parece vaticinar sus perpetuas persecuciones. Fué aprobada entre las mismas en 1540 por la sede apostólica; confirmada y acabada despues en el concilio Tridentino; en un momento, enmedio de la mas tenaz contradiccion, se difundió por todo el mundo, contra la esperanza de los que se habian prometido ahogarla en su cuna; y á los cien años de su fundacion, ofrecia á todo el universo el cuadro siguiente de grandeza. Hallábase dividido el cuerpo en treinta y seis provincias, y tres vice-provincias, en las que poseia como mil casas habitadas por cerca de diez y seis mil religiosos. En los altares se adoraban ya, no solo á su ilustre fundador, sino al grande apóstol de las indias, Xavier, á su tercero general Borja, á los angélicos jóvenes Gonzaga y Kotska, y á los tres gloriosos mártires del Japon, Miki, Goto y Kisay, compañeros de nuestro Felipe de Jesus, educado tambien en la escuela jesuítica: la nobleza europea se honraba con el considerable número de sus miembros que habian abrazado el instituto, y excede á toda ponderacion el de sus escritores, misioneros, mártires y varones insignes en santidad y letras. Trece papas los habian colmado de elogios; todo el episcopado, ya reunido en Trento y ya disperso en todo el orbe, honrádolos con su confianza; los santos encomiádolos con sus sufragios; los sábios con sus plumas, y cuanto habia respetable en la Iglesia de Dios con su estimacion y aprecio; los reyes y las repúblicas llamádolos á sus dominios, fondádoles establecimientos, y protegídolos de sus enemigos: los pueblos todos, en fin, los proclamaban sus padres, sus guias, sus maestros y sus mas firmes auxilios en sus mayores necesidades espirituales y temporales. Tal era la Compañia de Jesus al concluir su primer siglo.

B.—Con su licencia, señor, y perdóneme la libertad que me tomo. ¿Sabe vd. lo que me parece este cuadro que acaba de pintarme? Cabalmente aquel de la fábula, á que desdeñoso el Leon por ver su imágen vencida por el hombre, le hizo el sabido reproche:

"Bien se echa de ver,
Que es pintar como querer
Y no fué Leon el pintor."

Y no me atribuya á mí esta ocurrencia, que ya la he visto aplicada á varios libros que tratan de la misma materia; y creo que con bastante razon.

M.—En efecto, amigo mio, algo se habia de decir, pues no es muy del gusto de algunos un retrato tan idéntico al original. Pero

BIBLIOTECA U. A. N. L.

dígame vd, á su vez: si esta no es la verdadera cópia, sino la de las *Instrucciones á los príncipes*, la *Monita secreta*, las *Enfermedades de la Compañía*, la *República de los Solipsos*, el *Teatro jesuítico*, y otros centenares de libros que inundaron al mundo en ese siglo, y que sin la menor vergüenza se repiten en este, que se llama de la ilustracion y de la crítica, con los títulos de *Retrato de los Jesuitas*, *Idea sucinta*, *Análisis cronológico*, &c., &c: ¿cómo es que prácticamente ha condenado á estos últimos todo el orbe, favoreciendo, estimando y haciendo progresar á los que se le denunciaban como la peste de la religion y de la sociedad? ¿Cómo en vez de mandar á los acusados á las horcas y presidios, protejian sus empresas, emulando en quienes las llevarian mas al cabo? ¿Podrá vd. esplicarme este fenómeno?

Vaya un ejemplo. Tres ó cuatro enemigos de vd., y no importa el motivo de su ódio, publican en los periódicos diversos artículos en su contra, en que lo acusan de vicioso, de inepto en su oficio, de mal patriota, &c., &c. Sin embargo, su casa de vd. siempre está llena de marchantes: de lo mas lejos de la ciudad se ocurre á vd. para las mas delicadas operaciones, jamás se le vé ante los jueces, se le confian las comisiones mas importantes y todas las personas decentes lo aprecian y reputan por hombre honrado, aplicado á su profesion y buen ciudadano: ¿Qué deberá á vista de esto decirse de vd.? ¿Se fallará en su contra ó en la de sus adversarios? ¿Se dará á estos la razon, ó á los innumerables que con sus obras desmienten sus calumnias?

B.—Señor, me ha concluido vd, pero no me ha convencido; y todavia insisto en que *no fué Leon el pintor*, pues aun dando de barato que hubieran sido tan grandes como vd. los pinta, en su primer siglo: en esa misma grandeza cabalmente descubro, aunque rudo, la causa de su destruccion en el pasado, pues segun aquel dicho comun de que nada pierde mas á los hombres que la prosperidad, y que ningun otro medio puede emplearse mejor para arruinar á uno, que levantarlo lo mas alto posible.

M.—Esa proposicion de vd. seor-maestro, aunque verdadera en no poco número de casos, no lo es en el presente, y pronto voy á demostrárselo. Despues del primer siglo de que he hablado á vd., siguió el segundo, que concluyó en 1740, en que el incremento que tomaron los Jesuitas fué tan considerable, que para no excitar la envidia y las murmuraciones que se habian movido cuando publicaron la historia de su primer siglo, dispusieron sábia y prudentemente que no se diera á luz otra obra semejante. Y lo que es la mejor prueba de que su espíritu no habia decaido, fué el que tampoco les faltaron en su segundo siglo, muy graves y terribles persecuciones.

B.—En efecto, señor, que así lo he leido, y lo peor es que yo no sé como en esta vez pueda vd. sacar inocentes á sus Jesuitas. Ya en el siglo pasado habian tenido grandes desavenencias con los dominicos, sobre ciertos puntos teológicos; y en este se descubrió toda su

perniciosa doctrina en lo moral. En aquel se vieron algunas controversias entre ellos y los obispos y otros religiosos, que en el de que hablamos llegaron al estremo, con las ocurrencias bien sabidas de la Puebla de los Angeles, el Paraguay, Manila, la China y el Japon. En el primero, ya se habian hecho sospechosos por ciertas prácticas ruidosas en los paises católicos; y en el segundo llenaron de escándalo al mundo católico con la mezcla que hicieron de las ceremonias cristianas con los ritos gentílicos, chinos y malabares. Ultimamente, en los últimos treinta y tres años de su existencia, se hicieron odiosos por todos esos motivos, y además por las conspiraciones y motines que promovieron contra los soberanos. ¿Podrá vd. negar todas estas acusaciones?

M.—No, seor-maestro; pero lo que sí negaré y probaré es que hayan sido justas y fundadas.

B.—¡Por Dios, señor, que ya ese es un fanatismo imperdonable! Pues qué ¿ignora vd. las ruidosas cuestiones de las congregaciones *de Auxiliis*? ¿No ha llegado á su noticia que un escritor, muy sábio, de costumbres muy austeras y de una veracidad á prueba de bomba, llamado Blas Pascal, descubrió toda la ponzoña de la moral jesuítica, en sus famosas *Cartas Provinciales*? ¿Tan estraño es vd. á la historia de su pais que no ha leido la Relacion de los sucesos que pasaron entre el venerable Sr. D. Juan de Palafox y los padres Jesuitas; el....

M.—Dispense vd que lo interrumpa; pero me toca tantas materias, que imposible es dejarlas dilucidadas cumplidamente, en poco tiempo y de un golpe. Pero ya que me las ha amontonado, me iré ocupando sucesivamente de ellas. Por ahora tratemos de la doctrina.

B.—Me parece muy bien; y al efecto, ¿qué contestará vd. á lo que autores muy respetables y religiosos, segun he oido decir, han escrito sobre los escandalosos desórdenes ocurridos en las congregaciones *de Auxiliis*, y los grandes errores que intentaban introducir en la teología los Jesuitas? (1).

M.—Sin meterme á defender á este ó aquel particular, que pudieron haberse excedido en el calor de la disputa de los límites de la moderacion y caridad cristiana, únicamente le daré una noticia que acaso lo sorprenderá despues de cuanto ha oido declamar sobre estas materias; y es que las actas de estas congregaciones, escritas por los adversarios de los Jesuitas, han sido declaradas apócrifas por un solemne decreto de Inocencio X. á 23 de Abril de 1654; de suerte que las únicas fidedignas son las favorables en un todo á esos padres. Le diré tambien que por otro decreto del Sr. Paulo V de 5 de Septiembre de 1607, tan lejos de declararse herética la doctrina del padre Luis Molina que se discutió en esas reuniones, como pretendian los con-

(1) Al tocar esta materia no intentamos preferir la doctrina del P. Molina á la del angélico Dr. Santo Tomas, ni interiorizarnos en la cuestion, sino tratarla únicamente bajo su aspecto histórico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

trarios, se dejó *libertad de defenderla*, prohibiéndose severamente tildarse con cualquiera tacha; y esta sola permision de la sede apostólica, único juez en la materia, basta para desvanecer cuanto en su contra pudiera aun alegarse.

B.—Permito, señor, sin conceder, todo lo que vd. ha dicho, que son materias muy sobre la capacidad de un pobre barbero. Pero ¿qué me dirá de esas *Cartas* de Pascal, que las he leido de cuerito á cuerito y que me han divertido y hecho reir hasta reventar? ¿En ellas no se demuestra hasta la evidencia la reprobada moral de los Jesuitas, y sus artes para hacerse pasar con unos por muy severos, y por otros por muy laxos, contemporizando de esta ingeniosa manera con todos? ¿No nos han revelado que ellos fueron los padres del *Probabilismo*, de esta secta que ha corrompido la severa moral de Jesucristo?

M.—Todo esto lo sé, y tambien he leido (aunque con la debida licencia) esas cartas que vd. me cita; ¿pero vd. ignora que ellas han sido condenadas repetidas veces como *heréticas y llenas de calumnias, de falsedades y suposiciones, é infamatorias de la Compañia de Jesus*, en Francia, España y en la misma Roma; y en esta capital del mundo católico nada menos que por un decreto del papa Alejandro VII, de 6 de Septiembre de 1657?

B.—Paréceme, señor mio, que vd. no tiene mas argumentos que oponer que decretos y censuras, como si aquellos y estas no fuesen el efecto del crédito y de las intrigas de los Jesuitas. Razones, señor, razones y dejémonos de esa clase de armas que solo alucinan á los tontos y preocupados.

M.—Aunque esta réplica de vd., y dispénseme que se lo diga, no es nada católica; pues los que lo somos debemos acatar las disposiciones de la Iglesia y demás autoridades eclesiásticas, sin embargo, piense vd. como quiera, su alma en su palma; pero se equivoca en decir, que todo lo que tengo que oponerle son esas condenaciones, que los enemigos de los Jesuitas dicen, porque algo han de decir y mucho mas cuando nada han de probar, que son efecto de las intrigas jesuíticas. Dígame vd.: ¿cómo ha hecho vd. la lectura de esas cartas?

B.—¡Toma! como la de cualquiera otra obra: devorándola desde el principio al fin; riéndome unas veces; escandalizándome otras; y asombrándome siempre de que unos sacerdotes que se tenian por tan santos, corrompieran de una manera tan execrable á los que llegaban á pedirles consejo, y condenaran las almas de los que se ponian su direccion en sus manos.

M.—Con razon se llenaba de escándalo, seor-maestro. La desgracia para vd. era que todo era calumnia, fraudes y picardías de ese jansenista, que aunque un gran matemático, nada entendia de materias de moral, y escribia únicamente en un estilo chocarrero y satírico, apoyado en las memorias que le ministraban los teólogos de su secta.

B.—A otro perro con ese hueso: pues qué, ¿no cita Pascal los autores Jesuitas de que ha tomado esas doctrinas, los títulos de sus obras, tratados, artículos, y en algunos hasta las páginas? No las ha traducido en su idioma, del latin en que la mayor parte de esos libros estaban escritos, y aun ha notado con diverso carácter de letra sus mismas palabras? ¿A qué mas estaba obligado este rigidísimo autor, llamado poco menos que santo en los *Documentos y Obras importantes*, que se publicaron en México en 1841?

M.—A una sola y muy sencilla cosa: á decir verdad. ¿Ha confrontado vd. por curiosidad las citas de Pascal, con los libros de donde dice haberlas tomado?

B.—V. se chancea, señor. ¿Adónde habia de ir un pobre barbero á buscar esos librotes viejos en pergamino, que habian estudiado Pascal ó sus maestros; ya que dice que estos le ministraron los puntos? Y aunque los hubiera encontrado, ¿cómo habia de entenderlos, estando en latin, lengua de que solo he aprendido la *Musa Musae*, unos cuantos dias que estuve de capense en el Seminario? Para mí me bastaba verlo escrito; y no soy tan temerario que ni por un momento dudara yo de la verdad de ese hombre tan virtuoso, ni creo que él se espusiera á que lo desmintiese algun estudiantejo con el testo en la mano.

M.—Es vd. muy timorato, seor-maestro: pero lo que vd. no ha hecho, se han ocupado otros en hacerlo del modo mas minucioso y con conocimiento en la materia. ¿Ha leido vd. la impugnacion á esas cartas que se publicó tambien en México en 1842, en la *Defensa de la Compañia de Jesus;* ó siquiera un papel suelto, que con el título de *Carta á un Leonés*, se imprimió el mismo año en esta capital?

B.—No señor; ni tampoco me he de meter en eso, porque al fin tales papeles no me han de divertir como las *Provinciales*.

M.—¡Vaya una imparcialidad! Lo perjudicial para la causa de los Jesuitas es, que todos siguen igual táctica sobre esta materia; pero ya que vd. no las ha leido, yo que sí las he visto, lo mismo que las *Provinciales*, y que he tenido la paciencia de confrontar los testos, le diré: que además de los muchos errores sobre la gracia y libre albedrío que hay en dichas cartas, que justamente han sido condenadas por la Iglesia, y cuya defensa fué el principal motivo de su composicion para desacreditar á los Jesuitas y disminuir la alta estimacion y concepto que su literatura les habia adquirido que fué el segundo, levantó graves testimonios á muchos de sus principales autores, como Valencia, Vazquez, Lessio, Escobar, Sanchez y otros; ya traduciéndolos mal; ya truncando sus palabras; ya agregando otras; y ya en fin, haciéndoles decir lo contrario de lo que habian escrito: de manera que con la mayor exactitud se ha aplicado á Pascal el apodo que se dirige á toda su secta. *Mentis como un jansenista.*

B.—Bien podrá ser que así haya pasado, porque el demonio es el espíritu de partido; y no se me oculta que los jansenistas formaban uno muy poderoso contra los Jesuitas; pero qué, ¿será posible que todo cuanto dice Pascal sea una mentira?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

M.—No, seor-maestro; y yo no soy tan preocupado que así lo afirme. No solo Pascal, sino otros muchos han censurado con justicia varias proposiciones de autores Jesuitas; pero si ellos hubieran obrado con la misma, hallarian que esas y aun otras peores han sido enseñadas y publicadas por escritores domínicos, franciscanos, carmelitas, clérigos seculares, y aun algunos obispos; pero como solo se trataba de perder á los Jesuitas, y esta es observacion nada menos que de Voltaire, en su *Siglo de Luis XIV*, á ellos solo se hizo responsables de una falta, ó si se quiere, un delito, comun á todos los escritores de casos de conciencia, ó *casuistas*.

Con respecto al *Probabilismo*: esta doctrina fué anterior á los Jesuitas, ha sido profesada, entre otros grandes hombres, por San Antonino en los tiempos antiguos, y por San Alfonso de Ligorio en los modernos que ha comentado al Jesuita Busembaum, con quien tanto ruido armaron los parlamentos de Francia en el siglo pasado; y hasta el dia no ha sido condenada por la Iglesia. Si algo tiene de mala, sépase vd. que el primero que la atacó fué un Jesuita italiano llamado Revelo, al que han seguido otros de la misma órden, como Tirso Gonzalez su general, Antoine, Elizalde y otros; y aún no falta crítico que suponga, con mucho fundamento, que las objeciones de Pascal contra esa doctrina, han sido tomadas de un autor Jesuita.

Concluyamos esta materia con las palabras del patriarca de Ferney, que acabo de citarle, cuyo testimonio debe ser irreprochable para muchos, y que es una respuesta á todas las acusaciones que sobre el punto de doctrina corrompida se puedan hacer á la de la Compañía. Hablando de estas cartas, se espresa así, el corifeo del filosofismo. "Se procura probar en estas (*Las Provinciales*), que los Jesuitas tenian un designio formado para corromper las costumbres de „los hombres; designio que ninguna secta, ninguna sociedad *ha teni*. „*do jamás, ni puede tenerlo;* mas no se trataba de *tener razon*, sino de „*divertir* al público."—Habia aún otro proyecto mucho mas antiguo que la secta de Puerto-Real que hablaba por la boca de Pascal, y consistia en hacer sospechosa toda la fé católica, logrando en general tildar de errónea la teología de los Jesuitas, por cuanto su escuela nada enseñaba que no fuese comun entre los doctores y teólogos católicos; y desde el siglo diez y seis ya lo habia escrito sin disfraz el famoso luterano Kemnicio. Medite vd. á vista de tales testimonios lo que debe juzgarse de los acusadores de la doctrina jesuítica mientras que paso á los otros puntos.

B.—Sea enhorabuena, y ya veremos si tambien me sale con decretos condenatorios de obras y con testimonios que se levantan á los Jesuitas. Si mal no me acuerdo sigue hablar de las disputas ruidosas que han tenido ellos con los obispos, las que justamente los han calificado de hostiles á su autoridad. ¿Ignora vd., por no hablar de otros, los escándalos ocurridos en Puebla con el venerable Sr. D. Juan de Palafox, en Manila con el Illmo. Guerrero, y en el Paraguay con el R. Cárdenas?

M.—No, seor-maestro; y ¿quién podrá ignorar semejantes sucesos, especialmente los de la Puebla de los Angeles, tan cacareados por los enemigos de los Jesuitas? La desgracia es, que como en esta clase de negocios se ha desfigurado tanto la verdad, mas es el ruido que las nueces; y si tales controversias han sido perjudiciales, mas lo han sido á la persona del Sr. D. Juan de Palafox, que á los padres Jesuitas.

Escúcheme vd. Tres capítulos principales pueden considerarse en este negocio: el primero, los disgustos que tuvo S. I. con los Jesuitas de su obispado: el segundo, las cartas que dirigió á Inocencio X contra ellos: el tercero, la opinion que tenia de la Compañía en general, aun cuando escluyese de ella aquellos pocos, con quienes tuvo contestaciones en su diócesis.

Por lo que mira á la primera de estas consideraciones, lo cierto es que hubo algunas diferencias entre S. I. y los padres de la Compañía, así como las ha habido entre otras religiones y otros obispos, de aquellas que suelen suscitarse con frecuencia, en el derecho canónico, no menos que en el civil, y se llevan á los supremos tribunales de Roma para que se sentencien. Lo que en esto pasó, nada importa por ahora; pero el resultado fué que el Sr. Inocencio X. en aquella ocasion dió un breve al Illmo. Palafox, que en parte le concede la razon; pero que es una apología de los Jesuitas. Oigalo vd. fielmente traducido á nuestro idioma: "El Papa... exhorta en el Señor sériamen„te, y amonesta al obispo que acordándose de la mansedumbre cris„tiana, se comporte con un afecto paternal para con la Compañía de „Jesus, que, con arreglo *á su laudable instituto, ha trabajado tan fruc„tuosamente y trabaja sin cesar en la Iglesia de Dios;* y que recono„ciendo que en ella tiene una muy útil coadjutora para el gobierno „de su iglesia, la fomente con benignidad y le restituya su antiguo „cariño.... Roma á 16 de Abril de 1648." Estas últimas frases acreditan no solo el juicio que la silla apostólica tenia de los Jesuitas, sino que el Sr. Palafox siempre les habia sido afecto, aunque por aquel incidente se habia resfriado un poco.

B.—¡Bonito está esto! ¿Pues y la famosa carta llamada *Inocenciana*, que al siguiente año, en 8 de Enero de 1649, dirigió al mismo sumo pontífice; y en la que hizo tan terribles acusaciones á los Jesuitas que horroriza leerlas, no prueba ser falso tal afecto, y que S. I. tenia muy diversa opinion de la que le suponia el papa?

M.—Así lo parece, seor-maestro; pero vd. no habrá oido decir sin duda todo lo que se ha escrito sobre el autor de esta carta. Unos la han creido apócrifa, es decir, falsamente atribuida á dicho prelado; otros han asegurado que se retractó de haberla escrito; y otros, en fin, afirman que no hubo tal retractacion, y que la carta fué en todas partes obra suya. ¿Cuál de estas tres opiniones quiere vd. adoptar, bajo el concepto de que yo lo creo amigo verdadero de la persona del Sr. Palafox, y no su admirador solo porque fué adversario de los Jesuitas?

B.—La primera, señor, la tengo por absolutamente falsa, pues he leido que "fué depositado el *original* en la librería del Vaticano," de donde habiéndose promovido este punto, se sacó, sin duda para confrontarla con otras copias autorizadas por el secretario del ven. Señor que tenian algunos individuos. Así es que sobre esto no hay que hablar.

M.—Pues bien, ¿cree vd. que se retractó de ella el Sr. Palafox?

B.—No señor: era hombre de sumo carácter y de estremada virtud para desdecirse de lo que habia escrito, y confesar con esto su ligereza y temeridad en haber divulgado tan horribles acusaciones.

M.—Sin embargo, seor-maestro, no es esta la opinion de los verdaderos amigos del Sr. Palafox, que juzgando muy ageno de su santidad el haber muerto sin retractar tantas calumnias con que su pasion denigró á todo un cuerpo religioso, por las culpas, si se quiere, do algunos particulares, han afirmado lo contrario. De este número son entre otros el abate Pellicot que escribió su vida, y el Illmo. Cristobal de Beaumont, arzobispo de París en su famosa pastoral de 28 de Octubre de 1763.

B.—¿Pero adónde está esa retractacion, de que nunca he oido hablar?

M.—En las *cartas de Santa Teresa de Jesus;* con notas del mismo Sr. D. Juan, publicadas en Madrid en 1793, tom. 1.°, pág. 349. Vea vd todo el testo: "Despues de eso, dice, se le ofrecerán mil razones espirituales en la apariencia, y soberbias en la sustancia para defender su razon, tan asidas al alma que es menester un escoplo y un mazo para quitarlas de la imaginacion, y vencer con la buena razon aquella maldita razon. Y de esto á cada paso nos pasa. A mí por lo menos y particularmente en una ocasion (que no importa confesarme en público, pues que pequé en público) me sucedió en materias de este género que hallé algunas razones de espíritu en la apariencia para repugnar una cosa, pero era de vano, y presumido espíritu en la sustancia, porque despues con la luz de Dios, vi que todo lo contrario era de Dios, no siendo de Dios, sino de mi propio amor, pasion, soberbia, vanidad y presuncion."

B.—Vd. me dispense, señor; pero yo no veo aquí una retractacion directa y formal de la *Inocenciana.*

M.—Así tambien me lo parece á mí, seor-maestro; pero alabando la intencion de los que opinan de diversa manera, le diré igualmente, que ese es el único recurso que queda á los verdaderos amigos de la persona, y no del poco afecto á los Jesuitas del Sr. Palafox.

B.—¿Por qué, señor?

M.—¿Porque? Porque este es el grande estorbo que ha habido para colocar al Sr. D. Juan sobre los altares. Oígalo V., y no de boca de ningun católico, sino del luterano Murr, en su *Diario de Literatura*, publicado en Nuremberg, en 1780, tom. 10, pág. 203 y 207: "El dia 28 de Enero de 1777 (dice), y despues de la extincion de

„los Jesuitas, se tuvo delante de Pio VI una congregacion general de „ritos, para tratar de las virtudes en grado heroico del venerable „Juan de Palafox, en la cual el cardenal Calini, entre otras cosas, „manifestó que no debia darse curso á la causa por sola la razon, de „su carta á Inocencio X. He aquí sus palabras: *Tan solo un argumen-„to presentaré, y es el que desde aquel tiempo en que comenzó á tratarse „la causa de Palafox, siempre se ha propuesto como un óbice insupera-„ble; y es la carta dirigida por él á Inocencio, en que entre otros gra-„ves ultrajes contra las órdenes religiosas, vomitó una suma malicia con-„tra la Compañía de Jesus.* Esto bastó para que los cardenales y la „congregacion de ritos se opusiesen á todo ulterior procedimiento; y „á que el mismo papa, además de haber confirmado solemnemente „aquel sufragio, escribiese al rey de España: que *en conciencia no po-„dia declarar la heroicidad de las virtudes de Palafox*" Vea V., á qué estremo han reducido esta causa los adversarios de los Jesuitas.

B.—No ellos, señor, sino el valimiento, el poder y las cabalas de esos padres.

M.—¿Se chancea vd., seor-maestro? Los Jesuitas estinguidos en esa época, no tenian ya ningun poder, y mucho menos superior al del rey de España. Además, á ninguno mejor que á los Jesuitas, le convenia mas la canonizacion del Sr. Palafox.

B.—V. si que se chancea, señor.... ¡A los Jesuitas!.... ¡A los Jesuitas!

M.—Si amigo mio; á los Jesuitas, porque canonizado el Sr. D. Juan, tenian un nuevo testimonio que agregar á su favor al unánime de *todos* los santos de estos tres últimos siglos. V. no conoce mas que ese escrito, que, por confesion de su mismo autor, escribió *acongojado;* es decir, obscurecida su razon por la pasion. Pues escuche lo que con ánimo tranquilo escribia dicho señor, pasadas estas controversias, y aun muy próximo á su muerte.

En el prólogo de un libro, que publicaba en 1652, y dirigia al rey de España, hablaba de esta manera con su soberano, tratando de la Compañía: "Esta es, le dice, una órden admirable, sábia, útil, san-„ta, digna, en una palabra, no solamente de la proteccion particular „de S. M., mas aun de los prelados de la Iglesia. Aquí, hace mas de „cien años, que estos padres son útiles obreros para los obispos y „para el clero; y por sus señalados trabajos, resplandecen entre las „otras religiones, y si no las sobrepujan, á lo menos las igualan, cum-„pliendo con el glorioso empleo de su santa profesion."

En su *Vida interior* hablando con el mismo Dios, en la oracion, de sus disturbios con los referidos padres, se espresaba de este modo tan terminante, que casi equivale á un juramento: "Buenos, justos, „santos eran, y obrarian con rectísima intencion. Creo cierto, que „en ellos no teneis que perdonar. Bien sabeis, Jesus mio, (si así lo „puedo decir) que esto que digo y he dicho, lo siento como lo di-„go. Bien sabeis vos, Señor, que mi corazon está sintiendo y llo-

BIBLIOTECA U.A.N.L.

„rando por el afecto dulcísimo de sentirlo y consentirlo, lo mismo „que está sintiendo."

En sus *Semanas espirituales*, en que dirigia la palabra á sus ovejas, les decia: "En España, en Italia y en las demás regiones del „mundo, la piadosa religion de San Ignacio, deshace con guerra atroz „al comun enemigo de todos...."

Ultimamente, por omitir otros testimonios de que están llenas las obras del Sr. Palafox: en las *Direcciones Pastorales*, que corrigió, añadió y publicó el año anterior al de su muerte, se espresa así, en la pág. 1.ª cap. 6, num. 6, dirigiéndose á los señores obispos, rocomendándoles servirse de las religiones, sobre todo de la de los Jesuitas, *cuyo saber, perfeccion y modo de instituto, es uno de los socorros mas eficaces y mas ventajosos que los prelados pueden tener, para descargarse de las grandes é importantes obligaciones de su estado*; y que estaba convencido de esta verdad, se infiere, porque en la vida del mismo Señor, escrita por el P. Rosende, se refiere, que estando ya de obispo en Osma, llamó á los Jesuitas para que hicieran misiones en su diócesis, las que concluidas escribió al provincial de Castilla, llamando *ángeles* á los misioneros que le habia remitido, los PP. Tirso Gonzalez y Antonio de Arrieta, rogándole que se los volviese á mandar el año siguiente.

B.—Confundido, señor, estoy con todas estas cosas: ¿y qué me dice vd. de lo pasado con los obispos del Paraguay y de Manila?

M.—Una palabra no mas, pero la suficiente para destruir toda acusacion en el particular. Respecto del primero, no solo que perdió completamente el punto en los tribunales de Madrid y Roma, sino que su secretario D. Gabriel de Cuellar y Mosquera se retractó en *artículo de muerte*, de todas las calumnias que siguiendo las órdenes del señor obispo, habia divulgado contra los Jesuitas, documento que se ha publicado tantas veces, que no hay quien lo ignore mas que los que no quieren saberlo. Y por lo que toca al segundo, que se le obligó á retractar, como en otro tiempo al cardenal Siliceo, sus edictos contra los Jesuitas de su diocesis, á quienes habia suspendido de los ministerios sacerdotales, por un motivo muy personal; y dió posteriormente un honorífico testimonio de los de las Indias, cuando fueron acusados sobre los ritos chinos. Por ahora concluyamos con esta observacion. Si los Jesuitas fueron siempre tan hostiles á los obispos: ¿cómo es, que debiendo existir durante tres siglos infinitos testimonios que los condenasen, no hay otros que alegar en su contra, mas que los citados, ó tal cual otro semejante, ó de algun obispo sospechoso en su ortodoxia? Es necesario confesar que por tan dilatado tiempo ha estado ciego todo el episcopado católico, y solo han visto una docena de prelados; ó que el dicho de estos últimos es muy reprochable bajo todos aspectos. Si vd. no es de esta opinion, piense como esplicar este fenomeno de una manera que no sea absurda y poco religiosa.

B.—No me deja de hacer fuerza, señor, esta reflexion, del escaso número de obispos, que se cita contra los Jesuitas, lo que me hace creer, que en efecto, estos padres no fueron tan hostiles á la jurisdiccion episcopal, como se asegura. ¿Pero qué me dirá vd. respecto de la multitud de religiosos que se han quejado de la persecucion sufrida por los mismos, especialmente en las misiones, donde debieron haberse manejado con mayor fraternidad y union?

M.—Lo mismo que dije á vd. sobre los obispos, le digo ahora sobre esas persecuciones que me cita, que se dicen promovidas por los Jesuitas contra los misioneros de otras órdenes religiosas Así como de millares de obispos, que durante tres siglos trataron á los Jesuitas en todo el universo, solamente se citan unos cuantos que les han sido contrarios, y siempre salen á la liza; de la misma manera, sin atender á los incontables religiosos, en particular, y á todas las órdenes regulares en comun, que les dieron las mas claras muestras de aprecio; por algunos pocos que fueron sus opositores, se ha querido deducir que lo fueron todas las comunidades. Así es que usando del mismo argumento de que me he servido para vindicar á los Jesuitas de la primera acusacion, voy á valerme para la última Entre la multitud de los individuos pertenecientes á algunos cuerpos religiosos, únicamente veo que se citan respecto de las misiones, la falsa carta del venerable Sotelo, franciscano; las de Fr. Antonio de Santa Maria de la misma órden; los memoriales de Fr. Juan Bautista Morales y Memorias del P. Navarrete, domínicos, y algunos otros escritos antiguos sobre los ritos chinos; citándose tambien acerca de los mismos las calumnias de un Fr. Norberto, *capuchino apóstata*, en el siglo pasado, que tomó el nombre del abate Platel, y estuvo asalariado por Carballo para desacreditar á la Compañía en Portugal. Y si fueron tantos los religiosos víctimas de las persecuciones de los Jesuitas; ¿cómo es que únicamente estos son los que siempre se les oponen?

B.—Aunque con los que vd. ha citado bastaba para llenar de oprobio á los Jesuitas, segun las cosas tan horrorosas que de ellos refieren en sus escritos, le diré sin embargo, que no es esacta su proposicion, pues yo sé de religiones enteras, que han tenido que defenderse de sus agresiones, entre otras, la órden de predicadores, los carmelitas y tambien el cuerpo de curas de París.

M.—En efecto, seor-maestro, que por algunas cuestiones de escuela é históricas, algunos Jesuitas tuvieron controversias bastante acaloradas con otros individuos de las citadas religiones, y que con respecto al clero secular siempre se saca á plaza ese informe que bajo el nombre de los curas de París publicó un cierto Arnaldo, notorio enemigo de los Jesuitas; pero así como los tales curas no fueron mas que una firma supuesta para dar valor á ese escrito; de la misma manera esas controversias no llegaron á los respectivos cuerpos, como lo prueba el que la sagrada órden de predicadores, en tres diversos

BIBLIOTECA U. A. N. L.

capítulos generales recomendó á sus hijos la mayor consideracion y aprecio á la Compañía; y la respetabilísima del Cármen descalzo, en otro capítulo general, me parece que fué en el de 1650, prohibió la edicion de las obras de su ilustre reformadora Santa Teresa de Jesus, de que temerariamente se habian borrado todos los elogios de la seráfica doctora á la Compañía. Por lo que toca á otras ilustrísimas religiones, debo decirle que la de los cartujos hizo hermandad con ella á muy poco de su fundacion; que los benedictinos castigaron á uno de sus miembros, que se atrevió á decir en un libro, que los ejercicios de San Ignacio no habian sido obra suya, sino de un religioso de su órden, y tan luego como se beatificó el santo fundador, le dedicaron una magnífica capilla en su famoso monasterio de Monserrate; que la órden seráfica dió un decreto tambien muy honorífico á la Compañía en uno de sus capítulos generales antiguos, y en otro muy moderno, en Roma, se dedicaron todos los actos literarios á San Ignacio, y uno de sus mas elocuentes predicadores, el padre Platina, tejió un elocuente discurso en loor del mismo santo patriarca y de su recien establecida religion; que los agustinos mantuvieron por mucho tiempo á los Jesuitas mexicanos; que los barnabitas dieron el pésame á toda la Compañía en la muerte de su santo fundador; que los mercedarios hasta el dia se honran con que en una provincia los jóvenes teólogos Jesuitas asistieron á las lecciones, que segun el uso antiguo, dictaba en su aula uno de sus célebres doctores; que los escolapios reconocieron el celo de los mismos en el restablecimiento de su órden; que los camilos, belemitas y otras congregaciones, como las de San Felipe Neri, del Salvador, sulpicianos, lazaristas, &c., han tomado no pocas de sus constituciones. ¿Prueba esto animadversion, ó sumo aprecio á la Compañía de Jesus? ¿Pueden la comunidades haberse pronunciado de un modo mas terminante contra los calumniadores no menos de ellas que de los Jesuitas?

B —Pero señor, vd. se desentiende de los testimonios que le he citado en contra.

M.—Amigo mio, aunque con lo que le he dicho he contestado mas que suficientemente, pues jamás la opinion de un particular, por grande y elevado que sea, debe prevalecer sobre la de todo su cuerpo, tanto mas cuanto que por cada uno de esos testimonios podria citarle ciento en contra; me ocuparé, sin embargo, ya que vd. lo desea, de los que me ha citado, advirtiéndole de paso, que sea cual fuere la conducta de los Jesuitas misioneros, estos no eran toda la Compañía sino un corto número de particulares. La carta del venerable Sotelo, que murió quemado en el Japon por la fé de Jesucristo, en union de otros religiosos, entre ellos un Jesuita, fué desmentida por el procurador de la causa de su beatificacion Fr. Pedro Bautista, ante Urbano VIII; por un canónigo de Manila, llamado D. Juan de Cevicos, que imprimió sobre ella una larga memoria que presentó al consejo de Indias á 5 de Marzo de 1628; y por Felipe IV rey de España, que

despues de haberla hecho examinar, lejos de condenar á los Jesuitas, dió un decreto muy honroso á estos misioneros. Ultimamente, desde el siglo XVII y principios del XVIII dos sábios críticos, y no Jesuitas, Juan Deckherri en 1671, y Vicente Placci en 1708 demostraron su falsedad y suposicion. Ni me diga vd. que esa carta fué presentada por cierto religioso por nombre Collado, pues esa recomendacion lejos de favorecerle, es en su contra, pues el tal padrecito llenó de turbacion y desórdenes su provincia de Filipinas, como consta en la historia de la del Santo Rosario de las mismas islas. Vea vd. la calidad de los que han depuesto contra los Jesuitas, y la poca crítica, instruccion, ó mala fé de los que se valen de semejantes testigos. El padre Fr. Antonio de Santa María escribió tambien algunas piezas, que he visto originales, contra el P. Intercetta y otros Jesuitas misioneros de la China; pero sobre haber sido tales disputas en lo general, puramente personales, dicho religioso, que murió en la cárcel de Omura, ó de Macao, no recuerdo cual, aprisionado por la fé, dió un testimonio demostrativo de su ninguna enemistad á todo el cuerpo, pues habiendo allí mismo otros religiosos de su órden, no quiso confesarse con otro para morir, sino con un Jesuita que se encontraba en la misma prision, quien por ruego suyo lo auxilió hasta que entregó su alma al Criador. El padre Fr. Juan Bautista Morales, verdadero apóstol, si bien por sus pocos conocimientos del pais acusó á los Jesuitas en Roma, despues mejor instruido con la experiencia en las prácticas de la China, omitió varias de las resoluciones que habia conseguido en su contra en aquella ciudad, y estas diferencias en nada alteraron sus amistosas relaciones con ellos, así como las de otros misioneros, de cuyo modo de pensar diferian los Jesuitas. El padre Navarrete, que tambien publicó ciertos tratados virulentos contra los mismos, y cuyos ejemplares prohibió la inquisicion de España, que ciertamente no se componia de Jesuitas, despues que fué nombrado arzobispo de Santo Domingo se convirtió en su panegirista, amigo y patron, hasta llegar á fundarles un colegio en la misma capital de su diócesis. Todos estos documentos puede leerlos el que guste, en una obrita muy antigua, publicada en Madrid en 1690, con el título de: "Defensa de los nuevos cristianos y misioneros del Japon, &c."

Verguenza me dá hablarle de Fr. Norberto y de los "Avisos de los curas de Paris;" pero ya que tanto se aplaude al primer escritor y se vocifera este último papel de los curas, no puedo menos que decirle, que ambas piezas en vez de desacreditar á los Jesuitas, los honran, en razon de la calidad de sus autores. Las Memorias de Fr. Norberto, fueron condenadas como *libelo difamatorio, escandaloso y repleto de calumnias*, por diversos obispos y por el gran papa Benedicto XIV, á 1.° de Abril de 1745; y escribiendo Fr. Tomás de Poitiers, general de los capuchinos de la India á Mr Dumas gobernador de Pondichery, le dice de este Fr. Norberto, que era un hombre *sin fé ni probidad, que no reconocia ninguno por superior, audaz,*

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

que no tenia el espíritu de su vocacion, y muy abonado para obrar del peor modo posible. Vea vd., que santo varon se opone á los Jesuitas. Los tales "Avisos de los curas de Paris" fueron parto de una pluma jansenística y de un escritor, que tiene nueve obras prohibidas en el Indice, es decir, Antonio Arnaldo; y así lo ha demostrado Mr. Barbier, nada afecto á los Jesuitas, en una obra publicada en 1824.

Pero sobre todo, respecto de esa pretendida enemistad del clero francés á los Jesuitas, me bastará citarle por ahora un hecho que no admite la menor duda, y es que en los estados generales de Francia en 1614 y 15, el clero de Paris, á nombre del de todo el reino, solicitó el restablecimiento de los Jesuitas, reconociendo, son sus palabras, "hasta que punto el instituto de estos padres, su piedad, doctri„na é industria hayan servido y sirvan cada dia, con la gracia de „Dios, á sostener la fé y la religion católica, restaurar la piedad y „buenas costumbres en ella, y á estirpar las heregías."

B.—Será cierto cuanto vd. me dice, y tan desacreditados esos personages que me ha citado; pero ¿se atreverá á negarme que los Jesuitas dieron graves escándalos en la China y Malabar, especialmente en la tolerancia de los ritos gentílicos y desavenencias con los demás misioneros? ¡la audacia con que desobedecieron á todos los pontífices antes de Benedicto XIV, y las persecuciones de que hicieron víctima á diversos legados apostólicos? ¿sobre estos particulares no existen testimonios fehacientes de los mismos papas, y otros escritos á que no podrá ponerse ninguna tacha por la categoría de sus autores y la uniformidad con que se han esplicado?

M.—Lo mismo se dice de todas las acusaciones contra los Jesuitas; ¿pero vd. sabe lo que decia cierto abogado á un cliente de cuyo pleito se habia encargado, citándole multitud de autores que tenia á su favor; pero que habia perdido hasta con costas?

B.—No recuerdo haberlo oido contar; y le ruego que me lo diga.

M.—Pues amigo mio, reconvenido por la pérdida del punto, dijo á su defendido con una calma imperturbable. Es cierto que le aseguré á vd. que estos autores (y le señaló un estante) lo defendian; pero se me olvidó decirle que todos estos (apuntando lo restante de la libreria) lo condenaban. Esto mismo se verifica con los Jesuitas en todas materias, y con mucha especialidad en la presente: se dice quienes son sus acusadores, y se calla los que han vuelto por su causa. Pero entremos en materia.

El punto de los ritos chinos es tan delicado, se dieron tan diversas disposiciones y produjo tan escandalosas disputas, que justamente el papa Clemente XI dió un solemne decreto en 1710, prohibiendo tratar esta materia. De aquí es, que yo que me precio de verdadero católico y reverencio como tal los decretos de la silla apostólica, no me engolfaré en ella á riesgo de quebrantarlos en lo mas mínimo; y solamente haré á vd. algunas observaciones, que le demuestren la in-

justicia con que sobre este particular se acusa á los Jesuitas; y puesto que este es un punto histórico, escuche este trozo escrito, no por un Jesuita, sino por un secular, Cretineau-Joly, en la historia de la Compañia de Jesus, tomo V. capítulo I. Dice así:

"Los padres de la Compañia con un siglo de fatigas, de sufrimientos, de peligros, estudios y delicadísima prudencia, habian llegado á términos casi de cristianizar al celeste imperio: tenian plenísima libertad de predicar el Evangelio y de bautizar á cuantos manifestasen desearlo: los padres eran sumamente amados y aun los mas íntimos validos del emperador. En el mismo palacio imperial habian erijido una iglesia, y muchos de la familia real eran ya cristianos. Se habia juzgado prudentemente necesario no prohibir á los nuevamente convertidos algunas ceremonias, como el honor que se daba á Confucio en ciertas circunstancias (*por los literatos*), y los que solian usarse en memoria de sus antepasados difuntos, permitiéndose además se llamase á Dios *King-Tien.* Acerca de esas ceremonias y sobre ese nombre se elevaron clamores á Roma por ciertos individuos que no es del caso nombrar; y éste y aquellas fueron prohibidas por la congregacion de los ritos. Mas los Jesuitas, que veian bien las cosas en el mismo teatro de los sucesos, temiendo la estrema ruina de aquella cristiandad, no se acomodaron enteramente á aquella decision, y creyeron ocurrir lo suficiente á esa necesidad, haciendo que el emperador y el consejo de mandarines definieran que aquellas ceremonias nada tenian de *culto religioso, sino puramente civil;* y que la palabra en cuestion espresaba precisamente al *Ser Supremo* —Aumentando los clamores en Roma, despachó Clemente XI al cardenal Tournon por su legado á la China, quien llegó á Canton el 8 de Abril de 1705. Negóse á recibirlo el emperador Kang-Hi, muy tenaz en sostener aquellos ritos; pero los Jesuitas le obtuvieron salvo conducto para Pekin, y ellos mismos lo presentaron en la córte á 20 de Junio de 1706, cuando el emperador le declaró ser su voluntad que nada se prohibiese de los usos chinos.—Apesar de todo esto, y contra el parecer de los Jesuitas, que le aconsejaban ganar tiempo demorando las cosas, el legado dió un decreto á 25 de Enero de 1707 prohibiendo aquellos ritos y nombre. El emperador, que al fin era pagano, y no acostumbrado á encontrar resistencia á sus mandatos, se llenó de furor, hizo entregar al nuncio á los portugueses que por otros motivos eran sus adversarios, los que lo redujeron á prision, donde murió á los dos ó tres años, de 42 de edad. Aunque los Jesuitas vieron peligrar aquella su tan querida cristiandad por el decreto del legado, sin embargo, el P. Gervillon, favorito del emperador, se atrevió á hablarle aun en público á favor del dicho prelado; y se conserva una carta del P. Le-Culteux, que hablando de la muerte de Gervillon, dice estas palabras: *El emperador no ha honrado su memoria con alguna señal de aprecio, contra su costumbre para con los europeos que ha distinguido y lo habia hecho hasta entónces. Todo el mundo*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

chinos y europeos saben que la única causa de esto fué, porque dicho padre se manifestó muy adicto al señor patriarca (Tournon) y muy dispuesto siempre á escusarlo con el emperador y los grandes. Finalmente, el pontífice con la bula *Ex illa* de 19 de Marzo de 1715 cortó de un golpe aquel nudo, y prohibió espresamente las dichas ceremonias. No se ocultó á los Jesuitas el peligro á que quedaba espuesta por esa bula aquella cristiandad tan numerosa y floreciente; pero su obediencia sacrificó todas sus razones y temores; publicaron la bula ellos mismos en Pekin, y al mismo tiempo su general Miguel Angel Tamburini protestaba en Roma á los pies de Clemente XI, no reconocer por miembro de su órden á quien se atreviese á desobedecerla; como en efecto ni uno solo la desobedeció. No omitiré finalmente, que quedando todavía algunas reliquias de aquellas cuestiones, fué despachado á la China el patriarca Mezzabarba, en calidad de legado, quien moderó en gran manera las rigorosas disposiciones de Clemente. Pero Benedicto XIV puso término con otra bula á aquellas largas contiendas." Todo lo que acabo de referir á vd., seor-maestro, son hechos históricos, y pueden verse los documentos en el autor que le he citado.

B.—No dirá vd. que le he interrumpido; pero me falta mucho para darle crédito, y disculpar a los Jesuitas. Pues qué ¿eran tan niños que no sabian distinguir las ceremonias paganas de los ritos católicos? ¿Estaban tan pagados de su saber que no les hacia fuerza ver la conducta contraria de los demás misioneros? Sobre todo, ¿á qué vinieron aquellos otros excesos cometidos por ellos en ese mismo imperio, y que ha referido tambien muy documentados, no ningun herege, sino un ilustrísimo obispo español en su obra titulada *Teatro jesuítico.*

M.—Voy á contestar esas tres reflexiones de vd., que son cabalmente las que se oponen constantemente á los Jesuitas.

A la primera, le diré que nada estraño es ver nacer disputas, en puntos que no están dictaminados por la Iglesia, sin que esto pruebe un espíritu turbulento y soberbio. Sabido es que entre San Pedro y San Pablo, no obstante que se amaban mucho, nacieron diferencias por los ritos judaicos, si debian ó no observarse todavía; que las hubo entre San Gerónimo y San Agustin, y entre San Epifanio y San Juan Crisóstomo, y las ha habido entre otros santos. San Irineo fué primero defensor del error de los milenarios y San Cipriano de la nulidad del bautismo dado por los hereges. En fin, prelados bien grandes y dotados de suma caridad han fluctuado en los pasados tiempos de la Iglesia sobre puntos obscuros, y han cambiado en diversas maneras los mismos estatutos de sus propios sínodos, hasta que en un concilio general se ha decidido lo que debia tenerse con seguridad, removiéndose de una vez toda duda. Y si este no es un motivo para condenar á tantos hombres ilustres y aun santos declarados por tales, ¿será justicia y equidad condenar á los Jesuitas, porque obraron como ellos en unas circunstancias muy parecidas?

Tanto mas disculpables eran estos padres, cuanto que, y con esto respondo á la segunda de sus objeciones, cuanto que, repito, no fueron ellos los únicos que sostuvieron esas opiniones de que hemos hablado. Lo fueron multitud de domínicos, como lo prueba una obra que en apología de estos ha publicado un religioso de esa ilustrísima órden; lo fueron los agustinos, como consta en una carta dirigida á la congregacion de *Propaganda* por el Illmo. Benavente; lo fueron en fin, otros varios misioneros y bastante número de obispos, entre ellos el Illmo. Lopez, de cuya beatificacion se trata, natural de la China, que debia conocer el legítimo valor de las voces de su idioma, y el espíritu de las ceremonias de su pais. Así es, que los Jesuitas ni obraban de ligeros, ni tampoco fueron los únicos en sostener de buena fé errores que despues condenó la Iglesia. Creo que quedará vd. satisfecho con esto.

B.—Todavía se le queda en el tintero otra cosita, y es el alma de todo el negocio. Pero dejara vd. de ser amigo de los Jesuitas para olvidarse de lo principal, y responder á medias.

M.—¿Pues qué se me ha olvidado, seor-maestro?

B.—¿Cómo qué, señor? El *Teatro jesuítico*; esa obra inmortal, que ya verá vd. como sale á luz junto con la *Idea sucinta* que ahora publica el Monitor; el *Retrato de los Jesuitas* que nos regala el *Federalista* de Querétaro; la *Monita Secreta*, las *Enfermedades*; y tantas, tantas obras célebres, que sé que se andan buscando con toda diligencia.

M.—Tiene vd. razon, seor-maestro, se me habia olvidado, aunque no por malicia; y ahora recuerdo que me dijo vd., que era obra de un ilustre prelado de España: ¿no es verdad?

B.—Y mucho que sí: yo mismo lo he visto entre varios libros que tenia recogidos la inquisicion, y despues con la libertad han circulado ya sin escrúpulo en manos de todos. Si vd. lo viera se quedaria espantado ¡qué *Judío Errante*; ni qué *Documentos y obras importantes*, ni ninguno de tantos papeles antiguos y modernos con que hoy ilustran á la nacion los periodistas! Esto si es todo grano, todo sustancia, todo realidad; y sobre todo, su autor, que no era ningun monigote, ni filósofo, sino como he dicho á vd. antes, un respetabilísimo y muy santo obispo de la órden de Santo Domingo.

M.—V. si que á cada paso acredita que pertenece al partido anti-jesuita; pues todo lo cree, nada examina, y en viéndolo de letra de molde, ya lo tiene por un Evangelio. Perdone vd. esta franqueza; pero es necesario hablarle así. Sépase vd. seor-maestro, que este libro lleno de acusaciones contra la Compañía de Jesus, salió por la primera vez á luz pública en Coimbra en 1654. El autor de los dos primeros tomos de la Moral práctica (otro libelo contra los Jesuitas) ha hecho un estracto de él, que ha colocado

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

al frente del segundo tomo de su obra. Para conocer el mérito del "Teatro jesuítico" bastará recordar, que apenas apareció en público, lo hizo quemar enmedio de la plaza por medio de verdugo el rey de España Felipe IV; que el obispo de Córdova D. Juan de Tápia lo arrojó él mismo al fuego: que además de la prohibicion que de él hizo la inquisicion de España, por decreto de 18 de Enero de 1655; á 16 de Febrero del mismo año, fué puesto en el índice de los libros prohibidos en Roma, como repleto de una doctrina impía, escandalosa é injuriosa hasta el exceso, á una religion respetable de la Iglesia.

Finalmente, y esto si que va á dejarlo estático, pero sobre lo que le encargo no guarde el secreto: habiendo sabido el obispo de Málaga, D. Fr. Ildefonso de Santo Tomás, que el autor de la *Moral práctica* se lo habia atribuido, reclamó al momento contra aquella imputacion, y dirigió una carta con el título de *Queja católica* al papa Inocencio XI, en la que se lastima gravemente de aquel insulto, alaba altamente á los Jesuitas, condena el *Teatro jesuítico* como un escrito calumnioso: y con respecto á la *Moral práctica*, lo que tambien digo á vd. en confianza, lo calificó de *un libelo difamatorio é infame, indigno de ver la luz, fabricado en las tinieblas del infierno.* Cuando Juricú (que fué el autor de esa impostura) se vió convencido de embustero, no teniendo que responder, atribuyó aquel escrito á otro sábio domínico, el maestro Fr. Juan de Rivas, y llenó de injurias al Ilmo prelado. Pero no le valió tampoco esta mentira, pues el Dr. Valdivia canónigo doctoral de Málaga, volvió á demostrar su falsedad en otra obra, en que defendió victoriosamente al respetable autor de la *Queja católica.*

B.—Todo su argumento de vd. consiste en negar el autor de esa obra, como si no hubiera habido otros obispos domínicos, como los Ilmos. Lanuza y Cools, que tambien escribieron obras muy fuertes contra los Jesuitas.

M.—No es cierto, seor-maestro, que en eso estriba toda la fuerza de mi réplica, y recuerde bien lo que le dije sobre esto; pero como vd. hacia tanto mérito del autor, por lo mismo le manifesté la falsedad con que se le atribuia. Por lo que toca á los otros prelados, el primero ya habia muerto cuando se le atribuyó la aplicacion de las *Profecias de Santa Ildegardis* á los Jesuitas, como ya se habian aplicado muchos años antes á las sagradas religiones de Santo Domingo y San Francisco, y por ese motivo no pudo contestar, como lo habria hecho, pues aun existe una obra suya de sermones, en que colmó de elogios á los Jesuitas. El segundo tambien desmintió á los que lo hicieron autor de otro libelo, y en su declaracion hace mérito de la inicua costumbre de los jansenistas de citar en contra de la Compañia de Jesus, obispos de la órden de predicadores. Así es, seor-maestro, que aprecie vd. cuanto guste esos libelos, ya que ni la historia, ni las sentencias de las legítimas autoridades bastan para desengañarlo de sus calumnias; pero observe el principio de justicia de dar á cada uno lo que es suyo: á los hereges,

ódio y eterna enemistad á los Jesuitas; á los obispos y católicos, amor y proteccion hácia ellos.

B.—Dejemos este punto. ¿Y qué me dice vd. sobre la espulsion de los Jesuitas en el siglo pasado por los soberanos católicos?

M.—Antes de contestar á vd. sobre lo que me pregunta, quiero contarle, seor-maestro, un sueño que tuve una de estas noches pasadas, para hacerle ver lo que son los estravios de la imaginacion, y que viene muy al caso con lo que estamos contestando. Soñé, que en esta capital se habia formado un club de ciertos hombres, que se habian propuesto renovar la antigua usanza de las barbas largas, á cuyo efecto habian entrado en comunicacion con varios poderosos é influentes de los Estados, para que por su parte trabajasen en realizar su proyecto. Ofreciáseles empero una dificultad, y era la de destruir la numerosa clase de los barberos, que naturalmente debian de oponerse á tal reforma. Convínose, pues, en el gran consistorio barbudo comenzar por desacreditar á los rapistas, y dar con toda su reputacion en tierra, para facilitar de esta manera su empresa; y vea vd. el plan que se concertó. En la clase que iba á proscribirse, habia un número muy considerable de hombres honrados é instruidos no solo en razurar, sino en las operaciones de flebotomía, sacar muelas &c.; habia otros chapuceros y no de la mejor conducta, y tal cual que merecia ser suspenso del ejercicio; pero todos sin escepcion, al abrigo de las leyes que reconocian su oficio, con un derecho de propiedad adquirido por su exámen que les habia costado dinero, tiempo y estudios, y sobre todo, reconocidos por necesarios y muy útiles sus servicios.

Establecido este plan para destruir á toda esa clase sin escepcion de personas, decidieron los anti-barberos dar principio por hacer grandes elogios de los barbudos del otro tiempo; manifestar en seguida lo perjudicial de la nueva moda, y últimamentre privar de todo crédito y hacer odiosos á los del oficio, descubriendo las faltas en que algunos pudieron haber incurrido, abultándolas cuanto fuera posible, y aun levantándoles testimonios, denigrándolos con injurias y calumnias si lo pidiese la necesidad. Conforme á este infernal proyecto, salió á la palestra el que habia sido trasvenado por la impericia de un flebotomiano, el desquijarado por la temeridad de un saca-muelas, las muchas caras cortadas por manos temblorosas ó malas navajas; sin faltar sus cuentecitos de marchantes degollados por sus barberos. A estas acusaciones se acompañaba la apología de las barbas largas, como adorno propio del varon, omitiendo por supuesto la suciedad de esa costumbre, la fealdad que producia cuando comenzaba á encanecerse y otros inconvenientes que hicieron adoptar el uso de raparlas.

Preparado el campo de esta manera, principióse á dar grandes golpes á toda la clase barberuna. Hízose responsable á todos y á cada uno de sus individuos, de los errores, faltas y aun calumnias hechas á sus antepasados; y al fin fueron espulsados de diversos Estados,

sin la menor sombra de juicio, y por las mas contradictorias sentencias. Una legislatura decia que el oficio en sí era muy bueno; pero los que lo ejercian pésimos y perjudiciales. Otra, que estos eran muy diestros en su profesion, honrados y buenos ciudadanos; pero que el oficio era inicuo y detestable. Aquí se reservaban los motivos del destierro, y se mandaba obedecer sin ninguna réplica. Allí se les echaba en cara á los perseguidos, ser los perseguidores y los que trastornaban el órden. En todos los Estados, por fin, se lanzaban de sus casas, se les quebraban sus celosías, se arrojaban al fuego sus instrumentos, y se les condenaba á la mendicidad, sin permitirles siquiera quedar entre sus deudos y amigos, que habrian socorrido sus necesidades, sino que eran conducidos por tropa armada á paises muy distantes del suyo, en que ni siquiera entendian el idioma. Y note vd. lo que es la fantasía acalorada: entre tantos millares de barberos, como veia espulsar, ni á uno solo ví que se llamara á juicio, que se examináse sobre sus pretendidos delitos, se oyeran sus defensas, ni aun se les permitiera quejarse. ¿Qué dice vd. de este sueño seor-maestro?

B.—Que solamente en sueños pueden verse tales cosas, como que unos hombres que vivian bajo la salvaguardia de las leyes, ejerciendo un oficio aprobado por las mismas, pacíficos y bien quistos de todos, se les aplique la mayor pena que puede darse despues de la capital, sin oirlos, sin juzgarlos, por delitos que no les eran personales aun cuando hubiesen sido ciertos, y por causas tan contradictorias como las que se les oponian.

M.—Pues esto que á vd. parece un sueño, ha sido un hecho de que fué testigo con escándalo todo el mundo á mediados del siglo pasado. Formóse una coalicion de hombres perversos, inmorales, impíos y revolucionarios, entre ellos algunos discípulos de los Jesuitas; ¿nues qué culpa tienen los maestros de tener en sus aulas jóvenes malvados y que no se aprovechen de sus instrucciones, cuando hasta en el cielo no faltaron apóstatas y desobedientes? los que descontentos del actual órden de cosas religiosas y políticas que habia en los paises cultos, se propusieron cambiarlas á su antojo y capricho, unos por ódio á aquellas instituciones, otros por ruines venganzas, y todos por sacar el vientre de mal año, y salir del estiercol en que estaban confundidos, á representar elevados papeles á que no los llamaba ni su nacimiento, ni sus méritos, ni sus luces, ni sus virtudes. Comprendieron estos que nada podrian hacer, mientras tuviesen al frente un cuerpo, que era uno de los mas firmes antemurales del órden religioso y político, y que por su prestigio con los soberanos y los pueblos, sus relaciones con todas las clases del estado, su profundo saber y consumada esperiencia de la cosas y de los hombres, debian hacerles una mortal guerra, destruir sus planes y aniquilar todos sus esfuerzos; y así es que se dirigieron unánimemente contra él.

Este cuerpo era la Compañía de Jesus, y sus competidores los jansenistas que habian heredado el ódio que profesaron á los Jesuitas

los luteranos, calvinistas y protestantes de los siglos diez y seis y diez y siete; y los enciclopedistas, que á fuer de hombres ilustrados comenzaban á minar el altar y las antiguas formas de gobierno; y lo fueron tambien multitud de hombres envidiosos, llenos de ambicion, y que corrompidos ya con las máximas del filosofismo naciente, se habian propuesto elevarlo ellos en sus personas, para generalizar sus principios sobre los escombros de todo cuanto pudiera oponérseles. Estos hombres, que tantas lágrimas y sangre han hecho derramar por espacio de cerca de un siglo, se hicieron prosélitos en España, en Portugal, en Italia y en otras naciones, y luego que vieron á sus criaturas capaces de influir en los ánimos de los soberanos, se dieron prisa á consumar sus inicuos planes, comenzando por echar á tierra el fuerte baluarte sobre que se estrellaban todos sus tiros.

Nada digo á vd. seor-maestro, que no pueda probarlo, y que lo probaré á su tiempo con documentos los mas auténticos é irrecusables de los primeros escritores de esa época y de nuestros dias, que han descubierto los hilos de esta trama infernal. Entre tanto, solo le pido su atencion. Los jansenistas por una parte, y los filósofos por otra, comenzaron el ataque en Francia. La *Gaceta eclesiástica*, la *Enciclopedia*, y el cínico é impío Voltaire en sus escritos, así como Rousseau, Condorcet, Montesquieu, Argens y otros, comenzaron el ataque; pero los Jesuitas que gozaban en ese reino de la mas alta reputacion, respondieron á sus tiros. Esas obras de impiedad y anarquía, fueron combatidas vigorosamente, con especialidad la *Enciclopedia*, que sucumbió á la fuerza del saber y de la lógica de los Jesuitas que dirigian el *Diario de Trévoux*, que descubrieron mas de dos mil errores religiosos y literarios en ella, y descubiertos los inicuos principios y máximas de tales reformadores, quedaron avergonzados, así como los gaceteros, delante del universo.

El triunfo habria quedado por los Jesuitas, sostenidos por Luis XV, el Delfin y toda la familia real, por el episcopado y por todos los hombres respetables de Francia, si el filosofismo y el jansenismo no hubieran minado á los parlamentos y á la córte. Aquellos aprovecharon la ocasion de un delito personal de un Jesuita, para condenar un instituto aprobado por la Iglesia, y que tanto honor habia dado á la Francia, y excediéndose de sus facultades se propasaron á calificar su doctrina moral de escandalosa y herética. El episcopado francés saltó á la arena á destruir tales imputaciones; pero el parlamento de París que contaba con el favor del actual ministro del rey, Mr. de Choiseul, declarado filósofo, y de la concubina del mismo soberano, Madama de Pompadour, lograron arrancar el decreto de supresion de los Jesuitas al débil y prostituido monarca; y el cuerpo fué destruido, á pesar de confesarse que todos sus miembros eran respetables por su saber y virtudes. Esto fué en 1762.

Ya entonces los Jesuitas habian sido espulsados de Portugal, por las maniobras infames del sanguinario ministro Pombal, enemigo

acérrimo del clero y especialmente de la sede apostólica, é infatigable propagador de las obras de los filósofos en ese reino. Allí empero, se respetó el instituto, que se llamó *santo* y *venerable*, y toda la carga se dió á los miembros del cuerpo, á quienes se hicieron las mas horrorosas acusaciones, se atribuyeron los mas enormes delitos, y fueron perseguidos del modo mas atroz é inhumano; siendo una de las causas del ódio de ese ministro á los Jesuitas, sobre lo que llamo la atencion de vd., *la defensa de los indios del Paraguay*, cuyas propiedades habian sido atacadas de la manera mas despótica y arbitraria. Los Jesuitas no obstante todo el aparato con que allí se presentó su espulsion, no fueron, lo mismo que en Francia, ni citados en juicio, ni oidos, ni permitídoseles la menor defensa; y al mismo tiempo que se les sellaban los lábios, se autorizaba y se promovia, aun con los caudales públicos, la impresion de millares de libelos en su contra. Esto pasó en 1758.

En 1767, en España, el conde de Aranda, otro filósofo de la época, engañó vilmente á Cárlos III, con ciertas cartas apócrifas, atribuidas al padre Ricci, general de los Jesuitas, contra el honor de aquel monarca y seguridad de su real persona; y auxiliado de otros de su bando, envuelto en las tinieblas del misterio, y salvando como en los dos reinos antecedentes todas las formalidades de la justicia, en una noche hizo que fueran arrestados todos los Jesuitas de la Península y Américas, y dentro de tres dias, deportados á Italia. Una providencia tan inícua procuró justificarse alegando motivos muy graves, *que reservaba el soberano en su pecho;* y para que los Jesuitas no se defendieran, se conminó á todos con la pérdida de la mezquina pension que se les señalaba, por el menor defensorio ó apología de uno solo; y á los pueblos se les anunció del modo mas sultánico, lo que hasta el dia se conserva como la espresion mas despótica que jamás ha existido: *que habian nacido para obedecer y callar*. En fin, el duro trato que recibieron los Jesuitas españoles, y tambien los mexicanos, durante su viage á los estados del papa, siempre será el testimonio mas terminante, no de un justo castigo á delitos probados, sino las muestras de un ódio, y encarnizamiento sin igual.

El triunfo del filosofismo en estos tres reinos, animó á los demás filiados en sus banderas á llevarlo á cabo en otros. Tanucci, enemigo declarado de la santa sede y de las órdenes monásticas, los espulsó á nombre del rey de Nápoles, hijo de Cárlos III, de las dos Sicilias: Felini, que se hallaba al frente del ministerio de Parma, los lanzó de ese ducado, que gobernaba mas bien él que su soberano, sobrino del mismo Cárlos. Fueron, en conclusion, porque ya se volvió de moda perseguir á los Jesuitas, succesivamente desterrados de Alemania, Génova, Malta y de todos los reinos de Europa, arrastrándose en esta ruina las misiones de América, de Asia y Africa.

Aquí tiene vd., seor-maestro, en compendio la intríga que destruyó la Compañía de Jesus en todo el orbe. Aquí tiene vd. del mo-

do mas arbitrario sentenciados, sin la menor formalidad de juicio, 22787 Jesuitas, que habitaban 39 provincias en 1478 casas, en las que se ocupaban bajo la salvaguardia de las leyes, fiados en sus virtudes, y en los servicios mas importantes y útiles á la sociedad, desde perorar en los concilios, predicar en los mas distinguidos púlpitos, dirigir á los mayores personages, y enseñar las ciencias mas elevadas; hasta los mas abatidos, en las cárceles, hospitales y escuelas de primeras letras. Aquí tiene vd. á un cuerpo protejido por la Iglesia y los soberanos, consultado de los sábios, idolatrado de los pueblos, solicitado de los padres de familia, amado aún de las tribus mas feroces y bárbaras, destruido por la cábala de *tres* ó *cuatro* hombres, despojado de sus propiedades, herido en lo mas delicado de su honor, calumniado, ultrajado, y hecho el objeto de la pública execracion, y sus miembros proscritos, infamados y deportados en su mayor parte fuera de su pais natal; aunque en vano la faccion anti-jesuita procuró hacer odiosas á las víctimas de su encarnizado furor, pues los pueblos todos asombrados de aquella tempestad tan injustamente descargada sobre los Jesuitas, lloraban su pérdida, hacian sus elogios; y en el secreto de sus corazones maldecian á los autores de esa destruccion. Estos son hechos, seor-maestro, y bastante edad tiene vd. para acordarse de lo que sobre tal suceso nos decian nuestros padres; y lo que pasaba entre nosotros era general en todo el mundo. ¿Y este sentimiento tan general no forma la mejor apología de los Jesuitas? ¿No es un testimonio innegable de su inocencia? ¿No llenaba aún desde esa época, de confusion á sus enemigos?

Pero faltaba todavía otro golpe mas sensible.....

B.—Dispense vd. que le interrumpa; pero antes de que prosiga, quiero las pruebas de todo cuanto me acaba de espetar, so pena de que si no me las dá buenas, me dispensará el que le diga redondamente, que nada creo de lo que me ha contado

M.—Seor-maestro: he ofrecido á vd. pruebas, y llegará tiempo de que se las dé: Vamos ahora á hablar del breve de Clemente XIV que suprimió la Compañía de Jesus.

B.—Y qué, ¿será vd. tan temerario que se atreva á hacer una pintura tan negra del venerable Clemente XIV, como la que me ha hecho de los ministros de Francia, Portugal, España y demás paises que desterraron á los Jesuitas? ¿Ignora vd. todo el respeto que se debe á la santa sede? ¿Todo católico no debe creer verdaderas y fundadas las acusaciones que motivaron sus decretos?

M.—Mucho es lo que vd. respeta los decretos de la silla apostólica; me complace esta veneracion que les tributa, y no hay que olvidarse de ella, porque muy pronto vamos á ver si ha hablado vd. de corazon. Por lo que hace al caso presente, debe vd. saber, que un hecho que nada tiene que hacer con el dogma, no es ni puede ser jamás objeto de una definicion en materia de fé. Porque si así fuese, ¿qué respuesta daríamos á tantos hechos sobre los que evidentemente

han errado los sumos pontífices? Y esto por no hablar de la forma de *Breve*, que como todos saben, se usa por los papas, cuando deben escribir á alguna persona, corporacion, ciudad ó pueblos particulares. ¿Y quién no sabe que las definiciones, en materia de fé, debe mirar á la Iglesia universal? Ya sobre el de que hablamos se ha observado haberle faltado las formalidades de costumbre, y haberlo así querido el mismo Clemente XIV, que habiéndolo formado á su pesar, quiso con ese defecto quitarle toda autoridad y valor. Luego es muy vaga esa declamacion de que ha usado vd, así como todo el partido antijesuita, de que todo lo que emana de la santa sede, de cualquiera manera que sea, debe ser creido como un artículo de fé.

Si lo que vd. ha querido decir, es que aquel decreto debe creerse justo y conveniente, respecto de aquella reverencia con que todo súbdito debe observar y creer justos los mandatos de su superior, aun en el fuero interno, en este supuesto dice verdad; pero esta es cabalmente una especie de obediencia de entendimiento que su partido condena y detesta en los Jesuitas, aunque desea que hoy la tengan todos los cristianos á una providencia que hiere á sus adversarios; sin advertir que cuando San Ignacio la previno á sus hijos, fué con la restriccion de en *tanto que la devota voluntad pueda inclinar al entendimiento*, y con tal que éste no estuviese ligado en contrario por la evidencia. Mas sea lo que fuere, es tambien un hecho que aun esta supresion, cuya justicia y utilidad todavia son un problema á los ojos de ciertas personas, tuvo ya todo su cumplimiento y fué acatada y obedecida por todos los Jesuitas sin escepcion, pues ni uno solo se resistió á ella, ni siguió la costumbre de los que han hecho protestas á futuros concilios, aun en puntos de dogma, ni de aquellos que obedecen al papa cuando les tiene cuenta, y conculcan sus disposiciones cuando no son de su gusto.

Mas dejando esto por ahora, yo no quiero entrar en la justicia de aquel decreto, y no poca parte de mi reverencia al vicario de Cristo consiste en rehusar este exámen; y así, solo hablaré sobre su conveniencia. Del contesto de todo el breve se deduce claramente, que el pontifice se prometió pacificar al mundo por medio de aquel sacrificio; pero cuán diversos hayan sido sus resultados, lo dice la esperiencia de los hechos. Estos han manifestado, que la estincion de los Jesuitas fué la preparacion mas indispensable y próxima á aquel trastorno de todo órden político y moral, que ha desolado á la Europa y aun al mundo entero por espacio de mas de medio siglo, comenzando cabalmente en 1797, es decir, veinticuatro ó treinta años despues, que fueron suficientes para formar la primera generacion totalmente franca del influjo de los Jesuitas espulsados. Esta generacion es la que ha regado de sangre las ciudades, ha desolado los campos, saqueado las propiedades, profanado los templos y altares, y emulando la ferocidad de los hunos y vándalos, insultado al cielo y á la tierra con el mentido título de libertadores del género humano, llegando hasta poner sus manos sacrílegas en el vicario de Cristo, llevando á dos cautivos á Francia y obligando á otro á huir á un pais estrangero; y si tantos trastornos y desgracias no son bastantes para poner en toda su evidencia la inoportunidad de aquel decreto, aun disculpando las buenas intenciones del que lo dictaba, ignoro las razones con que pueda defenderse.

B.—El argumento de vd., vale tanto, como atribuir á esa destruccion los males sobrevenidos en el mundo en estos últimos años; y esto me parece una preocupacion, cuanto que vd no puede negarme, que esos sucesos estaban prevenidos muy de antemano, y no es fácil creer, que por mucho que hubiera sido el influjo y poder de los Jesuitas habrian sido insuficientes para conjurarlos.

M.—En efecto, amigo mio, y yo tambien así lo creo; pero convenga vd., en que si hubieran continuado con la educacion pública, con sus congregaciones y misiones nacionales, tal vez los males habrian sido en menor número, los pueblos habrian tenido quien enjugase sus lágrimas en tantas calamidades, y los novadores hubieran encontrado mayor resistencia en sus planes, en un cuerpo que gozaba de tan alta reputacion. Pero sea lo que fuere, lo cierto es, que esa paz que se prometia en el breve, destruyendo á los Jesuitas, no solo fué una ilusion, sino realmente un medio con que se animó mas al vicio y al libertinage, para perseguir con mas encarnizamiento la virtud y la piedad. Síguese de aquí, que aquel decreto fué inoportuno, porque, en suma, él se redujo á permitir un mal por evitar otros mayores, que lejos de haberse evitado se aumentaron por aquella débil condescendencia. Fué además injusto, porque condenó á la infamia á un cuerpo entero religioso, sin mas forma de juicio, que la que se habia guardado en los tribunales seculares; de manera, que puede decirse, que así como Cárlos III reservó en su real pecho los motivos de la espulsion de los Jesuitas de su reino, Clemente XIV ocultó en el pecho pontificio las causas de la destruccion de todo el cuerpo.

B.—Se equivoca vd, señor. Yo he leido ese breve, y encuentro allí las mas terribles acusaciones.

M.—Estas, seor-maestro, nada valen sin las pruebas; pues de decir que vd. es un ladron, un ébrio ó concubinario, á probárselo, hay una enorme diferencia. Pero aun esas mismas acusaciones no se dan por ciertas: el breve dice que "se decian (*feruntur*);.... se daban quejas,.... se levantaban clamores" contra toda la Compañía. Así es que, continúa el breve, *para quitar tantas turbaciones, acusaciones y quejas; y para que libres de todas las contiendas, discordias y aflicciones* que han padecido (no que han causado) hasta ahora, *pudiesen* (los Jesuitas) *trabajar con mas fruto en la viña del Señor y ser mas útiles para la salvacion de las almas*, se daba aquel decreto, atendiendo, no á dar pena ó castigo á los individuos acusados, sino *algun consuelo y auxilio*. Aun hay mas, la esencia del instituto fué salvada en el breve, y prohibídose severamente insultar de cualquiera manera á

los que lo habian profesado. ¿Quiere vd. mayores pruebas de que la destruccion de los Jesuitas, no fué efecto de sus culpas, sino una ley de circunstancias, que como casi todas las de esta clase producen generalmente contrarios efectos á los que se aguardaban?

B.—Sin embargo, señor, el breve hormiguea en acusaciones; y vuelvo á repetirle que estas deben creerse, como hechas por un pontífice.

M.—Yo tambien repito á vd. lo que le dije antes. Esto no es un punto de fé, y las acusaciones se prueban con hechos, y no basta afirmarlas. Por otra parte, cuando aun en las mismas bulas dogmáticas no se tienen por de fé las razones de la parte espositiva, sino solamente la última definicion: ¿quiere vd que lo sean las de un breve, que lleva todo el carácter de la violencia y de la nulidad? Los hechos, vuelvo á decir á vd., se prueban entre otras cosas con testigos. ¿Y sabe vd. lo que un número inmenso de testigos decia en 1764, nueve años antes de ese breve, de la conducta de los religiosos de la Compañía de Jesus? ¿Ignora cómo hablaba el antecesor del señor Ganganeli, Clemente XIII, de ese mismo instituto, y de los individuos que lo profesaban, en su bula, que el clero francés no dudó asegurar que tenia toda la fuerza y autoridad de un concilio general?

B.—La verdad, señor, que todo esto ignoro. ¡Ya se ve! nada de esto está en los *Documentos y Obras importantes*, en la *Idea sucinta*, en el *Retrato de los Jesuitas* y demás libros de mi devocion.

M.—Pues oigalo vd., y medite sus espresiones: "Decretamos y „declaramos, que el instituto de la Compañía de Jesus respira suma „piedad y santidad, así por el fin principal á que especialmente mira, „es á saber, la defensa y propagacion de la religion católica, como „por los medios que practica para conseguir este fin, lo que siempre „nos enseñó aun la misma esperiencia." Hace despues una reseña de las persecuciones que sufria y del modo injurioso con que era tratado, llenándolo de oprobio é ignominia, y declarándolo impío é irreligioso; "como si la Iglesia de Dios, continúa el mismo papa, hubiese tenido „solemnemente por grato á Dios y por pío, lo que es impío é irreli„gioso, y se hubiese engañado, tanto mas vergonzosamente, cuanto „por mas tiempo, es á saber, mas de doscientos años, sufrió, que con „grandísimo detrimento de las almas, se mantuviese en su seno esta in„feccion y mancha." Ultimamente, dice S. S. que daba la bula, para satisfacer los justos deseos de los obispos de toda la cristiandad que le habian recomendado altamente á los Jesuitas, concluyendo con amenazar con la indignacion de Dios á los que atentaren á esa su solemne declaracion. ¿Qué dice vd. á esto, seor-maestro, vd. que tanto respeta los decretos pontificios?

B.—Una respuesta muy sencilla, y que ahora recuerdo haber leido en el mismo breve: que la tal bula fué *arrancada* á Clemente XIII.

M.—Así es cierto lo dijo el redactor, pero sin la menor razon, porque el fuerte es quien arranca y no el débil, y en la pugna de

los sectarios contra la Compañía; y en el poder de los que al fin prevalecieron en su contra, se conoce claramente quiénes arrancaron, si aquellos la bula á Clemente XIII ó estos últimos el breve á su sucesor. Se dirá que aquel papa era un Jesuita afiliado; pero lo mismo se diria si hubiese hablado á su favor un concilio ecuménico, y aun si se espresase de la misma manera todo el mundo. El argumento, por tanto queda en pié. Si vd. es tan reverente á la santa sede, no debe escluir al papa que habló ventajosamente de los Jesuitas, tanto mas cuanto que no hizo en esto otra cosa que repetir lo que habian dicho diez y nueve de sus antepasados.

B.—Pero aquellos fueron otros tiempos, y entonces serian muy santos los Jesuitas; ¿pero cuando los destruyó Ganganeli....?

M.—Pues ya que no se conforma con Clemente XIII y sus predecesores, oiga lo que decia despues Pio VII, en 1814: "El mundo „católico pide con *unánime voz* el restablecimiento de la Compañía „de Jesus. Diariamente estamos recibiendo al efecto, las mas efi„caces peticiones de nuestros venerables hermanos los arzobispos y „obispos, y de las mas distinguidas personas, con especialidad des„pues que han sido generalmente conocidos los abundantes frutos „que esta Compañía ha producido en los citados paises.... y nos „consideraríamos reos de un grave crímen delante de Dios.... si „colocados en la barca de Pedro agitada y acometida de conti„nuas borrascas, rehusásemos emplear los vigorosos y esperimenta„dos remeros, que voluntariamente ofrecen sus servicios para rom„per las olas de un mar, que á cada momento amenaza naufragio „y muerte." Concluyamos, pues: si todo católico debe respetar á la sede apostólica y creer verdaderos y fundados sus decretos, ¿á qué se atiene vd. entre dos bulas solemnes, y un breve intermedio desautorizado, y que debe tenerse como juicio particular de un hombre, aunque con el carácter de pontífice?

B.—Yo, señor, me atengo al último, y nada mas, á pesar de sus argumentos, y con su licencia le diré, que me rio de todos ellos.

M.—No puede vd. negar, que pertenece á la escuela filosófico-periodística; escuela muy moral y concienzuda, especialmente en esto de autoridades. Sí, amigo mio: los liberales cuando se trata de esta materia, son voto de justicia, y admira su rectitud é imparcialidad. Cítenseles cien papas á favor de los Jesuitas, y torciendo los hocicos responderán ¡Tiranía, abusos, despotismo de la curia romana! pero háblesele de Ganganeli, y al momento esclamarán estasiados: ¡Bendito y alabado sea para siempre tan gran señor!

Pero continuando la materia del respeto y reverencia que merecen los decretos pontificios, debo decir á vd., que aunque ese breve de estincion de los Jesuitas dado por el Sr. Clemente XIV, fuese acreedor á estas consideraciones, prescindiendo de la falta de

formalidades que en él se observa, él tuvo ya todo su cumplimiento en su época; y no debe alegarse en el dia, sin grande agravio de la silla apostólica, porque ya está derogado, como dije á vd., por la misma autoridad de que emanó; es decir, la del vicario de Cristo, por dos breves posteriores del Sr. Pio VII, uno de 7 de Marzo de 1801, para el imperio ruso, y otro de 30 de Julio del mismo año, para el reino de Nápoles y de las dos Sicilias; además de la bula solemne de 7 de Agosto de 1814, dada por el mismo papa, restableciendo á la Compañía de Jesus *en todo el orbe católico*. ¿Y qué dirá vd. si yo le revelo que además de lo que le tengo dicho, ese juicio que se forma de los Jesuitas á la lectura del breve de que hablamos, no es conforme al que de ellos tenia el Sr. Clemente XIV; y que este mismo sumo pontífice derogó por dos diversas ocasiones esa su disposicion pontificia!

B.—Señor, aunque vd. me debe buen concepto, yo tengo política, y además hasta ahora no le he cogido dado falso, me dispensará que le diga, que no es cierto lo que acaba de decirme.

M.—Pues vóiselo á probar á vd. Por lo que toca á que Clemente XIV cuando no era amenazado, oprimido y sitiado por los Bernis, Floridablanca, y demás comparsa anti-jesuítica, no era desafecto á la Compañía, bastará decirle que los mismos Jesuitas tuvieron una gran parte en su eleccion para la dignidad cardenalicia; y que recien ascendido al sólio pontificio, hizo de ellos uno de aquellos elogios muy comunes á dichos religiosos en los breves de los papas; breve que pudo tanto entre otros al rey de España, que prohibió con las mas severas penas su publicacion. Oigalo vd. y compare la voz libre del pastor de los fieles, con lo que despues se le violentó á decir: "Nos, „(dice) repartimos de buena voluntad los tesoros de los dones celes„tiales, de que el Altísimo nos ha querido hacer dispensadores, á „aquellos que abrasados de caridad hácia Dios y el prójimo, y de celo „de la religion cristiana, tenemos entendido que procuran con todo „empeño la salvacion de las almas; y contando en este número á los „religiosos de la Compañía de Jesus, á aquellos sobre todo que nuestro „amado hijo Lorenzo Ricci, prepósito general de la misma Compañía, „ha dispuesto mandar por este motivo este año y los siguientes á di„versas provincias de la república cristiana; deseando nosotros ver„daderamente fomentar y hacer crecer con gracias espirituales *la „piedad y trabajos* de esos religiosos &c."

B.—El demonio es vd., señor, pues se parece este breve al de que hablamos, como un huevo á una castaña. Pero dígame vd. ¿adónde está ese breve? porque yo quiero verlo; y aun asi, quien sabe si lo creeré.

M.—Pues lo puede vd. buscar con seguridad y hacer que se lo lea uno que sepa latin, en la "Continuacion del Bulario romano," impreso en Roma en 1841, tom. IV, pág. 24. Por lo que toca á la derogacion del breve en cuestion, por el mismo que lo espidió, no pue-

do citarle las disposiciones tan al pié de la letra: pero sí dos piezas muy auténticas en que se refieren estos hechos. La primera, la pastoral del Illmo. Sr. Estanislao Siestrezenezwiez obispo de Malló, en la Rusia Blanca, dada en Mohilow á 30 de Junio de 1779, abriendo el noviciado de los Jesuitas por decreto del Sr. Pio VI de 9 de Agosto del año anterior, en que dice terminantemente, que *el papa Clemente XIV mandó omitir en los términos del imperio ruso la ejecucion de su breve*, esto es, el de la destruccion de los Jesuitas.

El segundo testimonio es el sabido de Federico II, rey de Prusia, que escribió en sus cartas. "Por lo que á mí toca, no tengo motivo „de quejarme de Ganganelli: él me deja á mis queridos Jesuitas, per„seguidos por todas partes. Yo conservaré esta preciosa semilla pa„ra proveer en algun tiempo á los que quieran cultivar en sus paises „esta planta tan rara."

B.—¡Lindos testimonios me cita vd.! El de un obispo de un imperio cismático, y el de un herejote como Federico! ¡Vaya que hace mucho honor á los Jesuitas, ser desterrados de los reinos católicos, y acogidos por hereges y cismáticos!

M.—Cuidado, seor-maestro, con salirse de la cuestion. Nada mas fácil que esplicar este fenómeno que nada tiene de oprobioso á los Jesuitas; pero por ahora no es esto de lo que se trata, sino de si el breve fué ó no. derogado por el mismo que lo dió ¿Qué dice vd.?

B.—Me pone vd entre la espada y la pared, pero no puedo menos de confesar ser verdad lo que vd. dice.

M.—Muy bien. Pues si el papa mismo que dió el breve de estincion, sin merecer por esto que se le faltase al respeto y reverencia, pudo derogarlo para algunas naciones; ¿no podria haber hecho estensiva esa misma derogacion á todo el mundo?

B.—Sin duda que si, pues su autoridad en el particular no tiene en mi concepto, ninguna limitacion.

M.—Discurre vd. con juicio; pero me resta otra pregunta. Y lo que el Sr. Clemente XIV pudo hacer como vicario de Jesucristo, en el tiempo que gobernó la Iglesia; ¿no pudieron hacer sus sucesores, bajo esta misma calidad, en el que han ocupado la misma silla pontificia?

B.—Mucho es lo que vd. me estrecha, señor; pero sin contradecir á mis principios no puedo negarlo; porque esta no es una autoridad personal, sino del puesto que se ocupa y la dignidad que se ejerce cuando es legítima.

M.—Si vd. fuera enemigo de los Jesuitas de corazon y no de entendimiento, no se espresaria de esa manera tan franca y honrada. Pero pues tengo el gusto de combatir con un adversario tan leal, ya no desconfio de la victoria. Volvamos á la cuestion. No es la Compañía de Jesus la única que ha sido estinguida, ni tampoco la sola que despues haya sido restablecida; y no como quiera sino alguna de ellas sin nueva disposicion pontificia, sin que por esto se las haya de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nominado cismáticas. Si vd. consulta la historia encontrará varios de estos casos, y entre otros el de los religiosos de San Juan de Dios, á quienes conocimos, que aunque estinguidos por Clemente VIII, subsistió su órden en España hasta nuestros dias; pero cuando se trata de Jesuitas, todo se olvida y no hay mas empeño que injuriarlos, aun con hechos sobre que ninguno hasta ahora ha hecho reflexion.

Siguese de aquí, que aun sin nueva disposicion pontificia, bien pudieron los Jesuitas haber continuado admitiendo novicios y formado un cuerpo, apoyados en doctrinas y ejemplos muy respetables, y entre estos últimos el de San Felipe Benicio, general de los servitas, y aun en parte en el de San José de Calazans. Empero nada de esto quisieron hacer, y obedecieron como hemos visto; mas el breve no solo ha sido derogado una vez por la autoridad pontificia, sino repetidas, como voy á demostrárselo á vd.

En la vida del venerable P. José Maria Pignatelli, publicada en Roma en 1833, libro I capitulo XII, página 99, se refiere: que el Sr. Pio VI le habló en cierta ocasion, consultándole si existia la Compañia de Jesus, en estos términos: "Subsiste, subsiste, y ojalá pudiése„mos hacer que se propagase por todo el mundo, que lo haríamos de „muy buena voluntad." Y en la página siguiente se dice: que ya habia dado á su secretario la minuta de la bula para ese restablecimiento. Si á esta derogacion de *viva voz* agrega vd., la de su antecesor, y la del Sr. Pio VII, ya tiene vd. por tres veces derogado el breve.

Leon XII, en los pocos años que fué pontifice, dió tan claras y frecuentes pruebas de afecto á los Jesuitas, visitando sus casas y al admitirlos á su audiencia, que algunos las llegaron á juzgar excesivas. A 17 de Mayo de 1824, les restituyó con un breve su colegio romano, y el mismo año beatificó al venerable Alonso Rodriguez, en cuya bula hablando de la Compañía, dice que: "hacia poco habia si„do restablecida para la gloria de Dios, la educacion cristiana de la „juventud y la restauracion de la piedad." Vaya otra derogacion.

Pio VIII, que ocupó mas breve tiempo que el anterior el sólio pontificio, dió iguales muestras de su afecto á los Jesuitas; y tratándose del último decreto para la canonizacion de San Alfonso de Ligorio, él mismo lo hizo promulgar á su presencia en la casa profesa de la Compañia, diciendo en alta voz: "A propósito lo hemos queri„do publicar aquí," aludiendo sin duda al grande amor de aquel santo á los Jesuitas, y su conformidad con sus doctrinas morales. Ya tenemos otra derogacion.

Entre otras muestras del afecto del Sr. Gregorio XVI á la Compañía, como la de haber canonizado á San Francisco de Gerónimo, &c., no fué la menor haberle confiado el cuidado del colegio de *Propaganda;* pues como escribió en un breve al obispo de Chartres: "los „Jesuitas ponen todo esmero en promover la mayor gloria de Dios, „procurar la salvacion de las almas, y prestar al clero secular oportu„nos auxilios." Agregue vd. esta otra derogacion á la cuenta.

Ultimamente, el actual Sumo Pontífice Pio IX. cuando por medio del secretario de Estado hizo circular á los nuncios pontificios, el dia 30 de Marzo de 1848, la noticia de la espulsion de la Compañía de Jesus de Roma, en virtud del motin popular de que despues fué victima S. S., manifiesta el sumo desagrado con que habia visto aquel suceso, "cuando, son palabras de la circular, siempre habia visto con „grande complacencia á estos religiosos, como infatigables operarios „de la viña del Señor." ¿Y opina vd. todavía, despues de lo que le he referido, que aun está vigente el breve de Clemente XIV que extinguió *en todo el mundo* la Compañía de Jesus? ¿Todavía sostendrá que ese decreto, como emanado del vicario de Cristo, debe ser acatado y reverenciado, y creerse como artículos de fé todas las clausulas que contiene?

B.—Esto quiere decir, señor, que todos estos papas han opinado de diversa manera que su antecesor: pero no que aquel y no estos se equivocaron en su juicio.

M.—Así será. Pero cuando todos los antecesores de Clemente XIV, entrando entre ellos un varon tan santo como San Pio V, un hombre tan político como Sixto V, y otro tan sábio como Benedicto XIV; todos unánimemente han opinado en contra, y aun el mismo Ganganelli, como vd. ha visto, cuando obró con libertad; ¿deberémos segun reglas de buena crítica y de justicia preferir un solo pontífice á treinta y dos de su misma clase: un simple breve sin las formalidades necesarias, á centenares de otros autorizados, y de no pocas bulas solemnes? ¿Qué me dice vd.?

B.—Señor, me atengo á mi dicho. Yo venero las palabras del Sr. Clemente XIV; y nada me hará ceder de mi creencia.

M.—Pues bien, convenga vd. entonces en que las reglas de la Compañía de Jesus son SANTÍSIMAS, y unos blasfemos los que las llaman inicuas y perniciosas; y convenga vd. tambien, en que todos los que el dia de hoy las atacan, llenan de injurias y calumnian tan altamente á los Jesuitas, son miembros cortados de la comunion de los católicos y están excomulgados. Oigalo vd. en su párrafo 35.

"Igualmente, *bajo pena de excomunion*, reservada á Nos y á nues„tros sucesores, prohibimos á todos y á cada uno, que no se atrevan, „con motivo de esta supresion, á ofender y maltratar con injurias, „malas palabras, contumelias, ú otro género de desprecio, de palabra „ó por escrito, oculta ó públicamente á ninguno, y mucho menos á „los que pertenecieron á dicha Compañía."

Piense vd. seor-maestro, qué responderán á esto, los que tanto recomiendan su respeto al vicario de Cristo, mientras yo continúo demostrándole el ningun valor que hoy tienen los decretos de las autoridades politicas que proscribieron á los Jesuitas.

B.—Continúe vd. enhorabuena, pues confieso que aunque no estoy rendido, no deja de interesarme esta conversacion.

M.—Pues atiéndame vd. Si el sumo pontifice Pio VII, y esta

confesion es del abate Gioberti, uno de los mas encarnizados enemigos actuales de los Jesuitas: si "Pio VII cuando volvió á la capital del orbe cristiano..... viendo frescas las huellas de tantos males..... debilitada la fé ó borrada de los entendimientos, resfriada la caridad ó estinguida en los corazones..... las propensiones irreligiosas que habian penetrado hasta los mismos gefes de los Estados, quiso cooperadores, y por esto dirigió su ánimo á los Jesuitas:" los soberanos católicos, viendo amenazados sus tronos, conmovidos sus dominios, y hechos teatros de la guerra civil mas desastrosa; y todo esto debido á las máximas irreligiosas y anti-sociales de los que habian ocasionado la destruccion de los Jesuitas en el siglo pasado, volvieron á éstos sus ojos, como los mas firmes apoyos del órden público, y considerando en ellos el mas eficaz remedio para cortar de raiz tantos males, derogaron los anteriores decretos espedidos en su contra, y los rehabilitaron de nuevo en todos sus derechos. De esta manera, la Compañía de Jesus, restablecida nuevamente á la Iglesia de Dios por la repetida derogacion del breve que la habia suprimido; volvió igualmente á las naciones, derogadas las leyes civiles que la habian proscrito. Ya hice ver á vd. la primera parte de la rehabilitacion eclesiástica de los Jesuitas; y voy ahora á manifestarle la que ha obtenido por los gobiernos.

B.—No se canse vd. señor, en hacerme esta narracion, porque estos hechos nada prueban, puesto que era muy natural que los reyes para conservarse oprimiendo á los pueblos, acudieran á los agentes mas eficaces del despotismo que se han conocido.

M.—¿Está vd. en su juicio, seor-maestro? ¿Se le ha olvidado que los Jesuitas fueron acusados de *regicidas*, promovedores de motines, depresores de la autoridad real, predicadores de los derechos de los pueblos; defensores de la independencia de los indios; principios todos diametralmente opuestos á esa calificacion que hoy se hace de sus tendencias á sostener el despotismo? Por Dios que seamos consecuentes siquiera en nuestras acusaciones; porque de lo contrario, tan cierto será, como en efecto lo es, ser calumnia que los Jesuitas atentan á los tronos en las monarquías, como á la libertad en las repúblicas.

Pero dejando esto á un lado, y riéndonos de tan contradictorias como gratuitas imputaciones, mi objeto no es otro que demostrarle la injusticia, con que así como se echa en cara á los Jesuitas un breve derogado mas que suficientemente, se les oponen tambien unas pragmáticas y decretos que no están vigentes, así por su espresa derogacion, como por el diverso espíritu de las presentes instituciones sociales. Ya sobre esto hablarémos despues, y concretándonos por ahora al primer punto, de si están ó no en vigor, segun derecho, las disposiciones dadas en su contra en el siglo anterior; deseo me diga, ¿cuál es su opinion sobre este particular?

B.—Con respecto á otras naciones, ignoro lo que ha pasado;

pero por lo que mira á nuestra América, muy bien me acuerdo que el mismo virey dió posesion en 1816, de órden de la córte, á los Jesuitas del colegio de San Ildefonso; que despues fueron estos á Durango y á Puebla, donde se les dió igual posesion de sus colegios por las mismas autoridades civiles.

M.—Está vd. en lo cierto, respecto de los dominios que antes fueron del rey de España, en nuestro pais; y solo le haré observar, que aquellos pretendidos *graves motivos* que Cárlos III reservó en su real pecho para espulsar á los Jesuitas, permanecieron ocultos, hasta que su nieto los declaró *calumnias, ridiculeces y chismes*, palabras, aunque bajas, que llenan de oprobio á unos decretos, que el *liberalismo* siglo XIX no ha tenido vergüenza de oponer á los Jesuitas mexicanos. Hablemos de las demás naciones.

Por lo respectivo á Portugal, sépase vd. que aunque se quiso hacer á los Jesuitas, no solo cómplices, sino el alma de aquella soñada conspiracion contra la vida del rey, el resultado fué, no haber sido ni uno solo de ellos castigado por ese supuesto crimen; que el mismo Carballo procuró hacer desaparecer el manifiesto, que con ocasion de ese regicidio habia hecho imprimir, por el desprecio y burla con que generalmente fué recibido; que Voltaire, á pesar de su ódio á los Jesuitas, no dudó calificar, esa pretendida ejecucion de justicia, del "absurdo del ridículo, unido al exceso de la ferocidad;" y que todos esos supuestos reos fueron declarados inocentes, por una sentencia formal, dada en 1781, declarándose en otra al tirano y sanguinario Pombal, criminal y digno de un ejemplar castigo. Aquí tiene vd. la primera rehabilitacion de los Jesuitas en ese reino. La segunda, fué por el decreto de D. Miguel, dado á 10 de Julio de 1829, en que se notan estas palabras: "Considerando, dice el rey en este acto oficial, „el grave perjuicio que sufren la educacion cristiana y la civilizacion „de los dominios de estos reinos, por la falta de ministros evangéli„cos, y queriendo proveer á los males de toda naturaleza, cuya dura„cion los haria irremediables, teniendo siempre á la vista el bien de „la cristiandad y por él la felicidad de mis fieles súbditos, he juzgado „conveniente llamar á este fin á la Compañía de Jesus, y permitirle „que se restablezca de nuevo." En virtud de este decreto, los Jesuitas fueron restablecidos en Portugal, y observe vd. una cosa muy particular: la condesa de Oliveira, nieta de Pombal, para reparar la grande injusticia cometida por su abuelo en la destruccion de la Compañía, tomó una parte muy activa en el grande regocijo con que celebró el pueblo portugués la restauracion de los *apóstoles*, que este era el nombre que allí se daba á los descendientes de San Francisco Javier, y les entregó á sus cuatro hijos para que fuesen las primicias de sus discípulos en su antiguo colegio de Coimbra.

Por otros decretos reales, los Jesuitas han sido restablecidos en 1801, en Nápoles y las dos Sicilias por Fernando IV, á cuyo nombre habian sido espulsados en el siglo anterior; á 20 de Agosto de 1820,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por el emperador de Austria en la Alemania, y así succesivamente en Parma, Turin, Cantones Suizos, Inglaterra, Irlanda, Holanda y la Bélgica; y fuera de Europa, en Pondichery, Calcuta, Bengala, la China, el Maduré y la Siria, y en varias repúblicas americanas, con mucha especialidad en los Estados-Unidos del Norte. Es verdad que no en todos esos paises se han dado decretos formales á su favor, y en algunos existen únicamente, en virtud de la tolerancia de cultos; pero la proteccion que en todos les dispensan los obispos, y el aprecio con que son vistos por los pueblos, sin escluir aun los mismos protestantes, son una mas honorífica rehabilitacion que los mismos decretos que en otras se han espedido para su restablecimiento.

Por lo que toca á esta principal rehabilitacion de la Compañía de Jesus, es decir, la de la opinion pública, oiga vd. como se ha espresado á este respecto, por la siguiente estadística de sus casas é individuos, que en 1815 nos ha dado un periódico francés, cabalmente el que publicaba el *Judio Errante*. El cuerpo, en Europa y fuera de ella estaba dividido en 14 provincias. El 1.° de Enero de 1838 tenia 163 establecimientos y 3067 individuos.—El de 1841, 211 de los primeros, y 3565 de los últimos.—El de 1844, 233 de aquellos, y 4133 de estos.—En 1845 su aumento fué mas rápido, subió á 250 el número de casas, y á 4517 el de sus miembros. ¿Será esta prueba á su favor ó en contra?

Con respecto á nuestra América, diré á vd. tambien.....

B.—Dispense vd. que lo interrumpa, y que antes de que me diga lo que tiene que decirme sobre nuestro pais, le advierta que se ha pasado por alto, no me atrevo á decir maliciosamente, á la Francia, en que cabalmente el punto principal de su nueva destruccion consistió en que allí se negaba esa rehabilitacion, de que vd. hace tanto mérito. Si lo sabe vd., ¿por qué lo calla? Y si lo ignora no se deje este enemigo á las espaldas.

M.—No ha habido ninguna malicia ni olvido, seor-maestro, en callar la rehabilitacion de los Jesuitas en Francia; pues allí si bien hubo decretos en su contra, fueron esencialmente nulos y sacrílegos, é indignos de que ningun católico haga mérito de ellos; y así es que no debiéndose de ver en la destruccion de los Jesuitas de ese reino, sino un ataque á la autoridad entera de la Iglesia, allí no se necesita rehabilitacion, porque en todo el rigor de la espresion, los Jesuitas no fueron los condenados sino todo el catolicismo.

B.—Señor, esta es una temeridad: ¿cómo un reino cristianísimo pudo haber dado semejante ataque á toda la Iglesia católica?

M.—No soy yo quien lo digo, amigo mio, sino que así se espresó el episcopado entero en 1762, cuando clamó al soberano pontífice Clemente XIII, pidiéndole defendiera con su autoridad, ese instituto que temerariamente habian calificado de impío el parlamento de París y los de otras varias provincias, lo que dió orígen á la famosa bula de que he hablado á vd. en mi anterior, que siempre hará honor á

la firmeza apostólica de este gran papa, y cubrirá de confusion á los autores de aquellos decretos. Además, el clero francés, reunido de órden de Luis XV para este negocio, en número de 45, entre cardenales, arzobispos y obispos unidos á los dos agentes generales del mismo clero, jueces natos en esta materia, contradijeron formalmente á esos cuerpos de seculares, declararon el instituto santo, útil y provechoso á los pueblos, y á sus religiosos modelos de virtud y de saber. El Illmo. arzobispo de París Cristobal de Beaumont, no solo se adhirió á ese dictámen, sino que volvió en una famosa Pastoral de 28 de Octubre de 1763, por la inocencia de los Jesuitas, y la pureza de su doctrina y costumbres, confundiendo tambien victoriosamente á sus calumniadores. El mismo prelado protestó despues á nombre de todo su clero contra el breve de extincion; y algunos de los principales procuradores del rey se retractaron públicamente de esas mismas calumniosas imputaciones. Ultimamente, por lo que respecta á la rehabilitacion legal de los Jesuitas en ese reino, por mas que la prensa periódica anti-religiosa de Francia ha clamado en su contra, no ha podido contestar á los argumentos sin réplica que se les han hecho, tomados del espíritu de las nuevas instituciones políticas, que actualmente rigen en ese pais (1).

Satisfecho vd. de su reflexion, paso á probarle, que los Jesuitas están rehabilitados en las Américas, y muy especialmente en la República mexicana, si no por una ley espresa y terminante, porque hasta el dia se han resistido, contra su mision, á dictarla los legisladores, que no son otra cosa, segun las nuevas teorías, sino los intérpretes de la voluntad general; por la opinion pública pronunciada en diversas ocasiones del modo mas terminante, y no ahora sino desde el año de 1810. Algo de eso le he dicho en otra vez; pero ahora quiero manifestárselo con mayor estension.

En el año de 1810, á 16 de Diciembre, en las cortes españolas se leyó la siguiente proposicion, firmada por todos los diputados de las Américas, salvo uno, la que despues en 31 del mismo mes ratificaron los que faltaban, concebida en estos términos: "Reputándose „de la mayor importancia para el cultivo de las ciencias, y para el „progreso de las misiones, que introducen y propagan la fé entre los „indios infieles, *la restitucion de los Jesuitas* se concede por las córtes „para los reinos de América." Siguen 28 firmas.

En 1816, en que se restablecieron los Jesuitas en México, fué tal el aplauso con que fueron recibidos, que muy en breve se llamaron á Durango y á Puebla, donde ocuparon sus antiguos colegios; y

(1) Posteriormente á la primera publicacion de este Diálogo, la Asamblea nacional de la república francesa ha rehabilitado (aunque indirectamente) á los Jesuitas, desechando por la notable mayoría de 448 votos contra 148, el proyecto de ley sobre enseñanza libre, en que se pretendia escluirlos de este derecho.

por la escasez de individuos no fueron á Querétaro, San Luis Potosí, Lagos, Oajaca y otros lugares que los solicitaban.

En 1821, sabido es el sentimiento general que causó su destruccion por las córtes españolas, y lo que esto influyó y así lo de ó escrito el mismísimo doctor Mier, gran patriota y á quien ninguno tachará de fanático, para la consecucion de la independencia.

En 1822, casi toda la República pidió al congreso general su restablecimiento; y existe, ó debe existir en su secretaría, un voluminoso espediente sobre el particular, con centenares de representaciones. Algunas se imprimieron, y hemos visto las de cinco cabildos eclesiásticos, cuarenta y dos entre diputaciones provinciales y ayuntamientos (1). Sin contar los muchos particulares de notabilidad, que los

(1) Entre estos últimos debe contarse el de Guadalajara, en que la proposicion del restablecimiento, en esa época, fué admitida (tales son sus palabras) ☞por aclamacion, é inflamados todos sus individuos con un fuego santo.☜ Pero *tempora mutantur, et nos mutamur cum illis:* en 1850, la Legislatura del mismo Estado, en oposicion á la de Querétaro, ha solicitado del Congreso general se declare vigente la despótica pragmatica-sancion de 1767. Si asombra el liberalísimo republicanismo de esa solicitud; ¿cuanta mayor sorpresa debe causar la instruccion que revela la iniciativa, así como la eterna defensa que contra los ataques que le dirigió el *Universal,* pretendió hacer de ella la *Voz de Alianza de Jalisco;* cuyos argumentos no son otros, que injurias, diatribas, chocarrerías, falsos testimonios, chocantes vulgaridades y añejas calumnias, mil veces refutadas y que solamente se hallan en boga y disfrutan crédito en la actualidad entre los ignorantes, impíos y mal intencionados? Desengañense los enemigos de los Jesuitas: atacarlos con tales armas, bien pudo pasar en los siglos XVI, XVII y XVIII, en la era tenebrosa de los Luteros y Calvinos, de los Scioppios y Zaorowski, de los Arnaldos y Palafoxes, de los Pombales, Arandas, Choiseules y Chauvelines; pero hoy es un verdadero *retroceso,* despues de la justicia, que como veremos adelante, han hecho á la Compañía de Jesus los mayores sábios del siglo XIX, sin excepcion de creencias religiosas y políticas; y cuando la historia ha descorrido el velo á las inicuas maquinaciones con que los filósofos y jansenistas lograron echar por tierra este formidable baluarte de la religion y órden público. En vano, pues, se afana el partido que se llama *liberal,* en surcir despreciables centones con esos libelos justamente calificados por el conocido literato Silvio Pellico, de "arrebatos de ódio, actos de miseria y delirios febricitantes de secta:" el encono con que se persigue á los Jesuitas y la futilidad de los cargos que les hacen la rutina y la pasion, demuestran, á pesar de todas las declamaciones de sus contrarios, que se les teme y se les respeta. Si se les teme y se les respeta, como ha dicho muy bien el Dr. Balmes, porque solo de esa suerte podia hacérseles la guerra, siempre con unas mismas objeciones, siempre con unos mismos testigos, siempre con unas mismas inconsecuencias, siempre con unos mismos lugares comunes, y siempre, siempre repitiendo unas mismas cosas, y sacando al campo, con una frente de bronce como nuevos, unos mismos testimonios y documentos, que cuantas veces han aparecido, otras tantas han quedado completamente pulverizados. Algunos ó muchos individuos de un cuerpo tan numeroso, esparcido por todo el globo, ocupado en negocios de toda clase é importancia, circuido de poderosos e influentes adversarios, que ha contrariado tantos intereses y permanecido por tres siglos en contínua lucha con todo género de sectarios; imposible es que no hayan cometido faltas y tal vez grandes, dejándose arrastrar cuando menos de un estremado celo por la verdad que fueron llamados á defender contra los predicantes

pidieron en lo particular, de manera, que como decia la diputacion provincial de Puebla: *toda la nacion estuvo pronunciada del modo mas inequívoco y solemne por el restablecimiento de la Compañía de Jesus.*

En 1841, solicitó el P. Mendizabal el mismo restablecimiento, y secundaron su representacion mas de doscientos individuos de lo mas lucido de México, y en menos de tres meses se hicieron otras tres solicitudes en el mismo sentido, de Leon, Silao y Orizava.

Ultimamente, hoy lo han hecho ya dos legislaturas; su providencia ha sido vista generalmente con placer, y no es remoto que otras imiten su ejemplo.

Siguese, pues, que por lo que toca á la voluntad general, orígen de las leyes en el sistema republicano, los Jesuitas están mas que suficientemente rehabilitados; y si no se ha dictado solemnemente la ley, es por la oposicion que sufre de una reducidísima minoría, bastante conocida por sus ideas irreligiosas y anarquistas, digno éco de los impíos y trastornadores del órden, que causaron la destruccion de la Compañía de Jesus en el siglo pasado.

B.—Poco á poco, señor marchante: vd. barre con todos, y me hace reir, al tratar así á la escuela filosófica francesa del siglo pasado, que fué la que especialmente echó abajo el gran coloso de Loyola, cuando en su orígen fué ortodoxa, y no combatió la religion, sino la supersticion y los abusos, en lo que la imitan los grandes hombres, que hoy continúan el mismo combate en el siglo diez y nueve.

del error; ¿pero qué corporacion de la misma gerarquía y en iguales circunstancias, podrá vanagloriarse de no haber incurrido en las mismas ó mayores? ¿Y qué son estos pequeños lunares, inevitable resultado de la condicion humana, por mas que los abulten la ignorancia ó las pasiones, en parangon con los inmensos frutos que esa inmortal Compañía ha producido y produce en todo el universo? ¿De qué valor son esos cuantos apasionados acusadores que se le oponen, en comparacion del incontable número de sus apologistas y admiradores? Sobre todo, y concluyamos: ahora no se trata sino del cuerpo, por lo que es en sí, por el espíritu que lo anima, las reglas que dirigen su conducta y las utilidades que de su restablecimiento deben seguirse á la República. Consúltese, pues, su instituto, obsérvense atentamente las costumbres de los que lo han abrazado; y si aun este corto trabajo pareciere todavía excesivo, escúchese siquiera á las siguientes espresiones que la fuerza de la verdad arrancó mas ha de doscientos años á un encarnizado libelista, en la sátira que publicó con el título de "Instruccion á los príncipes sobre la política de los padres Jesuitas:" ☞"Que la religion de los padres Jesuitas (dice) fuese plantada en la viña de Jesucristo por obra del Espíritu Santo, como árbol que debiese producir el antídoto contravenено de las heregías, bien claramente lo mostraron las leyes y estatutos, con que San Ignacio, su primer labrador, procuró arraigar esta planta. Y á la verdad, en cuanto aquellos primeros padres le dieron vida, regaron con agua de caridad y lo cultivaron conforme á la intencion de su fundador, echó dos ramos: uno de amor para con Dios, y otro para con el prógimo. De ellos nacieron maravillosos frutos; ya en la mejor educacion de la juventud, ya en el aprovechamiento espiritual de las almas, y ya, en fin, en el aumento de la fé católica.☜ Medítense estas palabras, y si ellas solas bastan para conocer el espíritu que rige á los Jesuitas; de las mismas debe deducirse el que anima á sus opositores.

Pero, ya se vé, es esa ocurrencia muy antigua entre los apologistas de los Jesuitas, de tachar de hereges é impíos á todos los que no son devotos de los reverendos padres; avanzándose muchos á decir, que la Iglesia y la Compañía son una sola cosa; de manera, que no merezca el nombre de cristiano ni de católico, quien no es *fautor* ni cómplice de los Jesuitas.

M.—Esas proposiciones que vd. ha vertido, no son en verdad, ni de los Jesuitas ni de sus amigos: sino cabalmente proferidas por dos de sus mayores adversarios, para hacerlos odiosos: la primera por Pascal en el siglo XVII, y la última recientemente por el abate Gioberti. A ellos, pues, corresponde probar estas imputaciones que hacen á los apologistas de la Compañía, y sus pruebas serán, como suyas, nuevas calumnias é injurias. Pero si por la calidad de los contrarios, puede inferirse la de aquellos á quienes se oponen, aunque no avanzándome tanto como esos campeones del anti-jesuitismo, si puedo asegurar, que los enemigos de la Compañía de Jesus, lo son en su mayor parte los de la Iglesia católica; y nada me será mas fácil que probárselo, si vd. lo desea.

B.—¡Si lo deseo! Cabalmente esto es lo que solicito.

M.—Pues, bien, sin remontarnos á los tiempos mas antiguos de la Compañía, en que escribia el calvinista Florimundo que: "para herir á la Iglesia pasan los hereges los costados de la Compañía, y la señalan como víctima á sus espadas:" ni hacer mérito de lo que escribió el jansenista Le-Courayer: "Destruyendo el crédito y la reputacion de los Jesuitas, Roma será socabada en sus últimos fundamentos, y cuando ella no exista, la religion se reformará por sí misma;" ni de las confesiones hechas por D'Alembert y demás filósofos del siglo XVIII, que no les daban otros títulos que el de guardias de *corps* del papa; falange macedonia, granaderos de la santa sede, &c., ni recordar lo que ha dicho últimamente un periódico sin embozo, "que todo católico activo y firme en su creencia, es necesaria é inevitablemente un Jesuita," me bastará hacerle notar lo nada ortodoxos, ó por mejor decir, lo decididamente impíos que fueron los que causaron la destruccion de los Jesuitas en el siglo pasado, como Voltaire, D'Alembert, Raynal, Condorcet &c., &c.

B.—¡Cuidado, con morderse la lengua! porque muchos de estos fueron discípulos de los Jesuitas, y ya vd. ve que cualquiera infamia con que se tilde su nombre, debe recaer sobre sus maestros.

M.—Está vd. gracioso por estremo. Pues qué, ¿en los años que lleva de barbero, no ha tenido aprendices chismosos, ladronzuelos, jugadores y disipados? ¿Y será vd. culpable, porque ellos no se hayan aprovechado de sus ejemplos, reprensiones y consejos? Vamos, seor. maestro, no nos dejemos arrastrar tanto de la pasion. Si ese argumento que ya he visto en un periódico progresista, fuese concluyente, necesario seria destruir á la misma religion, porque de su seno han salido sus mayores enemigos. Pero en el hecho mismo de combatir-

la, ¿no prueban que no se conforman con la santidad de sus preceptos, con lo sublime de sus dogmas y con la severidad de sus costumbres? Pues aplique vd. el caso.

B.—Conozco, señor, toda la ligereza con que me he espresado. Prosiga vd.

M.—Pues bien, tan lejos era de ser ortodoxo Voltaire, el patriarca de los filósofos, que, como escribia Condorcet: "en su destierro á Inglaterra juró emplear toda su vida en destruir la religion de Jesucristo, y ha cumplido su palabra." Son notorios sus gritos de alegría al ver que (como decia) *la victoria se declaraba por suya en todas partes;* sus horrendas blasfemias contra nuestro Salvador, y sobre todo, aquella palabra que se le escapó, y que basta por toda prueba, de que los *dogmas* (de la Iglesia católica) *son el estremo de la demencia.*

J. J. Rousseau enseñaba, que, "á las niñas no debia hablárseles de religion.... que no hay necesidad alguna de la revelacion.... que los dogmas revelados envilecen á los hombres.... que la religion revelada no inspira otra cosa, que sentimientos de orgullo, de intolerancia y de crueldad," y otras blasfemias semejantes.

D'Alembert, autor en gran parte de la Enciclopedia, decia, que en virtud de esta obra de impiedad, se verian dentro de poco "llamados los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, y despedazado el infame." Ya vd. sabe lo que esta horrenda blasfemia quiere decir.

Raynal entre sus muchos errores, enseñaba que, "la religion católica es la mas despreciable de las supersticiones.... la doctrina de Jesucristo repugna á la razon, y es insociable en cuanto á los consejos.... los misterios, incomprensibilidad contraria á la razon.... lícitas las maldades de todo género, con tal que no estén prohibidas por las leyes.... los milagros del antiguo y nuevo Testamento, imposturas," y otras muchas impiedades.

La-Mettrie, segun dice Voltaire, en una carta, ha proscrito en una obra la virtud y los remordimientos, hace el elogio de los vicios, é invita á su lector á todos los desórdenes.

Diderot, fué uno de los mas desvergonzados predicadores del ateismo.

Condorcet, autor de la Vida de Voltaire, encomió el mas cínico é impío poema que haya salido jamás de mano de los hombres.

Damilaville, íntimo amigo del mismo Voltaire, en sus artículos insertos en la Enciclopedia sobre impuestos y economía política, descargó contra todas las religiones, y principalmente el cristianismo, las mas virulentas invectivas.

Helvecio ha escrito un libro, el mas destructor de la religion cristiana, de las leyes, y de la honestidad natural, en que predicó los principios de los epicureos y materialistas, y está repleto de proposiciones impías, escandalosas y heréticas.

Sobre el baron de Holbach, autor de mas de treinta libros contra la religion, cuyos solos títulos bastan para conjeturar lo irreligioso de

*

us máximas, llamaba insensato el dogma de la inmortalidad del alma, denominaba á Dios un coloso imaginario, una palabra, mas bien un centon de palabras vagas é indeterminadas, y un fantasma inesplicable; decia, en fin, que la religion embriagaba desde la infancia á los hombres con los humos de la vanidad, del fanatismo y del furor.

Esta es la escuela, que principalmente hizo la guerra á la Compañía de Jesus, y éstas las máximas irreligiosas que inundaban á los paises católicos, y que hasta el dia predominan, en los que tienen la avilantez de llamar á los Jesuitas enemigos de la religion, y calificarlos de corruptores de la moral cristiana.

B.—Dispense vd., señor, no hay regla sin escepcion: es cierto que esos hombres que me ha citado, eran impíos y perversos; pero ni esa clase predominaba en esa época, ni las novedades que se predicaban se dirigian directamente contra la religion.

M.—¡Qué escaso está vd. de noticias, seor-maestro! La hipocresía siempre ha sido el carácter de los hereges é incrédulos; y ninguno ha dicho descaradamente y sin disfraz, que iba á combatir la religion. Pero si vd. quiere convencerse de que no fueron otras sus miras y no dá crédito á mis palabras: ya que tanto reverencia la voz del Sr Clemente XIV, como vicario de Jesucristo, escúchela vd. y verá la exactitud de mi proposicion.

Pocos dias antes de morir el citado pontífice se espresaba de esta manera, hablando en un breve á los obispos, arzobispos, patriarcas y primados, respecto á la publicacion que habia hecho del jubileo. "Si alguna vez conviene, que aquellos que tienen por encargo el cui-„dado de la viña del Señor, sean excitados por el ardiente deseo de la „salvacion de las almas; en este tiempo es sumamente necesario que „sean inflamados de ese celo, cuando vemos nacer casi diariamente y „difundirse opiniones tan multiplicadas y peligrosas para quebrantar „ó destruir á la religion, y que arrastrados los hombres por el encan-„to de la novedad, y movidos poderosamente por el atractivo de esta „ciencia peregrina, conspiran á este fin y se prestan voluntariamente „á estas miras...."

Observe vd. de paso, seor-maestro, dos cosas importantes: primera. que esos ataques á la religion marchaban unidos á los que sufria la Compañía de Jesus, así en su instituto como en su doctrina y máximas: segunda, que los fautores de esas nuevas opiniones tan justamente sospechosas á la silla apostólica, han sido y son los que mas han desacreditado á todas las instituciones religiosas, predicado la libertad de conciencia y combatido mas las creencias de la Iglesia romana. Y á vista de esto: ¿podrá todavia ponerse en duda que los enemigos del catolicismo, lo son igualmente de la Compañía de Jesus? ¿Podrá desconocerse la verdad con que se ha dicho no una, sino repetidas ocasiones, que por el nombre de Jesuitas entendian, y entienden todavia los incrédulos de nuestros dias, no solo á todo el clero, sino aun á todo el catolicismo?

B.—No deja de hacerme fuerza lo que vd. me dice, tanto mas, cuanto que yo observo que aquellos periódicos, que mas combaten al clero, que atacan mas sus fueros, sus preeminencias y bienes, y son los mas valientes defensores de la tolerancia de cultos, son ahora los que mas se distinguen por su ódio á los Jesuitas.... Pero dejando esto á un lado ¿quién duda que con la destruccion de estos padres, á lo menos se ha destruido la tiranía, y que sus adversarios son los mas decididos amigos de la libertad de los pueblos?

M.—Tanto como amigos de la religion; pues si bien lo observa vd., los libros de esos llamados filósofos, no menos hormiguean en máximas impías, que en anárquicas y sediciosas; y nada es mas opuesto á la libertad que el trastorno de la paz y órden público. Pero hablen los hechos y esta es la prueba mas convincente.

Comenzose á desenvolver la conspiracion anti-jesuítica, acusando á estos padres de *regicidas*, es decir, asesinos de los reyes: salieron á la palestra opiniones teológicas especulativas, que yacian olvidadas en el polvo de las escuelas, y de que los Jesuitas no habian sido autores: fingiéronse conspiraciones: se esparcieron calumnias sobre el particular, y nada se omitió, en fin, para hacer sospechosos á los Jesuitas ante los reyes. Cayó la Compañía, y un rey murió en un cadalso; otros fueron destronados y todos, por último, se han convertido en objeto de escarnio é irrision, no perdonándose ni aun á los muertos, cuyas cenizas fueron arrojadas hasta en lugares inmundos. ¿Y quiénes fueron los autores de estas catástrofes? Los enemigos de los Jesuitas: los que pusieron en práctica opiniones de escuela, sobre que mas de cien años antes de su destruccion, les estaba prohibido aun hablar, bajo las penas mas severas, á los miembros de ese cuerpo.

Siguiéronse en este siglo las mismas conspiraciones contra los soberanos; y el primer paso que siempre se ha dado, no ha sido otro que destruir á los Jesuitas, á esos que en las monarquías se llaman *regicidas* y enemigos natos de la autoridad real. ¿Son, pues, las máximas de la Compañía ó las de sus adversarios los que causan estos trastornos en los gobiernos monárquicos?

Vamos á las repúblicas; y sin hablar de la nuestra en las que los promotores de las *annuas* revoluciones nada menos son que Jesuitas, sino mas bien contradictores de este cuerpo, veamos lo que ha pasado en otras en que ellos existian. Revolucionóse la Suiza, y lo primero fué echar fuera á los Jesuitas. Se trastornó el órden en Buenos-Aires, donde ya se habian establecido con aplauso público, y su destierro fué la primera señal del combate al presidente. Llamáronse á Guatemala, donde se habia dado ley á su favor, y mientras llegaban, no los amigos de los Jesuitas, sino sus decididos y notorios adversarios echaron á bajo al gobierno, y una de sus mas preferentes ocupaciones fué derogar la ley dada del restablecimiento. Ahora bien: á vista de estos y otros casos que podiamos citar ¿se dirá que los Jesuitas revolucionan en los paises libres, cuando ó no existen en ellos, ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la primera medida que se toma para regularizar la revolucion, es desterrarlos de aquellos lugares? ¿Será creible que los revoltosos de todos los paises se priven con tanto empeño de sus mas poderosos auxiliares?

Voltee vd. ahora la hoja, y reflexionando que el preliminar de tanta inmoralidad, de tanta corrupcion, y de tantas calamidades como han inundado á los pueblos todos, fué la destruccion de la Compañía de Jesus, saque la consecuencia de si todas las acusaciones que se les hacen son justas. Si así lo fuesen, claro es, que en mas de los dos siglos que existieron (233 años), en que el mundo, segun dicen sus enemigos, estuvo sujeto ciegamente á todo el pernicioso influjo de sus principios y doctrinas, debió haber sido constantemente el teatro de los horrores que se les atribuyen; y destruida esta fatal influencia, y sujeto el orbe á la de los que profesaban máximas opuestas, tiempo era ya de que generalmente reinase una paz octaviana en todas las naciones, que hubiera florecido la religion, imperado la paz y órden público, y llegado al último término de progreso la felicidad de todos los paises. Pero, cuando todo lo contrario ha sucedido; cuando todo es desórden y trastorno en lo religioso y político; cuando, en fin, parece que ha huido al cielo la religion, la justicia, la verdad, la buena fé y los bienes todos: ¿habrá todavia valor para atribuir este cúmulo de males, que nos oprime, y del que no encontramos salida, á un cuerpo, que lejos de influir ya en los negocios públicos, hace cerca de cien años que es objeto en sí, en sus principios y máximas, del ódio, de la execracion, y de la maldicion de todos los que con sus doctrinas, con sus ejemplos y escritos se han propuesto regenerar á la especie humana, y elevarla del estado de abyeccion, de embrutecimiento y barbárie, en que dicen ha yacido durante todos los siglos, desde la creacion del mundo, hasta los felices diez y ocho y diez y nueve en que ha rayado la luz en toda la tierra?

B.—A dar á vd. crédito, el mundo siempre fué muy feliz y hasta esta época es desgraciado; y á la verdad que esta es una paradoja imperdonable en un sugeto de la instruccion de vd.

M.—No es esto lo que digo; pero si vd. se toma el trabajo de consultar la historia con imparcialidad y buena fé, se convencerá fácilmente de estas dos grandes verdades. Primera, que los que han causado siempre los trastornos públicos, han profesado, bajo una denominacion ú otra, con mas ó menos hipocresía ó descaro, y en mayor ó menos número de personas, los mismos principios, que hoy son de moda, se llaman *liberales*, y tienen un inmenso número de secuaces. Segunda, que cuando la religion se ha sobrepuesto á estos destructores principios, las naciones han progresado, aun en lo temporal; pues no hay agente mas eficaz de la prosperidad pública, que la verdadera y única religion.

B.—Cada uno habla en esto segun su opinion. V. y los de su bando echan la culpa á los filósofos despreocupados y regeneradores

del mundo; y estos á la vez á los fanáticos, á los rutineros, al influjo sacerdotal, y sobre todo, en estos últimos tiempos, á los Jesuitas.

M.—Así es en efecto: y hace muchos siglos, ya lo hizo notar San Agustin, cuyas palabras parecen escritas especialmente para la cuestion que ventilamos, entre los Jesuitas y sus adversarios: "Lo que reprenden, decia el santo doctor, en nosotros [*los católicos*] para engañar á los poco avisados é instruidos; ellos [*los hereges é impios*] y solo ellos lo han hecho."—Prosigamos.

He probado á vd. la poca ortodoxia de los enemigos de los Jesuitas, y su hipocresía en venderse por amigos de la religion al combatir á estos padres. Paso ahora á manifestarle su falso liberalismo, y la inconsecuencia de sus principios, cuando discurren sobre la Compañía de Jesus. Digame vd., ¿no es uno de los eminentemente constitucionales, el de la libertad de conciencia?

B.—Sin duda, señor, y por eso hoy se ha establecido la tolerancia en la mayor parte de los paises; y nuestros liberales han clamado tanto, porque se establezca tambien en el nuestro.

M.—Muy bien. Quiere decir, amigo mio, que segun este principio; los bonzos, los brammas y derviches tienen el derecho de introducirse en todas esas naciones: que en ellas puede hacerse uno el dia que guste, judío, musulman, kuákero, anabaptista, &c., sin que nadie pueda reconvenirle: que puede adorar á Vichenou, venerar al gran Lama, quemar incienso delante de un cocodrilo, ó prosternarse ante un mono, sin que ninguno tenga privilegio de turbar su culto, é insultar su idolatría: que puede, en fin, hacerse deista, materialista y ateo, y gracias á las nuevas constituciones progresistas, permitírsele vivir seguro y dormir en paz. Y pudiéndose profesar libremente tales y tan estravagantes errores; ¿solo se prohibirá á los hijos de San Ignacio vivir segun su instituto? ¿No es esto el estremo de la inconsecuencia?

Lo que hemos dicho respecto de los paises tolerantes, podemos aplicar al nuestro, aunque no lo sea, y con mayor razon. El artículo 3.° de nuestra constitucion ha declarado que la religion católica, apostólica, romana, es la unica del Estado, y que la nacion la protege por leyes sábias y justas. Y bien: ¿con qué razon, siendo la Compañía de Jesus un cuerpo eminentemente católico, como las demás órdenes religiosas que existen entre nosotros, se prohibe su restablecimiento, cuando de un modo tan espreso lo piden los pueblos? ¿Por qué se priva á una religion que se ha jurado proteger con leyes sábias y justas, de una corporacion á quien la misma Iglesia ha confesado haber sido enviada por Dios para servirle de una nueva ayuda? ¿No es esta una contradiccion de los liberales que se denominan católicos?

B.—Pero señor, tantas cosas como se dicen de los Jesuitas, ¡su espulsion de los paises católicos! ¡su destruccion por la misma silla apostólica! ¡su....!

M.—Ya he satisfecho á vd. sobre estos puntos, y no soy amigo

de repetir; pero contésteme ahora categóricamente á otra pregunta muy al caso. ¿No es otro principio tambien eminentemente constitucional, que las faltas son personales, y que no hay delitos ningunos que se trasmitan por infamia, á los que no los han cometido? Piense vd. bien la respuesta.

B.—Nada tengo que pensar. Este es un principio muy justo y que yo profeso de todo corazon, como una de las mejoras sociales del siglo en que vivimos.

M.—Pues si tal es la opinion de vd., dígame por su vida. Cuando los Jesuitas actuales, el mas viejo, acaso no llega á ochenta años: ¿con qué justicia se les atribuyen esos delitos, que se dicen cometidos por sus antepasados en los tiempos anteriores? ¿Podrán hombres de esa edad ser responsables, v. g. de las conspiraciones contra la reina Isabél de Inglaterra; de la liga formada en Francia contra Enrique III; de los conatos del asesinato de Mauricio de Nasau en Holanda, ó de las controversias sobre la doctrina del P. Molina en el siglo XVI? ¿Lo serán de la conspiracion de la pólvora; de las ocurrencias de Venecia; de la muerte de Enrique IV, ó de la obra sobre el regicidio del P. Mariana, en el siglo XVII? ¿Lo serán de la destruccion de Puerto-Real, del parricidio de José I, del motin contra Esquilache, de la quiebra del P. Lavalete, ó de los errores de Berruyer y Benci, en el XVIII? Y contrayéndome á nuestras Américas; ¿podrán los Jesuitas de 1849 ser culpables de las controversias entre el Sr. Palafox y los padres de Puebla, ó de los del Paraguay con el R. Cárdenas, que datan doscientos años, ó siquiera de la muerte violenta del P. Segura, ocurrida hace ciento? ¿Podrá á estos mismos Jesuitas hacérseles cargo por los ritos chinos en Asia, por la espulsion de sus hermanos de Amberes, Bohemia, Moravia y Francia en Europa; por las disputas con los capuchinos en la India; por la sublevacion del Paraguay, &c , &c?

B.—El argumento de vd., señor, valdria mucho, si esos delitos fueran puramente personales, como los de otras comunidades religiosas, á quienes no se afrentan por sus Luteros, Jacobos Clementes, Paulos-Sarpis, Mirandas, &c., &c Pero á los Jesuitas se les hace cargo de estos delitos, por cuanto han sido cometidos, no por la flaqueza humana, sino en virtud de su misma institucion.

M.—Ya veremos despues si esto es como vd. lo dice, y si puede ser católico y racional este reproche al instituto de la Compañia de Jesus, aprobado como otro cualquiera por la sede apostólica: limitándome por ahora á esos delitos, aun suponiéndolos, como dije, verdaderos, debe vd. convenir, que los actuales Jesuitas es moralmente imposible que los hayan cometido, y por consiguiente, que siendo las faltas personales, y prohibiéndose por las leyes la infamia, se les pueda objetar segun los principios liberales, que es el punto de la cuestion. Busque vd. el modo de combinar la conducta que en el particular guardan los liberales con los Jesuitas, tan opuesta á sus máximas, mientras que le hago otra pregunta. ¿Es cierto que entre los caracteres del siglo actual es uno de los mas distintivos el de desenvolver con la mayor eficacia el espíritu de asociacion?

B.—Tambien este es un punto en el que estoy conforme. Convencido el siglo presente de la nulidad en muchos casos del poder individual, para llevar al cabo grandes empresas, ha reconocido mas que los anteriores la importancia de proteger y fomentar el espíritu de asociacion.

M.—Así es como vd. lo dice; y este espíritu se ha difundido tambien entre nosotros. Díganlo si no, esas compañías de minas, esas sociedades filantrópicas, esas academias literarias, esas empresas para caminos de hierro y barcos de vapor, esas juntas agrícolas y demás á que diariamente vemos invitar en los periódicos, ó que ya se encuentran establecidas. Esto supuesto, dígame vd. ¿no es un contra principio, un retroceso, una contradiccion, el rehusar la existencia legal á una asociacion, que se presenta, exhibiendo las mas seguras garantías, á satisfacer las mas graves exigencias de la República; exigencias generalmente reconocidas, y que vociferan los mas patriotas periodistas?

B.—¿Pero qué es lo que ofrece esa asociacion de los Jesuitas, que sin duda es la de que vd. me habla? ¿Cuáles esas garantías tan seguras y suficientes que dá para destruir todas las preocupaciones, si se quiere, que existen en su contra? Mientras vd. no me las patentize de un modo evidente, le diré, que no hay ninguna contradiccion en principios, entre los liberales, que desean todas las asociaciones, y repugnan la de los Jesuitas.

M.—Pues ya que vd. quiere que se lo demuestre, voy á hacerlo de buena gana, y tanto mas, cuanto que quiero convencerlo de que cualesquiera que sean las acusaciones personales hechas á los Jesuitas, estas no pueden apoyarse en su instituto y reglas, así como las faltas, crímenes y escándalos de los malos cristianos no pueden atribuirse á la religion.

A cuatro grandes exigencias pueden reducirse las muchas que hay que satisfacer en la nacion. La primera, la reforma del clero y su correspondiente instruccion en las ciencias propias de su estado. La segunda, la enseñanza pública de la juventud, así en la parte científica como en la moral. La tercera, moralizar al pueblo, combatir su ignorancia y corregir sus muchos vicios. La cuarta, en fin, contener las irrupciones de las tribus bárbaras, y hacerlas entrar en el camino de la civilizacion. Todas estas se han ofrecido á satisfacer los Jesuitas; y para realizarlo tienen sobrados medios.

Por lo que toca á la primera, sabido es que el buen ejemplo es uno de los mejores medios para la reforma de cualquiera clase, y mucho mas si á este se agrega la formacion de los jóvenes que han de abrazar aquel estado. Ambas cosas promete desempeñar esta asociacion, y á favor de su propuesta, depone, no solo la tenacidad en obser-

var sus constituciones, que se ha hecho proverbial entre nosotros, que siempre fué el carácter de los Jesuitas, y que imitándola las demás órdenes se reformarian, sino que sus seminarios, volverán á ser como fueron antes, un almácigo del clero secular y regular.

Por lo respectivo á la enseñanza científica y moral de la juventud, no solo para el estado eclesiástico, sino para todos los de la sociedad, deponen á su favor su plan de estudios admirado desde su cuna por los mayores sábios del mundo, y perfeccionado el dia de hoy, de acuerdo con las luces del siglo, de manera, que escepto la medicina, no hay ramo alguno de literatura que no enseñen en sus colegios, y que sirven como de estudios preliminares para todo género de profesiones. Respecto de la moralidad y saber de los maestros, deponen las reglas de este mismo plan, la multitud de obras elementales que ellos han producido, la confianza de los padres de familia, y el infinito número de discípulos ilustres en santidad y letras que han salido de sus escuelas: de manera que puede asegurarse, que ellas han sido no menos de piedad cristiana, que de letras; agregando á estas reflexiones, esa economía de sus gastos, que importan tres tantos menos acaso que los de cualquiera otro establecimiento.

Ninguno duda del influjo de la religion para la correccion de las costumbres públicas. El Evangelio fué el que destruyó todos los errores, todos los desórdenes y vicios de la idolatria. Los sacrificios de la cruz sustituyeron á la ambicion, soberbia, y demás pasiones desenfrenadas del paganismo: el despotismo de los reyes y la barbárie é insubordinacion de los pueblos sucumbieron al poder de las máximas del cristianismo: últimamente, el orbe todo á la fuerza de su poder, se convirtió de un campo eriazo y lleno de espinas, en un hermoso vergel de todas las virtudes. Desde la publicacion del cristianismo hasta la era presente, el universo ha presentado diversas fases, ya de órden y piedad, ya de anarquía é irreligion; y solo el poderoso influjo de la palabra divina ha sido capáz de sistemar la felicidad de las naciones y reformar sus estragadas costumbres. Este mismo Evangelio, estas mismas máximas, este mismo poder é influjo, es el que invocan hoy los Jesuitas, para la grande empresa á que se ofrecen: ¿y no cumplirán su palabra los que están animados del mismo espíritu que hizo á sus antecesores convertir millares de hereges, reducir infinito número de pecadores, hacer reinar la paz y la concordia en los pueblos y desterrar de ellos los mas arraigados escándalos, sin otras armas que sus públicas predicaciones, sus misiones, sus catecismos, sus ejercicios, sus servicios de todo género, y la asiduidad y constancia en todos sus ministerios? Sobre todo: cuando los Jesuitas, digan lo que quieran sus adversarios, aun conservan tanto predominio en los corazones de los pueblos: ¿no serán los mas eficaces instrumentos para reformar la moral pública?

La civilizacion de las tribus bárbaras que devastan nuestros estados limítrofes, es la última é importante exigencia que se proponen

satisfacer los Jesuitas: esos Jesuitas, que mandaban á las mismas, no solo varones muy santos y celosos, sino muy sábios y prudentes: esos Jesuitas, que tenian subyugados bajo el imperio de sus dulces y amables virtudes á los nayaritas, tarahumares, pimerianos, &c.: que á fuerza de sudores y sangre redujeron á los antiguos chichimecas, topias y californios; esos Jesuitas, en fin, cuyo solo nombre hace llenar los ojos de lágrimas á los descendientes de sus antiguas reducciones, que todavia suspiran por los *padres prietos*, cuya memoria se conserva por la honorifica tradicion de sus mayores. ¿Y la vista sola de estos apóstoles tan queridos en esos aduares, centro hoy de barbarie y depredaciones, no bastaria para reducirlos á un órden cristiano y social, como á los paragueyes y cabezas chatas?

B.—Muy bonito pinta vd. las cosas: ¿pero cuáles son las garantías que ofrecen los Jesuitas, para dar entero cumplimiento á estas importantísimas empresas?

M.—Las que no dan ni pueden dar ningunas otras asociaciones políticas, que sin embargo nosotros admitimos bajo su palabra. Un instituto no solo santo, y como tal aprobado por la Iglesia, por el órgano de mas de treinta de sus pontífices, sino por un concilio general. Un instituto proclamado por los mayores hombres del mundo, la obra maestra del saber y la prudencia. Un instituto que no ha podido combatirse, sino alterándolo esencialmente; y que los mismos hereges se han complacido en presentar como el ejemplo y el modelo de la república mas perfecta y acabada. Un instituto que se acomoda á toda clase de gobiernos, á toda clase de climas, á toda clase de ocupaciones y á toda clase de trabajos de interés público. Un instituto, últimamente, cuya grande gloria es haber sido durante tres siglos objeto del aplauso, de la admiracion y del amor de todos los hombres de bien, y de la maledicencia, de las injurias y aborrecimiento de todos los malvados; y que no puede condenarse, sin condenar al mismo tiempo á la Iglesia católica, y á cuanto ha existido de santo y respetable por tres centurias de años. La otra garantía que ofrecen los Jesuitas en su gloriosa historia durante todo el tiempo que han existido: historia cuyas inmortales páginas son otros tantos títulos de honor á los que han dado materia á los sucesos que refiere: historia llena de héroes de santidad, de literatura, de caridad y de celo, de santos, de sábios, de mártires, de apóstoles y doctores: una historia, por último, en que se vé de todo lo que es capaz una asociacion, animada del espíritu religioso y del amor ardiente á la humanidad.

Estos honoríficos timbres, que no pueden empañar algunas ligeras manchas, ni afear algunos contados lunares, y que se conservan en la tradicion de todas las generaciones, es la última garantía que dan los Jesuitas, del empeño con que se dedicarán á dar lleno á sus generosas ofertas, protestando no degenerar de los gloriosos principios de sus mayores, seguir sus huellas y guiarse por sus mismas máximas. Y que ellos están dispuestos á cumplir su palabra lo

acreditan bastantemente los progresos hechos en sus establecimientos de cerca de medio siglo á la fecha, que no habrian obtenido si los pueblos, los mejores jueces en esta materia, los hubieran visto desmerecer el alto concepto que tenian de sus predecesores, y no hubiesen satisfecho la espectacion pública; pues desengáñese vd. seor-maestro, los pueblos mas creen á sus ojos que á sus oidos; y de aquí resulta el empeño que se tiene en desterrar á los Jesuitas de donde han sido admitidos, y no recibirlos á donde se solicita su presencia, por mucho que sea el interés que en ello se manifieste.

B.—Como católico que soy nada objetaré ya sobre un instituto, tan repetidas veces aprobado por la Iglesia; pero por lo que toca á la historia, especialmente de la mitad del siglo pasado á la fecha, no estoy muy de acuerdo en que ella los absuelva de los cargos que se les hicieron. Si bajo este punto de vista vd. me acredita la inocencia de los Jesuitas, me rindo á su partido. Unicamente espero que los testimonios que me presente no serán de fanáticos ni preocupados, sino de escritores imparciales é intachables bajo todos aspectos.

M.—Así lo ofrezco á vd., y en prueba de ello, solo hablarán protestantes, filósofos, periodistas y otros escritores nada afectos por sus opiniones á los Jesuitas, y por lo tanto nada recusables en esta materia (1); pues sabido es que no hay mejor argumento, ni de mayor autoridad que el que se toma de la confesion de los mismos enemigos. Comencemos, sin perder tiempo, por los cuatro mas famosos historiadores de la época, todos protestantes, aunque muy juiciosos y honrados, dando principio por la *Historia del papado durante los siglos XVI y XVII* del sábio Ranké, tom. 1.° pág. 301.

"Han existido otras órdenes que formaban tambien un mundo aparte en el mundo, que separaban sus miembros de todas las demás relaciones de la vida, y se las apropiaban engendrando en ellos, por decirlo así, una nueva existencia. El instituto de los Jesuitas ha sido calculado precisamente bajo estas miras. Pero lo que lo caracteriza eminentemente, es, que por una parte no solo favorece el desarrollo individual, sino que lo impone, y por otra se apodera de él esclusivamente y se lo identifica: esto se ve claramente. La Compañía

(1) Como gran parte de los testimonios que se insertaron en este Diálogo cuando se publicó en el *Universal*, se tomaron de la *Defensa de la Compañía de Jesus* y de los otros tres opúsculos, de que hablarémos despues y se imprimieron en esta misma casa de Abadiano y Valdés donde se hallan de venta, nos contentarémos con citar los nombres de sus autores, bajo el concepto para no hacer fastidiosas estas citaciones, de que aquellos cuyo lugar no se indique, pueden buscarse en el tomo III, opúsculo 5.° de la *Defensa*, ó en el Indice alfabético que está al fin de la obra. Sin embargo de esta supresion no dejarémos de insertar otros nuevos muy curiosos, y que no se han publicado en los referidos escritos; pues, por mas que se empeña el partido en tildar á los amigos de los Jesuitas de ignorantes y retrógrados, cada dia les ministran nuevas armas para combatir á favor de su causa, multitud de escritores no menos ilustrados que de juicio é imparcialidad.

quiere poseer á todos sus miembros en toda su propiedad, mas al mismo tiempo, quiere dar á su personalidad el mayor poder posible de desenvolverse, en la esfera y servicio de los principios mismos de la órden...."

Atienda vd. á la página que sigue.

"Los Jesuitas trabajaban, sobre todo, en perfeccionar las universidades, y su ambicion era rivalizar con las mas célebres de las protestantes. Toda la cultura científica de esa época descansaba sobre el estudio de las lenguas antiguas. Las cultivaron con un nuevo celo, y en poco tiempo se creyó poder comparar á los profesores Jesuitas con los mismos restauradores de estos estudios.... Los sucesos de los Jesuitas fueron prodigiosos. Se observó que *aprendia mas la juventud en diez meses en sus colegios, que en dos años en los otros;* los mismos protestantes confiaban mejor sus hijos á los Jesuitas que á los mas alabados establecimientos...."

Leamos en el tomo 4.° página 153, lo que dice de las conquistas hechas por los Jesuitas á la civilizacion cristiana en América, las Indias, la China y el Japon.

"En todos estos paises los Jesuitas desplegaron un genio tan flexible como perseverante y tenaz, y sus progresos fueron mas estensos de lo que habria podido esperarse, consiguiendo vencer á lo menos en parte, la fuerte resistencia de las religiones nacionales que reinan en el Oriente. Enmedio de todas esas inmensas preocupaciones, de esas luchas y de esos sufrimientos, nada omitieron por la union de los cristianos de la Iglesia de Oriente con la romana.... ¡Qué inmensa actividad! ¡Abrazando á todo el mundo, penetrando al mismo tiempo en los Andes y los Alpes, enviando sus representantes y defensores al Thibet y Escandinavia, sabiendo por todas partes ganarse el poder del Estado, en Inglaterra como en la China! ¡y sobre una escena tan ilimitada, verse por todas partes una actividad juvenil, enérgica é infatigable! ¡El impulso que obraba al centro, hacerse sentir tal vez con mayor exaltacion y fuerza atractiva sobre los que trabajaban en los paises distantes!"

Pasemos á la página 346, en que espone la reaccion contra los Jesuitas en el seno de las cortes europeas.

"Esta reaccion se propagó, sin contenerse, á todos los paises sujetos á los Borbones, La enemistad de las córtes borbónicas se avanzó mucho mas. Pasaron inmediatamente de la persecucion contra los Jesuitas, á ataques contra la santa sede.—¿Y á quién debia el papa dirigirse? Todos los Estados italianos, Génova, Módena y Venecia habian tomado partido contra él; fijando, pues, sus miradas en la Austria escribió á la emperatriz María Teresa, diciéndole que era su único consuelo sobre la tierra, y suplicándole no permitiese el que fuese oprimida su ancianidad con violencias sacrílegas. El papa murió con dolor.... La posicion que habian tomado las córtes era demasiado amenazante, su influjo era muy poderoso para que no hubiesen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

logrado que en el cónclave que iba abrirse se elevase á la triple corona un hombre tal cual le habian menester.—Ganganelli, pues, fué elevado por influjo de los Borbones, por propuesta de los cardenales españoles y franceses, y tomó el nombre de Clemento XIV..... Se ocupó sériamente del negocio de los Jesuitas; hácia los que no estaba dispuesto muy favorablemente..... y sobre todo, por la imposibilidad de restablecer de otra manera que por la abolicion la paz de la Iglesia, pronunció su sentencia á 21 de Julio de 1773.—El efecto inmediato de esta medida (dice adelante) se hizo sentir en todos los paises católicos. Los Jesuitas habian sido perseguidos y echados abajo, *sobre todo, porque defendian fuertemente la doctrina de la supremacia de la santa sede*, la que contribuyendo tambien á su caida, renunció ella misma esa doctrina y sus consecuencias. La oposicion religiosa (*jansenismo*) y filosófica habia, pues, conseguido la victoria. El aniquilamiento de un solo golpe imprevisto de esta Compañía que habia hecho su obra principal de la instruccion de su juventud, *debia necesariamente conmover al orbe católico hasta sus mas íntimos cimientos, hasta la esfera en que se forman las nuevas generaciones.* Tomados los baluartes esteriores, el ataque del partido victorioso contra la fortaleza interior debia comenzar con mayor energía. Aumentóse diariamente el furor revolucionario, propagóse con rapidez la defeccion de los espíritus; ¿y qué esperanza quedaba cuando se vió á esta época reventar la fermentacion en Austria, aun en este imperio cuya existencia y poder eran los mas íntimamente ligados con las conquistas de la restauracion católica? ¿Y tales progresos no eran los síntomas de un trastorno general?"

Tomemos ahora este tomo III de la *Historia Universal* de Juan de Muller, pág. 72.

"Tal vez la reforma se habria estendido mucho mas generalmente, sin los esfuerzos que hicieron los Jesuitas para detener sus progresos..... La regla primitiva de la órden de los Jesuitas era sencilla, y nada contenia que pudiese hacer presagiar su futura grandeza, pero el plan de su fundador Loyola fué ampliado y desenvuelto por los padres Lainez y Aquaviva, hábiles conocedores del corazon humano, y verdaderos fundadores de una institucion cuyos resultados pueden ser comparados á los que produjeron las mayores instituciones de los legisladores de la antigüedad.—No me detendré á examinar la naturaleza del influjo que los Jesuitas ejercieron sobre las córtes europeas, y sobre la humanidad en general; me limitaré á decir, que supieron consolidar de una manera asombrosa su Compañía, y que poseian á fondo el arte de difundir y acreditar las ideas que servian á sus miras, y el de hacer concurrir á los grandes de la tierra á la ejecucion de sus planes. Ninguna asociacion conocida, si esceptuamos la de los discípulos de Pitágoras, ha llegado como la Compañía de Jesus á dar juntamente leyes á los pueblos mas salvajes y á los mas civilizados. Los Jesuitas disfrutaban en los paises en que tenian establecimientos

un influjo mas estenso que ninguna otra órden religiosa; reuniendo en virtud de sus constituciones las ventajas de sus dos estados, de monjes y de clérigos seculares..... Los Jesuitas trabajaban en cautivar todos los espíritus. En la España y en la América obraban como ardientes entusiastas y hábiles políticos; en Alemania se manifestaron protectores celosos de todas las preocupaciones; en Francia se adquirieron consideracion por la estension y profundidad de sus conocimientos."

Leamos en el tomo IV, páginas 107, 109 y 117, lo que dice sobre la destruccion de los Jesuitas de Portugal, Francia y España.

"Los Jesuitas (en Portugal) ganaban al pueblo, dándole el espectáculo edificante de una pobreza voluntaria y de una conducta austéra; pero no supieron cautivar lo mismo á todas las clases de la sociedad: la universidad de Coimbra denunció al rey la ambicion de esta órden, acusándola de querer dominar á los príncipes y á sus súbditos;..... pero las ventajas que daban á los Jesuitas su actividad infatigable, la novedad de su celo, el favor de los grandes, el privilegio de educar la generacion naciente, y la reunion de su vida secular y regular, los hicieron triunfar de los enemigos que les suscitaban los celos de las otras comunidades religiosas.—El duque de Choiseul (habla de Francia) ministro omnipotente de Luis XV, enemigo de los Jesuitas y *protector de esa escuela filosófica, que despues de haber minado los cimientos del catolicismo, terminó por hacer bambolear la autoridad real*, encargó al parlamento de París el exámen de las constituciones de la Compañía de Jesus.—No tardó la España en seguir el ejemplo de Portugal y de Francia, y el fiscal de Castilla Campomanes litigó en su contra: hízoles un *crimen de la humildad de su esterior, de las limosnas que prodigaban, de los cuidados que prestaban á los enfermos y encarcelados*, y los acusó de servirse de estos medios para seducir al pueblo y comprometerlo en sus intereses.—En virtud de un plan cabalístico, discurrido por el conde de Aranda, fueron espulsados de la manera mas cruel y violenta, en una sola noche, todos estos hombres tan virtuosos, y se les espulsó tambien del Paraguay, en que se habian hecho omnipotentes por medio del respeto y la confianza que habian sabido inspirar á los habitantes del pais."

Veamos en la pág. 204 lo que dice sobre la estincion de la Compañía

"Habiéndose unido á los demás príncipes la emperatriz Maria Teresa, para exigir la abolicion de la órden de los Jesuitas, *cedió, en fin, Clemente XIV á la necesidad y publicó el breve pedido, sin consultar á los cardenales.* Fué recompensada su *condescendencia á la solicitud de las potencias*, con la restitucion del principado de Benevento y la del pais de Aviñon; y *le valió la reputacion de hombre prudente é ilustrado.* Desde entonces, el poder de los soberanos de Europa sobre el clero, se aumentó considerablemente, pero las personas pertenecientes á esta órden, hallándose ofendidas en sus intereses, produjeron en todos los paises un considerable número de desconten-

tos, y *los hombres previsores* no tardaron en percibir, que privándose á la santa sede de su mas firme sostén, se habia echado á tierra igualmente *uno de los principales apoyos de la autoridad espiritual y temporal....*" ¿Qué le parecen á vd., seor-maestro, estos testimonios?

B.—Atónito me ha dejado vd., señor, con ellos; y cada vez conozco mas lo atrasado que están en noticias, los que con tanta satisfaccion oponen á los Jesuitas los libelos de antaño y su persecucion en el siglo pasado.

M.—Pues ahora comenzamos, y le falta á vd. todavía mucho que saber; prosigamos el exámen de los cuatro grandes historiadores ofrecidos. Aquí tiene vd. la *Historia de las revoluciones políticas y literarias de la Europa en el siglo XVIII*, del famoso profesor aleman Schlosser, tomo I, página 64.

"Se habia jurado un ódio irreconciliable á la religion católica, incorporada diez siglos hacia en el Estado.... Para consumar esta revolucion interior, y privar al antiguo sistema político y religioso de los Estados católicos de su principal apoyo, las diversas córtes de la casa de Borbon, *ignorando que iban á poner con esto la instruccion de la juventud en bien diferentes manos*, se reunieron contra los Jesuitas, á quienes los jansenistas habian hecho perder hacia ya algun tiempo, *y por medios comunmente muy equivocos*, la estimacion que habian adquirido por dos siglos. En España y en Portugal, habiendo tomado parte los Jesuitas [*así opinaba el autor contra lo que despues se ha averiguado*] en ciertas cuestiones políticas de que hablarémos luego, habian irritado al gobierno, quien tomó de ellos una venganza despótica, *castigando de la manera mas dura é injusta, á ciudadanos inocentes y casi en su totalidad muy respetables....* La Francia tuvo bastantes trabajos ante el papa, para obtener la autorizacion de tomar medidas, que debian cambiar enteramente el sistema de educacion en toda la Europa católica. Es necesario confesar que los Jesuitas poseian el arte difícil y tan importante para las ciencias de aficionar á los discípulos, tanto á sus maestros como al estudio.—En Francia se habian declarado hacia algun tiempo enemigos suyos los jansenistas. Eran odiados en los parlamentos, por los galicanos, porque veian en ellos á los enemigos de las libertades de la Iglesia de Francia, y fautores de la supremacía absoluta de la sede apostólica; y por los jansenistas, porque detestaban sus principios, que llamaban relajados, sobre la penitencia y la gracia. Tenian además en su contra la nueva doctrina de Voltaire y de sus partidarios; pero eran bastante diestros para enredar á los filósofos en sus propios hilos, mientras que la severidad inexorable en punto de moral de los discípulos de Jansenio, y su violencia contra los Jesuitas, franqueban el camino á los novadores y aumentaban el partido de todos los que temian el anatema religioso..."

Escuche vd. á las páginas 78 y siguientes, donde trata de los ministros de Portugal, España y Francia.

"El ódio [*de Pombal*] contra la Compañía de Jesus le concilió el afecto de los jansenistas y filósofos franceses, tan poderosos entonces en la Europa.... Aranda fué el mismo que habiendo renunciado sus empleos en España, haciéndose nombrar embajador en París, *brilló diez y seis años en la sociedad de los filósofos*, sin participar de la petulancia de muchos de ellos.... Choiseul habria trabajado inútilmente en un proceso judicial, si no hubiese hecho causa comun con todos los enemigos de los Jesuitas, y si Madama de Pompadour no hubiera querido perder esta órden, por motivos que son estraños á la historia general...."

Veamos á la página 82, lo que dice sobre la estincion de la Compañía.

"El instrumento de su destruccion fué un papa, que se habia elevado á la silla apostólica con la esperanza de que pronunciaria la supresion de esta órden.... Al mismo tiempo que el cuerpo docente de los Jesuitas fué dispersado, otro de un género enteramente opuesto se elevó: él se componia de todos los que trabajaban en la Enciclopedia."

Aquí está el tomo 39 del *Curso de Historia de los Estados Europeos* de Schoell, escuche vd. desde la página 19, el retrato que hace de los citados ministros Pombal y Aranda, y á la página 28 lo que dice del de Francia.

"Esta era la época en que la Europa admiraba las nuevas doctrinas en materia de administracion y de comercio; y tambien en la que dominaba en el mundo esa pretendida filosofía que conspiraba contra la religion. Parece que Pombal se dejó seducir por las ideas de los economistas, *así como en la sociedad de los espíritus fuertes habia adquirido el ódio contra los Jesuitas....* Quiso obrar la regeneracion del Estado, empleando las formas mas violentas y despóticas; para librar á su nacion de la dependencia del estrangero, la oprimió; so pretesto de trabajar en el bien público, satisfizo su avaricia y la de los miembros de su familia; su carácter vengativo se deleitó haciendo correr la sangre de sus enemigos personales. La humillacion de los grandes que lo habian desdeñado, cuando todavía no correspondia á su clase, y á quienes trataba con desprecio luego que llegó á ser dueño de los favores, del soberano, y en fin, la destruccion de los Jesuitas vinieron á ser sus pasiones dominantes; su vanidad aspiraba á la gloria de convertirse en ídolo de los filósofos y de los economistas, cuyas doctrinas queria poner en práctica. Hemos llegado al suceso mas importante del ministerio de Pombal: la guerra á muerte que declaró á los Jesuitas. Fué el autor de la caida de la órden, y como tal ha merecido estátuas en todos los templos de los filósofos, y la execracion de todos los que han visto en la destruccion de la órden de Loyola, el intento de perder la religion. Las consecuencias de esta destruccion, sea en bien ó en mal, nos son estrañas; como simples historiadores vamos á referir los hechos en lo relativo á Portugal; sin embargo, han sido envueltos en tantas tinieblas que en mas de un caso es imposible penetrar la verdad. A pesar de esto, *es una cosa clara, que los cargos*

que Carballo ha podido hacer á los padres, se reducen á muy poca cosa. El ministro se ha servido con mayor frecuencia de las armas de la mala fé, de la calumnia y de la exageracion, que de las del candor.... Los siglos y los pueblos que hemos marcado con el epíteto de bárbaros, no han dado mayor ejemplo de inhumanidad, que el gobierno portugués en su modo de tratar á los Jesuitas. Desde 1764, el duque de Choiseul habia espulsado á los Jesuitas de Francia, y perseguia á esta órden hasta en España. Se emplearon todos los medios de hacerla un objeto de terror para el rey, y se consiguió al fin con una *atroz calumnia.* Se asegura que se le presentó una carta supuesta del padre Ricci, general de los Jesuitas, que se acusa al duque de Choiseul de haber hecho fabricar: carta en la que dicho prelado avisaba á su corresponsal, que habia llegado á reunir documentos que probaban incontestablemente que Cárlos III era hijo adulterino. Esta absurda invencion hizo tal impresion sobre el rey, que se dejó arrancar la órden de espulsar á los Jesuitas. Embriagado con el incienso que los filósofos franceses quemaban sobre su altar, Aranda *no conocia mayor gloria que la de ser contado entre los enemigos de la religion y de los tronos.*—Decia un publicista en 1828, que existia una señal muy marcada del fin próximo de los Estados, y era la decadencia prodigiosa de la razon humana. Pudiera decirse lo mismo del último periodo del reinado de Luis XV, que preparó los desastres del de Luis XVI. Dos facciones que debian detestarse recíprocamente, desde que llegaron á conocerse, los jansenistas y los filósofos, estaban de acuerdo sobre este punto: su union, el ódio á la autoridad legítima, los talentos de sus corifeos y sus imposturas, alucinaban á la multitud de ignorantes, que para parecer filósofos, gritaban contra todo lo que estos condenaban. El delfin, penetrando perfectamente las intenciones del partido, que para llegar á conseguir la destruccion del poder civil y el trastorno de la autoridad real, minaba la de la Iglesia, protegia á los adversarios de este impío partido, ó para hablar el lenguaje del fanatismo del tiempo, que ha llegado á ser el del nuestro, el delfin era *Jesuita.* Lo cierto es, que este príncipe estaba sinceramente adherido á la religion y era devoto, lo que venia á ser un ridículo á los ojos de los filósofos, ó mas bien esta secta, para la que nada es mas formidable que la verdadera piedad, ocultaba su terror dando á los mas sublimes sentimientos la apariencia de una debilidad. Luis XV, no podia ignorar que su hijo veia con horror los escándalos de su vida privada: sabia haber perdido el afecto del pueblo, y se dejó persuadir fácilmente de que existia una liga que le quitaba el aprecio público, para dirigirlo al delfin, y que los Jesuitas eran el alma de la cabala.... La manera con que la espulsion de los Jesuitas del territorio de Francia, fué ejecutada en 1767 en la isla de Córcega, pone en un punto de vista muy triste la pretendida filantropía de los corifeos del filosofismo; la injusticia contra los Jesuitas franceses fué grande, pero la conducta que se observó con los españoles (*y con los mexicanos que iban en su compañía*) á quienes la República de Génova habia concedido un asilo en aquella isla, fué bárbaro...."

En el tomo 44 de la misma obra, se habla así, página 42, de la estincion de los Jesuitas.

"Hallábase la Iglesia en una estrema fermentacion, cuando Clemente XIV subió al trono pontificio. Esta era la época en que el partido anti-religioso dominaba en muchos gabinetes, ó á lo menos era bien visto en otros. *Es incontestable que habia un proyecto de un cisma,* con la creacion de patriarcas nacionales independientes de la córte de Roma. La prudencia de Clemente XIV, y las concesiones que hizo al espíritu del siglo, evitaron este daño.... El papa vaciló, buscaba demoras; las córtes usaban medidas violentas contra la santa sede con objeto de asustar al pontífice y decidirlo. En fin, el breve de supresion *Dominus ac Redemptor noster* fué firmado por Clemente XIV el 21 de Julio de 1773; empero él no condena ni la doctrina, ni las costumbres, ni las constituciones de los Jesuitas: los únicos motivos que son alegados para su supresion, se reducen á las quejas de las córtes contra la órden, y el papa la justifica por ejemplos anteriores de órdenes suprimidas por consideracion á la opinion pública. Todas estas supresiones como lo observa Clemente XIV, han sido pronunciadas no en juicio, sino por simples razones de prudencia."

A los historiadores citados, agregarémos otros, aunque de menos nombradía, tan imparciales y juiciosos como ellos. Oiga vd. este trozo tomado de la obra del protestante Lord Fitz-William, titulada: *El Concordato esplicado,* que se publicó en 1801; en que hablando (pág 11) de la conspiracion tramada por los filósofos para trastornar la religion y la monarquía, se espresa en estos términos: "Sus progresos, no obstante, fueron detenidos por un obstáculo, que hubiera desconcertado todas sus esperanzas, si no hubiesen hallado modo de franquearlo: este era la Compañía de los Jesuitas, órden sábia y valerosa, que por la naturaleza de su instituto ocupaba el primer rango entre los defensores del altar. En la época de que hablamos, los Jesuitas estaban en posesion del mayor número de los seminarios y colegios de la cristiandad, ó vivian dispersos entre los pueblos idólatras á los que predicaban el Evangelio. Lo que prueba que se habian hecho propios para semejantes empleos, es el número de hombres grandes é ilustres en todos los ramos de las ciencias que han producido; y que sus tareas hayan sido coronadas de sucesos, es cosa incontestable, á vista de los testimonios reunidos de los reyes, de los obispos y de los magistrados, por la aprobacion de un concilio ecuménico, y por la especial proteccion que les acordaron diez y nueve papas, durante una sucesion no interrumpida de doscientos treinta años.—Esta ilustre y sábia Compañía, ocupada de esta suerte en estender y conservar en todos los paises del mundo la piedad cristiana, en formar el espíritu de la juventud en las letras, en hacer germinar en sus corazones los preceptos de la religion y de la virtud, inspirándole al mismo

tiempo sentimientos de respeto, de reconocimiento y amor, hácia sus maestros; era una falenge temible á los ojos de esos filósofos sensuales y libertinos. Las armas solas de la chocarrería y la sátira, eran muy débiles para conmoverla: recurrieron á la calumnia, y atacando al instituto hasta en sus principios, con mengua de toda verdad y justicia, y aun sin conservar las esterioridades, lo acusaron audazmente de inmoralidad, fanatismo, entusiasmo perseguidor y sacrilegio, bajo la máscara de piedad; de usurpaciones odiosas, con el nombre de privilegios: de política intrigante y doctrinas regicidas, con la apariencia de patriotismo. Por desgracia de los Jesuitas, los negocios de Francia eran dirigidos entonces por un ministro, cuyos talentos en sus manejos en la guerra, habian sido censurados acremente y con justicia, y para rehabilitarse en el concepto público, solicitaba los aplausos de la nueva secta. Este fué el motivo porque puso mano á la grande obra, y.... los Jesuitas fueron suprimidos. Lo que causó mas asombro fué, que en un pais que tanto se vanagloría de sus derechos civiles y religiosos, vió la Europa á una porcion tan considerable de ciudadanos, viviendo pacíficamente bajo la proteccion de las leyes, útilmente consagrada al servicio del estado, honrada por tanto tiempo de la confianza de su soberano y del aprecio de sus compatriotas, caer de un golpe víctima de la calumnia, presentarse ante los tribunales como culpable, y aquí, por asertos, sin pruebas, y sin ser escuchada en su propia defensa, ser condenada, y perder á la vez con tanta inhumanidad como injusticia, su estado, sus bienes y su nombre."

Escuche vd. esta cita de la *Historia de España*, del inglés Adam, tomo 4.°, página 271.

"Se puede muy bien, sin herir susceptibilidades, poner en duda los crímenes y malas intenciones atribuidas á la Compañía, y es mas natural creer, que un partido enemigo, no solamente de su establecimiento como cuerpo, sino de la religion cristiana en general, suscitó una ruina á la que se prestaron los gobiernos, de tanta mejor gana, cuanto que les resultó de ella un interés positivo; el de sus riquezas."

Aquí tenemos á Sismondi, otro escritor protestante: tenga vd. la bondad de oir lo que dice en su *Historia de los Franceses*, tomo 29 página 231, 369 á 373.

"El cúmulo de acusaciones, las mas veces calumniosas, que encontramos hechas á los Jesuitas en los escritos del dia, tiene un no sé qué de aterrador y espantoso.... La persecucion contra los Jesuitas se estendió de un pais á otro con tal rapidez, que apenas puede esplicarse. Choiseul hizo de ella un negocio personal. Puso su conato principalmente en arrojarlos de todos los Estados de la casa de Borbon, y se aprovechó para ese objeto de la influencia que habia adquirido sobre el rey de España Cárlos III.... Se hizo creer á Cárlos III de España, que los Jesuitas habian concebido el plan de colocar sobre el trono en su lugar, á su hermano el infante D. Luis. Cárlos III, conservó el mas profundo resentimiento de la insurreccion de

Madrid: la creyó obra de alguna intríga estrangera: pero se le pudo persuadir que fué efecto del manejo de los Jesuitas, y este fué el principio de su ruina en España. Conspiraciones supuestas, acusaciones calumniosas, y cartas apócrifas destinadas á ser interceptadas y que lo fueron en efecto, acabaron por decidir al monarca.... En México, en el Perú, en Chile, y por último, en Filipinas, fueron igualmente sorprendidos en sus colegios, en un mismo dia y hora, ocupados sus papeles, y arrestadas y embargadas luego las personas. Se temia su resistencia en las misiones, donde eran casi adorados por los nuevos convertidos, pero al contrario, mostraron la mayor resignacion y humildad, unidas á una calma y firmeza, que rayaban en heroismo."

Atienda vd. á lo que dice el juicioso Lacretelle, en su *Historia del Siglo XVIII:* "No habia olvidado Madama de Pompadour el empeño con que el partido del delfin la habia espulsado de Versailles, cuando el delito de Damiens hizo temer por la vida del rey. Bien sabia cuan accesible era Luis, enmedio de sus desórdenes, á los terrores de la religion, y que un solo instante de remordimiento bastaba para causar su desgracia de parte de un rey, que hacia ya tiempo no se hallaba seducido por sus atractivos. Los Jesuitas, unidos á la reina y á sus hijas, al delfin y á su esposa, y á varios señores españoles respetables, espiaban todas las ocasiones para conducir al rey á un piadoso arrepentimiento. Madama de Pompadour, ocupada en defenderse de toda la familia real, queria quitarle el auxilio de los Jesuitas, bien persuadida de que si el rey consentia en sacrificarlos, le seria mas fácil apartarlo de su familia, y por tiempo mas dilatado, se impediria su vuelta á la religion.... Ya habia resuelto la pérdida de los Jesuitas, cuando encontró en el duque de Choiseul un sócio, con quien parecia dividirse la direccion de todos los negocios; y este ministro, para darle una prenda de su sinceridad, no tuvo temor de chocar de frente con el heredero del trono, y muy pronto, todos los enemigos de la favorita, llegaron á serlo del primer ministro."

Además de los elogios que el protestante Robertson hizo de las misiones de los Jesuitas en el Paraguay (*Defensa de la Compañía de Jesus*, tom. II, opusc. 5, pág. 2). véase lo que dice en su *Historia de Cárlos V*, tom. 2.° lib. 6.°, donde despues de haber hecho un vejámen horroroso á los Jesuitas, fundado en las acusaciones de Hospiniano, uno de sus mayores adversarios en el siglo XVI, y de D'Alembert, La-Chalotais, Montclar y otros parlamentarios franceses del XVIII, ignorando tal vez las sólidas contestaciones que se les han dado, termina con el siguiente elogio.

"La buena fé y la imparcialidad, que impone este carácter, (de historiador) me obliga á añadir una observacion en su favor; y es que en la Iglesia romana ninguna clase del clero regular se ha distinguido mas por la pureza de costumbres, que esta sociedad en general.... Como la intencion declarada de la órden de los Jesuitas, era la de trabajar con un celo infatigable á la salvacion de las almas, ella los com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prometia á desempeñar las funciones mas multiplicadas.... La mayor parte ocupados en el estudio de las letras, ó empleados en las funciones de la religion, seguian por guia los principios ordinarios que apartan á los hombres del vicio y los conducen á la honestidad y á la virtud.... Nada es mas digno de la atencion de todo hombre ilustrado, curioso de observar las revoluciones del género humano, como las causas que han ocasionado la ruina de este cuerpo tan poderoso, con las circunstancias y los efectos que han acompañado este suceso en las diferentes regiones de la Europa."

Si habrán admirado á vd. estos testimonios, va á sorprenderse mas con los que siguen, tomados nada menos que de dos obras escritas por protestantes, espresamente á favor de la Compañía de Jesus: una anónima, con el título de *Cartas de Clerico á Laico;* y la otra, con el de *Nueva conspiracion contra los Jesuitas, descubierta y brevemente esplicada* por Roberto Cárlos Dallas, ministro de la iglesia anglicana, y publicadas ambas en Lóndres, en 1815. Véalas vd. aquí, y le ruego que atienda á los siguientes fragmentos.

"La mejor refutacion, dice el primero, contestando á un folletista del *Times*, que puede hacerse á vuestro libelo, seria una comparacion entre el estado de la religion, de la moralidad, del órden y de la subordinacion en los paises católicos, en la época en que los Jesuitas eran, como lo decís, sus maestros, sus predicadores y directores, y el de las costumbres públicas, despues que sus enemigos hubieron consumado su destruccion. Lo que refuta mas completamente vuestras miserables acusaciones, es la circunstancia muy notable, de que en todos los paises en que los Jesuitas han sido entregados á las prisiones, al destierro, á la infamia y á la mendicidad, no ha podido citarse, ni probarse el crímen de *uno solo*. ¡Cosa horrible de decirse! Ni uno solo ha sido interrogado en juicio, ni ha conseguido el permiso de defender su causa: en todas partes han sido condenados, y en todas castigados sin ser oidos y sin la menor forma de juicio. Este es un hecho de pública notoriedad.... Los Jesuitas sucumbieron, y algunos años despues, Roma fué entregada al saqueo y al pillage; dos pontífices fueron sucesivamente arrojados en cadenas; inmenso número de franceses abandonaron su fé, y todos los filósofos de la Europa, se regocijaban de la dispersion del sagrado colegio. Por todas partes se anunciaba con triunfo la extincion próxima del papado. Pero ¡ó divina Providencia, tan adorable como infalible en tus designios! el trono pontificio volvió á elevarse sobre las siete colinas; el papa reina todavia en la santa ciudad, y los Jesuitas, los bravos veteranos del catolicismo, son llamados nuevamente para sostener los nuevos asaltos de la calumnia...."

"En otro tiempo, así se espresa mas terminantemente el segundo, todo enemigo de la religion católica, era adversario declarado de los Jesuitas. La série no interrumpida de sus afortunados sucesos, les atraia continuamente nuevas hostilidades; y como observa Spóndano,

jamás hombres algunos han sufrido mayores contradicciones, ni triunfado con mas gloria de la violenta oposicion que continuamente se les ha hecho. Su asidua aplicacion en sus diversas relaciones con el público, en sus escuelas y seminarios, en los púlpitos y tribunales sagrados de la penitencia, en los hospitales y cárceles, en el cultivo de las letras, en las misiones nacionales y estrangeras, en todos los trabajos, en fin, de su profesion, les abrian una vasta mina que explotar, y los hacian recomendables á los reyes, á los magistrados y á los obispos; y prestando servicios tan señalados al público, lograron embotar los aguijones de la envidia y los dardos de la malignidad.... Los Jesuitas formaban de esta manera un cuerpo distinguido, que obligaba á hacer tomar el mayor interés á cuantos eran testigos de su conducta irreprehensible y su no interrumpida laboriosidad. Imposible era verlos con indiferencia ó desdén; ó eran altamente estimados ó cruelmente perseguidos. En todos los paises católicos se habian granjeado completamente la confianza y el respeto; y por todas partes se tributaba homenage á la santidad de su doctrina, á la pureza de sus costumbres, á su celo por la religion, y al empeño que tenian de ser útiles al público. El mismo carácter de sus adversarios y rivales, contribuia poderosamente á esta debida consideracion, porque ó eran enemigos públicos ó secretos del catolicismo, ó envidiosos de la fama de su enseñanza y ministerios, ó sugetos inquietos, preocupados, y que les profesaban un ódio implacable, por la sombra que hacian á la mediania de sus talentos ó empresas; y he aquí las fuentes de donde ha manado á diversas épocas, esa masa indigesta de acusaciones tan falsas como inverosímiles, recogidas con ansia por los nuevos conspiradores contra los Jesuitas.—¿Y no es una locura imaginar que una numerosa asociacion de religiosos, que mantenia tantas relaciones con el público, y vigilada sin cesar por enemigos no menos encarnizados que llenos de zelos, pudiera ser una horda de trapacistas sin principios, de impostores é impíos? El favor que tantas naciones cultas les han concedido, hace desechar una idea semejante. Los papas, los reyes, los prelados y magistrados, en todas partes los han protegido y empleado; los obispos y el clero los miraban como sus mas útiles auxiliares en el santo ministerio; porque ellos ejercian todas las funciones, sin mezclarse en la de *gobernar* la Iglesia, á la que habian renunciado por un voto especial. En todas las ciudades, y aun en las campiñas, recibia el pueblo gratuitamente sus servicios. *Cien años ha que si se hubiese consultado individualmente la opinion pública en Italia, en Francia, en España, en Portugal, en Alemania, en Polonia y en el nuevo mundo, no hay duda que mas bien se habrian deshecho de cualquiera orden religiosa que de la Compañía de Jesus.* Del mismo sentimiento estaban animados todos los soberanos del continente de Europa; porque consultaban á los Jesuitas sobre todo lo que podia interesar á la religion; los escuchaban de preferencia como predicadores; les confiaban la instruccion de sus hijos, la direccion de sus propias concien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias, y la salvacion de sus almas. Entonces, no solamente los reyes, sino sus ministros, los nobles y el pueblo creian en la religion; eran los hijos de aquellos mismos hombres que habian sostenido recios combates en Francia y en Alemania en defensa de la unidad católica contra las sectas confederadas, que habian formado una liga para destruirlas. Aun no habia aparecido Voltaire entre ellos. Aun no se les habia presentado la religion como un objeto ridículo; sino que tenian hácia ella un santo respeto, la miraban como el mas firme apoyo del estado y del trono, y veneraban á sus ministros, y con mucha especialidad á los Jesuitas, porque sabian muy bien que su instituto estaba bien calculado para formar á sus miembros al servicio activo de los altares que ellos respetaban."

Hablando en otro lugar sobre la supresion de los Jesuitas, se espresa asi.

"Los que aprueban el acto de Clemente XIV no hacen atencion á que dan aprobacion al mismo tiempo á una máxima corrompida, que echaban en cara á los Jesuitas sus enemigos. Por otra parte, la destruccion de la órden, era un mal cierto, y el bien que de ella se aguardaba; á saber, la seguridad y la inviolabilidad de la santa sede, estaba muy distante de ser una consecuencia cierta; ¡qué decimos cierta! lo contrario han probado los acontecimientos subsecuentes, porque en muy corto espacio de tiempo ha perdido la Tiara el respeto que se le debe, y cada trono en Europa ha sido amenazado de una ruina casi inevitable. Por todas partes han sido substituidas sobre el continente universidades y academias filosóficas á los colegios de los Jesuitas; dejaron de obrar de concierto en la educacion la religion y la razon; ésta, con todos sus estravíos, fué puesta en primera fila, como el grande objeto y el carácter distintivo del hombre, mientras que aquella vista con negligencia y ridiculizada, pronto perdió su nombre, y le fué sustituido el de supersticion.—En 1773 habia abolido la órden Clemente XIV; y en 1793 (*el 21 de Enero*), un rey de Francia fué decapitado, se divinizó la razon, y aun le fueron levantados altares en diversas poblaciones. La anarquia siguió á la impiedad; y verdaderos demonios fueron elegidos para gobernar, ó mas bien dicho, para confundirlo todo. El sucesor de Ganganelli, Pio VI, fué arrebatado de Roma, para ir á morir en el cautiverio, en Valencia del Delfinado. En seguida Pio VII, se volvió juguete de los agentes de la mas absoluta y diabólica tirania, que ha existido jamás sobre la tierra. Es evidente por lo mismo, que la conservacion del poder de Roma, no ha dependido de la destruccion de la órden de los Jesuitas; sino que al contrario, el rescripto de 1773, fué el decreto conminatorio que sacudió á la santa sede, de la que dos pontífices sucesivamente han sido arrancados. El dicho breve consiguientemente, debe reputarse por el fruto de la mas imprevisiva política.—Imposible es leer las cartas que se atribuyen á Ganganelli, sin reconocer en él un hombre que tenia talento, virtud, religion y amabilidad. Yo no confundiré la filosofia

que cultivaba con la que es destructiva de la esperanza cristiana y del órden político; pero toda su conducta, en el negocio de los Jesuitas, prueba que su alma no era formada para los honores del martirio, pues estaba dispuesto á obrar contra su propia conviccion, y á sacrificar el principio á las circunstancias, máxima particularmente combatida por los Jesuitas y por los católicos en general."

Parecerá á vd. sin duda, que....

B.—Perdone vd. que le corto la palabra; pero me parece haber oido en el testimonio que acaba de leerme, que el apreció á los Jesuitas era general en toda la Europa, pocos años antes de su destruccion. Algo lo dificulto; porque si esto fuera cierto; ¿cómo hubieran podido los soberanos dar este golpe, sin temer los efectos de esa opinion pública, á favor de los que iban á proscribir, que podrian haber sido bien desagradables, pues como dice el refran: *la voz del pueblo es la voz de Dios.*

M.—La siguiente anécdota que refiere otro inglés, Coxe, en su obra titulada: *La España bajo los reyes de la casa de Borbon*, tomo 5.º página 25 (obra muy honorífica á los Jesuitas, y de la que se han insertado varios pasages en la citada *Defensa*), va á probar á vd. la exactitud con que se explicó Dallas, y el poco caso que han hecho siempre los gobernantes de la opinion pública, por mas alto que se haya pronunciado á favor de los Jesuitas.

"El dia de San Cárlos, cuando el monarca se dejó ver del pueblo, desde el balcon de su palacio, y se dispuso á otorgar en este dia alguna gracia de interés general; con grande asombro del soberano y de toda la córte, las voces y gritos de un gentío inmenso, hicieron llegar á sus oidos el voto unánime de la multitud, que pedia á su rey el permiso para que los Jesuitas volvieran á España bajo el trage y vida del clero secular. Este incidente inesperado alarmó á Cárlos III, quien despues de tomar informes, creyó conveniente desterrar al cardenal arzobispo de Toledo, y á su gran vicario, como acusados de haber sido los instigadores de esta tumultuosa demanda."

Andando, pues, el hilo del discurso, decia yo, que le pareceria á vd. sin duda que soñaba al haber escuchado tantos honoríficos testimonios á favor de los Jesuitas, de boca de sus mayores adversarios, como lo han sido siempre los protestantes; y en efecto, así se lo figuraría cualquiera de nuestros ilustrados y hombres concienzudos de la época, que no saben hacer el menor sacrificio á la verdad, cuando median los intereses de su partido. Pero si vd. se sirviera dar una ojeada á la *Defensa* repetida, se confundiria de ver lo que sobre el particular han dicho un Bacon, un Grocio, un Leibnitz, un Bierlingio, un Enrique Pantaleon, y otra multitud entre los protestantes antiguos, y entre los modernos un Villers, un Izchirmer, un Murr, &c. &c. Cerremos, pues, este punto con una célebre profecía del ministro anglicano Johnson, y otras ligeras confesiones de sectarios, que desmienten á los que han osado decir, arrastrados de la ignorancia y de la pasion,

que la educacion dada por los Jesuitas amortigua los nobles sentimientos, y que no *ha habido ni habrá comunidad mas llena de vicios* que su Compañía.

El citado Johnson en una obra, sobre la utilidad de las comunidades, y en que prueba que los monasterios nada tienen que no sea muy conforme al espíritu del hombre ilustrado y religioso, proposicion que no será muy del gusto de nuestros *progresistas;* hablando de la destruccion de los Jesuitas, la desaprueba altamente, como un golpe terrible dado á la autoridad general de la Iglesia, y agrega: "Esta supresion no dejará de ser vista con agrado por algunos hombres poco previsores de nuestra comunion; pero ¡ah! ella será seguida de muchas peligrosas innovaciones, que llegarán á ser fatales á la misma religion, y á conmover el cristianismo hasta sus mas hondos cimientos."

Sobre la enseñanza jesuítica, se espresaba así el doctor Kirwan, segun se refiere en su vida que precede á sus sermones: "Jamás me avergonzaré de confesar, que en el colegio de los Jesuitas ingleses de Santomer, fué donde comencé á sentir en mí la noble ambicion de trabajar por el bien de las almas."

El Señor Sheil, hablando en la discusion del 9 de Julio de 1845, en la cámara de los comunes de Inglaterra, sobre la enseñanza dada por los Jesuitas en ese reino, decia: "Yo, Señor, soy discípulo de estos padres, y aseguro, bajo mi palabra de honor, que jamás he oido de boca de ninguno de ellos, una palabra que no fuese conforme á la piedad, al amor pátrio, á la humanidad, y á un justo liberalismo; así es, que sean las que fueren nuestras opiniones religiosas, será para la Irlanda el mayor beneficio, que la juventud católica del *Gentry* se confie á sus cuidados."

Ultimamente, los editores de las vidas de los santos ingleses, publicadas en Toovey, en 1844, que como es sabido, pertenecen á la secta de los *puseistas*, entre otros mil elogios hechos á la Compañía de Jesus, hasta llegarla á nombrar: "el milagro mas grande existente en el mundo;" en la de San Estevan arzobispo de Cantorbery, dicen: "Los Jesuitas de nuestros dias no tienen igual en la historia, y solo pueden ser comparados con aquellos famosos monges cirtercienses, que en los tiempos del rey D. Juan, eran la flor de la Iglesia y el objeto del mas refinado ódio de los malvados."

B.—Basta, Señor, de tanto protestante, que le confieso que ya me tienen empachado, y que no puedo digerir sus testimonios, por mas que me los quiere hacer tragar con la buena fé é imparcialidad de sus autores. Ya veremos si tambien convierte vd. en abogados de los Jesuitas á los filósofos, cuya escuela cabalmente los destruyó, segun me ha dicho en el siglo pasado.

M.—Voy á darle á vd. gusto, y sin repetirle los elogios ó confesiones que en la *Defensa* se han insertado, del conde de Buffon, Montesquieu, Argens, Mirabeau, Mercier, Condorcet, Bayle, Raynal, Lingüet, Montclar, Haller, Rousseau, La-Chalotais, La-

lande, y los editores de la Biografia Universal (1): impóngase en los siguientes de Voltaire, y D'Alembert, tambien citados en la misma obra, y algunos otros, que van á admirarlo no menos que los protestantes.

Voltaire en el tomo III del *Ensayo sobre las costumbres*, á la página 246 y siguientes, se explicaba así sobre los Jesuitas.

"Se les ha visto gobernar muchas córtes de la Europa, adquirirse una gran nombradía por la educacion que han dado á la juventud, y reformar las ciencias en la China, hacer cristiano por algun tiempo al Japon y dar leyes á los pueblos del Paraguay. A la época de su espulsion de Portugal, primera señal de su destruccion, eran cerca de diez y ocho mil en el mundo, sujetos todos á un general perpétuo y absoluto, y unidos estrechamente entre sí únicamente por la obediencia que profesaban á uno solo. Su gobierno habia llegado á ser el modelo de un gobierno monárquico. Nada parece mas contradictorio que ese ódio público de que han sido objeto, y la confianza de muchos paises, y que allí mismo les hizo adquirir crédito; ese prodigioso número de enemigos, y ese favor popular. Jamás se habian visto estos contrastes en las órdenes mendicantes. En una comunidad numerosa, ocupada de las ciencias y de la religion, siempre ha habido génios ardientes é inquietos que se crian enemigos, sábios que se adquieren reputacion, caracteres insinuantes que se forman partidarios, y políticos que sacan partido del trabajo y del caráter de todos los demás.... No debe sin duda atribuirse á su instituto, ni á un plan formado, general y seguido sin intermision, los crímenes á que la desgracia de los tiempos ha podido arrastrar á muchos Jesuitas. No ha sido ciertamente falta de Ignacio el que los padres Mathieu, Guignard, Gueret y otros hayan conspirado y escrito con tanto furor contra Enrique IV, y si han sido, en fin, espulsados de la Francia, de España y Portugal, y destruidos por un papa *franciscano*, á pesar del cuarto voto que hacian á la santa sede: ninguna órden religiosa ha sido fundada con miras criminales, ni aun políticas.... El establecimiento en el Paraguay por los solos Jesuitas españoles, parece bajo algunos aspectos, el triunfo de la humanidad.... Los Jesuitas á la verdad, se han servido de la religion para quitar la libertad á los pueblos del Paraguay; pero los han civilizado, los han hecho industriosos, y han llegado á gobernar á un pais tan vasto, como en Europa se dirije un convento. Los Jesuitas se han hecho una virtud de sujetar á los salvages, para la instruccion y la obediencia.—El Paraguay es un vasto pais entre el Brasil, el Perú y Chile. Los españoles se habian hecho dueños de alguna parte, donde fundaron á Buenos-Aires, ciudad de un gran comercio á la ribera de la Plata; pero por poderosos que hubieran sido, eran en muy corto número para subyugar tan

(1) Este artículo se halla en el opúsculo titulado: "Importancia del restablecimiento de los Jesuitas para la pública educacion:" nota 11.

tas naciones como habitaban en los bosques. En esta conquista fueron ayudados por los Jesuitas, mucho mas que lo habrian sido por soldados. Estos misioneros penetraron gradualmente en el interior del pais al principio del siglo diez y siete. Sus fatigas y penas igualaron á las de los conquistadores del nuevo mundo: el valor de la religion es tan grande á lo menos como el militar, jamás se acobardaron, y al fin, llegaron á conseguir lo que deseaban.... Fueron á la vez fundadores, legisladores, pontífices y soberanos."

Veamos este opúsculo *sobre la destruccion de los Jesuitas de Francia*, en los diversos lugares que están señalados, como habla otro gran filósofo, D'Alembert.

"La Compañia de los Jesuitas debe á Aquaviva mas que á ninguno, ese régimen tan sábio y bien concebido, que puede llamarse la obra maestra de la industria humana en materia de política, y que ha contribuido por doscientos años al engrandecimiento y á la gloria de esta órden.—Apenas la Compañia de Jesus comenzó á manifestarse en Francia, cuando sufrió innumerables dificultades para establecerse allí. Sobre todo, las universidades hicieron los mayores esfuerzos para desprenderse de estos recien venidos; y es dificil decidir si ésta oposicion forma el elogio ó la condenacion de los Jesuitas que la sufrieron. Estos se ofrecian á enseñar *gratuitamente*, para lo que contaban en su seno con hombres sábios y célebres, superiores acaso á los que las universidades podian presentar; el interés y la vanidad pudieron, pues, bastar á sus adversarios, á lo menos en estos primeros momentos, para empeñarse en combatirlos.... Es necesario ser justos, ninguna corporacion religiosa sin escepcion, puede gloriarse de un número tan considerable de hombres célebres en la literatura y en las ciencias. Los Jesuitas se han ejercitado con suceso en todo género de letras, elocuencia, historia, antigüedad, geometría, literatura profunda y agradable; no hay, en fin, casi ninguna clase de escritores en que no cuenten hombres de primer mérito.... A todos estos medios de aumentar su consideracion y crédito, juntaron otro no menos eficaz, y fué la regularidad de la conducta y de las costumbres. Su disciplina en este punto, es tan severa como prudente; y sea lo que fuere lo que haya publicado la calumnia, es necesario confesar que ninguna órden religiosa tiene menos que tachar sobre esta materia.... Los Jesuitas han adquirido en el Paraguay una autoridad monárquica, fundada segun se dice, sobre la sola persuasion y la dulzura de su gobierno; gobernando este vasto pais, hacian venturosos, á lo que se asegura, á los pueblos que los obedecian y que llegaron á someter sin emplear la violencia. El cuidado con que alejaban á los estrangeros, ha impedido conocer los pormenores de esta singular administracion; pero lo poco que se ha descubierto forma su elogio, y hacia tambien desear, si las relaciones son fieles, que tantas otras costas bárbaras, en que los pueblos son oprimidos y desgraciados, hubiesen tenido como el Paraguay, á los Jesuitas por apóstoles y maestros.... Estos

hombres, que se creia, tan dispuestos á burlarse de la religion, y que se habian pintado como tales en una multitud de escritos, rehusaron casi todos prestarse al juramento que se exigia de ellos.... Por motivos de respeto humano rehusaron recibir bajo su direccion á personas poderosas, que no podian aguardar de ellos una severidad tan singular bajo todos aspectos. (*Alude á los sucesos de la Pompadour.*) Esta negativa indiscreta, se dice, ha contribuido á precipitar su ruina por las mismas manos de que hubieran podido formarse un apoyo. Así es, que estos hombres que tanto se habian acusado de moral relajada, y que solo en virtud de ella se habian sostenido en la córte, se han perdido tan luego como han querido profesar el rigorismo.... Sus declamaciones en la córte y en la ciudad contra la Enciclopedia, habian subleva lo contra ellos á todas las personas que tenian interés en esta obra, que eran en gran número.... Eran (los Jesuitas) pintados en un solo rasgo de pluma, como idólatras del despotismo para envilecerlos, y como predicadores del regicidio para hacerlos odiosos. Estas dos acusaciones eran un poco contradictorias; pero no se trataba de hablar la pura verdad, sino de decir de estos padres el mal que se pudiese.... Jamás se hizo este reproche á los demás como se hizo á los Jesuitas; porque ellos eran temidos y odiados.... Lo que debe completar el asombro, es, que dos ó tres hombres solos.... hayan imaginado y llevado al cabo este gran proyecto.... de una semejante revolucion."

Escuche vd. ahora al mismo filósofo, que tomando por su cuenta al rey de España, censura agriamente sus actos de despotismo, aunque los celebra al mismo tiempo por convenir á sus miras; y vea tambien lo que deben aguardar del filosofismo todas las comunidades religiosas, á las que con hipócritos aplausos se trata de poner en pugna con los Jesuitas.

"¿Creis acaso, escribia en su *Correspondencia*, á Voltaire (tomo XVI de sus obras, página 11) el contenido de la carta de M. de Ossuia, leida en pleno consejo, y que dice que los Jesuitas habian formado el complot de asesinar el juéves santo (en buenos dias buenas obras) al rey de España y á toda la familia real? ¿No creis, como yo, que á pesar de que son bien malos, no son tan locos que piensen en hacer eso, y no desearias que esta noticia se pusiese en claro? ¿Y qué me decis de la pragmática del rey de España que los espulsa tan bruscamente? Persuadido vos, como yo, de los fundados motivos que para esto habrá tenido (1) ¿no creis conmigo que hubiera sido mejor publi-

(1) Los fundados motivos de que aquí habla D'Alembert, bien los conocia él mismo, cuando á la noticia de la destruccion de la Compañia, esclamaba con el entusiasmo de la impiedad: *En este momento todo lo veo color de rosa, establecida la tolerancia, llamados los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, aniquilado el fanatismo ... los reyes son los ejecutores de la alta justicia, á favor de la filosofía, de la cual sin saberlo reciben las órdenes...* Por lo que respecta a si los Jesuitas podian ó no defenderse, no sabe-

carlos, en lugar de encerrarlos *en su corazon real?* ¿No pensais igualmente que ha debido permitirse á los Jesuitas, el que puedan justificarse, sobre todo, cuando habia una seguridad de que no podian hacerlo? ¿No juzgais además como injustísima, la disposicion que á todos les hace morir de hambre, en el momento en que un solo hermano escriba bien ó mal en su favor? ¿Y qué os parece, por último, los cumplidos que hace el rey de España á todos los demás frailes, sacerdotes, curas, vicarios y sacristanes de sus estados, que á mi ver, no son menos perjudiciales que los Jesuitas, aunque no tengan la importancia que estos?"

Sobre el mismo asunto así escribia el filósofo Duclos en su *Viage por Italia*, página 40: "Las órdenes regulares se han alegrado indudablemente de la espulsion de los Jesuitas; pero han tenido la decencia suficiente para ocultar esa misma alegría, un poco acibarada por el temor que tienen respecto á sí mismos. Tocante á las provincias, si las operaciones del parlamento no hubiesen sido confirmadas por un edicto casi arrancado al soberano, dudo mucho que los demás parlamentos, esceptuando el de Rouen, hubiesen seguido el ejemplo del de París. No temo asegurar, y lo he visto muy de cerca, que los Jesuitas tenian y tienen aun sin comparacion, mas partidarios que enemigos. La Chalotais y Monclar fueron los únicos que dieron impulso á sus compañeros, y fué preciso echar mano de resortes para mover á los restantes cuerpos. Generalmente hablando, las provincias echan de menos á los Jesuitas, y cuando se aparece alguno es recibido con aclamacion por razones que presento con mas estension en una obra particular.—Todos los religiosos, dice en otra parte, sobre todo, los dominicos y franciscanos, que tantos papas han dado á la Iglesia, lo que no ha sucedido con los Jesuitas, aunque hayan tenido algunos cardenales, siempre miran á la Compañía como colonia estrangera, que ha venido á meter su hoz en mies agena. Tienen envidia del favor y proteccion de que estos nuevos hombres disfrutan, y no les temen ni aun lo bastante para contener y disimular sus sentimientos, y así se les ha visto alegrarse, hasta con escándalo, al llegar la noticia de la espulsion de los Jesuitas de Francia y España. Yo mismo he sido testigo presencial de ello, y me tomé la libertad de decir á aquellos buenos religiosos, que estaban completamente ciegos; cuando no veian el nublado estenderse y amenazar con su estrago á todos ellos. El primer rayo habia caido sobre la Compañía, árbol cuyo ramage cortaba la nube; y así estos religiosos debieron pensar

---

mos cómo se olvidó, de lo que habia dicho en otra carta á Voltaire: *de que los Jesuitas franceses habian hecho circular tres memorias manuscritas en su justificacion, las que tenia por demasiadas, por las falsificaciones de su instituto, que habia hecho el parlamento para condenarlos*.... Y qué ¿les hubiera sido tan imposible defenderse en España, cuyo pueblo no estaba tan corrompido como el francés? Si no hubiera habido este temor ¿de dónde procedió esa tiránica disposicion de cerrarles la boca de una manera tan *injustísima*.

que si el hacha deja caer en tierra los copudos robres, mejor se siega la yerba."

Oigamos á cuatro filósofos de diversas naciones, decididos enemigos de los Jesuitas: un francés, un inglés y un italiano, que los colman de elogios, y un español que declara sin ningun disfraz la causa de su destruccion.

Mr. Saint-Mac-Girardin, además de filósofo, universitario, en su obra titulada *Curso de historia en la Sorbona* en 1835, dedicó un capítulo para delinear la de los Jesuitas, diciendo que: "Esta órden ha sido el objeto de muchas acusaciones; pero habiendo pasado hoy el tiempo de su favor, ha llegado para ellos el de la historia." En seguida cuenta las principales circunstancias del establecimiento y propagacion de esta órden célebre, que nacida con el protestantismo se halló desde la cuna en estado de luchar cuerpo á cuerpo con él, y preservó mas de la mitad de Europa de la invasion de la reforma: la mostró enmedio de esta laboriosa lucha, que parecia ser el fin principal de su institucion, capaz de sostener con su increible actividad otros mil trabajos, "predicando desde los púlpitos con grave, magestuosa y hasta entonces inaudita elocuencia; favoreciendo con la enseñanza y con inmensa cantidad de escritos, el movimiento de la humanidad, y civilizando por medio de la religion, y con el précio de sus sudores y su sangre, á los salvages que habian sido conquistados con el poder de las armas"

Esta brillante peroracion fué, como es natural, transcrita imperfectamente en los periódicos de París; y uno de los redactores de mas nombradía del *Diario de los Debates*, Mr. Julio Janin, no pudo menos que exclamar. "¡Valor grande! ¡El nombre de Loyola ha sido rehabilitado cumplida y enteramente en un curso público de lecciones! Convéngase, pues, con nosotros, en que este es un inmenso progreso: y convéngase tambien que la enseñanza entra finalmente en el camino de la justicia."

El inglés Sir John Hippisley, el libelista á quien combatió Dallas en la obra citada, que de camino diré que se dedicó al célebre Jorge Canning: ese exaltado calumniador, no pudo dejar de manifestar su aprecio, respeto y admiracion hácia los Jesuitas, y la fuerza de la verdad le arrancó estas palabras. (*Investigaciones sobre los Jesuitas*, página 3 y 17): "Estoy pronto á admitir el mérito de este cuerpo de católicos; y considerando su enseñanza clásica, debo confesar que sus escuelas y seminarios han sido los mas célebres.... Mucho es lo que me cuesta espresarme en los términos en que lo he hecho, respecto de una comunidad compuesta de eclesiásticos recomendables, y en cuyo seno muchos de mis amigos han recibido su educacion...."

Los términos generales con que se espresa el filósofo inglés que acabo de citar, en elogio de los Jesuitas, recibirán mayor amplitud con los particulares de que se sirve el italiano Gioberti, no menos entusiasta á favor de la libertad, que en atacar á la Compañía de Jesus.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sin embargo, cuando discurria sin pasion, no pudo dejar de hacer este homenage á la justicia, en su obra *del Primado*, tomo I, página 333.

"Desde el siglo VI hasta el XVI, la ley generativa del monacato operador y apostólico se desenvolvió, creció y dió fruto bajo todas formas; y si su primera institucion se habia ocupado en civilizar al mundo bárbaro, en su última renovacion se ocupó en disipar, mediante la luz evangélica difundida ya en Europa, las demás tinieblas esparcidas en el resto del orbe habitado. De tal manera el siglo milenario del monaquismo, al principio fué un aprendizage civil, que nacido en Roma abrazó sucesivamente toda la tierra; y aquella concepcion que en el piadoso de Norcia fué especialmente italiana, se hizo europea en el de Claravalle y de Asís, y en el de Loyola *cosmopolítica*. Con Ignacio terminó la obra creadora del claustro, habiendo conseguido el mas elevado grado de velocidad en su movimiento y de estension en su giro por la estructura magistral de sus constituciones interiores, y por la amplitud del campo asignado á sus trabajos."—El mismo autor, hablando en su obra *Introduccion al estudio de la filosofia*, tomo I, página 190, sobre la educacion, dice así: "La gloria de este invento y el mérito de haber comenzado á ponerlo en práctica y ejecucion, pertenece á diversas órdenes religiosas, especialmente á la de los Jesuitas, los cuales, como maestros de la juventud, manifestaron tal sabiduría en conocer la naturaleza humana, y particularmente la de la edad tierna, que su modo de instruir á los niños, contiene muchas partes excelentes de que podrán aprovecharse los afectos al estudio de la pedagogia."—En la misma obra (tomo I, página 196 y 197) tratando de las misiones, se espresa de esta suerte: "Los que acusan á los Jesuitas del Paraguay de haberse arrogado algun poder temporal, no saben lo que dicen.... Entre las varias órdenes de misioneros, ninguna fué mas liberal, mas sábia, mas dulce, mas industriosa, mas eficaz que la de los Jesuitas; y los discípulos de Ignacio en el Paraguay, dieron al mundo el nunca oido espectáculo de una multitud salvage, mudada como por encanto en sociedad de hombres civilizados, mediante una administracion paterna, pero minuciosa y fuerte, como aquella con la que Licurgo amenazaba los duros é indóciles habitantes de la Laconia. *Si en vez de haber sido interrumpida esta obra* (como lo fué en 1767) *hubiese sido favorecida, estendida y aumentada, la raza indígena de América seria á esta hora tan ilustrada y crecida como la blanca;* esa raza degradada de la que aun sobreviven pocas y miserables reliquias, con desesperacion de los filántropos, y oprobio de los europeos."—Y en otro lugar de la misma obra, hablando de las desgracias del Japon, hace una observacion que viene ahora muy al caso: "La culpa de las desgracias de aquel infeliz pueblo, fué haber caido en poder de un príncipe fanático; tanto, que el ódio de un hombre solo, fué suficiente para hacer infructuoso el sudor y la sangre de muchos apóstoles infatigables."—Ultimamente, para confundir á los que sin saber lo que se dicen, aseguran, que despues del restablecimiento de

la Compañía, seguirá el de la inquisicion con su intolerancia perseguidora, vea vd., como contesta el referido Gioberti con anticipacion á este estravagante cargo: "Los Jesuitas, dice, tan lejos de aprobar el rigor en esta materia, se mantuvieron siempre muy agenos de él, y lo condenaron con su ejemplo.... Y la autoridad de los Jesuitas es en este punto de tanto mayor peso, cuanto que por una parte el error evitado por ellos, reinó por mucho tiempo y en muchos individuos, desde la fundacion de su órden; y por otra, que siendo el principal fin de la Compañía la propagacion de la fé, la conducta observada por ellos fué una espresa declaracion de que repugnan á la santidad de su fin los medios coactivos y violentos."

Réstanos el filósofo español, D. Manuel Alonso de Viado, que en el discurso que pronunció en una lógia de Madrid, á 20 de Mayo de 1812, y en que confirmó lo escrito por el abate Barruel, de que el primer anillo de la cadena de abominaciones que habia visto el siglo pasado, no habia sido otro que el esterminio de la Compañía, como necesario y preliminar á la obtencion del triunfo de la filosofia; pues segun el testimonio de Rabaut, uno de los cabezas de la revolucion de Francia, "no pudo hacer progresos, á pesar de medio siglo de esfuerzos, hasta que fueron proscritos de ese reino los Jesuitas, que oponian el mayor obstáculo, á la propagacion de sus luces, y los enemigos mas hábiles, diestros y constantes en hacerle la guerra;" el referido gefe de la mazonería española, decia: "Antes de estas tristes ocurrencias, habia amanecido la aurora de la filosofía en las logias luteranas de Wutemberg y Dresde; pero lejos de bañar con su luz el horizonte español, tuvo en él su cuna la sociedad de los Jesuitas, consagrada únicamente á esterminar los mazones, y á defender la ilusoria autoridad de la silla apostólica. Ignacio de Loyola, dotado de imaginacion ardiente, de humor hipocondriaco, de génio adusto y tan supersticioso como atrevido, instituye y recluta aquella legion de soldados del papa.... y el perspicaz Lainez perfecciona un instituto enemigo.... del sacrosanto derecho que tenemos los hombres de adorar á Dios segun nuestra conciencia: ved aquí, hermanos, las causas que opusieron á la mazonería un fuerte valladar para que no se domiciliase en nuestro desventurado pais."

No pueden haberse espresado con mayor claridad los filósofos sobre la utilidad de los Jesuitas, la santidad de su instituto y las causas tan gloriosas para ellos, á que se debió su destruccion en el último siglo. ¿Pero qué dirá vd. seor-maestro, si oyera á estos mismos filósofos volver por la inocencia de esos padres, contra las acusaciones que les hace el dia de hoy la ignorancia y la hipócrita impiedad? ¿Qué le pareciera á vd. si viera á los hombres que justamente se tienen por liberales y nada fanáticos, promover su restablecimiento?

B.—Señor, tiene vd. tantos testimonios para todo, que ya no me cogeria de nuevo que hiciera canonizar á los Jesuitas por sus mas implacables enemigos, y los que menos creen en la virtud y santidad,

Pero veamos quienes son esos grandes hombres que los defienden; y cuales esos que han solicitado un restablecimiento, que en juicio de nuestros ilustrados y periodistas, únicamente es promovido por los necios, retrógrados y amantes del *statu quo*.

M.—Voy á satisfacer á vd. brevemente. Han acusado á los Jesuitas antiguos de haber hecho odioso el cristianismo en el vasto imperio del Japon, denunciándolos además, de culpables de atrocidades en la China. Pero oiga vd. como los defienden la *Enciclopedia británica*, Montesquieu, y un anónimo protestante, autor de una *Descripcion geográfica de la China*.

"Algunos padres franciscanos, dice el enciclopedista inglés, se hicieron culpables en ese tiempo (habla de la primera persecucion) de la mas imprudente conducta: durante su permanencia en la China, predicaron públicamente en las calles de Macao, donde tenian su residencia, é hicieron levantar allí una Iglesia en contravencion á las órdenes del emperador, y á pesar de los consejos que les habian dado los Jesuitas de no proceder de esa manera."

"Ya he hablado, escribe el célebre autor del *Espíritu de las Leyes*. (lib. V, cap. 14), del carácter atroz de las almas japonas. Los magistrados miraban la firmeza que inspira el cristianismo, cuando se trata de renunciar á la fé, como muy peligrosa, y creian ver en él un carácter de audacia. La ley del Japon que castiga severamente la menor desobediencia, ordenaba renunciar á la religion catolica, y no hacerlo así era desobedecer: se castigó el crímen, y la continuacion de la desobediencia pareció ser acreedora á una mayor pena" ¿A dónde están aquí las maldades de los Jesuitas? Si inspirar este valor á sus neófitos es un crímen, este es general á todos los predicadores del Evangelio.

En la última obra citada se espresa así su autor: "El padre Miguel Rogu, Jesuita napolitano, fué el primer misionero en China, y el que abrió la carrera por la que los individuos de su órden que lo siguieron, se grangearon una tan gran reputacion. Tuvo por sucesor al padre Ricci de la misma Compañía, quien continuó la empresa con tan feliz suceso, que es mirado por los Jesuitas como el principal fundador de esta mision; y tanto por sus talentos extraordinarios, como porque poseia el arte de hacerse agradable á todo el mundo, se adquirió la estimacion pública. Otros muchos Jesuitas vinieron despues de él y marcharon sobre sus huellas. En fin, en 1630 los dominicos y franciscanos se reunieron á la misma obra, para recoger una parte de los frutos, y entonces fué cuando estallaron las divisiones entre todos" ¿Quiénes, pues, fueron los responsables?

Sobre las diferentes acusaciones contra los Jesuitas de América, como las de erigirse en pequeños soberanos, monopolizar el comercio del Paraguay, haberse hecho peligrosos por sus riquezas y poder, corromper á los gobernadores, y despojar á los indios con el pretesto de agradar á Dios, escúchese como ha hablado Muratori, que, aunque si

bien no puede contarse entre los filósofos impíos del siglo pasado, no deja de ser algo libre pensador; en su *Relacion de las misiones del Paraguay*, página 113, 181 y siguientes.

"He aquí el compendio de las infamatorias declamaciones que circundan el mundo, verbalmente, ó en los libelos impresos contra los misioneros del Paraguay. Por lo que á mí toca, nada avanzo sin pruebas evidentes; y no temo afirmar que todas estas imputaciones, son detestables calumnias, inventadas por la envidia y la malignidad."

La opulencia de los Jesuitas y el buen trato que segun se asegura se daban ellos en su vestido y alimentos, es punto que han desmentido otros dos de sus adversarios: uno antiguo que los trató muy de cerca, y otro moderno, que escribe segun la tradicion comun de su pais. El Illmo. Fuero, obispo de la Puebla, en la carta que dirigió bajo el nombre *Jorge Mas Théophoro* á las religiosas de su diócesis, en que las exhorta á la vida comun, contra las opiniones probables que alegaban á favor de la particular que seguian; carta que se hizo tan célebre por los disturbios que promovió en la América, escribió lo que sigue.

"Para acabar de hacer concepto, será bueno que V. R. pregunte á esos directores; ¿por qué sus maestros, abrazando, como abrazaban, todo el *Probabilismo*, y en toda su estension, no practicaron en sí mismos la opinion de la vida particular. Esta fué la única, la singular, singularisima opinion probable que no practicaron los *Jesuitas:* porque es cierto que aunque tenian muchos caudales, todos los manejaban los colegios por medio de sus procuradores, y sin arbitrio de los particulares, que andaban muchas veces con los hábitos rotos y los zapatos remendados."

A este prelado, que hablaba de los Jesuitas mexicanos, y fué uno de sus mas encarnizados enemigos, en tiempo de su espulsion, agregaremos el autor del libelo titulado *Del papa y de los Jesuitas*, que se publicó en Francia en 1815; y cuyas opiniones manifiestan ser un filósofo de siete suelas.

"Los Jesuitas, dice, (pág. 76) observaban una vida frugal; estaban vestidos modestamente y de un paño ordinario; sus aposentos nada tenian de magnífico, y en sus muebles no se encontraba cosa que excediese la sencillez del estado religioso. Se creia no obstante que poseian grandes riquezas; y con todo, al momento de su destruccion se hallaban gravados con una enorme deuda."

Se ha declamado igualmente mucho contra la sábia y paternal enseñanza dada por los Jesuitas, y que formó casi la totalidad de los grandes hombres de los dos siglos pasados; y entre las tachas que se le han puesto, no es la menor la de no ser conforme á las actuales instituciones liberales que nos rigen. Escuchemos tres votos bastante respetables: el ilustre conmovedor de la Irlanda, el impetuoso O'Connell, el gran Napoleon, y el liberal Leopoldo I, rey de los belgas.

El primero se esplicaba en estos términos, en un discurso pronunciado en Corn-Exchange, á 11 de Octubre de 1843:—"Se ha dicho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que yo soy Jesuita: no tengo este honor; pero mis cuatro hijos han sido educados por los Jesuitas, y si el cielo me hubiese concedido veinticuatro, á todos los habria hecho educar por los mismos padres."

El ex-emperador de los franceses, fué bastante desafecto á los Jesuitas; pero á pesar de las prevenciones que abrigaba contra ellos, y de su empeño en destruir las corporaciones de los antiguos miembros del instituto; colocado frente de una de ellas, no pudo resistir al influjo de la gloriosa reminiscencia de los colegios de la Compañía de Jesus. Pruébalo la siguiente anécdota que referia el elocuente orador Mr. Berryer, en la cámara de los pares en 1844, y que vamos á exponer con sus mismas palabras, como se leen en el opúsculo publicado el año siguiente en París, con el título de *Defensa de la libertad religiosa*, página 34.

"Perdonad, señores, el que por un momento parezca separarme de mi asunto, para referiros uno de los mas tiernos y nobles recuerdos de mis primeros años. No tengo presente si fué por los primeros dias del consulado, aunque ciertamente sí despues de la segunda campaña de Italia, cuando nos hallábamos multitud de jóvenes, entre ellos el hermano menor del primer cónsul, que posteriormente llegó á ser rey deWestfalia, en la casa de Juilly, bajo la direccion de los religiosos del *Oratorio* que presidia el padre Lambois superior que habia sido de la escuela de Efflat en la Auvernia. Cierto dia se nos trajo la noticia de que Bonaparte se hallaba á nuestras puertas en Dammartin, á una legua de la casa de Juilly; y aprovechando la ocasion de verlo, salimos del colegio los 250 alumnos que allí nos educábamos, llevando al frente á nuestro rector, y los 12 ó 15 profesores del colegio. No puedo olvidar, señores, la hermosa figura, las respetables canas y el trage talar negro del padre Lambois, así como el noble continente con que acercándose al guerrero le dijo:—Señor general: los maestros que han formado á Desais, á Casa-Blanca y Muiron tienen el honor de presentaros sus discípulos.—Sorprendióse á su vista el vencedor de Italia, y despues de haberle contestado con afabilidad: *Ellos están en buenas manos, mi padre*, dirigió sus vivas miradas sobre nosotros que absortos admirábamos su gloria, como para ordenarnos respetar á esos religiosos que nos habian conducido á su presencia."

En fin, el rey constitucional de la Bélgica, segun refiere *El Amigo del órden*, periódico de esa nacion, visitando el colegio de Namur, en que se educan como seiscientos jóvenes, dirigió el siguiente discurso á los padres Jesuitas, que se hallan encargados de él.

"Señores: con la mayor complacencia he venido á visitar vuestro establecimiento, pues me consta la acertada direccion que dais á vuestros estudios. No desmayeis en vuestros trabajos, la juventud necesita buenos principios, y nada importa mas que inculcárselos, sobre todo, en nuestros dias, en que hay empeño en propagar los males y excitar las pasiones. Por desgracia existe en la sociedad una lucha entre las doctrinas sanas y perniciosas, y es de toda necesidad

pelear contra ese espíritu de desórden que tiende á trastornar los Estados. Si no se le hace oposicion desde el principio, debemos temer dias tempestuosos; pero si se logra vencerlo, un bello porvenir se prepara á la Bélgica, á esta nacion que disfruta de una tan hermosa y feliz posicion en Europa. Solo de ella depende conservarla y hacerla cada dia mas dichosa. Conservando sus principios, no hay duda que se hará respetable y respetada. *Lo que principalmente me agrada*, señores, *es la educacion verdaderamente nacional que dais á la juventud*. Continuad educándola como lo haceis, con este espíritu, y ella será el mas firme sostén de la pátria."

La feliz posicion, en efecto, en que hoy se ve la Bélgica, enmedio de tantas conmociones como agitan á otros paises de Europa, en que los Jesuitas han sido rechazados ó cruelmente perseguidos, acredita el dicho de ese soberano, y la sabiduría del consejo que dió Talleyrand á Luis XVIII en 1815; que ojalá lo hubiera tomado: "Una sábia y fuerte educacion, (le decia) es la única que puede preparar á las nuevas generaciones á esa calma interior, cuya necesidad todos proclaman. El remedio mas eficaz para conseguirla sin trastornos, es la reconstitucion legal de la Compañía de Jesus."

B—El consejo para los amigos de los Jesuitas, no es malo, y ya quisieran que todas las naciones lo tomaran; pero mientras los hombres filósofos é ilustrados, se hallen, como deben estarlo, en los cuerpos legislativos, no se verán en ese espejo: en todo pensarán, menos que en esa rehabilitacion, y este casi es un principio del progreso.

M—Tiene vd. sus papeles muy mojados, seor-maestro. Cierto es que no moverá á esos cuerpos en el restablecimiento de los Jesuitas, el amor á la religion; pero siendo consecuentes con sus principios, sí han procurado hacerlo por el de la libertad, la justicia y la tolerancia. ¿Cree vd. que la asamblea francesa de 1790 ha sido una de las mas liberales que hayan existido en ese pais? Pues bien, en ella se proclamó, en la sesion del 19 de Febrero, su rehabilitacion por un clamor general, como puede vd. verlo en el *Monitor* y *Diario de París* de esa época.

"Entre las cien mil vejaciones del antiguo gobierno, decia allí el famoso abate Gregoire, y que tanto han pesado sobre la Francia, debe contarse la que se ha ejercido contra la célebre órden de los Jesuitas; y es preciso hacerles participantes de nuestra justicia."

Sí, contestaba Barnavé: "si el primer acto de la libertad naciente debe ser la reparacion de las injusticias del despotismo, desde luego propongo una nueva redaccion á la enmienda propuesta á favor de los miembros de la Compañía."

"Los Jesuitas, añadia el duque de Montesquieu, tienen derecho á vuestra generosidad, que espero no rehusareis á una congregacion tan célebre, en cuyo seno muchos de los que aquí estamos presentes hemos hecho nuestros primeros estudios, y á unos seres desafortuna-

dos, cuyas faltas son quizá un problema, mientras que sus desgracias son reales y positivas."

"En efecto, exclamaba Lavie: ¿qué conspiracion se ha descubierto á esos padres? ¿De qué crimen se les ha reconocido culpables? ¿No han sido esos infelices, sacrificados, no á la libertad, no á la razon ni por la pátria, sino al espíritu de partido, á la venganza y al ódio mas implacable....?"

El resultado de esa discusion, de que omito otros testimonios por no alargarme mas, sepa vd., que fué anular en cuanto pudo la asamblea, la sentencia de destruccion de los Jesuitas, aceptándolos como á víctimas de la mas inicua arbitrariedad; consagrando así, por un voto casi unánime, el principio de su inocencia; y á peticion de los mismos Gregoire y Barnavé, este voto particular se convirtió en ley.

Testimonios tan liberales como justos se nos presentan en las cámaras de París en 1844, como puede verse en el Opúsculo publicado en el siguiente en París, por el abate Dupanloup, con el título: *De las Asociaciones religiosas.* Aquí tiene vd. algunos de ellos, en los que verá especialmente la burla que se hace en los paises cultos de los que quieren intimidar á los pueblos con el *jesuitismo* pintado por los libelistas.

"Señores, decia el ya citado Saint-Marc Girardin, mucho es lo que os molestais, cuando siendo hombres de talento, obrais sobre las imaginaciones, hablando siempre de esa sociedad famosa, cuyo fantasma se muestra incesantemente en estas discusiones: esto no es leal bajo el aspecto dialéctico.... No vengais con tanta tenacidad á meternos este espectro en la cabeza.... Reios de estos temores y de estas susceptibilidades, que mútuamente se agravan entre sí; porque bien sabeis que el temor se comunica con suma facilidad."

"No hay que preocuparse de este fantasma de *jesuitismo*, que sin cesar se hace aparecer aquí, y que seria necesario declarar mas poderoso que nunca, si tuviese la fuerza de hacernos retroceder ante la libertad." Así hablaba Mr. Lamartine.

El conde Beugnot, añadia: "Ese temor que diariamente se trata de infundirnos al solo nombre de Jesuita, no es mas de *una comedia*, que se representa ingeniosamente para exaltar los espíritus, irritarlos é inflamarlos á favor de ciertos intereses personales. Recordad, señores, la cruzada que en otra vez formamos contra los Jesuitas: no sé si la memoria me engaña; pero me parece que en 1828 perseguiamos otra cosa muy diversa de estos padres. Recuerdo á las personas que entonces se les oponian, que si nos hubiesen faltado los Jesuitas, hubiéramos hallado otros motivos para justificar y afirmar nuestra oposicion."

"No hay que cansarnos en esplicaciones, agregaba Mr. de Gasparin, ¿sabeis lo que bajo el título de Jesuita se significaba; y lo que con el terror de ese nombre se pretendia? Bien claro lo dicen los sucesos posteriores: se significaban aquellos hombres que no estaban

dispuestos á aceptar en lo espiritual el auxilio del poder temporal; y todo el objeto de esa polémica únicamente se ha dirigido á conservar el monopolio de la enseñanza universitaria."

Con mayor claridad se espresó Mr. Amilhau, cuando dirigiéndose al ministro que acusaba á los Jesuitas ante la cámara, le decia: "Ese partido, agente constante de todos los desórdenes de Francia, vuelve á sus antiguas tramas: á cada momento nos presenta á los Jesuitas, como fantasmas siempre dispuestos á penetrarlo todo para promover unos trastornos y discordias, que unicamente promueven mas ó menos paladinamente sus declarados adversarios."

"Cierto es y no puedo negarlo, concluia su discurso Mr. Portalis, que he combatido la existencia de los pequeños seminarios (los que dirigian los Jesuitas); pero declaro solemnemente que á pesar de lo que les he objetado, no intento proscribir y desterrar del suelo francés esas instituciones religiosas, cuyas formas pueden variar con los siglos y las revoluciones de las costumbres; pero que la religion católica siempre se ha glorificado de llevar en su seno, y que son incontestablemente conformes con su espíritu.... no se trata de repudiar el pasado de nuestro pais, de renegar y maldecir á los fundadores de gran número de nuestras ciudades; á los que conservaron encendida en las regiones asoladas por la invasion de los bárbaros, la antorcha de la civilizacion, á los que establecieron, en fin, la nueva sociedad, con el auxilio de la disciplina cristiana y católica."

A estos testimonios de los filósofos, ya á favor de los Jesuitas, ya descubriendo las causas de su ruina, y ya, por último, burlándose de los que por sus intereses particulares invocan como pretesto el nombre de estos padres, para hacer odioso al clero católico, y conmover á las naciones, pongamos fin con un argumento de hecho, y es la proteccion que dos soberanos secuaces de la filosofía les dispensaron, en oposicion á todos los clamores de su secta. Impóngase vd. de este trozo del ya mencionado Schoell, tomo 44, páginas 82 y 84.

"Los Jesuitas encontraron un apoyo en algunas córtes que no podia esperarse, como en Lóndres, Petersburgo y Berlin. Federico II, que apreciaba las cosas sin pasion, hizo presentar en 1770 un memorial al papa en su favor, de que envió cópia al duque de Choiseul, que es regular se conserve en París en el archivo de los negocios estrangeros. Federico II no permitió publicar el breve de Clemente XIV, que suprimia á los Jesuitas, en Silesia y en el ducado de Clebes; y declaró, que no conocia *mejores eclesiásticos ni maestros mas sábios*.... La emperatriz Catalina II, la amiga de los filósofos, se rehusó, á pesar de esto, á ceder á su influjo hasta cooperar á la destruccion de los Jesuitas en las provincias de Polonia que le tocaron por el tratado de 1772, aunque una ley de Pedro el Grande les habia prohibido la entrada en Rusia.... Paulo I su sucesor, recomendó á la Santa Sede á los Jesuitas, declarando, despues de manifestar su especial respeto hácia ellos, lo satisfactorio que le seria ver la Com-

pañía de Jesus establecida en su imperio, bajo la autoridad de la misma Santa Sede."

¿Qué le parece á vd., seor-maestro, de lo que ha oido hasta aquí?

B.—La verdad, señor, que estoy asombrado, y no me ocurre otra cosa, sino decir, que los tales filósofos, al hacer la guerra á los Jesuitas, llevaron muy diversas miras, de las que les suponen los periodistas y demás ilustrados de moda. Cada vez, le hablo con ingenuidad, me convenzo mas, de que no son tan vulgares y poco instruidos los amigos de los Jesuitas, como quieren persuadirlo los que únicamente reimprimen los libelos que se han publicado en su oposicion.

M.—No es vd. el único de los adversarios de este cuerpo, á quien la fuerza de la verdad le arranca esta confesion, y hace unos cuantos años, que uno de sus mas encarnizados enemigos, no vaciló en hacer lo mismo en un libelo que publicó en su contra en Francia: "¿Quién, decia el conde de Montlosier, temerá defender á los Jesuitas, existiendo tan magníficos alegatos á su favor?" Y esto, que el autor de la *Denuncia*, segun se echa de ver, no sabia la mitad de lo que vd. ha oido, y de lo que le falta que escuchar.... Pero no perdamos tiempo, prosigamos como le he ofrecido, el exámen de otros documentos de mucha importancia y de la mayor autoridad, pues van á hablar nada menos que periodistas, es decir, las antorchas de la moderna ilustracion, segun el comun sentir de los liberales. Comencémos por el *Diario de los Debates* del 10 vendimiario, año XIII (2 de Octubre de 1804) y veamos la manera con que este periódico anuncia el restablecimiento de los Jesuitas en Nápoles, verificado en el mismo año.

"El restablecimiento de la órden de los Jesuitas, ha causado un general regocijo en esa capital y sus provincias.... El colegio que los Jesuitas tenian antiguamente en Nápoles, ha sido abierto el dia de la Asuncion, y se les ha entregado jurídicamente.... Lo mas notable es, el empeño con que multitud de sugetos se presentan para vestir el hábito. Esta afluencia hace mas difícil la eleccion y mas severo el exámen de los pretendientes; lo que hace esperar fundadamente que la Providencia bendecirá la restauracion de esta órden, que formando una nueva generacion y costumbres nuevas, puede contribuir tan poderosamente á la gloria de la religion y á la felicidad de los pueblos.—Los nuevos Jesuitas son lo que eran los antiguos. Además del mismo nombre, el mismo hábito y la misma regla, los nuevos van á ser formados por los antiguos que aun existen, por estos restos de Israel que la Providencia parece no haber conservado, sino para hacerlos depositarios del fuego sagrado y de las verdaderas tradiciones y principios del instituto. De manera que no hallándose de ninguna suerte interrumpidas de San Ignacio á la fecha, puede decirse que los nuevos Jesuitas son verdaderamente los sucesores de los antiguos, y que la órden sin tener la misma estension, no deja de ser igualmente perfecta: identidad tan apreciable como honrosa, que es á la vez el garante de su duracion, el dique mas poderoso á las pérfidas reformas que pudieran meditar cier-

tos espíritus sistemáticos, la mas decisiva respuesta á las acusaciones de sus enemigos, y el triunfo mas noble que haya podido reportar contra los injustos provocadores de su destruccion.—Al reedificar á la Compañía de Jesus sobre sus antiguos cimientos, derogando á este efecto el breve de Clemente XIV, de ninguna manera pone en contradiccion su virtuoso sucesor á la Santa Sede consigo misma. Si la necesidad hizo dar el breve de destruccion, la misma es la que dicta el de su resurreccion, con la diferencia de que la primera era hija del temor y asedio en que tenian hombres poderosos á aquel infortunado pontífice, á quien hicieron dispersar de un rasgo de pluma, veinte mil infatigables operarios, que en las cuatro partes del mundo se ocupaban en la predicacion y enseñanza pública; al paso que la necesidad del dia de hoy es hija del tiempo y de la esperiencia, que nos ilustra sobre las desgracias que han seguido á esta época fatal, y la urgencia de repararlas. Esta, no lo dudamos, se hará sentir en los estados católicos, á medida que se disiparen los ódios y las prevenciones; que el espíritu de partido se extinguiere en los paises; que los soberanos abran los ojos sobre sus verdaderos intereses; que la impiedad se desenmascare con nuevos excesos, y que el progreso de las depravadas costumbres, convenza á los hombres mas obcecados de aquel principio del grande Bacon, de que para educar á la juventud no se encontrará cosa mejor que las escuelas de los Jesuitas."

No es este el único testimonio de este famoso periódico tan conocido por su entusiasmo por las ideas liberales. He aquí, como volvió á esplicarse el año de 1820.

"Esta institucion (la de los Jesuitas) nacida en el siglo diez y seis *de las mismas necesidades de la Iglesia*, habia llegado á ser la vigilante centinela de esta unidad preciosa, tan escandalosamente violada desde entónces. Los filósofos, poder nuevo que habia producido la corrupcion de la regencia, se aliaron con gentes que no los amaban, pero que tampoco tenian motivo de odiar á ese cuerpo, á quien ellos temian mucho y aborrecian mas. Los parlamentos siempre prevenidos contra lo que adquiria elevacion, y por consiguiente siempre mas ó menos cómplices de la envidia, celadores peligrosos de los derechos de la corona, habituales censores de los de la tiara y partidarios declarados de la doctrina de Jansenio, entraron fácilmente en la liga. Solo les faltaba algun hecho notable que sirviese de pretesto y ocasion, y éste lo ofreció el arrebato de un furioso. Un miserable de la hez del pueblo [*Damiens*] osó poner una mano impía y homicida sobre la persona del rey; al momento se estendieron sordos rumores que asombraron á los débiles, y persuadieron á los incrédulos; la calumnia mantuvo mucho tiempo esos rumores que habia sembrado; se urdieron las tramas mas estrechamente, y llegó el momento de recoger el fruto de tantas intrigas. Cinco años despues del atentado fué pronunciada la destruccion de los Jesuitas, sin valerles nada ser protegidos por el difunto delfin, heredero del trono, el recuerdo de los servicios que ha-

bian prestado, el reconocimiento de una multitud de ilustres discípulos que habian formado, y tantos gloriosos títulos que les eran propios. La calumnia no dejó de perseguirlos mas allá de su proscripcion, y esta sociedad, heredera y depositaria fiel del corazon de Enrique IV, se vió con el mas amargo dolor envuelta en su caida en la tenebrosa suposicion de haber querido atravesar el corazon de un descendiente de este gran rey."

Aquí tiene vd. en este fragmento de la *Revista de Oxford y de Cambridge*, del mes de Julio de 1845, como se espresa el editor al tratar de los generales y principales miembros de la Compañía:

"Ellos fueron siempre y son todavía hombres de gran carácter y prudencia, y de una resolucion que nunca se encuentra en las personas del mundo: de un talento lleno de calma é ilustracion, junto con un corazon ardiente que nadie ha osado jamás tachar de insensibilidad; á quienes pueden fiarse en consecuencia los mas árduos negocios, seguros de que serán desempeñados, no con el rastrero artificio que suele á veces calificarse de habilidad, sino con grandeza de ingenio y honradez sin igual. Bajo la conducta de estos admirables guias, y combatiendo sin cesar por la causa de la virtud, de la pureza, del órden civil y religioso, marcha el grande ejército de los Jesuitas; grande, no por el número, sino por las obras y compuesto de predicadores elocuentes, de misioneros, á quienes los mas ásperos trabajos no hacen perder la urbanidad de las maneras: de literatos, de fino gusto y de imaginacion viva; de sábios, con la pasion, aunque sin la monomanía del estudio; de hombres, en fin, viviendo en el mundo sin ser mundanos."

Oiga vd. cómo escribia el ministro de la guerra de la Gran Bretaña, Macaulay, en la *Revista Británica*, del mes de Enero de 1841.

"Al célebre Ignacio de Loyola, que en la grande reaccion católica, representa el mismo papel que Lutero en la revolucion protestante, se deben en gran parte los progresos de la restauracion católica en el siglo XVI.... No estando satisfecho del método de los teatinos, este español se dirigió á Roma. Entró pobre, oscuro, sin protector en esta ciudad, donde á esta hora dos grandes basílicas, adornadas de hermosos cuadros y variados mármoles, recuerdan los servicios prestados por él á la Iglesia, en que su estatua de plata maciza se eleva magestuosamente, y sus cenizas, colmadas de honores, descansan sobre el mismo altar de Dios. Su santidad y zelo sobrepujan todos los obstáculos, y la órden de los Jesuitas comenzó á existir bajo su direccion, llegando rápidamente á la plenitud de su gigantesco poder. Todas las páginas de los anales europeos, durante gran número de generaciones, testifican la dedicacion, la política, la perfecta regularidad, valor intrépido, abnegacion, olvido de los lazos mas queridos del hombre privado, la profunda y tenaz consagracion para llenar el objeto propuesto, la prudencia infinita en el uso de los medios que distinguieron á los Jesuitas en el combate por su Iglesia. El espíritu católico se habia concentrado en el seno de la órden de Jesus,

y su historia es la de la grande reaccion del catolicismo. Esta Compañía se apoderó de la direccion de todas las instituciones que obran mas poderosamente sobre las almas, el púlpito, la prensa, el confesorario, las universidades. Donde predicaba el Jesuita era muy reducido el mayor templo para el auditorio. El nombre de Jesuita al frente de una obra, le aseguraba el éxito. Al oido de un Jesuita era donde los poderosos, los nobles y señores, confiaban la historia secreta de su vida. De la boca del Jesuita aprendian los jóvenes de las clases elevadas y medias los primeros rudimentos de los estudios, hasta la retórica y la filosofía. La literatura y las ciencias, asociadas hasta entonces á la incredulidad y heregía, se convirtieron en aliadas de la fé ortodoxa.— Victoriosa la Compañía de Jesus y hecha dueña de la parte meridional de la Europa, se preparó á otras conquistas. Viendo sin ninguna inquietud los mares y desiertos, la hambre, la peste, los espías y leyes penales, las cárceles y tormentos, los patíbulos y las horcas, aparecieron los Jesuitas en todos los paises y bajo todas las formas: como estudiantes, como médicos, como mercaderes, y aun como criados, se les vió en la córte hostil de Suecia, en los antiguos castillos del condado de Chester enmedio de los ásperos terrenos de Connaught; allí disputaban, enseñaban, consolaban, atraian á sí los corazones de la juventud, reanimaban el valor de los tímidos y ponian el crucifijo en los lábios de los agonizantes.—El antiguo mundo, era muy limitado para una actividad tan asombrosa. Los Jesuitas abordaron á las costas que los grandes descubrimientos de los marinos del siglo precedente habian franqueado á las empresas de los europeos. Muy pronto se les encontró en el fondo de las minas del Perú, en los mercados de esclavos de las carabanas africanas, en las riberas de las islas lejanas, en los observatorios de la China; hacian prosélitos en lugares en que solo habian conducido á sus compatriotas la avaricia ó la curiosidad; predicaban y disputaban en unos idiomas de que no habrian comprendido una palabra ninguno de los hijos del Occidente."

Otro ministro de justicia y del interior de Francia, el conde de Peyronnet, en un periódico que con el título de *Esquisses politiques*, se publicaba en Paris en 1829, insertó en uno de los primeros números el pasage que paso á exponer.

"Se ha dicho que los Jesuitas son perniciosos á la religion, ¿y por quienes? Por aquellos que no aspiran sino á arruinarla. Se clama que son enemigos de los reyes; ¿y de dónde emana ese grito? De los que solo intentan destronarlos á todos. Se acusan de adversarios de la constitucion; ¿y de qué parte viene tal denuncia? De la de aquellos que la violan abiertamente. Se grita que ejercen un influjo perjudicial en el estado; ¿y de dónde sale ese clamor? De las filas revolucionarias, cuya funesta influencia produce muchos años há, todas las desgracias sociales. Se les echa en cara que no son tolerantes; ¿y quiénes los inculpan? Hombres animados hácia ellos de la mas cruel intolerancia que existió jamás, la de los que nada creen. Se

vocifera que son enemigos de la libertad, ¿y cuáles son sus denunciantes? Los que los lanzan de sus iglesias, de sus escuelas, y de su pais: los que atacan á la vez en sus personas la libertad religiosa, la libertad política y la libertad civil. Es cierto que la necedad de tales acusaciones y el descaro de los acusadores, bastan para justificar á sus víctimas; pero cuando se deseaba ser engañado y se queria serlo, ¿qué hacer en este caso? Por mí lo digo: aunque temiera á los Jesuitas, tanto como el mas fanático de sus enemigos, siempre creeria que la conservacion de la libertad de conciencia es de mas precio que su espulsion."

La Gaceta de Francia del 24 de Mayo de 1828, de esta manera arguye á los liberales, que olvidando sus principios, persiguen á los Jesuitas con los añejos argumentos y máximas despóticas del siglo pasado. Escuche vd., que parece haberse escrito espresamente para nuestros tolerantes.

"Con que en fin, vuestra sentencia está dada: no quereis Jesuitas. Bien; pero ántes espliquémonos un poco. Puede haber hombres en el mundo que observen aisladamente la regla de San Ignacio: ¿hablais con estos? Si así es, ¿cómo entendeis la libertad civil y la de conciencia? Puede haberlos tambien que quieran formar una sociedad, para vivir reunidos en una casa que les pertenece, bajo una regla cenobítica, para la que prefieren la regla de San Ignacio á las demás; que les acomode vestirse del mismo traje, comer en la misma mesa, ayunar los mismos dias, levantarse á la misma hora para hacer oracion á Dios. ¿Qué reprendeis en estos? ¿La regla de vida? ¿Dónde está entónces la libertad civil? ¿La regla de orar? ¿qué viene á ser la libertad de conciencia? Puede haber igualmente ciertos hombres, ligados con ciertos votos religiosos, los de San Ignacio por ejemplo, que quieren consagrar su vida á la educacion de la juventud, ya en los colegios públicos, ya en los establecimientos sujetos á los obispos, ya, en fin, en las casas particulares, á los niños á quienes les confian sus familias. Si á éstos son los que perseguis, advertid, que si enseñan en los colegios del gobierno, de éste es la culpa que los llama; si en los del ordinario, atacais la libertad de nuestra Iglesia, de que os mostrais tan celosos; si privadamente os tomais el derecho de inquirir en las familias las reglas de su vida y de sus creencias. ¿Conque pretendeis que todo sea libre en vuestro pais, menos la educacion de las familias....? Me decis que varios decretos los han espulsado del reino. Es cierto; pero háblase del instituto de los Jesuitas, de su órden con cierta existencia legal, ciertos derechos de cuerpo, ciertos privilegios concedidos, y todo esto bien podeis negarlo ó concederlo. Pero el domicilio, el domicilio comun, el domicilio considerado con respecto á ciertos individuos que lo ocupan sin afectar otros títulos, ni pretender mas ventajas que las que corresponden á todos los ciudadanos ¿qué tiene que ver con esos edictos? ¿Qué son estos, sobre todo, ante las leyes que la revolucion ha impuesto, y el estado político que la restauracion ha fundado?.... Ambas han borrado hasta las últimas trazas de las interdicciones civiles y políticas, fulminadas en otro tiempo contra ciertos votos, condenándolos á la pena de escándalo y absurdo. Pero si el judío hace cuanto quiere como judío, y el protestante como protestante, con mayor razon el católico puede ser religioso, y el ministro de la religion del Estado puede ser Domínico ó Jesuita. Y cuando los edictos promulgados en otras épocas contra los judíos y protestantes han desaparecido ante las leyes que acuerdan indistintamente á todos los franceses la libertad civil, la libertad política y de conciencia, ¿reclamais abiertamente una escepcion de servidumbre y dependencia al privilegio de intolerancia é interdiccion, á favor de esos edictos predilectos que hirieron á los Jesuitas?... Vosotros, últimamente, no los quereis, y este es punto decidido; pero ☞ los quieren los padres de familia á quienes creemos algo interesados en esta cuestion, para que eduquen á sus hijos: ☜ los quieren los obispos para los ministerios de predicar y confesar en sus iglesias, y para el de enseñar en los colegios que están bajo su dependencia. ¿Y á nombre de la libertad obligareis á aquellos á sacrificar sus opiniones, é invocando los derechos episcopales, quitais á estos los ministros de que gustan valerse? Sin embargo, así lo quereis; pero si cuando se os presenta algun maestro protestante, judío, ó mahometano no lo rechazais y ántes lo animais con vuestra aprobacion; ¿á nombre de la misma tolerancia é igualdad constitucional condenais y proscribis al preceptor que sea Jesuita? ¡Oh hombres libres, cuya imparcialidad edifica!"

El siguiente fragmento del *Correspondiente Suizo*, del mes de Mayo de 1844, viene tambien muy á propósito para la polémica suscitada en Querétaro con motivo del restablecimiento de los Jesuitas, á quienes se atribuyen las discordias suscitadas en ese Estado. Atiéndalo vd., que es bastante curioso:

"Decis, que los Jesuitas son reos de todos los males que afligen la confederacion [*suiza*], porque viniendo á Lucerna podian y debian preveerlos —Pero ¡buen Dios! ¿podia preveerse una organizacion (nueva en la historia) de satélites, legalizados con las armas y la proteccion de los gobiernos, para lanzarse sobre un pais confederado á incendiarlo y devastarlo? ¿Quién podia preveer que los *regeneradores de la humanidad* estuvieran en un estado de tan profunda corrupcion, que viesen con escarnio las leyes divinas y humanas, los derechos de propiedad, de las personas y de la religion, para llevar en triunfo el perjurio, pagar la felonía y predicar el asesinato público y privado? Vosotros, ó radicales, debiais preveer, que con la injusticia, la violencia y la muerte, no se conduce á un pueblo á la felicidad, sino al llanto; no se ordena una República, sino se disuelve; debiais así preveerlo, porque os abundan tanto las luces, y para no haceros reos de los males que despedazan á la pátria y que pretendeis echar á cargo de los Jesuitas.—Pero despues de aquellas escenas de sangre, ¿no

debian los Jesuitas, si tuvieran sentimientos de humanidad, retirarse y no encapricharse en ir á Lucerna, pasando sobre cadáveres y ruinas? Esto dicen los mas discretos.—Pero, por favor, ¿las convenciones estipuladas no deben mantenerse? Si Lucerna, primera parte estipulante, sostiene su contrato con las armas en la mano, á costa de todos los sacrificios, ¿los Jesuitas que forman la otra parte podian retirarse con honor? Si despues de tantos sacrificios y peligros, entre los sudores de la victoria, Lucerna hubiera sido abandonada de los Jesuitas, y éstos hubiesen hecho allí lo que no pudieron alcanzar los cuerpos francos; decidme: vosotros que juzgais tan necesario que los Jesuitas cediesen; si hubieran cedido ¿no habriais sido los primeros y con razon, en levantar la risa y gritar por todas partes: *¡palabra de Jesuita! ¡bien os está, señores! ¡Fiaos de los Jesuitas, ellos os dejan plantados en lo mejor!* En lugar, pues, de reprender al que no renuncia á sus propios derechos y á su honor, por haceros merced, lamentad al que no deja de ofender los derechos agenos y no vacila por satisfacer sus caprichos, en sumergir á su propio pais en los horrores de la anarquía y de la guerra.—Recordais el artículo VIII del Pacto, cue dá facultad á la Dieta de armarse contra todo lo que amenaze la pública tranquilidad. ¿Y qué se sigue de aquí contra los Jesuitas? —Pero vamos á ese artículo, que no se recusa por nosotros. Reflecionad bien, que él no dá derecho á la Dieta para armarse contra opiniones políticas, contra doctrinas, influjos y tendencias, sino contra hechos precisos y materiales. ¿Y á quienes pertenecen estos ataques contra la pública seguridad? ¿A siete inermes eclesiásticos, ó á una horda numerosa, que armada de todas armas entra en el territorio de otro, viola la soberanía y libertad de los cantones, provoca la intervencion estrangera y amenaza la existencia de la confederacion? Vosotros invocais, aunque bien desgraciadamente, el artículo VIII del Pacto contra los Jesuitas; pero permitidnos que á nuestra vez os recordemos, que éste, el I y el XII, han sido altamente infringidos por vosotros.--Para inducirnos á desterrar á los Jesuitas, ¿nos llamais á consejos de paz, de tolerancia y de moderacion?—Admitido. ¿Pero moderacion á nosotros, para vosotros que por un puro capricho poneis fuego á toda la confederacion? ¿Tolerancia en nosotros, por vosotros que quereis á fuerza el sacrificio de nuestra conciencia, de todos nuestros mas sagrados derechos y de nuestra misma vida? ¿Paz? ¿Y por qué nos la quitais? La paz, la moderacion, la tolerancia que nos son tan queridas y que invocais, han sido ofendidas por vosotros, contra vosotros claman."

Echando despues en cara á los radicales sus calumnias contra los Jesuitas, y especialmente su empeño en hacerlos sospechosos ante los mismos católicos que los habian llamado y sostenido, les arguye así:

"Medid bien vuestras armas, no sea que en vez de llegar á vuestros adversarios, os hieran á vosotros. Oponed á los Jesuitas ante

los protestantes, ya que en vuestra lógica deben aceptarse las denuncias de declarados enemigos, las acusaciones de los que por su diversa comunion deben profesarles un ódio mortal; pero guardaos bien de pretender infundir desconfianza sobre su ortodoxismo, su utilidad y servicios á la Iglesia romana, á los católicos, porque servirán tales argumentos para poneros en ridículo. La grata y venerable memoria de San Cárlos Borromeo y de San Pio V, que reina siempre viva en los cantones suizos ortodoxos, os ha inspirado la idea de abusar de su nombre, falsificando hechos y alterando escritos, para convertirlos en adversarios de los Jesuitas. Pero sin duda ignorais la historia, ó solicitais engañar á los sencillos y poco cautos. Asegurais que el primero de dichos santos jamás tuvo *buena opinion* de ellos, y el segundo *anunció próxima su ruina*. Pues sabed que esos colegios de Friburgo y Lucerna de que pretendeis lanzar á los Jesuitas, obras son del santo cardenal, así como los de Verona, Brescia, Mantua, Dilinga, Arona, Vercelli, Dilinga y Génova, de los que tambien fué fundador. Sabed que promovió grandemente con sus recomendaciones y cartas, los de Lintz, Gratz, Aquisgran, Praga, Alberstard; y el germánico é illírico de Roma, para los que solicitó rentas de Clemente VIII. Sabed, en fin, que en una carta que dirigió á este papa, le aseguraba: que los Jesuitas *de cualquiera parte que fuesen, eran buenos y modelos de doctrina y zelo.* ¿Y del gran pontífice dominicano, que nos refieren los anales de su época? Que les dió la penitenciaria de San Pedro; que los mandó de misioneros á la armada del vencedor de Lepanto; que en una bula los llamó autores del "fruto abundante que se veia en el orbe católico, por su vida ejemplar, la santidad de sus costumbres, su pericia en las letras y en las santas escrituras:" en otra los alaba como "sembradores de la divina palabra en las tierras bárbaras, y pródigos de su sangre por la salvacion de las almas:" y ya, por omitir otros mil testimonios de su benevolencia y afecto paternal, dirigiendo un breve al arzobispo de Sarlet, le dice que "hace al cielo ardientes votos porque todas las ciudades tuviesen colegios de Jesuitas."

Por último, así concluye el citado periodista; y estas sus finales espresiones, no vienen menos al caso en la reñida oposicion que ha sufrido el restablecimiento de los Jesuitas en nuestro pais, á pesar de las reiteradas veces en que por espacio de treinta años ha sido solicitado; y de la clase de guerra que les ha hecho el partido que los ódia y persigue.

"Si es honorífico á los Jesuitas, que sus enemigos no tengan casi otras armas para condenarlos, que aquellas que los absuelven; es bien triste para la humanidad, que haya hombres, que depuesto todo sentimiento de verdad, no se ruboricen de echar en cara á los inocentes, aquello mismo de que ellos son los reos; y no es fácil comprender qué sea mayor en esta conducta, si la impudencia ó la mentira. Yo respeto las opiniones de los que no aprueban la llamada de los Jesuitas, en estos tiempos á Lucerna. Pero que con toda suerte de imposu-

ras se engañe á los pueblos, y se les precipite á unos pasos que les cuesten lágrimas; que haya de cargarse á los Jesuitas de delitos que jamás han cometido; que no se respeten ya, ni leyes, ni religion, ni órden público y privado, para llevar al cabo la espulsion de unos pocos Jesuitas de Lucerna; ¿cómo ¡Dios inmortal! se sufre esto? ¿Y los pueblos se ilustran con los engaños? ¿Con la mentira es como se guian al progreso? ¿Y con las injusticias se fundan las bases de la felicidad social? Si so-capa de guerra á los Jesuitas, ocultais otras miras: ¿es de hombres de honor perseguir á los inocentes, y hacer abominables con mentiras á unas personas que solo se ocupan de hacer bien? Y si teneis estas otras miras, ¿por qué no las manifestais? ¿No debe saberlo el pueblo todo? ¿No es él quien lo hace todo? ¿Hará, pues, algo sin saber qué? ¿El pueblo es una máquina en vuestras manos? ¿Y qué será de vosotros el dia que el pueblo llegue á conoceros....?»

Podia aun exhibir, señor-maestro, otros testimonios del mismo género, ya antiguos como el *Mercurio Galo-Bélgico y la Gaceta de Lóndres* de 1767; ya mas modernos como el *Mercurio de Francia, Le-Reveil, la Jersey-Chronicle, el Correo Frances* &c., que se han insertado en la repetida *Defensa;* pero deseando abreviar, oiga vd. lo que ha escrito uno de los mas ardientes adversarios de los Jesuitas en este siglo; y nada menos que en una obra dirigida espresamente á denigrarlos y hacerlos sospechosos. Atienda vd. al siguiente trozo de *El Jesuitismo antiguo y moderno*, del célebre arzobispo de Malinas Mr. de Pradt.

«¡Justo cielo! ¡qué institucion es aquesta! ¿Se encontró jamás una mas fuerte entre los hombres? ¿Qué son las humildes virtudes de los otros cenobitas comparadas con esta virilidad del génio? ¿y de qué manera ha vivido el jestitismo? ¿cómo ha caido? Ha caido como los titanes, bajo los rayos reunidos de todos los dioses del Olimpo de esta baja tierra. ¿El aspecto de la muerte ha helado jamás su valor? ¿han dado atrás un solo paso? Que las cosas sean, como son, ó que no sean. Esta se dice haber sido la respuesta. *Sint ut sunt, aut non sint* (1). Véase lo que se llama morir en pié á uso de los emperadores, y segun el precepto de uno que fué señor del mundo. El jesuitismo ha tomado este modelo, y se ha elevado á aquella altura, que ha hecho mas imponente su caida. ¡O vosotros, ante cuyos ojos se presentáre este cuadro, guardaos bien de creer que sea parto de la imaginacion, ó de algun afecto personal! Mis palabras son dictadas por la sinceridad, y yo no sé adular ni afear un retrato. He pintado al jesuitismo como aparecia en mi pensamiento, y si de algo puedo reconvenirme, es el de haber de pintar un cuadro tan grande con los

(1) Esta no fué respuesta del general de los Jesuitas, como vulgarmente se cree, sino del Sr. Clemente XIII, al rey Luis XV, que pretendia de su Santidad ciertas alteraciones del instituto en Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

